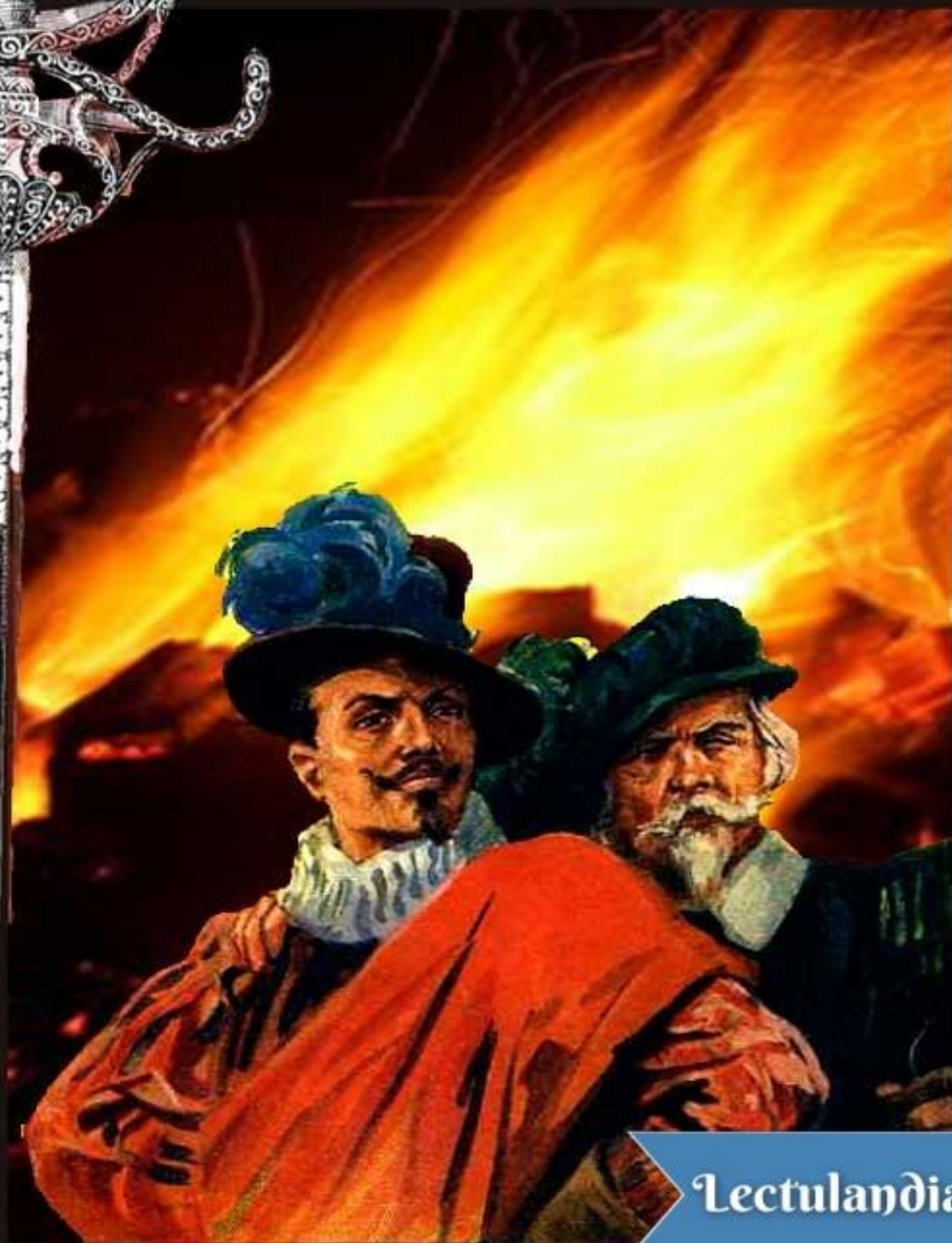


Una epopeya de amor

2 Los Pardaillán

Miguel Zévaco



Lectulandia

Los Pardaillán es la primera novela de [la serie](#) de este nombre escrita por [Miguel Zévaco](#), publicada por entregas en *Le Petite République* a partir de 1902 y editada en dos volúmenes en 1907. **Este libro constituye el segundo volumen.**

En este segundo libro, la historia comienza exactamente donde el libro anterior termina. Pero, en esta ocasión Pardaillán y su padre se ven inmersos en la masacre, tristemente célebre, conocida como la noche de San Bartolomé en que miles de franceses, partidarios de la religión protestante, fueron asesinados con saña y brutalidad incomprensibles hoy en día.

24 de agosto de 1572, el día de San Bartolomé, Los Pardaillán: Juan y su padre, han logrado que Luisa y su madre: Juana de Piennes, encuentren a Francisco de Montmorency, después de 17 años de separación, provocada por las intrigas del mariscal de Damville. Catalina de Médicis, ha convencido a su hijo Carlos IX para desencadenar la masacre de los hugonotes. París se encuentra en llamas; y nuestros héroes vuelven a intentar todo lo posible para recorrer la ciudad y escapar de la venganza del poderoso señor: Enrique de Montmorency, mariscal de Damville y hermano de Francisco.

Lectulandia

Miguel Zévaco

Una epopeya de amor

Los Pardaillán - 2

ePub r2.1

Titivillus 01.04.15

Título original: *L'épopée d'amour*
Miguel Zévaco, 1907
Traducción: Mario Martínez López

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prefacio

ACLARACIÓN: En las traducciones al español hechas por las diferentes editoriales, la serie fue publicada en 27 episodios (libros más pequeños que se continuaban entre sí). Adicionalmente algunas editoriales han juntado tales episodios en grupos, y han publicado la serie en 7, 8 o 9 tomos. El problema aquí, es que el criterio para la agrupación, fue: tamaño, cantidad de hojas, venta proyectada de cada episodio, etc., y no se buscó en ningún momento ofrecer al lector aventuras completas. Así que, cada uno de esos tomos no es una aventura completa y es necesario tener el siguiente tomo para enterarse del desenlace. Pero... ese tomo contiene también otros episodios que corresponden a la siguiente aventura, quedando ésta, también incompleta en ese tomo, (¿Estrategia comercial?).

En esta versión para [epubLibre](#), he decidido respetar la versión original, tal como fue publicada, en 5 partes y 2 libros completos en cada una de ellas, (vease [la serie: «Los Pardailán»](#)), tomando como base los originales en español de mi versión en papel y agrupando los episodios como indica la obra original, para ofrecer al lector, una aventura completa en cada libro.

Cabe mencionar que a la fecha no existe en Internet ninguna versión en español de estas obras y que en papel no existe tampoco un equivalente a la agrupación original. Sin embargo, no dudo que tan pronto se publique, en [epubLibre](#), de pronto empiecen a aparecer versiones piratas en otros sitios web de libros, y lo peor de todo es que muchas de esas copias habrán sido mutiladas para aparentar haber sido maquetadas por los piratas, que **sin aportar absolutamente nada**, solo tratan de quitar todo rastro del sitio original de donde fueron obtenidas.

EL COFRE ENVENENADO

I - En que un minuto de alegría hace más que diecisiete años de dolor

AL CABO DE DIECISIETE AÑOS el mariscal de Montmorency encontró a su esposa, Juana de Piennes, de la que lo separara la felonía de su hermano menor, el mariscal de Damville.

Volvía a ver, como en sueños, la escena en que Damville mintió al confesarle que había sido el amante de Juana...; su duelo con él, en que creyó haberle dado muerte..., y la desaparición de la condesa de Piennes, duquesa de Montmorency.

Recordaba su divorcio, su casamiento con otra mujer, a la que nunca había amado, pues la imagen de la primera llenaba por completo su corazón. Luego su carácter sombrío lo alejó de la corte, en donde, por el contrario, su execrado hermano gozaba cada día de mayor favor.

Transcurrieron los años y de pronto un joven, un héroe, el caballero de Pardaillán, le entregaba una carta de aquélla a quien Montmorency había creído desaparecida para siempre.

Por tal documento, Francisco se enteró con inefable alegría de que Juana de Piennes estaba viva y de que nunca le había hecho traición.

En su carta, la pobre mujer apelaba a su antiguo señor y esposo y clamaba contra la felonía de Damville, pidiendo perdón y socorro para su hija.

Una nueva existencia empezó entonces para el duque; apeló inútilmente a la justicia del rey, contra su hermano, y en vano provocó a éste sabiendo que tenía en su poder a Juana y a Luisa; y también sin resultado buscó por todo París a su esposa y a su hija, y, ya perdidas las esperanzas de hallarlas, iba a caer nuevamente en la tristeza, cuando el caballero de Pardaillán se presentó a él.

Aquel joven, aquel héroe de remotas edades, habíalo conducido de la mano a la vivienda misteriosa en donde se ocultaba todo lo que había amado en el mundo y lo puso en presencia de Juana de Piennes, primera duquesa de Montmorency.

Por fin llegó la hora tan esperada después de diecisiete años de lágrimas. Por último hallaba de nuevo a las personas que habían constituido sus amores; pero ¡ay!, así como la savia demasiado abundante resquebraja el árbol, así la felicidad resquebrajó el cerebro de su adorada.

* * * * *

Juana de Piennes, durante los últimos días de su martirio, en que se sentía

mortalmente herida, sólo tenía un pensamiento:

—Quiero vivir hasta haber asegurado la felicidad de mi hija. ¿Y qué dicha podrá haber para ella mientras no tenga el amparo de su padre? Sí, debo ir en busca de Francisco, y aun cuando me crea culpable, dejar a mi hija en sus brazos; entonces podré morir.

Al interrogar al caballero de Pardaillán, y cuando éste dijo que no podía darle cuenta de lo que pensaba el mariscal acerca de la carta recibida, Juana tuvo la convicción íntima de que Francisco había leído la carta y de que sabía la verdad. Por lo tanto, esperó.

Por esta razón, cuando el viejo Pardaillán le anunció que el mariscal de Montmorency estaba en la casa vecina, no se sorprendió ni sintió tampoco emoción, pero se dijo:

«*Ahora voy a morir*».

Y tal idea no la abandonó. Hay que decir que ni deseaba ni temía la muerte. Era como los obreros de los campos a quienes el rudo trabajo ha tenido encorvados desde el alba, y por la noche no piensan ya más que en el sueño para poder descansar.

Estrechó convulsivamente a su hija entre sus brazos y murmuró a su oído algunas palabras que produjeron gran impresión a la joven, pues en vano se esforzó por contestar e hizo un esfuerzo inútil para seguir a su madre.

Quedose como clavada en su sitio, desfallecida y sostenida por el viejo Pardaillán.

Era tal la inmensa lasitud de Juana y la mórbida fijeza de su pensamiento, que no se percató del desmayo de Luisa, sino que se puso en marcha pensando:

—Por fin veré reunidos a mi esposo y a mi hija y podré morir en sus brazos, porque me muero, estoy segura de que me muero.

Abrió la puerta que le había indicado Pardaillán y vio a Francisco de Montmorency.

En el mismo instante quiso echarse en sus brazos, pero no pudo decir nada y enseguida perdió la noción de sí misma.

Su pensamiento se anuló en la locura.

Aquella mujer, que había soportado tantos dolores, que resistiera tantas catástrofes y que durante su vida entera vivió únicamente con el deseo de salvar a su hija, se abandonó y perdió su energía moral al verla salvada, y la locura, que, sin duda, la acechaba desde hacía muchos años, se apoderó de ella.

Diecisiete años de desgracias no habían podido derribarla y, en cambio, un segundo de alegría le arrebató la razón.

Por una consoladora misericordia de la fatalidad que se encarnizaba en ella, la locura de Juana la transportó a los primeros años de su radiante juventud, de su amor puro, a sus queridos paisajes de Margency, en donde tanto amó.

* * * * *

Cuando el mariscal de Montmorency recobró el sentido, se apoyó sobre una rodilla, y dirigiendo a través de la sala la asombrada mirada del hombre que cree salir de un sueño, vio a Juana sentada en un sillón, sonriente y feliz, pero ¡ay!, con la mirada extraviada.

Una joven arrodillada ante ella sollozaba silenciosamente, y Juana, con movimiento maquinal, acariciaba los dorados cabellos de la joven.

Francisco se levantó acercándose con vacilación a aquel grupo tan gracioso y melancólico. Inclínose hacia la joven y la tocó ligeramente.

Luisa levantó la cabeza, y el mariscal, cogiéndole las manos, la puso en pie sin que su madre tratara de impedirlo.

La reconoció enseguida, y aun cuando el dolor de Luisa no le hubiera demostrado que era su hija, la habría descubierto entre mil, pues era el vivo retrato de su madre.

—Hija mía —exclamó.

Luisa, sacudida por los sollozos, se abandonó en brazos del mariscal, y, por primera vez en su vida pronunció dos palabras a las que sus labios no estaban acostumbrados:

—¡Padre mío!

Entonces sus lágrimas se confundieron.

El mariscal se sentó cerca de Juana, una de cuyas manos tomó, y sentando a su hija en sus rodillas, como si hubiera sido muy pequeña, le dijo:

—¡Hija mía! No tienes madre, pero al perderla has encontrado a tu padre.

Así fue como se reunieron aquellos tres seres.

Cuando el mariscal y su hija se hubieron tranquilizado un poco a fuerza de repetirse que los dos conseguirían salvar la razón de Juana, cuando sus lágrimas se hubieron apaciguado, empezaron las preguntas de una y otra parte.

Y así supo Francisco, por boca de su hija, cuál había sido la existencia de la que llevara su nombre. A su vez relató su vida a partir del drama de Margency, y una vez terminadas estas largas confesiones, se dieron cuenta, con sorpresa, de que eran casi las doce de la noche y que habían transcurrido en tierna y triste conversación más de quince horas desde la llegada del mariscal.

II - El astrologo

DEJAREMOS AL MARISCAL de Damville buscar algún medio para herir de muerte a los Pardaillán y apoderarse de Juana para ocultarla hasta el día que creía cercano en que la casa de Lorena edificaría su fortuna sobre las ruinas de la casa de Valois, o Carlos IX caería herido por alguna bala, al mismo tiempo que su hermano, el duque de Anjou..., y entonces Enrique de Guisa se coronaría rey de Francia. Igualmente dejaremos a Francisco de Montmorency, a Juana y a Luisa en la casa del sabio Ramus adonde no tardaremos en volver.

Tres días después de los sucesos que se han desarrollado, tres días después de la entrada triunfal del rey en su ciudad, cuando daban las diez de la noche en Saint-Germain-L'Auxerrois, dos sombras andaban lentamente bordeando los jardines del nuevo hotel de la reina.

Como ya se sabe, la reina Catalina de Médicis había hecho construir un palacio al mismo tiempo que se ocupaba en hacer edificar otro mayor, más grande y majestuoso, en el emplazamiento de las antiguas Tullerías.

Catalina de Médicis tenía pasión por la propiedad inmueble. La posesión de la tierra era un placer para aquel espíritu inquieto, que se ingeniaba en combinar planes de construcción.

La reina había comprado los vastos jardines y los terrenos que rodeaban al destruido hotel de Soissons y allí mismo un regimiento de albañiles hicieron salir de la tierra, como obedeciendo al conjuro de una varita mágica, un hotel nuevo, brillante, de elegante magnificencia, alrededor del cual, también como por arte de encantamiento, empezaron a nacer plantas, arbustos y flores.

A aquellos jardines, Catalina, que toda su vida había echado de menos a Italia, hizo trasplantar, a costa de grandes gastos, naranjos, limoneros, flores de perfumes violentos que no se hallan más que bajo el ardoroso cielo de Lombardía y Piamonte.

En el extremo de aquel jardín y en el ángulo de una especie de patio que avanzaba en la dirección del Louvre, se elevó una torrecilla de estilo dórico, destinada especialmente para el astrólogo de la reina.

Hacia aquella torre era donde se dirigían las dos sombras que acabamos de señalar, porque Ruggieri y Catalina, pues eran ellos, avanzaban en silencio y vestidos los dos de negro, circunstancias que los hubieran hecho parecer fantasmas a cualquier curioso a quien los guardias, que vigilaban en todas las puertas, hubieran dejado penetrar.

Catalina de Médicis y Ruggieri se detuvieron al pie de la torre, y entonces el astrólogo sacó una llave de su jubón y abrió una puerta baja, entraron y se hallaron luego al pie de una escalera que subía en espiral hasta la plataforma de la torre.

En la planta baja había un gabinetito en el que Ruggieri tenía sus instrumentos de trabajo, tales como anteojos, compases, etc. Por todo moblaje, no había más que una

mesa cargada de libros y dos sillones.

Una estrecha aspillera que daba a la calle de la Hache, dejaba entrar el aire en aquel reducido espacio.

Era por aquella aspillera por donde la vieja Laura, espía de una espía, se comunicaba con Ruggieri.

Era también por aquella aspillera por donde Alicia de Lux echaba sus partes destinados a la reina.

Aquel día Catalina había recibido un billete de Laura, concebido en estos términos:

Esta noche, hacia las diez, «ella» recibirá una visita importante, de la que daré cuenta mañana.

—¿Desea Vuestra Majestad que encienda una antorcha? —preguntó Ruggieri en el momento en que cerraba la puerta de la torre.

En vez de contestar, Catalina cogió una mano al astrólogo y se la oprimió como para recomendarle silencio.

En efecto, acababa de oír un ruido de pasos en la calle, que avanzaba hacia la torre, y Catalina de Médicis, que habría sido un policía de primer orden, se dijo por intuición que aquellos pasos eran sin duda de la persona que debía hacer a Alicia una importante visita.

Avanzó hacia la aspillera, y trató de ver lo que pasaba, pero como las tinieblas eran profundas y no podía ver nada, se preparó a escuchar y a concentrar en su oído toda su atención.

Los pasos se iban acercando.

—Transeúntes —dijo Ruggieri encogiéndose de hombros—. Creedme, Majestad...

Y elevaba su voz como si hubiera querido ser oído por las gentes que se acercaban.

—¡Silencio! —díjole Catalina con severidad.

Las personas que transitaban por la calle no podían sospechar un solo momento que fueran objeto de tal vigilancia; se detuvieron cerca de la torre, no lejos de la aspillera, y la reina oyó una voz de hombre que la hizo estremecerse.

—Esperaré aquí a Vuestra Majestad —decía la voz—. Desde este lugar vigilo a la vez la calle Traversine y la calle de la Hache. Nadie podría llegar a la puerta verde sin que yo le estorbe el paso. Vuestra Majestad estará, pues, en perfecta seguridad.

—Nada temo, conde —respondió una voz de mujer.

—¡Diosdado! —exclamó Ruggieri palideciendo.

—¡Juana de Albret! —Dijo Catalina por su parte—. Cállate y escuchemos.

—He aquí la puerta, señora —continuó la voz de Marillac—. Ved, a través del jardín aparece una luz.

Sin duda alguna ha recibido a vuestro mensajero y os espera.

—¿Estáis inquieto, hijo mío?

—Nunca en mi vida he sentido emoción tan grande, a pesar de no haberme faltado motivos. Pensad, señora, que mi vida se decide en este instante. Suceda lo que quiera, os bendigo, señora, por el interés que os dignáis demostrar por mí.

—Diosdado, ya sabes que te amo como si fueras hijo mío.

—Sí, reina mía, lo sé. Otra debería estar en vuestro lugar. Cuando pienso, señora, en que mi madre me reconoció, sin duda alguna, durante nuestra entrevista en la casa del Puente de Madera, y que, a pesar de todo, no dejó escapar la menor palabra de afecto...

Catalina, al oír estas palabras, sintió que una llamarada de odio invadía su cerebro.

—Ten paciencia, hijo mío —dijo Juana de Albret—. Espero que dentro de una hora podrás llamar a la casa de la puerta verde.

Inmediatamente la puerta se abrió y Juana de Albret pudo penetrar en la casa de Alicia de Lux.

El conde de Marillac, con los brazos cruzados, se apoyó entre tanto en la torre. Su cabeza tocaba casi a la espillera.

El padre, la madre y el hijo estaban, pues, separados solamente por el espesor del muro. Ruggieri, muy lentamente, se interpuso entre la espillera y la reina, temiendo que ésta pudiera pasar su brazo por ella. ¿Qué horrible sospecha había atravesado su espíritu?

Catalina iba siempre armada de un corto puñal acerado, arma florentina, cuya hoja estaba adornada por admirables arabescos y el mango de plata, cincelado por Benvenuto Cellini, era por sí solo una maravilla y el conjunto una joya terrible en manos de la reina.

Ruggieri se estremeció de espanto, porque él mismo había humedecido la punta de aquel puñal en sutiles venenos y un solo pinchazo de aquel objeto precioso era mortal.

¿Quién sabe si la reina tuvo entonces la idea de extender su brazo y herir?

Pero permaneció inmóvil y los otros dos personajes guardaron asimismo igual inmovilidad.

Así transcurrió una hora y, por fin, cuando la última campanada de las doce de la noche resonó en el aire, la reina de Navarra salió de la casa de Alicia de Lux.

El conde, sumamente inquieto, la vio venir, sintiéndose incapaz de dar un paso hacia adelante.

Catalina se preparó a escuchar, y entonces Juana de Albret, acercándose al conde de Marillac, le dijo sencillamente:

—Venid, querido hijo, hemos de hablar sin demora.

Y enseguida se alejaron. Cuando hubieron desaparecido, Catalina de Médicis murmuró:

—Ahora puedes encender la antorcha.

El astrólogo obedeció y apareció entonces lívido, aunque su mano no temblaba y su mirada era tranquila. Catalina, fijándose en él, se encogió de hombros y dijo:

—¿Te figuraste que iba a matarlo?

—Sí —contestó el astrólogo.

—¿Y has tenido miedo?

—En efecto, señora.

—¿No te había dicho que no quiero su muerte, porque puede serme útil? Ya ves, pues, que no pienso en matarlo, pues vive todavía, después de lo que hemos oído. ¿Te has enterado tú? Ya habrás visto que sabe muy bien que yo soy su madre.

El astrólogo guardó silencio.

—Hasta ahora quise dudar, pero ya no me es posible. ¿Has visto como lo sabe todo, Renato?

Para otro que no fuera el astrólogo, estas palabras de Catalina no hubieran despertado la menor inquietud, pero como el astrólogo la conocía, no se atrevió a mirar a su terrible amante, pues conoció en su acento la irritación que la dominaba.

En efecto, la reina, con los ojos fijos en la dirección en que había desaparecido el conde, continuó:

—Tranquilízate, Renato.

El aludido se estremeció, poniéndose más pálido todavía.

—No puedo estar tranquilo, señora —contestó en voz baja—, porque sé que mi hijo va a morir y que nada del mundo puede salvarlo.

—Explícame esto —dijo la reina sentándose y jugando maquinalmente con la cadena de oro que sujetaba su puñal.

Ruggieri se incorporó.

Su rostro no carecía de belleza, ni tampoco de cierta majestad natural.

Ruggieri no era ningún charlatán. Era una naturaleza compleja, débil, hasta el punto de aceptar sin rebelarse las tareas más espantosas, e implacable en la ejecución de crímenes que, por sí solo, nunca hubiera concebido.

Era, no obstante, digno de lástima cuando se veía entregado a sí mismo, pero muy terrible cuando se convertía en el instrumento de la reina.

Sin duda habría pasado la vida consagrado al estudio, llegando a ser un sabio apacible, si en su camino no hubiera encontrado a aquella mujer odiosa por sus crímenes, pero en la cual había, fuerza es reconocer, una excepcional firmeza de carácter.

Ruggieri gustaba de perderse en ensueños científicos, y como astrólogo buscaba en el cielo al Absoluto, que en la tierra trataba de hallar por los venenos.

El arte de adivinar por los astros era en él intermedio, pues sus investigaciones no se limitaban a ello.

—Conocer el futuro —se decía— es dominarlo. ¡Qué poder tan inmenso será el del hombre que consiga saber hoy lo que sucederá mañana! ¡Y cuánto no se acrecentaría su poder si este hombre pudiera hacer oro a su antojo! ¿Quién es Dios,

sino el que puede levantar los velos del tiempo y arrancar a la naturaleza el último secreto?

Desilusionado incesantemente en sus cálculos, muchas veces, tras de haber pasado la noche en vela, calculando la declinación y conjunción de los astros, dejaba caer la pluma con desaliento, pero muy pronto nuevos ánimos le impulsaban a seguir su tarea y con inaudita perseverancia se enfrascaba en la solución de lo irresoluble. ¿Qué tenía, pues, de extraño que aquel cerebro fatigado tuviera alucinaciones?

—Señora —contestó—, ¿queréis saber por qué ha de morir mi hijo y por qué nada puede salvarlo? Voy a decíroslo. Cuando reconocí a mi hijo en aquella posada adonde vos me enviasteis, de pronto no pensé más que en vos. ¿Quién era mi hijo para mí? Un desconocido, en tanto que vos erais la adoración de mi vida. Luego, poco a poco, la lástima penetró en mi corazón y con ella otros sentimientos bastante fuertes para hacerme sufrir, pero no lo suficiente para decidirme a deciros: A éste no lo heriréis. Y al comprender que lo habíais condenado, me contenté con llorar, porque vos habéis adquirido sobre mí extraño ascendiente. No sois para mí ni la amante, ni la reina; sois más todavía. Sois una idea que ha llenado mi cerebro y que me impulsa a obrar. Conozco varios ejemplos de semejante fenómeno. No creo sorprenderos al deciros que luché para arrojaros de mí mismo. Estos últimos tiempos, sobre todo, después de haber consultado los astros sin recibir más que respuestas dudosas, decidí esperar, es decir, colocarme entre vos y él y evitar la muerte de mi hijo. Y ahora mismo, señora, si hubierais tratado de herirlo, no lo habríais conseguido, porque entonces creía que debía vivir... Ahora ya sé que ha de morir.

—Eres supersticioso —dijo la reina con gran tranquilidad.

—He tenido diversas visiones, señora. Si vos tenéis una, la llamaréis fantasma, y si a mí se me aparece, la llamaré cuerpo astral.

—Te creo, Renato —dijo la reina Catalina mirando con inquietud a su alrededor, porque aquella mujer tan fuerte y que dominaba tan completamente al astrólogo, estaba a su vez dominada por él en cuanto abordaba los problemas de ocultismo.

Un cambio extraño se había efectuado en el rostro del astrólogo. Su fisonomía adquirió algún color, pero, en cambio, pareció haberse petrificado.

—Sí —continuó lentamente el astrólogo—, cuando el cielo se niega a contestarme y cuando los problemas que yo formulo según los datos siderales llegan a lo irresoluble, algunas veces recibo por otros caminos la respuesta a las preguntas hechas a las potencias invisibles, y esto precisamente es lo que acaba de ocurrir. He aquí lo que he visto, Catalina: vos estabais cerca de la aspillera y yo en este mismo lugar en que ahora me hallo. Mi atención entera estaba concentrada en vuestros brazos. La sortija que lleváis en el índice brillaba suavemente, y yo no quitaba los ojos de ella, porque así podía vigilar vuestra mano y si ésta se hubiera acercado a vuestro puñal yo la habría detenido. De pronto mi mirada se turbó y dejó de ver la sortija y la mano. En el mismo instante sentí una ligera conmoción en el cráneo y entonces me volví hacia la aspillera. Érame imposible desconocer, por tales señas,

que me hallaba en comunicación con lo Invisible. Mi mirada, pues, se deslizó a través de la aspillera. Observad que desde el lugar en que me hallaba no podía divisar a mi hijo, pero, no obstante, lo vi claramente. Hallábase a unos veinte pasos de la aspillera y suspendido en el aire a unos siete u ocho pies del suelo; flotaba, por decirlo así, en una atmósfera brillante que formaba violento contraste con las tinieblas que lo rodeaban; su cuerpo brillaba también con extraño resplandor. Apoyó la mano sobre su seno derecho y luego la dejó caer lentamente. En el lugar en que se había posado vi una gran herida por la que se escapaba a borbotones gran cantidad de sangre clara como el cristal y de ningún modo parecida a la sangre roja de los hombres. Mi hijo flotó así ante mí, tal vez por espacio de dos minutos, y nuestras miradas se cruzaron. No sé el horror que podía expresar la mía, pero la suya era sumamente triste. Luego, lentamente, sus contornos fueron menos precisos, la forma se confundió hasta convertirse en ligero vapor, el resplandor se apagó, y, desvanecida la aparición, ya no vi nada.

Catalina, presa de terror extraordinario, se levantó como para huir, pero, reponiéndose instantáneamente, se encogió de hombros como para descargar el fardo de inútiles terrores y su semblante tomó nuevamente su acostumbrada expresión de audacia.

—Mi marido —dijo entre dientes— juraba que yo sembraba la muerte. Pero no me disgusta pasar por la vida dejando una estela de cadáveres. Marillac debe morir. ¡Qué muera! Carlos también debe aniquilarse. Así podré colocar sobre el trono al hijo de mi corazón: a mi amado Enrique.

Y dirigiéndose al astrólogo, le dijo:

—Renato, ya ves que el mismo Cielo condena a este hombre. Dejemos, pues, que se cumpla su destino. No tratemos de inmiscuirnos en las sentencias pronunciadas por la Providencia. Sabe que soy su madre y por esto sin duda se ve condenado. Se le condena cuando yo soñaba para él un porvenir real. No hablemos más de ello. Pero la otra, esa mujer que también lo sabe, Juana de Albret, a ésta la condeno yo y la tengo en mi poder. La insensata ha quedado aprisionada en la tela que pacientemente ha tejido. Acércate, Renato, quiero explicarte mi pensamiento. Sueño en limpiar de un solo golpe el reino que destino a mi hijo Enrique. Sueño en restablecer la autoridad de Roma para consolidar la de mi hijo. He sondeado a Coligny y al Bearnés. He estudiado a todos los señores que llenan la corte y la ciudad con su ceño arrugado. Y todos, desde el primero al último, tienen el germen de la rebeldía. No es sólo que tratan de rebelarse contra la Iglesia, sino también contra la autoridad del rey; allí, en sus montañas, han adquirido hábitos de independencia y más de uno que se titula hugonote, es, en realidad, un rebelde. Te aseguro, Renato, que si no consigo destruir la Reforma, la Monarquía se verá reformada algún día. Empecemos, pues, por herir a la cabeza del protestantismo, o sea a Juana de Albret. Esta conoce mis secretos, y, al suprimirla, me salvo y salvo asimismo a la Iglesia y al Estado. Ven, pues, conmigo, Renato; tu dolor paternal hallará algún consuelo en preparar la muerte de esta mujer;

y ya que ella se titula madre de Marillac y lo llama su hijo, justo es que la muerte no los separe.

Y entonces Catalina de Médicis arrastró a Renato fuera de la torre.

—¿No queríais consultar los astros? —preguntó éste.

—Es inútil, sé lo que quería saber.

Atravesaron diagonalmente la parte de los jardines del palacete y así llegaron a una casita de elegante construcción que se hallaba a unos cien pasos de la torre.

Componíase de planta baja y un piso.

Catalina la había hecho construir para que sirviera de alojamiento a su astrólogo.

Era una graciosa casa de ladrillo y piedra blanca con un balcón de hierro forjado y el estilo era del gusto de la época y a la última moda.

Una hermosa puerta cimbrada de roble adornado con gruesos clavos, ventanas de vidrieras delicadas, una fachada por la que se encaramaban algunos rosales, acababan de dar a aquella vivienda coquetona apariencia; hubiérase dicho que era un hotel de dos recién casados.

La reina y Renato entraron, y después del vestíbulo, penetraron en una estancia muy vasta que ocupaba el ala derecha de la planta baja.

Sobre una mesa se veían desplegados mapas celestes dibujados por Ruggieri; las paredes estaban ocultas por grandes estantes de roble llenos de libros encuadernados unos con tapas de madera y otros de piel y adornos de hierro. Toda la biblioteca del astrólogo estaba allí reunida.

La reina y Ruggieri no se detuvieron más que algunos instantes en aquel gabinete de trabajo adonde éste se había apresurado a entrar como queriendo evitar el ser arrastrado a otra parte de la casa.

—Vamos a tu laboratorio —dijo Catalina.

Atravesaron de nuevo la antecámara, y Ruggieri, descorriendo tres cerraduras complicadas, consiguió abrir, después de algún trabajo, una pesada puerta reforzada con barras de hierro.

Detrás de aquélla había otra, toda de hierro. No había en ella ninguna cerradura, pero Catalina oprimió con fuerza un botón imperceptible y se abrió, dejando el sitio suficiente para el paso de una persona.

La pieza en que entraron entonces ocupaba el ala derecha de la planta baja. El aire penetraba por dos ventanas, pero detrás de las hermosas vidrieras de que hemos hecho mención, enormes barras de hierro impedían la entrada a aquel santuario, y, además, espesas cortinas de cuero cuidadosamente corridas lo protegían contra toda mirada indiscreta.

Ruggieri encendió entonces dos antorchas de cera y la sala quedó regularmente iluminada.

El fondo de la estancia estaba ocupado por la campana de una chimenea muy grande, bajo la cual había dos hornillos provistos cada uno de su correspondiente fuelle de forja.

Estaban llenos de crisoles de diferentes tamaños. Cinco o seis mesas diseminadas por la habitación soportaban gran número de probetas, retortas y alambiques. En un armario se veían más de cien bicales llenos de polvos y líquidos y sobre un tablero una colección de máscaras de vidrio o de tela de alambre.

En un rincón, cierto número de objetos de diversa naturaleza estaban colocados dentro de una vitrina.

Obedeciendo a una seña de Catalina, Ruggieri la abrió con una llave que llevaba colgada del cuello y oculta bajo el jubón.

—A ver, elijamos —dijo Catalina inclinándose—. ¿Qué es este hermoso alfiler de oro, Renato?

Éste se había inclinado también y sus dos cabezas casi se tocaban. La de Catalina era odiosa en aquel instante porque reía. Corrientemente, el rostro de la reina tenía un aspecto melancólico que no carecía de grandeza. Cuando sonreía, llegaba a ser graciosa como en su juventud y recordaba los tiempos en que varios poetas habían cantado su sonrisa; pero cuando se reía de cierto modo, era espantosa.

En cuanto a Ruggieri se había operado en él extraña transformación. Ya no tenía miedo ni inquietud y en su semblante brillaba tan sólo el orgullo del sabio que contempla su obra.

—Este alfiler... —dijo—. Coged una fruta, señora, por ejemplo un hermoso melocotón muy maduro; y hundid este alfiler en su sabrosa pulpa; fijaos bien; el alfiler es tan delgado, que sería imposible divisar su paso a través de la fruta, la cual, por otra parte, no se estropearía. Únicamente la persona que la comiera tendría luego náuseas y vértigo y por la noche moriría.

—¿Y aquél líquido espeso parecido al aceite que está en aquel frasco?

—Es en efecto, aceite, señora. Si cuando preparan la lamparilla de noche de Vuestra Majestad se mezclasen doce o quince gotas de este aceite al de la lámpara, Vuestra Majestad se dormiría como siempre, sin experimentar ningún malestar, pero un poco más de prisa que de costumbre, para no despertar más.

—Admirable, Renato. ¿Y esta serie de minúsculos frascos?

—Son, sencillamente, esencias de flores, reina mía. He aquí esencia de rosa, de clavel, de heliotropo; luego esencia de geranio, de violeta y de naranjo. Suponed que os paseáis en vuestros jardines con un amigo y le hacéis observar la belleza de un rosal, por ejemplo. Vuestro amigo pide permiso para coger una rosa. Luego aspira su aroma y será hombre muerto si el día antes hubierais hecho una incisión en el arbusto echando en ella diez gotas de esta esencia. También puede lograrse el mismo efecto echando una sola gota en el cáliz de la flor que ofrezcáis. El perfume de la flor no se modifica por esto, porque cada una de estas esencias es igual al de la flor misma.

—Muy bonito, Renato. ¿Y estos cosméticos?

—Son cosméticos ordinarios, señora. He aquí uno negro para las cejas y las pestañas; rojo para los labios; pasta para extender sobre la cara; y lápices para dar vivacidad a los ojos. Son cosméticos ordinarios, pero tienen el inconveniente de que

si una mujer los usa, sentirá a los dos días un horrible escozor y muy pronto aparecerán grandes úlceras, capaces de desfigurar el más bonito semblante.

—¿Entonces no matan?

—Caramba, señora, a una mujer se la mata quitándole su hermosura.

—Todo esto es demasiado rápido —dijo Catalina—. ¿Qué hay allí; agua?

—Sí, señora, agua pura, sin gusto, ni sabor, sin color; agua que no alterará en nada el agua, el vino o el líquido a la que se mezcle en la proporción ínfima de treinta a cuarenta gotas por pinta. Es, señora, la obra maestra de Lucrecia Borgia. Es el Acqua Toffana.

—¡El Acqua Toffana! —exclamó la reina.

—Es una obra maestra, señora. Decíais, no sin razón, que el efecto de todos estos venenos es demasiado rápido, pues hay casos en que es preciso obrar con alguna prudencia. El Acqua Toffana, límpida como el cristal, no deja huellas de su paso en el cuerpo de un ser cualquiera, hombre o animal, que la ingiera. Si el de que se trata ha tenido el honor de comer con vos y si al vino que ha bebido se ha echado un poco de esta agua de roca llegará a su casa sintiéndose muy bien. Un mes más tarde experimentará un malestar, una angustia especial; poco a poco le será imposible comer; una debilidad general se apoderará de él, y tres meses después de la comida, lo enterrarán cristianamente, porque supongo que nada más que un cristiano podrá ser admitido a vuestra mesa.

—Pero es demasiado largo.

—Vengamos, pues, al justo medio. Supongamos que mañana os halléis en contacto con alguien que os molesta. ¿En cuánto queréis que la molestia sea suprimida?

Catalina reflexionó un instante y dijo:

—Es necesario que Juana de Albret muera dentro de veinte a treinta días, ni más ni menos.

—La cosa es posible, señora, y la víctima nos proporcionará el medio. Escoged en este estante de ébano.

—¿Qué libro es éste?

—Es un libro de horas, señora. Libro de gran utilidad en manos de una católica y objeto de arte por los cierres de oro y las tapas de plata. Basta con hojearlo.

—Juana de Albret es protestante —interrumpió Catalina—. ¿Qué broche es éste?

—Una joya admirable, pero, desgraciadamente, es difícil cerrarlo. Y sucede que la persona que quiere hacerlo, oprime el resorte y recibe un ligerísimo pinchazo en el dedo y a los ocho días se ha declarado una gravísima gangrena.

—No me gusta. ¿Y este cofrecillo?

—Ya lo veis, señora, es un cofrecillo ordinario semejante a muchos otros, pero con la diferencia de que ha sido cincelado por hábiles artífices, y como es de oro macizo, constituye un regalo digno de un rey. Hay también particularidad. Abridlo, señora.

Catalina obedeció sin vacilar.

—Ved, señora —continuó Ruggieri—; el interior de este cofrecillo está forrado de buen cuero de Córdoba que, por sí solo, es un objeto de arte, pues está gofrado de acuerdo con los métodos secretos de la tradición árabe. Por otra parte, está perfumado como podréis ver fácilmente.

Catalina, sin sentir la menor desconfianza, aspiró el perfume de ámbar que se desprendía del interior del cofrecillo.

—No hay el menor peligro en aspirar este perfume. Únicamente si tocarais este cuero y tuvierais vuestra mano una hora en contacto con él, las esencias de que está embebido se transmitirían a vuestra sangre por los poros de la piel y dentro de veinte días seríais presa de una fiebre que os mataría cuatro o cinco días más tarde.

—Muy bien, pero no es fácil que yo tenga mi mano pegada al cuero durante una hora.

—Pero si vuestra mano no va hacia el cuero, éste, en cambio, puede ir al encuentro de vuestra mano. Os ofrezco este cofrecillo y le dais el destino que mejor os plazca. Os servirá, por ejemplo, para guardar la manteleta, o bien algunos pares de guantes permanecen algún tiempo en el cofrecillo, y, entonces, su virtud es tan eficaz como la del mismo cuero, pues serán los mensajeros fieles de la muerte que he encerrado en este cofrecillo.

—He aquí una obra maestra —dijo la reina.

Ruggieri se irguió satisfecho. Su amor propio de químico hallaba en tales palabras la recompensa de su paciente trabajo.

—Sí —dijo—. Ésta es mi obra maestra. He tardado años en combinar los elementos sutiles capaces de adaptarse a la piel como la túnica de Meso; he velado noches enteras y cien veces he corrido el peligro de envenenarme, para hallar esta esencia que envenena por el tacto y por el olfato o el paladar. Aquí no hay herida aparente que deje adivinar de dónde viene el mal. No hay líquido ni fruta que absorber. En este terrible cofrecillo he encerrado la muerte, reduciéndola al estado de esclava dócil, muda, invisible, incognoscible. Tomadlo, reina mía, es vuestro.

—Lo tomo —dijo Catalina cogiéndolo.

Y luego, levantándolo con sus manos, añadió:

—¡Dios lo quiere!

¿Era esto comedia? Tal vez, porque la reina era una comedianta extraordinaria, pero quizá también fanatismo inconsciente de aquella mujer, que soñaba con una matanza general para afirmar la autoridad de Dios.

Catalina y Ruggieri salieron del laboratorio, una vez éste hubo cerrado cuidadosamente su vitrina.

Y la reina, aquella noche, se durmió tranquila, sonriente y más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

III - Orden del rey

EL DÍA SIGUIENTE del en que Francisco de Montmorency halló a su hija y a la que había sido su mujer, fue tranquilo para todos los habitantes de la calle de Montmartre.

El mariscal, agitado por diversos sentimientos, sentía dilatarse su corazón de alegría. Miraba extasiado a su hija, juzgando que no había nada en el mundo tan gracioso como ella.

Y en cuanto a Juana, tenía la convicción de que sufría una crisis pasajera, y que la felicidad le devolvería a la vez la razón y la salud física. Algunas veces le parecía sorprender en los ojos de la loca un destello de inteligencia. Pero si hubiera podido observar los estragos que el dolor había hecho en aquella alma con la lentitud de la gota de agua que poco a poco va agujereando la roca, sin duda comprendiera que no había restablecimiento posible para la infeliz mujer. No obstante, quería creer en la curación y a veces se decía:

—Cuando se halle en estado de comprenderme, ¿cómo voy a explicarle mi casamiento?

Y gran turbación lo invadía al verla tan hermosa, apenas cambiada y casi tan ideal como cuando lo esperaba en el bosque de Margency.

En cuanto a Luisa, aparte del dolor de no poder asociar a su madre a la felicidad que sentía, era dichosa. Estaba también convencida de que un mes de cuidados asiduos devolvería la razón a la mártir. Se entregaba a la alegría, antes desconocida, de tener una familia, un nombre y un padre, pues el misterio que había entristecido su infancia y su adolescencia habíase desvanecido.

A la sazón tenía una madre y un padre, cuyo majestuoso porte admiraba, pareciéndole hombre excepcional por la fuerza y la serena gravedad. Además, era uno de los más poderosos señores del reino y su nombre era respetado en todas partes.

Aquel día fue, pues, feliz, verdaderamente feliz, a pesar de la locura de Juana.

Cuando padre e hija miraban a la pobre loca, observaban con alegría que en su salud parecía haberse producido beneficioso cambio. Sus ojos brillaban extraordinariamente, las mejillas volvían a ser rosadas y jamás Luisa la había visto tan hermosa ni alegre. Las carcajadas de la loca no eran estridentes y convulsivas, sino dulces y llenas de apacible felicidad.

Aquel día el mariscal trabó pleno conocimiento con el viejo Pardaillán. Sus manos se unieron amistosamente y el recuerdo del rapto de Luisa se desvaneció.

Con respecto al caballero, fue el mismo de siempre: reservado, poco comunicativo, si bien menos triste.

La noche siguiente fue también muy tranquila. No obstante, al atardecer, tuvo lugar un incidente en la calle. El mariscal de Damville fue a visitar la guardia que vigilaba la casa acompañado de cuarenta guardias del rey, que relevaron a los de

d'Anjou. Un oficial de la casa real los mandaba, y el capitán que había aceptado la fianza de Juana tuvo que retirarse.

Damville pasó la noche en la calle, y hacia el alba se produjo un movimiento entre los soldados.

Veinte de ellos cargaron sus arcabuces y se prepararon a dispararlos, mientras otros dispusieron un grueso tablón suspendido de un marco de madera por medio de cuerdas, de modo que constituyera un ariete para hundir la puerta.

¿Hacíase, tal vez, caso omiso de la fianza de Juana de Piennes? Esta fue la pregunta que se dirigió el viejo Pardaillán, cuando, al sacar la cabeza por el tragaluz, observó tales preparativos. Llamó enseguida para examinar la situación. El aventurero estaba muy alegre y sus ojos brillaban extraordinariamente.

—Si nos atacan —dijo— ya no hay razón para que mantengamos nuestra promesa; estábamos aquí, prisioneros bajo palabra, y el ataque, por lo tanto, nos libra de ella y nos da el derecho de huir. Hay una puerta, huyamos.

—Ésta es mi opinión para el caso de que nos ataquen —dijo el mariscal—. Palabra quebrantada es palabra devuelta.

—Atacarán, no lo dudéis. ¿Qué os parece, caballero?

—Creo que el señor mariscal debe salir inmediatamente con las dos mujeres, y vos y yo nos quedaremos para hacer frente al peligro.

—¡Ah, caramba! —Murmuró el viejo Pardaillán comprendiendo la intención de su hijo—. ¿Queréis morir, eh? —díjole en voz baja.

—Sí, padre mío.

—Bueno, moriremos juntos, pero antes ¿quieres oír una observación de tu padre?

—Sí, señor.

—Pues bien, no tengo inconveniente en morir ya que tú no puedes vivir sin Luisita, a quien el diablo lleve, y yo, por mi parte, no puedo vivir sin ti; pero antes es preciso estar seguro de que te la niegan.

—¿Qué queréis decir? —preguntó palideciendo el caballero.

—Sencillamente, preguntaré si has pedido al mariscal la mano de Luisa.

—¿Estáis loco? Estoy seguro que tal petición sólo le inspiraría lástima.

—Tal vez sí, pero, en fin, ¿se la has pedido, acaso? Pues bien, es necesario hacerlo.

—¡Jamás! Quiero evitarme la afrenta de ser rechazado.

—Bueno, pues ya hablaré yo por ti.

—¿Vos?

—Yo, ¿no tengo derecho de hacerlo? Te aseguro que la pediré y no puede suceder más que una de las dos cosas: o acepta o no. Si acepta, tú haces a Montmorency el honor de entrar en su familia. ¡Por todos los diablos! Tu espada vale tanto como la suya y tu nombre no tiene tacha. En cambio, si te rehúsa, será tiempo de limpiarnos el calzado para hacer el gran viaje del que no se vuelve; por lo tanto, espera para querer morir a que el padre de Luisa haya contestado formalmente que no.

—Como queráis, padre —dijo el caballero entreviendo la posibilidad de no causar también la muerte de su padre.

—Monseñor —dijo entonces el viejo Pardaillán dirigiéndose al mariscal—, mi hijo y yo acabamos de celebrar consejo de guerra y he aquí lo que hemos decidido: Vos partiréis de aquí inmediatamente y nosotros nos quedaremos hasta estar seguros de que nos atacan. Entonces nos marcharemos a nuestra vez.

—No saldré de aquí sin vuestra compañía —dijo el mariscal con firmeza—. Y tened en cuenta, caballero, que si no consentís en seguirme inmediatamente, exponéis a una muerte terrible a estas dos inocentes mujeres.

—Partiremos —dijo entonces el caballero, ya decidido.

—Esperaremos antes el comienzo del ataque —dijo el viejo Pardaillán.

La espera no fue larga. Hacia las cinco de la mañana, el viejo aventurero, que se había quedado observando por el tragaluz, vio a un caballero que hacía una seña al oficial que mandaba la fuerza. Aquel caballero iba envuelto en una larga capa que lo cubría por entero a pesar del calor que hacía, y por esta razón Pardaillán no pudo reconocerlo. Obedeciendo a la seña, el oficial mandó a sus hombres que prepararan las armas.

Casi enseguida se abrieron las ventanas de las casas vecinas y por ellas asomaron varias cabezas curiosas.

El oficial se acercó a la puerta de la casa en compañía de un hombre vestido de negro, el cual, sacando un papel de un estuche, empezó a leerlo en voz alta y clara:

En nombre del rey:

Son declarados traidores y rebeldes los señores Pardaillán, padre e hijo, refugiados en esta casa, bajo la fianza de la noble señora de Piennes. Declárase que no es válida la fianza en razón a que dicha señora ignoraba los crímenes cometidos anteriormente por los citados señores de Pardaillán.

Mandamos a dichos señores que se rindan a discreción para ser conducidos al Temple y allí juzgados por los crímenes de felonía y lesa majestad. Además, por incendio voluntario de una casa y últimamente por rebelión a mano armada.

Mandamos a los oficiales del rey que se apoderen de las personas de los rebeldes para llevarlos atados de pies y manos al lugar que Nos, Julio Enrique Percegrain, procurador del Châtelet, designaremos, a saber: por el momento, a la prisión real del Temple.

Mandamos a dichos oficiales cogerlos muertos si no pueden prenderlos vivos, a fin de que sus cadáveres sean ahorcados y expuestos para escarmiento en la plaza de la Gréve a los ojos de todos los vasallos fieles y leales de Su

Majestad.

Y Nos, Julio Enrique Percegrain, declaramos haber hablado en voz alta a los repetidos rebeldes, y declaramos también haberles concedido una hora de reflexión, como última indulgencia.

En fe de lo cual, hemos firmado y entregado este requerimiento al gentilhombre Guillermo Mercier, barón de Teil, teniente la compañía de arcabuceros del rey.

El hombre vestido de negro entregó el papel al oficial y se retiró al lado del caballero envuelto en la capa, el cual permaneció inmóvil.

La hora de gracia concedida a los rebeldes transcurrió rápidamente.

La calle se había llenado de gente, los curiosos se acercaban de puntillas para ver si prenderían a los rebeldes vivos o muertos. En efecto, la gente se prometía doble espectáculo. Primero el de la batalla y segundo el de la ejecución de los cadáveres.

Habiendo transcurrido la hora, el oficial se acercó a la puerta y llamó fuertemente gritando:

—¡En nombre del rey!

El aldabonazo resonó fuertemente en la casa y acto seguido se abrió una ventana del primer piso. El viejo Pardaillán apareció, y al verlo, la gente empezó a gritar:

—¡Van a rendirse!

Pardaillán saludó gravemente y preguntó al oficial:

—Señor, ¿intentáis atacarnos?

—Inmediatamente, si no os rendís.

—Tened presente que violáis la fianza.

—Lo sé, caballero, pero debéis rendiros a discreción.

—En cuanto a rendirnos, no lo esperéis. Quería tan sólo deciros que faltáis a la palabra dada. Ahora atacad si bien os place.

Y el viejo Pardaillán cerró cuidadosamente la ventana, mientras el oficial gritaba de nuevo:

—¡En nombre del rey!

Como no obtuvieron respuesta, el oficial hizo una seña y el tablón dispuesto en forma de ariete, empezó a funcionar. Al quinto golpe cayó la puerta.

—¡Cuidado! —dijo el oficial en previsión de una salida de los sitiados.

Los arcabuceros apuntaron hacia la puerta, prontos a disparar, pero como nadie se mostrara, fue preciso resolverse a entrar en la casa y entonces se observó que la escalera estaba obstruida por una barricada.

—Será preciso dirigir el ataque hacia la parte alta de la casa —dijo el oficial, malhumorado por el impedimento.

Fueron necesarias dos horas para hacer la escalera practicable, y cuando por fin el

paso estuvo libre, los soldados subieron con precaución seguidos por el caballero, que había echado pie a tierra, pero que continuaba tapándose el rostro con la capa.

Con gran satisfacción del oficial, hallaron todas las puertas abiertas.

—¡Cuidado! —Dijo el embozado—. Tal vez sea una emboscada.

Entraban en todas las habitaciones visitándolas todas una después de otra con todas las precauciones necesarias. Habiendo registrado así el primer piso, fue evidente que los sitiados se habían refugiado en el granero; pero cuando, después de muchas vacilaciones e intimaciones reiteradas, decidieron entrar en él, no hallaron más que heno.

El embozado dio un grito de rabia, y descubriendo la puerta de comunicación por la que se pasaba a la casa vecina, la hundió de un puntapié, exclamando:

—¡Han huido por ahí! ¡Se han escapado!

Entonces el embozado dejó caer su capa, y los soldados, asombrados, reconocieron al ilustre mariscal de Damville.

—¿Qué ordenáis, señor? —preguntó el oficial.

—Registrad la casa —contestó Damville.

Hízose así, pero no hallaron a nadie.

El mariscal de Damville salió por la callejuela contigua pálido de furor. Montó enseguida a caballo y se lanzó en dirección al Louvre.

Una vez allí solicitó ser introducido inmediatamente ante el rey.

Entre tanto los fugitivos llegaban al hotel de Montmorency, y una vez que las dos mujeres estuvieron instaladas, celebraron consejo.

—Aquí —dijo el mariscal a los Pardaillán— estáis en seguridad. Nadie sospechará que os hayáis refugiado en este hotel.

—Monseñor —dijo entonces el caballero—, me permito aconsejaros que huyáis. No os lo diría si estuvierais solo.

—Tenéis razón, caballero —dijo el mariscal—, pues mi intención es no exponer a mi hija y a su madre. Esta noche saldré con ellas hacia el castillo de Montmorency y cuento con vos para escoltarnos. Una vez en Montmorency, nadie, ni el mismo rey, se atreverá a acercarse, pues sería necesario un verdadero ejército para conquistar el castillo.

Fue, pues, convenido que al atardecer saldrían de París.

Aquel día Pardaillán tuvo con el mariscal una conversación de suma importancia. El caballero se había retirado a la habitación que ocupaba en el hotel y Luisa estaba al lado de su madre. El viejo Pardaillán se quedó solo con Montmorency y viendo salir a la joven formuló heroicamente la pregunta que tanto le interesaba.

—Es una niña encantadora y estoy seguro de que sois feliz por haberla encontrado.

—Sí, caballero, más de lo que os figuráis.

—¡Ojalá —exclamó el viejo zorro— que halle un marido digno de ella, pero dudo que exista el hombre que pueda merecerla!

—Pues este hombre existe —dijo el mariscal.

«¡Caramba! ¿Acaso tendrá razón el caballero?» —pensó Pardaillán.

—Conozco —continuó el mariscal— un hombre que es el tipo acabado de valentía y astucia. Lo que de él me han contado y por lo que yo mismo he averiguado, lo coloca a la altura de los antiguos paladines del buen emperador Carlomagno. A él, señor Pardaillán, destino mi hija, porque nadie será más digno de poseer semejante tesoro.

—Excusad mí atrevimiento, monseñor, pero el retrato que habéis trazado es tan hermoso, que siento grandísimo deseo de conocer a tal hombre. ¿Será indiscreción preguntar su nombre?

—De ningún modo. Estoy tan obligado a vos y a vuestro hijo, que no quiero ocultaros ninguna de mis penas o alegrías. Ya lo veréis, caballero, porque espero que asistiréis al casamiento de Luisa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Pardaillán mordiéndose el bigote.

—El conde de Margency —dijo el mariscal mirando fijamente al aventurero.

Éste se tambaleó como si hubiera recibido un golpe en pleno corazón.

Balbució algunas palabras y sumamente aturdido se despidió del mariscal, yendo a reunirse con su hijo.

—Acabo de hablar con el mariscal —dijo.

—¡Ah! ¿Le habéis dicho algo?

—Le he preguntado a quién daría a Luisa en matrimonio... Tente firme, caballero; un hierro ardiente en una herida, vale más que unos unguentos. No, la pequeña no será para ti porque está destinada al señor conde de Margency.

—¿Lo conocéis? —preguntó el caballero.

—Conozco Margency —dijo el viejo Pardaillán—; es un hermoso condado. Está enclavado en los dominios de Montmorency. Estaba, por decirlo así, desmembrado y no quedaba más que una pequeña parte que pertenecía a la familia de Piennes, hasta que el condestable se apoderó de todo. Sin duda alguna, el condado ha sido reconstituido. Algún villano rico lo habrá comprado para tener el título de conde. En cuanto al hombre, no lo conozco.

—Poco me importa —dijo tranquilamente el caballero.

Transcurrieron algunos minutos en silencio, durante los cuales el viejo Pardaillán recorrió la estancia lleno de furor, mientras el caballero lo miraba sonriendo.

—Me admira tu calma —dijo por fin el aventurero—. ¿De modo que te ves tratado así y no protestas?

—Pero, padre, ¿cómo queréis que me traten? El mariscal me ofrece una hospitalidad suntuosa a cambio de los pocos servicios que le he prestado. ¿Sabéis dónde os halláis ahora?

—¡Pardiez! En tu habitación, me parece.

—Ciertamente. Pues bien, esta habitación, padre, es la que fue ocupada por el rey Enrique II, cuando vino a visitar al señor condestable Anne. Desde entonces nadie se

había acostado en este lecho. ¡Qué honor para un paria como yo que ha ido errando de posada en posada y muchas veces se acostó en campo raso! Os aseguro que apenas me atrevo a dormir en este lecho real. ¿Qué más puede hacer por mí el mariscal?

—Bueno, caballero. Lo que hemos de hacer es marcharnos enseguida.

—No, padre.

—¿Cómo no? ¿Qué te retiene?

—El mariscal cuenta con nosotros para escoltarlo hasta Montmorency y lo haremos, padre. Una vez estén en completa seguridad en su castillo, nos haremos matar en alguna empresa siempre y cuando vos queráis hacerme el honor de morir en mi compañía.

—¡Por todos los diablos! ¿Y por qué el señor mariscal no se hace acompañar por el señor conde de Margency?

—Tal vez le hallaremos por el camino —dijo el caballero, sonriendo—. Pero aunque estuviera aquí, no le cedería el derecho que he conquistado de poner a Luisa en seguridad, pues ella me llamó a mí y a nadie más. Recuerdo perfectamente la escena, mientras yo estaba en «La Adivinadora». Y a propósito, será necesario pasar por allí para saldar una deuda antigua. ¿Tenéis dinero, padre?

—Tres mil libras.

—¡Caramba! Somos ricos.

—Sí, es el último regalo que me hizo el mariscal de Damville. No es muy espléndido, que digamos. ¿Dices que quieres pagar a maese Landry?

—Y también a su mujer.

—¿Debes a los dos?

—Sí, a Landry le debo dinero y a su mujer agradecimiento. Al primero le pagaré con escudos y a la segunda... a fe mía será más difícil. Un escudo no es más que un escudo. Ya veré cómo puedo hacerlo. El caso es, padre, que un día estaba yo en mi ventana de «La Adivinadora» y miraba no sé qué, cuando de pronto Luisa abrió la ventana y me llamó en su socorro. Yo no conocía su nombre y nunca le había hablado, pero ella me llamó como si yo fuese su hermano o un amigo de su infancia. Por lo tanto, tengo el derecho de protegerla hasta el final. Mi brazo y mi corazón le pertenecen, y cuando todo haya concluido, el primero soltará la espada que manejaba con cierta habilidad y el segundo dejará de latir. He aquí todo.

—Sí, he aquí todo. ¡Ah! ¿Por qué no seguiste mis consejos?

—Hice mal, lo confieso. Ahora, padre, se trata de salir de París esta misma tarde. En caso de sobrevenir algún obstáculo, la escolta del mariscal no podrá hacer más que batirse y eso no basta. Tenemos necesidad de fuerza y de astucia. Damville es un enemigo terrible, sin contar que tenemos tras de nosotros otros adversarios de menor importancia.

—Conozco —dijo el viejo Pardaillán— a algunos buenos muchachos que podrán sernos útiles esta noche. Será necesario que me vaya a dar una vueltecita por la Corte de los Milagros^[1].

—Id, padre, y sed prudente.

El aventurero dirigió una mirada a su hijo, meneó la cabeza y se alejó.

El caballero descolgó la espada, dio algunas vueltas en la habitación y se sentó en un gran sillón conocido en el hotel con el nombre de «el sillón del rey», porque Enrique II se había sentado en él.

No se vaya a creer que el caballero había representado una comedia ante su padre, pues realmente expresó con toda sinceridad cuáles eran sus sentimientos.

A pesar de la desesperación que su amor no correspondido le causaba, no lloró ni dio tampoco en suspirar. En él no se traslucía el dolor.

Así, pues, había dicho a su padre, pensándolo tal como lo decía, que no le quedaba otra cosa que hacer que morir, porque si consideraba incapaz de arrojar de su corazón el amor que lo llenaba; no maldijo tampoco al mariscal, pues creía que las cosas iban como era debido, ya que según las ideas de su tiempo y de todos los tiempos, un paria no podía casarse con la heredera de inmensas riquezas.

Maldijo menos todavía a Luisa y se contentó con murmurar con extraordinaria ingenuidad:

«¡Qué desgracia para ella! ¿Cómo va a serle posible hallar a otro que la ame tanto como yo? ¡Pobre Luisa!».

Y después de algunos instantes de reflexión, añadió:

«Creo que si lo que sufro tuviera que durar ocho días más, me volvería loco, pero felizmente todo se arreglará. Esta noche estaremos en Montmorency y mañana volveré a París. Y entonces... veamos, ¿cuántos son? Damville, que es buena espada; Aspremont, de quien me ha hablado mi padre; los tres favoritos de Anjou, y Maurevert. Total, seis. Los desafiaré a todos a la vez y milagro será que entre tantos no consigan matarme. Y así tendré, por lo menos, buen funeral».

En aquel momento una cabeza se posó en sus rodillas. El caballero bajó la vista y vio que Pipeau, habiéndose acercado a él, instalaba su cabeza entre sus piernas y lo miraba con sus ojos inteligentes y bondadosos.

—¡Hola! —dijo el caballero alegremente.

Pipeau ladró con no menos alegría, como diciendo:

—Si soy yo, tu amigo. Parece que me olvidas y ya no piensas en mí, como si yo no fuera tu amigo más fiel... fiel hasta la muerte.

El caballero acarició la cabeza del perro y le dijo:

—Vamos a separarnos, Pipeau, y lo siento porque te debo grandes favores. Gracias a ti, salí de la Bastilla y un día en que tenía hambre compartiste conmigo tu comida, ¿te acuerdas? Siempre has sido, además, buen compañero mío. Me marchó, Pipeau, porque me aburro.

El perro escuchaba con gran atención, y una vez terminado lo que su amo le decía, continuó mirándolo con la misma gran atención.

—¡Pipeau! —llamó entonces el viejo Pardaillán entreabriendo la puerta.

El perro interrogó con la mirada a su amo y éste le dijo:

—Voy a «La Adivinadora», ya que tienes una cuenta con maese Landry —dijo el aventurero.

—Os acompaño, padre.

—No, de ningún modo, el perro me bastará en caso de necesidad y también podrá servirme de correo; pero tú no te muevas.

El caballero hizo una seña de asentimiento y el padre se alejó seguido por el perro, contento de emprender solo la exploración que había proyectado, porque so pretexto de ir a «La Adivinadora» a pagar las deudas de su hijo, el aventurero quería cerciorarse de que el hotel no era vigilado, de que no los habían seguido, y, en una palabra, de que el caballero estaba en completa seguridad.

«Una vez en Montmorency», —pensaba—, «lo decidiré a seguirme y creo que me será fácil conseguir que olvide a todas las Luisas del mundo y también sus deseos de morir. ¡Vaya una solución! A su edad y en su lugar, yo hubiera raptado a Luisa. ¡El mundo degenera! Y además, ¿quién sabe si mi astucia no lo arreglará todo? Es un ardid de guerra».

—Vamos, Pipeau, salta. —Pardaillán tendió el brazo y el perro saltó ladrando alegremente.

¿A qué astucia se refería? Pronto lo diremos a nuestros lectores. De momento contentémonos con seguir al aventurero en su exploración. Recorrió las calles vecinas, y convencido de que todo estaba tranquilo, pues no había visto nada sospechoso, dirigióse al río con ánimo de atravesarlo.

Luego se internó por la calle de San Dionisio, dirigióse y llegó a «La Adivinadora», prometiéndose ir de paso a la taberna de Catho.

Maese Landry vio llegar a Pardaillán con cierto asombro, no desprovisto de temor y esperanza.

«A ver si esta vez me paga» —se dijo el digno hostelero.

—Maese Landry —dijo Pardaillán—. Vengo a pagar mis deudas y las de mi hijo, porque nos vamos de París para mucho tiempo.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó el hostelero tratando de aparecer triste.

—Nos retiramos después de haber hecho fortuna —dijo Pardaillán.

El hostelero abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero no veo a vuestra esposa —continuó Pardaillán—. Tengo que darle un recado de parte de mi hijo.

—Llegará enseguida; pero entre tanto, ¿no me haréis el honor de almorzar por última vez en mi casa?

—Con mucho gusto, querido amigo, y mientras tanto hacedme el favor de arreglar la cuenta.

—¡Oh, no hay prisa! —dijo maese Landry lleno de esperanza.

—Sí, porque me marcho y no quisiera quedaros a deber ni un sueldo.

—Siendo así, señor, os contestaré que tengo la cuenta preparada.

—¡Ah, ya!

—Como recordaréis, me lo ordenasteis vos mismo en dos ocasiones distintas en que os disponíais a pagarme esta pequeña suma, pero circunstancias desagradables os impidieron hacerla.

—Desagradables para vos —dijo Pardaillán echándose a reír.

—No, caballero, para vos —dijo Landry haciéndole coro—. Efectivamente, la primera vez tuvisteis aquel terrible duelo con el señor Orthés.

—Vizconde d'Aspremont, como lo llamabais.

—Es verdad, y la segunda vez, en el momento en que os entregaba la cuenta, os marchasteis hacia la calle.

—Sí, vi pasar a un antiguo amigo a quien quería estrechar entre mis brazos.

Entre tanto preparaban el cubierto en una mesita, mientras Pipeau, recobrando instantáneamente sus costumbres, entraba en la cocina con el aire hipócrita que tanta confianza inspiraba a los que no conocían la glotonería y la astucia de aquel perro.

Pardaillán sentóse, pues, ante la mesa, y no sin cierta melancolía miró aquel comedor en que tan buenos ratos había pasado.

Al fijarse en el aspecto venerable de las botellas que Landry en persona dejó sobre el mantel, resplandeciente de blancura, comprendió que, a los ojos del posadero, se había convertido en un personaje de la mayor importancia.

«*Bien considerado*», —pensó—, «*el dinero es una cosa buena. Con el que me supone ahora, compro al fiado su respeto y admiración. ¿Qué sucedería si fuera realmente rico? ¡Vaya! Si no nos morimos, será necesario ganar mucho dinero*».

En aquel momento entró Rosa, la mujer del hostelero.

—Siempre fresca, rosada y tierna como una flor —dijo el viejo Pardaillán.

Rosa sonrió y dio un suspiro.

—Parece que nos dejáis —dijo cortando una lonja de venado que sirvió a Pardaillán mientras Landry llenaba un vaso de vino.

«*¡Qué cuadro tan bonito!*». —Pensó Pardaillán recostándose en el respaldo de su silla—. «*El buen Landry a la derecha sirviéndome delicioso néctar y la hermosa Rosa a la izquierda con sus brazos blancos y rosados y ante mí esta lonja de venado más agradable todavía que la mirada de la huésped... y al fondo aquella cocina llena de aromáticos olores. ¡Ah! ¿Por qué no sucederá esto cada día? ¡Y pensar que el caballero me invita a morir! ¡Vaya una tontería!*».

Y en voz alta y no sin cierta emoción, dijo:

—Sí, mi querida señora Rosa, nos vamos a un país desconocido, y antes de partir mi hijo y yo, recordamos que teníamos aquí una cuenta pendiente.

—¡Ah, señor! —dijo Landry enternecido.

Y enseguida añadió:

—Voy a buscar la nota.

—Mi querida Rosa —dijo entonces el viejo Pardaillán—, creo que será un poco difícil que el caballero venga a pagaros lo que os debe, aun cuando tenía intención de venir.

—El señor caballero nada me debe —dijo Rosa con viveza.

—Sí, caramba, y para convenceros voy a repetir sus propias palabras:

«En cuanto a la hermosa Rosa» —dijo— «no le debo dinero, pero sí dos buenos besos en agradecimiento de las atenciones que por mí tuvo siempre. Quiero decirle también que, suceda lo que quiera, nunca la olvidaré y que siempre ocupará un buen lugar entre mis recuerdos».

—¿Esto ha dicho el caballero? —exclamó la hostelera ruborizándose de placer.

—Os lo aseguro. Y creo que no dijo más que la mitad de lo que pensaba. Por lo tanto, voy a cumplir el encargo que me hizo y trataré de hacerlo concienzudamente.

Y entonces el aventurero se levantó y besó dos veces en cada mejilla a la hostelera. Luego, sentándose, levantó su vaso y dijo gravemente:

—A vuestra salud, hermosa Rosa.

Y bebió de un trago, según los usos de la galantería en las carreteras.

—Caballero —dijo entonces la hostelera—, no olvidaré jamás el recuerdo del caballero. Decídselo así, os lo ruego, y a mi vez quiero testimoniarle mi gratitud dándole una noticia.

—Hablad, querida mía.

—Pues bien, decidle que «ella lo ama» —dijo Rosa dando un suspiro.

—¿Quién es ella? —exclamó Pardaillán asombrado.

—La que él ama, la hermosa señorita Luisa.

El aventurero dio un salto sobre la silla.

—Ella lo ama —continuó Rosa—. Estoy segura. ¡El pobre joven es tan desgraciado!

—¡Ah, mi querida Rosa! ¡Sois un ángel!

—Tan desgraciado, que no pude menos de decírselo a ella. Repetídselo y cuando sea marido de Luisa, que se acuerde de que yo le profeticé su felicidad.

—¡Caramba! Así, pues, le dais suerte, querida Rosa. ¡Ah! Lo que es así, las cosas cambian completamente. ¡Vive Dios! Merecéis otro beso. —Y como lo decía lo hizo. Después de ello, el viejo Pardaillán continuó su comida con infinita satisfacción, y, con ayuda del vino de Landry, empezó a entrever el momento en que asistiría al casamiento de Luisa y de su hijo.

«Ahora pienso», —murmuró alegremente—, «que debo darme una vuelta por la Corte de los Milagros para reclutar gente. Como ya estamos seguros de que nos aman, de acuerdo con lo que sospechaba, se trata de salir de París sanos y salvos».

Pero en el mundo todo tiene fin, incluso un buen almuerzo, y el de Pardaillán siguió la ley común. Después de haber apurado la última botella, el aventurero, entonando una canción de guerra, con los ojos echando fuego se ciñó la espada y llevando la mano al cinto de cuero que contenía las tres mil libras que tomara del cofre de maese Gil, llamó a maese Landry, que, nota en mano, acudió diligente, ligero, casi rápido, hendiendo el aire con el brazo para llegar más aprisa.

Landry desplegó entonces su papel, que era largo de una vara, y para excusar sus

dimensiones se apresuró a decir:

—Hay que tener en cuenta, caballero, que la deuda es muy antigua, pero no obstante, he recordado nuestro convenio y solamente he anotado los extraordinarios.

—Ponedlo todo en la cuenta, mi querido Landry —dijo Pardaillán.

El hostelero hizo una reverencia casi hasta el suelo y con cierta inquietud dijo:

—En tal caso la cuenta asciende a tres mil libras justas.

El aventurero permaneció impasible y empezó a entreabrir su cinto de cuero.

El rostro de Landry se puso rojo como una amapola, a causa de la emoción.

—¡Por fin! —exclamó dando un suspiro.

—¡Aquí está, aquí está! —dijo en aquel momento una voz furiosa.

Y al mismo tiempo tres personajes que acababan de entrar en la sala se precipitaron contra Pardaillán. La posada se llenó de gritos. La mano de Pardaillán, que ya iba a sacar el dinero del famoso cinto, dirigióse enseguida a la espada, que desenvainó rápidamente. La sonrisa de Landry terminó en una mueca de dolor y de espanto y se quedó allí con la boca abierta, los ojos desencajados y su larga cuenta en la mano.

De un puntapié, Pardaillán derribó la mesa, cuya vajilla se hizo añicos. Rosa, en tanto, huyó hacia la cocina.

—Esta vez no hay fianza —dijo burlonamente uno de los recién llegados.

—No hay que darle cuartel —gritaba el segundo. El tercero, que no dijo nada, atento sólo a esgrimir su espada, era Maurevert.

Habían entrado por azar en la hostería, sabiendo que «La Adivinadora» había sido mucho tiempo el cuartel general de los Pardaillán. Iban en busca del caballero, pues cada uno de ellos tenía que vengar una estocada y algunas palabras burlonas.

En defecto del hijo, hallaron al padre, y, sin reflexionarlo, consultándose con la mirada, cargaron contra él.

Pardaillán, algo debilitado a consecuencia de las heridas que recibiera en la calle de Montmartre, se contentó con guardar la defensiva. Contra él esgrimían sus espadas los tres espadachines y a cada estocada que le dirigían la paraba si le era posible o retrocedía de un salto.

El combate era aquella vez silencioso, porque los tres estaban resueltos a matar al padre, ya que no les era posible hacer, de momento, lo mismo con el hijo, y reservaban sus fuerzas y su sangre fría para dar el golpe mortal.

Pardaillán retrocedía, pero, desgraciadamente, sus tres adversarios le impedían huir por la puerta que daba a la calle. Viose, pues, rechazado poco a poco hacia el fondo de la sala, en donde había una puerta abierta. La franqueó y se halló entonces en la sala en que, según referimos al principio de este relato, se celebró el banquete de los poetas.

Siempre retrocediendo, penetró en la sala siguiente y llegó por fin a la última, en donde había tenido lugar la extraña ceremonia del sacrificio del macho cabrío.

—Esta vez no se nos escapa —dijo Maurevert con los dientes apretados.

«Vamos», —pensó Pardaillán—. «*El caballero y yo no moriremos juntos*».

Y dirigió a su alrededor una mirada de desesperación.

En aquel momento vio cómo se abría una puerta y sin vacilar se precipitó en el recinto oscuro que entreveía. Era el gabinete en que había la entrada de la bodega por una parte y por la otra la del largo corredor que daba a la calle.

Los tres favoritos quisieron emprender la persecución de Pardaillán en aquel cuartito, pero la puerta se cerró ante ellos. Entonces empezaron a vomitar todos los insultos corrientes en aquella época, golpeando de paso la puerta con el pomo de la espada.

No era el aventurero quien la había cerrado, sino Rosa. Cuando vio la marcha que tomaba la pelea, dio rápidamente la vuelta por la calle y el corredor y abrió la puerta, cerrándola en cuanto Pardaillán la hubo franqueado.

—¡Vos! —exclamó Pardaillán reconociéndola.

—¡Huid! —dijo la hermosa hostelera señalando el corredor.

—No sin daros las gracias —dijo el aventurero envainando la espada.

E inmediatamente cogió por la cintura a Rosa y la besó en ambas mejillas, mientras sus enemigos vociferaban.

—Uno por mí y otro por el caballero —dijo Pardaillán.

E inmediatamente traspuso el corredor y un instante después huía por la calle de San Dionisio.

—¡Esta vez no te escapas! —gritaban Maugiron y Quelus, mientras Maurevert corría en busca de un martillo para romper la cerradura.

En el corredor tropezó con Rosa.

—Dadme un martillo —le dijo.

—Es inútil —dijo la hostelera—. Voy a abrir con una llave.

—Seréis recompensada, buena mujer.

Una vez abierta la puerta, los tres espadachines vieron el corredor vacío y comprendieron que el zorro se había escapado.

Entonces se lanzaron los tres por aquel camino, pero era demasiado tarde. Pardaillán estaba ya lejos y corría en dirección de la Corte de los Milagros, no para buscar refugio, sino para reclutar a los compañeros que necesitaba a fin de proteger la salida del mariscal.

En la calle fue alcanzado por Pipeau, el cual, fiel a sus costumbres, tenía en la boca un salchichón robado a la cocina de «La Adivinadora».

Allí fue Rosa después de la partida de los favoritos de Anjou y halló a su marido rojo de cólera.

—¡Ay de mí! —Gritaba Landry—. Lo que es ahora, no tengo esperanzas de cobrar esta cuenta.

—¿Por qué no? —dijo Rosa sonriendo—. No tengáis miedo, ya pagará. Por otra parte, ¿no somos bastante ricos para perder esta suma? —añadió señalando la interminable nota que Landry tenía en la mano.

—Sí —dijo el hostelero—. Cada vez que viene a pagarme hay pelea y rotura de vajilla en mi pobre posada.

—Bueno, anotadlo.

—Tenéis razón.

Y maese Landry, dando un suspiro, se sentó ante una mesa, mandó que le llevaran tinta y pluma y añadió a la nota lo siguiente:

Item, un almuerzo completo y bien acondicionado, dos escudos y cinco sueldos.

Ítem, una botella de vino viejo Beaugency, tres escudos.

Ítem, dos botellas de Saumur, dos escudos.

Ítem, vajilla rota, veinte libras.

Ítem, un salchichón robado por el perro del señor de Pardaillán, quince sueldos y cuatro dineros.

—Dadme, que guardaré la cuenta —dijo Rosa, que había leído por encima del hombro de su marido.

Landry le dio el papel y se volvió a la cocina, presa de la más profunda melancolía.

Debajo del total general, Rosa escribió entonces:

Recibido del señor de Pardaillán dos besos, uno por su parte y otro por la del señor caballero, hijo suyo, valorados en mil quinientas libras cada uno.

Hecho esto guardó la nota en el armario de su dormitorio.

Hacia las seis de la tarde, el viejo Pardaillán regresó al palacio de Montmorency sin haber tenido ningún otro mal encuentro. Había permanecido bastante rato en la Corte de los Milagros conversando misteriosamente con cierto número de los tipos patibularios que pululan por aquel lugar. Pardaillán no desdeñaba ninguna amistad y tanto celebraba entrevistas con mariscales como con truhanes.

—Veamos lo que habrá sucedido con el encuentro que tan hábilmente he preparado —dijo sonriendo el aventurero.

¿A qué encuentro se refería?

Ya se recordará que el aventurero había dejado a su hijo diciéndole que iba a la Corte de los Milagros y que después había reaparecido so pretexto de llevarse a Pipeau y que entonces se marchó hacia «La Adivinadora».

La primera vez que salió de la habitación del caballero, Pardaillán padre empezó a recorrer el hotel profiriendo todas las imprecaciones conocidas hasta el momento en que halló a Luisa.

—Os buscaba —dijo el aventurero con la brusquedad que en él denotaba gran inquietud—. Quería despedirme de vos.

—¿Despediros? —exclamó palideciendo la hermosa niña.

—Sí, porque mi hijo y yo nos marchamos.

Y entonces púsose a explicar con volubilidad que su hijo parecía atacado de un mal incurable, y el viejo zorro, como distraídamente, íbase acercando a la habitación de su hijo.

Luisa lo siguió maquinalmente, conmovida por la nueva de aquella repentina marcha.

Pardaillán abrió la puerta sin hacer ruido y Luisa pudo oír las palabras que el caballero dirigía a Pipeau.

Entonces el aventurero llamó al perro y se marchó dejando la puerta abierta y ante ella a Luisa, atónita de hallarse en aquel lugar. ¿Qué pasó entonces en ella? ¿A qué impulso obedeció? Sea lo que fuere, entró, y posando su cándida mirada sobre el caballero, preguntó:

—¿Queréis marcharos? ¿Por qué?

El caballero, no menos indeciso, pero más tembloroso que la joven, murmuró:

—¿Quién os dijo que quiero marcharme, señorita?

—Vuestro padre y, además, vos.

—¡Yo!

—Sí, vos mismo; queréis marcharos según decíais. Perdonadme, caballero, he oído sin haberlo deseado. Decíais que queréis marcharos para no volver y que a donde ibais no podíais llevar a vuestro perro y que la causa de vuestra partida era el aburrimiento que sentís. ¡Oh, caballero! ¿Cuál es el país del que no volveréis?

—Señorita...

—¿Y por qué os aburrís?

La propia niña hablaba sumamente asombrada de su propia audacia.

El caballero la contemplaba extasiado, y sin saber lo que decía, contestó:

—Dije que me aburro, señorita, como hubiera podido decir otra cosa.

—¡Oh! —dijo ella—. ¿Acaso es porque estáis cerca de mi madre... cerca de mi padre?...

Y para sí continuó:

—Cerca de mí.

El caballero, uniendo las manos, contestó:

—¡Oh, no, porque aquí es el paraíso!

La joven dio un débil grito, y luego, sumamente pálida, añadió:

—No queréis partir..., lo que vos queréis es morir.

—Es verdad.

—¿Por qué?

—Porque os amo.

—¿Me amáis?

—Sí.

—¿Y queréis morir?

—Sí.

—¿Queréis, pues, que yo muera? —dijo Luisa.

* * * * *

Estas preguntas y respuestas, rápidas y febriles, se cruzaron por una y otra parte en voz baja y tal vez dándose apenas cuenta de lo que se decían.

Entre ellos no podía haber el disimulo. Luisa, que hablaba al caballero por segunda o tercera vez, le confesó espontáneamente su amor. Hízolo sin asomo de atrevimiento, casi a pesar suyo, obligada por el dilema que claramente se presentaba a ella:

Si el caballero moría, ella no lo sobreviviría.

Esto era su idea dominante y no le dejó pensar en que sus palabras envolvían una declaración amorosa.

* * * * *

—¿Queréis, pues, que yo muera? —dijo Luisa.

Y al mismo tiempo sus azules ojos, brillantes como el cielo de estío, se fijaron sobre los del caballero de Pardaillán, que se tambaleó olvidando que el mariscal la destinaba al conde de Margency, a un desconocido que iba a quitársela, y, extasiado por un infinito asombro, murmuró:

—No es posible, sueño...

Ella bajó entonces lentamente los ojos y dijo:

—Si os morís, yo también moriré, porque os amo.

Estaban cerca uno de otro, pero el joven hízose la ilusión de que la joven se desvanecería como una aparición si solamente le tomaba una mano.

Entonces el caballero dijo:

—Luisa, viviré ya que me amáis. Ser amado por vos me parecía una herejía; que vuestra mirada se hubiera dirigido a mí, una locura, y, no obstante, es así, Luisa. No sé si soy feliz o desgraciado, pero habéis hecho que recobre el gozo de vivir. Me amáis; mi sueño es ya una realidad. Sí, ya lo sabía. Todo en el mundo me decía que he venido a la vida para vos, sólo para vos, y comprendía que no podríais dejar de amarme; de tal modo mi corazón iba hacia el vuestro.

Y el caballero, anonadado por tanta felicidad, se calló.

Entonces los dos comprendieron que hablar más hubiera sido inútil.

Luego, sin dejar de mirar al caballero, Luisa retrocedió hasta la puerta, y desapareció, mientras él permanecía clavado en su sitio.

Entonces, en aquella naturaleza tan fría en apariencia, se produjo la reacción. Una alegría infinita lo transportó y se irguió con arrogancia.

—Ahora soy el amo del mundo; rey Carlos, Montmorency, Damville, mi gloria y mi poder son iguales al vuestro. ¿Dónde está el hierro que podrá matarme? ¿Dónde el

ejército capaz de detenerme? ¡Oh, Luisa! ¡Luisa mía!

* * * * *

Hacia las seis, el viejo Pardaillán regresó al hotel de Montmorency. Halló a su hijo vestido y armado, conferenciando con el mariscal de Montmorency. En el patio del hotel esperaba una pesada carroza provista de gruesas cortinas de cuero.

Él aventurero examinó cuidadosamente al caballero, que parecía frío y tranquilo como de costumbre.

«Vamos», —pensó—, «no ha sucedido nada. Por fortuna traigo la buena noticia que me ha dado Rosa».

Y llamando a su hijo aparte, le anunció que una treintena de truhanes esperaban en las cercanías del hotel, preparados a escoltar al mariscal sin que éste lo notara.

Francisco dio entonces la señal de marcha.

Para despistar a los curiosos o a los esbirros, habían formado el proyecto de salir por la puerta de San Antonio y luego dar la vuelta a la izquierda para tomar el camino de Montmorency.

Luisa y su madre tomaron asiento en la carroza, que fue cuidadosamente cerrada.

El mariscal se colocó a la portezuela de la derecha y el caballero a la de la izquierda. El viejo Pardaillán tomó la delantera; detrás iban doce caballeros de la casa del mariscal.

Tal escolta, atravesando París con semejante aparato, no tenía entonces nada de extraordinario, y, por lo tanto, nadie se fijó en ella, y sobre las siete de la tarde llegaron a la puerta de San Antonio.

«Estamos salvados», —pensó el viejo Pardaillán.

—¡No se pasa! —dijo entonces una voz.

Y el oficial que mandaba la guardia se adelantó.

—¿Qué hay? —dijo el mariscal palideciendo.

El oficial lo reconoció enseguida y saludó.

—Monseñor, muy a pesar mío, me veo obligado a Impediros el paso.

—Pero, caballero, la puerta todavía está abierta a esta hora.

—Perdón, monseñor, está cerrada; fijaos en que el puente ya está levantado.

El mariscal se inclinó, y mirando bajo la bóveda, vio que, en efecto, el puente estaba levantado. No había medio de franquear la puerta a menos que el oficial consintiera en ello.

—Ya veo que no se puede pasar por esta puerta, pero supongo que no sucederá lo mismo con las demás.

—Todas las puertas de París están cerradas, monseñor.

—¿Y a qué hora estarán abiertas mañana?

—Ni mañana ni los demás días se abrirán, monseñor.

—¡Esto es una tiranía! —exclamó el mariscal con más inquietud que cólera.

—Es orden del rey, monseñor.

—¿De modo que no se puede salir ni entrar en París?

—Perdón, señor, es fácil entrar y salir. A nadie se impide la entrada y en cuanto a la salida puede efectuarse con un permiso del señor gran preboste. Vive a dos pasos de la Bastilla y si monseñor lo desea...

—No, no hay necesidad —dijo el mariscal.

Y dio orden de regresar.

«Orden del rey», —se dijo—. «Muy bien. ¿Pero contra quién irá esta orden? ¿Contra mí? ¿Por qué?».

En seguida recordó el gran número de hugonotes que había llegado a París con Juana de Albret, el rey Enrique de Navarra y el almirante Coligny.

El incidente era grave, pero al cabo, Francisco se persuadió de que se trataba de una medida de policía contra los hugonotes.

«No es más que un contratiempo» —pensó.

Entre tanto, la carroza avanzaba hacia el hotel de Montmorency. El viejo Pardaillán, por su parte, echó pie a tierra y dio su caballo a guardar a uno de los caballeros de la escolta. Quería averiguar la razón de lo sucedido y tenía la intención de interrogar al oficial.

No habían transcurrido cinco minutos desde la marcha de Montmorency y estaba reflexionando acerca del cuento que podía inventar para hacer charlar al oficial, cuando vio a uno de los soldados del puesto de guardia que se alejaba de la puerta en dirección a la calle de San Antonio.

Acto seguido se acercó a él y púsose a andar a su lado.

—Hace mucho calor —dijo para entablar conversación.

—Mucho.

—Me parece que una botella de vino fresco sería cosa deliciosa.

—¡Ya lo creo!

—¿Queréis bebérosela conmigo a la salud del rey?

—No hay inconveniente.

—Entremos, pues, en esta taberna.

—Ahora no.

—¿Por qué no ahora, si ahora es cuando tenemos sed?

El soldado se quedó atónito por la fuerza de este razonamiento, pero por fin contestó:

—Porque tengo un encargo que cumplir.

—¿Dónde?

El soldado entonces empezó a mirar con desconfianza al preguntón. En aquel momento la mirada de Pardaillán se fijó en un papel que el soldado había puesto en su casaca y uno de cuyos extremos quedaba al descubierto.

—¿Pero qué os importa? —dijo el soldado.

—Nada, pero si vuestro recado no os lleva muy lejos..., ya podréis comprender.

—Es verdad. Pues bien, voy al Temple.

—¿A la prisión?

—No, a las cercanías.

Pardaillán se estremeció. Continuó al lado del soldado mientras maduraba una idea que acaba de ocurrírsele.

—Camarada —dijo de pronto—. ¿Queréis que os lo diga? Lleváis una carta al hotel de Mesmes.

—¿Cómo lo sabéis? —exclamó el soldado estupefacto.

—Mirad, aquí va la carta que sale de vuestra casaca. La vais a perder, tened cuidado.

Y al mismo tiempo Pardaillán cogió entre el pulgar y el índice el extremo del papel del que se apoderó. Entonces leyó rápidamente la dirección, que estaba así concebida:

«Al señor mariscal de Damville».

Pardaillán dirigió una mirada a su alrededor. Hallábase la calle de San Antonio llena de gente y a veinte pasos de distancia llegaba una patrulla de la ronda a caballo. No había, pues, medio de huir llevándose la carta y la devolvió al soldado, pero antes pudo observar que estaba muy mal cerrada, como hecho por una persona que tuviera mucha prisa.

Continuaron el camino. Pardaillán estaba resuelto a no dejar al soldado, que empezaba a desconfiar.

—Dispensadme, señor —dijo el último—. Debo llevar esta carta lo más pronto posible y es necesario que me apresure. Adiós y gracias.

Y echó a andar más aprisa.

Pero tenía que habérselas con uno más testarudo que él, porque Pardaillán lo siguió:

—Camarada —dijo—. ¿Queréis ganaros cien libras?

—No —contestó el soldado apresurando el paso.

—Quinientas —dijo Pardaillán.

—Dejadme, señor, o, de lo contrario, llamo.

—Mil.

El soldado se detuvo y con temblorosa voz preguntó:

—¿Qué queréis?

—Daros mil libras en oro si me dejáis leer la carta que lleváis.

—Por mil libras me ahorcarían. ¡Ca!

—¿Tan graves son las noticias que contiene? En tal caso os ofrezco dos mil libras.

El soldado vaciló. Pardaillán continuó rápidamente:

—Entramos en la primera taberna y mientras vaciáis una buena botella, abro el pliego, leo la carta y lo cierro otra vez. Nadie lo sabrá.

—No —dijo el soldado—. Mi oficial me advirtió que me ahorcaría si la carta se pierde.

—¡Imbécil! ¿Quién te habla de perderla?

—Adiós.

—¡Tres mil libras! —dijo Pardaillán.

Y cogiendo al soldado por el brazo lo arrastró a una taberna vecina. El pobre hombre sudaba la gota gorda y cambiaba de color a cada instante.

—¿No me engañáis? —murmuró cuando se hubieron sentado ante una botella de buen aspecto.

Pardaillán vació su cinto y dijo:

—Cuenta.

El soldado ahogó un grito de asombro. Nunca había visto tanto oro junto. Aquel montón representaba para él una fortuna. Fuera de sí entregó la carta a Pardaillán y sin contar llenó sus bolsillos de oro. Luego, como presa de un ataque de locura, se levantó y desapareció.

Pardaillán encogió los hombros y tranquilamente abrió el pliego que ya le pertenecía.

Estaba concebido como sigue:

Monseñor :

Una silla de posta cerrada se ha presentado a la puerta de San Antonio escoltada por una docena de caballeros. El mariscal de Montmorency iba al estribo. Parecía muy contrariado por no poder pasar. Creo haber reconocido a los dos aventureros que me habéis señalado. Hago seguir al carruaje, que, según creo, vuelve al hotel de Montmorency. Me atrevo a esperar, monseñor, que quemaréis este billete en cuanto lo recibáis y que no olvidaréis a la persona que os manda este aviso.

—¡Caramba! —Dijo Pardaillán—. Ahora comprendo el porqué de la orden de cerrar las puertas de París. Bueno, ya han desaparecido las tres mil libras de maese Landry; pero ¡bah!, ya podrá esperar, porque es rico.

Y entonces Pardaillán se puso en camino para regresar al hotel de Montmorency.

Aquella noche el mariscal de Damville recibió tantos billetes como puertas había en París. Todos contenían la misma indicación en pocas palabras:

«Nada nuevo».

O bien:

«El mariscal no se ha presentado».

O:

«No han venido las personas indicadas».

Únicamente el oficial que montaba guardia en la puerta de San Antonio no mandó ninguna nota.

* * * * *

De este modo el mariscal de Montmorency, Luisa, Juana de Piennes y los dos Pardaillán estaban prisioneros en París. Damville, esperando la ocasión de poder asesinar a Carlos IX, usaba y abusaba del favor de que gozaba con el joven rey. Damville era considerado por Carlos como una de las columnas que sustentaban la realeza, y como uno de los sostenes de la Iglesia, por Catalina. Había obtenido por tres meses el cargo de vigilar las puertas de París. No le había sido difícil demostrar que en las circunstancias porque se atravesaba, era necesario ejercer estrecha vigilancia sobre todos los que entraban en París.

Y el rey le había confiado tal cargo, que lo equiparaba al de gobernador militar de la ciudad.

Tal empleo debía terminar el día en que se celebrara el matrimonio entre Enrique de Bearn y Margarita de Francia, pues entonces el ejército habría partido hacia los Países Bajos, llevándose a todos los hugonotes a la campaña proyectada.

Damville se hallaba así investido de una autoridad excepcional que lo hacía carcelero de la inmensa prisión en que París se había convertido.

* * * * *

En el hotel de Montmorency se deslizaba la vida sin ningún incidente digno de mención. Había sido convenido permanecer en el hotel sin hacer inútiles tentativas para salir. Las puertas de París no podían permanecer cerradas mucho tiempo y a la primera ocasión se saldría sin la menor dificultad. Así transcurrieron quince días. El caballero y el viejo Pardaillán salían cada día para ir a recoger noticias, tomando todas las precauciones necesarias para no ser reconocidos.

Una noche que el viejo Pardaillán había salido solo, volvía al hotel, cuando en la casilla del portero divisó a una persona que reconoció inmediatamente: era Gilito, el digno sobrino del intendente de Damville. Pardaillán entró enseguida en la casilla.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Señor oficial, vengo..., ahora mismo lo explicaba.

—Vienes a espiar, miserable... Ya que es así, voy a cumplir mi promesa.

—Escuchadme, por favor —balbució Gilito.

—No quiero saber nada, voy a cortarte las orejas.

—Os desafío a que lo hagáis —exclamó Gilito.

—¿Qué?

—Probadlo.

Y al mismo tiempo se quitó un gorro que cubría su cabeza hasta la nuca y Pardaillán se quedó estupefacto al observar que Gilito no tenía orejas. Entonces se echó a reír, mientras Gilito, colocándose de nuevo el gorro, decía:

—Ya lo veis, señor, que no podéis cortarme lo que no tengo.

—¿Pero quién te ha hecho esto?

—Mi tío, sí, señor. Cuando monseñor de Damville supo que había revelado su secreto por miedo de que me cortarais las orejas, dio orden a mi tío para que lo hiciera, y éste, aun cuando yo no lo hubiera creído capaz de ejecutar la cruel sentencia, cumplió la orden del mariscal, y, sin tener en cuenta mi desmayo, me hizo llevar fuera del hotel. Una mujer me recogió, me cuidó y me curó las heridas.

Y como quiero vengarme vengo a ponerme a vuestra disposición.

«¡Hola, hola!», —se dijo el viejo Pardaillán.

—Admitidme, señor, no os arrepentiréis. Os seré más útil de lo que os figuráis.

—No lo dudo.

—Y en pago de mis servicios sólo os pido una cosa.

—Veamos cuál.

—Que me ayudéis a vengarme de monseñor de Damville, que dio la orden de cortar mis orejas, y de mi tío, que lo obedeció.

«*He aquí un animal que me parece animado de las mejores intenciones y que podrá serme útil*» —pensó Pardaillán.

Y luego, en voz alta, dijo:

—Bueno, pues te tomo a mi servicio.

Los ojos de Gilito despidieron un rayo de alegría que hubiera inquietado a Pardaillán si lo hubiera sorprendido, pero el aventurero habíase vuelto de espaldas y haciendo una seña a Gilito para que lo siguiera, penetró en el hotel.

Gilito le siguió murmurando entre dientes:

—Espero que mi tío Gil estará contento de mí.

IV - Se desarrolla la tempestad

COSA DE VEINTE DÍAS después de la entrada del rey en París, tuvieron lugar los esponsales de Enrique de Bearn y Margarita, hermana de Carlos IX. Con tal motivo se dio una suntuosa fiesta en el Louvre, como no se había visto desde los tiempos de Francisco I y Enrique II. Hubo bailes en que las damas hugonotes fueron parejas de los señores católicos; hubo banquetes y mascaradas... Margot, de la que Enrique se manifestaba enamorado, apareció disfrazada de hamadriada^[2], con un vestido de maravillosa impudencia en el que las guirnaldas de follaje constituían el principal adorno; pero no anticipemos, porque es necesario seguir aquella fiesta memorable y fastuosa, casi hora por hora. El Louvre resplandecía de luz, gran ruido de carcajadas salía de aquel horno y en cada una de las salas en que se desplegaban tales magnificencias, se desarrollaba un drama.

Fuera, la multitud difícilmente contenida por los arqueros de servicio, auxiliados por algunas compañías de arcabuceros, se congregaba alrededor del Louvre, como un mar de olas negruzcas que muge en torno de potente roca. Aquella multitud no estaba atraída tan sólo por la curiosidad, pues a pesar de los edictos pregonados en diversas ocasiones, la mayor parte de los burgueses iban armados de partesanas y cubiertos con una coraza. De uno a otro grupo iban agentes que parecían dar una consigna y de vez en cuando y de diversos puntos salían fuertes gritos de ¡Viva la misa!, o ¡Mueran los hugonotes!

Al principio de la fiesta y cuando ya la noche se cernía sobre París, Catalina de Médicis y su hijo, Carlos IX, estaban solos en una habitación, cuyo balcón dominaba la orilla izquierda del Sena.

Vestido de negro, como de costumbre, y más pálido que nunca, con las delgadas manos marfileñas incrustadas en la balaustrada de hierro, Carlos IX miraba a lo lejos un gran resplandor rojo, y cerca de él, a un paso de distancia, Catalina sonreía enigmática y cruelmente.

—¿Para qué me habéis traído aquí, señora? —preguntó el rey.

—Para mostraros esa hoguera, señor.

—Me gusta ver cómo mis buenos parisienses se regocijan.

—No, señor. Los parisienses han quemado una casa en la que han sorprendido una reunión de hugonotes. Y mirad, allí se eleva otra hoguera... allí a la izquierda. ¡Por Nuestra Señora! Si esto continúa, arderá París entero.

Una oleada de sangre subió a las pálidas mejillas de Carlos IX, que masculló una blasfemia.

—Quiera Dios —dijo Catalina— que no les venga la idea de incendiar el Louvre.

—¡Por la sangre de Cristo! Voy a dar orden de que carguen contra los incendiarios.

Y volviéndose, el rey gritó:

—¡Hola, Cosseins!

—¿Estáis loco, Carlos? —Dijo Catalina cogiendo la mano de su hijo—. ¿Queréis provocar un motín? ¿Estáis ciego? ¿No veis que la corona vacila en vuestras sienes y que muy pronto, si no tenéis cuidado, tendréis al reino entero contra vos?

—¿Qué decís, señora?

—La verdad. Habéis soñado la fusión de los católicos y los hugonotes, y Dios sabe cuánto he sufrido, porque veía el abismo a que os ibais a precipitar. ¿Acaso no habéis oído los murmullos del pueblo y los gritos de los señores cuando disteis la Rochela, Montauban, Cognac y La Charité a los hugonotes? ¿No habéis observado los rostros amenazadores que os rodean, desde que Juana de Albret, Enrique de Bearn, Condé y Coligny están aquí? ¡Ciego, ciego y sordo a las advertencias del Cielo! ¡Mirad, hijo mío!

A lo lejos, el incendio progresaba extendiendo su roja corona de llamas que ondulaban en la noche. Torbellinos de humo salían de aquel horno, cubriendo medio París.

—He aquí la respuesta de los parisienses a los esponsales de esta tarde —continuó Catalina—. Invocabais al Cielo, señor. Mirad, ya no es posible verlo; las estrellas desaparecen.

Con los ojos fuera de las órbitas y las mandíbulas contraídas, Carlos IX miraba.

—Hijo mío —añadió la reina—, escuchadme. Ya sabéis con qué alegría he llevado las negociaciones que debían traernos la paz. Sabéis que he llegado a humillarme ante la orgullosa Juana de Albret. Sabéis que el casamiento de vuestra hermana con Enrique de Bearn es idea mía, y es que yo también estaba ciega. Creía entonces que era posible la paz entre católicos y hugonotes. Pero éste era un sueño insensato. Es preciso que la herejía o la Iglesia mueran. No hay en el mundo sitio para estas dos fuerzas, señor. Una de las dos debe desaparecer, y como es imposible que la Iglesia sucumba, y que Roma se aniquile y que Dios muera, es necesario matar a la herejía. ¡Desgraciados de los que la sostengan, porque perecerán con ella!

—¡Señora, me asustáis! Es imposible que las cosas sean como vos decís porque yo haya tenido horror de la sangre que se vertía.

—¿Imposible? ¿No habéis leído las cartas que nos traen los embajadores de todos los Estados? ¿Qué nos dice el rey de España? Que prepara un ejército para restablecer el reino de Dios, comprometido con nuestra debilidad.

—Haré la guerra contra España —dijo Carlos muy irritado.

—¡Insensato! ¿Qué nos dice Venecia? ¿Qué nos dicen Parma y Mantua? ¿Qué los Estados del Imperio? Todos, todos, de norte a sur y de levante a poniente, nos dirigen reproches y nos amenazan.

—Pues si es necesario, me opondré a Europa entera —dijo Carlos secando el sudor de su frente.

—¿Iréis contra el soberano pontífice? —Preguntó Catalina—. ¿Os libraréis de la excomunión con que os amenaza?

—¡Por todos los diablos, señora! El papa es el papa y yo el rey de Francia.

Y agarrándose a la balaustrada, Carlos se irguió más todavía.

—¡Silencio! —dijo—. No quiero que se me contradiga. He decidido tener paz y ¡voto a Dios que la tendré en mi reino! ¡Si es necesario hacer la guerra a España, al imperio y al mismo papa, la haré!

—¿Con qué? —preguntó Catalina.

—Con mis ejércitos, con mi nobleza y con mi pueblo.

—¿Con vuestro pueblo? Venid, señor, y oiréis lo que quiere. El poderío real está comprometido por nuestros ensueños de paz, pero el pueblo tiene una voluntad.

Y al mismo tiempo la reina cogió la mano de su hijo con irresistible autoridad y arrastrándolo hacia ella, le hizo atravesar diversas habitaciones. Oíase debajo el ruido de la fiesta y los acordes de los violines marcando la cadencia de los bailes lentos.

Catalina se detuvo en una gran sala que daba al lado del Louvre opuesto al Sena.

—Habláis de vuestra nobleza. ¿Con quién contáis? ¿Con Guisa, que fomenta no sé qué cosas en la sombra? ¿Con un Montmorency que se encierra en su hotel para albergar a los rebeldes?

—Por Dios, señora, ¿de qué rebeldes habláis?

—De aquellos dos aventureros que en pleno París resistieron a vuestros gentilhombres y a vuestros guardias y que, en pleno Louvre, os insultaron a vos y a mí. Me refiero a los dos Pardaillán, espadachines y truhanes sin vergüenza que se rebelan contra el rey de Francia, el cual no puede hacerlos prender.

—¿Y decís que Montmorency les da asilo?

—Sí, señor, y toda vuestra nobleza se ha rebelado igualmente contra vos. En cuanto al pueblo, escuchad.

Catalina arrastró al rey a una ventana abierta y Carlos, asomándose a ella, vio más allá de los fosos del Louvre al enorme gentío que se estrujaba gritando:

—¡Viva la misa! ¡Mueran los hugonotes!

Pero estos gritos eran cubiertos por otros más numerosos que decían:

—¡Viva Guisa! ¡Viva nuestro capitán general!

Carlos volvióse rápidamente a su madre, preguntando:

—¿Qué significa esto? ¿Quién es este capitán general?

—Vuestro pueblo os lo dice, señor. Es Enrique de Guisa.

—¿Y de qué es capitán general?

—De las tropas católicas, señor.

—Pero, señora, ¿dónde están estas tropas? ¿Quién las ha instituido?

—Carlos —exclamó la reina—, paréceme que no estáis en vuestro sano juicio. Estas tropas son todo el reino. Son los señores que no quieren que los herejes sean tratados del mismo modo que los servidores leales. Son los burgueses, a quienes podéis ver desde aquí partesana en mano. Es vuestro pueblo, que se arma para salvar la antigua religión que redimió al mundo. Éste es el ejército, señor, que reclama un capitán general, ya que el rey no quiere mandarlo.

Carlos IX cerró violentamente la ventana y empezó a recorrer la sala.

—¿Qué hacer? —se decía.

—¡Por Nuestra Señora! Vuestro deber de rey, de hijo mayor de la Iglesia.

—¡Cómo! ¿Una traición contra el pobre Coligny, que llora de alegría cuando lo llamo padre? ¿Contra el pobre Enrique, que está tan contento y que me demuestra su amistad? Jamás, señora; haced lo que queráis; yo no quiero inmiscuirme.

Catalina reprimió un movimiento de alegría, pero aquella especie de autorización que le daba el rey no le bastaba. Acercóse a su hijo, le tomó la mano, fijó aguda mirada en sus ojos turbados, y en voz baja, como cuando se trata de un crimen, murmuró:

—Carlos, vuestro buen corazón os perderá. ¿No advertís, desgraciado, que habéis introducido el lobo en París? Hablas de la amistad de Enrique de Bearn. ¿Sabes dónde estaba Enrique cuando tú lo creías en el campo de la Rochela antes de tu salida hacia Blois? Interroga sobre esto a tu gran preboste.

—Hablad, señora.

—Pues bien, estaba en París con Condé, d'Andelot y Coligny. ¿Y sabes lo que venía a hacer? Tramaba tu muerte para apoderarse de la corona.

El rey se puso lívido y miró espantado a su alrededor.

Sin duda Catalina lo juzgó en el estado en que ella deseaba, y creyó prudente no tirar más de la cuerda para que no se rompiera, porque, inclinándose al oído de su hijo, añadió:

—Ni una palabra, señor, ni un gesto que de a entender a los malditos hugonotes que sabéis la verdad. Disimulad, señor, unos días más, pues, de lo contrario, estaríamos perdidos.

Dichas estas palabras se alejó, bajó una escalerilla de servicio y llegó a su oratorio.

—¡Paola! —llamó.

Apareció enseguida su camarera florentina.

—¿Están ahí? —preguntó la reina.

—Sí, Majestad. El uno aquí y el otro allá.

—Bueno, introduce antes al espadachín.

La camarera salió, y regresó a los pocos instantes seguida por un hombre que hizo una profunda reverencia.

—Buenos días, mi querido Maurevert —dijo la reina sonriendo graciosamente—. Veo que sois aún amigo nuestro. Siempre leal cuando tenemos necesidad de un hombre valiente, enérgico y fiel.

—Vuestra Majestad me lisonjea —dijo Maurevert.

—De ningún modo, mi querido señor de Maurevert; me gusta reconocer los méritos de los amigos de la corona. ¡Pobre corona! Se tiene con poca solidez en las sienes de mi hijo. ¡Hay tantas gentes que la envidian!

«¡Diablos!», —se dijo Maurevert palideciendo—. «¿Habrás oído algo?».

—Si se necesita mi vida para consolidar esta corona, no tenéis más que hablar, Majestad. Estoy dispuesto a todo.

En el fondo Maurevert temblaba, y dirigió a su alrededor rápida mirada para asegurarse de que estaba solo con la reina.

Maurevert era hombre de unos treinta años; esbelto, delgado, con los cabellos y la barba de un rubio subido, casi rojo, ojos grises con reflejos de acero, rostro regular, figura elegante; tenía los ligeros movimientos de un felino y su conjunto no carecía de cierta viveza. Era hombre hábil en toda suerte de ejercicios, vigoroso, y era reputado como notable esgrimidor, sin contar con su reconocida habilidad en el tiro de arcabuz y de pistola.

No tenía en la corte cargo fijo. Se ignoraba de dónde venía y cuál era su familia, pero había sido, al principio, muy protegido por el duque de Anjou, hermano del rey, a quien prestó los servicios propios de un buen espadachín a un príncipe. En recompensa, Enrique lo presentó a la reina Catalina diciendo:

—Señora y madre mía, el señor de Maurevert mataría a su padre si yo se lo ordenara.

Así, pues, Maurevert gozaba del favor de la corte, despreciado por unos, temido por otros y aceptado, o, mejor dicho, tolerado por la mayor parte, pues se sabía que gozaba de alta protección. Por otra parte Maurevert se había inmiscuido en las intrigas más secretas.

No amaba ni odiaba a nadie, pero era capaz de matar fríamente a cualquiera que le molestara; hablaba poco, escuchaba mucho, trataba de pasar inadvertido y de hacerse indispensable.

¿Cuáles eran sus ambiciones? Ante todo, el dinero, y luego un título que le permitiera poder figurar dignamente entre los nobles compañeros que aceptaban su trato.

Traicionaba secretamente al duque de Anjou en favor del duque de Guisa y estaba pronto a hacer lo mismo con éste en favor del rey Carlos. Sabía que el hermano del rey esperaba con impaciencia la muerte de Carlos IX, y tal vez Maurevert hubiera asesinado al rey de no temer que el duque de Anjou lo abandonara. Había descubierto la conspiración de Guisa y formaba parte de ella, como de todas las cosas y en todas partes.

En una palabra, no era el tipo de espadachín vulgar a pesar de serlo por su instinto. De momento, estaba emboscado en la corte, pero igualmente se habría puesto al acecho en un bosque, para desvalijar al viajero.

Cuando Catalina le dijo que abrigaba ciertos temores acerca de la corona, Maurevert imaginó de pronto que la reina tenía sospechas sobre la conspiración de Guisa.

«Si es así y me quiere hacer detener», —pensó— «salto sobre ella, la estrangulo y pruebo al rey que la reina madre quería matarlo para poner en el trono al duque de Anjou».

Y por esta razón contestó con un tono de amenaza que Catalina no podía comprender:

—Estoy dispuesto a todo.

—Ya lo sé, señor, ya lo sé. Y por esta razón, en las circunstancias difíciles que atravesamos, he pensado en vos. Tengo enemigos, o, mejor dicho, quien los tiene es mi hijo.

—¿De qué hijo me habla Vuestra Majestad en este momento? —preguntó Maurevert.

«¡Caramba!», —pensó la reina—. «*Este hombre es más inteligente de lo que me figuraba*».

—¿De qué hijo queréis que hable, sino del rey? ¡Pobre hijo mío, tan débil y tan enfermo!

—Como yo he sido y soy el más fiel servidor de monseñor Enrique, siempre me imagino que es el único hijo de la reina. Perdonadme, señora, por haber olvidado al rey.

—Señor de Maurevert —dijo Catalina—, amo por igual a mis hijos. Una buena madre, como yo, no podría hacer diferencia entre ellos. Cuando plazca a Dios llamar a mi pobre Carlos, seré feliz pensando que mi hijo Enrique tiene tan fieles servidores como vos. Pero la fidelidad que testimoniáis a mi hijo Enrique, ¿no podríais prestarla al rey, por algún tiempo?

—Señora —contestó Maurevert—. Lo que he dicho es para hacer comprender a Vuestra Majestad que pertenezco en cuerpo y alma a monseñor el duque de Anjou.

Los ojos de la reina brillaron alegremente. Maurevert observólo y continuó:

—Pero no hay que decir que sí el rey tiene necesidad de mis pobres servicios, le pertenezco por entero. Es mi deber de fiel vasallo.

Había tal diferencia entre el tono que el espadachín empleaba para hablar del duque de Anjou y del rey, que Catalina exclamó:

—Señor de Maurevert, sois un hombre honrado, y si queréis obedecerme, me encargo de vuestra fortuna.

Aquella mujer tan astuta y sutil, que adivinaba con tanta facilidad el pensamiento de sus interlocutores, se cegaba cuando la lisonjeaban en su amor para Enrique de Anjou.

Después de un minuto de reflexión, añadió:

—Ya que queréis servir al rey, voy a daros una prueba de amistad diciéndoos cuáles son sus enemigos.

—Escucho a Vuestra Majestad dispuesto a enterrar en mi corazón los secretos que se digne confiarme.

—Ya conozco vuestra discreción, pero ¿será un secreto para vos? ¿No sospecháis de qué enemigos quiero hablar?

—¿Se trata acaso del señor duque de Guisa?

—Guisa —dijo la reina—. ¡Oh, no! Está unido a nosotros por los lazos de la

religión.

—Entonces Vuestra Majestad querrá hablar del mariscal Damville.

—Damville es uno de nuestros más fieles amigos.

—Entonces —dijo Maurevert— se tratará del llamado jefe de los «Políticos», que no es más que una agrupación de descontentos, malos servidores de la Iglesia, que bajo una apariencia de austeridad ocultan las ambiciones más bajas.

—Montmorency —dijo la reina—. Ahora señaláis, en efecto, a un enemigo, pero ya hablaremos de él más tarde.

—Entonces —dijo Maurevert— no comprendo...

—Pensad que el rey es el hijo mayor de la Iglesia.

—¿Acaso Vuestra Majestad quiere hablar de los hugonotes? —Exclamó el espadachín con sorpresa perfectamente fingida—. ¿No proclamó el rey la gran reconciliación? ¿Y vos misma, no estrechasteis la mano de la reina de Navarra?

—Es verdad, pero a pesar de nuestro empeño y de la sinceridad de nuestras ofertas, los hugonotes conspiran. Son insaciables. Acuden a París desde los rincones del reino y nos aplastan, nos hunden. El viejo La Garde vacía nuestros arsenales para armar las tropas del señor de Coligny, bajo pretexto de la guerra contra el duque de Alba, pero, en realidad, para llevar a cabo no sé qué proyectos ocultos. ¡Ah, Maurevert! Tiemblo por mi hijo.

—¿Por qué Vuestra majestad no hace prender al almirante? Una vez el ejército hugonote sin jefe...

—Es ya demasiado tarde, amigo Maurevert —dijo Catalina con una desesperación que no engañó al espadachín—. ¡Prender al almirante! ¿Quién se atreverá a hacerlo?

—Yo —contestó Maurevert.

—¡Vos!

—¿Por qué no? Si me dais una orden firmada por el rey, esta misma noche prendo a Coligny en plena fiesta.

—¡Qué escándalo! No, es imposible. ¡Ah! ¡Soy una reina muy desgraciada! ¡Ojalá el Cielo quisiera por una sola vez atender mi ruego! El rey se salvaría, y con él, el reino de la Iglesia, pero el Cielo es a veces Sordo o por lo menos quiere imponernos rudas pruebas, porque, de lo contrario, unas fiebres cuartanas, nos librarían de Coligny y así es seguro que no se produciría el menor escándalo.

Maurevert escuchaba atentamente las palabras de la reina.

—¡Ay! —Continuó Catalina—. Nos veremos obligados a doblegarnos ante los herejes y a oír la misa en francés, porque no hay que esperar que el Cielo mande al almirante la fiebre que nos salvaría. Coligny está bueno y sano..., y a no ser un accidente...

La reina se detuvo en esta palabra dirigiendo a Maurevert significativa sonrisa. Pero éste quería oír órdenes positivas, pues hacía ya bastante rato que había comprendido los deseos de la soberana.

—¿Un accidente? —repitió maquinalmente.

—Sí —dijo la reina—. ¿No podría caer una teja sobre el almirante?

—¡Hum! Sería preciso que esta teja estuviera animada de cierta inteligencia y buena intención...

—Qué costaría cara, ¿no es verdad? Hablad sin temor, mi querido señor de Maurevert. ¿Qué sería necesario para dar inteligencia y buena intención a la teja de que se trata?

—Lo ignoro, señora. Pero en defecto de la teja, creo que un buen arcabuz colocado en manos de uno de mis amigos sería perfectamente capaz de la inteligencia y de la buena intención necesarias para producir el accidente de que se trata.

—Pues esto es lo que se necesita, no somos exigentes. Y el arcabuz que se encargara de salvar a la Iglesia, merecería el agradecimiento del rey.

—En tal caso, señora, abandonad todo temor; no tengo que decir más que una palabra a mi amigo.

—¿Y cómo se las compondría vuestro amigo?

—Del modo más sencillo y menos escandaloso posible. Esperaría al almirante en una esquina cualquiera, cosa fácil, pues el señor de Coligny, al salir del Louvre, pasa cada día por el mismo sitio. Desde aquí, señora, veo el lugar en que podría ocurrir la cosa. ¿Conoce Vuestra Majestad al reverendo Villemur?

—¿El canónigo de Saint-Germain-L'Auxerrois?

—El mismo. Pues bien, este digno canónigo, que es uno de los más ardientes defensores de la Iglesia, vive en el claustro de Saint-Germain-L'Auxerrois, que, cada día, atraviesa el almirante para ir a la calle de Bethisy. Da la casualidad de que las ventanas de la casa del canónigo están cubiertas en la planta baja por un enrejado de alambre, de suerte que desde la calle es imposible ver lo que pasa dentro de la casa.

—Muy bien, muy bien.

—Supongamos, pues, que mi amigo va a pedir hospitalidad al canónigo y se coloca cerca de la ventana jugando con el arcabuz. De pronto sale una bala que va a herir al señor almirante que, por casualidad, pasa entonces por allí. El almirante cae muerto y nadie es responsable de este accidente fatal, que Vuestra Majestad es la primera en deplorar. Creo, señora, que esto vale tanto como la teja o la fiebre.

—Ciertamente, y si tal accidente ocurriera, vuestro amigo sería recompensado de un modo regio. Veamos, ¿qué desea vuestro amigo?

—Si se tratara de mí, contestaría que mi mejor recompensa sería el haber servido a mi reina.

—Muy bien, pero no todo el mundo es tan desinteresado como vos, mi querido señor de Maurevert.

—Es una gran verdad, señora. Creo, pues, que el amigo de quien os hablo, y que es sumamente hábil en tirar con el arcabuz, podría no dar en el blanco si yo no le asegurara razonable paga, pero Vuestra Majestad no debe preocuparse por ello. Yo poseo unas cincuenta mil libras y con tal suma lo decidiré.

Catalina se irguió con altanería, pero enseguida cogió una hoja de papel y trazó en él algunas palabras.

... Y Señor de Maurevert —dijo—, no consentiré en tal sacrificio. Guardaos vuestras cincuenta mil libras. En cuanto a vuestro amigo, he aquí, para él, un bono de veinticinco mil libras contra el Tesoro.

Maurevert leyó el papel, lo dobló y se lo guardó.

—El resto, después del accidente. Ya veis que no regateo cuando se trata de recompensar a vuestros amigos, y espero que se me agradecerá. Avisad a vuestro amigo de que tendré necesidad de él.

—¿Contra quién, señora?

—Voy a decíroslo, pero no se trata ni del rey ni de la Iglesia. Se trata... de dos hombres que me han ofendido mortalmente. Sin ellos, o, mejor dicho, a no ser por uno de ellos, la cosa no habría llegado a este punto. No habría ejército hugonote, ni esta noche esponsales en el Louvre. Gracias a este hombre se han desmoronado planes concienzudamente elaborados. Al salvar a Juana de Albret, nos amenazó al rey y a mí con una ruina que mis recursos apenas podrán conjurar. Pero esto no es todo. El miserable trata de proteger a alguien que es para mí terrible obstáculo. Como si todo ello fuera poco, por dos veces se ha burlado de mí y por estas razones odio a él y a su padre. Al revelaros mi odio, os doy la prueba más grande de estimación que he dado a nadie en el mundo. Matadme a esos dos hombres y os hago conde.

Maurevert se estremeció.

—Hallaré un condado para vuestra talla, y, además, por cada una de estas dos cabezas hay cien mil libras, que constituirán la dotación del condado.

—¿Son, pues, muy poderosos personajes, señora?

—Al contrario, son dos miserables aventureros, pero tened cuidado, porque son de hierro. Cuando todo el mundo cree que han muerto, reaparecen. Cuando se cree haberlos achicharrado en una casa, huyen por la contigua. Los rodean, veinte espadas se alzan contra ellos... ¡Pero si estabais vos allí, Maurevert! ¡Estuvisteis en el incendio de la taberna, en el sitio de la calle de Montmartre y aquí mismo cuando nos insultó al rey y a mí!

—¡Habláis de los Pardaillán, señora! —dijo Maurevert con sombría expresión de odio.

—En efecto, ellos son y ahora están...

En el hotel de Montmorency. Lo sé, señora, porque hace tiempo que sigo a estos hombres paso a paso, y ahora, señora, os diré algo que tal vez os asombre: Por la vida de estos dos hombres no quiero ni el condado ni las doscientas mil libras, pues daría hasta la última gota de mi sangre para poder estrangularlos con mis manos.

—¡Ah, caramba! —Dijo Catalina—. Parece que los odiáis de veras, querido Maurevert.

Éste señaló con el dedo su mejilla derecha, sobre la, que aparecía una gran cicatriz, medio oculta por una capa de cosmético.

—¡Bonito latigazo! —dijo la reina con la mayor; tranquilidad—. Estaréis señalado para toda la vida.

—Sí, señora y ya he matado a tres hombres por haber mirado sonriendo esta cicatriz, producida, no por un latigazo, sino por un golpe de plano con una espada.

—¡Ca! Es un latigazo. Es imposible que esto haya sido hecho con una espada.

Maurevert rechinó los dientes, pero, reponiéndose enseguida, se inclinó.

—¿Vuestra Majestad me da permiso para retirarme?

—Idos, caballero, y pensad que si estoy bien servida, podéis pedirme lo que queráis sin miedo de pedir demasiado.

Maurevert se alejó.

«Bueno», —pensó la reina—, «ya he arreglado lo necesario para Coligny y los Pardaillán. Sólo me falta Juana de Albret».

Se sentó en un gran sillón que había en el oratorio, y poco a poco su rostro tomó melancólica expresión. Cogió el espejito para examinarse y cuando vio que su rostro tomaba la expresión deseada, echóse sobre los hombros un velo negro que cubría su cabeza y que formaba un marco adecuado a su actitud y a su aspecto melancólico. Entonces llamó a la camarera y le hizo una seña.

Paola penetró en una pieza vecina e introdujo un nuevo personaje, tras de lo cual se eclipsó sin hacer ruido.

En cuanto a Maurevert, había vuelto a las inmensas salas por las que transcurrían diez mil invitados. Sin que la fiesta hubiera llegado a su apogeo, empezaba ya a reinar en aquella multitud una alegría indicadora de que se había roto el hielo.

Maurevert recorrió los salones en busca de alguien y por fin divisó un numeroso grupo de señores que parecían rodear a un personaje, el cual, por la actitud y el número de cortesanos, no podía ser más que el rey en persona.

Pero no era sino Enrique, duque de Guisa.

Llevaba con altanera gracia un traje que era una maravilla de magnificencia y buen gusto. La guarda de su espada de gala estaba cuajada de diamantes; cada una de las cintas de su jubón llevaba una gruesa perla, y un broche de rubíes y esmeraldas sujetaba las blancas plumas de su toca.

Aquella exhibición de joyas, que hoy haría sonreír, era considerada entonces como la prueba visible de la riqueza. Hoy los señores van vestidos con traje negro y se contentan con exponer sus riquezas sobre los hombros de sus mujeres.

Enrique de Lorena, duque de Guisa, feliz, sonriente y lleno de juventud, podía aquella noche pasar por el más cumplido caballero de la corte de Francia y en compañía de sus cortesanos se reía de los señores hugonotes que pasaban con trajes más severos.

De pronto, atravesó su espíritu la idea de una broma excelente y se echó a reír con más alegría que nunca; Taligny, yerno del almirante, acababa de aparecer dando la mano a su mujer, Luisa de Coligny, que estaba entonces en todo el esplendor de su belleza.

Guisa lo vio de lejos, y, dando un suspiro, palideció ligeramente. Luego, echándose a reír como ya hemos dicho, exclamó:

—Señores, acercaos, que voy a proponeros una broma excelente.

El círculo de cortesanos se estrechó dispuestos de antemano a la risa. En aquel momento, un caballero tocó el brazo de Enrique de Guisa, y éste, volviéndose, vio a Maurevert.

—Esperadme, señores —dijo—, vuelvo enseguida y combinaremos una mascarada que se hará célebre. ¡Vive Dios! Es preciso divertir un poco a los señores hugonotes.

Entonces se retiró seguido por Maurevert y fue a refugiarse en el hueco de una ventana, cuyos cortinajes lo ocultaban a medias.

—Bien —dijo—, ¿qué quería?

—Darme la orden de matar a Coligny —respondió descaradamente Maurevert.

—Quiere tomarnos la delantera —dijo en voz baja al duque—, pero no importa; tanto da empezar por el almirante. ¡Ah, Coligny! Caro pagarás el no haberme concedido a tu hija. ¿Qué has prometido? —preguntó luego a Maurevert.

—Disparar sobre Coligny.

El duque vaciló un momento y luego dijo:

—Perfectamente, pero espera hasta que yo te de la orden, ¿comprendes?

—Sí, monseñor.

—Y, además, el día en que le dispares un arcabuzazo, quiero que hieras gravemente al almirante, pero que no lo mates enseguida.

—Perfectamente, monseñor.

Estas palabras fueron cambiadas sonriendo, como si se tratara de algún asunto agradable, de modo que Maurevert fue considerado enseguida como favorito del duque y más de uno sintió celos.

Luego los dos hombres se separaron y Guisa volvió a reunirse a los cortesanos, a los que empezó a explicar su idea, que debía ser muy divertida a juzgar por las risas y los aplausos con que fue acogida.

En cuanto a Maurevert, se perdió entre la multitud y luego salió del Louvre y desapareció entre las calles negras de la ciudad.

V - Sigue la tempestad

ACABAMOS DE ASISTIR a la conversación que la reina tuvo con Maurevert, y, de acuerdo con las órdenes de Catalina, Paola introdujo entonces al segundo personaje que había sido citado.

Este entró, y después de haber saludado a la reina, se mantuvo en actitud respetuosa, esperando que hablara. Estaba muy pálido, como agitado por violenta inquietud. Aquel hombre era el conde de Marillac.

—Sois fiel a la cita —dijo por fin Catalina—. Os lo agradezco, conde.

—A mí me corresponde daros las gracias, señora, por el interés que os dignáis sentir por mí y por la promesa que me habéis hecho.

—Conde —contestó Catalina con armoniosa voz—. Es necesario, ante todo, que os asombréis por el interés que en mí habéis observado.

—¡Señora! —Exclamó Marillac conmovido en extremo—. ¿Es la reina la que me habla así?

Y en aquel momento tuvo la impresión de que Catalina iba a contestarle:

«*No es la reina, sino vuestra madre*».

Pero Catalina no dio tal contestación, si bien comprendió lo que pasaba en el alma de su hijo.

—Conde —dijo—, sois el hombre más noble que he visto en mi vida y a vuestra nobleza apelo, para rogaros que no me dirijáis preguntas sobre el interés o el cariño que por vos siento.

Marillac se inclinó profundamente.

—Existe un secreto y os juro revelároslo el día... muy pronto.

El conde profirió una exclamación de alegría.

—Muy pronto —continuó la reina con emoción admirablemente fingida— sabréis por qué me intereso tanto por vos y la razón de que en nuestra primera entrevista haya fingido cierta frialdad y también por qué os he ofrecido un reino. Entre tanto contentaos con saber que conozco las causas de vuestra tristeza y que quiero veros feliz.

—Os doy las gracias, señora —exclamó Marillac con sincero reconocimiento.

Catalina entonces quiso distraer los pensamientos del conde, y haciendo un esfuerzo sobre sí misma, como si se hubiera distraído con pena de sus propios pensamientos, dijo sonriendo:

—¿Qué habéis hecho del cofrecillo que os regalé?

—¡El cofrecillo! —balbució—. ¡Ah! Lo guardo como una reliquia, señora, pues procede de vos.

—¿Lo guardáis en vuestra habitación? —dijo la reina con cierto pesar.

—Vuestra Majestad ya sabe que habito en el hotel de la reina de Navarra, pues soy uno de sus gentilhombres. El cofrecillo es una joya de mujer, un objeto regio,

pero femenino.

—Es verdad —dijo Catalina sonriendo—. Yo lo usaba para guardar mis guantes; me lo regaló el buen Francisco I a mi llegada a la corte de Francia.

—Pues no ha perdido su destino —contestó entonces el conde— porque Su Majestad la reina de Navarra lo usa para guardar sus guantes.

—¿De veras? —exclamó Catalina sintiendo inmensa alegría en el fondo de su corazón.

—Sí —continuó el conde con gravedad—. Amo a la reina de Navarra como si fuera mi madre y le he rogado que guardara el cofrecillo hasta el día en que...

—Habéis hecho bien, «hijo mío».

El conde sintió fuerte conmoción al oír por primera vez estas palabras en boca de Catalina, la cual se apresuró a añadir:

—¿Hasta el día?... decíais.

—Hasta el día que conoceré por fin la verdad sobre... vos ya lo sabéis —exclamó el conde con desaliento—. Y esto me lleva a recordaros que Vuestra Majestad, al darme este magnífico cofrecillo, se dignó prometerme.

—Voy a cumplir mi promesa, mi querido conde. ¿Pero no sentís curiosidad por saber cómo he podido enterarme de vuestra pasión por Alicia de Lux y del pesar que os atormenta?

—Vivo en tal inquietud, señora, que nada me conmueve ni asombra. He supuesto, sencillamente que Vuestra Majestad disponía de admirables recursos de investigación y que se había dignado tomar informes acerca de mis asuntos.

—Algo hay de eso, conde, pero creed también que la paciencia y el trabajo que me ha costado el seguiros paso a paso para saber dónde ibais, lo que hacíais y lo que pensabais para poder protegeros en caso necesario, no los habría empleado por nadie del mundo, ni por el mismo rey de Francia. Os he vigilado un poco —continuó sonriendo— hasta el punto de que si hubierais sido un criminal o mi mayor enemigo, no lo habría hecho mejor. Ante todo he querido veros de cerca, y Dios sabe lo que me costó el permanecer tan fría ante vos cuando...

—Acabad, señora, os lo suplico —exclamó Marillac en extremo conmovido.

—Nada —murmuró la reina—. No ha llegado la hora y habéis jurado no arrancarme mi secreto.

—Después de nuestra primera entrevista —continuó la reina— no tardé en conocer vuestro amor por Alicia de Lux. Una noche, conde, os detuvisteis cerca de mi nuevo hotel y al pie mismo de la torre. La reina de Navarra os acompañaba. Ella entró en casa de Alicia y vos esperasteis fuera. Entonces quise saber lo que os atormentaba. Yo conocía a Alicia, porque en otro tiempo la molesté un poco por haber renegado de nuestra religión. Hice mal, lo confieso, porque siempre deberían respetarse las creencias de los demás, pero, en fin, conozco bastante a Alicia para saber que no me guarda rencor. Al día siguiente por la mañana la vi y supe por su boca lo que había sucedido entre ella y la buena reina Juana.

—Aquel día, señora —dijo el conde—, tuvo lugar nuestra segunda entrevista y es cuando me disteis el cofrecillo en señal de vuestro aprecio, y, además, quisisteis hacerme una promesa.

—Sí, la de deciros exactamente quién es Alicia de Lux, y ahora voy a cumplirla.

El conde se puso pálido, como el condenado que va a oír su sentencia de labios del juez.

—Pero, desde entonces, ¿no os ha dicho nada la reina de Navarra? —continuó Catalina.

—Nada, señora, nada. Al salir de la casa de Alicia, me dijo las siguientes palabras, que recordaré toda mi vida:

«Hijo mío, he interrogado a vuestra prometida y pienso lo siguiente: veré con miedo que esta mujer sea la esposa del hombre a quien amo como hijo... pero el amor puede hacer milagros y creo realmente que el que por vos siente Alicia, puede hacer un milagro. Os ama como pocas mujeres han amado, y ante amor tan grande, os aconsejo que sigáis vuestro destino, sin tener en cuenta mis vacilaciones ni el miedo verdadero de que os he hablado, porque ninguna mujer en el mundo os amará como os ama Alicia».

El conde guardó entonces unos instantes de silencio y luego añadió:

—La reina no quiso añadir una palabra más y me rogó, por otra parte, que no le hablara de este asunto hasta el día en que me decidiera a casarme con Alicia. ¡Ah, señora! Las palabras de mi reina no hicieron más que acrecentar el misterio. ¿Qué significa el miedo de que Alicia pueda llegar a ser mi esposa? Muchas veces he pensado, a fuerza de reflexionar, que la rema de Navarra ha sorprendido algún crimen de Alicia y que por lástima hacia mí, o conmovida por el amor de mi prometida, haya resuelto callarse. Paréceme que leo en su espíritu:

«Cásate, cástate con esta criminal. Este casamiento me da miedo por ti, pero hay tanto amor en vuestros corazones que el crimen de separaros para siempre, sería mayor tal vez que el de uniros».

—¿Habéis vuelto a ver a Alicia? —preguntó Catalina.

—No, señora. Temo ahora descubrir en sus palabras su crimen, y, no obstante, no puedo vivir sin ella y sufro por estar lejos de su amor.

—Habláis de crimen —dijo la reina moviendo la cabeza— y tal vez vais demasiado lejos en sospechas injustificadas. Escuchadme, conde: hace dieciocho días os pedí un mes de plazo para saber la verdad sobre Alicia de Lux. He obtenido informes más de prisa de lo que esperaba, y, de acuerdo con mi promesa, vais a saber la verdad. Alicia de Lux es pura; Alicia de Lux ha llevado la existencia más recatada que pueda darse y es digna del amor y del respeto de un hombre como vos, pero...

El conde de Marillac no oyó esta última palabra, pues al saber que Alicia era pura e inocente cayó de rodillas y sollozando con sobrehumana alegría cogió las manos de la reina y exclamó fuera de sí:

—¡Madre, madre mía!

Catalina dirigió al conde una mirada terrible, examinó el oratorio con gran espanto, retrocedió y con voz ronca dijo:

—¿Estáis loco, caballero?

En el mismo instante Marillac se levantó y ya la reina había compuesto su semblante.

—¡Ah, conde! —murmuró—. Acabáis de darme una emoción muy cruel por dulce que sea. Pensad en que si os hubieran oído, la madre del rey de Francia estaría deshonrada.

—¡Oh, infame de mí! Perdonad mi delirio, Majestad.

—¡Silencio, conde, por Dios! Si he podido borrar de vuestro corazón la prevención que contra mí teníais, si me ha sido posible inspiraros, no afecto, sino lástima natural que todo hombre concede a la mujer que ha sufrido atrocemente muchos años, os ruego que guardéis silencio sobre todo esto.

—Por mi alma os lo juro, señora.

—Ni una palabra, ni una alusión a nadie en el mundo.

—A nadie, señora, a nadie.

—Ni a Alicia, ni tampoco a la bondadosa Juana, que es vuestra reina.

—Os lo juro.

—Me habéis jurado igualmente mantener secretas todas nuestras entrevistas.

—Y os lo vuelvo a jurar.

La reina pareció entonces calmarse y abandonarse a aquella melancolía que, cuando quería, daba severo encanto a su rostro.

El conde, emocionado aún, permaneció ante ella silencioso y tratando de recobrar su sangre fría.

Después de algunos instantes, durante los cuales Catalina calculó la confianza que había podido adquirir en el corazón de Marillac, continuó:

Ahora, ya que os he prometido deciros toda la verdad, es necesario que sepáis por qué la reina de Navarra vaciló y por qué habéis podido concebir dudas sobre Alicia de Lux. Hay, efectivamente, un misterio en la pobre niña y tal vez en ciertas ocasiones habréis podido extrañar alguno de sus actos o palabras.

—Tenéis razón, a veces se ve asaltada por extraños temores.

—La pobre temía que la verdad apareciera un día ante vos y esta verdad es realmente desagradable, aun cuando la pobre joven no tenga la culpa.

—Hablad, señora —suplicó el conde—. Ahora ya puedo oírlo todo.

—Pues bien: Alicia es una joven sin nombre y sin familia. Fue adoptada por la familia de Lux. Y he aquí por qué una madre vacilaría en dejaros tomar por esposa a una mujer cuyos padres son desconocidos.

Aquella extraña acusación proferida ante Dios dado, cuyos padres eran también desconocidos era un golpe de audacia como los que a menudo acostumbraba tener Catalina. En aquellos tiempos, ser hijo de padres desconocidos era, si cabe, más infamante que en nuestros días.

El conde, radiante de alegría, exclamó:

—¡Voy a echarme a los pies de Alicia! ¡Ojalá pueda perdonarme mis sospechas!

—¿De modo, conde, que no os importa esta circunstancia?

—¡Ah, señora! —Murmuró Marillac—. ¿Cómo podría detenerme en ella, cuándo yo mismo?...

Se calló entonces viendo la nube de tristeza que se extendía por el rostro de la reina, y haciéndole una reverencia, añadió:

—Señora, os bendigo por la inmensa alegría que acabáis de darme. Os debo la vida.

—Pues bien, conde, ya que queréis casaros, os aconsejo que lo hagáis sin ninguna clase de aparato. Una vez lleve Alicia vuestro nombre, nadie pensará en preguntarle el de su padre.

—Poco importa, señora, la ceremonia; lo esencial es casarnos.

—¿Queréis que lo arregle? —Dijo la reina con cariñosa sonrisa—. Yo quisiera estar presente, pero, naturalmente, sin que lo supiera nadie.

—¡Ah, señora! Me colmáis de alegría.

—Pues bien, voy a elegir la iglesia, y a fijar el día y la hora. En cuanto a la iglesia, no seréis tan acendrado hugonote para no darme esta alegría, y yo, en cambio, soy ferviente católica.

—Señora, haré lo que queráis, poco importa el sacerdote.

—¿El sacerdote? ¡Ah, sí! Mirad, os casará el reverendo Panigarola. Es un santo hombre, y en cuanto a la iglesia, podemos elegir la de Saint-Germain-L'Auxerrois.

—¿Qué día? —preguntó el conde ebrio de alegría.

—Pues el siguiente al del matrimonio de mi hija Margarita.

—¿A qué hora?

—A medianoche, ¿qué os parece?

El conde se echó a reír como un niño feliz, y en realidad conocía entonces la dicha por vez primera.

—Idos, amigo mío —acabó diciendo la reina—. Idos, y ¡ojalá seáis feliz!

—Lo soy más de lo que puede decirse —exclamó el conde cubriendo de besos la mano de la reina.

—Una palabra todavía —dijo ésta—. Permitidme que anuncie a Alicia el día, la hora y el lugar de su casamiento; debo una reparación a la pobre joven por mi conducta anterior con ella.

—Os obedeceré, señora.

—Así, pues, ni una palabra sobre todos estos detalles, ¿me lo prometéis?

—Os lo juro, señora.

Y ligeramente impulsado por la alegría el conde se alejó, dichoso en extremo, para dar parte de su felicidad a la reina de Navarra y luego para ir a pedir perdón a Alicia.

Apenas hubo partido, la reina salió de su oratorio, atravesó el gabinete de trabajo

y llegó a una estancia algo apartada que le servía de tocador.

Allí, en la semioscuridad que reinaba en la habitación, esperaba una joven, Alicia de Lux.

La reina dirigióse hacia ella, la cogió de una mano y mirándola fijamente le preguntó:

—¿Has oído?

—No, Majestad —contestó Alicia.

—¡Bah! ¿No has escuchado?

—No —repitió la joven con sinceridad.

—¡Caramba! Me sorprende de veras. ¿Acaso no eres la misma? Pues bien, escucha: Él acaba de salir de mi oratorio. Te ama más que nunca y pronto os casaréis. No le preguntes el día, ni la hora, ni el nombre del sacerdote, pues oportunamente te daré estos detalles. Sabe tan sólo que no eres la hija del conde de Lux, sino únicamente una niña que tu padre recogió y cuyos padres son desconocidos. Ése es el secreto que confiaste a Juana de Albret y que tanto temor te daba que él supiera. ¿Me comprendes?

—Sí, señora —dijo débilmente Alicia.

—Así, pues, a partir de hoy serás feliz y nada nublará tu dicha, pues soy la única que sabe...

—Y, además, la reina de Navarra —murmuró Alicia.

—No te inquietes por ella —contestó Catalina con extraño tono—. Como te digo, te casarás y los dos os marcharéis adonde queráis para ser felices en lo venidero... siempre que te avengas a obedecerme hasta el final, porque a la menor vacilación de tu parte, lo mato.

—Obedeceré, señora —dijo Alicia—. Haré lo que queráis con tal que él se salve.

—Vete, pues, hija mía —dijo la reina—, y recuerda que quiero tu dicha y la suya. Sobre todo no olvides las recomendaciones que acabo de hacerte.

Alicia permaneció inmóvil, tenía los ojos bajos y estaba muy pálida.

—¿En qué piensas, Alicia? —preguntó la reina.

—Perdonadme, señora, yo... no...

Catalina cogió la mano de la joven y mirándola fijamente le dijo:

—Veamos, ¿tienes algo que decirme?

—No... Pensaba...

—Escucha —continuó la reina—. ¿Estás segura de que no has oído la conversación que he tenido con él?

—Os lo juro, señora.

La reina conocía muy bien a Alicia y por el acento de la joven comprendió que decía la verdad. Catalina, entonces, hízole una seña de despedida y la joven contestó con una reverencia y salió.

Atravesó corredores y escaleras apartados para evitar las salas en que tenía lugar la fiesta, salió del Louvre y entró en su casita de la calle de la Hache.

Una vez allí se sentó apoyando el codo sobre la mesa y con la cabeza entre las manos se puso a reflexionar.

—Es su hijo, ¿lo sabe ella? ¿Se lo diré a él? Felizmente, me contuve a tiempo cuando estaba a punto de decírselo. He hecho mal en no escuchar. ¿De qué habrán hablado? No me engaño, tengo la memoria fiel. En la entrevista que Juana de Navarra tuvo con Diosdado, oí, sin la menor duda, que éste decía: «*¿Por qué no me morí el día que supe que mi madre era la implacable Médicis?*».

Reflexionó largo rato en este asunto, pero por fin se dijo:

«*No diré nada, porque si revelo a Catalina que el conde es su hijo, tal vez lo haría matar*».

VI - Primer rayo

SEGUIREMOS AHORA al conde de Marillac, el cual, después de su entrevista con Catalina de Médicis, entró en los salones en que se celebraba la fiesta de los esponsales. Como ya hemos dicho, el joven estaba radiante de alegría.

Por consiguiente, todo el dolor acumulado en su alma se fundió al oír las palabras de Catalina, todo su rencor se disipó al ver que aquella reina que por tanto tiempo había odiado, no era más que una pobre madre que sufría mucho.

Y, naturalmente, empezó a buscar a Juana de Albret para manifestarle antes que a nadie cuánta era su felicidad, sin bien sin indicarle el motivo, pues había jurado callarse. Luego, en caso de que fuera demasiado tarde, quería ir a casa de Alicia y de antemano pensaba en las palabras que iba a decirle y que la harían tan feliz como a él.

—Os he calumniado con el pensamiento, y mi alejamiento desde que he llegado a París es realmente un crimen, pero no lloréis más, pues dentro de algunos días estaremos unidos para siempre.

En aquel momento un grupo de gente alegre lo rodeó. Entre ellos estaba el duque de Anjou, tan alegre que olvidaba arreglarse la gorguera, que llevaba torcida.

—¡Caballero! ¿Acaso no os divertís? —gritaba el duque de Anjou.

«¡Mi hermano!» —pensó el conde sonriendo cariñosamente.

—¡Pardiez, señores de la Reforma! Es necesario divertirse —añadió d'Anjou.

—Monseñor —dijo el conde—. En mi vida he tenido alegría como la de hoy.

—Así me gusta —contestó el duque.

Y todos los del grupo, rodeando a Marillac, trataron de arrastrarlo. Parecióle al conde que los señores católicos que así se divertían querían ponerlo en ridículo. Una oleada de sangre le subió al rostro, y haciendo un gesto malhumorado, se apartó, mientras los otros se marchaban riendo.

Entonces el conde se percató de que la fiesta tomaba extraño aspecto. Los señores católicos se habían organizado por grupos de cinco o seis y cada uno de ellos rodeaba un gentilhombre hugonote y así bajo pretexto de diversión, cada hugonote era objeto de burla general.

En una sala, Enrique de Bearn, cogido por el grupo de Guisa, servía de pelota que los gentilhombres católicos se mandaban de uno a otro. El astuto Bearnés, pálido e inquieto, reía con fuerza a cada puñetazo que recibía en la espalda o a cada codazo que le asestaban.

En otra sala, el príncipe de Condé se las había con una docena de católicos, pero, menos paciente que su rey, devolvía concienzudamente los golpes, y, por esta causa, las risas eran algo forzadas. Una palabra o una mirada podían cambiar la broma en pendencia. Sin embargo, los hugonotes no recelaban todavía y soportaban con paciencia las molestias, cosa que no excitaba el atrevimiento de los señores católicos.

De pronto, unas cincuenta ninfas cogidas por la mano y vestidas, o, mejor dicho,

desnudas como bacantes, dejando ver todo lo visible y un poco ebrias sin duda, con los ojos brillantes y los labios depuestos a besar, entraron corriendo en el inmenso salón dorado, en donde acababa de tener lugar un baile en el que habían tomado parte.

—¡El escuadrón volante de la reina! —Exclamó Guisa—. Vamos a reír.

La frase hizo fortuna y dio la vuelta a la sala. El poeta Dorat la transcribió a sus tabletas; Pontus de Thyard declaró que faltaban caballos para semejante escuadrón, y predicando con el ejemplo, cogió al vuelo una de las bacantes y la montó a horcajadas en sus hombros.

Al cabo de unos instantes, todas las bacantes cabalgaban sobre algún señor. Pero, aparte de Pontus, que era católico, todas las demás montaron en protestantes, y éstos, riendo y algo escandalizados, tuvieron que dejar hacer.

Entonces cada uno de aquellos hugonotes, transformados en bestias de carga, fue cogido por dos católicos que lo arrastraban.

Formóse así una fila que atravesó la sala entre grandes aclamaciones, gritos y risotadas.

Al frente de aquella cabalgata iba el duque de Guisa, gritando:

—¡Paso para las centauras! ¡Viva la unión de sexos y religiones!

Los compañeros del duque imitaban con la mano, en forma de trompeta, una marcha con música de un himno hugonote.

Y las muchachas, impúdicas y hermosas, todas hijas de nobles señores, agitando sus piernas desnudas como para dar espoladas, con el pecho descubierto y gritando, gesticulaban, y algunas, presas del vértigo y de la embriaguez, hacían grandes gestos obscenos proclamando la gran victoria de la Misa.

Tememos que estos detalles parezcan demasiado exagerados al lector, pero los documentos de aquella época se extienden todavía en mayores y más extensos datos que nos permiten asegurar que todavía pecamos de pusilánimes.

Mientras el escuadrón volante de la reina, es decir, las señoritas que Catalina había educado para las necesidades de su política y de su sistema policíaco, se apoderaban de los hugonotes, idéntica escena se desarrollaba a cierta distancia, porque los caballeros católicos se apoderaban de las damas protestantes y las obligaban a tomar parte en una alocada zarabanda.

En aquel momento apareció el rey, y las risas se extinguieron rápidamente.

Los hugonotes uniéronse a sus mujeres y los católicos se alinearon para dejar paso a Carlos IX.

Éste divisó a Coligny, que impasible y con las cejas fruncidas, había asistido, pálido y mudo, a las escenas que acabamos de bosquejar. El almirante saludó al rey haciéndole una reverencia, pero éste se adelantó hacia él, lo cogió en sus brazos, lo besó cariñosamente y le dijo:

—Pienso, padre mío, que os divertiréis en nuestro Louvre.

—Admirablemente, señor. Los caballeros de vuestra corte tienen un modo de

divertirse que no Olvidaré en mi vida.

—Tal vez —contestó el rey—, hubierais preferido otra diversión, como, por ejemplo, perseguir un rey como se persigue un ciervo.

Estas palabras resonaron en todos los oídos como un trueno, y, no obstante, Carlos las había pronunciado sonriendo, pero había tal amenaza en aquella sonrisa, que hizo estremecer a todos los hugonotes.

—¿Señor —dijo fríamente el almirante—, espero que Vuestra Majestad tendrá la bondad de explicarme su pensamiento?

—¡*Pardiez!* —empezó a decir el rey.

Al decir esta palabra, Carlos se puso lívido y sus ojos lanzaron un rayo de cólera, y tal vez dejándose dominar por el furor habría publicado los secretos que su madre acababa de revelar, pero vio el rostro pálido de Catalina que avanzaba hacia él y sonriente exclamó:

—Señor almirante, ya que os preparáis para perseguir al duque de Alba, será necesario decidiros a perseguir al rey de España.

Un suspiro de alivio salió de todos los pechos hugonotes, mientras se dejaba oír un murmullo de desencanto entre los católicos.

—Señor —contestó entonces Coligny radiante de gozo—, confieso, en efecto, que me gustaría más divertirme en los Países Bajos, aun cuando la fiesta de Vuestra Majestad sea magnífica sobre toda ponderación.

—Sí, digno padre. Sois hombre de armas más bien que cortesano, ya lo sé —dijo el rey, que bajo la mirada de su madre se había serenado—. Pero no veo a mi primo de Bearn.

—Allí va —dijo Catalina— y tan feliz que sería lástima estorbarlo.

En efecto, Enrique de Bearn pasaba en aquel momento dando la mano a Margarita y parecía muy ocupado haciéndole la corte.

Carlos IX hizo una señal y la fiesta continuó alegremente, si bien con mayor moderación. Al mismo tiempo tomó a Coligny del brazo y se lo llevó diciendo:

—Veamos, padre mío, ¿cómo están los preparativos para la expedición a los Países Bajos? ¡Por Dios! ¿Sabéis que allí se dan grandes batallas y que el duque de Alba ha causado ya dieciocho mil muertos a los hugonotes?

—¡Ay, señor! Demasiado lo sé, pero gracias a la alta generosidad del rey de Francia, espero que antes de poco podremos impedir tan horrorosas matanzas.

—Apresuraos, señor almirante, porque podría suceder que otros países estuvieran tentados de imitarlas.

El rey había pronunciado estas palabras con cierta irritación, pero Coligny no descubrió en ellas nada amenazador para él y para los suyos, porque creía a Carlos deseoso de paz.

El monarca dirigióse entonces a un trono que se había dispuesto en el salón central. Por el camino halló al poeta Ronsard y su expresión se apaciguó. Cogiéndolo por el brazo se lo llevó también; y luego sentóse en el trono para contemplar la fiesta,

después de haber obligado a Coligny a que se sentara a su derecha, honor extraordinario que entusiasmó a los hugonotes. Al mismo tiempo, y obedeciendo a una seña del rey, Ronsard se sentó a la izquierda.

—Ronsard —dijo alegremente Carlos IX—, mientras la corte se divierte y mi buen padre el almirante piensa en la guerra, hagamos versos, ¿quieres?

Como ya se sabe, Ronsard era completamente sordo y contestó con la mayor naturalidad aludiendo al lugar que ocupaba al lado del rey:

—Sin duda alguna, señor, y éste es un honor del que me acordaré toda la vida.

—Escucha —continuó el rey—. ¿Quieres que te diga el último verso que he hecho? Tú lo corregirás.

—Vuestra Majestad tiene razón —dijo Ronsard—, esta fiesta es admirable.

—Escucha —dijo el rey, que en el fondo se preocupaba muy poco por ser oído y quería repetir sus versos, sólo por recordar el objeto de su amor:

Amar, ésta es mi divisa.

Pero apenas el rey acababa de recitar el primer verso, elevóse un rumor en la sala vecina, en donde una hora antes había tenido lugar el baile de las ninfas y faunos. No era un clamor de alegría de los que a menudo se levantan en una fiesta, sino un murmullo siniestro, gritos ahogados de los hugonotes.

—¡La reina se muere!

He aquí lo que sucedía:

Ya hemos visto que el conde de Marillac iba en busca de Juana de Albret, a la que halló casi en el mismo instante en que Carlos se sentaba en el trono, entre Ronsard y Coligny. En aquel mismo momento, también Catalina de Médicis, seguida por un grupo de gentilhombres, se dirigía lentamente, con la sonrisa en los labios, hacia la reina de Navarra.

Ésta, grave y pensativa, asistía a aquella fiesta dada en honor de su hijo y se preguntaba cuál podía ser el significado de aquella alegría desenfrenada que se manifestaba ante ella.

Por dos o tres veces, las damas de honor y los gentilhombres que a su alrededor estaban la habían visto palidecer y luego ardiente fuego tiñó sus mejillas de vivo carmín. Por momentos Juana de Albret se sentía helada y temblorosa y otras veces por el contrario, parecía que iba a ahogarse.

No obstante, no prestaba ninguna atención a aquellos síntomas, cuya gravedad no podía prever. Únicamente buscaba con los ojos a su hijo Enrique, y cuando lo encontraba, lo seguía con inquieta mirada. Aquella inquietud fue en una ocasión tan manifiesta, que Margarita, la prometida de Enrique, se fijó, y acercándose a ella le dijo en voz baja:

—¿Qué teméis, señora? Tened la seguridad de que nadie se atrevería a intentar nada contra mi real prometido.

Estas palabras tranquilizaron a Juana, que conocía la gran influencia que Margot tenía con su hermano.

Entonces fue cuando de pronto divisó al conde de Marillac, que se esforzaba en atravesar el círculo de cortesanos, y, sonriendo, le tendió la mano.

En seguida los cortesanos se apartaron y el conde, lleno de alegría, como ya hemos dicho, se levantó para besar la mano que la reina le tendía.

Pero en el mismo instante la reina la retiró, la llevó a su frente y luego al cuello. Luego cayó hacia atrás, lívida, con la frente bañada en sudor, los ojos convulsos y el pecho jadeante.

—¡Aire, aire! —gritó Marillac palideciendo—. La reina se encuentra mal.

En seguida se oyeron algunos gritos, las mujeres se alejaron y se originó un gran tumulto.

—¡Oh, Dios mío! —dijo una voz dulce y emocionada—. ¿Qué tiene nuestra querida prima?

Y se vio a Catalina de Médicis acercarse precipitadamente a Juana de Albret con todas las apariencias de un profundo pesar.

—Aprisa, aprisa —ordenó—. Que busquen a maese Paré, acabo de verlo allí..., allí está.

Veinte cortesanos se precipitaron hacia el médico del rey, pero ya, gracias a un pomito que Catalina hacía respirar a la enferma, ésta recobró el sentido y murmuró:

—No es nada... el calor..., la emoción. ¿Sois vos, querido hijo?

—Sí, señora —contestó Marillac con alterada voz—, quiera Dios tomar mi vida antes que la vuestra.

—¿Quién habla de morir? —Dijo Catalina—. La vida de nuestra prima no corre ningún peligro.

En aquel momento Ambrosio Paré se inclinaba sobre la reina y la examinada atentamente.

—¡Socorro! —Gritó de pronto Juana de Albret—. ¡Mi hijo! ¡Quiero ver a mi hijo! ¡Oh! ¡Me abraso, tengo fuego en las manos!

Paré cogió las manos de la reina, mientras iban en busca de Enrique.

Juana de Albret perdió el sentido por segunda vez y entonces el pomo de sales fue impotente. Enrique llegó en aquel momento, y viendo a su madre moribunda, palideció intensamente, y cogiendo al médico por el brazo, le dijo:

—La verdad, señor, en nombre de Dios vivo, la verdad. ¿Cómo está mi madre?

Paré, trastornado también, dijo imprudentemente:

—Va a morir.

Entonces Enrique cayó de rodillas y, abrazándose a su madre, empezó a llorar. Era tristísimo oír los sollozos de aquel joven rey que parecía tan jovial, y también era digno de lástima el dolor de Marillac, pues el joven se había apoyado en una columna para no caer.

Catalina llevó las manos a sus ojos, exclamando:

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué horrorosa desgracia! ¡La reina de Navarra se muere!

Y de grupo en grupo, y de sala en sala, ahogando las risotadas y desvaneciendo la alegría como si la desgracia hubiera agitado sus alas sobre el Louvre, se propagó el siniestro rumor entre los hugonotes, mientras los católicos, sorprendidos y asustados, se preguntaban qué cara deberían poner ante tal acontecimiento.

Coligny acudió, y con él, Condé, d'Andelot y los hugonotes principales se congregaron alrededor de la reina, comprendiendo que aquella desgracia que los hería era tal vez una misteriosa advertencia de muerte para cada uno de ellos.

Carlos IX palideció al saber la mala nueva. Iba a manifestar su asombro, cuando vio los ojos de la reina madre fijos sobre él recomendándole tan imperiosamente el silencio, que bajó la cabeza y dijo en voz alta:

—Ha terminado la fiesta.

En aquel momento Catalina se acercó a él y le dijo al oído:

—Al contrario, señor, ahora empieza.

Veinte minutos más tarde se habían apagado todas las luces del Louvre y todo parecía dormir, a excepción de los soldados de guardia, cuyo número había sido triplicado.

En el oratorio, Catalina y Ruggieri, pálidos los dos, hablaban en voz baja.

—¿Qué decía? —preguntó el astrólogo.

—Que todo le quemaba, ardía, sobre todo las manos y los brazos.

—Los guantes la han matado —dijo Ruggieri.

—¡Oh, amigo mío! El cofrecillo es una maravilla.

—La maravilla —dijo Ruggieri— es que hayáis logrado que Juana de Albret aceptara el cofrecillo sin sospechar nada. ¿Cómo lo hicisteis?

Catalina sonrió y dijo:

—Éste es mi secreto, Renato.

Al día siguiente por la mañana cundió por París la noticia de que la reina de Navarra había muerto de un mal repentino, de una especie de fiebre desconocida. Y a los que se asombraban de aquella muerte imprevista se les contestaba que, después de todo, sólo se trataba de una hugonote y que ella no impediría a los parisienses divertirse con las grandes fiestas que tendrían lugar por el casamiento de Enrique de Bearn y Margarita de Francia.

VII - Gilito

HAY EN ESTE RELATO un personaje que va a representar un papel de cierta importancia, y, por lo tanto, nos vemos obligados a seguirlo en sus hechos y actos, para llegar por fin a la situación en que lo hemos dejado.

Retrocediendo, reanudaremos conocimiento con el interesante Gilito en el momento en que su tío le había cortado las dos orejas. El desgraciado quedó tendido sin conocimiento sobre el suelo húmedo del hotel de Mesmes. Ya se recordará que Gil preguntó a Damville señalando a la víctima:

—¿Qué haremos de este imbécil? ¿Le damos muerte?

—No, porque puede servirnos —contestó el mariscal.

Gil siguió, por consiguiente, a Damville, sin inquietarse por su sobrino, el cual estaba desvanecido, pero no tardó en volver en sí.

Su primer movimiento fue llevar las dos manos a las orejas, con la esperanza de que todo lo sucedido hubiera sido un sueño, pero sus manos, en vez de topar con los apéndices que, según Pardaillán, hacía mal en conservar, no hallaron más que las compresas empapadas en vino y aceite que su tío le había colocado alrededor de la cabeza.

Gilito dio un gemido.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Ya no tengo orejas! La gente se burlará de mí, sin contar que no voy a oír nada... Pero calla..., me parece que oigo mis propias palabras. Más, en fin, aunque oiga, estoy deshonorado.

Habiendo llorado de este modo sus perdidas orejas, Gilito se puso en pie y observó que, aparte del violento dolor que sentía en los dos lados de la cabeza, se encontraba perfectamente, como si no hubiera sufrido ninguna mutilación.

Cobró ánimo, y aunque estaba bastante debilitado por el dolor, preparóse a subir la escalera, cuando en lo alto divisó a su tío Gil, que, después de haber tenido una larga conversación con el mariscal, volvía a ver a su sobrino.

«Viene a matarme», —pensó tristemente Gilito—. «Sin duda el mariscal le ha dado orden de exterminarme. ¡Ay de mí! Sin duda no sobreviviré a mis orejas».

Con gran estupefacción suya, el tío se le acercó sonriendo tan amablemente como si nada hubiera ocurrido.

—¿Y qué? ¿Cómo estás, querido sobrino? —preguntó.

—Muy mal, tío.

—Valor, hombre, te cuidaremos y te curarás.

—¿Sois vos el que decís esto?

—Sin duda, ¿por qué te asombra?

—¿Entonces no queréis matarme?

—¿Y por qué, imbécil?

—¡Caramba! Monseñor es tan severo...

—Monseñor te perdona, y no contento con ello quiere darte medios para que te ganes una fortuna.

—¿Qué? —exclamó Gilito con gran asombro.

—Sí, imbécil, con la condición de que le obedezcas para hacer olvidar tu vergonzosa traición.

—¡Ah, tío! Me arrepiento de veras, os lo aseguro.

—Tanto mejor, porque si eres sincero podrás ser rico. Has visto mi cofre, ¿verdad?

—Todavía estoy deslumbrado.

—Pues todo lo que encierra es tuyo si estamos contentos de ti; es decir, si lo está monseñor.

Gilito sintió tan gran alegría que estuvo a punto de desmayarse de nuevo.

Ya se recordará, sin duda, que la avaricia era el pecado dominante de maese Gilito, y que este mismo pecado fue su perdición.

—Hablad, tío —dijo con voz temblorosa de emoción—. Estoy pronto a obedecer; ¿qué ordena monseñor?

—Ante todo, curarte.

—Bueno, ¿y qué más?

—Luego, ya veremos. Ven.

Y sosteniendo a su sobrino, Gil lo condujo a su habitación, lo hizo acostar en su propia cama y empezó a prodigarle toda clase de cuidados.

Gilito entonces vio que no le sería tan fácil como pensaba el curarse, porque apenas estuvo en la cama cuando se declaró una fiebre violenta. Deliró durante dos días, es decir, que los pasó suplicando a su tío que le devolviera las orejas y por fin éste, impacientado, acabó por amenazarlo con la mordaza.

No sabemos decir si esta amenaza hizo efecto o si la fiebre cedió un poco. El caso es que Gilito no volvió a hablar de las orejas. Al cabo de seis días la fiebre cesó. Cuatro días después las heridas estaban cicatrizadas y Gilito pudo levantarse.

Su primer cuidado fue comprar algunos gorros capaces de cubrirle enteramente la cabeza, desde la frente a la nuca, y sobre ellos se ponía el que ordinariamente llevaba.

Se miró entonces en un espejo y observó con satisfacción que aún presentaba bastante buen aspecto.

Aquel día Gilito tuvo con su tío una conversación muy larga, y a consecuencia de ella se vistió con el traje del domingo y el tío añadió:

—Ve ahora acompañado de mi bendición.

—Me gustaría más algunos escudos a cuenta —dijo Gilito.

Gil hizo una mueca, pero se los dio.

—¿Conseguirás entrar, por lo menos? —preguntó con tono muy lisonjero para su sobrino.

—Respondo de ello —dijo Gilito—; tengo un medio infalible.

—¿Cuál?

—Mis orejas.

Y dejando que su tío meditara sobre esta respuesta, Gilito se alejó.

Nuestros lectores ya han visto cómo entró en el hotel de Montmorency.

Es necesario figurarse un hotel de aquella época como una fortaleza.

Doscientos señores tenían en sus casas de París una guarnición, es decir, que en su hotel tenían cierto número de reitres^[3] o de suizos. Además, sucedía a menudo que el señor alojaba a sus gentilhombres, compañeros de armas y de placeres, que lo seguían por todas partes y constituían una corte en la paz y una escolta en sus expediciones. Así era el hotel de Montmorency, el de Mesmes, en el que ya hemos introducido a nuestros lectores: el de Guisa, el de Bouillon y muchos otros que, defendidos por su guarnición, eran capaces de sostener un sitio.

El viejo Pardaillán se había alojado en el hotel del mariscal de Montmorency, y si bien sin formar parte de la guarnición de la casa, llegó a ser el alma de sus defensores.

El mariscal le dijo un día:

—Señor Pardaillán, sed nuestro gobernador general y la plaza será inexpugnable.

—Acepto, monseñor —contestó el aventurero—, y os prometo perecer bajo las ruinas de la plaza antes que rendirla.

Se ve por estas palabras cuál era el estado de ánimo de los habitantes del hotel, pero más adelante ya trataremos de eso. Por el momento sigamos a Gilito, introducido en el hotel por Pardaillán.

Al llegar a su habitación, éste se sentó a horcajadas en una silla, alargó las piernas y apoyó los codos sobre el respaldo y así examinó a Gilito, que tomó actitud digna y modesta.

—De modo —dijo Pardaillán— que crees poder sernos útil.

—Sí, señor.

—¿Y has venido a ofrecernos tus servicios?

—Sí, señor.

—Muy bien, Gilito, vamos a ver lo que se podrá hacer de ti, pero antes debo prevenirte una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Si alguna vez descubro en ti el menor indicio de traición...

—¡Oh!

—Si te sorprendo escuchando en las puertas...

—¡Oh, no!

—Y, en una palabra, si en tus actos no hay la transparencia del cristal, te cortaré la lengua.

Gilito quedó un momento asustado por esta perspectiva, pues el desgraciado se figuraba estar a cubierto de toda mutilación ulterior. E indignado por semejante amenaza, exclamó:

—¡Pero, caballero! ¿Por qué tenéis tantas ganas de descuartizarme vivo?

—¿Qué quieres? Es mi sistema, y según parece también el de tu tío, porque por su causa te ves obligado a llevar este gorro tan feo. Pero volviendo a tu lengua, ten la seguridad de que si en alguna ocasión descubro que has contado a nadie lo que pasa aquí, te la cortaré y luego te obligaré a comértela bien frita.

Esta amenaza puso a Gilito la carne de gallina y se preguntó si no sería mejor irse enseguida, pero tuvo en cuenta que la cólera de su tío sería terrible, y, por otra parte, la visión del cofre repleto de oro que en aquel momento atravesó por su mente, le infundió ánimo bastante y resolvió arriesgarse a que le cortaran la lengua.

—¿En qué piensas? —preguntó Pardaillán, que lo observaba atentamente.

Gilito, a pesar de la resignación que de antemano trataba de adquirir, no pensaba sin amargura en el singular destino que amenazaba hacer de él un ser fenomenal a fuerza de verse mutilado, y contestó:

—Pienso, señor, en lo que podría decirlos para convencerlos de mi buena fe. Ahora que todavía tengo la lengua, quisiera poder expresaros con ella mi obediencia y fidelidad.

Pardaillán se echó a reír.

—No veo, señor —contestó Gilito ofendido—, lo que pueda haber de risible en las amenazas que me habéis hecho el honor de dirigirme. Ya no tengo orejas. Si me cortáis la lengua, ¿qué me quedará?

—Pero, imbécil, ¿no te he dicho que si me eres fiel no te sucederá nada?

—Es verdad —contestó Gilito.

—Ahora, veamos. ¿Qué servicios puedes prestarme? Habla sin ambages.

—Pues bien, señor. No he dejado de observar que estáis un tanto enemistado con monseñor de Damville y creo que, si pudierais matarlo, no vacilaríais en hacerlo. En cambio, puedo afirmar que si caíais en manos de mi antiguo señor, no pasarían cinco minutos sin que os balancearais en el extremo de una cuerda, cosa que yo sentiría en el alma.

—Continúa, Gilito, pues me gusta oírte.

—Gracias, señor. Supongo, pues, que os gustará estar al corriente de los hechos de monseñor de Damville, así como conocer sus intenciones.

—Veo que eres menos bestia de lo que pareces, Gilito.

—¿Mi oferta os conviene?

—¿De modo que tú te ofreces a informarme de lo que pasa en el hotel de Mesmes?

—Precisamente, señor.

—Pero supongo que después de lo sucedido no podrás volver allí.

—Es cierto. Tal cosa quizá me costaría la vida, porque monseñor y mi tío, no contentos con haberme mutilado, me amenazaron con ahorcarme si reaparecía en su presencia.

—¿Cómo te las vas a arreglar entonces?

—Supongo, señor, que sabréis que cuando una mujer anda de por medio en un

asunto, consigue lo que se propone.

—Es verdad.

—Pues bien, hay una joven en el hotel de Mesmes llamada Juanita.

—¡Ah, ya! —exclamó Pardaillán recordando el relato de su hijo.

—Y esta Juanita me ama y en breve debemos casarnos.

—¿Te ama? Es imposible.

—¿Y por qué, señor? —preguntó Gilito asombrado.

—Porque Juanita, a juzgar por lo que sé, es una muchacha muy lista.

—¿Y me encontráis demasiado insignificante para ser amado de ella, verdad? Os doy las gracias, señor, pues éste es el mejor elogio que han dirigido a mi prometida.

—A fe mía, Gilito, estaba engañado acerca de ti. Me figuraba que eras tonto y veo que no.

«Cuidado, Gilito», —se dijo éste—. «Procura que no desconfíe».

—Sea como fuere, señor, Juanita me ama y puedo conseguir que haga lo que yo quiera. Y como es una chica muy lista, averiguará todo lo que se dice, se hace y se piensa en el hotel de Mesmes, y cuando me lo haya dicho, os lo transmitiré.

—Admirablemente, Gilito; te proclamo tan astuto como el propio Ulises.

—¿Os convienen, pues, mis proposiciones? —preguntó Gilito con cierta inquietud.

—Sí. ¿Y qué pides en cambio?

—Ya os lo he dicho; que me ayudéis a vengarme de mi tío, que me cortó las orejas.

—Bueno, te prometo entregártelo atado de pies y manos. ¿Y qué le harás?

—Lo mismo que él a mí —contestó ferozmente Gilito.

—¡Bravo! ¿Y cuándo quieres entrar en campaña?

—Inmediatamente.

—Bueno. Ahora fíjate en que si estoy contento de ti, no solamente te vengarás de tu tío, sino que te daré más escudos de los que puedas desear.

Gilito escuchó estas palabras con tal acento de alegría, que acabó de engañar completamente al aventurero. Es necesario añadir que Gilito, astuto como su tío, había representado admirablemente su papel, y Pardaillán, convencido de sus buenas intenciones, lo hizo instalar en el hotel, que desde entonces albergó un traidor.

Gilito no perdió tiempo. Pasó el resto del día en estudiar el plano del hotel de Montmorency y al día siguiente salió después de decir a Pardaillán que iba a visitar a Juanita. Dirigióse, en efecto, al hotel de Mesmes, deteniéndose de vez en cuando para asegurarse de que no lo seguían.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Gil.

—Que ya he entrado en la plaza, tío.

El intendente miró a su sobrino con cierta admiración. Luego fue en busca de papel, pluma y tinta, instaló a Gilito ante una mesa y le dijo:

—Explícate.

Gilito obedeció, es decir, que trazó el plano del hotel de Montmorency, y a pesar de no ser ninguna maravilla de dibujo, no por eso era menos claro.

Entre tanto Gil iba tomando notas.

—A la izquierda, tío, hay un gran edificio, destinado a los hombres de armas y a los caballos.

—¿Cuántos hombres hay?

—Veinticinco, tío, y bien armados con arcabuces.

—Bueno, continúa.

—Fijaos, tío —dijo Gilito—. Este otro edificio que os señalo detrás de la casilla del suizo.

—¿Y qué tiene?

—Sirve de habitación para unos diez gentilhombres amigos del mariscal que han venido a instalarse en el hotel para todo lo que pueda ocurrir.

—En conjunto son treinta y cinco hombres —observó Gil.

—Precisamente. Pero esto no es todo, o, mejor dicho, no es nada.

—¿Acaso hay otra guarnición?

—Hay el señor caballero y su padre —dijo Gilito.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que los dos Pardaillán valen por sí solos tanto como los treinta y cinco hombres de armas.

—Tal vez. ¿Y qué habitaciones ocupan?

—Esperad, tío. El segundo piso del edificio, reservado a los gentilhombres, está ocupado por unos quince lacayos. Ahora fijaos en que las cuadras y las habitaciones de los hombres de armas están separadas de las de los gentilhombres por este cuadrado que representa un patio, en el fondo del cual se levanta el edificio del hotel, es decir, la parte ocupada por el señor mariscal de Montmorency. Fijaos en que este edificio no toca con las dos construcciones restantes, de modo que el hotel está completamente aislado. Detrás hay un jardín.

—Ya lo veo. Ahora háblame del edificio aislado.

—Allí, como os digo, habita el mariscal, y en una de las habitaciones que dan al jardín están las dos damas, y, además, en la misma casa viven los dos Pardaillán.

Y como ya había acabado de dibujar el plano, Gilito lo entregó a su tío.

El mariscal de Damville conocía perfectamente el hotel de Montmorency, de modo que el trabajo de Gilito no le iba a servir para otra cosa que para estudiar la distribución de las fuerzas que custodiaban el edificio.

El intendente no regateó los elogios a su sobrino y añadió:

—Ahora es preciso estar al corriente de todo lo que sucede allí. Arréglate, pues, para venir cada dos o tres días, y cuando llegue la ocasión, ya te diré lo que debes hacer.

Gilito se marchó del hotel convencido de que su fortuna estaba hecha.

—¿Qué diré a Pardaillán? —se preguntó durante el camino.

Y de pronto una idea cruzó su cerebro.

—Toda vez que van a darme un tesoro por contar lo que sucede en el hotel de Montmorency, ¿por qué no he de relatar al señor de Pardaillán lo que se dice en el hotel de Mesmes?

Esta idea le pareció genial. Y se dijo a sí mismo que ya no era posible hallar mejor combinación que le permitiría obtener dos recompensas.

Por lo tanto, al entrar en el hotel de Montmorency, se apresuró a decir a Pardaillán:

—Tengo muchas nuevas que contaros, caballero. Acabo de ver a Juanita y estoy seguro de que mis noticias van a interesaros.

«Decididamente», —pensó Pardaillán— «*este muchacho es una buena adquisición*».

VIII - Panigarola

DURANTE TODO este período el reverendo Panigarola, que ya se había señalado por la violencia de sus ataques contra los hugonotes, no reapareció en el púlpito. Había renunciado a su cargo de ir por la noche a solicitar de las gentes oraciones por los difuntos y vivía retirado en un convento de la montaña de Santa Genoveva.

Dos días después de los funerales regios que se hicieron por Juana de Albret, una litera de apariencia burguesa se detuvo ante el convento de los carmelitas.

Bajaron de ella dos mujeres y entraron en el locutorio. Iban cubiertas con negro velo.

El hermano portero les preguntó qué querían y la más joven contestó que deseaban hablar con el abad en persona. El fraile contestó, levantando los brazos al cielo, que no era posible hablar al reverendísimo abad del convento y que, por otra parte, las mujeres no tenían derecho a entrar en el santo monasterio. Entonces la más entrada en años o que, por lo menos, lo parecía, sacó una carta del seno y la entregó al portero.

—Llevad esto al señor abad —dijo— y apresuraos si no queréis ser castigado.

Aquella mujer habló con tan autoritario tono, que el fraile se apresuró a obedecer.

Sin duda era mujer de alta alcurnia, porque apenas el abad hubo leído la carta palideció y se dirigió inmediatamente al locutorio, cosa extraordinaria, porque el abad del convento era un alto personaje y ningún monje había visto que se molestara así por nadie.

¿Cuál sería el asombro del hermano portero cuando vio que su abad se inclinaba humildemente ante la mujer cubierta con un velo negro?

Y su asombro se convirtió en estupefacción cuando el abad, después de algunas palabras cambiadas en voz baja, introdujo a la dama en el convento y la guio a través de los largos corredores desiertos.

La más joven se quedó en el locutorio, mientras el abad, seguido por la otra, se detuvo por fin ante una celda; la del reverendo Panigarola.

Las puertas de las celdas estaban siempre abiertas.

—Es aquí —dijo el abad retirándose.

La mujer entró, y Panigarola, al verla, se levantó.

Y como ésta se descubriera, Panigarola exclamó al reconocerla:

—¡La reina!

En efecto, era Catalina de Médicis.

—Buenos días, querido marqués —dijo Catalina sonriendo—. Ha sido necesario que yo viniera a buscaros en este monasterio, sin contar que para entrar me ha sido preciso descubrirme a vuestro abad, de modo que dentro de diez minutos toda la comunidad sabrá que la madre del rey está aquí.

—Tranquilizaos, señora —contestó Panigarola—. El venerable abad es incapaz

de descubrir un incógnito de semejante importancia. Había un medio para evitaros toda inquietud y era llamarme al Louvre.

—¿Hubierais ido? —preguntó Catalina.

—Por deber, pues un hombre de Dios no miente.

—Sí, pero yo he conocido a cierto marqués de Panigarola que hacía siempre lo que se le antojaba.

—El hombre de que habláis ha muerto, señora. Pero en todo caso, si yo fuera aún el marqués de Panigarola, tendría poderosas razones para no mentir, porque ahora la mentira me la prohíbe únicamente mi superior, en tanto que entonces me la prohibía yo mismo.

—Sí —murmuró Catalina—. Sois descendiente de una raza orgullosa que siempre ha desdeñado la mentira a pesar de que ésta es, en ciertos casos, muy conveniente. Pero dejemos este asunto.

Catalina miró a su alrededor como buscando un asiento y Panigarola le acercó el único escabel que había en la celda.

—No —dijo Catalina riendo—, es muy duro, y como todavía no he pronunciado votos...

Y se sentó en una esquina de la cama del monje.

Aquella cama se componía, sencillamente, de algunos tablones yuxtapuestos junto al muro y cubiertos por un colchón y un cobertor de lana.

—Sentaos, marqués —dijo la reina señalando el escabel.

Panigarola rehusó haciendo un movimiento de cabeza que indicaba su respeto por la jerarquía y etiqueta, aun cuando la reina, por su singular actitud, trataba de hacerle olvidar su jerarquía.

—Marqués —dijo—, he de advertiros una cosa. En este momento no soy la reina, sino una amiga sincera y verdadera. ¡Cómo habéis cambiado, querido Pani! Estáis pálido, adelgazado, casi descarnado. ¿Qué os ha reducido a tal estado? Habladme francamente, tal vez hay remedio para vos.

Mientras Catalina hablaba de esta suerte y trataba de hacer olvidar su rango, el monje acentuó la rigidez de su actitud. Habíase echado el capuchón sobre los ojos, los brazos estaban cruzados y las manos desaparecían bajo las anchas mangas, de modo que de su persona, solamente se divisaba la parte inferior de su semblante.

—Señora —dijo con voz grave—, me pedís franqueza y voy a usar de ella. Cuando llegué a la corte de Francia os figurasteis que yo era un emisario de las repúblicas italianas y que venía para conspirar con el mariscal de Montmorency. Os figurasteis que era portador de graves secretos, y para arrancármelos lanzasteis sobre mí una de vuestras espías. Aquella mujer no tardó en convencerse de que yo no pensaba en conspirar y desde entonces os tranquilizasteis y aun os dignasteis hacerme ofertas que me vi obligado a rechazar. Me propusisteis convertirme en hombre de partido, cuando lleno de juventud y desbordando de vida y pasión, no pensaba más que en gozar de la vida amando. A pesar de mi negativa, Vuestra Majestad se dignó

honrarme con su amistad, tal vez esperando que si un día alguna catástrofe desviaba mi vida, sería en vuestras manos un instrumento político más complaciente. Dígnese Vuestra Majestad disculpar mi franqueza.

—No me molesta, «*mío caro*», —dijo Catalina acentuando su sonrisa—. Me pregunto solamente cómo supisteis que había sospechado en vos un emisario de los príncipes italianos.

—De un modo muy sencillo, señora: la mujer que me mandasteis cayó enferma.

—A consecuencia del parto, ya lo sé, y también que sois padre, mi querido marqués.

—Es verdad —contestó el monje—. Aquella mujer fue madre. Una noche me robó mis papeles para entregároslos y así supe que era una de vuestras espías. Al ser madre, se puso enferma y en su delirio dijo todo lo que habíais meditado contra mí. Entonces le hice escribir aquella carta en que se acusaba a sí misma de haber matado a su hijo, y para vengarme, conociendo el uso que de él haríais, os entregué aquel papel.

—De modo que habíais pensado que yo haría juzgar a Alicia y que el verdugo sería el encargado de llevar a cabo vuestra venganza. Os felicito, amigo.

—No, señora, porque aun cuando yo fuera un aturdido, era muy observador y os conocía. Esto es decir que os suponía incapaz de un acto tan mezquino y tan poco útil como matar a una mujer de un golpe. Pensé que, armada con esta carta, obligaríais a Alicia a ser vuestra esclava; pensé que llegaría un día en que ella amaría y sabía que vos no tendríais la generosidad de olvidar su pasado y, por lo tanto, aquel día mi venganza sería perfecta, pues ella sufriría todo lo que yo había sufrido. Me pedisteis franqueza, señora...

—No puede negarse que habéis sido franco, pero no por esto os quiero mal. Sois un hombre superior, marqués, y aun cuando me odiéis, creo que me haréis la justicia de creer que soy capaz de olvidar una ofensa cuando puedo sacar partido del que me ofende.

—¡Ah, señora! Bendeciría el minuto en que, por haberos ofendido, me entregarais al verdugo, porque así me libraría de esta existencia que no tengo el valor de destruir por mi mano. En cuanto a sacar partido de mí..., miradme, señora, ya no soy más que un resto de hombre; el mundo no existe para mí. Hace algún tiempo tuve la esperanza de que, a fuerza de quererlo, llegaría a creer en Dios...

—¿Y no creéis en Él?

—No, señora.

—Pues os compadezco.

—He hecho cuanto me ha sido posible; mis sermones furiosos contra los herejes, la audacia de mis ataques contra vuestro hijo, acabó por exaltarme, pero luego he recaído en mi sopor.

—¿Por qué? —preguntó la reina.

—Porque hallé aquella mujer y porque el amor que creía ya apagado se ha

despertado más violento que nunca.

Los ojos de Catalina lanzaron un rayo.

«*Ya es mío*», —pensó.

Transcurrieron algunos minutos en silencio, durante los cuales Catalina se abstuvo de hacer el menor gesto, pues comprendía que Panigarola estaba muy lejos y que la imagen de Alicia llenaba todo su ser.

Substrayéndose a sus pensamientos, el monje fijó sobre la reina una mirada interrogativa.

—¿Queréis saber lo que he venido a hacer? —preguntó Catalina.

—Tengo el deber de escuchar a Vuestra Majestad, pero no el derecho de interrogar.

—Pues bien, os contestaré como si me hubierais preguntado. Marqués, me trae un caso de conciencia. Tranquilizaos, no vengo a confesarme, sin contar que, por otra parte, acabáis de declararme vuestra falta de creencias con una franqueza que os mandaría derechito a la hoguera si yo no fuera Catalina de Médicis.

El monje permanecía impasible.

—Quiero exponeros un caso de conciencia y creo que, como yo, estáis interesado en su solución. Decidme, marques, ¿no creéis que os habéis vengado bastante y que Alicia ha sufrido ya suficientemente?

La mirada del monje, que estaba fija en el suelo, se levantó lentamente para mirar con asombro a la reina.

Catalina sonrió, observando que tenía cogido al monje.

—Me hablabais de una carta —continuó—, una carta que escribió al dictado y que me fue entregada por vos. Quiero devolverla a la pobre muchacha, porque creo que ya basta. ¿Y vos qué opináis?

—Soy de la misma opinión que Vuestra Majestad —dijo Panigarola con voz opaca.

«*¡Ah!*». —Pensó la reina—. «*¿Acaso no me dice lo que siente? Pero no, creo que es sincero*».

Y en voz alta, añadió:

—Me satisface mucho lo que decís, porque... ya he devuelto la carta a Alicia.

Panigarola dijo entonces con voz que a Catalina la pareció demasiado tranquila:

—¿De modo que ya está libre? Quiero decir, libre de vos, señora.

—Y de vos, reverendo padre.

—Nunca le he dirigido la menor amenaza.

—Vamos, marqués, sois un niño. ¿Es necesario deciros que asistí a la escena de la confesión de Alicia en Saint-Germain-L'Auxerrois, así como a la entrevista que tuvisteis con ella en su casa? Lo he visto y oído todo, y si no por mis ojos y mis oídos, por lo menos valiéndome de los de gentes que me pertenecen. Sé que amáis a Alicia y que renunciasteis a vuestra noble elegancia por el bajo oficio de impetrar oraciones por los difuntos a fin de ir a rondar por las noches alrededor de su casa. Os

digo que la adoráis todavía, y todo lo que se os ha ocurrido para vengar vuestra pasión humillada ha sido encerraros en esta celda abominable y enterraros bajo un hábito.

—¿Acaso os he dicho que no la amaba? —Exclamó el monje—. ¡La amo! —continuó—. Y, no obstante, a pesar de adorarla, siento a veces profunda lástima por aquella mujer que se burló de mí y que me hizo sufrir, pero que también ha sufrido y que tal vez sufre más que yo.

—Os felicito, marqués —dijo la reina levantándose—. Alicia será feliz, puesto que le tenéis lástima. Y no deberá temerme tampoco, pues no tengo el menor interés en atormentarla. Será feliz, pues compartirá su dicha con el hombre que ama.

Panigarola pareció haber recibido una descarga eléctrica.

«*Parece que esto le ha hecho impresión*» —se dijo Catalina.

—¡El hombre que ama! —murmuró Panigarola.

—Sí, el señor conde de Marillac, amigo fiel del rey de Navarra. Este digno hugonote se casará con Alicia en cuanto se haya celebrado la boda del Bearnés y luego se la llevará a su país. Como católicos y hugonotes se habrán jurado paz y amistad y habrá tranquilidad en el reino, nada turbará la perfecta felicidad de los jóvenes esposos.

Panigarola sufrió horrorosamente al oír las palabras de Catalina, pues si bien había sentido lástima de Alicia y deseo de perdonarla, en cambio, impulsado por los celos, odiaba mortalmente al conde de Marillac.

—¿También tenéis lástima de él? —Preguntó Catalina—. Os aseguro que él no la tendría de vos.

Panigarola, entonces, sintió que tenía necesidad de matar a Marillac, pues Alicia no debía ser de nadie.

—Bueno —dijo Catalina—. ¿Qué queréis hacer contra él?

—Nada —dijo el monje rechinando los dientes—. Pero vos lo podéis todo.

—Es verdad. Pero ¿qué importa que Marillac se case con Alicia y sean los dos felices?

—¿Qué habéis venido a hacer? —Exclamó el monje—. Sois la reina más poderosa de la Cristiandad. Las instrucciones que he recibido de Roma os indican como la dueña absoluta de los destinos del catolicismo. Os he hablado sin respeto a pesar de ser vos reina, y como jefe de los católicos, os he dicho que no tengo fe ni creencia, ¿por qué no me hacéis prender para dar con mi muerte ejemplo a los herejes? ¿Por qué me escucháis con tanta paciencia? Señora, tenéis necesidad de mí para llevar a cabo una venganza que ignoro, pero, no importa, me entrego a vos y consiento en reaparecer en el mundo de los vivos por todo el tiempo que sea necesario y luego, cuando haya matado al hombre que Alicia ama, me podréis condenar a muerte.

—Por fin veo que sois el de siempre —dijo Catalina—. Consiento en olvidar todo lo que habéis dicho. He venido porque tengo necesidad de vos y de vuestra ayuda,

porque conocía vuestro odio por Marillac.

—Hablad, hablad, señora. Si fuerais Satanás, os diría que prefiero condenar mi alma que sufrir la tortura de los celos. Libradme de ellos, señora, y tomad mi alma.

—La tomo —dijo Catalina con apacible tono.

Segura ya de haber conquistado al monje, continuó diciéndole tranquilamente:

—En una palabra, ¿qué queréis? ¿Qué Alicia no sea la mujer del único hombre que ha amado, verdad? Para ello queréis matar a este hombre sin que Alicia sepa que sois vos su matador porque amáis y esperáis todavía. Pues bien, todo esto es fácil Si queréis prestarme, en cambio, la ayuda que he venido a pedir.

—Estoy pronto —dijo Panigarola.

Entonces Catalina continuó en voz baja:

—Escuchad: por vuestra elocuencia vehemente y ruda, habéis llegado a ser el hombre capaz de trastornar París. Volved, pues, al púlpito, recorred las iglesias de París y hablad como lo hacíais antes.

—¿Qué me importan ahora los sermones?

—¿Olvidáis, acaso, que Marillac es hugonote?

—¿No habéis hecho la paz? ¿Acaso vuestra hija no se casa con Enrique de Bearn?

—Sí, pero al siguiente día Marillac se casa con Alicia.

Panigarola exhaló un profundo suspiro.

—La paz se ha hecho —continuó Catalina sonriendo— y espero que seguirá reinando. Pero entre tantos hugonotes, hay un centenar de malas cabezas que no podré dominar y, por lo tanto, será preciso hacerlos desaparecer. ¿Me comprendéis? Un proceso es imposible, porque el de cien hugonotes sería motivo para nuevas guerras. En cambio, si un día el pueblo monta en cólera y los mata, y el rey y yo desaprobamos tal matanza, la paz queda consolidada para siempre. ¿Pero qué hace falta? Sobreexcitar las pasiones o las supersticiones del pueblo; quitarle el bozal por un día y abriendo la puerta de tal fiera mostrarle sus víctimas. Esto puede conseguirlo vuestra terrible elocuencia. Si queréis, los odios mal apagados se reavivarán. Si habláis, Coligny, Teligny, Condé, Marillac y un centenar de hugonotes serán aplastados por la terrible fuerza del pueblo de París. Hablad, no escatiméis los ataques. Acusad atrevidamente al rey por su complacencia, y yo os cubro con mi protección. Y de esta suerte podréis libraros del amante de Alicia. Veamos, contestad. ¿Somos amigos? ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

Él monje no contestó enseguida, pues la proposición que le hacían era, en suma, la de decretar la muerte de los hugonotes, desencadenar las pasiones de un pueblo devastador y hacer nacer a su paso los incendios y correr ríos de sangre. Entonces podría decir a Alicia:

—Mirad, París arde, se va a convertir en un montón de escombros, todo por haber querido desembarazarme del hombre que amáis. Para matar a Marillac he degollado a París entero.

Panigarola, delirante y trastornado, cogió la mano de Catalina.

—Mañana, señora, predicaré en Saint-Germain-L'Auxerrois.

Catalina ahogó un grito de feroz alegría.

—No os inquietéis del resto —dijo—. Os aseguro que van a cumplirse milagros y el primero es que seréis amado.

—¡Yo! —dijo con inaudito asombro.

—Vos. Alicia os amará, la conozco. Si ahora desprecia vuestras lágrimas, luego apareceréis a sus ojos como un dios lleno de sangre y horror. Estad preparado. Echad el pueblo a la calle, nosotros estaremos dispuestos.

—¿De qué modo?

—Una noche serán marcadas las casas de los cien condenados y al día siguiente arderán dentro de sus madrigueras.

—¿Sabéis dónde habita él?

—Tranquilizaos. Su casa arderá antes que ninguna, pues Coligny será el primero en morir. Todo está previsto, hasta se ha fijado el día.

—¿Cuál?

—El domingo 24 de agosto, día consagrado a San Bartolomé.

—Id en paz, señora —contestó el monje—. Voy a meditar lo que diré al pueblo de París.

Era tal la expresión del rostro de Panigarola, que Catalina creyó innecesario hacerle nuevas recomendaciones. Se retiró, dijo algunas palabras al abad, que esperaba en el corredor, se reunió en el locutorio a la mujer que la había acompañado y con ella subió a la litera. Las cortinillas fueron cuidadosamente corridas y se dirigió, no al Louvre, sino hacia el nuevo hotel de la reina.

La joven que había acompañado a Catalina a aquella expedición, permanecía silenciosa.

—¿Qué? —Dijo de pronto la reina con alegre expresión—. ¿No me preguntas lo que ha pasado?

La joven dejó caer su velo y apareció el pálido semblante de Alicia de Lux.

—¡Señora! —murmuró—. ¿Cómo voy a atreverme a interrogar a Vuestra Majestad?

—¡Bah! Ya te lo permito. ¿No te atreves? Pues bien, voy a hacer como si me hubieras interrogado. Te perdona, Alicia.

Ésta se estremeció.

—Te repito que te perdona; todo está olvidado.

—Señora...

—¡Ah, sí! La carta. ¿No es eso? Pues bien, se la he entregado, pues quiere devolvértela personalmente; pero esto no es todo, quiere que seas completamente feliz. Verás a tu hijo, Alicia, y podrás llevártelo.

Alicia palideció intensamente.

—¡Ah, Dios mío! —Continuó la reina—. Ya no me acordaba de ello. Es necesario

que el conde ignore la existencia de este niño. Pues bien, no podrás llevártelo.

Mientras Catalina atormentaba a la joven con la ferocidad que la distinguía, el monje atravesaba los corredores y las escaleras del convento para ir hacia los jardines. Y al verlo glacial e indiferente, hubiera sido imposible sospechar los pensamientos que cobijaba su cerebro.

Ya hemos dicho que Panigarola gozaba en el convento de la mayor libertad. Iba y venía a su antojo y generalmente todos huían de él, pues lo temían y lo suponían dotado de grandes poderes secretos.

Panigarola dirigióse a un rincón del jardín que era su habitual paseo y en donde había un banco de piedra.

Sentóse en él y apoyó la cabeza en una mano. En aquel momento era ya casi de noche. De pronto, Panigarola observó que alguien se sentaba a su lado. Era el abad del convento de los carmelitas, personaje considerable que gozaba de alta influencia y considerado como un santo, no sólo por la comunidad que dirigía, sino por la mayor parte de los sacerdotes de París.

—¿Trabajáis, hermano? —Preguntó el abad—. Permaneced sentado, no os levantéis.

—Monseñor —dijo Panigarola—, trabajaba, efectivamente. Preparo un sermón.

—Es todo lo que quería saber. Continudad, continuad, hermano, y yo avisaré a los curas y a sus vicarios para que vayan a oíros mañana a Saint-Germain-L'Auxerrois. Al mismo tiempo escribiré a Roma que los tiempos están cercanos. Dejad que os haga una recomendación, hermano.

—La escucharé con reconocimiento, monseñor.

—Os recomiendo que vuestro sermón de mañana sea claro. No tendréis a vuestros habituales oyentes, pues la iglesia estará llena de sacerdotes. Ya conocéis la escasa inteligencia de nuestros curas; se trata, por consiguiente, de explicarles con claridad su deber e inflamarlos de aquel mismo valor que los Macabeos ofrecieron al mundo como ejemplo. En una palabra, mi querido hijo, pensad que lleváis a cabo un acto meritorio.

—Vuestra reverencia puede tranquilizarse —contestó Panigarola—. Haré cuanto pueda.

—Si así lo hacéis —dijo el abad levantándose— se cumplirán grandes cosas, porque nuestros clérigos y amigos están inflamados por el deseo de combatir noblemente; bastaría la orden en el campo para que todos corrieran a las armas. Y vos, hijo mío, sois el designado para darla. Recibid mi bendición.

Panigarola se inclinó y al erguirse advirtió que el abad se marchaba.

Entonces se encaminó hacia una parte del convento en que se alojaban cierto número de empleados laicos y que estaba separada del monasterio propiamente dicho por un muro provisto de una puerta. El monje la franqueó, atravesó un patio, entró en una construcción aislada, y, por fin, en una pequeña estancia en que dormía el niño.

Entonces se inclinó sobre la camita y contempló al niño durante largo rato. Por fin

se dejó caer de rodillas y ocultando la cara entre las manos, murmuró a través de los sollozos:

—¡Oh, hijo mío! ¡Si por lo menos ella te amara! ¡Si pudieras conquistarme su amor!

El pequeño Jacobo Clemente dormía con inocente sueño; y su respiración regular salía por entre sus labios, que entreabría una sonrisa.

* * * * *

Al día siguiente, por la tarde, el reverendo Panigarola predicó en Saint-Germain-L'Auxerrois. Asistieron a aquel sermón el arzobispo de París, los obispos Vigor y Sorbin de Sainte Foi, predicador ordinario del rey, el canónigo Villemur presidiendo el capítulo de su iglesia, los curas, decanos y vicarios de todas las parroquias, de modo que casi tres mil sacerdotes llenaban la vasta nave. Las puertas habían sido cerradas y sólo se admitieron una veintena de laicos entre los cuales estaban el duque de Guisa, el mariscal de Tavannes, el canciller de Birague, el duque de Nevers, el mariscal de Damville, el preboste Charron, Crucé el orfebre, el librero Kervier, el carnicero Pezou y el poeta Dorat.

Además, algunos capitanes de milicias burguesas estaban al lado de las puertas y pudieron oír el sermón.

El discurso del reverendo fue escuchado con el mayor silencio.

Únicamente cuando lo hubo terminado, un estremecimiento recorrió aquella asamblea, sobre todo entre los curas. Luego todo el mundo salió al exterior.

Entonces, una mujer que había permanecido oculta en un confesonario y que lo había visto y oído todo, se levantó a su vez y salió. En la puerta halló algunos gentilhombres que escoltaron su litera hasta el hotel de la reina, pues, en efecto, era Catalina de Médicis.

Ésta, al terminar el sermón, dirigió una mirada al duque de Guisa, murmurando:

«Señores de Lorena, exterminadme a los hugonotes. No tendría nada de particular que durante el tumulto algunos buenos arcabuceros hugonotes u otros me desembarazaran de vosotros al mismo tiempo. El reino purificado de los hugonotes por los Guisa y de éstos por los hugonotes. He aquí el mejor hecho de mi vida. En cuanto al rey», —se dijo sonriendo— *«no hay necesidad de matarlo, porque se muere. ¡Oh, Enrique mío! Reinarás sin disputa bajo la égida de tu buena madre».*

Al día siguiente de aquella tarde memorable, estallaron simultáneamente furiosas predicaciones en todas las iglesias de París, y a consecuencia de ellas, el pueblo se echó a la calle profiriendo amenazas e imprecaciones contra los hugonotes.

Estos concibieron alguna inquietud al observar cómo retoñaban los odios que creían muertos, pero como cada día el rey los invitaba a su juego de pelota y parecía no poder pasarse sin la compañía de Coligny, y, en una palabra, iba siempre rodeado de hugonotes, tales inquietudes acabaron por atenuarse.

Por otra parte, todos los ánimos estaban preocupados por la próxima celebración del casamiento entre Enrique de Bearn y Margarita.

Únicamente algunos, un poco desconfiados, quisieron ver una misteriosa relación entre la muerte repentina de Juana de Albret y los sentimientos de hostilidad que se desencadenaban en el pueblo de París.

IX - En que todo el mundo es feliz

HA LLEGADO EL MOMENTO en que, a semejanza del viajero que sube una cuesta muy empinada, debemos rogar al lector que recobre el aliento con nosotros y examine desde lo alto el conjunto de la situación. Podríamos compararnos también a un ajedrecista que en el momento de poner en movimiento a los peones u otras piezas que le harán ganar o perder la partida, examina cuidadosamente la posición de cada una de ellas.

Así, pues, se precisa dirigir una mirada general sobre la situación de nuestros personajes, pero antes nos permitiremos hacer una observación a los lectores.

Este relato está íntimamente ligado a una catástrofe histórica: hemos usado de nuestros derechos de imaginar, no para inventar, sino para reconstruir los hechos y los personajes por los datos que acerca de ellos nos ofrecen los documentos de la época.

Dicho esto, volvamos a la cima de nuestra montaña y examinemos la situación a vista de pájaro. Empecemos por Catalina de Médicis, que es la verdadera protagonista de este drama. La reina, gracias a una lenta maniobra, se halla en vísperas de que ocurra un doble suceso que debe, según ella, acarrear la exterminación de los hugonotes y la muerte de su hijo Diosdado.

Catalina no preparó durante mucho tiempo esta matanza, pues, como ya hemos visto, era en el fondo escéptica en religión y nada le hubiera importado oír la misa en francés, pero habíase desarrollado una terrible rivalidad entre ella y Juana de Albret. Hasta la muerte de esta última, Catalina creyó firmemente que ambicionaba el trono de Francia. Se sirvió de los odios religiosos, pero casi no intervino en provocarlos. Al principio no pensó más que en desembarazarse de su rival, pero en cuanto los hugonotes estuvieron en París y ella los tuvo en su poder, se preguntó si no había llegado la ocasión de exterminarlos de una vez.

Se preparaba, pues, la destrucción sin que estuviera definitivamente resuelta. Catalina temía que los hugonotes fuesen capaces de sostener las pretensiones que se figuraba tenía Enrique de Bearn.

Temía a los Guisa, a quienes creía también ambiciosos del poderío real.

Y por fin, estando en correspondencia constante con Roma, sufría, tal vez sin darse cuenta, la presión del Santo Oficio Inquisitorial.

Hacer exterminar a los hugonotes por los Guisa y a éstos por los hugonotes, asegurar la desaparición de su hijo, el conde de Marillac, y obtener para siempre el decidido apoyo de Roma, tal era su proyecto, en líneas generales. El resultado de la victoria era colocar en el trono al duque de Anjou, pues daba por descontada la muerte de Carlos IX, y entonces podría gobernar en realidad, en nombre de su hijo preferido.

Estaba a punto de recoger los frutos de tan laboriosa combinación: por Alicia y Panigarola, tenía sujeto a Marillac; Carlos IX, asustado, tembloroso y persuadido de

que los hugonotes conspiraban para darle muerte, se convertía en dócil instrumento de los planes de su madre; por su parte, los Guisa estaban dispuestos a echarse a la calle empuñando la antorcha y la espada.

Por estas razones, Catalina estaba más tranquila y era más feliz que nunca. Sus impacencias habían cesado y esperaba tranquilamente la llegada de la ocasión deseada.

Si de la reina pasamos al conde de Marillac, vemos que éste acaba de recibir el doble golpe de una felicidad imprevista. El pobre joven se figuraba haber conmovido, por fin, el corazón de su madre, y Catalina lo distraía con la semiconfesión de su maternidad. Por otra parte, el conde había recobrado todo su tranquilo amor para Alicia. Las sospechas vagas e imprecisas que pudo concebir, se desvanecieron al soplo de Catalina. No cesó un momento en adorar a Alicia de Lux, pero ahora estaba seguro de ella, y, además, se acercaba la fecha de su casamiento. ¿Qué haría Luego? ¿Se quedaría en la corte de Francia como deseaba? ¿O bien se marcharía al extranjero como lo pedía su prometida? No lo sabía aún. Lo cierto es que Alicia era pura, que lo amaba, y ante la felicidad, el resto importaba poco. No obstante, un gran pesar vino a turbar su felicidad: la muerte de Juana de Albret, es decir, la persona a quien hasta entonces había venerado, pero aun este pesar se mitigaba notablemente cuando Marillac pensaba que había hallado una madre y una prometida.

Este también era feliz.

En cuanto a Alicia de Lux, la muerte de Juana de Albret le ahorró la más dolorosa preocupación, pues únicamente la reina de Navarra podía tener interés en separarla del conde y tan sólo ella podía denunciarla. Una vez la reina muerta, Alicia respiró.

La pobre también estaba persuadida de que, después de tantas tempestades, había llegado al puerto de felicidad conquistado con tanta pena.

Carlos IX esperaba sin impaciencia el gran suceso que le prometía su madre. No sabía exactamente lo que iba a suceder, pero creía que tal acontecimiento debía consolidar su trono. Imaginábase que ya no habría más intrigas, preocupaciones ni guerras; que podría correr por los bosques, dedicarse a la caza sin preguntarse a cada momento si uno de sus compañeros no lo mataría de un tiro; podría estudiar nuevos aires de caza, y en fin, vivir a su antojo.

Entonces se figuraba que las espantosas crisis que a la menor emoción lo sumían en delirios tan pronto furiosos como desesperados, no se renovarían más. Reinaría sin enemigos y emplearía el resto de su vida en rodearse de las comodidades que un pueblo entero podía ofrecerle en riquezas, genio, ciencia y arte. Rodeado de poetas porque le gustaban los versos buenos; de cinceladores y de orfebres, pues era aficionado a los trabajos sobre metales; de cazadores, pues era feliz corriendo al aire libre, descansarían de los hierros artísticos con la caza, de ésta escribiendo poesías, de la literatura tocando el cuerno, y así se prometía ser perfectamente feliz. Ya no habría más disputas de hugonotes o católicos; no lo rodearían hombres de armas y no habría más amenazas ni se derramaría más sangre.

Podría ir vestido de burgués y recorrer solo la ciudad de París; detenerse de vez en cuando en alguna hostería, y, por fin, irse a casa de María Touchet, a la que amaba sin apasionamiento, pero con profunda ternura. He aquí lo que soñaba aquel niño de veinte años; por lo demás, tenía sus consejeros, sus parlamentos, sus cancillerías y sus ministros que se ocuparían en la administración de su reino.

He aquí lo que le habían prometido y lo que esperaba, sin forjarse, no obstante, grandes ilusiones, pues creía que no era verdad tanta belleza. Pero, en fin, su madre era tan enérgica en sus promesas que no dudaba que hubiera realmente algún suceso próximo. El gran rey Carlos IX esperaba la felicidad.

Precisamente en aquel período estaba siempre sonriente. Sonreía a los católicos, a los hugonotes, a su madre, a su hermano d'Anjou, a quien detestaba, a Enrique de Bearn, a quien temía, a Coligny, que quería asesinarlo, según lo que Catalina le había dicho. Carlos era feliz por anticipado y sus sonrisas sinceras. Tenía buen semblante, es decir, que en vez de estar lívido como de costumbre, sólo estaba pálido.

Parecía que hubiera en sus ojos cierto orgullo que asombraba a sus cortesanos, inquietaba a Guisa y hacía reflexionar a Catalina. Todos, en el Louvre, se preguntaban por qué Carlos estaba tan orgulloso y por qué se atusaba el bigote con aire conquistador.

La causa de ello, era una circunstancia que toda la corte ignoraba.

María Touchet había dado a luz un robusto niño. Carlos IX era padre. Otro Valois había llegado al mundo, y el rey pensaba en el título que podría conferirle.

María Touchet, que amaba al rey y que no gustaba de grandezas, soñaba una existencia dulce y sencilla en que su Carlos no fuera rey, sino simplemente un burgués acomodado. Por esta razón suplicó a su real amante que ni hiciera la desgracia del niño marcándolo, por decirlo así, con un título que más tarde le daría a comprender su nacimiento, despertando en él funestas ambiciones, pero el rey sonrió. Quería que el hijo de su amor se aproximara lo más posible al pueblo. Quería ocuparse en aquel hijo, y para ello era preciso que se realizara por fin la era de paz profetizada por su madre.

Examinemos la vivienda de María Touchet. Ésta era una hija del pueblo con todas sus delicadezas. En la sombría tragedia que se desarrolló aquel año de gracia de 1572, es la única figura que el historiador puede evocar con gusto, pensando que la humanidad de aquella época no fue una excepción de espanto y horror, pues entre tales demonios se hallaban también ángeles como ella.

Si penetramos en su casa, la hallaremos inclinada sobre la cuna de su hijo, pues no vive más que para él.

¡Qué calma en aquella casa, qué aseo y qué modestia no exenta de coquetería!

Los muebles del dormitorio eran de nogal y en la cunita estaba el pequeño duque de Angulema. Encima de su cuna se veía, colgado en la pared, un buen retrato de Carlos IX vestido de burgués. El rey sonreía en su cuadro y María le sonreía a él

cuando, desviando la mirada de la cuna del niño, la dirigió al retrato del padre.

Panigarola, en su convento, meditaba la destrucción de los hugonotes y la muerte de su rival Marillac. El fraile incrédulo resulta un tipo extraño, pues impulsado por el odio y el amor, se había convertido en terrible instrumento de la Santa Inquisición.

Su fogosa elocuencia, decuplicada por la pasión que lo dominaba, lanzaba desde lo alto del púlpito oleadas de odio, y mientras tronaba contra los hugonotes, no pensaba más que en uno, en Marillac. Se acercaba la hora en que el rival sucumbiría y Alicia, por fin, le pertenecería purificada y regenerada por la sangre de una vasta hecatombe. Y pensando estas cosas era feliz.

El duque de Guisa se preparaba para el golpe de mano. Su plan era extraordinariamente sencillo: el rey parecía resistir al movimiento de fe apostólica y romana que quería salvar la Iglesia exterminando al mismo tiempo la Reforma. Tal movimiento debía originar alguna gigantesca batalla en las calles de París.

Entonces él, Guisa, acusaría formalmente a Carlos IX de connivencia con los hugonotes; se haría nombrar capitán general del ejército católico, y cuando los arroyos de las calles se transformaran en ríos de sangre, y cuando el pueblo estuviera desencadenado, marcharía contra el Louvre y destronaría al rey impopular, al rey de los hugonotes; el mariscal Tavannes estaba con él; Damville le ofrecía tres mil caballeros que se hallaban en camino y cuatro mil arcabuceros. Guitalens, gobernador de la Bastilla, preparaba ya su mazmorra más segura para encerrar a Carlos IX... y cuando el rey quisiera defenderse iría a detenerlo Cosseins.

Entonces Guisa haría cesar la matanza, con lo cual se granjearía el amor de los católicos a quienes habría azuzado y el de los hugonotes que se salvaran.

Y como Francia no podía vivir sin monarquía, y, por otra parte, su tío, el cardenal de Lorena, había establecido de un modo indudable la genealogía que lo haría descender de Carlomagno, Enrique de Guisa sería rey...

Todo estaba preparado; sólo faltaba esperar el momento propicio.

El mariscal de Damville se preparaba también. Del fondo de su gobierno hacía llegar tropas numerosas: cerca de siete mil hombres que ofreciera a Guisa para la deposición de Carlos IX, y gracias a su astucia tales tropas se habían puesto en camino por deseo expreso del rey.

Damville había solicitado y obtenido un puesto en el ejército que Coligny debía conducir a los Países Bajos, contra España, representada por el duque de Alba. Y el rey, al principio sincero, pero cuyas ideas fueron luego trastornadas por su madre, el rey, repetimos, que deseaba la muerte de Coligny, trataba de hacerle creer todavía que la expedición tendría lugar. Damville asistiría, pues, a la matanza en París y prestaría su ayuda a Enrique de Guisa.

Si éste hallaba la muerte, Damville trataría de reemplazarlo audazmente y soñaba con llegar al Louvre cubierto de sangre, arrancar a Carlos la corona y ceñirla en sus propias sienes.

Si, por el contrario, Guisa vivía y obtenía éxito, Damville se contentaría con ser el

principal personaje del reino después del rey. Se le concedería un virreinato de todas las comarcas más allá del Loire y sería condestable y teniente general de todas las tropas. Además, le serían entregados dos millones de libras. Pero lo que sobre todo deseaba Damville era aniquilar a su hermano.

En efecto, Damville odiaba tanto a su hermano que hubiera dado todos sus honores y riquezas por verlo sufrir. Pero por fin iba a llegar la ocasión. Damville se había reservado el ataque del hotel de Montmorency, en que viviera su padre, e intentaba reducirlo a cenizas después de haber apresado a su hermano, a quien daría muerte con sus enemigos. Luego se llevaría a Juana de Piennes a su virreinato.

Véase, pues, que Montmorency estaba comprendido en la matanza a pesar de no ser hugonote, si bien, en cambio, era sospechoso.

El partido moderado que quería la paz, lo consideraba su jefe natural, y, además, ¿había necesidad de ser hugonote para verse condenado? ¿Acaso no era digna de ser quemada cualquier casa en la que se pudiera robar algo?

La historia nos dice que Montmorency fue comprendido en la matanza, porque era jefe de los Políticos, pero la historia es una charlatana muy frívola y superficial. Nosotros afirmamos que Montmorency fue condenado porque debía satisfacerse en él un odio. Damville, pues, en aquel período que trataremos de historiar, esperaba que su odio y su amor recibirían satisfacción del mismo golpe. Entre tanto no descuidaba ninguna precaución y por medio de Gilito consiguió introducirse en el hotel de Montmorency y sabía de este modo lo que hacía y pensaba su hermano, cosa que le permitía tomar las medidas convenientes.

Gilito espiaba activamente, pero había una cosa de la que no podía informar a su tío por la razón de que no la había averiguado. Y aquella cosa que tal vez hubiera trastornado completamente los planes de Damville, era que la desgraciada Juana estaba loca.

Penetremos ahora en el hotel de Montmorency.

Allí están cinco personajes que nos interesan y que esperamos también interesen al lector.

Por de pronto, nuestros dos héroes enamorados: el caballero de Pardaillán y Luisa de Piennes de Montmorency.

Después de haberse confesado su amor, apenas se hablaban. ¿Acaso había necesidad de ello? No había un solo pensamiento del caballero que no estuviera consagrado a Luisa y ni un latido del corazón de ésta que no fuese para el caballero. Los dos lo comprendían así, y aun cuando se dijeran cosas insignificantes, todo proclamaba su amor. Ni uno ni otro parecían darse cuenta de la espantosa tempestad que se cernía sobre sus cabezas. En cuanto a Luisa, moriría sin percatarse de ello mientras él estuviera a su lado. ¿Y qué peligro podía existir estando él allí? La joven no tenía confianza, sino que era la confianza personificada.

En cuanto al caballero, seguro del amor de Luisa no creía deber temer nada de la

fortuna adversa, pero, sin embargo, no estaba aún seguro de poder casarse con ella. El mariscal de Montmorency había declarado que la joven estaba destinada al conde de Margency. El caballero de Pardaillán no conocía a este conde, pero haría lo posible para encontrarlo y disputarle su prometida, espada en mano.

Entre tanto vivía feliz, si bien constantemente alerta... Cuando pensaba en ello, hallaba muy natural que Luisa lo amara; las cosas debían ser así... En otros momentos, por el contrario, se asombraba de ser amado por la joven.

Todo ello no le impedía buscar activamente dos cosas. La primera, el medio de salvar definitivamente a Luisa, es decir, sacarla de París; y la segunda, saber quién era el conde de Margency, destinado por el mariscal a esposo de Luisa.

Mientras tanto el viejo Pardaillán estaba al acecho. Hacía maniobrar a Gilito y formaba un plan que no tardaremos en ver desarrollado ante nosotros. El viejo zorro estaba inquieto, pues olfateaba vagamente algún peligro. En el fondo confiaba en su astucia, pero ya lo veremos en la acción.

La pobre Juana estaba loca y era tal vez la más feliz de todos, pues su locura la transportó a los hermosos días de su primera juventud. Se figuraba estar en Margency. Por un fenómeno bastante raro, se había restablecido enteramente su salud física. Los ataques de ahogo habían desaparecido; el corazón latía con normalidad.

El mariscal de Montmorency, alejado de los hugonotes por haber renunciado a asociarse a la empresa de Enrique de Bearn cuando la paz no estaba hecha, era, por otra parte, odiado de la corte, que lo acusaba de benevolencia hacia los hugonotes: los partidos políticos no comprendían la independencia de un hombre influyente, pues era preciso poner tal influencia al servicio de uno u otro.

Pero Francisco de Montmorency no buscaba la estima ni la admiración de sus conciudadanos, por la sencilla razón de que no los estimaba ni los admiraba. Había visto demasiadas ambiciones alrededor del trono, demasiados pensamientos criminales, hipocresías y sentimientos de ferocidad: no soñaba más que en retirarse a su castillo.

He aquí, pues, de un modo general, cuál era la posición de todos los personajes principales.

X - Entrevista de Damville y Pardaillán

LLEVAREMOS AHORA a nuestros lectores al hotel de Montmorency. Era una cálida tarde de los primeros días de agosto y Pardaillán, en la habitación que ocupaba en el hotel, acababa de vestirse y armarse, silbando, al mismo tiempo, un aire de caza.

Esto es decir que se ponía la casaca de cuero, ceñía su larga espada, no sin asegurarse que la punta se hallaba en buen estado. Además, se proveía de una corta daga, regalo de Montmorency, que llevaba la marca de las fábricas de Milán.

—¡Por Barrabás! —dijo gruñendo—. Me ahogo dentro de esta coraza, más espero que dentro de poco podré quitármela.

Eran entonces las nueve de la noche y las sombras habían invadido ya París.

Cuando estuvo pronto, el aventurero se dejó caer en un sillón y cruzando las piernas se puso a reflexionar:

—¿Avisaré al caballero? Sí. No, a fe mía, querría ir conmigo, y como siempre hace lo que quiere... prefiero ir solo a tratar este asunto.

—Puede suceder una de estas dos cosas: o mi antiguo señor estará sólo como me ha asegurado este animal de Gilito, y entonces no tengo necesidad de ayuda alguna, o bien caigo en una emboscada y es inútil que el caballero muera conmigo. Bueno, ¿y si me matan? Me gustaría ver antes a mi hijo. Pero bien pensado, ¿para qué?

Pardaillán continuó reflexionando hasta que dieron las diez.

Entonces bajó sin hacer ruido, se dio a conocer al suizo y salió del hotel diciéndole que volvería a hora muy avanzada de la noche, porque lo esperaba su amante, a la que no había visto desde mucho tiempo atrás y era fácil que lo retuviera bastante rato; que si no volvía aquella noche ni al día siguiente, sería que habría emprendido un viaje.

Pardaillán se alejó entonces. Bajó sin apresurarse hasta el Sena, y después de haberlo atravesado se dirigió hacia el Temple, y cerca de las once llegó por último al hotel de Mesmes.

A juzgar por la fachada, los habitantes del hotel dormían, sin duda alguna, pues ninguna luz se filtraba a través de las ventanas.

Pardaillán dio la vuelta al hotel. En la parte posterior, como ya saben nuestros lectores, había un jardín cercado por un muro, cosa que daba entonces alta idea de la riqueza de su dueño, porque los jardines de aquella época estaban cercados tan sólo por setos vivos.

El aventurero escaló el muro con aquella agilidad que era la admiración de su hijo, y una vez que hubo llegado a la puerta de la cocina que daba al jardín, trató de abrir los cerrojos con su daga. Realizó este trabajo sin ruido, y al cabo de una hora, o sea a las doce, Pardaillán pudo abrir la puerta.

Un instante después se hallaba en el interior del hotel. Mientras vivió en él, había tenido ocasión de estudiar el terreno, de modo que podía aventurarse por allí con los

ojos cerrados. Atravesó el vestíbulo de la cocina, se aventuró por el corredor en que estaba la puerta de la bodega, de desagradable memoria, y sonrió al recordar la batalla sostenida allí.

Llegando a la parte anterior del hotel, empezó a subir una larga escalera y llegó al primer piso. Luego, siguiendo el corredor, se detuvo ante una puerta: allí empezaban las habitaciones particulares del duque de Damville.

—¿Estará ahí? ¿Estará solo?

El aventurero se hizo estas preguntas con la mayor tranquilidad, aun cuando comprendía que su vida pendía entonces de un hilo.

—Bueno —dijo—, ya lo veremos.

Y alargó la mano para ver si la puerta estaba cerrada.

En aquel mismo instante se abrió y apareció el mariscal de Damville con una antorcha en la mano.

—¡Caramba! —Dijo tranquilamente el mariscal—, ¡mi querido señor de Pardaillán! ¿Me buscáis? Servíos entrar. Yo también quería hablaros.

Pardaillán estaba aterrado, pues por dueño de sí mismo que sea un hombre, siente gran sobresalto al ser sorprendido por el enemigo que quería sorprender.

Sin embargo, gracias a un enérgico esfuerzo de voluntad, el aventurero se repuso prontamente; dirigió rápida mirada al interior de la estancia para asegurarse de que el mariscal estaba solo y saludando graciosamente, contestó:

—A fe mía, monseñor, acepto con gusto esta invitación, pues tengo cosas urgentes que deciros.

—De haber sabido que me buscabais —repuso Damville— os habría evitado el trabajo de descerrajar mis puertas. Siento que os hayáis molestado tanto.

—Sois muy amable, monseñor. Os aseguro que no me ha costado ningún trabajo.

—Claro, la costumbre.

—¿Qué queréis, señor? Se descerraja lo que se puede, unos cerraduras y otros corazones humanos.

—Entrad, os lo suplico. Dejadme cumplir con vos los deberes de la hospitalidad.

Pardaillán no vaciló y entró.

El mariscal, acto seguido, cerró la puerta.

Halláronse entonces en una vasta antecámara en la que se abrían dos puertas: una de ellas daba a una especie de salón que no era el de honor del hotel, sino una salita íntima reservada a los amigos del mariscal. Este hizo entrar allí a Pardaillán, y después de haber dejado la antorcha en la chimenea, señaló un sillón a su extraordinaria visita y se sentó a su vez.

—¿Así, pues —dijo Pardaillán sentándose—, me esperabais, monseñor?

—Señor de Pardaillán, os esperaba sin esperaros. Siempre se espera a un hombre como vos. En la situación que ocupamos uno con respecto a otro, no he cesado de pensar que tendríais, tarde o temprano, el deseo de verme.

—Confesadme, monseñor, que os habían anunciado mi visita —dijo Pardaillán

pensando en Gilito.

—Es verdad —contestó Damville.

—Ya que sois franco, ¿no podríais indicarme quién os ha avisado?

—No hay inconveniente. Uno de mis oficiales a quien conocéis bien y por el que profesáis viva amistad. El buen Orthés.

—¿El señor vizconde de Aspremont?

—El mismo. Si le profesáis amistad, él, en cambio, siente por vos tal afecto, que busca todas las ocasiones para veros, aunque sólo sea un instante. Creo que tiene algo muy interesante que deciros.

—Lo escucharé gustoso, monseñor. Hay, en efecto, una conversación entablada entre este digno gentilhomme y yo, y será necesario decidir cuál de los dos dice la última palabra. Pero dignaos continuar, monseñor. Decíais...

—Os decía, mi querido señor, que vuestro excelente amigo Orthés, con la esperanza de estrecharos entre sus brazos, no deja de rondar por el hotel de Montmorency.

«¡Ah!». —Pensó Pardaillán—. «*No es Gilito*».

—Esta noche, pues, os ha seguido, y como vio que escalabais la cerca del jardín, mientras os entreteníais en descerrajar la puerta de la cocina, él entró por la puerta principal y me avisó vuestra visita. Yo estaba a punto de acostarme, pero para tener el placer de veros, resolví dejarlo para más tarde, y realmente he tenido el honor de recibir vuestra visita.

—Sí ya estoy aquí —dijo Pardaillán—, pero ya que lleváis vuestra condescendencia hasta tal punto, monseñor, quisiera tratar con vos de una cuestión. ¿Me lo permitís?

—¡Cómo no! Diez cuestiones si queréis, pues tenéis derecho incluso a la cuestión del tormento.

El aventurero palideció. ¿Acaso iba a entregarlo al verdugo? Eso parecía desprenderse de la irónica contestación de Damville, pero poniendo buena cara, añadió:

—Sólo quería preguntaros, monseñor, si estáis solo y puedo hablar con vos con el corazón en la mano.

—Señor de Pardaillán, podéis decirme lo que queráis y descargar vuestro corazón. En cuanto a estar solo, ya comprendéis que tal cosa sería injuriosos. Nunca habrá a mi alrededor bastantes valientes oficiales para honrar a un hombre como vos. Por otra parte, ved vos mismo.

Diciendo estas palabras, el mariscal se levantó. En aquella sala se abrían tres puertas: una por la cual había entrado Pardaillán; la segunda que daba al dormitorio, y la tercera a un gabinete de armas.

Damville abrió la primera y Pardaillán divisó doce guardias en dos filas y armados de alabardas.

El aventurero meneó la cabeza y Damville cerró la puerta. Luego dirigióse

tranquilamente a la segunda, que también abrió, y entonces aparecieron a Pardaillán una quincena de gentilhombres, todos espada en mano.

—Buenas noches, señores —dijo el aventurero saludando.

Los gentilhombres permanecieron inmóviles y mudos.

Inmediatamente desapareció la segunda visión porque el mariscal cerró también la puerta. Fue entonces a abrir la tercera y aquella vez aparecieron seis arcabuceros prontos a disparar sus armas, y detrás de ellos Orthés dispuesto a ordenar la descarga.

Una vez cerrada la tercera puerta, el mariscal fue a sentarse a su sillón.

«*Me han cogido*», —se dijo Pardaillán estremeciéndose.

Pero tal vez entonces atravesó su cerebro una idea luminosa, porque el mariscal, al sentarse, lo vio sonreír. Y aquella sonrisa disgustó a Damville, que esperaba ver a su enemigo pálido y tembloroso.

—Hablemos ahora —dijo el mariscal frunciendo las cejas—. Mi querido señor, veníais con la intención de asesinarme.

—De ningún modo, monseñor. Vine a mataros, es verdad, pero en un combate leal. Creía haberos encontrado dormido. Entonces os habría despertado y rogado que os vistierais, diciéndoos:

«*Monseñor, molestáis extraordinariamente a algunas personas honradas que no desean más que vivir felices y tranquilas y a quienes habéis jurado matar. Ya habéis hecho bastante mal en vuestra vida. Y quiero haceros un señalado servicio impidiéndoos que sigáis perjudicando a nadie. Tenéis vuestra espada y yo la mía. Defendedos bien, porque tengo la pretensión de no salir de aquí sin haberos muerto*».

He aquí lo que os hubiera dicho, monseñor, y lo que estoy pronto a repetir. Abriréis estas tres puertas y así habrá numerosos testigos para afirmar que monseñor Enrique de Montmorency, mariscal, duque de Damville, no ha sido asesinado, sino muerto legalmente por la gracia de Dios y de mi espada.

El mariscal era una fiera, pero tenía el culto del valor. La actitud apacible y burlona de Pardaillán; la sonrisa que animaba su rostro y su perfecta tranquilidad en circunstancia tan terrible, hicieron sobre él impresión profunda y no pudo menos que dirigir una mirada de admiración hacia el hombre que, rodeado de espadas, alabardas y arcabuces, osaba emplear aquel lenguaje.

—Señor de Pardaillán —dijo—, no habéis previsto el caso en que yo os diera muerte.

—Era imposible, monseñor, porque yo tenía todas las ventajas. No os diré que vuestra causa es mala y la mía justa, porque, en este momento, soy la prueba viviente de que las buenas causas no triunfan siempre, pero sí diré que en el oficio de las armas, el más audaz es el que obtiene la victoria y estoy seguro de ser más audaz que vos.

—Sea, pero tampoco habéis previsto el caso de yo me negara a concederos el honor de batirme con vos.

—Sobre esto ya nos explicamos en Pont-de-Cé, monseñor; creo haberos

demostrado que mi espada vale, por lo menos, tanto como la vuestra.

El mariscal se levantó pensativo y dio algunos pasos por la sala no sin vigilar con el rabillo del ojo las manos de su adversario.

Pero Pardaillán, tranquilamente sentado en el sillón, lo miraba con aire bonachón, que pareció al mariscal exceso de intrepidez. Se apoyó en la alta chimenea y dijo lentamente:

—Señor de Pardaillán: siempre he tenido por vos gran estima, como os he probado en diversas ocasiones y os lo pruebo ahora todavía con mi moderación. Si yo hiciera una seña, caeríais muerto en el acto, pues ya habéis visto que mis hombres están ahí esperando. Podría hacer más: podría haceros prender y transportar a la Bastilla, que, como sabéis, está a cargo de uno de mis amigos, el cual, obedeciendo a mi recomendación, os mataría tan seguramente como podrían hacerlo las alabardas y los arcabuces, con la única diferencia de que moriríais torturado y vuestra agonía podría durar muchas horas y aún muchos días. Estaría, por consiguiente, en mi derecho si daba la orden de entregaros al verdugo, pues para mí sois un enemigo. Hace años me traicionasteis en Margency; hicimos un trato en Pont-de-Cé; os perdoné vuestra traición y os admití en mi casa; formabais parte de mis amigos; pero de nuevo me hicisteis traición, como ya sabéis. Por milagro escapasteis a mi justa venganza y luego os pasasteis al campo enemigo. Os colmé de beneficios; no conocíais a mi hermano, pero a pesar de ello, lo servís ahora y en cambio queréis asesinarne. ¿Qué contestáis?

—Que no os he hecho traición, monseñor. Que estaba decidido a ser vuestro auxiliar leal en una empresa grandiosa y no quise ser cómplice en una empresa infame. Yo era capaz de entrar en el Louvre y detener al rey con mis propias manos; capaz, si me lo hubierais ordenado, de apoderarme de la corona y traérosela; capaz de resistir en el campo de batalla al ejército real, si me hubierais confiado el mando del puñado de hombres de que disponéis. Pero no era ni soy capaz de ser verdugo de una mujer. Hubierais hecho mejor en preguntarme si estaba dispuesto a ello. Quisisteis hacer de mí el espía de mi hijo y el carcelero de la que ama y os equivocasteis. Por lo demás, ya sabéis que no os he hecho traición. Si lo hubiera querido y ganar al mismo tiempo una fortuna inmensa; si hubiera deseado mandaros a Montfaucon y ganar con mi ignominia vuestras propias riquezas, me bastaba presentarme al rey y decirle que queréis matarlo para coronar al duque de Guisa. Mi silencio en este asunto os prueba, monseñor, que por vuestra culpa os habéis separado de un hombre capaz de guardar un secreto importante, cosa que os aseguro no es muy corriente.

El mariscal había palidecido intensamente. Un temblor convulsivo agitó sus manos, y a pesar de tener en su poder al aventurero, le preguntó con voz suplicante:

—¿Así no habéis comunicado a nadie este asunto?

Pardaillán se encogió de hombros desdeñosamente.

—Comprendedme —continuó Damville—, sin querer decir precisamente que me hayáis denunciado, cosa indigna de vuestro carácter, habríais podido confiarlo a

ciertas personas.

«¡Ah! He aquí el secreto de lo que llama su moderación», —pensó Pardaillán—. «Quiere saber si he hablado».

Y en voz alta añadió:

—¿A qué personas, monseñor?

—Pues... a personas que no tuvieran vuestra generosidad. Al señor de Montmorency, por ejemplo.

Y Damville esperó la respuesta con evidente angustia.

—Y aunque así fuera —contestó Pardaillán—. Hablabais de vuestros derechos. ¿No tengo yo, acaso, el de trataros como enemigo? ¿No es perfectamente lógico que yo haya dado esta arma a vuestro hermano? Es más que un derecho, casi un deber. ¡Cómo! Secuestráis a la hija del mariscal de Montmorency... ya no hablo de la desgraciada señora de Piennes ni tampoco de las desdichas que le habéis acarreado. Tomo las cosas en su estado presente: hacéis cerrar las puertas de París al mariscal; lo tenéis prisionero, así como a los suyos, y, por lo tanto, a nosotros. Es evidente que prepararéis el último golpe que ha de aplastarnos a todos. Os lo declaro, monseñor, no tendré el valor de denunciaros, pero he pensado que debía revelarlo todo al mariscal, vuestro hermano, a fin de que pueda defenderse.

—¿Esto habéis hecho? —gritó Damville con acento de rabia y desesperación.

Pardaillán se encogió de hombros.

—Quería hacerlo, pero no lo he hecho. No me deis las gracias, porque me sabe muy mal haber guardado silencio. Mi hijo me impidió hablar. Aquel loco tiene extrañas ideas que lo perderán y me perderán al mismo tiempo. ¿Sabéis lo que me ha dicho?

«Antes que revelar un secreto confiado a nuestro honor y que no me pertenece, aunque lo haya sorprendido con peligro de mi vida, pues vos, padre mío, sois su depositario, antes que descender a tal infamia, me mataría ante vos. Si Damville quiere apoderarse de nosotros, que incendie París y en caso necesario moriremos sin que nadie en el mundo, ni un felón como él, pueda acusarnos de felonía».

He aquí lo que me dijo mi hijo y por esta razón me he callado, monseñor.

—¿Así que... —dijo Damville con voz ronca—. Montmorency no sabe nada?

—Nada, monseñor, ni él ni nadie.

El mariscal dio un profundo suspiro. Su terror había sido tal que no pensó en rechazar el calificativo de felón con que Pardaillán acababa de abofetearlo.

No ponía en duda la sinceridad de aquel rudo y leal adversario.

Al cabo de algunos instantes había recobrado toda su sangre fría. Y entonces la cólera empezó a invadirlo y dirigió al aventurero una mirada sombría en la cual éste pudo leer su condena de muerte.

Dio un paso como para dirigirse hacia la puerta tras la cual estaban Orthés y los arcabuceros, pero cambiando tal vez de idea, se volvió hacia Pardaillán.

—Veamos —dijo—. ¿Qué me contestaríais si os Ofrecía la paz?

—¿En qué condiciones, monseñor?

—Sencillamente, no molestarme en lo que voy a hacer. Vos y vuestro hijo saldréis del hotel de Montmorency, os iréis de París, al diablo si queréis. Os entregaré dos buenos caballos enjaezados y en la maleta de cada uno habrá dos mil escudos. Con semejante suma, con vuestra inteligencia y valentía podréis hacer fortuna dondequiera que vayáis.

Pardaillán, con la cabeza baja, parecía reflexionar profundamente.

—Reflexionad bien —continuó el mariscal—, me habéis desarmado por vuestra fidelidad en guardar un secreto que otros hubieran vendido, y, por lo tanto, estoy dispuesto a ser tan benévolo como pueda. Olvido vuestros insultos y borro vuestras pequeñas traiciones. Desearé para vos y para el caballero las mayores bienandanzas. Respetaré vuestras ideas particulares y no os propondré entrar a mi servicio. No recordaré que habéis entrado en mi hotel para matarme y os digo: Pardaillán, no seamos amigos ni enemigos. Seamos neutrales.

Pardaillán suspiró.

—Sois mi prisionero de guerra —prosiguió Damville— y a pesar de vuestra fuerza y bravura no podéis luchar contra los arcabuces, las alabardas y las espadas que os cercan; no hay escapatoria posible; estáis cogido, amigo. Pero si aceptáis lo que os propongo, sois libre.

—Y si aceptara, ¿cómo os lo arreglaríais, monseñor? Sé que sois desconfiado y con mi sola palabra no me abriríais las puertas del hotel.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del mariscal, que contestó:

—Sólo tomaré las precauciones indispensables: escribiréis una carta al caballero, lo bastante urgente para que venga aquí a reunirse con vos. Uno de mis gentilhombres la llevará a su destino. En cuanto el caballero haya llegado y los dos me deis vuestra palabra de no volver a París hasta dentro de tres meses, os escoltaré yo mismo en unión de algunos amigos hasta la puerta de París que me señalaréis y os desearé entonces buen viaje.

—Eternamente os agradeceré tanto honor, monseñor.

—Aceptáis, ¿no es eso? —dijo Damville estremeciéndose de alegría.

—Ciertamente, monseñor, con alegría, con gratitud, y mientras viva no me cansaré de admirar vuestra generosidad.

—Escribid, pues —dijo el mariscal precipitándose a un mueble del que sacó papel, pluma y tinta.

Pardaillán no se movió y un nuevo suspiro hinchó su pecho.

—Acepto —repitió—; pero, desgraciadamente, sólo puedo aceptar por mí.

—No importa, yo me encargo de convencer al caballero —exclamó el mariscal incapaz de contener su impaciencia y odio.

—Esperad, monseñor. Conozco a mi hijo, no tenéis idea de lo desconfiado que es. Jamás he visto semejante desprecio para las promesas de los reyes, príncipes y mariscales. Desconfía hasta de mí mismo, desconfía de él y hasta de la sombra que

sigue sus pasos. Siento mucho tener que confesarlo y muchas veces me he avergonzado de verlo tan desconfiado, cuando yo tengo un respeto sin límites y una fe inmensa en las palabras de un personaje como vos.

—¿Qué significa esto?

—Significa, monseñor, que al leer mi carta, mi hijo se echaría a reír exclamando:

«¡Cómo! ¡Mi padre es prisionero de Damville y pretende que me reúna con él so pretexto que ha hecho la paz con monseñor! ¡Vamos, padre, estáis loco! ¿No sabéis, acaso, que el señor de Damville es un traidor y un felón?».

Es mi hijo, el que habla, monseñor.

«¿Un ser lleno de astucia que quisiera apoderarse de los dos para matarnos juntos? Pero su astucia en este caso es demasiado burda, soy joven y quiero vivir. En cuanto a vos, padre, que ya habéis vivido bastante, morid solo, ya que fuisteis lo bastante tonto para haberos metido en la boca del lobo».

He aquí lo que diría el caballero al recibir mi carta. Me parece que lo oigo cómo se echa a reír. ¡Ah! La desconfianza, monseñor, es un feo defecto.

Y Pardaillán acabó este discurso dando un suspiro más profundo que los anteriores.

—¿De modo —dijo Damville— que no queréis escribir?

—No serviría de nada, monseñor, y, además, aun admitiendo que mi hijo se reuniera conmigo, ¿sabéis lo que resultaría?

—Veamos.

—El caballero no sólo es el hombre más desconfiado de la tierra, sino que también es casi tan testarudo como vos. Se ha metido en la cabeza librar de vuestras garras a Juana de Piennes y a su hija, así como a monseñor, vuestro hermano. Nada le hará desistir de su empeño. Yo acepto, reconocido, vuestra proposición, pero él ya me parece oírlo. ¿Sabéis lo que me diría?

—Veamos —repitió el mariscal impaciente.

Pardaillán se puso en pie ante Damville apoyando la mano izquierda en el puño de la espada.

—Nos diría lo siguiente, monseñor:

«¿Así, pues, padre mío, y vos, monseñor de Damville, osáis proponerme esta villanía? De ningún modo, señores. ¿Queréis que me deshonre a cambio de dos mil escudos y un caballo enjaezado? Aunque me dierais mil caballos con guarniciones de oro y me ofrecierais cuatro mil sacos conteniendo cada uno cuatro mil escudos, el insulto sería igualmente grande. ¡Ah, padre mío! ¡No podré resistir la ofensa que me hacéis! ¡Acordaos de lo que os debéis a vos mismo y dejad la vergüenza de estas proposiciones al señor duque de Damville, pues ya está acostumbrado a la felonía y a la traición!».

El aventurero, más erguido que nunca, extendió un dedo hacia el mariscal y casi lo tocó.

—¡Miserable! —rugió Damville.

—La última palabra, monseñor. Además de los defectos que acabo de señalaros, el caballero tiene el de amarme extraordinariamente tal como soy. Sabe que he venido aquí y si no me ve antes de que salga el día, es capaz de ir a contar al rey que le hacéis traición en beneficio de Guisa... Sí, impulsado por la desesperación es capaz de hacerlo y luego matarse por haberos delatado.

El mariscal, que ya se lanzaba a dar la orden de ataque, se detuvo, pálido de rabia.

Pardaillán sonrió murmurando:

«*Para ésta, si puedes*».

Pero el mariscal, irritado en demasía por las palabras del aventurero, sintió cómo el furor dominaba al espanto y dijo:

—Pues bien, ¡sea!; prefiero correr el riesgo de que tal haga. ¡A mí!

Pardaillán, con gesto rápido, sacó su daga y se echó sobre el mariscal.

—¡Tú morirás primero! —rugió.

Pero Damville adivinó el golpe. En el momento en que el puñal iba a herirlo se dejó caer al suelo. Pardaillán, llevado por su impulso, cayó y en el mismo instante la habitación se llenó de gente bien armada de alabardas y espadas.

El aventurero quiso entonces desenvainar su espada para morir matando, pero su tentativa fue vana, pues se vio cogido por todas partes, sujetado por veinte brazos, y en un instante quedó amordazado, desarmado y atado.

Entonces cerró los ojos y permaneció completamente inmóvil.

—Monseñor —dijo Orthés—. ¿Hay que ahorcar a este truhan?

—¿Ahorcarlo? —Dijo Damville con voz que todavía temblaba de cólera—. No penséis en ello. Ese truhan posee secretos que es útil arrancarle en interés de Su Majestad nuestro rey.

—¿Le aplicarán la cuestión del tormento? —preguntó Orthés.

Al oírlo, Pardaillán se estremeció.

—Sí —contestó Damville—. Haré avisar al verdugo y asistiré a la escena.

—¿A dónde lo llevamos?

—Al Temple —dijo el mariscal.

XI - El convento del milagro

EN EL AÑO 1290 hubo en París un milagro que relataremos para hacer comprender los acontecimientos que siguen. En aquella época, habitaba, no lejos de Notre Dame, entre otros descreídos, un judío llamado Jonathás.

Es necesario decir que maese Jonathás poseía una casa muy hermosa rodeada de grandes jardines. Añadamos que, para su desgracia, era vecino de cierto convento que miraba con envidia aquellos jardines.

Aquel judío —según las informaciones de sus buenos vecinos los monjes— juró cometer contra la religión un espantoso sacrilegio.

¿Qué hizo? El domingo de Pascua del año 1290 mandó a comulgar en Notredame a una mujer a la que había dado instrucciones. La mujer recibió la hostia y en vez de tragársela la llevó intacta al judío Jonathás.

Éste, impulsado por el furor, dio a la hostia con la punta de su daga. ¿Y qué sucedió? Que la hostia empezó a despedir sangre por la herida.

En cuanto la mujer vio aquel milagro, se sintió sobrecogida de espanto y remordimiento y fue a echarse a los pies de los buenos monjes, como lo atestiguaron los padres y hermanos de la comunidad.

En cuanto al judío, la vista de la sangre, lejos de calmar su frenesí, no hizo más que exasperarlo.

Tomó un martillo y un clavo, y como antaño se hiciera para crucificar a Jesús, hundió el clavo en la hostia y entonces se realizó un nuevo milagro al producirse nueva efusión de sangre.

El judío, lleno de furor, arrojó la hostia al fuego, pero ésta empezó a dar vueltas sobre las brasas, más sin arder. Ante estas señales evidentes del poder celestial, Jonathás, no sabiendo ya cómo destruir la hostia, puso en el fuego una gran caldera y la llenó de agua, y cuando ésta empezó a hervir, echó dentro la hostia; pero lejos de disolverse, permaneció intacta, blanca y pura. Únicamente, como de la hostia había salido sangre, el agua de la caldera se metamorfoseó en sangre hirviente.

No se sabe qué nuevos sacrilegios hubiera cometido Jonathás de no haber sido detenido en aquel instante... Nunca quiso confesar sus crímenes, cosa que mostraba cuán grande era su maldad. Los monjes, indignados, lo pusieron vivo sobre un montón de leña a la cual prendieron fuego.

Cuando el judío estuvo reducido a cenizas, los dignos frailes purificaron sus propiedades anexionándolas a su convento. Para completar la expiación, un burgués llamado Regnier-Flaming hizo construir una capilla que se llamó la Casa de los Milagros y aquel lugar fue conocido en adelante por convento en que Dios fue hervido.

Ignoramos si realmente el judío Jonathás tiró la hostia dentro del caldero, pero es absolutamente cierto que Jonathás fue quemado vivo y que sus hermosos jardines

pasaron a ser propiedad de los monjes.

Desde el año 1290 hasta el 1572 y más tarde, tuvieron lugar en aquel sitio otros varios milagros. De vez en cuando el caldero en que había hervido la hostia convertía en sangre el agua que se echaba en él. Generalmente aquellos milagros eran considerados como una orden del cielo a los parisienses: orden de quemar vivos a cierto número de herejes.

Uno de estos milagros se produjo el 17 de agosto de 1572. Era domingo y la víspera del día en que se celebró el casamiento de Enrique de Bearn con Margarita de Francia. Sobre las cinco de la tarde, y cuando había mucha gente en la calle, se abrió la puerta de pronto y aparecieron dos monjes gesticulando y gritando:

—¡Milagro, milagro!

Uno de los dos monjes es un antiguo conocido nuestro: El hermano Teobaldo, más gordo y majestuoso que nunca, y el otro su inseparable hermano Lubin.

Éste, como se recordará, sin duda, había obtenido permiso durante algún tiempo para dejar su convento e ir a servir a la hostería de la «La Adivinadora» en calidad de mozo, pero desde aquella misma mañana había vuelto a su celda porque en la hostería ya no era de ninguna utilidad, toda vez que allí no se reunían los amigos de Guisa. Y el reverendo prior dijo a Lubin:

—Hermano: Ha terminado vuestra misión laica. En vuestra larga estancia entre los filisteos, ciertamente habéis ganado gloria, pero como la carne es débil, es probable que más de una vez hayáis sucumbido al demonio de la gula; en razón de la santa gloria que habéis obtenido en vuestro servicio laico en «La Adivinadora», os destinamos a guardar el caldero, lo que es un inmenso honor para vos y para el hermano Teobaldo, que será vuestro acólito; pero, en penitencia de los pecados que no habréis dejado de cometer entre los filisteos, tendréis cuidado de aplicaros la disciplina todas las noches; además, os abstendréis de carne, legumbres y vino durante quince días.

—*Deo gratias* —murmuró Lubin inclinándose.

Luego un profundo suspiro hinchó su pecho y se dijo:

«*Quince días a pan y agua. ¡Ah! Me moriré, con toda seguridad.*»

Triste y con el alma llena de amargura, el hermano Lubin se dirigió a su celda, en donde halló al hermano Teobaldo, que, avisado sin duda, lo esperaba y lo llevó a una sala vecina a la puerta de entrada.

Aquella sala, cuya disposición era semejante a una capilla, no contenía más que algunas sillas e imágenes de santos, pero en el fondo se levantaba una especie de altar rematado por un gran crucifijo. Sobre el primero estaba colocado el famoso caldero, ordinariamente recubierto de un paño negro, pero, algunas veces, cuando se admitían fieles a visitarlo, lo descubrían y entonces se podía ver que era una marmita de cobre, vulgar.

De vez en cuando se echaba agua, para observar si se cumplía el milagro, es decir,

si se convertía en sangre.

El hermano Teobaldo llevó a Lubin hasta el caldero, ante el cual se hincó de rodillas.

—¿Por qué suspiráis así? —preguntó entonces.

—¡Ah, hermano mío! —Contestó desesperado Lubin—. Recuerdo mis comidas de «La Adivinadora». He perdido los ricos pasteles de la señora Rosa, que de vez en cuando podía saborear. ¡Ay! ¿Dónde estáis, jamones que regaba con los restos de las botellas que me dejaban? Había especialmente un cierto vino de Borgoña, dulce y capaz de reanimar a un muerto.

—Hacéis mal en recordar estas cosas, hermano —dijo Teobaldo relamiéndose.

—¿Qué queréis? Siento que pertenezco en cuerpo y alma al demonio de la gula, pues es así como el reverendo prior llama la divina felicidad de humedecerse la garganta con un buen vino después de que un manjar cargado de especias ha inflamado la garganta.

El hermano Teobaldo no pudo resistir más y exclamó:

—Se me hace la boca agua.

—¡Ah, hermano! No sé qué recompensa nos estará reservada en el paraíso, pero sí sé que en este mundo el paraíso es la hostería de «La Adivinadora».

—¿Recordáis las succulentas comidas que hicimos allí?

—¡Ya lo creo!

—En cambio hoy no podemos comer bien aun cuando luchemos para conseguirlo.

—¿A quién lo decís, querido hermano? Tal como me veis, he arriesgado muchas veces el ser ahorcado para acompañar a «La Adivinadora» al duque de...; pero chitón, porque no estáis iniciado en estos grandes secretos.

—Entre tanto he de ayunar como un novicio. ¿Qué digo novicio? Como un condenado a galeras.

Teobaldo guiñó el ojo y sonrió de un modo misterioso y elocuente.

Lubin, que conocía a fondo a Teobaldo, se estremeció de esperanza.

—¡Oh! —murmuró abriendo los ojos.

—¿Qué tenéis, hermano?

—Nada, nada. Habíame parecido...

—Chitón —contestó Teobaldo—; cerrad la puerta, hermano.

Lubin se apresuró a obedecer y con el corazón palpitante volvió a donde estaba su compañero.

—¿Así, pues —preguntó éste—, estáis condenado durante quince días a pan y agua?

—¡Ay! —gimió Lubin, cuya dulce esperanza se había desvanecido al observar la severa fisonomía de Teobaldo.

—Creo que no lo resistiréis —continuó éste.

Entonces sacó de un pequeño armario un pan negro y duro, una botella de agua

turbia y dijo con severidad:

—He aquí vuestro alimento para dos días, hermano.

Lubin se cruzó de brazos, y dándose puñetazos en el pecho, dijo llorando:

—Valdría más que de una vez me condenaran a muerte. ¡Cómo, hermano Teobaldo! ¿Sois vos, con quien he hecho tan buenas comidas, el que me presenta este alimento horroroso y este líquido indigno? ¡Ah, hermano! Nunca hubiera creído que tuvierais un corazón tan duro, y cuando pienso en aquellos divinos pasteles...

—Paz, hermano mío —exclamó Teobaldo con brillante mirada.

—... En aquellos pollos que daban vueltas en el asador, mientras gota a gota caía la delicada grasa de su cuerpo...

—Hermano, me estáis tentando.

—... En aquellas botellas cuyo rojo líquido caía armoniosamente dentro de los vasos...

Teobaldo pareció tomar una resolución heroica. Dirigió una mirada hacia la puerta y cogió la mano de Lubin.

—Pues bien, hermano, suponed que levanto el paño que cubre este caldero... y que de él saco...

Hablando así destapó, en efecto, el caldero de los milagros y hundió en él las dos manos.

—¿Y sacabais de él...? —interrogó Lubin fuera de sí.

—Ante todo, este pastelito dorado que viene en línea recta de «La Adivinadora».

Lubin dio una exclamación de alegría.

—Luego —continuó Teobaldo, dejando las vituallas encima del altar, a medida que las nombraba—, luego este pan tierno, además este pollo frito, las dos botellas de vino. Además, este jamón de carne sonrosada, y, por fin, estas cuatro botellas de Borgoña.

Lubin había unido las manos y miraba tembloroso la aparición de las vituallas.

Teobaldo, como si oficiara, iba y venía gravemente de una a otra parte del altar, y cuando las seis botellas estuvieron colocadas en buen orden a la derecha del caldero, mientras los comestibles estaban a la izquierda, se volvió con los brazos abiertos imitando el gesto de la bendición, y con los ojos medio cerrados, la boca formando círculo y la cara alegre mirando a su compañero, el cual había caído de rodillas.

Teobaldo bajó majestuosamente los dos escalones del altar y continuó:

—Pues bien, hermano mío, suponed que os diga que estas apetitosas vituallas no son en realidad más que pan negro y agua clara, ¿me creeréis?

—¡Claro!... —dijo Lubin.

—Pues bien, levantaos. Comed y bebed.

—O si no, comamos de este pan negro y bebamos el agua clara contenida en estas botellas. Sé que miento, pero es en interés de la Iglesia. No os molestéis en querer comprender, hermano.

Lubin, que se había levantado, no trató de explicarse por qué podía interesar a la

Iglesia la mentira del hermano Teobaldo. De modo que, sin preocuparse, vertió en el caldero la botella de agua turbia que le estaba destinada, e hizo los preparativos para la comida, es decir, que dispuso dos sillas, una al lado de otra, y en ellas colocó las vituallas dejando las botellas modestamente en el suelo.

Los dos frailes se sentaron ante aquella mesa improvisada y empezaron a atacar la comida con un ardor que probaba su excelente apetito.

—¡Qué bueno es este pan negro! —dijo Teobaldo devorando una porción de pastel.

—Y esta agua tiene un aroma maravilloso —contestó Lubin bebiendo el vino por la misma botella, pues carecían de vaso.

Si el hermano Teobaldo comía mucho, es necesario añadir que se contentó con una botella de vino blanco, continencia heroica en él, pero, en Cambio, Lubin se bebió el resto.

Después de la primera botella, Lubin se puso melancólico. En cuanto se hubo bebido la segunda, se echó a reír fuera de razón. Al finalizar la tercera, entonó el «aleluya». A la cuarta lloró por sus pecados y para consolarse buscó la quinta y última, pero no la encontró, porque Teobaldo acababa de echar el rojo contenido en el caldero de los milagros.

Levantando los brazos al cielo llamó a Lubin.

—Hermano, hermano. Venid.

—¿Qué hay? —dijo Lubin.

—No sé si mi vista está turbada, pero me parece...

—¿Qué, hermano?

—Que el agua que habéis echado en el caldero...

—¿Qué?

—Pues que se ha convertido en sangre.

—¿Es posible? —Exclamó Lubin—. ¿Por qué no se habrá convertido en vino?

Teobaldo dirigió extraña mirada a su compadre y dijo:

—Mi querido hermano, no bromeéis con las cosas santas. Venid, os digo...

—¡Bah! Estáis borracho.

No obstante, hizo un esfuerzo y con inseguros pasos se dirigió hacia el caldero, cuyo fondo miró con incredulidad, pero enseguida palideció y empezó a gritar:

—¡Milagro, milagro! ¡El agua se ha enrojecido, y, no obstante, era agua pura! Yo la he echado dentro. ¡Ah, mi hermano! ¡Qué honor para la comunidad y para mí! La sangre de Jesús ha aparecido por mi mano. ¡Socorro! ¡Milagro!

Mientras Lubin caía de rodillas llorando, suspirando y vociferando, Teobaldo hacía desaparecer rápidamente en el armario, que cerró con llave, los restos de la comida y abría de par en par la puerta de la sala.

Al oír los gritos de Lubin, los monjes acudieron.

—¿Qué sucede? —preguntó severamente el prior.

—No lo sé, mi reverendo padre —contestó Teobaldo—. Creo que nuestro

hermano Lubin se ha vuelto loco. Acaba de vaciar su botella de agua en el caldero y ahora está gritando como un poseído por el diablo.

—¡Milagro! —Gritaba con mayor fuerza el hermano Lubin—. El agua se ha convertido en sangre. ¡Mirad, mirad!

Los monjes, y el prior antes que ninguno, se precipitaron hacia el caldero.

—¡Milagro! —exclamó el prior cayendo de rodillas.

—¡Milagro! —repetieron los monjes imitándolo.

Y la comunidad entonó el «*Magnificat*», que hizo temblar los muros del convento. Luego el prior, con los ojos llenos de lágrimas, abrazó al hermano Lubin. Los padres se aproximaron a él y lo llamaron santo, mientras los novicios tocaban el extremo de su hábito.

Luego tomaron el caldero.

—Hermanos —dijo el prior—. Llevémoslo a la capilla en procesión y entonemos el «*Te Deum*». Hermano portero, abrid la puerta principal a fin de que el pueblo participe de nuestra felicidad.

El hermano portero se apresuró a obedecer.

Los monjes se dirigieron procesionalmente hacia la capilla, pero al pasar ante la puerta del convento, que estaba abierta de par en par, el hermano Lubin, impulsado por el demonio del orgullo, empuñó el caldero y lo llevó a la calle escoltado por su inseparable Teobaldo.

Allí, gritando más que nunca y apoyado por su compañero, proclamó el milagro.

—¡Yo he echado el agua! —vociferaba Lubin.

—¡Mirad, mirad, es sangre! —decía Teobaldo.

Y detrás, la comunidad entera entonaba el «*Te Deum*».

En algunos instantes se congregó enorme multitud alrededor del caldero. Por una coincidencia que debemos señalar, tan sólo en las primeras filas de aquella multitud había una veintena de gentilhombres de Catalina de Médicis, y entre ellos Maurevert.

Estos fueron los primeros en gritar:

—¡Es realmente sangre! ¡Milagro!

Algunas mujeres del pueblo pudieron acercarse lo bastante para mirar. Dos de ellas se desvanecieron de emoción y las otras cayeron de rodillas.

Entonces todos los espectadores se arrodillaron y el pueblo empezó a gritar:

—¡Milagro! ¡Milagro!

En aquel momento dos vigorosos monjes cogieron el caldero y se lo llevaron al interior del convento, adonde Teobaldo arrastró asimismo a Lubin.

La puerta fue cerrada, pero el pueblo, oyendo el «*Te Deum*» y las campanas que repicaban alegremente, continuó gritando:

—¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Viva la misa! —exclamó una voz que consiguió dominar el tumulto.

—¡Mueran los herejes! —Vociferaron los gentilhombres.

—¡Mueran los hugonotes! ¡Viva Guisa! ¡Viva la misa! ¡Mueran los hugonotes!

—¡Aquí hay uno! —gritó la voz que fue la primera en gritar «¡Viva la misa!».

—¡De rodillas, de rodillas!

—Son dos.

—¡Matadlos!

La multitud, amenazadora, rodeó a dos jóvenes que avanzaban y que Maurevert señalaba con el dedo. En un instante se desencadenó alrededor de aquellos dos hombres una tempestad de amenazas; los brazos se levantaron sobre ellos, y las espadas y dagas salían de sus vainas.

Estaban perdidos.

En aquel momento se abrió de nuevo la puerta del convento.

Impulsado por su borrachera, el hermano Lubin se desprendió de los monjes que trataban de retenerlo y apareció a la multitud bendiciendo, murmurando incoherentes palabras y con los ojos llenos de lágrimas. Al ver al santo, por cuya virtud se había cambiado el agua en sangre, la multitud dobló la rodilla gritando:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Lubin divisó entonces a los dos gentilhombres, que aprovechaban la libertad relativa que gozaban por un segundo para desenvainar sus espadas.

Entonces nuevas lágrimas inundaron el semblante de Lubin. Avanzó titubeando con los brazos abiertos, mientras que, respetuosamente, todos se apartaban para dejarle paso. Lubin, con la mirada vaga y sonriendo a través de sus lágrimas, murmuraba:

—¡Cómo!... ¡Es el querido señor de Pardaillán!... que me ha hecho beber... tan buen vino... en «La Adivinadora»... quiero abrazarlo. ¡Viva Baco!

—¡Milagro! ¡Milagro! —gritaban las gentes.

XII - En que Maurevert representa un papel importante

AQUEL DOMINGO el caballero de Pardaillán había ido a ver a su amigo, el caballero de Marillac, como lo hacía casi diariamente. Era una costumbre que adoptara desde el regreso de Marillac. Los dos jóvenes se referían sus inquietudes, sus alegrías y sus esperanzas, y, como es natural, Marillac hablaba de Alicia y Pardaillán de Luisa.

Muchas veces el conde había ofrecido a su amigo presentarse a la reina madre y pedirle un salvoconducto para Montmorency y los suyos, pero el caballero había rehusado siempre con una obstinación que no dejó de asombrar a Marillac.

Cada vez que el conde hablaba de la reina, de su benevolencia y de sus promesas, Pardaillán guardaba silencio y lo mismo hacía cuando se trataba de Alicia.

«Todo es posible», —se decía el caballero—. «¿Quién sabe si al cabo amaré a su hijo? ¿Pero quién sabe, también, qué emboscada ocultará este repentino cariño? En cuanto a la desgraciada Alicia, antes me arrancarían la lengua que descubrir el secreto que me confió en un momento de delirio, porque ama verdaderamente al conde, y una mujer que ama, es capaz de todos los heroísmos».

Así, pues, el caballero guardaba silencio sobre la reina y sobre Alicia, pero no cesaba de repetir:

—Es preciso redoblar vuestra prudencia, amigo. Me gustaría mucho saber que estáis fuera de París en perfecta seguridad.

Entonces Marillac sonreía, pues sólo turbaba en parte su felicidad la reciente muerte de Juana de Albret. Aquel domingo hacía ya tres días que no había visto al caballero, cuando lo vio entrar.

—Iba a buscaros al hotel de Montmorency —exclamó el conde cogiendo las manos de su amigo—. ¿Qué tenéis? Me parecéis sombrío, preocupado...

—Pues en cambio vos parecéis alegre —repuso Pardaillán—. ¿Os probáis este traje? Veamos, relatadme los motivos de vuestro contento, y luego os daré cuenta de mi inquietud.

Efectivamente, el conde estaba probándose un traje. Era un vestido de gran señor y tal como pudiera concebirlo la magnificencia de aquella época, pero aquel traje tan rico era enteramente negro, desde la pluma de la toca hasta las calzas de seda.

—Mañana es el gran día —dijo Marillac sonriendo—. Mañana nuestro rey Enrique debe casarse con Margarita de Francia. ¿Habéis visto los preparativos que se hacen en Notre Dame?

El caballero movió negativamente la cabeza.

—Será magnífico. Toda la iglesia estará adornada con colgaduras de terciopelo tachonado de oro. Los sitiales de los esposos son una maravilla. Más de cien ministriles han sido contratados para tocar ante la puerta cuando llegue el cortejo.

—Será espléndido —dijo el caballero—. Ya comprendo vuestra alegría.

—Amigo mío, no es éste el motivo de mi dicha. Escuchad: había jurado no

decirlo a nadie, pero diciéndolo a vos casi no faltó a mi promesa, porque sois otro yo. Mañana se celebrará una boda en Notre Dame y mañana mismo, por la noche, habrá otra en Saint-Germain-L'Auxerrois a la que os ruego asistáis.

—¿Quién se casa? —preguntó el caballero.

—Yo.

—¡Vos! —exclamó Pardaillán asombrado—. ¿Y por qué por la noche?

—Decid mejor a medianoche. Ya comprenderéis por qué. La reina quiere asistir para bendecirme. Se ha encargado de todos los detalles de la ceremonia, a la que únicamente asistirán sus amigos más fieles, y, además, vos. Para ello os haré entrar en el templo antes de la hora convenida. Pero guardad silencio. La reina quiere estar allí, ¿comprendéis? Y si se supiera, querrían averiguar por qué la madre de Carlos IX se interesa tanto por un pobre gentilhomme. ¿Y quién sería capaz de hacer callar a las malas lenguas?

El caballero sintió un temblor que el conde no advirtió. Aquella ceremonia misteriosa, aquel casamiento a medianoche que debía mantenerse secreto y al cual quería asistir Catalina, le daba mucho que pensar. Tuvo la impresión de que era una emboscada y de que tal vez se desarrollaría alguna tragedia en el interior de la iglesia solitaria.

«*Felizmente estaré allí*» —pensó.

E impresionado por un presentimiento, señaló con el dedo el traje extendido sobre un sillón.

—¿Vais a casaros con este traje? —preguntó.

—Sí, amigo mío. Me visto de negro, porque quiero llevar luto a los ojos de todos, aun de mi misma madre, por la mujer que me sirvió de tal.

—¿La reina Juana?

—Sí, caballero, la reina de Navarra. La corte parece haberla olvidado y hasta su mismo hijo, Enrique, a quien ella tanto amaba, ha recobrado el buen humor y mariposea alrededor de las mujeres, mientras la que va a ser la suya se ocupa, según se dice, en amores en que el rey de Navarra no tiene ningún papel, a no ser el de amante burlado. ¡Ah, amigo mío! Tanta ingratitud por una mujer tan valiente y buena, que, por su corazón, era una verdadera mujer, mientras que su ánimo igualaba a los más intrépidos; tanta ingratitud, repito, me subleva. Pero como yo la he amado y venerado, quiero llevar luto por ella.

Marillac se quedó algunos instantes pensativo.

—Querido amigo —dijo el caballero—. ¿No os habéis fijado en la singular coincidencia de que hayáis encontrado a vuestra madre en el momento en que habéis perdido a la que considerabais como tal?

—Os confieso que no he pensado en esta coincidencia —dijo Marillac pasándose una mano por la frente.

—No me habéis relatado todavía cómo murió la reina de Navarra —dijo de pronto el caballero.

—Evocáis un recuerdo funesto, amigo —dijo el conde con sombría expresión—. Fue de repente. La reina llegó al Louvre a las nueve, cuando se celebraban los esponsales de su hijo y de la princesa Margarita. Después de haber recibido los homenajes de los señores católicos, se sentó en un sillón de la sala y el rey de Francia fue, en persona, a testimoniarle su afectuosa admiración. Yo estaba donde ya sabéis. Cuando bajé a las salas de fiesta, la busqué largo rato, y la encontré precisamente en el mismo instante en que perdió el sentido. Hubo grandes rumores y no olvidaré jamás la expresión de dolor del semblante de la reina madre.

—¿De Catalina de Médicis? —exclamó el caballero.

—Sí, amigo mío. Después que el médico del rey hubo examinado a la reina de Navarra, ésta fue transportada a su litera, a pesar de Ambrosio Paré, que quería administrarle no sé qué medicamentos. El rey Enrique, el almirante, el príncipe de Condé y yo subimos a caballo para escoltar la litera, y además nos acompañaron algunos gentilhombres, como el barón de Pont, el capitán Briquemaunt, los señores de Rohan, de Teligny, d'Aubiné, de Cabagnes, de Piles, pertenecientes todos al séquito del rey Enrique. La litera así rodeada por nuestro grupo y precedida de lacayos a caballo, portadores de antorchas, atravesó la multitud que rodeaba al Louvre. Al ver al rey Enrique, las gentes empezaron a gritar como si hubiéramos sido enemigos, pero cuando supieron que en la litera iba Juana de Albret moribunda, guardaron profundo silencio, y, tal vez, avergonzadas, se apartaron, si bien su silencio no era el respeto a la muerte que pasaba. ¡Ah, caballero! ¡Qué noche! Cuando pienso en aquella fiesta monstruosa, más bien dicho, aquella orgía en que los nuestros toleraron los insultos dirigidos a sus mujeres y luego aquellos gritos fúnebres, aquella litera que pasaba a través de un pueblo que apenas contenía sus gruñidos. Cuando pienso en todo ello, me imagino a veces que todo es una emboscada, pero ya veo que mis aprensiones son injustificadas.

—¡Hum! —exclamó el caballero.

—El rey nos colma de caricias; conozco los sentimientos de la reina madre.

—¡Hum, hum! —repitió el caballero.

—Únicamente el pueblo nos es hostil, pero el señor de Guisa nos asegura que los parisienses sólo conservan un resto de malhumor que se disipará cuando vean entrar en Notre Dame a nuestro rey.

Y como si quisiera evitar el fijarse en las sospechas que parecía sentir el caballero, el conde se apresuró a continuar su relato.

—En cuanto la reina estuvo acostada en su cama, recobró el conocimiento. En aquel instante llegó el médico del rey, maese Paré, pero la reina, mirándolo fijamente, le dijo:

—Os doy gracias, maestro. Todos vuestros cuidados serían inútiles contra mi mal. Voy a morir, idos.

Sin insistir más, maese Paré se inclinó dando un suspiro y al retirarse observamos que su semblante acusaba fuerte espanto.

—¡Ah! —Interrumpió el caballero dirigiendo interrogadora mirada al conde de Marillac—. ¿No es también de la religión reformada maese Paré?

—Sí, caballero.

—¿Y decís que no insistió para prestar sus cuidados a la desgraciada reina?

—Es cierto.

—¿Y decís que tenía aire asustado?

—En efecto. Pero ¿no era natural el caso? Aquel mal tan repentino...

—No, conde; Ambrosio Paré es un hombre enérgico. Además, según se dice, es muy curioso por conocer las enfermedades hasta el punto de que se ha visto acusado de brujo en pleno Colegio Real de Francia. Si no ha insistido y si, en fin, se marchó asustado...

—¿Qué queréis decir, caballero? —exclamó Marillac con gran agitación.

—Nada, simplemente me asombro de tal conducta. Continúad, querido amigo.

—Sí, dejemos de lado estas sospechas.

—¡Ah! Por fin pronunciáis la palabra. Vos también sospecháis.

—¿Qué queréis que sospeche?

—Un crimen.

Marillac palideció y su mirada rehuyó la de Pardaillán. Por un minuto pareció presa de singular turbación y por fin dijo:

—Pues bien, sí, veo que se ha cometido un crimen. La reina de Navarra tenía encarnizados enemigos, más de una vez estuvo a punto de morir. Los que la amábamos, los que conocíamos su desprecio por el peligro, nos habíamos impuesto la obligación de velar por ella noche y día. Tal vez uno de esos enemigos, uno de esos hombres que no retroceden ante nada... ¡Ah! Daría mi vida por saber quién es.

Marillac se pasó la mano por la frente, y como el caballero siguiera guardando silencio, continuó:

—Pero, tal vez, después de todo, no es más que una sospecha sin fundamento.

—Tal vez sí —contestó el caballero—. Decíais que el médico del rey se retiró.

—Y con él todos nosotros —continuó Marillac—. El rey Enrique se quedó solo con su madre. Durante tres largas horas esperamos en la pieza vecina sin atrevemos a mirarnos unos a otros. Me acuerdo únicamente de que el príncipe de Condé no cesaba de llorar y yo le envidiaba, porque ni una lágrima vino a humedecer mis ojos ardientes. Por fin el alba entró en aquella sala e hizo palidecer las antorchas que alumbraron entonces el cuadro de un modo siniestro. En aquel momento el rey Enrique salió de la habitación de su madre. ¿Qué le habría dicho? ¿Cuáles fueron sus confidencias supremas? ¿Fue su testamento de reina, de jefe de partido, el que dictó al rey? ¿Quién sabe? Sí, ¿quién sabe si la extraña alucinación que se apoderó de mí no fue una verdad? Porque al hallarme cerca de la puerta, me pareció oír algunas de las palabras de la reina.

«*Muero asesinada*», —decía la voz de la moribunda—, «*pero ordeno que lo ignoréis... Fingid creer en una muerte natural... porque, de lo contrario, moriríais a*

vuestra vez. Pero vigilad, hijo mío. Sí, guardaos bien».

Estas palabras creo que fueron sin duda una ilusión de mi quebrantado espíritu, pero, sin embargo, cuando el rey Enrique se presentó ante nosotros, creí observar en su rostro el mismo espanto que en el del médico. El rey no pudo hablarnos, pero nos hizo seña de que entráramos.

Marillac ahogó un sollozo, y dos lágrimas que no trató de contener se deslizaron por sus mejillas.

—Entramos —prosiguió— y yo apenas podía sostenerme. Cuando vi aquella generosa reina, aquella guerrera que había asombrado a nuestros generales, aquella mujer elocuente cuyas palabras habían reanimado tantas veces los ánimos, cuando las derrotas sucesivas habían hecho perder toda esperanza; cuando vi aquella madre admirable que abandonara la vida apacible de su palacio para lanzarse a la vida de los campos de batalla, que había vendido hasta su último diamante para pagar los soldados de su hijo, cuando vi a la que me arrancó de la muerte, me cuidó en mi infancia y me consoló en los dolores de mi juventud; sí, cuando la vi lívida, con su noble rostro conservando la serenidad en la hora postrera, me pareció que me iba a morir yo mismo y me quedé atónito y mudo. Entonces dijo al príncipe de Condé:

«No lloréis, mi querido hijo. Tal vez yo soy más feliz que todos».

La rodeábamos tratando de contener nuestros sollozos. Su mirada recorrió aquella reunión de hombres de armas inclinados sobre su lecho de muerte y aún recuerdo sus últimas palabras. Helas aquí, caballero:

«Señor almirante, en cuanto se haya celebrado el casamiento del rey, es preciso salir de París. Reunid todas nuestras fuerzas..., no porque desconfíe de mi primo Carlos, sino porque es preciso estar preparados a todo... Bajo las órdenes del rey, señor almirante, tenéis su mando supremo...».

«Enrique», —añadió dirigiéndose al príncipe de Condé—, «sois un hermano para mi hijo. Os bendigo, hijo mío. Permaneced siempre a su lado en el campo de batalla, en la ciudad y en la corte..., sobre todo en la corte... Señor Agrippa d'Aubigné, vos que tenéis la sabiduría y la ciencia de escribir, relataréis a las edades venideras lo que habéis visto...».

«Espero que vuestros consejos no faltarán al rey... Adiós, señores, a todos os amaba mucho... Tú, mi viejo d'Andelot; vos, capitán Briquemaut, y todos vosotros, valientes gentilhombres, prudentes en el consejo y atrevidos en la pelea; gracias a vosotros tendrán término las injusticias...».

«Los hugonotes tendrán derecho a vivir y a pensar... Tened confianza... Nuestra causa es grande... Es la causa de la humanidad... ¿Qué es la felicidad de la humanidad sin la libertad?... Adiós a todos...».

Al oír estas palabras, estallaron los sollozos. El joven príncipe de Condé estrechaba entre sus brazos al anciano Briquemaut; el rey estaba de rodillas; el señor de Rohan había salido no pudiendo moderar su dolor; el anciano Coligny, sombrío y con los brazos cruzados, dominaba aquella escena con su alta estatura, y lágrimas

silenciosas corrían a lo largo de sus mejillas...

—Creía que la reina había muerto, pero entonces me hizo seña de que me acercara. Vacilando, como si el suelo huyera bajo mis pies, obedecí y caí de rodillas al lado del rey, de modo que mi cabeza estaba cerca de la de la reina y así recogí su último suspiro.

Marillac se levantó y dio algunos pasos presa de una agitación que no explicaba completamente la tristeza de semejantes recuerdos, y fue a detenerse ante Pardaillán y continuó con sorda voz:

—Sí, caballero; yo recogí el último suspiro de la reina de Navarra, pero tal vez en aquel momento terrible sentí, además de mi dolor filial, el espanto que había sorprendido en el rostro del médico y del rey. En efecto, en cuanto estuve cerca de ella, volvió hacia mí su rostro alterado por la agonía y murmuró claramente:

«Ten cuidado, hijo mío, ten cuidado... escucha... escucha... es necesario que sepas...».

—¿Qué quería decirme la reina? ¿Qué terrible secreto iba a salir de sus labios? Nunca lo sabré, caballero, porque en aquel mismo momento entró en la agonía. Hizo violentos esfuerzos para hablarme, pero ninguna otra palabra salió de su boca. Únicamente su mirada se fijó de pronto sobre la chimenea. Luego la agitó un ligero estremecimiento y por fin quedó muerta, con la mirada aun fija en aquel objeto que había buscado con los ojos.

Marillac se calló, con los ojos llenos de lágrimas.

—Mi querido conde —dijo Pardaillán—, perdonadme el haberos hecho recordar tan penosa escena, pero decidme: ¿Cuál fue el objeto que la reina miró al morir?

Marillac se dirigió a un armario, cuya llave llevaba colgada al cuello, y sacó un cofrecito de oro que puso sobre la mesa.

—Este cofrecillo, caballero, me lo dio una persona augusta. Yo lo había regalado a la reina de Navarra, que lo empleaba para guardar los guantes. Sin duda alguna la pobre reina, al morir, quiso indicarme que tomara el cofrecillo que estaba sobre la chimenea de su cuarto y que lo guardara en recuerdo de mis dos madres.

—De modo —dijo lentamente el caballero— que la reina Catalina os dio este cofrecillo.

—Sí, amigo mío —contestó Marillac estremeciéndose.

Los dos hombres se miraron y sin duda leyeron mutuamente el pensamiento que cruzaba sus cerebros, porque palidieron y desviaron los ojos.

Marillac estaba tembloroso y con las manos crispadas sobre el cofrecillo de oro. Y de pronto murmuró:

—Daría hasta la última gota de mi sangre por saber la verdad. ¡Oh, caballero! Esta verdad y esta sospecha que sentimos los dos, ¿no es cierto? No puede ser. Sería demasiado horrible que este cofrecillo fuera el instrumento de muerte con que Catalina, mi madre, haya dado muerte a Juana, madre mía también, y que yo, el hijo de las dos, haya llevado a una el veneno que le mandaba la otra.

—¡Conde, conde! —Exclamó el caballero—. Tenéis razón, sería demasiado horrible, pero, no obstante, quiero repetiros el supremo consejo de la reina de Navarra. ¡Tened cuidado! Ahora cerrad este cofrecillo y no lo toquéis más.

—¡Ah! Preferiría la muerte que continuar abrigando estas sospechas. Es horrible. Catalina no puede haber concebido semejantes horrores. Catalina me ama, estoy seguro de ello, y sufre por no poder llamarme públicamente su hijo. ¡Es mi madre, es mi madre!

Hablando así, Marillac abrió el cofre en el cual había un par de guantes blancos: los mismos que Juana de Albret llevaba la noche de su muerte. Los cogió y cerrando los ojos les dio un largo beso.

Pardaillán, fuera de sí, le arrancó los guantes, los colocó en su sitio, y con espanto visible, guardó el misterioso cofrecillo de oro en el armario, cuya llave arrojó a un rincón de la estancia.

Reinó entonces largo silencio. La rápida acción de Pardaillán acababa de precisar en el espíritu de Marillac una sospecha que no osaba formular.

Y el pobre joven veía desarrollarse en su imaginación el drama que sin duda había tenido lugar.

Había llegado a París sabiendo que Catalina era su madre, odiándola por sus persecuciones y por haberlo abandonado, estaba resuelto a herir a aquella mujer por su crimen de madre infame y de reina ávida de sangre.

Vio por primera vez a Catalina y la duda penetró en su alma, cuando vio que le ofrecía un reino, cosa que sólo podría atribuirse a su arrepentimiento. Luego Marillac vio nuevamente a la reina tres o cuatro veces más y siempre llamado por ella.

Entonces la lástima reemplazó a la duda y luego el asombro de ver a Catalina tan poco semejante a los retratos que de ella hacían. Más tarde advirtió la emoción de aquella maternidad que quería revelarse sin atreverse a ello y sintió la alegría de amarla, y, por fin, acabó poniendo cariño en ella, al ver que le garantizaba el amor y la pureza de Alicia.

No obstante, la inexplicable muerte de Juana de Albret, sus misteriosas advertencias, la mirada de terror que fijara en el cofrecillo regalado por Catalina, hicieron sospechar al conde que ésta había asesinado a Juana de Albret. Pero no quería creer en ello, pues sobrepasaba los límites de lo criminal.

Y entonces, si daba como cierta su sospecha, debía llegar a la conclusión de que Catalina se burlaba de él al manifestarle maternal cariño y mentía también al garantizar la dignidad de Alicia, que, sin duda, era una de sus tenebrosas auxiliares.

He aquí los pensamientos que cruzaban el cerebro del desdichado, pero substrayéndose a tales meditaciones, se echó a reír, recogió la llave que el caballero arrojara al suelo, la introdujo tranquilamente en la cerradura del armario, y exclamó:

—¡Por Dios, amigo! Creo que estamos locos. Vos tenéis la culpa por haberme hecho evocar la muerte de Juana de Albret. Pero ahora que caigo en ello, la culpa de todo la tiene el traje negro. Pues, sí, caballero, me casaré con él puesto para llevar

luto por mi buena madre adoptiva. Hablemos de otra cosa, ¿queréis?

—Con mucho gusto, conde, pero antes permitidme que os haga una pregunta.

—Hablad, querido amigo.

—¿Decididamente os casáis mañana?

—Sí, a las doce de la noche en Saint-Germain-L'Auxerrois. Sois el único que lo sabe.

—¿Y deseáis que asista?

—Mi felicidad no sería completa si no estuvierais allí.

—Bueno. ¿Cómo entraré en la iglesia?

—Hallaos a las once ante la puertecita que da al claustro, pero id solo.

—Perfectamente, querido conde.

Y el caballero pensó:

«Iré en compañía de algunas buenas espadas que conozco, porque ¡lléveme el diablo si la dulce Catalina no trata de asesinar a su hijo!».

—Salgamos, ¿queréis? —Dijo Marillac—. Quisiera pasar el resto del día en vuestra compañía. Entraremos en alguna taberna a la orilla del Sena y vaciaremos una botella.

—No hay inconveniente, pues tengo ganas de ver lo que pasa en París. ¿Habéis observado, conde, que la población parece presa de extraña fiebre? Diríase que se prepara alguna tempestad, si no en el cielo, en la tierra.

—No, no lo he observado, amigo, ya sabéis que la felicidad es egoísta. Pero lo que sí he notado es que vos, habitualmente tan alegre, estáis triste.

—¿Triste? De ningún modo. Inquieto, tal vez.

Los dos amigos estaban en la calle, alumbrada por un hermoso sol, y como los calores fuertes habían pasado ya, veíase transitar a las gentes vestidas con el traje de las fiestas.

—¿Y cuál es el motivo de vuestra inquietud? —preguntó Marillac cogiendo el brazo del caballero.

—Pues que hace tres días ha desaparecido mi padre y temo que haya emprendido alguna aventura peligrosa.

—¿Cómo! ¿No tenéis noticias de él?

—¡Ninguna! El miércoles por la noche salió del hotel de Montmorency diciendo al suizo que si a la mañana siguiente no había vuelto, habría emprendido un viaje. ¿Cuál puede ser? ¿Y cómo habrá podido salir de París? Conozco a mi padre y su espíritu emprendedor y lo creo capaz de haber franqueado una de las puertas. ¿Pero adónde puede haber ido?

—Es hombre de rara prudencia y sin ninguna duda os inquietáis sin motivo.

—Ya lo sé y no estoy muy intranquilo. Por otra parte, si hubiera corrido algún peligro me habría avisado. Únicamente ocurre que mientras él trabaja por su lado, yo lo hago por el mío y su ausencia puede comprometer el éxito de mi plan.

—¿Cuál es? —preguntó Marillac.

—He logrado sobornar a un sargento que debe estar de guardia en la puerta de Saint Denis el martes próximo. Me ha prometido prohibirme débilmente el paso con tal que yo ataque con todo vigor. Además, se arreglará para que el puente levadizo esté tendido a mi llegada. Cuento con vos, amigo mío.

—Perfectamente: ¿a qué hora del martes?

—Hacia las siete de la tarde. Habrá un coche en el cual irán Luisa, su madre y el mariscal, a quien he logrado convencer para que no se muestre. Seremos una veintena de hombres.

—Bueno, yo traeré otros tantos.

—¡Ah! ¡Si mi padre estuviera también entre nosotros!

—El martes ya habrá vuelto, ¿pero qué hace toda esta gente?

—¡Caramba! —Dijo el caballero—. Ahora se arrodillan. Acerquémonos.

—¿No teméis que os descubran?

—¡Bah! ¿Quién?

—¡Aquí hay dos! —gritó en aquel momento una voz que impresionó al caballero.

Marillac y Pardaillán habíanse acercado durante su conversación a una multitud que rodeaba alguna cosa ante la puerta de un convento y que gritaba:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Los dos jóvenes continuaron avanzando hasta el momento en que se hallaron ante la puerta del convento y en medio de las gentes que entonaban cánticos, y otros, como presa de delirio, se abrazaban sin conocerse, haciendo la señal de la cruz y golpeándose el pecho. Luego todo el mundo se arrodilló, en tanto que Marillac y Pardaillán permanecían de pie.

Y como los milagros del caldero eran siempre una orden del Cielo para matar herejes, la multitud, al arrodillarse, profirió el grito que creía más agradable a todos los santos del paraíso.

—¡Mueran los hugonotes!

En aquel momento fue cuando la voz antes citada exclamó:

—¡Aquí hay dos!

Pardaillán reconoció enseguida a Maurevert, que lo señalaba con el dedo, a quince gentilhombres que parecían considerarlo su jefe. Obedeciendo a una señal, se precipitaron sobre el caballero espada en mano.

Ya la multitud furiosa y delirante rodeaba a los dos amigos, que no disponían de espacio ni para desenvainar sus espadas.

—¡Paso, paso! —vociferaban los gentilhombres tratando de llegar hasta sus víctimas.

Pero la multitud quería distinguirse matando ella misma a los dos hugonotes que daga en mano e inmóviles contenían a los más rabiosos que los rodeaban.

Los dos jóvenes cambiaron una mirada como diciéndose:

—Vamos a morir aquí, pero antes caerán algunos.

—¡Mueran! —vociferaba Maurevert.

Hubo como un torbellino en la multitud y centenares de puños se levantaron. Pero en aquel mismo instante, como si un gran soplo hubiera abatido a aquella multitud, la muchedumbre cayó de rodillas gritando:

—¡Milagro! ¡Aquí está el santo!

El santo era el hermano Lubin, que, abriendo la puerta del convento después de haber escapado de los monjes, aparecía con los brazos abiertos y la cara rubicunda.

Al divisar al caballero de Pardaillán, se dirigió a él con los ojos llenos de lágrimas. Recordaba los innumerables fondos de botella que Pardaillán le había regalado en «La Adivinadora».

—¡Querido caballero, querido amigo! —exclamaba el monje atravesando la multitud postrada.

Maurevert y sus acólitos lo siguieron en fila. Marillac y Pardaillán aprovecharon aquella tregua inesperada para envainar la daga y tomar en su lugar la espada.

Pardaillán no se preguntó por qué Maurevert se hallaba entre aquella masa de pueblo y con qué objeto iba escoltado por tantos gentilhombres, entre los cuales reconoció a algunos muy devotos de la reina Catalina.

—Atención —dijo a Marillac—. Aquí está la jauría. ¿Veis a vuestra izquierda esta depresión del muro?

—Sí —dijo Marillac conteniendo por la punta de su espada a uno de los asaltantes.

—Lleguemos allí de un salto. Así podremos resistir mejor. ¿Estáis pronto?

—Sí.

Los dos amigos saltaron juntos y se oyeron algunos alaridos de dolor, pues dos de los más atrevidos cayeron al suelo.

Marillac entonces, obedeciendo a la maniobra indicada, se precipitó hacia el hueco de la pared abriéndose paso a estocadas. La multitud se apartó ante su paso aullando de dolor y volvió a cerrarse tras él.

En cuanto Marillac hubo llegado a su sitio, observó que estaba solo; quiso lanzarse en socorro de Pardaillán, pero a su alrededor había una muralla humana infranqueable.

—¡Pardaillán! —gritó.

Y se arrojó de cabeza contra la multitud.

En aquel momento fue cogido por detrás, sujetado, sin poder hacer el menor movimiento y luego se vio levantado y arrastrado al interior del convento.

En cuanto al caballero, he aquí lo que había sucedido:

En el momento en que Lubin llegaba a su lado, uno de los gentilhombres que escoltaban a Maurevert le dirigió un golpe con la punta de su espada. El caballero entonces se tiró a fondo y de una estocada recta atravesó el hombro de su adversario. En el instante en que se erguía de nuevo e iba a ampararse en el hueco de la pared que

designara a Marillac, el monje se le acercó y lo estrechó entre sus brazos murmurando:

—¿Sois vos? ¡Ah, cuán feliz soy! Venid a beber.

De una sacudida violenta, Pardaillán se desembarazó del monje, que rodó por el suelo gritando:

—¡Ingrato!

En aquel momento cien brazos golpearon al caballero; le rompieron la espada y en un momento sus vestidos fueron destrozados. Quiso desenvainar la daga, pero Maurevert se la quitó.

Entonces se vio un espectáculo inaudito.

El caballero, desarmado, lleno de sangre, tenía encima una masa humana que se esforzaba por aplastarlo.

El joven la levantaba, la sacudía, la dispersaba con la irresistible fuerza de sus hombros. Pero la multitud volvía a la carga; el caballero daba vueltas, se levantaba, mordía, manejaba sus dos puños como otros tantos arietes; los hombres llenos de sangre caían a su alrededor y la multitud prorrumpía en alaridos, mientras el grupo frenético que lo atacaba luchaba en feroz silencio.

Pardaillán, con el rostro lleno de sangre, sacudía a sus enemigos, como un jabalí a la jauría. Una neblina flotaba ante sus ojos y jadeante no pensaba en otra cosa que llegar hasta Maurevert que, a diez pasos de distancia, daba las órdenes oportunas, y cogerlo para estrangularlo antes de morir.

De pronto se oyó un clamor más terrible. El caballero había caído, y ya no podía levantarse porque a cada una de sus extremidades estaban cogidos tres o cuatro hombres.

—¡Cuerdas! —gritó entonces Maurevert.

Algunos instantes más tarde, Pardaillán, sólidamente atado, fue internado en el convento, mientras, en la calle, una docena de heridos se restañaban la sangre.

La multitud cogió entonces a Lubin, lo levantó transportada por el delirio de los milagros y lo llevó en triunfo aclamándolo. Era el santo que había detenido al hereje. Era el santo que, al abrazarlo, lo privó de su fuerza.

El rumor de tales prodigios se propagó rápidamente, y toda la tarde, hasta una hora avanzada de la noche, las gentes fueron a arrodillarse ante el convento, pidiendo la bendición del santo hombre que había vengado a Dios por el sacrificio de ser hervido. De hora en hora, Lubin se mostraba y bendecía al pueblo.

LA CAMARA DEL TORMENTO

XIII - En libertad

AL FINAL DEL EPISODIO ANTERIOR dejamos a Pardaillán y al conde Marillac cogidos por sus enemigos, gracias, según creía el populacho, al santo Lubin que, al abrazar al caballero, lo había privado de su fuerza.

Ambos jóvenes, según, sabemos, fueron introducidos en el convento, pero se les separó enseguida de manera que no pudieron comunicarse.

Poco después, y cuando ya se había restablecido la tranquilidad, Maurevert entró en el convento y celebró una larga conferencia con el padre prior.

A consecuencia de ella se hizo conducir a la celda en que había sido encerrado Marillac. Llevaba bajo el brazo la espada del conde.

—Caballero —dijo al entrar—, sois libre. He aquí vuestra espada.

Marillac no manifestó ni alegría ni sorpresa. Cogió tranquilamente el arma que se le presentaba y la envainó.

—Señor de Maurevert —dijo—, espero que volveremos a encontrarnos en condiciones más favorables..., es decir, cuando no hayáis tomado la precaución de rodearos de veinte espadachines para atacar a dos hombres.

—Señor conde, nos encontraremos cuando os plazca —contestó Maurevert.

—¿Os parece bien pasado mañana por la mañana?

—No hay inconveniente, pero permitidme que os diga, señor conde, que no comprendo por qué me buscáis querrela después de haberos salvado la vida.

—¿Vos me habéis salvado la vida? —dijo Marillac con un desdén que hizo palidecer a Maurevert.

Pero éste se contuvo y repuso:

—Aun cuando no lo creáis, ello es verdad. He llegado ante el convento en el mismo instante en que la multitud, furiosa no sé por qué, iba a echarse sobre vos. Con ayuda de mis amigos os he cogido y os he transportado aquí. De lo contrario habríais muerto, señor conde.

Marillac había escuchado estas explicaciones con atención profunda.

—Caballero —dijo—, si es así, he de manifestaros mi sorpresa, porque no figuro en el número de vuestros amigos.

—¿Acaso tenía yo necesidad de que fuerais amigo mío para libraros de aquellos locos furiosos? ¿Qué caballero no hubiera hecho lo mismo en mi lugar? Además, he de manifestaros que tenía un secreto motivo para ayudaros, aun cuando mi socorro, para mayor seguridad, os haya podido parecer un ataque.

—¿Cuál es esta razón, caballero?

—El deseo de ser agradable a la reina madre —dijo Maurevert inclinándose con respeto.

Marillac palideció y Maurevert añadió:

—Si yo no soy amigo vuestro, señor conde, y si durante la última fiesta del Louvre nos hemos mirado con cierta antipatía, tengo, en cambio, el honor de formar parte de los amigos de la reina. ¿Y sabéis lo que Su Majestad dijo recientemente a mí y a otros caballeros que le son fieles? Dijo que os consideraba un perfecto caballero, que sentía por vos verdadero afecto y que rogaba a todos sus amigos protegeros en cualquier peligro que pudiera sobrevenir. Ya veis, pues, caballero, que, acudiendo a vuestro auxilio, no he hecho más que obedecer a mi reina, por la que estoy pronto a perder la vida.

—¿La reina dijo eso? —exclamó con alterada voz.

—Éstas son sus augustas palabras, que tengo el honor de repetiros, señor conde. Por esta razón, aun aceptando la cita que me hacéis el honor de darme, os ruego que me consideréis a vuestro servicio.

Maurevert, después de haberse inclinado, dio un paso para retirarse.

—Esperad, caballero —dijo Marillac con temblorosa voz a pesar de sus esfuerzos—. Caballero, las palabras que atribuíis a Su Majestad tienen para mí importancia de vida o muerte. ¿Me juráis que la reina se expresó así al hablar de mí?

—¡Os lo juro! —dijo Maurevert con evidente sinceridad—. Debo añadir que si las palabras de la reina eran afectuosas, el tono lo era más aún. Para nadie es un secreto, señor conde, que gozáis del favor de Su Majestad, la cual os destina un alto mando en el ejército que el señor almirante debe conducir a los Países Bajos.

«¿Me habré engañado?», —se dijo el conde—. «¿Será verdad que me quiere?».

—Señor de Maurevert, siento haberos recibido mal.

—Todo el mundo se hubiera engañado con mi conducta —dijo Maurevert sonriendo.

—Adiós, pues, y muchas gracias. Tener la bondad de decirme dónde está el señor de Pardaillán para marcharnos juntos.

—¿El señor de Pardaillán?

—Sí, ¿por qué os asombráis?

—Señor conde, os repito que estáis libre, pero en cuanto al señor de Pardaillán es otra cosa, pues es un rebelde acusado de lesa majestad y mi deber es prenderlo.

—¿Lo prenderéis?

—Ya está hecho.

—¿Con qué derecho? ¿Sois oficial de la guardia?

—No, señor. He recibido orden de apoderarme de la persona del señor Pardaillán y precisamente estaba buscándolo cuando tuve el honor de encontraros.

—¿Una orden? ¿De quién?

—De la reina madre.

Dichas estas palabras, Maurevert saludó de nuevo al conde y salió dejando la

puerta abierta. Marillac se quedó un momento aturdido, pero golpeándose la frente murmuró:

—Esta vez voy a convencerme de si realmente la reina me quiere, porque le voy a pedir la vida y la libertad de un hombre que la ha ofendido cruelmente.

Salió entonces de la celda y en el corredor se halló en presencia de un monje que lo saludó y le dijo:

—Señor conde, estoy encargado de haceros salir del convento por una puerta excusada.

—¿Por qué no por la puerta principal?

—Escuchad, señor —dijo el monje sonriendo.

Marillac prestó atención y a lo lejos, procediendo de la calle, oyó un clamor furioso.

—Es la voz del pueblo que reclama su víctima —dijo el monje—, y la víctima sois vos. Venid, señor.

Marillac, sin hacer más observaciones, siguió al monje, que lo condujo hacia una puertecilla que daba a una callejuela solitaria.

Entonces el conde se dirigió al Louvre.

XIV - El Temple

POR DE PRISA QUE MARILLAC se hubiera dirigido al Louvre, Maurevert llegó antes que él, pues éste iba impulsado por el odio, en tanto que Marillac lo estaba por la amistad, y las alas del primer sentimiento son más rápidas que las del segundo.

Por lo visto, Maurevert era esperado con impaciencia en las habitaciones de la reina madre, porque apenas el capitán de guardias, Nancey, lo divisó, cuando le hizo la seña de seguirlo y conduciéndolo por un corredor privado, lo introdujo en una antecámara en donde se hallaba la camarera florentina Paola, que, a su vez, lo introdujo en el oratorio que ya conocen nuestros lectores.

Catalina de Médicis estaba allí escribiendo febrilmente; ante ella había un montón de cartas ya terminadas y acababa de empezar otra. La reina escribía siempre sus cartas personalmente, pues, fuese por desconfianza excesiva o por necesidad de emplear su incesante actividad, nunca tuvo secretarios.

A la entrada de Maurevert, levantó la cabeza e hizo seña para ordenarle que esperara y acabó la frase empezada.

Maurevert tenía muy buena vista y trató de leer las señas de todas las cartas ya selladas que la reina tenía desparramadas encima de la mesa y pudo observar que casi todas ellas iban dirigidas a los gobernadores de las provincias^[4].

En aquel momento Catalina levantó rápidamente la cabeza y sorprendió la mirada de Maurevert.

—¿Tratáis de saber a quién escribo? —preguntó.

—Señora... —balbuceó Maurevert.

—Me gustan las gentes curiosas —dijo Catalina con aquel aire bondadoso que a veces empleaba— porque la curiosidad es un indicio de inteligencia. Quiero satisfacer la vuestra. Id a esa ventana.

—Aseguro a Vuestra Majestad...

—Obedeced.

Maurevert fue a la ventana temblando y temiendo alguna sorpresa, pero se tranquilizó pensando:

«¡Bah! ¡Tiene necesidad de mi!».

—¿Qué veis en el patio? —preguntó Catalina.

—Una treintena de correos de Su Majestad a caballo y dispuestos a partir.

—Perfectamente, quedaos donde estáis —dijo la reina, golpeando al mismo tiempo un timbre con un martillo de plata.

Entró un hombre que, sin duda, ya tenía instrucciones, y cogiendo todas las cartas selladas, salió sin decir palabra.

Dos minutos más tarde, Maurevert vio aparecer el mismo hombre en el patio. Entregó una carta a uno de los correos y éste partió enseguida al galope. Luego pasó al segundo, que partió a su vez. Después al tercero, y al cabo de cinco minutos todos

los correos se habían marchado.

—La primera vez que veáis a vuestro amigo el duque de Guisa —dijo tranquilamente Catalina; decidle que habéis visto partir a mis correos portadores de despachos para cada uno de nuestros gobernadores. Añadiréis que todos esos despachos dan a nuestros gobernadores la orden de reunir sus tropas y marchar sobre París para detener a los insensatos que no temen conspirar contra el rey. Dentro de algunos días, señor de Maurevert, llegarán a París sesenta mil hombres para proteger al soberano o para libertarlo en caso de que ciertos proyectos hubieran tenido éxito. En cuanto a vos... Veamos..., ¿qué voy a hacer de vos?

Maurevert sintió un estremecimiento de terror que le recorría el cuerpo como si ya el verdugo levantara el hacha sobre su cuello.

—¡Estoy perdido! —murmuró.

Sus piernas vacilaron, cayó de rodillas y su cabeza se inclinó hasta tocar el suelo.

Catalina lo miró un instante con sombría expresión de duda, de desprecio y de triunfo. Por otra parte, había mentido, pues sus cartas no contenían otra orden que la de detener todo correo que no fuera provisto de un salvoconducto, a los fugitivos procedentes de París y a los hugonotes^[3].

—Levantaos, caballero dijo la reina.

Maurevert obedeció. Estaba lívido y trataba en vano de coordinar sus ideas.

—Si sois franco —prosiguió Catalina— os concederé la vida.

Un suspiro de alegría hinchó el pecho de Maurevert. La reina no lo hacía prender y discutía con él, lo que probaba que necesitaba de sus servicios y, por lo tanto, estaba salvado.

—¿En qué estado se halla la conspiración del señor de Guisa? —dijo fríamente Catalina.

—Señora —contestó por fin Maurevert haciendo un gran esfuerzo para tranquilizar su voz—. Os juro por Dios que no he conspirado.

—¿Y quién os dice que conspiráis? —dijo la reina con acento de desprecio—. Vamos, señor de Maurevert, para conspirar es necesario ser alguien. Pero, en cambio, creo que habréis escuchado a vuestro alrededor. ¿Qué sabéis?

—Pues bien, señora, se espera que Su Majestad el rey no querrá tomar contra los herejes las medidas necesarias.

—¿Y entonces?

—Entonces, señora, como París está muy agitado, el duque se aprovechará para hacerse designar por la nobleza, por los burgueses y por el pueblo, capitán general de los católicos.

—¿Y entonces?

—No sé nada más, señora —dijo Maurevert con admirable expresión de asombro y sinceridad.

—Mentís, señor de Maurevert.

—Señora, en el potro de la tortura no podría decir nada más. Nada, aparte de lo

que os he dicho... No obstante, creo...; pero no es más que una suposición.

—No importa, ¡hablad!

—Pienso que, una vez dueño de París y capitán general de las fuerzas católicas, se aprovecharía tal vez, si las circunstancias fueran favorables, para llevar a Su Majestad el rey...

«¿Acaso no sabrá nada más?», —pensó la reina.

Maurevert se había serenado y a la sazón su semblante era impenetrable.

—Caballero —dijo de pronto la reina—, habéis prestado más de un servicio y sin duda prestaréis otros todavía.

—Mi vida pertenece a Vuestra Majestad.

—Os perdono —dijo Catalina—. En cuanto al duque de Guisa, si quiere ser capitán general, lo será. Me gusta ver su buen celo en favor de la religión, pues llega hasta a conspirar para imponer al rey su voluntad. Pienso como él y para ayudarlo a convencer al rey, hago venir a París un ejército completo. Entonces veremos. Guisa y yo nos entenderemos. En cuanto a vos... y lo miró fijamente.

Maurevert sostuvo el examen, comprendiendo que si daba indicios de temor, iba a ser preso y llevado a la tortura.

—... En cuanto a vos —continuó Catalina, trazando algunas palabras en un pergamino—, he aquí lo que puedo hacer por vos.

Maurevert trataba de leerlo desde lejos.

«¿Será la orden de enviarme a Bastilla?», —pensó.

La reina le tendió el papel: era un bono de cincuenta mil libras sobre el tesoro de la reina madre.

Un estremecimiento de alegría recorrió el cuerpo de Maurevert, que se inclinó con respeto, pero sin exageración.

«Decididamente no sabe nada», —pensó Catalina, que lo había observado con detención.

—... Se acerca la hora —continuó— y, por lo tanto, será necesario que os apostéis en compañía de vuestro amigo en casa del canónigo Villemur.

—Pero, señora —dijo Maurevert— mi amigo está ya pagado y las cincuenta mil libras que Vuestra Majestad quiere otorgarme...

—Son para indemnizaros de una sospecha injusta —dijo Catalina con encantadora sonrisa— y también en pago de las noticias que me habéis dado. Y ¿qué me contáis del milagro?

—El milagro se ha hecho, señora —dijo Maurevert recobrando su aplomo—. El pueblo grita entusiasmado alrededor del convento; el monje Lubin es llevado en triunfo, el agua del caldero se ha convertido en sangre y de ello podrían dar fe más de veinte mil personas.

—Admirable.

—Señora, he de ser justo. Quien lo ha hecho posible es el padre prior y un fraile llamado Teobaldo.

—¿De modo que el pueblo está convencido del milagro?

—Sí, señora; y todos saben además que los milagros del caldero sagrado son siempre presagios de alguna matanza de herejes. Así, he comenzado por apoderarme de dos que pasaron a mi alcance, pero he devuelto la libertad a uno.

Una expresión de inquietud y sorpresa se pintó en el semblante de la reina.

—El hombre que he soltado es un hugonote de importancia, pero he creído observar que Vuestra Majestad lo tenía en cierta estima. Es el conde de Marillac...

La reina sonrió con indiferencia, pero Maurevert se hubiera estremecido de espanto de haber oído el rugido de rabia que interiormente profirió aquella madre. Sin la menor emoción dijo:

—Habéis hecho bien en salvar al señor de Marillac. ¿Y el otro quién era?

—El otro, señora... Dígnese Vuestra Majestad permitirme que le recuerde una promesa que me hizo.

—¿Cuál? —exclamó la reina asombrada.

—Señora, llevo en la cara una cicatriz imborrable y en tanto que no me haya vengado...

—¿Es el latigazo? —dijo la reina.

—Sí, señora —contestó Maurevert rechinando los dientes—, parece, en efecto, un latigazo. Pues bien, señora, el hombre que prendí ante el convento es el autor.

—¿El caballero de Pardaillán?

—Sí, Majestad.

«Decididamente», —pensó Catalina— «este Maurevert es un hombre admirable».

—Señora —continuó el espadachín—, me atrevo a recordaros que me disteis este hombre para hacer de él lo que mejor me pareciera.

—¿Dónde está? —preguntó Catalina.

—Encerrado en una celda del convento.

—¿Y adónde queréis llevarlo?

—A la Bastilla, si Vuestra Majestad me da la orden.

Catalina pareció reflexionar algunos instantes y Maurevert no pudo saber si la aprehensión le causaba alegría.

—¿Y qué queréis hacer de esos dos hombres? —continuó la reina.

—¿Dos hombres? —exclamó Maurevert asombrado.

—Sí, él y el otro, su padre, que fue cogido en casa del mariscal de Damville, según éste me avisó. Está en el Temple. El señor mariscal, por razones que ignoro, me ha pedido la orden para torturar a ese aventurero y quiere presenciar el tormento. Todo eso es muy grave y confieso que me sorprende mucho la actitud del duque de Damville, pues, realmente, no le corresponde inmiscuirse en semejante tarea. ¿Acaso Pardaillán conoce secretos importantes?

—Si Vuestra Majestad me da la orden, yo me comprometo a arrancárselos.

—Ya comprenderéis que no tengo ningún motivo de odio contra ese Pardaillán

por quien manifestáis tanta enemistad.

—Ese caballero insultó a Vuestra Majestad en pleno Louvre.

—No creo que ésa fuera su intención. Por otra parte, ese joven hizo un gran servicio al rey salvando en cierta ocasión a nuestra prima de Albret, a la que libró de un gran peligro. ¡Pobre reina de Navarra! Eso no la impidió morir y ha sido una desgracia, porque ¡hubiera sido tan fácil entenderse con ella! No puede decirse lo mismo del señor de Coligny, que es verdaderamente intratable. ¡A qué situación nos vemos reducidos!

La reina continuó entonces, dando un suspiro:

—Os he dado esos dos hombres y no me desdigo. ¿No sería mejor encerrarlos juntos? Como el viejo está en el Temple, allí mandaremos también al joven.

Al mismo tiempo firmó una orden de arresto.

—¡Oh, señora! Tanto da el Temple como la Bastilla, mientras se hallen en mi poder..., sobre todo el caballero.

—¿Y estáis dispuesto a encargáros de aplicarles el tormento?

—Sí, señora. Eso bastará para mi venganza —dijo Maurevert con expresión de odio.

—Tomadlos, pues —dijo la reina tendiéndole la orden de arresto.

Maurevert la cogió con alegría e, inclinándose, dijo con temblorosa voz:

—¿Vuestra Majestad me permite retirarme?

—Un momento, Maurevert. ¿Cuándo pensáis aplicar el tormento a vuestros enemigos?

—Inmediatamente, señora. Una vez haya trasladado el prisionero al Temple y avisado al verdugo.

—El cual sólo querrá ejercer sus funciones ante los jueces correspondientes.

—Es verdad —dijo Maurevert con desencanto.

—A menos que no tenga una orden terminante —continuó la reina.

Y escribió rápidamente algunas palabras en un papel que tendió a Maurevert. Era una orden para aplicar el tormento ordinario y extraordinario a los dos Pardaillán, en la prisión del Temple, el sábado 23 de agosto, a las diez de la mañana.

—¿Tanto será preciso esperar? —preguntó Maurevert.

—Querido señor, yo he tenido más paciencia que vos. Total faltan cinco días.

—Es verdad. Perdonadme, señora.

—¡Ah! Otra cosa. No quiero que presencien el tormento más que el jefe de los verdugos y vos.

—Tranquilícese Vuestra Majestad.

—Y me daréis fiel cuenta de las confesiones de esos dos hombres.

—Os lo juro, señora.

—Muy bien. Ahora sabed una cosa, caballero. Os doy la vida de esos dos hombres contra la del almirante Coligny, que vuestro amigo me prometió. Por lo tanto, de aquí al sábado...

—Desde mañana por la mañana, señora, mi amigo se apostará en el claustro de Saint-Germain-L'Auxerrois.

Maurevert se retiró con la cabeza ardorosa, la garganta seca y la alegría en el corazón.

«*Esto marcha*», —murmuró entonces Catalina de Médicis—. «*Señor almirante, rezad un padrenuestro y un avemaría, si todavía sabéis rezar. En cuanto a esos dos espadachines, yo sabré que secreto quería arrancarles Damville. Precisamente al lado de la cámara de las torturas del Temple hay un gabinete oscuro en donde podré ocultarme para verlo y oírlo todo*».

En aquel momento entró Paola, la camarera florentina, y dijo:

—Señora, el señor conde de Marillac está hablando en la antecámara con el señor de Nancey.

—¿Y qué quiere ese querido conde?

—Creo que ruega al capitán solicitar inmediatamente una audiencia de Vuestra Majestad.

—Pues bien, introdúcelo enseguida.

—Buenos días, querido conde —exclamó Catalina al verlo entrar—. Me han dicho que queríais hablar conmigo y, ya lo veis, dejo para más tarde los asuntos de Estado, por el placer de recibirlos inmediatamente:

La reina apartó con la mano las cartas que se hallaban ante ella, y luego hizo una seña a Marillac para que se acercara, cosa que éste hizo tembloroso y dando muestras de gran emoción.

—Veamos —dijo la reina—, ¿qué me queréis? ¿Está todo preparado para la ceremonia de mañana por la noche? Nada temáis, amigo, porque me interesa mucho vuestra felicidad.

Marillac hincó la rodilla, y dijo:

—Señora, me colmáis con tanta benevolencia que sería un ingrato si dudara... No, señora, no se trata de mí. He venido a pedir gracia.

—¿Gracia? —dijo la reina asombrada—, mejor dicho, justicia. Uno de mis amigos acaba de ser preso, y al decir amigo me quedo corto, pues mejor debiera llamarlo hermano. Es el hidalgo más fiel y noble que he conocido; tiene brillante inteligencia, corazón tierno y valor indomable.

—Basta que le tengáis tanto cariño, querido conde; para que yo le desee todo el bien que para vos quisiera. ¿Cómo se llama?

—¡Ay; señora! Tuvo la desgracia de disgustar a Vuestra Majestad en dos ocasiones distintas. La primera en una entrevista que celebró con vos en la casa del Puente de Madera, en la misma que tuve la dicha de conoceros. Y la segunda vez, en el Louvre, en el gabinete de Su Majestad el rey.

—Conde —dijo Catalina con voz melancólica. ¡Hay tantas gentes que me han disgustado y trato de olvidarlas!

Marillac contestó entonces:

—Es el caballero de Pardaillán.

Catalina pareció rebuscar en su memoria y luego exclamó:

—¡Ah, sí! Ya había olvidado completamente a ese joven. Ahora recuerdo que le propuse entrar a mi servicio. ¿Decís que ha sido detenido?

—Sí, señora, y os ruego que le devolváis la libertad. Respondo de que el caballero no ha intentado nada ni contra vos ni contra Su Majestad el rey. Si mi ruego fuera insuficiente, creo que el mismo rey de Navarra no vacilaría en intervenir en favor de mi noble amigo, más espero, señora, que mi petición bastará.

—Tenéis razón, querido conde. Una de vuestras palabras vale para mi tanto o más que las del rey de Navarra.

Estas palabras produjeron excelente impresión en el ánimo de Marillac.

—¡Nancey! —llamó la reina golpeando el timbre con su martillo.

Inmediatamente compareció el capitán de guardias.

—Nancey —dijo la reina—, ¿estáis enterado del arresto del caballero de Pardaillán?

—Sí, señora, es el mismo que se escapó de la Bastilla.

—¿Quién ha dado la orden? —dijo Catalina frunciendo el entrecejo.

—Su Majestad el rey. Creo que ese joven está acusado de rebelión. Por lo menos se sabe que ha resistido dos veces a los soldados del rey.

—¡Ah, señora! —exclamó Marillac—. Voy a deciros en qué circunstancias.

—¡Chitón! —dijo la reina—. Está bien. Nancey, podéis retiraros.

El capitán obedeció.

—Mi querido hijo —dijo entonces Catalina—, voy a daros una prueba de benevolencia que solamente podrían esperar de mí mis hijos Enrique y Francisco. Quedaos aquí hasta mi regreso.

Marillac se inclinó profundamente y muy turbado, pues sentía afirmarse el convencimiento de que la reina tenía por él el verdadero afecto de madre.

La reina, al ordenarle que se quedara, le daba grandísima prueba de confianza ilimitada, pues, en efecto, lo dejaba solo cuando ante él se hallaban las cartas escritas por ella, que sin duda, eran secretos de Estado. No obstante, el joven no hizo la menor tentativa para leer cualquiera de ellas.

Catalina estuvo ausente durante media hora, durante la cual no perdió de vista un solo instante al conde de Marillac. Un solo punto permanecía oscuro en el espíritu del conde. Maurevert había dicho que el caballero de Pardaillán fue detenido por orden de la reina madre, la cual, a juzgar por lo que dijo momentos antes, parecía haber olvidado hasta el nombre del caballero. En cambio, Nancey afirmaba que la orden de arresto había sido dada por el rey. Era una pequeña contradicción que ninguna importancia tenía al lado de las buenas disposiciones de Catalina.

De pronto ésta entró radiante de alegría.

—¡Victoria! —exclamó—. He conseguido lo que quería.

—¡Ah, señora! —murmuró Marillac muy emocionado—. ¿Cuándo necesitaréis mi vida? ¿De modo que mi amigo, el caballero de Pardaillán, está... libre?

—Tengo la palabra del rey. Confieso que me ha costado bastante, pues, según parece, vuestro amigo conspira con el señor mariscal de Montmorency.

—¿Él? ¡Ah, señora! Ya que se presenta ocasión favorable, permitidme que os diga que el mariscal...

—¡Silencio, conde! No me interesa, y, además, si el señor de Pardaillán tiene algo que decir del mariscal, ya lo dirá él mismo.

—Sois una gran reina —dijo Marillac con tal expresión de ternura que hubiera desarmado a la reina Catalina, si en ella tuvieran eco los sentimientos humanos...

—¡Ay, no! —dijo encogiéndose de hombros—. Soy sencillamente una pobre mujer que ha sufrido, y el dolor, querido conde, es la escuela de la indulgencia.

No quiero saber si vuestro amigo conspira o no. Sólo tengo en cuenta que es vuestro amigo, y, por lo tanto, también mío. Decidle que si ha de pedirme algo para él o para el mariscal, lo recibiré pasado mañana a las diez, en cuanto el rey lo haya interrogado.

—¿Su majestad desea interrogar al caballero?

—Sí, he podido lograr que se prescindiera del procedimiento ordinario. En vez de ser interrogado por un juez, lo será por el mismo rey, y si sus respuestas son satisfactorias, si explica por qué estaba encerrado en el hotel de Montmorency, se le perdonará el resto; es decir, el asunto del Louvre, de la taberna incendiada y de la batalla de la calle de Montmartre.

—¡Oh, señora! —exclamó Marillac radiante de alegría—. La explicación es en extremo sencilla. Pardaillán y el mariscal no quieren más que salir de París, pues... hay en todo ello un asunto amoroso.

—Pues bien, mi querido conde. Id pasado mañana a las habitaciones del rey, sobre las nueve, llevando a vuestro amigo. Pero decidle que quisiera verlo.

—Señora, no saldrá del Louvre sin haberos dado testimonio de su fidelidad y reconocimiento. En cuanto a mí, mi vida os pertenece.

—Adiós, conde —dijo la reina—. Hasta mañana por la noche en Saint-Germain-L'Auxerrois y pasado mañana en el Louvre.

Marillac salió lleno de alegría y a pie se dirigió al convento. Cuando llegaba, un caballero salió y montando a caballo desapareció en dirección del Louvre.

El conde solicitó ver al abad o por lo menos al prior, y al cabo de algunos momentos, éste lo recibió en el locutorio.

—Caballero —dijo, y este tratamiento hizo hacer una mueca al reverendo prior—, ¿hay inconveniente en saber si el señor caballero de Pardaillán se halla todavía en el convento?

—Ningún inconveniente. Este joven está todavía aquí. Debía haber sido llevado a la Bastilla, pero acabo de recibir una orden del Louvre diciendo que lo aloje hasta el martes por la mañana en la mejor habitación del convento. Le he cedido la mía, que

es todo lo que puedo hacer.

—¿Y qué sucederá el martes por la mañana? —preguntó Marillac.

—Tengo orden de ponerlo en libertad diciéndole que el rey quiere recibirlo al levantarse de la cama y que una augusta persona confía en su honor de hidalgo para...

—Irás, yo os respondo —dijo Marillac alegremente—. Pero decidme, caballero, ¿no podría ver a mi amigo en este instante?

El prior reflexionó y dijo:

—Caballero, por mi parte no tengo el menor inconveniente, pero ninguna instrucción he recibido sobre el particular. Poneos en mi lugar. Los dos habéis sido presos y vos estáis ya libre. Vuestro compañero lo estará el martes por la mañana. Hay en todo ello algo que yo no sé y que me hace pensar en que tal vez han querido separaros. Por esta razón...

—Sí, sí —dijo Marillac sonriendo—, no insisto.

Pero ruego que digáis al caballero que el martes por la mañana vendré a recogerlo para ir juntos al Louvre...

—Lo haré con mucho placer. Dentro de cinco minutos se lo habré comunicado.

El conde se retiró sumamente satisfecho. No obstante, sentía pesar sobre él extraña angustia.

«Es la alegría» —se dijo—. «*Recapitulemos sobre mi dicha. Mañana por la mañana se casa el rey en Nuestra Señora. Bueno. Inmediatamente pido permiso hasta que se empiece la campaña. Mañana por la noche, a las doce, mi madre, sí mi verdadera madre, conducirá a mi Alicia al altar y un sacerdote me unirá por fin a mi adorada. ¿Un sacerdote? ¡Bah! Ya puedo prescindir de ese escrúpulo en obsequio a mi madre. Y, además, tengo el ejemplo del rey. Bueno. Pasado mañana por la mañana, voy a buscar a Pardaillán y lo llevo al Louvre y de paso obtengo para el mariscal y su familia una autorización para salir de París. Entonces nos vamos todos. ¡Ah, madre mía! ¿Quién me hubiera dicho hace pocos meses que me haríais tan feliz?».*

A la sazón era ya de noche y algunos grupos silenciosos atravesaban las calles. En las oscuras profundidades de París, oíanse rumores desusados.

«*Los parisienses se preparan para las grandes fiestas que tendrán lugar mañana*» —pensó Marillac.

El prior había mentido al decir que el caballero estaba aún en el convento. Hacía ya más de una hora que había llegado una escolta de caballeros mandada por Maurevert, y el caballero, después de bien atado, fue trasladado al Temple en un carruaje cerrado que rodeaban los jinetes que formaban la escolta.

El vasto edificio conservaba aún en aquella época el nombre que había recibido antaño, cuando lo habitaban los monjes guerreros llamados templarios.

Se llamaba Ciudad Nueva del Temple, como si hubiera sido una ciudad dentro de

otra.

Hacía más de dos siglos que los templarios habían sido exterminados, Y andaban dispersos los caballeros de Malta que los habían sucedido.

La mayor parte de los cuerpos del edificio estaban arruinados, y en buen estado no quedaba más que la vieja torre en que, doscientos veinte años más tarde, Luis XVI debía de ser encerrado antes de subir al patíbulo.

En 1572, la torre del Temple servía ya de prisión, y Francisco I la empleó para este propósito, pero tenía otro destino, y esto es muy importante explicar para la buena comprensión de nuestro relato.

Habíase convertido en tesorería. Catalina había depositado allí su fortuna particular, que, más tarde, hizo transportar al nuevo palacio que mandó construir, pero el tesoro real de la corona se quedó allí.

Tal ejemplo fue seguido por algunos reyes que establecieron complicados escondites, a consecuencia de lo cual, aquellas mazmorras que tantos prisioneros habían albergado, se vieron trocadas en cavernas llenas de oro, y plata.

Así, pues, la torre del Temple era prisión y tesorería en la época que estamos describiendo.

Alrededor de aquella alta construcción cuadrada, en cada uno de cuyos ángulos se alzaba una torrecilla coronada por un tejado cónico, reinaba una atmósfera de terror. En cuanto a los prisioneros que encerraba, eran, por regla general, prisioneros de Estado, gentes que habían sorprendido algún secreto, nobles que tal vez miraran altivamente al rey y en fin, personas peligrosas. El Temple tenía su gobernador y su guarnición mandada por un capitán, su cámara de tortura, celdas convenientemente dispuestas, calabozos subterráneos, mazmorras y todos los detalles que constituían una buena prisión como las de la Bastilla, del Châtelet, de Nuestra Señora, del Louvre, etc.

El gobernador se llamaba Marcos de Montluc; era hijo de Blas de Montluc, que, en Guiena, hizo tal matanza de hugonotes, que mereció el calificativo de carnicero del rey. En cuanto a Marcos de Montluc digno hijo de tal padre, tenía alma de carcelero. Era un hombre de treinta y cinco años, de cabellos rojos, cuello de toro, rostro ajado por los vicios y mirada cruel; en una palabra, una magnífica fiera que sólo se apaciguaba ante una botella de vino o una mujer.

Por otra parte, es preciso ser justo: no buscaba vinos caros; con tal que su vaso estuviera continuamente lleno, poco le importaba la calidad del contenido; en cuanto a las mujeres no exigía de ellas gracia ni belleza; el Impudor excesivo era la virtud que buscaba. Las tomaba de cualquier parte y la mayoría de las ramerías de la Corte de los Milagros habían desfilado por su habitación, donde la orgía estaba alojada.

El viejo Blas de Montluc sirvió a las órdenes de Montmorency y luego a las del mariscal de Damville, y a éste recomendó a su hijo. El mariscal le proporcionó el empleo de gobernador del Temple, diciéndose que algún día, en caso de ser encerrado, podría tener necesidad de un amigo en aquella prisión.

Cuando Damville se hubo apoderado de Pardaillán lo mandó enseguida al Temple; desconfiaba de la Bastilla pues aun cuando su gobernador Guitalens era amigo suyo, no lo juzgaba bastante enérgico.

Luego dio cuenta de su captura a la reina Catalina y, naturalmente, la encareció como un servicio importante.

El mariscal se reservaba el derecho de interrogar el mismo al aventurero, pero su plan debía ser frustrado por Maurevert, que después de haber capturado al caballero de Pardaillán, fue comisionado por Catalina para proceder a la operación indicada. Ya se ha visto que la reina tenía intención de presenciar esta operación. También habrá notado el lector que la reina fijó para la mañana del sábado, 23 de agosto, la tortura de los dos Pardaillán.

Desde el momento en que fue transportado al interior del convento, el caballero no había abierto los ojos. Reflexionaba y con el rostro inmóvil, esperaba el golpe mortal, porque no dudaba que Maurevert estaba decidido a matarlo.

«Quisiera saber por cuenta de quién me asesinará Maurevert. No creo que me guarde rencor por el golpe que le di con la hoja de mi espada, pues sólo le ha quedado la señal. Veamos. ¿Quién me condenará a muerte? ¿La reina Catalina? Tal vez; ¿por qué? ¿Porque he rehusado matar a su hijo? ¡Pobre amigo mío! Creo que vamos a morir juntos. Bien mirado, el duque de Anjou no debe de ser ajeno a todo esto. ¡Cuándo pienso que lo traté de lacayo! Realmente, fue demasiado fuerte. A menos que todo ello no venga del duque de Damville y del duque de Guisa, pues están enterados de que conozco su secreto. ¡Pues no tengo pocos enemigos! Es necesario confesar que me hubiera sido muy difícil escapar de todos ellos. En fin, Luisa se casará con el conde de Margency».

Hizo un esfuerzo violento para romper sus ligaduras, pero las cuerdas resistieron y cesó en su inútil empeño.

Entraron entonces dos hombres, y Pardaillán, abriendo los ojos, quiso mirar cara a cara a sus asesinos. Con gran sorpresa no vio a Maurevert, y los que acababan de entrar se limitaron a transportarlo al interior de un carruaje, en el que fue echado atado como estaba. Al cabo de veinte minutos comprendió que el coche pasaba sobre un puente levadizo. Luego oyó el rechinar de una puerta que se cierra. Entonces lo sacaron de su prisión ambulante y vio que estaba en el patio del Temple. Divisó a Maurevert que hablaba con un hombre de alta estatura fuerte como un hércules, detrás del cual estaban alineados veinte guardias.

—Señor de Montluc —decía Maurevert—, sois responsable de esos dos hombres hasta el sábado.

«¿Dos hombres?», —se preguntó el caballero—. «¿Y por qué hasta el sábado? ¡Ah, sí! ¡Marillac!».

—Muy bien, señor de Maurevert. Los cuidaré tan bien que no se querrán marchar. Respondo de ellos hasta el sábado. ¿Y el sábado qué haremos?

—Leed —dijo Maurevert tendiendo a Montluc el papel.

—¡Ah, ya! —dijo el gobernador—. Tormento ordinario.

—Y extraordinario también, señor de Montluc.

El caballero se estremeció.

—Bueno, pues, entonces, hasta el sábado a las diez.

—Prevenid al verdugo jurado para las diez —dijo Maurevert.

—Y a los sepultureros para las doce —dijo Montluc riéndose brutalmente.

Entonces desapareció aquella visión, y cogido por cinco o seis carceleros, Pardaillán fue llevado al interior de aquel antro formidable y sombrío de la torre cuadrada. Subieron una escalera; entonces desataron al caballero y lo metieron de un empujón en un calabozo, cuya puerta cerraron cuidadosamente.

—Buenas noches, señores —dijo una voz en la que el caballero reconoció a Montluc.

«¿Por qué el “señores”?» —se preguntó.

En aquel momento alguien que no pudo reconocer lo cogió en sus brazos, pero después de haberlo abrazado dijo con triste voz:

—¿Tú? ¿Tú aquí? ¿Tú en este infierno?

—¡Padre! —exclamó el caballero con alegría dando un abrazo al aventurero.

—Lo que es esta vez estamos perdidos —dijo éste—. Para mí el mal no es grande, pero tú me das lástima.

—¡Tanto importa! Ya sabéis que nuestro destino era el de morir juntos.

—Vuestros deseos serán satisfechos —exclamó burlonamente a través de la puerta la voz de Maurevert—. Gracias a mí estáis juntos en el mismo calabozo y moriréis juntos. Ya he vengado la herida que me hicisteis en la cara. Agradecédmelo, Y buenas noches. El sábado a las diez de la mañana continuaremos la conversación en presencia del verdugo.

—¡Miserable! —aulló el aventurero, arrojándose frenético sobre la puerta.

El joven Pardaillán no se había movido.

Entonces los dos oyeron pasos que se alejaban.

Como el aventurero conocía ya el calabozo, pues hacía varios días que estaba encerrado allí, tomó a su hijo por la mano y lo condujo a un rincón en donde había paja, que servía a la vez de silla y cama a los moradores de aquel siniestro lugar.

El caballero se echó en ella para descansar sus doloridos músculos. Pasado el primer momento de alegría al ver a su padre, experimentaba un dolor más profundo que el sentido en el momento de su detención, pues entonces había contado con su padre para salvar a Luisa. No hay, pues, que decir cuál fue la impresión que en él hizo el ver que su padre estaba también preso.

Entonces nueva angustia lo sobrecogió al pensar que iba a ser testigo de la tortura de su padre, y tan horrorosa fue para él esta idea, que se echó a llorar desesperadamente.

El viejo Pardaillán se quedó atónito viendo llorar a su hijo por vez primera en su vida.

—¡Juan! —dijo con voz temblorosa—. ¡Hijo mío!

Busco en vano en mi corazón palabras de consuelo.

¡Cuánto debes sufrir, hijo mío! ¡Si yo pudiera morir dos veces! Lloro, hijo mío, lloro con tu padre, que se maldice por no tener en este instante más que lágrimas que ofrecerte.

El caballero, haciendo un esfuerzo, contuvo sus sollozos y contestó:

—Padre mío, os engañáis. Moriré como un hombre, haciendo honor a vuestro apellido.

—¿Lloras acaso por Luisa?

—No, padre; Luisa me ama Y con esta certeza moriré contento, pero no hablemos más de ello. Perdonadme mi debilidad y conservemos nuestras fuerzas para cuando...

El caballero se mordió los labios para no concluir la frase. El viejo Pardaillán se había levantado y acostumbrado ya a la oscuridad se paseaba a grandes pasos por el calabozo.

—Caballero —dijo—. Soy un tonto de remate. Si no hubiera cometido la torpeza de dejarme coger creyendo que sería yo el que prendería al otro no me hallaría aquí. Entonces estaría libre y te libertaría aun cuando debiera incendiar el Temple.

Y entonces refirió cómo había ido al palacio de Mesmes creyendo encontrar solo al mariscal, para obligarlo a batirse con él. Por su parte, el caballero le relato la escena del convento y por fin el joven, fatigado en extremo, se durmió.

Al abrir los ojos advirtió que un rayo de luz alumbraba el calabozo.

Su primera idea fue examinar cuidadosamente la puerta; y luego el estrecho tragaluz por donde pasaba la claridad. El aventurero lo dejó hacer meneando la cabeza. Y cuando el caballero hubo terminado se volvió a su padre.

—Lo que acabas de hacer —dijo éste— lo hice yo el primer día de mi encierro y he aquí lo que pude observar. Si conseguíamos abrir la puerta, para lo cual se necesitarían de diez a quince días de trabajo, iríamos a parar a un corredor que sólo tiene una salida, guardada por una treintena de arcabuceros.

—No importa, padre, tal vez valdría más morir de un arcabuzazo.

—Es verdad, pero sólo tenemos cuatro días para ejecutar un trabajo en el que emplearían ocho, varios obreros trabajando a plena luz y con buenas herramientas. Y fíjate que al primer ruido, el centinela cuyos pasos oímos, daría la voz de alarma.

—¿Y el tragaluz? —preguntó el caballero.

—Míralo sería necesario arrancar los barrotes de la piedra en que están empotrados y luego se podría bajar al patio que está siempre lleno de guardias.

—¿No hay, pues, ninguna esperanza de evasión?

—Ningún medio de huir, y en cuanto a la esperanza, sólo nos queda una, la de no sufrir mucho al morir.

Antes de salir del Temple, fijémonos de nuevo en el violento rostro de Montluc que solamente hemos entrevisto. Después de haber hecho conducir a su nuevo prisionero al calabozo, y deseando a Maurevert que se retiraba, toda suerte de

prosperidades, el gobernador del Temple regresó a sus habitaciones. La llegada de Maurevert lo había sorprendido mientras estaba comiendo y una vez que el prisionero estuvo encerrado, Montluc fue a continuar la comida.

—¡A beber! —exclamó dejándose caer pesadamente en el sillón de roble esculpido.

El comedor era grande y estaba ricamente amueblado. Aparadores de roble, aguamanos de estaño pulido hermosas vajillas adornadas de flores y candelabros de plata, daban a aquella sala apariencia de acomodada burguesía. Pero todo estaba en desorden. Había polvo en las vajillas y desde mucho tiempo antes se había dejado de limpiar la cera que había resbalado a lo largo de los candelabros. Los aparadores estaban llenos de manchas y en las vigas del techo veíanse muchas telarañas.

En el centro de aquella sala había una mesa muy bien puesta cargada de gran cantidad de carne asada y sobre todo de botellas de todas dimensiones. Había tres cubiertos dispuestos, el de Montluc y el de dos mujeres jóvenes que al verlo entra se apresuraron a llenar su cubilete, vasto recipiente que podía contener media pinta de líquido. Aquellas dos mujeres estaban apenas vestidas; sus desnudos senos desbordaban de sus corpiños abiertos; llevaban los cabellos sueltos y la cara pintada. A pesar de su desordenada vida, eran bastante bonitas y robustas, tal como le gustaban a Montluc; una rubia, casi roja, y la otra morena, con una magnífica cabellera de española. Ésta se llamaba Paquita, y la otra, «La Roja».

Las dos eran inofensivas, tontas, dóciles, pasivas y, en fin, muy honradas, pues contra el dinero que recibían, hacían toda clase de esfuerzos para agrandar al desconocido que por una hora se convertía en su amo y señor.

Montluc vació de un trago el cubilete que acababan de presentarle lleno, y repitió:

—¡A beber! La garganta me arde.

—Será ese jamón —observó «La Roja».

—Sea lo que fuere, chiquillas, tengo gran sed de vino y de amor.

—Bebed, pues, monseñor —dijeron a coro las dos rameritas cogiendo una botella cada una de ellas y vertiendo el contenido en el cubilete. Aquella comida, o, mejor dicho, aquella orgía, fue lo que debía ser. Montluc, que ya estaba borracho a la llegada de Maurevert, sentíase cada vez más sediento. En cuanto a las mujeres, en fuerza de beber, se convirtieron en dos bacantes. Hacia las diez de la noche se habían ya quitado el ligero traje que aún las cubría; estaban enteramente desnudas y Montluc, como formidable fauno, se divertía en llevarlas a las dos montadas, respectivamente, en cada uno de sus robustos hombros. Luego se divirtió tirándolas al aire como si fueran pelotas y recogíéndolas al caer en sus brazos. Las pobres mujeres, aun cuando habían recibido algunas contusiones, se reían, cosa que convertía en delirio la alegría de Montluc. Entonces le vino la idea de luchar contra las dos rameritas.

—Si me vencéis —aulló—, os prometo una recompensa rara que hasta la misma reina envidiaría.

La lucha empezó enseguida. Las dos rameras atacaron al coloso y aquellas tres desnudeces se estrecharon en abrazos furiosos, formando un grupo cuyas actitudes eran obras maestras de insolente Impudicia.

El macho se dejó derribar a fuerza de besos, mordiscos y pellizcos, llenando la sala con el estrépito de sus carcajadas.

—¡Venga la recompensa! —gritaron a coro «La Roja» y Paquita.

—¡La recompensa! —murmuró Montluc—. ¡Ah, sí!

—¿Es aquel hermoso collar que nos enseñasteis? —preguntó Paquita.

—No otra cosa más bonita.

—¡Dios mío! ¿Será aquel cinturón de seda azul bordado de oro? —exclamo la roja.

—Otra cosa mejor —dijo el borracho tratando de coordinar sus ideas—. Escuchad, prendas, quiero llevaras...

—¿A ver los bailarines? —exclamaron entusiasmadas las mujeres.

—No, a ver torturar.

Las dos mujeres se miraron una a otra un poco pálidas.

Montluc dio entonces un puñetazo sobre la mesa, derribando un candelabro.

—¡A beber! —dijo—. Quiero que veáis cómo se aplica el tormento. Veréis el potro y cómo se hunden las cuñas. ¡Ah, es un espectáculo muy bonito!

Hay dos condenados que no saldrán vivos ¡A beber!

—¿Qué han hecho? —preguntó Paquita estremeciéndose de terror.

—Nada —dijo Montluc.

—¿Son jóvenes o viejos? ¿Nobles?

—Un viejo, el señor de Pardaillán, Y un joven, del mismo apellido. Son padre e hijo.

Las dos mujeres hicieron la señal de la cruz, Y luego «La Roja» preguntó:

—¿Cuándo lo veremos, monseñor?

—¿Cuándo? Ahora os lo diré.

Entonces el turbio cerebro del borracho empezó a reflexionar vagamente acerca de las consecuencias que podría acarrearle su promesa. Arriesgaba su empleo y tal vez un proceso, más no quería volverse atrás. Pero una idea feliz se le ocurrió, y como la tortura había tener lugar el sábado por la mañana, murmuro:

—El domingo, niñas. Venid el domingo a primera hora. No lo olvidéis.

XV - La reina Margarita

AQUELLA MAÑANA del 8 de agosto del año 1572, las campanas de Nuestra Señora empezaron a repicar alegremente desde las ocho; las iglesias vecinas no tardaron en contestar, de modo que, en breve, en el aire puro y tranquilo de la mañana de estío, reinó gran estruendo de broncíneas voces que mugían sonoramente.

Por todas las calles de París discurrían grupos numerosos de burgueses y gente del pueblo; las mujeres llevaban a sus hijos; los vendedores ofrecían pasteles de toda suerte, que se vendían rápidamente, porque aquella mañana las amas de casa habían abandonado la cocina contando con almorzar en la calle.

Entre aquella multitud se oían gritos, interpelaciones y risotadas, pero en todo ello había algo extraño y como amenazador, cosa que fácilmente podía advertirse al observar que la mayor parte de los burgueses, en vez de vestir el traje de paño de los domingos, iban cubiertos con la coraza de cuero o de hierro y se apoyaban en partesanas, y otros llevaban un arcabuz sobre el hombro.

Se hubiera dicho que toda aquella multitud corría a las murallas para defender la ciudad como si hubiera sido atacada por los españoles. Pero no había nada de ello: aquella multitud amenazadora se disponía a presenciar uno de aquellos magníficos espectáculos gratuitos de los que nuestras modernas cabalgatas no pueden dar la menor idea.

En efecto aquella mañana debía celebrarse en Nuestra Señora el matrimonio de Enrique de Bearn y de Margarita de Francia, conocida en el Louvre por el nombre de reina Margot, que su hermano Carlos IX le daba.

Cada calle estaba transformada en un río de gente que corría entre murmullos y gruñidos desembocando todos en el mismo océano humano, cuyas olas iban a morir en el atrio de Nuestra Señora.

Allí se elevaban a cada instante grandes y encolerizados clamores. En efecto, por la noche cuatro compañías de guardias habían tomado posiciones ante el atrio de la iglesia para impedir que las gentes obstruyesen los escalones que había ante el gran pórtico central de la Iglesia. La doble fila de soldados erizada de arcabuces y alabardas continuaba hasta la puerta del Louvre que miraba a Saint-Germain-L'Auxerrois.

Resultaba de ello que los grupos, al llegar al atrio lo hallaban ya ocupado por una multitud apretujada que se había formado por las sucesivas avenidas de hombres que afluían de todos los puntos de París hacia el centro.

Los recién llegados empujaban para obtener sitio, pero los que estaban ya instalados se resistían y de aquí los remolinos terribles, las disputas y los gritos.

A las nueve, hubiera sido imposible para un niño el poderse deslizar hasta el atrio, pues todas las calles afluentes estaban completamente obstruidas por una multitud enorme. Únicamente estaba libre el camino formado por los hombres de armas desde

el pórtico de Nuestra Señora hasta el puente levadizo del Louvre y aun aquel espacio amenazaba ser invadido a cada instante, pues en más de un punto los soldados se veían obligados a contener la multitud con la punta de sus alabardas.

De vez en cuando reinaba súbito silencio algo inquietante: luego, de pronto, estallaban clamores sin que se supiera el motivo y en todos los grupos se hablaba de cosas amenazadoras; diseminadas había también algunas mujeres que hablaban del traje que llevaría la reina Margarita que, según se decía, era un prodigio de riqueza; o bien de la suntuosidad de las carrozas de ceremonia. Pero muy pronto se volvía a uno de los dos asuntos que preocupaban a los parisienses.

El primero era el gran milagro de la víspera.

Millares de personas afirmaban haber visto el caldero lleno de sangre, de sangre de Jesús. Algunos había que asistieron al milagro: otros afirmaban a los incrédulos que habían podido tocar a Lubin el santo hombre que hiciera el milagro. Cada una de estas afirmaciones, iba acompañada por la señal de la cruz y se hacía observar que Dios deseaba, sin ninguna duda, una carnicería de herejes.

El segundo, que se discutía calurosamente con muchos votos, era la cuestión de saber si el rey de Navarra y sus condenados acólitos, los hugonotes entrarían en Nuestra Señora. Algunos hacían observar que le sería necesario entrar si quería casarse, pero la mayor parte afirmaban que el maldito no osaría penetrar en el sagrado recinto.

Así, pues, se llegaba a la conclusión de que sería necesario arrastrarlo por fuerza al interior del templo, para que se humillara ante la imagen de la Virgen.

Tales eran las disposiciones de la multitud cuando los cañones del Louvre empezaron a tronar. Hubo entonces en la superficie de aquella masa humana una especie de marejada que se propagó desde el atrio de la iglesia hasta las calles vecinas. Se alargaron los cuellos, se oyeron algunos gritos femeninos, pero fueron pronto cubiertos por un clamor enorme de salvaje expresión, que hubiera podido compararse al aullido de una manada de lobos furiosos.

—¡Viva la misa! ¡A misa los hugonotes!

Casi enseguida nuevas compañías de arqueros y arcabuceros reforzaron la fila de gentes de armas que guardaban el paso libre para la comitiva.

Los burgueses protestaron enérgicamente, pues era evidente que con cuatro filas de soldados como entonces había, no iba a ser posible llegar a los hugonotes así protegidos. Pero era también evidente que aquella multitud sabiamente llevada al último grado de la exasperación, sería terrible si, por desgracia, la soltaban.

Pero la maniobra militar que por el momento ponía a los hugonotes fuera del alcance de las gentes, exasperó a la multitud, y su disgusto estalló en violentos murmullos contra el rey, a quien se acusaba en voz alta de proteger a los herejes y de impedir el sacrificio formalmente reclamado por el milagro del caldero.

—¡Queremos un capitán general!

Este grito, que expresaba exactamente el sentir de los burgueses armados, corrió

de boca en boca cada vez con mayor fuerza.

—¡Guisa, Guisa capitán general!

—¡Viva la misa!

—¡A misa los hugonotes!

Tales vociferaciones se entrecruzaban entonces cada vez más violentas y se fundían en un griterío que apenas dominaban los cañonazos y las campanas.

De pronto reinó la calma; veinticuatro heraldos a caballo, magníficamente vestidos de tisú de oro y con las armas del rey bordadas en azul sobre el pecho y los caballos engualdrapados, desembocaron en cuatro filas de seis, con el codo alto, la trompeta adornada con bandera apuntando al cielo y entonando un toque ruidoso.

—¡Ya están ahí! ¡Ya llegan!

Tal grito hizo callar por un instante los clamores y la irritación se convirtió en curiosidad.

El cortejo real desplegaba imponente pompa y hasta se oyeron algunos aplausos.

Inmediatamente después de los heraldos apareció una compañía de guardias a caballo, mandada por el señor de Cosseins; eran todos jinetes de alta estatura, montados en pesados caballos normandos, cubiertos de acero y bordados que brillaban extraordinariamente, produciendo sobre la multitud profunda impresión.

Luego seguía el gran maestro de ceremonias, cuyo caballo era llevado de las bridas por dos criados y que precedía a un centenar de señores, gentilhombres todos del rey de Francia.

Grandes aclamaciones saludaban el paso de los señores que se habían hecho populares, ya por su magnificencia, o por sus altos hechos durante las guerras contra los hugonotes.

Pero reinó el gran silencio en el atrio, aun cuando el resto de la multitud seguía gritando al aparecer la carroza del rey. Carlos IX, envuelto en su gran manto real, era presa de la fiebre, pues en el momento de salir del Louvre había tenido uno de sus ataques. Su rostro tenía la palidez del marfil y su mirada era vaga en extremo. A su lado iba Enrique de Bearn, muy pálido también, pero sonriente, pues al mirar al pueblo no veía a su alrededor más que miradas hostiles y ojos amenazadores.

En una gran carroza completamente dorada y arrastrada por ocho caballos blancos, aparecieron entonces Catalina de Médicis y Margarita de Francia; la reina iba cubierta de diamantes y envarada en un vestido de gruesa seda que parecía mármol.

Su aspecto era glacial, altanero y algo triste, tal vez por la ceremonia que se preparaba. Su hija Margarita estaba radiante de belleza, indiferente a todo lo que pasaba y con una sonrisa irónica dibujada en sus labios.

La reina madre estaba a la derecha y por aquel lado estallaron aullidos feroces diciendo:

—¡Viva la misa! ¡Viva la reina de la misa!

Margarita estaba sentada a la izquierda y por su lado se oyeron algunas burlas.

—¡Buenos días, señora! —gritó una mujer—. ¿Se ha confesado vuestro futuro esposo?

La carroza pasó entre enormes carcajadas: pero inmediatamente después llegaron los veinticuatro coches que conducían a los príncipes de la sangre, Enrique, duque de Anjou, y Francisco, duque de Alenzón. Además la duquesa de Lorena, segunda hija de Catalina, luego azafatas, damas de honor y otros personajes diversos que la multitud acogió con grandes aclamaciones.

Eran el duque de Guisa, el mariscal de Tavannes, el mariscal de Damville, el duque de Aumale, el señor de Goudé, el canciller de Birague, el duque de Nevers, y una multitud de nobles, todos en carrozas de fabulosas riquezas y vestidos con verdadero esplendor; plumas blancas, broches de diamantes y rubíes, collares esplendorosos, Jubones de satén, espadas incrustadas de pedrería, todo ello desprendía resplandores y despertaba el entusiasmo de la multitud.

Luego, de pronto, las exclamaciones continuaron:

—¡A misa, a misa!

Los hugonotes aparecían a su vez vestidos, no con menor riqueza que los católicos, pero sí con trajes más severos.

Se ignoraba quién había dispuesto de tal modo la marcha del cortejo, pero la separación precisa entre los caballeros católicos y protestantes, el cuidado que se había tenido en colocar a los hugonotes al final exceptuando algunos como Coligny y Condé en el lugar que les correspondía, todo ello permitió a la multitud hacer mil suposiciones de las cuales la más esencial era que se había querido mortificar a los herejes, los cuales pasaron orgullosamente desdeñando contestar a las burlas y a los insultos.

En las gradas de la iglesia, doscientos o trescientos de los más rabiosos de entre la multitud, se habían instalado y los guardianes no hicieron el menor esfuerzo para expulsarlos.

A medida que el cortejo desfilaba, los ocupantes de cada carroza penetraban bajo el anchuroso pórtico en donde el arzobispo y su cabildo estaban reunidos para recibir a los dos reyes, a la reina y a la novia.

En el grupo que acabamos de señalar, estaban Crucé, Pezou y Kervier, siempre inseparables.

Los gentilhombres del rey que iban a caballo, habían formado un semicírculo alrededor del pórtico que reforzaba la guardia de alabarderos y arcabuceros.

Carlos IX y Enrique de Bearn, precedidos del gran maestro de ceremonias, de sus acólitos y de doce heraldos a pie tocando la trompeta, fueron los primeros en penetrar en la iglesia. El monje Salviati, enviado especial del Papa, avanzó al encuentro del rey y, doblando a medias la rodilla, le ofreció agua bendita en una concha de oro, diciéndole que aquella agua había sido traída de Roma por él mismo y tomada de la pila de San Pedro.

Carlos IX humedeció sus dedos en la concha y, como si hubiera temido disgustar a

Nuestra Señora no usando su agua bendita, renovó la operación humedeciendo la mano en la pila de la iglesia y se persignó lentamente dirigiendo oblicuas miradas a Enrique.

El jefe de los hugonotes comprendió que todas las miradas estaban fijas en él y que se esperaba a que hiciera el signo de la cruz.

—Primo —dijo en voz baja—, ¡qué buena asamblea de obispos! Bendecido por tan gran número de santos, mi casamiento no podrá menos de ser muy feliz.

Y hablando así el gascón gesticulaba gravemente con su mano, de modo que las gentes pudieran creer que se persignaba. Carlos IX sonrió débilmente y se dirigió al trono.

Poco a poco el cortejo entró en la enorme nave que, con el brillo de millares de cirios en el cuadro inmenso de las colgaduras bordadas que caían desde lo alto de las bóvedas, con el repiqueteo de las campanas, los cantos solemnes y las trompetas, presentó entonces un espectáculo de inaudita magnificencia.

Fuera, las vociferaciones eran más amenazadoras y los gritos del pueblo, semejantes al fragor del océano tempestuoso, hacían estremecerse a Carlos IX que, lívido, oía gritar:

—¡Viva Guisa! ¡Viva el capitán general!

He aquí lo que sucedía. Los hugonotes, en número de casi setecientos hidalgos, acababan de echar pie a tierra ante el gran pórtico, pero en vez de entrar en la iglesia se detuvieron silenciosos o bien formando grupos que hablaban en voz baja, sin preocuparse, al parecer por los alaridos que oían.

—¡A misa, a misa!

—¡Los malditos no quieren entrar! —rugió Kervier.

—Pronto entrarán aunque no quieran —dijo Crucé con fuerte voz.

Esta amenaza directa provocó un delirio de entusiasmo en el grupo que ocupaba los escalones, mientras que, a lo lejos, la multitud, no sabiendo de lo que se trataba, reía, exclamando:

—¡Los hugonotes han entrado en la iglesia! ¡Viva la misa!

Únicamente tres lo habían hecho. El primero era el almirante Coligny, que había dicho en alta voz:

—Este puede ser un campo de batalla como otro cualquiera.

Y entró irguiendo su alta estatura al lado del rey de Navarra como si, en realidad, hubiera entrado en batalla.

El segundo era el joven príncipe de Condé, que, inclinándose al oído del Bearnés, murmuró:

—Vuestra pobre y difunta madre, me hizo prometer que no os dejaría nunca ni en el campo, ni en la ciudad, ni en la corte.

El tercero era Marillac. Éste ignoraba si se hallaba en una iglesia y a qué ceremonia asistía; sólo sabía una cosa: que desde hacía dos días, en testimonio de su

afecto y para tener el derecho de protegerla, la reina madre había nombrado a Alicia dama de honor.

Alicia debía hallarse, por lo tanto, en Nuestra Señora y Marillac la vio efectivamente. Estaba muy cerca de la reina e iba vestida de blanco. Su rostro estaba pálido y, con los ojos bajos, pareció a Marillac mucho más hermosa que de costumbre.

«¿En qué estará pensando?», —se dijo Marillac devorándola con la mirada.

En aquel momento, Alicia exclamaba para sí:

«*Esta noche tendré la maldita carta que me hacía sierva de Catalina. Seré libre. ¡Oh, Diosdado! ¡Cuánto te voy a amar! Nos marcharemos en seguida y, por fin, mi vida será dichosa*». —Y cuando creía adquirir la libertad, es decir, el amor y la felicidad, Alicia no pensaba siquiera en su hijo.

La reina Catalina estaba sentada a la izquierda del altar mayor, en un trono un poco más bajo que el del rey, que estaba colocado a la derecha. Alrededor de ella, sus damas de honor preferidas se sentaban en sillas tapizadas con terciopelo blanco bordado de oro. Detrás de la reina había una gran colgadura de terciopelo azul sembrada de flores de lis.

Detrás de aquella colgadura, nadie podía ver un monje que estaba en pie y envuelto en la sombra: era Salviati, el enviado del Papa. Estaba un poco inclinado hacia la reina, que parecía muy atenta en leer su libro de horas, magnífico devocionario con encuadernación de oro cincelado.

—Hoy mismo os marcharéis —decía Catalina en voz baja.

—¿Y qué debo decir al Santo Padre? ¿Qué habéis concertado la paz con los herejes? ¿Qué su rey y jefe ha entrado en Nuestra Señora sin persignarse? ¿Qué el rey de Francia ha puesto en pie de guerra diez mil hombres para proteger a los hugonotes? Decid, señora, ¿es esto lo que debo manifestar a Su Santidad? ¿Debo añadir que asistís impotente y, tal vez, con benevolencia, a la conquista lenta y segura del reino de Francia por la Reforma?

—Diréis al Santo Padre que el almirante Coligny ha muerto —contestó Catalina.

—¿El almirante? —dijo Salviati—. ¡Si está a treinta pasos de nosotros más altanero que nunca!

—¿Cuántos días tardaréis en llegar a Roma?

—Diez, señora, si tengo noticias interesantes:

—Pues bien, el almirante morirá dentro de cinco días.

—¿Quién lo probará? —preguntó descortésmente el monje.

—Su cabeza, que os mandaré —contestó tranquilamente Catalina—. Decid además al Santo Padre que ya no hay hugonotes en París.

—¡Señora!

—... Y que tampoco los hay en Francia —acabó diciendo Catalina.

Al mismo tiempo se arrodilló en su reclinatorio.

Salviati retrocedió lentamente pasándose la mano por la frente y regresó sin ser

observado al lugar que, oficialmente, le estaba designado, y una vez allí, todos pudieron observar que el enviado de Su Santidad Gregorio XIII estaba pálido como un muerto.

Nadie, decimos, había observado su movimiento, exceptuando una persona que parecía sumida en piadosa meditación, pero que, dirigiendo su mirada viva a derecha e izquierda, no perdía detalle de lo que sucedía a su alrededor. Aquella persona era la desposada en persona, la hermana de Carlos IX e hija mayor de Catalina de Médicis. Era una mujer instruida, escéptica, superior a su época, capaz de sostener una conversación seguida en latín y hasta en griego; aficionada a la literatura, y de costumbres ligeras. Margarita era la antítesis viviente de su madre Catalina. Le repugnaba la violencia, sentía horror por el derramamiento de sangre y le inspiraba antipatía la guerra. Puede reprochársele, tal vez, el haber considerado la virtud doméstica como un prejuicio. Puede echársele en cara sus innumerables amantes; Brantome, que fue el chismoso de aquellos tiempos, nos deja entrever que Margarita llevó el adulterio hasta el incesto; se asegura que el duque de Guisa fue su amante, el desgraciado La Mole, participó también de sus favores y, en fin, se dice que su propio hermano, el duque de Alenzón... Pero es necesario tener en cuenta que Margarita, hasta en sus deslices, conservó una elegancia de actitud y espíritu que hace que se le perdonen muchas cosas. De todos modos, su refinado escepticismo la ponía muy por encima de las pasiones que se desencadenaban a su alrededor.

La misma mañana, cuando Coligny llegó al Louvre para ocupar en el cortejo el lugar que tenía señalado, dijo al rey:

—Señor, he aquí un buen día para el rey de Navarra, para mí y para todos los de mi religión.

—Sí —contestó bruscamente Carlos—, porque dando Margarita a mi primo Enrique, la doy a todos los hugonotes del reino.

Esta exclamación, que expresaba claramente la poca estima que tenía el rey por la virtud de su hermana, fue relatada enseguida a ésta, la cual, con su encantadora sonrisa, contestó:

—¿Mi hermano y señor ha dicho esto? Pues bien, acepto el augurio y haré cuanto pueda en favor de todos los hugonotes de Francia. Durante la ceremonia, Margarita, que estaba alerta, sorprendió la conversación de su madre y del enviado del Papa. En aquel momento estaba arrodillada al lado de Enrique de Bearn y le dio un ligero codazo. Enrique, un poco pálido, pero sonriendo, estudiaba también con atención perfectamente disimulada, las gentes que lo rodeaban. Los gritos del pueblo, el insolente porte de Guisa, el sombrío rostro del rey, el semblante demasiado risueño de Catalina, todo ello formaba un conjunto nada tranquilizador.

—Señor esposo —murmuró Margarita mientras salmodiaba el arzobispo—. ¿Habéis visto a mi madre conferenciar con el reverendo Salvati?

—No señora —dijo Enrique en voz baja y fingiendo escuchar religiosamente al oficiante—. Pero como tenéis buenos ojos, espero que me comunicaréis lo que habéis

visto.

—Señor —continuó Margarita—, nada bueno he visto y nada veo a nuestro alrededor. No os apartéis de mí durante los festejos.

—¿Tenéis miedo, amiga mía? —preguntó el gascón.

—No, señor, pero decidme: ¿no sentís nada?

—Sí, el olor del incienso.

—Pues yo el de la pólvora.

Enrique dirigió una mirada oblicua a su mujer y tal vez entonces comprendió completamente el significado de sus palabras, porque bajando la cabeza como para rezar, murmuró con voz en que no había el menor acento de ironía:

—Señora, ¿puedo hablaros con el corazón en la mano? Adivino en vos una amiga franca y leal. Pues bien, desconfío y creo que se preparan tristes fiestas. ¿Puedo contar con vos?

—Sí señor —contestó Margarita con evidente sinceridad—. Por esta razón os repito que no os apartéis de mi lado mientras estemos en París. Una vez fuera de la ciudad —añadió sonriendo— os daré permiso de día y de noche.

—Por Dios, señora, ¿sabéis que estoy temiendo una cosa?

—¿Cuál, señor?

—Enamorarme de vos.

Margarita sonrió con coquetería.

—¿Así, pues, estamos de acuerdo? —dijo—. ¿Me juráis fidelidad mientras estemos en el Louvre?

—Señora, sois adorable —dijo emocionado el gascón—. Ya que os dignáis ser mi paladín, no temo nada y podré dormir tranquilo en ese Louvre, en el cual he pasado tan malas noches.

Tales fueron las palabras que cambiaron los recién casados mientras se celebraba su boda.

La ceremonia nupcial terminó por fin. Luego, precedido con gran pompa de todo el cabildo de Nuestra Señora, el cortejo se formó de nuevo: cardenales, obispos, arzobispos rutilantes de oro, la mitra en la cabeza y el báculo en la mano, avanzaron hacia la puerta entonando el «*Te Deum*». El rey de Navarra daba la mano a la nueva reina. Catalina de Médicis, Carlos IX y los príncipes pasaron en la doble fila de los señores y grandes damas envaradas en los pliegues de las sederías. Las trompetas tocaron alegremente, las campanas reanudaron sus tañidos; el cañón tronó, el pueblo empezó a aullar y toda aquella gente, a través de vivas y amenazas, tomó el camino del Louvre.

Una vez en el palacio real, empezaron inmediatamente espléndidas fiestas. Pero en cuanto Margarita hubo recibido los saludos y felicitaciones de la multitud de señores que la rodeaban, cogió la mano de su marido y lo llevó a sus habitaciones.

—Señor —dijo—. He aquí mi dormitorio. Como veis, he hecho preparar dos camas, una para mí y otra para vos.

Una galantería asomó a los labios del Bearnés, pero se contuvo comprendiendo que la situación era más seria de lo que se imaginaba.

—En tanto que durmáis en esa cama —continuó Margarita— respondo de vos, señor.

—¡Por Dios, señora! —exclamó Enrique palideciendo—. ¿Qué sabéis? ¿Se atreverían acaso?

—No sé nada —dijo sinceramente Margarita—. Sólo sé una cosa: Que aquí estoy en mi casa y que nadie, ni el rey, se atrevería a entrar.

Enrique bajó la cabeza pensativo. ¿Acaso Margarita sabía más de lo que decía?

Y estuvo a punto de exclamar:

«*Vos me salváis, pero ¿quién salvará a mis amigos?*».

Se contuvo, no obstante, esperando que, después de todo, el peligro no sería tan inminente. Había a su alrededor vagas amenazas, pero ya tendría tiempo de concertarse con Coligny, Condé, Marillac y otros de entre los principales hugonotes.

—Venid, señor —dijo la reina Margarita—. Es preciso que nuestra ausencia no sea notada.

Y con su escéptica sonrisa, que tan bien sentaba a su espiritual belleza, añadió:

—Podrían figurarse que hablamos de amor.

—Mientras hablamos de muerte —contestó el Bearnés.

—*Mors, arrwr..., principium, finis...* —murmuró Margarita.

Pálidos los dos a influjo de los pensamientos que llenaban sus cerebros, dirigiéronse silenciosamente hacia las salas de la fiesta.

—¡Viva la misa! —rugía la multitud en la calle.

—¡Por Dios! Acabo de oír una y no me sabe mal —dijo el Bearnés disfrazando su inquietud bajo la apariencia de jovial galantería—, porque mi primera misa me vale la más espiritual y hermosa mujer de Francia.

Y fijó una límpida mirada sobre la nueva reina.

—¿Qué me valdrá en este caso mi segunda misa?

—¿Quién sabe? —contestó la reina Margarita devolviéndole la mirada y pensando:

«*Tal vez una puñalada, o el trono de Francia*».

XVI - Las confidencias de la reina

EN LAS CALLES vecinas del Louvre, la multitud de burgueses y de gente del pueblo, libre, al fin, de toda traba, se había extendido profiriendo tan feroces gritos que los puestos de guardia de cada puerta creyeron prudente cerrar los puentes levadizos.

Quién sabe lo que habría ocurrido aquel día si el cielo no se hubiera cubierto inesperadamente y si una copiosa lluvia no hubiese obligado a los parisienses a regresar a sus casas.

No obstante, dos o tres millares de los más fanáticos, resistieron estoicamente el chaparrón, gritando a más y mejor:

—¡Viva la misa! ¡Viva la misa!

Los hugonotes reunidos en el Louvre oían tales gritos sin inquietud alguna; eran huéspedes del rey de Francia y les parecía imposible que el rey más grande de la cristiandad faltara a sus deberes de hospitalidad, permitiendo que fueran maltratados.

Por otra parte, estaban firmemente resueltos a defenderse y a defender al rey en persona, pues muchos de entre ellos suponían que Guisa no era ajeno a la efervescencia popular. Si las cosas iban mal dadas; si Guisa, en un arrebató de locura, se atrevía a atacar a Carlos IX, defenderían al rey para mantenerlo sobre el trono.

En efecto, para ellos, Carlos IX significaba la paz asegurada, y Guisa, en cambio, era la guerra y el exterminio.

Tenían, pues, una confianza sin límites en la hospitalidad que Carlos IX les ofrecía y se inquietaban poco por las amenazas que se oían alrededor del Louvre. Pero la multitud profería otro grito, que Catalina escuchaba sonriendo. En aquel momento arrastró a su hijo hasta un balcón y le dijo:

—Señor, mostraos un poco a vuestro pueblo que os aclama.

Carlos IX salió al balcón y al verlo hubo fuera una especie de rugido furioso y empezaron a gritar:

—¡Viva el capitán general! ¡Viva Guisa! ¡Mueran los hugonotes!

—¿Oís, señor? —dijo Catalina al oído del rey—. Es hora de obrar si no queréis que Guisa lo haga en vuestro lugar...

Carlos IX se estremeció de rabia y miedo. Sombrío fulgor brilló en sus ojos. Retrocedió entonces y al hallarse dentro de la sala, vio llegar a Enrique de Guisa y al almirante de Coligny que, con la mayor cordialidad, hablaban tranquilamente de la proyectada campaña contra el duque de Alba.

El rey miró a los dos con extraviados ojos y de pronto se echó a reír con tal carcajada que se sacudió como mortal convulsión. Catalina de Médicis se alejó lentamente y dio la vuelta a las salas de la fiesta. A su paso las cabezas se inclinaban y se advertía una especie de respeto, o tal vez de terror, sobrecoger a todos los invitados.

Altiya y sonriente pasó erguida a través de los invitados. Estaba todavía más

pálida que de costumbre: parecía una estatua de mármol animada. Vióse como se detenía un instante ante una de las damas de honor a la que dijo algunas palabras y luego continuó su camino. Después, habló a otras varias, tal vez dándoles una consigna.

Por fin se retiró a sus habitaciones seguida por cuatro de sus damas, que la habían escoltado en todas su evoluciones.

Entre ellas, hallábase Alicia de Lux.

Catalina entró en su gabinete grande y suntuoso que ya hemos descrito al lector. Allí se refugiaba entre las obras maestras que adornaban la estancia cuando quería reflexionar sobre asuntos graves.

Hizo entonces una seña y Alicia, obedeciendo, la siguió.

—¡Hija mía! —dijo.

—... No obstante, señora...

—Sí ya sé lo que me vais a decir: que debéis esperar al conde de Marillac esta noche a las ocho.

Alicia le dirigió una mirada de estupor y Catalina se encogió de hombros.

—¿No sabéis que estoy enterada de todo? —dijo riéndose bondadosamente—. Pero ya que vamos a separarnos sin duda alguna, quiero hablaros con toda franqueza: Laura me avisó. La vieja que tanta confianza os había Inspirado, me tenía siempre al corriente de vuestros actos y palabras. En lo venidero, Alicia, sed prudente en la elección de vuestras amigas y confidentes. Ya veis que soy franca.

Alicia estaba aterrada.

—Laura es una mala mujer —continuó la reina— despedidla mañana mismo. Pero, volviendo a lo que decía, sé que habéis dado cita al conde de Marillac para esta noche a las ocho. Debía revelaros un secreto que el pobre muchacho guardaba con gran dificultad. El conde debía conducirnos esta noche a Saint-Germain-L'Auxerrois. ¿Sabéis para qué?

—No, señora —balbució Alicia.

—¡Niña! Os creía más perspicaz. Pues bien, sabed que lo he preparado todo para que esta noche se celebre vuestro casamiento con el conde.

La reina hablaba con tal acento de bondad que era difícil sorprender en ella ninguna intención oculta y, además, ¿por qué había de mentir? ¿No había prometido ella misma este casamiento a Alicia como premio a sus servicios?

La espía se ruborizó y palideció casi al mismo tiempo. Su corazón latió aceleradamente y sus ojos se llenaron de lágrimas al balbucir:

—¿Pero y la carta, señora?

—¿La carta?

—Sí, esta noche debían entregármela dijo Alicia temblando.

—Queréis decir que Panigarola debe entregárosla, ¿verdad? Yo se la di a él, y como os perdona... Pues bien, a las once veréis al marqués y a las doce llegará el conde de Marillac. Yo me encargo de avisarlo.

Alicia sentía cierto temor. La circunstancia de que la reina se encargara de hacer ir a Panigarola y a Marillac al mismo lugar y casi en igual hora, era una circunstancia poco tranquilizadora. ¿Se iría el fraile? ¿Estaría al corriente del matrimonio que se preparaba?

¿Tendría suficiente grandeza de alma para marcharse, dejando a Alicia en libertad de ser dichosa?

—¿No me dais las gracias? —dijo la reina sonriendo.

—¡Ay, señora! El miedo y la felicidad me tienen trastornada.

—¿El miedo? ¡Ah, sí! Teméis que los dos rivales se encuentren y que una palabra imprudente de Panigarola pueda explicarlo todo a Marillac. Pero tranquilizaos, porque ya he tomado mis medidas.

—¡Cómo, señora! ¿Os habéis dignado?

—Quiero que los dos seáis felices. Éste es todo el secreto.

—¡Ah, señora! —exclamó entonces Alicia con sincera alegría—. Desearía tener ocasión de morir por vos.

—Sois una niña, pensad más bien en vivir. Pero ahora, decidme: os he hablado con entera franqueza y espero que vos haréis lo mismo.

—Interrogadme, señora. Os diré la pura verdad.

—Pues bien —dijo la reina—. ¿Qué vais a hacer? ¿Os marcharéis de París?

Entonces la espía adivinó o creyó haber adivinado el pensamiento secreto de la reina. El conde de Marillac era su hijo, la espía lo sabía. Se enteró de ello en Saint-Germain el mismo día en que la reina de Navarra la echó de su lado. Había encerrado aquel terrible secreto en lo más profundo de su corazón y nunca dio a entender a nadie, ni a Marillac, que lo sabía, pues tenía la convicción de que la reina mataría al conde el día en que el misterio de su nacimiento amenazara aclararse. He aquí, pues, lo que supuso:

«La reina sabe que Marillac es su hijo y que yo no puedo vivir en París sin arriesgarme a ser desenmascarada a cada momento. Sabe también que arrastraré al conde lo más lejos de París que me sea posible y por esto me lo da por esposo y nos obliga a casarnos de noche y rodeados de misterio».

—¡Señora! —añadió entonces en alta voz—. Ésta es una cosa de la que quería hablar esta noche con el conde, pero esperaré las órdenes de Vuestra Majestad.

—De ningún modo, quiero que hagáis lo que mejor os parezca. Veamos: ¿qué consejos daréis al conde?

—Pues bien, señora, para ser franca como me lo ordenáis, he de manifestar que mi mayor deseo es salir de París.

—¿De veras? —dijo la reina—. ¿Me dejaríais?

—Espero que Vuestra Majestad me perdonará, pero ya conocéis, señora, mi pensamiento sobre el particular.

—De modo —dijo Catalina con visible alegría— que queréis marcharos. ¿Cuándo?

—Esta misma noche, si puedo, señora.

La reina se estremeció, pues no dudaba de la sinceridad de Alicia. ¿Quién sabe si en aquel momento no pesó una vez más en su espíritu la necesidad del asesinato de su hijo? ¿Quién sabe si no se dijo que tal muerte era inútil? Así queremos creerlo y creemos que fue sincera después de haber meditado, cuando dijo:

—Esta noche a las doce un carruaje os esperara a la puerta de Saint-Germain-L'Auxerrois. Habré dado las órdenes necesarias para que podáis franquear, sin obstáculo, la puerta de Buey, por la que saldréis de París. Sin deteneros, os dirigiréis a Lyon y desde allí a Italia. Os detendréis en Florencia para esperar mis últimas instrucciones. ¿Me prometéis hacerlo tal como os lo digo?

—Os lo juro, señora —dijo Alicia cayendo de rodillas.

—Bien, ¿y si el conde, vuestro esposo, manifestara un día deseos de volver a París me prometéis disuadirlo y, si persiste, avisarme?

—No volveremos a Francia, señora, os lo juro.

—Bien, levantaos, hija mía. En el coche hallaréis mi regalo de boda. En Florencia os haré entregar un acta de donación de uno de los palacios de mi familia. No me deis las gracias, Alicia. Me habéis servido fielmente con todas vuestras fuerzas y es justo que os lo recompense.

—¡Ah, señora! —dijo Alicia llorando—. Aunque fuera pobre, sin recursos, y me viera despojada de todo lo que poseo, sería feliz al marcharme de París. Perdonadme señora ¡he sufrido tanto aquí! Y cuando pienso que me marcharé con el hombre a quien he dado mi alma, lo olvido todo, señora, y llego a creer que toda esta felicidad será un sueño.

—Tranquilizaos. Y ahora, Alicia, escuchadme bien, tengo graves cosas que deciros. Voy a daros, hija mía, una prueba de mi confianza ilimitada.

—Los secretos de Vuestra Majestad son sagrados para mí.

—Sí habéis sido siempre la discreción personificada. Pero ahora no se trata de política ni de religión, y si no fuerais una mujer superior, no os abriría así el fondo de mi corazón.

Catalina miró fijamente a la espía y dijo sin ambages:

—Hay una falta en mi vida ...

Alicia escuchaba con atención, pero sin sorpresa aparente.

—Quiero referirme —continuó Catalina— a un falta en mi vida de mujer, porque en cuanto a mi vida de reina, está por encima de toda sospecha.

Para hablaros con más claridad, Alicia, sabed que Carlos, Enrique y Francisco no son mis únicos hijos.

Alicia permaneció impasible, lo que tal vez era un desacierto, pues hubiera debido manifestar respetuosa sorpresa.

La reina, que la devoraba con la mirada prosiguió:

—Tengo otro hijo todavía y éste está alejado de las gradas del trono.

—¡Cómo, señora! —exclamó Alicia—. ¿Acaso uno de los hijos de Vuestra

Majestad ha sido desheredado al nacer?

Esta habilísima pregunta, llegó a convencer a Catalina.

—No es esto —dijo la reina—, el hijo de que os hablo, lo es mío, pero no del rey difunto, Alicia, ¿qué decís de esta falta?

La espía dio a su rostro una expresión de sincero asombro.

—¡Señora! —balbuceaba—. No comprendo por qué Vuestra Majestad me hace esta terrible confianza.

—¿Juzgáis que la cosa es terrible? Sí, tenéis razón, porque si se supiera que la gran Catalina ha sido adúltera, y si existiera en el mundo un hombre que pudiera entrar aquí un día y reivindicar sus derechos de nacimiento, o cuando menos los del corazón, sería horrible cosa para mí. Es esto lo que querías decir, ¿verdad?

—¡Señora! —exclamó la espía—. ¿Cómo hubiera podido dar cabida a semejante pensamiento?

Catalina se levantó y, cogiendo la mano de la espía, exclamó:

—Ese hombre existe. Sí, Alicia, tan espantosa amenaza está suspendida sobre la cabeza de tu reina y ahora vas a saber por qué considero a Marillac como mi enemigo mortal y porque lo he vigilado estrechamente y por qué, en fin, te encargué vigilarlo y también por qué lo hice venir a la corte para examinarlo yo misma.

»Alicia —continuó la reina— hay un hombre que es la prueba viviente de mi falta, mi hijo, y Marillac lo conoce.

—¡No es verdad! —contestó Alicia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Catalina—. ¿Sabes algo?

—Nada, señora, no sé nada. Lo juro por mi alma, Marillac no sabe nada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo hubiera dicho; no tiene secretos para mí.

La contestación era tan natural y tan verosímil, que la reina soltó la mano de Alicia y se sentó en el sillón diciéndose:

«¿Me habré engañado?».

Y para convencerse de ello, cambió en el mismo instante su plan de ataque.

—Sí —dijo con profunda melancolía—. Odiaba al conde de Marillac, pero ya no lo odio, Alicia. No creas que lo he perdonado por ti, lo quiero de veras, pero mi afecto no podía llegar a tanto. No; si he perdonado al conde, ha sido por haber adquirido la certeza de que no ha hablado y de, que ha guardado para sí el terrible secreto. Además, estoy tranquila, pues me aseguras que te lo llevaras lejos de París. De este modo se desvanece todo peligro de revelación.

Era imposible parecer más franca y hablar con mayor naturalidad y, por lo tanto, la espía se tranquilizó.

«Ahora lo comprendo», —se dijo—. «La reina sabe que su hijo vive y cree que Diosdado lo conoce. Por eso me encarga llevarlo lejos de París. ¿Pero que haría si supiese que este hijo es el mismo Diosdado?».

En aquella última y suprema batalla de habilidad entre las dos mujeres, la reina

fue la más fuerte, pues no cometió ninguna falta, en tanto que Alicia cometió una terrible no preguntándose porque la reina le hacía tales confianzas. Entonces Catalina acabó su evolución, que podía llamarse un movimiento envolvente del pensamiento; sin gran esfuerzo, sus ojos se llenaron de lágrimas y murmuro:

—¡Ay, hija mía! ¿Quién podrá sondear jamás el corazón de una madre? Por este hijo, que es un amenaza para mí, y que me da miedo; por este hijo que trato de apartar de mi vida sin conocerlo... daría todo lo que poseo para verlo, aunque solo fuera una vez.

Pero tú no puedes comprenderme.

—En efecto —gimió la espía en su interior—. Yo no puedo comprenderlo, pues me dispongo a partir abandonando a mi hijo.

—Ésta es la causa —dijo la reina ahogando un sollozo— de que hace tanto tiempo esté triste. Este hijo Alicia me inspira grandísimo terror y, no obstante, le quiero. ¡Oh! ¡Si pudiera bendecirlo! ¡Abrazarlo en la hora de la muerte! ¡Cuánto lo he buscado y cuánto lo busco todavía!

Con las manos unidas, los ojos húmedos y la voz entrecortada, la reina parecía olvidar la presencia de Alicia.

—¿Hay más espantoso suplicio para una madre? Pasar la vida buscando a un hijo al que se quiere en secreto, sin tener el consuelo de poder confesar el amor maternal. Es espantoso. Comprendo que no lo veré nunca, pero me queda una esperanza y cuento contigo, Alicia.

—¿Conmigo, señora? —preguntó la espía llena de asombro.

—Escucha; a pesar de lo que me dices, estoy convencida de que Marillac conoce a mi hijo. El conde, leal en extremo, nunca te ha hablado de ello; más, por algunas palabras que se le escaparon en mí presencia, sé que conoce a mi hijo. Por consiguiente, cuando estéis en Florencia, trata de arrancarle este secreto. Es el último servicio que te pido, Alicia. Tu reina morirá bendiciéndote si, gracias a ti, puede ver a su hijo.

»¡Ay! —añadió juntando las manos—. ¡Mi esperanza es muy débil! ¿Quién sabe si lograrás hacerme conocer a este hijo que en vano he buscado tanto tiempo?

—Estoy segura de ello —exclamó la espía fuera de sí.

—Tratas de consolarme —dijo la reina representando su papel—, pero no sabes nada; antes me lo dijiste.

—Señora, os juro que os haré conocer a vuestro hijo.

—¿Estáis segura?

—Completamente.

La reina cerró los ojos, pues la última palabra de Alicia había terminado la lucha. Con profunda satisfacción del triunfo y temiendo que el secreto hubiera salido ya del círculo en que estaba encerrado, murmuró para sí:

«Por fin has confesado. Lo sabes, víbora. Bueno, eran tres: Juana de Albret, Marillac y Alicia. La primera ha muerto y ahora ha llegado la vez a los dos

restantes».

Abrió los ojos, se levantó y besó en la frente a la espía, diciendo:

—Hija mía, os creo. Gracias a vos hallaré a mi hijo. Adiós, Alicia, hasta la noche. Hasta entonces sois mi prisionera. Alguien vendrá a buscaros aquí. —Y salió dejando a Alicia profundamente conmovida.

«¡Oh, Diosdado!», —exclamó la pobre al estar sola—. «¿Será cierto que, por fin, conseguiremos la felicidad?».

XVII - El escuadrón volante de la reina

ACABABAN DE DAR las diez de la noche, En el Louvre terminaba alegremente el primer día de las fiestas dadas en celebración del matrimonio de Enrique de Bearn y Margarita de Francia.

A consecuencia tal vez de un capricho, o en cumplimiento de alguna consigna, o quizá también a causa de lo tempestuoso del tiempo, los parisienses regresaron a sus moradas. A la hora dicha, nadie transitaba por las negras calles de la ciudad; no se oían vociferaciones en torno del Louvre y en las salas llenas de luz, los señores católicos alternaban cordialmente con los hugonotes nobles.

En el exterior todo era silencio y tinieblas. El Cielo puro y radiante por la mañana, habíase cubierto después del mediodía. Cayeron sobre París algunos chaparrones que cesaron por la tarde; pero, entonces empezaron a levantarse tempestuosas ráfagas de vientos de vez en cuando un relámpago iluminaba el horizonte con su cárdena luz.

A las diez de la noche, la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois estaba, sumida en profunda oscuridad.

No obstante una de las capillas laterales estaba débilmente alumbrada por cuatro cirios que ardían en el altar. En aquel rincón de la iglesia, un observador que hubiera podido, penetrar allí cosa muy difícil, porque las puertas estaban cerradas y en el exterior cuatro hombres ocultos en la sombra montaban la guardia, el observador, repetimos, habría podido contemplar un extraño espectáculo... Los guardias tenían orden de no mostrarse. Si alguien llegaba llamando de un modo convenido, deberían abrir la puerta. Y además tenían la misión de apoderarse de toda otra persona que se acercara sin hacer la seña convenida. Dentro y cerca de cada puerta, dos mujeres esperaban a las personas que debían llegar. En la capilla lateral que acabamos de citar, estaban reunidas unas cincuenta mujeres. Formaban, sentadas en cinco o seis filas, un semicírculo alrededor del altar y hablaban entre ellas en voz baja, de lo que resultaba un murmullo confuso en nada parecido al de las oraciones.

A veces, una carcajada ahogada se destacaba de aquel murmullo y otras una voz dominaba de pronto las conversaciones. Aquellas mujeres eran todas de extremada juventud. La mayor no tenía veinte años. Iban ricamente vestidas y todas eran hermosas.

Florezían allí todos los géneros de belleza, pero ninguna de ellas tenía en su rostro esa timidez graciosa y natural propia de las jóvenes inocentes. Tenían todas la mirada atrevida, altiva y hasta dura sus facciones, a pesar del poderoso encanto de la juventud, ofrecían algo indefinible pero ajado.

Tales como eran, no obstante, más de una era soberanamente hermosa, con esa belleza que inspira trágicos amores. Hablaban entre ellas como si se hubieran encontrado en algún espectáculo o fiesta; pero el respeto al lugar en que se hallaban

hacía que de vez en cuando reinaran unos instantes de silencio.

Todas aquellas jóvenes llevaban en sus corpiños una daga y dichas armas procedían evidentemente del mismo armero, porque tenían idénticas vainas de terciopelo negro. Eran armas sólidas; no juguetes de mujer, sino puñales verdaderos. También el mango de todas las dagas era igual y formaba una cruz cuyo único adorno era un hermoso rubí. En las sombras, aquellos cincuenta rubíes incrustados en la cruz de los puñales, despedían rojos resplandores. Era un espectáculo fantástico. De pronto dieron las diez y las conversaciones femeninas cesaron en el acto.

Al mismo tiempo se oyó un débil ruido y las jóvenes volvieron la cabeza hacia el altar mayor.

—¡La reina! —dijeron todas en voz baja.

Se levantaron entonces y se inclinaron respetuosamente y con cierto temor ante su soberana.

Catalina avanzó despacio desde el fondo de la iglesia, saliendo probablemente de la sacristía.

Iba enteramente vestida de negro, y el largo velo de las viudas la envolvía ocultando su semblante.

Sobre su cabeza, una corona real de oro viejo, brillaba débilmente.

Atravesó las filas y se arrodilló al pie del altar, ejemplo que fue seguido por todas las jóvenes. Luego se levantó y subió las tres gradas de aquél. Entonces, levantando el velo que cubría su cara, se volvió hacia las jóvenes que, en pie a la sazón, mudas y hondamente impresionadas, la miraban con supersticioso temor.

Parecíales que la reina había crecido. En la oscuridad, su rostro aparecía más lívido y únicamente sus ojos brillaban intensamente. Dirigió penetrante mirada a las jóvenes y se sintió satisfecha de lo que vio.

Aquellos cincuenta rostros vueltos hacia ella, estaban petrificados por la angustia. Y ella misma, por la profunda emoción que la hacía palpar, comprendió todo el efecto que había producido.

Comediante prodigiosa, poetisa trágica, visionaria de dramas sangrientos, en que su ardiente imaginación evolucionaba a sus anchas, a veces se impresionaba con su propia ficción y admiraba el horror de aquella escena creada por su cerebro sobreexcitado. Entonces un recuerdo atravesó su espíritu. Vióse de nuevo en la acción de Jarnac, tres años antes, bailando al son de las violas en el campo de batalla con aquellas mismas jóvenes que estaban ante ella, oyó las carcajadas de sus damas cuando por azar pisaban a un herido o la cola de un vestido se arrastraba en un charco de sangre; en su imaginación los acordes de las violas se mezclaban al estampido de los cañonazos, pues mientras ella bailaba, bombardeaban a los hugonotes derrotados; luego la alegre banda chocó contra un montón de cadáveres al pie de una pequeña eminencia. Había allí trescientos hugonotes que se hicieron matar. Toda la familia del señor de Verne, el jefe, anciano de ochenta años, sus hijos, sus nietos, sus hermanos,

sus primos, todos estaban allí, el más joven de dieciséis años. Todos yacían formando montón, inmóviles y ya rígidos, y alrededor de aquel montón de muertos, el escuadrón volante de la reina, organizó una zarabanda delirante.

El espíritu de Catalina estaba formado por estas antítesis extraordinarias y estos contrastes formidables.

En la iglesia estaban ante ella gran parte de las mujeres que componían su escuadrón volante; no todas, pues de las ciento cincuenta hijas de nobleza que lo componían, sólo había hecho ir a la iglesia a aquéllas que le merecían entera confianza: eran temperamentos fogosos, mujeres que no tenían de tales más que la hermosura del cuerpo, reitres femeninos capaces de manejar el puñal.

Éstas le eran sumisas y le pertenecían en cuerpo y alma. La reina era para ellas un dios y su admiración rayaba en idolatría.

Rameras, guerreras, espías, desquiciadas por las pasiones y los placeres de la orgía, en un convento hubieran sido poseídas y a la sazón lo eran en efecto, porque el alma de Catalina las dominaba.

Después de aquella misma batalla de Jarnac, por la noche, en la terrible melancolía del campo de batalla y entre las quejas de los heridos, se desparramaron cubiertas de antifaces para ofrecerse a los jefes que habían matado más enemigos.

La matanza era para ellas un placer como el amor.

Muy a menudo jugaban a los dados sobre quién se entregaría a determinado enemigo de la reina, al cual sus criados hallaban al día siguiente cosido a puñaladas.

Tal era el escuadrón volante de la reina, y después de una orgía, ya fuera de voluptuosidad o de sangre, la absolución del confesor de Catalina bastaba para tranquilizar su conciencia. Todas eran católicas a machamartillo y ni una sola hubiera dejado de creerse condenada faltando voluntariamente a la misa.

—Hijas mías —dijo Catalina— se acerca la hora en que vais a libertar el reino. Vais a echar a satanás. Vais a conseguir la suprema victoria. Quise hacer la paz con los herejes, pero Dios me ha castigado. He sido herida en lo que más quiero en el mundo, es decir, en vosotras, que sois mis verdaderas hijas del corazón.

Las oyentes se miraron con vago sentimiento que el acento, más bien que las palabras de la reina, les causaba. Esta continuó:

—Como sois toda mi alegría, todo mi consuelo y toda mi fuerza; como me ayudáis en la terrible lucha que he emprendido, pues sois las más implacables enemigas que Dios ha suscitado a los herejes, por todo ello han resuelto vuestra pérdida. En una misma noche debíais ser degolladas. Si tal desgracia ocurriera si la horrible hecatombe llegara a cumplirse, sería mí muerte, la pérdida del reino y el triunfo de Satanás. Todo está pronto, hijas mías. Cincuenta nobles, cincuenta monstruos, más bien dicho, cincuenta hugonotes, en una palabra, han decidido asesinar en la noche del sábado al domingo a las cincuenta fieles a la reina, atrayéndolas antes a una emboscada.

Las cincuenta jóvenes, todas a la vez, desenvainaron sus dagas, dirigiendo a su

alrededor miradas furiosas. Estaban temblorosas de rabia y de espanto a un tiempo.

Una explosión de juramentos masculinos se dejó oír entonces en aquellas bocas femeninas, pero un gesto de la reina las calmó.

—He sido castigada por haber querido la paz y mucho más todavía por venir la traición de las personas en quienes más había confiado. Entre los hugonotes uno me inspiró verdadero afecto y entre vosotras había una a la que amaba más que a todas. Ésta me hizo traición y él, el hugonote, fue el que combinó la matanza que debía dejarme sola, sin apoyo, sin amigas, pues todas debíais ser degolladas.

La reina hablaba sin cólera y más bien como presa de tristeza.

Aquella vez las jóvenes se quedaron estupefactas de horror.

«¿Cuál de ellas era la traidora?».

—Aquella cuyos siniestros proyectos he sorprendido —continuó la reina— os señaló una por una. ¡Ah, no se había engañado! Escogió entre mis ciento cincuenta amigas, a las más resueltas; a las más fieles, a las más guerreras, todas las aquí presentes. ¡La traidora se llama Alicia de Lux!

—¿La hermosa bearnesa? —gritaron varias voces.

Y la tempestad se desencadenó: tempestad de vociferaciones y de amenazas en aquellas bocas; brazos levantados, manos frenéticas agitando los puñales mientras Catalina, inmóvil, las contemplaba como pudiera hacerlo el genio del mal.

—El hombre que por indicaciones de la bearnesa combinó la matanza, es un hugonote hipócrita que supo inspirarme verdadera amistad: el conde de Marillac. Paciencia, hijas mías, paciencia y silencio. Ya sabéis que vuestra reina vela por vosotras. He aquí lo que he resuelto: A partir de esta noche, y en cuanto salgáis de aquí, iréis a alojaros, hasta el domingo, a mi nuevo palacio. Que ni una de vosotras se atreva a salir, porque sería muerta sin remedio.

»El domingo ya no habrá peligro. Ya veréis a lo que se atreve una reina como yo cuando se trata de salvar una religión amenazada y fieles amigas como vosotras veréis, pues salvadas, pero esto no es todo.

»Dentro de una hora Alicia de Lux y Marillac estarán aquí. Os los entrego —prosiguió Catalina—, pero escuchadme antes. También debe venir un santo hombre que está al corriente de la traición y se ha encargado de castigar a los dos traidores. Heridos por él, lo serán por la mano de Dios y valdrá más que sea así. Yo lo quiero y Dios también.

El odio que animaba a las mujeres, hízolas prorrumpir en protestas al saber que no serían ellas las encargadas de llevar a cabo la venganza, pero las últimas palabras de la reina las hicieron enmudecer.

—El reverendo Panigarola, instrumento del Señor, va a vengarse. Durante la ejecución, os colocaréis al lado de la puerta principal de la iglesia y permaneceréis invisibles. Así os lo mando, pero...

Llenas de ansiedad las cincuenta jóvenes escuchaban atentamente.

—Pero si Panigarola vacila... si su mano tiembla... y si la bella bearnesa Y

Marillac se defienden demasiado bien, entonces hijas mías, obedeciendo a una seña que os haría, acudiréis y haréis el resto.

La seña...

Catalina desenvainó su daga y la levantó como si hubiera sido una cruz.

—La seña es ésta —dijo con voz terrible— y gritaré: «¡Dios lo quiere!».

Las cincuenta jóvenes, sugestionadas por el gesto de la reina, gritaron también:

—¡Dios lo quiere!

Catalina, con los brazos levantados hacia el cielo, exclamó:

—Señor, mira estas armas que se desenvainan para tu servicio. Señor, perdóname que en este momento ocupe el lugar de tus representantes. Hijas mías, vuestros puñales son cruces, ¡los bendigo!

Llenas de superstición, las jóvenes inclinaron la cabeza. La oscuridad se hizo de repente, pues se apagaron los cirios del altar. Cuando las jóvenes levantaron la cabeza, vieron a Catalina que, después de haber apagado los cirios del altar, bajaba sus escalones. La reina se hundió en las tinieblas de la iglesia y desapareció a lo lejos por el altar mayor, sobre el cual ardía una lámpara de aceite, semejante a una estrella que iluminara tristemente un sepulcro.

En aquella dirección se alejó la reina Catalina, mientras las cincuenta mujeres, animadas por horror supersticioso y deseo de venganza, se deslizaron al lugar que les había sido designado y puñal en mano esperaron.

XVIII - El monje

TRANSCURRIERON VEINTE MINUTOS. Las ráfagas de aire que mugían alrededor de la vasta iglesia y en el claustro, hacían más profundo el silencio del interior. La tempestad que toda la tarde había estado amenazando, parecía estar a punto de estallar. A veces un brillante relámpago iluminaba las imágenes de los ventanales, y aquella luz lívida y rápida alumbraba los rostros convulsos de las cincuenta mujeres entonces un sordo gruñido rodaba por encima de la iglesia, la ráfaga producía una queja estridente y por fin, todo volvía al silencio y a las tinieblas.

Dieron las once y luego las once y media.

En aquel momento un hombre se acercó al altar mayor y con mano temblorosa encendió cuatro cirios, dos a la derecha y dos a la izquierda del tabernáculo. Pasó entonces una mano por su frente para secar el sudor que la humedecía. Estaba lívido, vacilaba sobre sus piernas y volviéndose descubrió a la reina prosternada y en actitud de recogimiento.

Descendió las gradas, se acercó a ella y se inclinó.

—Señora —dijo en voz baja.

Y como ella no contestara, la tocó en el hombro y murmuró:

—¡Catalina!

La reina entonces levantó la cabeza.

—Renato —dijo en voz muy baja—. ¿Está todo preparado?

Ruggieri unió las manos.

—Señora —dijo—, éste es un sueño espantoso ¡Oh! Lo perdonaréis ¿no es verdad? ¡Perdón, reina mía! ¡Perdón para mi hijo! Perdón para mí que os he amado hasta el punto de hacerme envenenador.

—¿Qué os importa que este hombre viva o no? ¿No va a partir para no volver nunca?

La reina se había puesto de pie.

—Renato —dijo—. Por Dios vivo que nos escucha, te juro que hoy he querido salvarlo. He interrogado a Alicia y he sabido la verdad, la verdad terrible. No solamente Diosdado sabe que es mi hijo, sino que se alaba de ello. Alicia de Lux conoce el secreto y ¿cómo lo sabría si él no hubiera hablado? ¿Quién sabe lo que podrían hacer de él, si los dejaba huir? No, Renato, no hay perdón posible y, por otra parte, ¿no lo has condenado tú mismo? ¿No lo has visto muerto con el pecho atravesado? ¿No se te apareció su imagen allí, en la torre? Ya ves que Dios lo había condenado antes que yo.

Ruggieri no hizo más que repetir:

—Perdón, señora. Si queréis puedo ir en su compañía y vigilarlos.

—Cállate, Ruggieri. Mira, en aquella puerta acaban de dar la señal.

—No, es un trueno. Es Dios que nos maldice.

—Ve a abrir, te digo.

—Ruggieri cayó de rodillas.

—Catalina, ¿no tendréis piedad de vuestra misma sangre?

La reina se inclinó y, animada por la furia histórica que la embargaba, agarró por un brazo al astrólogo y lo levantó.

—¡Miserable! —exclamó—. ¿Quieres acaso que sacrifique el honor, la gloria, el poder y la realeza a tu debilidad indigna? Ten cuidado. Estás acusado de brujería y de más asesinatos que años cuentas y sólo vives gracias a mi amparo. En cuanto cese de sostenerte mi mano, tus acusadores se precipitarán sobre ti y entonces serás víctima de la tortura y el verdugo. Ve a abrir.

Titubeando y chocando con las rejas del coro, ganó la puerta que le indicaba Catalina y abrió.

Apareció un monje con el capuchón echado sobre los ojos, y volviéndose a Ruggieri que lo miraba con extraviados ojos, le preguntó:

—¿Dónde debo ir?

Ruggieri extendió el brazo hacia el altar mayor y con voz ronca, sin expresión humana contestó:

—Allí, allí te espera. ¡Ve, verdugo!

Y Ruggieri retrocedió hacia la puerta y la franqueó. Entonces el fraile oyó un sollozo y a la luz de un relámpago vio como el hombre se marchaba tropezando y profiriendo sordas imprecaciones.

Entonces cerró la puerta por sí mismo y dejando caer el capuchón sobre sus hombros se dirigió al altar mayor... Catalina lo vio acercarse y no hizo el menor movimiento, pero cuando estuvo a su lado murmuró.

—Perfectamente, marqués de Panigarola, sois fiel a la cita. Sed bienvenido.

Panigarola volvió la cabeza hacia la puerta que acababa de cerrar y pensó:

«¿Por qué me habrá llamado verdugo ese hombre?».

—Marqués —dijo la reina—, habéis cumplido vuestra palabra. Gracias a vos París está en ebullición. Gracias a vos, las parroquias son otros tantos focos de incendio. Sólo falta la chispa que prenda en tantas pasiones. Gracias, reverendo. Me ha llegado la vez de cumplir mi promesa. Dentro de un instante vais a ver a vuestra adorada.

—¿Alicia? —exclamó Panigarola.

—Es vuestra. Lleváosla, marqués; os la doy. En cuanto al rival, en cuanto al hombre tan execrado por vos, podéis matarlo con eso.

Y uniendo la acción a las palabras tendió un papel al monje, que contestó:

—¡La carta de Alicia! ¡Ah, ya comprendo! ¡Sois grande y terrible! ¡Si, Si la ama como dice esta venganza es la más eficaz! Gracias, señora, gracias.

—Entonces estamos de acuerdo. Mostraréis la carta a Marillac.

—Sí, sí.

—Se la haréis leer.

—Sí, sí.

—Entonces os lleváis a Alicia. El convencerla os incumbe a vos, cosa fácil, porque, según resulta del interrogatorio al que la he sometido, no os guarda ningún rencor. Os espera un carruaje.

—¿Pero él... también vendrá?

—Va a llegar.

—¿Al mismo tiempo que ella? ¿Por qué, señora? ¿Por qué?

—Lo esencial es que va a llegar. ¿Y si a pesar de la carta quiere guardar a Alicia para sí? ¿Y si la quiere infame y cubierta de oprobio como se la mostraréis? ¿Y si su amor resiste a vuestra revelación como el vuestro sobrevivió a sus traiciones?

—¡Señora, señora!

—Es necesario preverlo todo —añadió Catalina con asombrosa tranquilidad— o Si Marillac os disputa a Alicia...

Con un gesto violento el monje se abrió la túnica y entonces apareció vestido de caballero, con un traje de rara magnificencia. Apareció tal como habla sido antes, es decir, el elegante marqués que llevaba jubón de seda, cuello de valiosísimos encajes, una cadena de oro al cuello y fuerte daga en la cintura.

La desenvainó Y con sorda voz exclamó:

—Esta daga decidirá el asunto.

XIX - Los novios

PANIGAROLA CUBRIÓSE NUEVAMENTE con el hábito, se caló el capuchón hasta los ojos y se arrodillo. Catalina lo contempló un momento sonriendo y luego se dirigió a la puerta por la que había entrado el monje.

En aquel momento eran casi las doce de la noche.

La reina oyó rodar una carroza y abrió por si misma la puerta de la iglesia. La carroza se detuvo y de ella bajaron tres mujeres, una de las cuales era Alicia que iba vestida de blanco y estaba muy pálida. Vaciló un momento al hallarse ante la iglesia, pero por fin entró. Las dos mujeres subieron entonces de nuevo a la carroza, que se alejó enseguida.

La espía, al penetrar en la iglesia, quedóse un momento inmóvil examinando las tinieblas que disipaban apenas los cuatro cirios encendidos a lo lejos en el altar mayor. Pero de pronto una voz murmuró a su oído:

—¿Ya estáis aquí, hija mía?

Alicia reconoció entonces a la reina y se disipó la sorda Inquietud que la habla sobrecogido.

—Lo buscáis, ¿no es eso? Paciencia pronto vendrá.

—¡Cuán buena sois, señora! ¿Cómo podré demostrar mi gratitud a Vuestra Majestad?

—¿Has visto el carruaje que debe conducirnos?

—No, señora. No lo he visto. Tampoco veo al sacerdote. ¿Cómo no hay nadie en la iglesia?

—Paciencia, te repito. ¿Por qué tiembles de ese modo?

—Señora, allí en el fondo de la iglesia oigo murmullos.

—Será el viento; no hay nadie.

—Están dando las doce, señora.

—Y he aquí que llega tu prometido —dijo la reina.

En efecto, al dar la primera campanada de las doce, llamaron desde fuera con arreglo a la señal convenida.

Alicia, conmovida, hizo ademán de abrir pero la contuvo con rudo gesto.

—Soy yo quien abre —dijo.

Alicia se quedó inmóvil sintiendo inexplicable espanto, pues hallaba muy extraordinario que la reina en persona se hubiera apostado a la entrada de la iglesia y quisiera abrir con sus reales manos en vez de confiar la tarea a un criado cualquiera.

La desgraciada comprendió que habla caído en una emboscada.

«*No es Marillac*» —pensó.

Pero se engañaba, porque, realmente, era su prometido.

La reina abrió y al hacerlo inspeccionó cuidadosamente los alrededores de la iglesia para asegurarse de que el conde había llegado solo. Al observar que,

realmente, el joven no iba acompañado, preguntó:

—¡Cómo!, ¿no habéis traído a dos o tres de vuestros amigos?

Marillac, al reconocer a la reina, sintió grandísimo asombro y se inclinó con emoción profunda.

Inmensa gratitud llenó su corazón al ver cuán grande prueba de benevolencia le daba su madre.

—Señora —dijo—. Vuestra Majestad olvida que me ordenó venir solo. No obstante, debo confesar que estaba resuelto a hacerme acompañar por un amigo mío que ya conocéis, pero el caballero no estará libre hasta mañana por la mañana.

—Sí, sí —dijo Catalina.

Y cerró la puerta dando un suspiro de alegría y al mismo tiempo señaló al conde a su prometida.

Los novios se entrevieron en la sombra e instantáneamente sus manos se enlazaron y olvidaron el universo. Instintivamente dirigiéronse hacia los cuatro cirios que brillaban con débil luz y se detuvieron al pie del altar.

La reina los seguía sin apartar su mirada del grupo que formaban.

Entonces parecieron despertar de su ensueño amoroso y Alicia murmuró:

—No veo al sacerdote que ha de casarnos.

Catalina se acercó a Panigarola prosternado, lo tocó en el hombro y dijo:

—He aquí el que va a unirnos.

El monje se levantó lentamente, descubrió su rostro y se volvió hacia los novios.

XX - Las rameras

EN AQUELLA MISMA NOCHE del lunes 18 de agosto, hacia las nueve, la vieja Laura estaba sola en la casita de la calle de la Hache, aquella casa de puerta verde en que más de una vez hemos penetrado y a la que vamos a hacer la última visita.

A las ocho, de acuerdo con la cita convenida con Alicia, Marillac llegó a la casa de la calle de la Hache.

—¿Y Alicia? —preguntó.

—La reina la ha retenido hasta las doce. Me ha encargado esperaros. ¿Qué va a pasar, Dios mío? Nunca vi a Alicia tan contenta.

Marillac sonrió.

—Me dijo que os avisara. Esperad que recuerde bien sus palabras. ¡Cuán feliz es la pobre!

—¡Veamos! —dijo el conde—. Recordad sus palabras.

—Helas aquí: «*Os esperan a la primera campanada de las doce, en donde sabéis, ni un momento antes ni después*».

—Perfectamente.

—¿Ya lo sabéis? —dijo Laura—. ¿Queréis decirme dónde vais?

—Ya lo sabréis mañana, os lo prometo. Ahora, adiós, señora.

—Dios os guíe, señor conde. No lo olvidéis, a las doce en punto.

El conde de Marillac dirigió tierna mirada a aquella habitación, en que tantas veces viera a su adorada, hizo un gesto de despedida y se marchó.

La vieja Laura lo acompañó hasta la puerta del jardín dirigiéndole cariñosas palabras de despedida.

Luego volvió al interior de la casa, se encerró cuidadosamente y se dispuso a esperar. Dieron las nueve y entonces murmuró:

—Creo que ya no volverá. En cuanto a ella está en buenas manos.

Se levantó y murmuró sonriendo:

«*“E finita la commedia”. Empezaba ya a fastidiarme. ¡Uf, ya está, ya soy libre! Bueno, ¿y ahora qué hago? Pues es muy sencillo: buscar una posada en París en la que pueda pasar tres o cuatro días inadvertida y luego dirigirme a Italia a pequeñas jornadas. Soy rica. Veamos cuánto dinero tengo*».

Subió a la habitación de Alicia y con un martillo descerrajó la puerta.

Sobre la cama Alicia había reunido por la mañana todo lo que quería llevarse, pues creía estar de vuelta a las ocho de la noche, pero ya se ha visto que la reina la retuvo en el Louvre.

Su equipaje consistía sencillamente en un saco de mano y un cofrecillo. Éste contenía las cartas recibidas de Marillac. Laura las echó tranquilamente al fuego y abrió el saco de mano. Sus ojos entonces brillaron de placer y su boca desdentada sonrió de gozo.

El saco de mano contenía todas las joyas de Alicia, es decir, su fortuna entera. Había un hermoso collar de perlas, broches de diamantes, una docena de sortijas adornadas con piedras preciosas, esmeraldas, rubíes, zafiros, luego dos collares más, uno de los cuales era de diamantes y por fin unos treinta cartuchos de escudos de oro.

«*Por lo menos hay aquí trescientas mil libras en joyas y en oro*», —murmuró la vieja pálida de emoción—. «*Y con lo que me ha entregado la reina...*».

Entonces un golpe violento resonó fuera de la casa.

Laura, de un soplo, apagó la antorcha que iluminaba la estancia y desenvainando el puñal se apostó detrás de la puerta.

«*¡Qué entre!*», —dijo—. «*Si lo hace la mato; Ya estoy cansada. La reina me dijo que todo estaría terminado esta noche*».

Esperó pegada a la pared oprimiendo nerviosamente el mango del puñal.

Renovóse entonces el ruido que tanto la asustara, y Laura respiró tranquilizada.

«*¡Qué tonta soy! Es una ventana que ha batido el viento. ¡Qué mal tiempo hace! Hermoso para una boda*».

Entonces, a toda prisa, metió en el saco de mano las joyas y los cartuchos de monedas que antes sacara de allí, y luego, dirigiéndose a su habitación, regresó con un taleguito.

«*Cuarenta mil libras*», —murmuró desdeñosamente—. «*He aquí lo que me da la gran Catalina en pago de mis buenos y leales servicios. Felizmente me desquito*».

Metió las cuarenta mil libras en el saco de mano y lo cerró cuidadosamente.

Luego se echó una capa sobre los hombros, salió, cerró la puerta del jardín y tiró la llave dentro de la casa por encima de la tapia. En seguida se alejó con tanta rapidez como le permitía el peso del saco de mano.

Una sombra se destacó de una puerta vecina y empezó a seguirla. Eran entonces las nueve y media de la noche. Las calles estaban negras y desiertas. Las nubes bajas pasaban corriendo sobre los techos agudos de las casas. El toque de queda había sonado y las posadas y hosterías estaban ya cerradas.

Laura no se percató de que la seguían.

La vieja tenía miedo y bajo su manto estrechaba nerviosamente su precioso saco de mano. Iba al azar porque conocía muy poco París, pues desde la fecha en que llegó casi no había salido de la calle de la Hache.

Por fin vio que se había extraviado completamente y la principal razón que tuvo para no volver a la casa de la que acababa de salir, fue que no habría sabido hallar el camino, y por otra parte no había nadie en las calles para preguntarlo.

No obstante, a veces entreveía sombras que se movían a su alrededor y oía algunos murmullos. Tal vez el hombre que la seguía hablaba con algunas gentes, porque en diversas ocasiones las sombras que habían parecido querer detenerla, desaparecieron.

Laura se estremecía de terror y apresuraba el paso recordando las historias de transeúntes atacados y desvalijados por los truhanes.

—Torpe de mí —decía—. ¿Por qué habré salido de la casa antes del día, ya que Alicia no ha de volver? Pero ¿y si la reina mintió? ¿Si volviera? No, no, he hecho bien y sus dedos se incrustaron en el asa del saco de mano.

De pronto se detuvo llena de miedo; hallábase en una calle estrecha y acababa de divisar un poco de luz filtrándose a través de las junturas de una puerta. El hombre que la seguía se detuvo a tres pasos de ella.

—¡Oh, si fuera una posada! —murmuró llena de terror y angustia.

Un largo relámpago alumbró la oscuridad inundando la calle de lívido resplandor y, a su luz, Laura entrevió una enseña que se balanceaba chirriando al ser agitada por el viento.

«*Es una posada*» —se dijo y corrió hacia la puerta.

En aquel momento se sintió cogida por dos brazos vigorosos y derribada al suelo mientras una mano ruda se apoyaba en su boca para impedir que gritara.

Laura era fuerte y se debatió vigorosamente.

—¡Diablo! —gruñó una voz avinada—. Quiere resistir. ¡Eh, las patas quietas! ¡Vaya una mujer rabiosa!

La vieja mordió la mano que se apoyaba en su boca y como el bandido la retirara Laura empezó a gritar.

—¡Socorro! ¡Me asesinan!

El último grito casi no salió entero de su boca, porque la mano que acababa de retirarse, al ser herida, incrustóse en el cuello de Laura y empezó a estrechar paulatinamente y cada vez con mayor fuerza.

La vieja Laura se debatió unos instantes todavía.

Sus ojos convulsos y extremadamente abiertos, trataban de ver a su agresor. Un relámpago alumbró la calle y entonces la vieja distinguió una odiosa cara de bandido inclinada sobre ella.

De pronto la vieja espía se quedó inmóvil. Estaba muerta.

El truhan la palpó murmurando entre dientes.

Cuando hubo hallado el saco de mano lo sopesó y sonrió satisfecho.

Entonces cogió el cadáver, lo colocó a lo largo de la pared y persignándose rezó un padrenuestro.

—Ya estoy en paz —dijo—. Entremos ahora en «Los Dos Muertos que Hablan». ¡Ah! Lo que es ésta no hablará nunca más.

Por, acostumbrado que estuviera y aun cuando se habla puesto en paz con su conciencia, gracias al padrenuestro que acababa de rezar, el truhan no pudo substraerse al ensimismamiento especial que sobrecoge a los asesinos después de cometido el crimen.

Quedóse allí un momento colocando el cadáver contra el muro para que no se mojara con el agua que corría por el arroyo central de la calle.

«*Es extraordinario*», —pensaba—, «*esta mañana era pobre como Job, y por la noche rico. ¡Cuántas veces he deseado serlo! ¡Por las tripas del diablo! Hay aquí*

dentro cuarenta mil libras y no estoy contento. Bueno, ¿pero estará realmente esta suma? Si cuento bien, ésta es la decimosexta persona que mato desde que ejerzo la digna profesión de asesino a sueldo. ¡Diez y seis cadáveres! ¡Bah! Mato, me pagan y ya está».

El bandido se estremeció. Tal vez le remordía su oscura conciencia.

Continuó su monólogo esperando un nuevo relámpago para ver por última vez a la vieja. Tal vez para satisfacer la terrible curiosidad de los criminales sencillamente para asegurarse de que estaba bien muerta.

Estaba acurrucado mirando con extraviados ojos a su víctima, mientras murmuraba:

«Esta mañana vi entrar al hombre en mi vivienda. Ocultaba su semblante, pero yo conozco a todo el mundo. En fin, el señor astrólogo no quería ser reconocido y por lo tanto me callé. Entonces me dijo:».

«¿Cuánto por una vieja?».

«Cinco escudos de seis libras y no es caro».

«He aquí los cinco escudos. Irás a la calle de la Hache, a la esquina de la de Traversine, y esperarás ante la casa que tiene una puerta verde. Hacia las ocho la mujer saldrá y la sigues, más para herirla, esperarás que esté lejos, muy lejos de la casa. ¿Has entendido?».

«Perfectamente».

«Ahora escucha bien. Si no ejecutas la cosa a entera satisfacción y si la mujer vuelve, serás ahorcado. Eres conocido y se sabrá donde hallarte».

«No tengáis cuidado, monseñor, el trabajo será hecho y bien hecho».

«Entonces, escucha; no habrás ganado cinco miserables escudos, sino que la mujer llevará encima por lo menos cuarenta mil libras que podrás guardarte».

«¡Cuarenta mil libras! —Al oírlo me caí de asombro. ¡Vaya un día! Me figuré que la noche no llegaría nunca. Pero, por fin, ya son más las cuarenta mil libras. Ahora entremos en la taberna, porque tengo sed».

Llamó de un modo especial y la puerta se entreabrió. El truhan entró y fue a sentarse a un rincón oscuro guardando el saco sobre sus rodillas y debajo de la mesa. Consiguió entreabrirlo y hundiendo la mano palpó los cartuchos y monedas y las piedras preciosas.

«Bueno, se ve que están las cuarenta mil libras. ¡Cuernos del diablo! ¿Por qué no estoy más contento?». —¿Qué hubiera dicho el bandido al conocer la verdadera fortuna que contenía el saco de mano?

Cuando hubo vaciado algunas botellas, pagó y se marchó sin hacer ruido.

Ignoramos lo que fue de él y sobre este personaje el lector puede imaginarse el desenlace que mejor le plazca.

Pero ya que acabamos de penetrar en la taberna de «Los Dos Muertos que Hablan», echemos una ojeada.

Había numerosa reunión compuesta principalmente de mujeres en lo que Catho

llamaba la gran sala que, en realidad, era bastante estrecha y contenía cinco mesas. En cada una había de tres a cuatro bebedores, truhanes y rameras, de rostros feroces o envilecidos, gentes que vivían del crimen y que componían la clientela nocturna de la taberna. En efecto, la posada de «Los Dos Muertos que Hablan», que, de día, era frecuentada por burgueses y soldados, convertíase, de noche, en una madriguera. Catho no se había sentido nunca con valor para rehusar asilo a sus antiguas amistades. Resultaba de ello, que durante el día, el establecimiento tenía honrado aspecto y por la noche la apariencia de una verdadera taberna en donde se refugiaban las gentes perseguidas por la ronda, y las rameras que esperaban la buena fortuna.

Aquella noche había mayor concurrencia de mujeres a causa de la tormenta. Ésta era propicia para los asesinos y atracadores, pero, en cambio, era desfavorable a las rameras.

Dos mozos hercúleos servían las consumiciones a aquella clientela que profesaba mal disimulado respeto por sus enormes puños. Durante el día, los dos colosos, verdaderos perros de guarda, eran reemplazados por jóvenes y hermosas sirvientas, lo que demuestra que Catho conocía maravillosamente su doble clientela. Para los burgueses apacibles, camareras complacientes, y, en cambio, para las rameras y los truhanes, hércules que más tenían de guardias que de mozos.

A aquella hora avanzada Catho no se había acostado aún. Estaba en un estrecho gabinete contiguo a la sala pública, hablando con dos mujeres jóvenes. Estas entraron en la taberna hacia las diez de la noche, y como esta visita se relaciona estrechamente con los incidentes de la historia que relatamos, es interesante conocer desde el principio la conversación que sostuvieron con Catho. Cuando entraron en la sala, la hostelera avanzó a su encuentro, diciéndoles:

—¡Dichosos ojos que pueden veros! Hace más de un mes que no habíais venido. Seguramente queréis pedirme algo.

—Es verdad, Catho. Venimos a pedirte una cosa —dijo una de las jóvenes.

—Y muy seria —dijo la otra.

—Bueno, bueno, entrad aquí —dijo Catho señalando el gabinete—. Siempre venís a pedirme y nunca devolvéis nada. Tú, «Roja», tienes todavía mi collar de cuentas azules que te presté para conquistar a aquel capitán. Y tú, Paquita, me debes no se ya cuántos escudos. Sois dos cestos sin fondo.

—Pero te queremos mucho —exclamaron las dos rameras.

—¡Ah, juventud, juventud! —exclamó Catho.

No queréis ahorrar y no pensáis en que podríais perder vuestra belleza como yo.

—¡Bah, Catho! Tu continuas siendo, hermosa.

La sonrisa de la hostelera les probó que no era insensible a su lisonja. Entraron en el gabinete, mientras el ama de la posada servía a unos parroquianos.

Por fin, Catho fue a reunirse con sus amigas, haciéndoles relatar sus aventuras, que le recordaban los tiempos pasados. Quería a «La Roja» y a Paquita precisamente

a causa de los defectos que les reprochaba.

—Veamos —dijo—, confesaos ahora.

«La Roja», que era la más atrevida de las dos, empezó diciendo:

—Pues Paquita y yo hemos sido invitadas a una fiesta.

—¿Para cuándo? —dijo Catho sonriendo.

—Para el domingo, ya ves que tenemos tiempo de prepararnos, sobre todo si tú nos ayudas.

—¿Y en qué puedo ayudarlas, bribonas? ¿Necesitáis algún collar? ¿Algún cinturón?

—Nada de eso, Catho. Es preciso que tengamos vestidos decentes. Vestidos de burguesa.

—¿Qué? —exclamó Catho estupefacta.

—¡Caramba! Asistirán a la fiesta jueces y sacerdotes y, ya comprendes, Paquita y yo hemos pasado el día examinando nuestros trajes. Son buenos para el oficio... corpiños abiertos... cinturones chillones... pero no es posible ir vestidas así a la fiesta de que se trata. Escucha, Catho, sería preciso que de aquí al domingo nos proporcionaras trajes.

Catho levantó los brazos al cielo.

—¿Pero qué fiesta es ésa a la que deben concurrir jueces y sacerdotes y a la que no podéis asistir con vuestros trajes que os sientan tan bien?

—¡Ah, sí lo supieras, Catho!

—¿Se trata de un casamiento?

—No, Catho, estamos invitadas a presenciar la tortura.

Catho se quedó estupefacta y sus interlocutoras, figurándose que no lo creía, le aseguraron que era verdad.

—¿Y esto os divierte? —exclamó la pobre hostelera—. ¿Ver sufrir horrorosamente a un pobre diablo? Yo vi enrostar una vez y me estremezco cuando pienso en ello.

—Yo no quería —dijo «La Roja»— pero Paquita se ha empeñado. Además, hay que tener en cuenta una circunstancia. Si no vamos, el señor de Montluc, que es muy generoso, pero también muy bruto, se disgustaría con nosotras.

—¡Ah! ¿Es el señor de Montluc quien os ha invitado?

—El mismo.

—¿El gobernador del Temple?

—Sí, Catho, ya ves que el personaje es de importancia.

—¿Y dónde tendrá lugar el tormento?

—En el mismo Temple. Estaremos ocultas en un gabinete cercano a la cámara de la tortura, porque es necesario que no nos vean; pero, en fin, si llegaban a descubrirnos, pasaríamos por parientas del paciente.

—¡Ya!, pero yo en vuestro lugar no iría.

—¿Quieres darnos un disgusto, buena Catho? —preguntó Paquita.

—¿Y hacernos perder la clientela del señor de Montluc? —añadió «La Roja».

—¿Y atraernos su cólera?, dijeron a coro.

—Pues bien, como queráis —dijo Catho vencida, os proporcionaré lo que os hace falta.

—¿Para el sábado?

—Sí, para el sábado por la noche: Convenido.

Las dos rameras besaron a su arruga como pudieran hacerla unas niñas después de haber obtenido de su madre algunas golosinas.

—¿Y quién es el desgraciado que van a torturar?

—Son dos —contestó Paquita.

—¿Dos? —exclamó Catho—. ¿Cómo es posible que dos lindas muchachas como vosotras puedan complacerse en el horrible espectáculo de ver torturar a dos desgraciados?

«La Roja» y Paquita miraron a su amiga llenas de asombro, no comprendiendo lo que quería decirles.

—¿Cómo se llaman esos pobres diablos? —continuó Catho.

—Pardaillán —contestó tranquilamente Paquita—. Padre e hijo.

—Así —añadió «La Roja»— será más terrible y divertido.

Catho no decía nada. Había palidecido. Sus manos temblorosas trataron de llenar una copa de vino.

Hizo un gran esfuerzo para no llorar y se quedó aturdida y asombrada por el dolor que experimentaba.

Tenía por aquellos dos hombres rudo afecto. En su mocedad había amado al viejo Pardaillán durante quince días o un mes, no lo recordaba exactamente, pero nunca hubiera creído sentir tal angustia ante la idea de que aquel hombre iba a morir.

Nunca había tenido grandes disgustos, pues Catho siempre tuvo por norma apartarse de todo aquello que pudiera hacerla sentir. No sabía si era buena o mala. Raras veces había llorado. Su único disgusto serio había sido el verse desfigurada y afeada después de su enfermedad y aún se consolaba pensando que la viruela mataba muy a menudo a sus víctimas y ella había tenido la suerte de salvarse.

En cuanto al caballero de Pardaillán, siempre le había inspirado admiración profunda, pues nunca había visto ningún hidalgo que se le pareciera. A menudo, Catho, pensando en él, suspiraba mirándose al espejo, pero nunca se le ocurrió pensar que amaba al caballero. Únicamente se complacía en decirse que era amiga suya y que en caso necesario lo serviría y se sacrificaría por él hasta la muerte. Y a la sazón iban a morir torturados. Catho era tan desgraciada, que sintió deseos de morir también.

—Parece que te has disgustado —dijo «La Roja»—. ¿Conoces acaso a esos hombres?

—¿Yo? No —contestó Catho.

—Entonces quedamos en que nos proporcionarás los vestidos para el domingo,

¿verdad?

—Sí —contestó Catho maquinalmente—. Los tendréis. Ahora, marchaos. ¿Y decís que la cosa es para el domingo?

—El domingo por la mañana, pero nosotras debemos ir al Temple el sábado por la noche.

—¿Por qué?

—Es claro, mujer. El señor de Montluc nos espera a cenar el sábado por la noche a las ocho, ¿comprendes?

—Sí, sí, —contestó Catho—. Ahora, idos.

Las dos rameras besaron a su buena amiga y se retiraron.

Catho, entonces, se apoyó de codos sobre la mesa y con la cabeza entre las manos murmuró:

«¡El domingo por la mañana!». —Y empezó a sollozar.

Creemos conveniente recordar que la tortura ordinaria y extraordinaria, era no para el domingo, como creían Paquita y «La Roja»: sino para el sábado por la mañana. No se habrá olvidado, sin duda, que el gobernador del Temple, Marcos de Montluc, después de haber invitado a las dos rameras para que asistieran a la terrible escena, se detuvo a tiempo para no comprometerse; pero como quería que las dos muchachas lo visitaran, les afirmó que tendría lugar el domingo y cuando llegara el momento de cumplir su promesa, después de la buena noche que se prometía pasar, saldría del paso diciendo que el tormento se había adelantado inesperadamente.

Ahora volvamos con Catho.

Como ya se ha podido ver, era una mujer enérgica. Ayudó sin pestañear a defender en sitio de «El Martillo que Golpea» y contempló resignada el Incendio de su propiedad, pues estaba acostumbrada a escenas mucho peores cuando vivía en la Corte de los Milagros.

La explosión de su dolor fue, pues, rápida, pero tras de los primeros sollozos dio un puñetazo sobre la mesa diciendo con un tono que indicaba su resolución inquebrantable.

«Será necesario que en la noche del sábado al domingo entre en el Temple».

¿Cómo lo haría? No lo sabía. Quedábanle cinco días disponibles para pensar.

En el momento en que tomó la resolución, resonaron fuertes gritos en la sala.

Catho se secó los ojos y penetró en la estancia vecina, exclamando:

—¿Qué pasa? Veamos, ¿queréis que venga la ronda?

—¡Un asesinato! ¡Acaban de matar a una pobre vieja!

—Han sido «La Roja» y Paquita.

Tres o cuatro rameras acababan de lanzar esta afirmación. Eran enemigas encarnizadas de las dos mujeres, pues estaban celosas de su belleza y de sus éxitos y les hubiera gustado mucho complicarlas en un asesinato.

Por esta razón promovían grandes gritos a propósito del asesinato que, en otras circunstancias, las hubiera dejado perfectamente tranquilas.

—¡Pobre vieja! —decía una—. ¡Es horroroso!

—Siempre me había parecido que Paquita tenía mala mirada —gritaba otra.

—Es necesario denunciarlas al prebostazgo —gritaba una tercera.

«La Roja» y Paquita lloraban, proclamando al mismo tiempo su inocencia.

—Silencio todos —mandó Catho.

El silencio se restableció instantáneamente. Y entonces se cerró la puerta con gran cuidado.

—¿Dónde está la vieja muerta? —preguntó Catho.

—En la calle, frente a la puerta. ¡Ah, pobre vieja! ¡Da lástima!

La que acababa de hablar así era una gruesa muchacha de cara amarillenta y ojos hinchados, que dirigía terribles miradas a las dos pobres mujeres, que estaban aterradas por la impensada y terrible acusación que pesaba sobre ellas.

—A ver, Juana, cuenta lo que sabes.

La interrogada se puso en jarras y empezó a decir:

—Pues hace cinco minutos que salíamos yo y Jaime el Manco, con la rubia Fifina y Leonarda. Apenas estuvimos fuera, Jaime el Manco empezó a gritar diciendo:

«¡Caramba! ¿Qué hay allí?».

«Vamos a verlo», —dijo Fifina.

«Vamos», dije yo.

—El Manco se adelantó y todas lo seguimos. Entonces vimos a «La Roja» y a Paquita acurrucadas sobre la vieja a la que acababan de estrangular. ¿No es verdad? Decid.

—Es verdad —contestaron Leonarda, la Rubia y Fifina.

—Es mentira —dijo «La Roja»—. La vieja estaba ya muerta.

—¡Pero si nosotras vimos cómo aún se movía!

Paquita y «La Roja» juraron entonces que habían tropezado en la oscuridad con aquel cadáver y que se habían agachado solamente para ver si hallaban algo digno de ser cogido.

—No es verdad —afirmó Juana—, pero, en fin, voy a avisar al prebostazgo. Ven, Manco.

Catho cogió a la mujer por el brazo.

—¡Cuántas historias por una mujer que ha muerto en mi puerta! ¿Acaso es la primera vez? Ve a buscar a la ronda, hija, y yo le diré lo que fue de aquel sargento a quien no se ha encontrado nunca más, y en cuanto a ti, Manco, ya sabes que conozco alguna historia que te concierne, ya vosotras —añadió dirigiéndose a las restantes— os digo lo mismo.

Hubo un estremecimiento de terror entre todos los clientes de la casa.

—¡Por Dios! —dijo Catho—. Ésta es la primera vez que se habla de ir a buscar al prebostazgo. ¡Qué venga y le explicaré cosas bonitas!

—Catho tiene razón —exclamaron algunos—. La enredona es Juana.

Ésta, al ver que la acusaban como causante del alboroto, se excusó diciendo que

todo había sido una broma, y entonces la paz se restableció. Dos truhanes se encargaron de llevar el cadáver a cierta distancia a fin de alejar las sospechas sobre la hostería de «Los Dos Muertos que Hablan» y luego los concurrentes se dispersaron.

En el momento en que Paquita y «La Roja» iban a marcharse, Catho las retuvo.

—Quedaos, quiero hablar con vosotras.

La posada fue cerrada entonces, y Catho condujo a sus dos amigas a una habitación y allí añadió:

—¿Habéis dado muerte a la vieja?

—Catho, parece imposible que sospeches de nosotras.

—Pues bien, estoy convencida de que sois vosotras. No lloréis ni gritéis, porque es inútil. Creo que sois vosotras, y aun cuando no lo fuerais todo os acusa. Hay testigos para probar que habéis matado a la vieja. ¿Habéis oído a Juana? Así, pues, silencio; no quiero lloriqueos. Escuchadme.

Las dos pobres mujeres temblaban de terror.

—Escuchadme —repitió Catho—. Si me obedecéis no diré nada, pero si os resistís a mis órdenes, os denuncio.

—Manda —dijeron castañeteándoles los dientes.

—Os pido cinco días de obediencia. Ni una hora más, es cosa fácil.

—¿Qué hay que hacer?

—Os lo diré en el momento oportuno. Entre tanto, dormiréis aquí y en cinco días no saldréis de mi casa. No tengáis miedo, pues ya sabéis que se duerme bien y se come mejor. Es un capricho que tengo.

—Te obedeceremos, Catho. Seremos juiciosas.

—Es lo que hace falta, pero pensadlo bien, porque si salís antes del sábado, corro a denunciarlas enseguida.

—¿Y el sábado por la noche qué pasará?

—Pues bien, el sábado por la noche os devolveré la libertad. Os vestiré como si fuerais hijas de burgueses y podréis marcharos al Temple.

XXI - La última broma del tío Gil

MIENTRAS PASABAN ESTAS COSAS en la posada de «Los Dos Muertos que Hablan», en el palacio de Mesmes tenía lugar una escena grotesca y macabra al mismo tiempo. Y como los sucesos se precipitan, nos vemos obligados a conducir al lector sucesivamente a todos los teatros en que se representan actos de nuestro drama, pues, por desgracia, ni él ni nosotros gozamos del don de ubicuidad. Así, pues, en tres puntos distintos de París, en la noche que siguió al casamiento de Enrique de Bearn con Margarita de Francia, en aquella misma noche en que se desencadenó violenta tempestad, tres puntos solicitan nuestra curiosidad sin hablar del Louvre, en donde se celebraba una fiesta magnífica, de la que los anales de la época hablan como cosa realmente asombrosa, y sin hablar tampoco del palacio de Montmorency, en donde la súbita desaparición de los dos Pardaillán, había alarmado a sus habitantes, y ello sin hablar tampoco de varios rincones sombríos por donde cruzaban sombras que preparaban no se sabe qué cataclismo.

Los tres puntos antes citados, son la posada de Catho, que acabamos de dejar; la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois, adonde iremos a las doce de la noche, y, por fin, al palacio de Mesmes.

El palacio del duque de Damville estaba desierto: Toda la servidumbre del mariscal, había sido trasladada a la calle de los Fossés-Montmartre. Había para ello doble motivo. El primero, y tal vez el más importante, era que Enrique de Montmorency temía un ataque de su hermano, y la visita de Pardaillán no había hecho más que acrecentar tal temor.

«Prevenido a tiempo», —se decía Damville—, «pude esperar a ese hombre a pie firme y apoderarme de él; pero ¿quién sabe si Francisco, llevado de la desesperación, no vendrá en persona a la cabeza de sus gentilhombres? ¿Quién podría prever el resultado de tal batalla? ¿O quién sabe, también, si me mandarán otro espadachín capaz de lograr el éxito apetecido?».

El segundo motivo era que al mariscal se le había confiado la vigilancia de todas las puertas de París, y se aprovechó de esta circunstancia para poner a sus propios hombres en la puerta de Montmartre.

Si se producía una catástrofe, si Catalina de Médicis estaba enterada de la conspiración de Guisa, como Maurevert había creído entender, o París fuera invadido por las tropas de las provincias, no tendría ninguna dificultad en huir por la puerta de Montmartre.

El palacio de Mesmes estaba, pues, abandonado. No obstante, aquella noche entraron dos hombres y hacia las nueve acababan de cenar en la cocina conversando amigablemente. Eran Gil, el digno intendente de Damville, y su sobrino Gilito.

—Otro traguito de este vino añejo decía Gil en el momento que penetramos en el palacio, y llenó el cubilete de Gilito, el cual se apresuró a vaciarlo, diciendo:

—Nunca bebí vino semejante.

Su cara estaba congestionada y los ojos le brillaban de placer. Estaba en aquel momento de la embriaguez en que todo se ve de color de rosa y antes de caer en la embriaguez más completa que cambia totalmente el aspecto de las cosas prestándoles feos colores.

—Oye muchacho toma del armario aquella botella que se ve desde aquí y catarás aquel vino que es aún mejor.

Gilito se levantó y obedeció andando con bastante firmeza.

«*Todavía no está a punto de caramelo*» —exclamo Gil examinando a su sobrino y le llenó nuevamente el vaso.

—¿De modo —dijo— que no quieres volver al palacio de Montmorency?

—¡Volver allí! —exclamo Gilito levantando los brazos—. De ningún modo. ¿Sabéis que la casa está revuelta desde la desaparición del viejo corta lenguas?

—¿Corta lenguas? —dijo Gil.

—Sí el maldito Pardaillán. Me había amenazado con cortarme la lengua si le hacía traición. ¡Ja, ja, ja!, y Gilito, recostado en el respaldo de su sillón, se echó a reír.

Gil le hizo coro.

—Además —dijo Gilito—, allí todo el mundo desconfiaba de mí. Todos sospechaban sin duda que yo había tenido parte en la broma que Jugamos al viejo Pardaillán, y, como os lo decía, tío, ya era tiempo de que me marchara, pues, de lo contrario, hubiese dejado allí mi cabeza, a la que tengo mucho cariño, aun cuando vos la hayáis privado de su mejor adorno sea dicho sin ánimo de molestaros.

El tío le llenó de nuevo el vaso.

—Hay que confesar que la broma fue muy divertida —dijo Gilito—. Pardaillán tenía en mí grandísima confianza. Aún me río al pensarlo. Cuando le aseguré que hallaría solo al señor mariscal, estuvo a punto de abrazarme. ¡Pobre hombre! Lo compadezco, porque en el fondo era buena persona.

—Sí, pero te quería cortar las orejas.

—Es verdad. ¡Miserable!

—... y la lengua.

—Así es. ¡Qué venga a hacerlo ahora!

Gilito cogió un cuchillo y quiso levantarse, pero cayó pesadamente en la silla y se echó a reír.

—¿De modo —continuó Gil— que estás contento?

Ya lo creo, tío; me parece que sueño. Cuando pienso que por orden de monseñor me habéis entregado mil escudos..., nunca había visto tanto dinero junto.

Y golpeó su cinto, que despidió armonioso sonido.

—¿De modo que estás decidido a no volver allí? —dijo Gil.

—¡Estáis loco, tío! ¡Ja, ja, ja! ¡Mi tío se vuelve loco! ¡Quiere que me haga cortar la lengua!

—Pero, imbécil, toda vez que no está Pardaillán...

—Sí, pero le he hecho traición y me cortarían la lengua. Quiero gozar tranquilamente de los mil escudos. Quiero beber. ¿Y cómo lo haría sin lengua? — Gilito entonces se enterneció.

—¿Los tienes ahí? —dijo el tío—. Enséñamelos.

Gilito vació el contenido del cinto sobre la mesa.

Los escudos rodaron y al verlos los ojos de Gil brillaron de alegría.

—En realidad, he sido yo quien te he dado ese dinero —dijo con extraño acento mientras sus huesudos dedos acariciaban los escudos formando pilas con ellos.

—Sin contar... —balbució Gilito.

—¿Sin contar qué? —dijo el viejo.

—Lo que debéis darme todavía... Esto, tío, es para beber. Vos me lo habéis dicho, pero ahora es preciso que me deis el resto... ¿O acaso habéis olvidado?

—¿Qué resto? —exclamó Gil, cuyas cejas se contrajeron.

—El mariscal dijo tres mil escudos... lo oí bien. Tres mil escudos de oro. Vamos, tío, dádmelos.

—Bebe, imbécil —dijo Gil, que estaba angustiado.

Gilito obedeció y su vaso de estaño rodó vacío por el suelo.

El tío se había levantado con la mirada extraviada pues los montones de monedas le daban vértigo.

—¡Imbécil! —repitió—. ¿Tres mil escudos de oro para ti? ¡Estás borracho!

—Monseñor lo dijo; conque, si no me pagáis me quejaré al mariscal.

—¡Pagarte! —rugió el viejo—. No quiero. ¿Pretendes acaso arruinarme? ¡Pues no quiero! Déjamelos, Gilito. Tú ya tienes bastante con mil escudos.

—Bueno, bueno —dijo Gilito tratando inútilmente de levantarse—. Ya veremos que dirá monseñor.

—Ten cuidado —rugió el tío.

»Escucha, Gilito —continuó—. ¿Quieres darme de buen grado este dinero del que tú no sabrías qué hacer?

—¡Está loco! —exclamó Gilito—. ¡Mi pobre tío se ha vuelto loco! ¡Ah, qué bien! ¡Vaya heredarle! ¡Voy...!

Y no pudo acabar la frase, porque el viejo se precipitó sobre él y con extraordinaria rapidez lo amordazó. Luego, tomando una cuerda, que, sin duda, tenía preparada al efecto, lo ató a la silla en que estaba sentado.

Todo ello fue hecho con tal rapidez, que Gilito, disipada su borrachera por el espanto, se vio en la imposibilidad de hacer el menor movimiento para defenderse. Sus ojos estaban dilatados por el mismo miedo que había sentido en la bodega al ser atado al poste por su tío.

En cuanto a éste, murmuraba palabras sin sentido.

Colocó en un armario los escudos que Gilito había dejado caer en la mesa, exceptuando un pequeño montón, y en cuanto hubo terminado esta operación, Gil se volvió hacia su sobrino y le quitó la mordaza.

Gilito se aprovechó para gritar con toda su fuerza y el tío esperó pacientemente.

Cuando su sobrino se calló, comprendiendo que sus gritos eran inútiles, Gil le dijo tranquilamente:

—Bueno, ahora ya eres razonable. ¿Ves este montoncito? Es tu parte: cincuenta escudos. El resto es para mí. El loco no soy yo, sino tu. No eres tú el que hereda, sino yo. Ya ves que sencillo.

El viejo sonrió y llenó un vaso de vino que vació lentamente.

—Con tus cincuenta escudos, puedes buscar fortuna y procura que no te vea más, pues si te vuelvo a echar la vista encima, te mato sin remedio.

Gilito tomó enseguida su partido y fingió la mayor resignación.

—Ya que lo queréis así, mi buen tío, me iré y me contentaré con esos cincuenta escudos.

—¿Y dónde irás? —preguntó el viejo.

—No lo sé. Me iré de París.

—Ya me lo figuro, pero antes de salir irás a denunciarme al mariscal, ¿verdad? Sí, ya te conozco. Eres casi tan avaro como yo. Te arriesgarías a recibir una puñalada mía con la esperanza de obtener los tres mil escudos. ¡Tres mil escudos de oro! ¿Qué harías de ellos, imbécil? Pues, bien, no quiero que hables, ¿entiendes? ¡Oh! Pero yo quiero estar seguro de ello, y por consiguiente, te voy a cortar la lengua.

Dio una terrible carcajada y añadió:

—Tú mismo me has dado la idea, así como me diste la de cortarte las orejas. Tienes inspiraciones preciosas, te lo aseguro.

El espanto y el terror de Gilito fueron tales, que sin poder pronunciar una palabra se desvaneció.

Gil empezó a afilar un cuchillo de cocina, y luego sacando unas tenazas de un cajón se acercó a su desgraciada víctima.

Pero entonces se percató de que era más difícil cortar una lengua que las orejas. Quedóse un instante perplejo con las tenazas en una mano y el cuchillo en la otra.

«¡Oh, ya lo conseguiré!», —se dijo—. «A pesar de todo me da lástima el pobre Gilito. Cuando se marche lo echaré de menos, porque habría acabado por dejarlo con los huesos mondos a fuerza de ir cortándole cosas».

Fuera, la tempestad se desencadenaba furiosa, y de vez en cuando el huracán entraba en los corredores de la casa mugiendo siniestramente.

De pronto Gilito abrió los ojos, y las vacilaciones de su tío cesaron en el mismo instante. La víctima no tuvo tiempo de acabar el grito de terror y se suplica que empezaba a proferir, cuando ya el viejo le hundía las tenazas en la boca o mejor dicho, trataba de hundírselas.

El desgraciado, con los ojos inyectados en sangre, y las venas de la frente hinchadas por el esfuerzo, apretaba los dientes con terrible desesperación. Aquella lucha muda era espantosa. Gilito profirió de pronto un gruñido leve y luego un estridente alarido, porque las tenazas le habían cogido la lengua y la cortaban en

redondo...

«*Tanto peor*», —murmuró Gil—. «*Si no se hubiera debatido se las habría cortado con el cuchillo*».

Y cuando ya se disponía a soltar una carcajada burlona el viento abrió la ventana y apagó el candelabro que alumbraba la cocina. Gil, entonces, dio un alarido de espanto, pues Gilito lo acababa de coger por el cuello.

En el paroxismo de su dolor, Gilito hizo un esfuerzo supremo, y rompiendo la cuerda que le sujetaba los brazos, medio muerto, pero loco furioso por el dolor atroz, se levantó y se precipitó sobre su tío profiriendo inarticuladas voces, espantoso, lleno de sangre. Entonces sus dedos se clavaron en el cuello de su tío y los dos rodaron por el suelo.

Durante algunos minutos oyéronse en la oscuridad suspiros jadeantes, golpes y gruñidos, y de pronto, todo quedó en silencio.

Y la luz del día siguiente, al atravesar la ventana de la cocina, alumbró dos cadáveres estrechamente unidos, uno de los cuales, con la cara llena de sangre, estrechaba aún el cuello del otro.

XXII - Dios lo quiere

PANIGAROLA ESTABA ARRODILLADO sobre las gradas del altar mayor de Saint-Germain-L'Auxerrois. Parecía de piedra; los pliegues de su hábito no se movían.

No sabremos decir si oraba aquel monje incrédulo, pues, ya hemos visto que la fe no iluminaba su espíritu. Probablemente reflexionaba en su desgraciado amor y en los crímenes que para conquistarlo había cometido encendiendo el furor popular contra los hugonotes por orden de la reina, pero, en realidad, para que en la matanza estuviera comprendido Marillac. Pensaba, tal vez, también, en Alicia, por cuyo amor disponíase entonces a matar a un hombre, no cara a cara y en leal combate como habría hecho el marqués de Panigarola, sino traidoramente y después de haber atraído a su enemigo a una emboscada.

Entonces una mano se apoyó sobre su hombro y al sentir su contacto se estremeció.

«*Ha llegado la hora terrible*» —pensó.

Catalina dijo entonces con tranquila voz:

—He aquí al sacerdote que va a uniros.

Los novios dirigieron su mirada hacia el monje que lentamente se incorporaba echando el capuchón sobre sus hombros y se volvía hacia ellos.

Alicia vio a Panigarola, y sus labios quedaron exangües. Un temblor convulsivo la sobrecogió, y sus ojos fijos en los del fraile expresaron horror sobrehumano. En aquel momento comprendió la emboscada en que había caído. Su extraviada mirada se apartó del monje para fijarse en Catalina, y tal espanto retrataba que la reina retrocedió, y esta vez con expresión de lástima tan grande, que Marillac se quedó atónito, sin comprender lo que pasaba. Catalina, con los labios apretados y el rostro inmóvil, esperaba.

El monje no veía más que a Alicia, a ella sola. Todo ello no duró más que algunos segundos, que fueron para Panigarola una eternidad de desesperación, pues advirtió en los ojos de Alicia un amor grande, verdadero y puro. Y cuando después de aquellos segundos recobró la conciencia de sí mismo, se asombró de sentir gran lástima por Alicia. Levantó los brazos hacia la negra bóveda como si hubiera querido tomar por testigos de su perdón, de su sacrificio a las potencias invisibles, y en sus ojos se pintó tal expresión de misericordia, que, Alicia, al observarla, dio un grito de alegría, de esperanza y de gratitud. Luego, rendido por su sacrificio, el monje cayó al suelo desvanecido.

Marillac, atónito, dio dos pasos hacia Catalina.

—¡Señora! —dijo con ruda voz—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es ese hombre? No es el sacerdote; mirad, bajo el hábito de monje, va vestido de caballero.

En efecto, el hábito doblado por uno de sus bordes dejaba ver el brillante traje de Panigarola, el cual en su crispada mano tenía un papel arrugado.

—Ven —exclamó Alicia—, huyamos.

—¡Señora! —rugió el conde—. ¿Quién es ese hombre?

—No sé —contestó Catalina—, pero tal vez el papel que tiene en la mano nos lo dirá.

Y al inclinarse sobre el monje, Catalina exclamó:

—¡Hola! Ya lo reconozco. Es el marqués de Panigarola. ¿Qué hace aquí en lugar del sacerdote que me esperaba?

Marillac se había inclinado también, y de la crispada mano del monje arrancó el papel o por lo menos una parte, y con gesto febril empezó a desplegarlo. Sus manos en aquel instante, fueron cogidas por otras heladas: satinadas, pero convulsivamente apretadas. Divisó a Alicia a su lado, que con terror extraordinario pintado en el rostro, murmuró, con voz apenas perceptible:

—No leas.

—Alicia, ¿sabes lo que dice ese papel?

—No lo leas. Ven, huyamos. La muerte nos amenaza.

—Alicia, aquí está la verdad. La que Juana de Albret conocía y que mi madre me ha ocultado.

—No leas. Dame esa prueba de amor. Mírame, te amo, no puedes saber cuánto te amo. Por Dios, te lo ruego, no leas el papel de ese hombre.

—¿Lo conoces, Alicia?

A la sazón sus voces tenían extrañas entonaciones. La de Alicia expresaba terror y espanto, mientras que en la de Marillac se advertía la sospecha. La desgraciada hizo un esfuerzo desesperado y trató de arrancarle el papel, pero Marillac, con firme dulzura, la rechazó y subiendo al altar dejó encima de la mesa la carta que sus temblorosos dedos no podían sostener. Alicia se puso de rodillas, murmurando:

—¡Oh, amor mío! ¡Nunca sabrás cuánto te he querido! ¡Adiós! —Y llevó a sus labios el engaste de una sortija que nunca se quitaba.

A la luz del cirio inmediato al tabernáculo, Marillac, leyó las siguientes palabras:

Yo, Alicia de Lux, declaro que si el hijo que he tenido del marqués de Panigarola, mi amante, está muerto, es porque lo he matado. Si se encuentra el cadáver de mi hijo, no...

Allí el papel estaba roto, pues el resto habíase quedado en la mano del monje.

El conde se volvió con el rostro de tal modo descompuesto, que Catalina no lo reconoció. Marillac no la vio. Alicia tendió hacia él los brazos, y con voz débil pues la muerte íbase apoderando de su hermoso cuerpo, exclamó:

—¡Te amo!

Marillac no la vio ni la oyó, asombrado de estar vivo y de que el dolor no lo hubiera aplastado ya. Con gran trabajo se separó del altar en el que estaba apoyado y con paso vacilante se aproximó a la reina. Ésta lo vio venir sin poder hacer un gesto,

como hipnotizada por el horror. Confusamente se decía que había traspasado los límites, pero la dominaba la tenaz resolución de matar a su hijo. Marillac se acercó a ella sonriendo y dijo:

—Y bien, madre, ¿estáis contenta? ¿Por qué me matáis de este modo?

Catalina vio claramente que su hijo comprendía la verdad entera y tal convicción rompió el encanto. Se irguió, y con brusco ademán levantó algo que parecía una cruz y que, en realidad, era un puñal y dijo:

—Conde, no soy yo quien os mata, es esta cruz. Es para el servicio de Dios. ¡Dios lo quiere!

Con tonante voz repitió:

—¡Dios lo quiere!

Entonces se oyó extraño rumor en la iglesia.

Hubiérase dicho que la tempestad que rugía en las calles habla hundido las puertas y las ráfagas huracanadas corrían hacia el altar mayor. Un ruido de telas que se rozan, pasos rápidos entre sillas que se vuelcan con estrépito, un murmullo, al principio vano, y luego un tumulto de voces profiriendo salvajes imprecaciones.

—¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Marillac, como si sufriera una fantasmagórica pesadilla, vio la multitud de cabezas femeninas convulsas por el odio y el miedo y en la sombra alzarse innumerables puñales.

Luego su mirada cayó sobre Alicia y no vio más que a ella.

—¡Te amo! —exclamó la pobre.

Y Marillac sólo oyó aquellas palabras. Entonces su razón se oscureció, y tras unos momentos de angustia, en que le pareció sentir un círculo de hierro candente alrededor de la cabeza, una gran tranquilidad y una sonrisa animó su semblante. ¡Estaba loco!

Luego el desgraciado dirigióse a Alicia, a la que dijo con enamorado acento:

—Vamos, espérame..., partamos.

—¡Dios mío! —exclamo Alicia—. ¡Me perdona!

En el mismo instante el cuerpo de su amante cayó al suelo herido por más de diez puñales.

—¿Cómo? —exclamo ella—. ¿Qué sucede?, ¿qué pasa? ¡Levántate, huyamos!

Y trató de incorporar el cadáver, pero este cayó pesadamente.

En el mismo instante algunas manos furiosas se precipitaron a ella y desgarraron sus vestidos y su carne. Llena de sangre, alocada y casi desnuda, Alicia se abrazaba desesperadamente al cuerpo de su amado, gritando:

—¡Dejadlo perdonadlo! ¡Matadme a mí sola!

—¡Mueran: mueran los traidores! ¡Muera la bearnesa!

Y, nuevamente, algunos puñales se hundieron en el cuerpo de Marillac.

A través de las lágrimas y la sangre que inundaba su rostro, Alicia divisó entonces a la reina apoyada en el altar.

—Así perecen los enemigos de Dios y de la reina —exclamaba.

—¡Perdón para él! —gritó frenéticamente Alicia. ¡Matadme, dejadlo vivir!

—¡Hijas mías! —gritó Catalina—. ¡Jurad herir así a los enemigos de Dios y de la Reina! ¡Dios lo quiere!

Alicia en el paroxismo del horror, consiguió levantar la cabeza lívida de su prometido como para mostrarla a Catalina y con la otra mano cogió el vestido de la reina.

Y mientras las cincuenta juraban matar, agitando los puñales, la desgraciada Alicia exclamó:

—¡Maldita seas, reina de sangre y de asesinato! ¿Buscabas a tu hijo? ¡Míralo, aquí está!

Entonces cayó sobre el cuerpo de Marillac desangrándose por más de veinte heridas. Y en el último espasmo de la agonía, tuvo aún fuerzas para pegar sus labios a los del cadáver y murió murmurando:

—¡Te amo!

XXIII - El cementerio de los Santos inocentes

UNA VEZ SE HUBO APACIGUADO el tumulto, Catalina pronunció algunas palabras y las cincuenta mujeres salieron una a una de la iglesia. Una de ellas, al salir a la calle se dirigió a un grupo de cuatro o cinco hombres que esperaban y les habló en voz baja. Los hombres entraron entonces en la iglesia y acercándose al altar mayor distinguieron una mujer arrodillada y completamente envuelta en negros velos, la cual les mostró el cadáver del conde de Marillac.

—¿Y ésta? —dijo uno de ellos señalando a Alicia.

La mujer meneó negativamente la cabeza, y en vista de ello, los hombres cogieron a Marillac y se lo llevaron fuera de la iglesia. Entonces la reina apagó los cuatro cirios que ardían a derecha e izquierda del altar, y luego, en la oscuridad que apenas disipaba la débil lámpara suspendida en la bóveda, se bajó al suelo y se inclinó sobre un cuerpo extendido al pie del altar.

Aquel cuerpo era el del monje Panigarola.

La reina puso su mano sobre el pecho del monje y observó que el corazón latía débilmente. Entonces sacó un frasquito de su limosnero, y después de haberlo destapado, hizo aspirar su contenido al hombre desmayado, pero durante algunos momentos, sus esfuerzos fueron vanos.

«*No obstante vive*», —se dijo.

Por fin, un ligero estremecimiento agitó al fraile, que abrió los ojos. Catalina entonces le vertió en los labios una o dos gotas del líquido que le habla hecho respirar y que era un revulsivo violento, compuesto por Ruggieri, y cuya eficacia la reina había podido observar varias veces.

«*Bueno*», —pensó Catalina—. «*Nada ha oído ni visto*».

Panigarola se puso en pie. Parecióle que salía de la tumba y que su debilitado pensamiento regresaba de las lejanas regiones de la muerte. Y, en efecto hubiera sido muy probable que sin el auxilio que le prestó la reina, hubiera muerto víctima del síncope que le privara del sentido.

Catalina lo cogió por la mano, y conduciéndolo hasta donde estaba el cadáver de Alicia, le dijo:

—Ha muerto, querido marqués. Él la ha matado. Cuando vio el papel que teníais en vuestras manos, se apoderó de él y lo leyó. Nunca vi furor semejante. Al cabo de pocos instantes la desgraciada cayó a los golpes que él le asestó. Pero estáis vengado. Algunos gentilhombres que me habían escoltado, lo vieron salir lleno de sangre y trastornado, y figurándose que me había herido, le han dado muerte. A estas horas, el cadáver de Marillac debe hallarse bajo las aguas del Sena. ¡Adiós, marqués! Confío a vuestro cuidado el cuerpo de esta desgraciada. ¡Dios tenga piedad de su alma!

El monje no hizo ni un gesto. ¿Habíase enterado de lo que la reina decía? Sí, seguramente, pero Catalina le infundía horror invencible sin que pudiera precisar la

causa. La reina, entonces, se retiró y algunos instantes más tarde, sola, a pie, sin escolta, puñal en mano y valiente como un reitre, se deslizó a través de las negras calles de la ciudad para regresar a su palacio.

Panigarola, una vez que estuvo solo, se inclinó hacia el cadáver de Alicia sin manifestar emoción aparente, Su mano se posó sobre el desnudo seno de la Joven pero no sintió los latidos del corazón. Alicia estaba realmente muerta. El monje, incorporándose, dirigió una mirada a su alrededor como buscando algo, y por fin, yendo a la pila de agua bendita, humedeció su pañuelo de fina batista y volviendo al lado del cadáver empezó a lavar las heridas.

A pesar de que, como ya se ha dicho, la oscuridad era profunda, parecía ver perfectamente e iba de una parte para otra sin vacilar y sin hacer el menor ruido. Por tres veces volvió a la pila de agua bendita a humedeció el pañuelo y el agua de ésta quedó entonces teñida de sangre. Por casualidad, Alicia no tenía ninguna herida en la cara y la sangre que en ella tenía procedía de las puñaladas recibidas en sus hombros en el cuello y en el pecho.

Terminado que hubo de lavar todas las heridas el monje contempló un instante el cadáver: el rostro pálido de Alicia aparecía a la indecisa claridad de la mariposa con su maravillosa belleza idealizada, por decirlo así; los cabellos estaban desatados y le rodeaban la espalda; ninguna contracción deformaba los labios, que parecían sonreír, y hubiérase creído que su seno admirable iba a levantarse con la hinchazón rítmica y apacible de la respiración.

Panigarola examinó las heridas una después de otra. Había diecisiete; Eran largos desgarrones a flor de piel, pero ni una sola había penetrado profundamente. El monje meneó la cabeza murmurando:

—Ninguna de esas heridas era mortal.

Continuando su fúnebre examen observó en el índice de la mano derecha una sortija cuyo engaste estaba abierto. Con gran trabajo consiguió retirar la sortija del dedo que empezaba ya a ponerse rígido. Entonces encendió un cirio y con mórbida curiosidad examinó la joya. En el engaste vacío descubrió algunos granos de un polvo blanco y entonces sonrió como pudiera hacerlo un sabio al descifrar un problema interesante. Cerró nuevamente el engaste de la piedra de modo que no pudiera escaparse el resto de los polvos y se puso la sortija en el dedo meñique.

Volviendo a Alicia, trató de cubrir su desnudez, pero como no podía ajustar los restos del corpiño, se despojó de su hábito gris y con él envolvió el cadáver. Apareció entonces vestido con su rico traje de caballero. Con extraordinaria fuerza, levantó en sus brazos el cadáver cubierto con el hábito de fraile, y lo llevó hacia la puerta que Ruggieri le había abierto al entrar en la iglesia. Allí esperaba una carroza de viaje por orden de la reina. Un hombre vestido de postillón se acercó al marqués de Panigarola le dijo:

—Monseñor he aquí la silla de posta.

—¿Es para mí? —preguntó, Panigarola.

—Sí, monseñor. Tengo órdenes. Tomamos el camino de Lyón y de Italia, Tened la bondad de...

El marqués sin contestar, depositó el cuerpo de Alicia en el coche, lo extendió en el asiento de modo que no pudiera caer Y luego, cerrando la portezuela, cogió a los caballos por la brida y se, puso en marcha.

El postillón, asombrado, empezó a seguir, pensando:

—Este será el recién casado, y la novia la que va dentro del coche. ¿Pero por qué vestirá de fraile?

Eran entonces las dos de la madrugada, y la tempestad que, según dicen las crónicas, devasto aquella noche la ciudad de París, estaba en aquel momento en su apogeo de poderío destructor. Largos relámpagos cruzaban el negro cielo desde el cenit hasta el horizonte y su pálida luz iluminaba el fantástico espectáculo de aquella carroza de viaje que un elegante hidalgo, con la cabeza desnuda, conducía llevando los caballos de la brida mientras el postillón seguía detrás algo asustado:

A veces, una ráfaga huracanada, obligaba a los caballos a detenerse. El postillón asustado más que por la tempestad, por el extraño hidalgo que conducía el vehículo, se abrigaba detrás del coche de la furia del viento.

—¿Adónde irá? —murmuraba el postillón—. ¡Vaya un viaje de boda!

Panigarola se detuvo de pronto, y el postillón después de haber mirado alrededor, se persignó rápidamente, murmurando:

—El cementerio de los Santos Inocentes.

Panigarola, sin hacer ningún caso del postillón, subió a la carroza y un momento después salió de ella llevando en brazos el cadáver de Alicia, que depositó al pie de la cerca del cementerio. Luego fue a llamar a la ventana de una casita cercana. El postillón, con los ojos llenos de espanto, miraba atentamente a la que se figuró ser la desposada.

Una racha de aire apartó el hábito de fraile y apareció la cara lívida del cadáver. Entonces, profiriendo una imprecación, saltó sobre la silla del caballo conductor, hundió sus espuelas en los flancos del animal, y como llevada por el espanto, la pesada carroza huyó a través de la noche.

—¿Quién va? —contestó una voz temblorosa a la llamada de Panigarola.

—¿Sois el sepulturero? —preguntó el marqués—. ¡Abrid!

La puerta de la casita se abrió y apareció un viejo llevando en la mano una linterna. Examinó un momento al extraño visitante que lo despertaba a semejante hora y luego con acento de sorpresa, exclamó:

—¡El reverendo Panigarola! ¿Y en este traje?

—¿Me conoces?

—¿Quién no conoce a Vuestra Reverencia?

—Bueno, pues si sabes quién soy, ya comprenderás lo peligroso que es el desobedecerme.

—¿Y por qué un pobre diablo como yo, tendría que desobedecer al santo hombre

ante el cual tiembla el mismo rey y que representa al santo Padre; según se dice...?, porque yo vivo retirado y solo. Sé que vuestra reverencia tiene derecho a mandarme.

—Perfectamente, toma el azadón y tus herramientas.

—¿Se trata...? _preguntó el viejo con cierta perplejidad.

—De cavar una fosa —contestó Panigarola—. No te hagas el asombrado ni me dirijas preguntas. Toma el azadón y vamos allá.

El sepulturero, lleno de temor, cogió un azadón y una pala, y obedeciendo a un gesto del fúnebre visitante, abrió una puerta y penetro en el cementerio.

Panigarola levantó en sus brazos el cadáver de Alicia y lo estrechaba, andando, con una dulzura de que las palabras no podrían dar idea y como en la iglesia, como en el momento en que su mirada había hecho comprender a Alicia que la perdonaba, sus ojos expresaban infinita lástima y soberana misericordia que emergían de su alma.

Cuando hubieron recorrido cierto espacio, el sepulturero se detuvo Y con sus temblorosas manos empezó a cavar. Su trabajo duró una hora, al cabo de la cual, la fosa era bastante profunda.

Durante aquel espacio de tiempo, el marqués de Panigarola, primer amante de Alicia de Lux, permaneció en pie al borde de la fosa que se iba formando, sosteniendo en sus brazos el cadáver de su amante sin dar muestras de fatiga ni debilidad. Su triste mirada estaba fija en el rostro de la muerta y durante aquella hora que el sepulturero empleó en excavar la fosa, y mientras las cruces de madera arrancadas por el viento caían a su alrededor con ruido seco, guardó la inmovilidad de una estatua.

Entonces el sepulturero subió a la superficie del suelo y Panigarola, entrando en la fosa, tendió en ella a su amante. Cubrió cuidadosamente su cara y sus manos y la envolvió toda con el hábito de fraile. Luego subió.

El viejo, asustado y con los cabellos agitados por el viento, señaló el cadáver con el dedo y preguntó:

—¡Cómo! ¿Sin ataúd?

—No hay necesidad —dijo Panigarola.

—¡Pero si apenas está cubierta!

—Pronto lo estará.

El sepulturero no comprendió el sentido de estas palabras o tal vez no las oyó por habérselas llevado el huracán. Cogió su pala y se dispuso a echar tierra en la fosa, pero Panigarola lo cogió por el brazo y le dijo:

—¡Aun no, falta otro cuerpo en la fosa!

—¿Cuál? —preguntó el viejo atónito.

—El mío.

El sepulturero se tambaleó lleno de espanto.

—Vete ahora. Volverás dentro de una hora —dijo Panigarola— y entonces... Escucha lo que harás.

—Ya escucho —dijo el viejo castañeteándole los dientes.

—Cubrirás la fosa sin mirar. Habrá dos cadáveres, el mío y el suyo, y lo cubrirás todo. Toma esto.

Y tendió al sepulturero una bolsa llena de oro: Era una fortuna. El viejo la cogió algo tranquilizado.

—¿Es para que no diga nada? —preguntó con enigmática sonrisa.

Panigarola movió negativamente la cabeza.

—¿Es en pago de mi trabajo?

—Escucha... Si dijeras una palabra de lo que ha pasado esta noche, serías ahorcado, y en cuanto a tu trabajo no debo pagarlo, puesto que eres sepulturero.

—¿Entonces por qué me dais este oro?

—Escucha. Mañana, dentro de ocho días o de un mes, no sé cuándo, vendrá un niño de cabellos y ojos negros, semblante pálido y triste y que aparenta seis años. Le darás la mano Y lo conducirás sobre esta fosa, diciéndole:

«*Si buscas la tumba de tu madre, aquí está*».

—¿Me has comprendido? ¿Lo harás?

—Es fácil.

—El niño se llama Jacobo Clemente.

—¿Jacobo Clemente? Bueno; podrá venir a rezar tanto como quiera. Es sagrado.

Panigarola hizo un gesto de satisfacción. Tal vez el recuerdo de su hijo enterneció su corazón, porque con ahogada voz repitió:

—Vete y acuérdate. Vuelve dentro de una hora.

El sepulturero retrocedió con los ojos fijos en aquel hombre que, de pie, junto a la fosa, parecía un espectro preparándose a volver a la tumba de que saliera. Terror extraordinario lo sobrecogió, y comprendiendo que iba a caer, se apoyó en una cruz de madera y desde allí continuó mirando. Un relámpago iluminó al hombre que se inclinaba al borde de la fosa. Luego reinó profunda oscuridad.

El sepulturero profirió un gemido de espanto y sus uñas se incrustaron en la cruz, pero su exclamación se confundió con los rugidos del huracán.

Un nuevo relámpago iluminó el cementerio. El sepulturero miró de nuevo y ya no vio a nadie al borde de la fosa. Panigarola habíase extendido al lado del cuerpo de Alicia con su rostro vuelto hacia el de la muerta. Había desenvainado su daga para herirse sin duda en caso de que la muerte no llegara enseguida. Entonces llevó a sus labios el engaste de la sortija que contenía el veneno absorbido por Alicia y se tragó el resto de los polvos blancos. Pasó entonces su brazo derecho bajo el cuello de la muerta, tratando de divisarla en la oscuridad, y así esperó la muerte.

A veinte pasos de la fosa, el sepulturero, acurrucado al pie de la cruz de madera, miraba lívido y lleno de terror en aquella dirección. Transcurrió la hora convenida y luego otra. La tempestad calmó lentamente y tan sólo al llegar al día, en el momento en que la luz del sol empezaba a alumbrar la atmósfera, el viejo, recobrando el ánimo se arrastró hacia el borde de la fosa.

Los cadáveres, con los rostros juntos y los ojos abiertos, parecían mirarse,

sonreírse, diciéndose cosas misteriosas y dulces.

El viejo se despojó de la chaqueta de piel de carnero con que se cubría, la echó sobre los rostros de los cadáveres y luego apresuradamente empezó a llenar la fosa de paletadas de tierra.

XXIV - Los amores de «Pipeau».

A PARTIR DE LA DESAPARICIÓN del caballero de Pardaillán, uno de los personajes más atareados y más activos de París era, ciertamente, maese «Pipeau».

Aquel perro, que era un ladrón consumado, halló en el palacio de Montmorency el paraíso con el que puede soñar un can, Con intriga y astucia se hizo amigo del cocinero del palacio, persuadiéndolo de que sentía por él amistad sin límites, cosa que no dejaba de ser una mentira, pues le importaba un pepino el cocinero, si bien adoraba la cocina.

—¡Qué perro tan cariñoso! —exclamaba el pobre hombre al verlo siempre entre sus piernas.

¿Pero cómo habría podido adivinar la mentira y la hipocresía de «Pipeau»?

Éste aceptaba raras veces un bocado cualquiera, por sabroso que fuese, de manos del cocinero. Había para ello una razón muy sencilla, pero que el pobre hombre siempre ignoró. Que «Pipeau» se servía por sí mismo en el momento en que nadie lo observaba, y así podía elegir los bocados que más le convenían.

—No es glotón —decía el cocinero.

Pero «Pipeau» no solamente era un perro glotón, sino, además, ladrón y lascivo. Y este último defecto es el que vamos a demostrar para no pasar por calumniadores.

Añadamos que hubiéramos aceptado el reproche guardando silencio sobre los amores de «Pipeau», si éstos no se hallaran ligados a escenas importantes y si la lascivia del perro no hubiera tenido, por carambola, singular influencia en la historia de algunos de nuestros personajes.

Decimos, pues, que «Pipeau» era, en el palacio de Montmorency, el perro más feliz de la creación.

Su felicidad fue completa y sin remordimientos hasta el día en que desapareció el caballero de Pardaillán. El perro sentía por su amo, o, mejor dicho, su amigo, una adoración sin límites. Es muy verosímil que el animal recordara haber sido salvado por su amo. Cada día, en diferentes ocasiones, «Pipeau» subía a la habitación de su amigo, se aseguraba de que estaba allí y después de haberle visto, se retiraba contento.

Por las noches dormía al pie de su cama. Así, pues, con gran dolor, observó cierta noche que su amo no regresaba.

Aquella noche «Pipeau» no cerró los ojos. La pasó yendo de una a otra parte del hotel, oliendo todos los rincones, llamando a su amo con tristes gemidos, pro todo inútilmente. En vista de que no lo hallaba, por la mañana se instaló en la calle, ante la puerta del palacio, pensando que su amo iba a regresar de un momento a otro.

Pero Pardaillán no volvió. Y «Pipeau» llegó a olvidarse hasta de la cocina, y el cocinero lo llamó en vano. Y cuando el pobre hombre quiso cogerlo por el collar, el perro gruñó para dar a comprender que lo dejaran tranquilo y el pobre cocinero, por

vez primera, tuvo ciertas dudas acerca del cariño de «Pipeau», cosa que le entristeció no poco.

El día transcurrió de aquel modo, y por la noche, el perro no entró en la casa, continuando su guardia ante la puerta. Al llegar el día siguiente, convencido ya de que su amo no volvería, echó a correr velozmente. ¿Dónde se figura el lector que fue? Pues a la Bastilla. Que se diga ahora que los animales no tienen inteligencia. «Pipeau» la tenía sin duda alguna y probablemente, después de reflexionar durante largas horas se había dicho en su lenguaje:

«¿Dónde podrá estar, sino en aquella casa tan grande en que se encerró otra vez? ¡Vaya una manía! ¿Qué hará allí dentro? Pero en fin, ¿quién sabe si no me espera y si lo veré de nuevo por aquel mismo agujero?».

Por esta razón se lanzó como una flecha en dirección a la Bastilla. Tropezó sucesivamente con algunos niños, dos o tres viejas, vertió otros tantos jarros de leche, y perseguido por clamores y maldiciones, se detuvo jadeante ante la puerta por la que Pardaillán entrara en la Bastilla.

El perro levantó la nariz hacia la ventana a través de la cual se le apareció su amigo, pero a la sazón estaba cerrada.

«Pipeau», después de haber esperado inútilmente, empezó a dar la vuelta a la Bastilla, pero en vano ladró e inspeccionó toda ventana o tragaluz del edificio.

Entonces, con la misma rapidez, se dirigió hacia la posada de «La Adivinadora», subió hasta la habitación que antes ocupara su amo y en vista de que no estaba allí bajó y visitó toda la casa, hasta que habiéndolo visto maese Landry, el pobre perro se vio echado a escobazos, por cuya razón se marchó sin insistir más, comprendiendo que su amo no estaba allí, pues, de lo contrario, no lo hubieran tratado de aquel modo.

Prosiguiendo sus pesquisas, «Pipeau» recorrió París en todas direcciones visitando los lugares adonde había ido con su amo y, por último, llegó por la noche a la posada de «Los Dos Muertos que Hablan», fatigado, hambriento y muriéndose de sed.

Catho satisfizo sus necesidades, dándole comida y agua y «Pipeau», satisfecho de la acogida, se quedó a dormir allí.

Al día siguiente por la mañana, y después de haber dormido nueve horas y hecho una visita a la cocina, se eclipsó en cuanto vio la puerta abierta.

Aquella vez ya no corría, sino que, tristemente, se marchó con el hocico pegado al suelo, el rabo entre piernas y las orejas gachas.

«¡Se acabó!», —pensaba el pobre animal—. *«Me ha abandonado y ya no le veré más»*.

Llegó así al palacio de Montmorency y echándose ante la puerta, esperó. Permaneció todo el día en el mismo sitio, sordo a las invitaciones del cocinero, el cual, portándose en aquella ocasión con extraordinaria magnanimidad, le llevó por la tarde una succulenta comida, compuesta de huesos de pollo en cantidad respetable.

«Pipeau» empezó entonces a roer los huesos, pero sin gran apetito.

Era la tarde del miércoles, 20 de agosto, circunstancia que si no tenía valor para el perro, la tiene para nosotros.

Llegó la noche y «Pipeau», abrigándose en un hueco de la fachada de la casa, estaba entregado a sus sombrías reflexiones, cuando, de pronto, se levantó, aspiró ciertas emanaciones que a él llegaban y por fin su cola se agitó alegremente.

¿Acaso «Pipeau» había olido a su amo? Penoso es confesarlo, pero la verdad ante todo. «Pipeau» acababa de oler una perra e impulsado por su lascivia olvidó a su amo y la tristeza que sentía.

El perro no tardó en divisar cuatro sombras que se detuvieron ante el palacio. El grupo se componía de dos hombres y dos perros. «Pipeau» se acercó y los dos perros empezaron a gruñir. Entonces uno de los dos hombres ordenó en voz baja:

—¡Quieto, «Plutón»! ¡Quieta, «Proserpina»!

Sin duda alguna aquellos dos perros estaban muy bien educados, porque se callaron enseguida. Eran de gran corpulencia, dos especies de dogos de rudo pelaje, ojos sanguinolentos y formidables mandíbulas. El perro, «Plutón», era negro; la perra, «Proserpina», completamente blanca, y ambos de la misma raza.

Durante casi una hora, los dos hombres permanecieron observando el palacio. Iban y venían con precaución y parecían querer ver lo que pasaba en el interior.

—Fijaos —dijo por fin uno de ellos—, será necesario atacar por aquí, creedme, monseñor.

—Sí, Orthés —contestó el otro—, tenías razón.

Llama a los perros y vámonos.

Entonces Orthés silbó quedamente y «Plutón», «Proserpina» y «Pipeau» se pusieron en marcha.

¡Cómo! ¿«Pipeau» también? Sí. He aquí lo que había ocurrido mientras los hombres hacían sus observaciones.

Como ya se ha visto, el perro se acercó a «Proserpina» y en su lengua le dirigió un cumplido que, sin duda, fue del agrado de la bella, pues empezó a menear la cola. Al observarlo, «Pipeau» hízole una declaración en regla, es decir, que se puso a dar vueltas alrededor de «Proserpina», oliendo todo lo que un perro acostumbra oler en semejantes casos.

«Plutón», el marido, enseñó los dientes a «Pipeau» y éste, al observar la fuerza de su enemigo, apeló a la astucia. Acercóse a la puerta del palacio, en donde había algunos huesos sobrantes de su cena y tomándolos en la boca los ofreció a «Plutón», el cual era un perro feroz y estúpido y, por lo tanto, se precipitó sobre los huesos y los devoró en el acto. Luego dirigió a «Pipeau» una mirada de agradecimiento y en señal de paz movió la cola y se echó tranquilamente.

«Pipeau» comprendió que desde entonces podía contar con la amistad del perrazo y volviéndose a «Proserpina» reanudó su cortejo. Cuando los dos hombres se marcharon, «Plutón» y «Proserpina» siguieron tras ellos y «Pipeau» imitó su ejemplo,

olvidando por el amor, a la amistad y a su amo desaparecido. Sentíase dispuesto a seguir a «Proserpina» hasta el fin del mundo, pues la desvergonzada jugaba con él y parecía dispuesta a concederle sus favores.

«Plutón» andaba con gravedad diciéndose sin duda que un compañero que con tanta amabilidad le ofrecía buenos huesos de pollo, bien merecía un pequeño sacrificio por su parte.

Hombres y perros, llegaron a una casa de la calle de los Fossés-Montmartre, se abrió una pesada puerta y «Pipeau», entre «Plutón» y «Proserpina», se introdujo en la casa.

La puerta se cerró y «Pipeau», sin saberlo, fue huésped del mariscal de Damville y de Orthés, vizconde d'Aspremont.

XXV - El almirante Coligny

DEJAREMOS A «PIPEAU» que se ocupe en sus amores, así como a Catho que, en compañía de «La Roja» y Paquita, está preocupada por el misterioso asunto y antes de ver a los Pardaillán que, en la prisión del Temple, esperan la terrible hora en que debe serles aplicado el tormento, conduciremos al Louvre a nuestros lectores.

Desde el 18 de agosto, las fiestas se sucedían unas a otras. Los hugonotes se mostraban radiantes y Catalina les guardaba toda clase de consideraciones.

Únicamente Carlos IX, desconfiado y taciturno, solía pasear por las salas del Louvre una incurable melancolía.

El viernes 22 de agosto muy temprano, por la mañana, el almirante Coligny salió de su hotel de la calle Bethisy en dirección al Louvre. Iba escoltado, como siempre, por cinco o seis caballeros hugonotes y llevaba bajo el brazo un rollo de papeles. Era el plan definitivo de la campaña que se iba a emprender contra los Países Bajos y cuyo mando supremo se le había confiado. El rey debía estudiar aquel plan con el almirante y dar la aprobación definitiva. El estado general de los gastos de la campaña estaba indicado con un detalle y una previsión que probaba la experiencia consumada del anciano jefe hugonote. La caballería estaba reducida en notables proporciones en beneficio de la artillería.

—Si fuera posible —repetía Coligny— no me llevaría más que cañones.

Carlos IX acababa de levantarse, cuando el almirante llegó a las habitaciones del rey, ya invadidas por multitud de cortesanos. Carlos IX estaba aquella mañana de buen humor y en cuanto vio a Coligny se acercó a él y lo estrechó entre sus brazos diciendo:

—Esta noche, padre mío, he soñado que me derrotabais.

—¿Yo, señor?

—Sí, sí, vos mismo.

Pintóse la inquietud en los rostros de los hugonotes presentes, mientras se regocijaban los católicos.

Unos y otros presentían alguna de aquellas bromas a que tan aficionado era Carlos IX, pero el rey, echándose a reír, continuó:

—... Me derrotabais en el juego de pelota. ¿Es posible concebir semejante cosa? A mí, al primer jugador de Francia.

—Y de Navarra, señor —dijo sonriendo Enrique de Bearn—. Todos saben que mi primo es invencible en el juego de pelota.

Carlos IX dirigió una amable sonrisa a Enrique y continuó:

—Almirante, quiero desquitarme de mi sueño. Venid.

—Pero, señor —dijo Coligny—, ya sabe Vuestra Majestad que nunca he cogido una raqueta.

—¡Qué lástima! ¡Yo que quería derrotaros!

—Señor —dijo entonces Teligny—, si Vuestra Majestad lo permite jugaré en lugar del señor almirante, y, en su nombre, aceptaré el desafío.

—¡Por Dios caballero, que sois muy agradable y acepto con gran placer! Almirante, esta tarde hablaremos de cosas serias, porque ya veo por los papeles que lleváis que queréis hacerme trabajar. Ahora excusadme. Venid, señor de Teligny, y vos también, señor de Guisa.

Y el rey, silbando un aire de caza, bajó al juego de pelota seguido de sus cortesanos. Formáronse dos bandos y el partido empezó enseguida, con un pelotazo soberbio del rey, que, verdaderamente, jugaba muy bien.

Coligny habíase quedado en compañía de algunos nobles y el viejo general de galeras La Garde, a quien llamaban familiarmente el capitán Paulin. Antonio Escalin de los Aismars, barón de La Garde, era un soldado de fortuna. Pobre e hijo de padres oscuros, habíase elevado de grado en grado hasta llegar a poseer el de general de galeras, título que corresponde al actual de contraalmirante.

Era un hombre frío, sin escrúpulos, feroz en la batalla, católico acendrado, más por política que por devoción; pero había concebido por Coligny sincera admiración y afecto; se interesaba mucho por la campaña proyectada, esperando conquistar en ella algún nuevo favor del rey.

Coligny le había encargado, especialmente, armar los navíos que deberían emplearse, porque se quería atacar al duque de Alba por tierra y por mar y el viejo La Garde había cumplido su misión con el mayor celo y la flota estaba presta.

¿Acaso aquel hombre había tenido conocimiento de alguna traición o adivinado los proyectos de Catalina? Era probable, pero cortesano inteligente y guerrero sin miedo, guardaba para sí sus impresiones y tenía por costumbre decir a sus familiares:

—Esperemos a que sople el viento, para saber hacia dónde hay que virar.

Coligny tuvo con él larga conversación que duró dos horas.

Ello pasaba en la misma antecámara del rey, junto al antepecho de una ventana hacia donde La Garde había arrastrado un sillón, sobre el cual Coligny desarrolló sus planos. Acabaron por arrodillarse los dos al lado del mueble para examinar mejor el mapa que el almirante tenía extendido y estaban de tal modo abstraídos en su estudio que no vieron a la reina Catalina de Médicis salir de las habitaciones del rey, atravesar la antecámara, mientras era saludada a su paso por entre los nobles presentes, y hundirse en una galería lentamente, pálida y glacial como un espectro.

A partir de la terrible escena de Saint-Germain-L'Auxerrois, Catalina parecía un tanto turbada. Sus resoluciones no eran firmes como antes, y a veces se detenía en los largos paseos que hacía por su oratorio, para murmurar:

—¡Era mi hijo...!

¿Acaso se arrepentía de lo hecho? ¿Acaso empezaba a sentir el remordimiento?

De ser así Catalina debía buscar el modo de apagar sus remordimientos con otros recuerdos más terribles. En efecto, después de pronunciar aquellas palabras en voz

baja, apretaba los puños y añadía:

—¡Apresurémonos!

Así, pues, su remordimiento, si tal sentía, le daba más ardiente sed de sangre, semejante al desgraciado a quien los licores fuertes consumen sus entrañas, no hallando más que un remedio para apagar el fuego que lo devora: beber, beber de nuevo y apagar el fuego con el incendio.

Catalina pensaba:

—¡Sangre, más sangre para borrar aquélla! Después de todo, es por Dios. ¡Dios lo quiere! ¡Es necesario acabar!

Aquella mañana, estaba más sombría que nunca, así que se vio sola, desapareció la sonrisa que fingía ante la corte y al pasar por la antecámara dirigió una oblicua mirada a Coligny. Al extremo de la galena y cuando iba a entrar en su oratorio, vio un hombre que la esperaba. Era Maurevert, que se inclinó como para saludarla, murmurando:

—Espero vuestras últimas órdenes, señora.

Catalina miró al extremo de la galería, a la antecámara y vio a Coligny que se levantaba, y enrollaba sus papeles, hablando vivamente con La Garde.

Entonces dijo a Maurevert:

—¡Adelante!

El espadachín se inclinó más profundamente, pues tenía algo que decir. Pensaba en la recomendación que le hiciera el duque de Guisa de herir, pero no matar a Coligny. Maurevert quería conservar el favor del duque, sin desobedecer a la reina. Y dejando aparte la ficción de que era un amigo el que debía disparar sobre el mariscal dijo:

—¿Y si no doy en el blanco, señora?

—Pues bien —dijo la reina tranquilamente—, es necesario insistir.

—Así, pues —insistió el espadachín—, tanto si el almirante muere como si no, ¿los dos prisioneros del Temple me pertenecen?

—Sí, con la condición de que yo asistiré al interrogatorio.

Entonces Catalina entró en sus habitaciones y algunos minutos más tarde Maurevert salió del Louvre.

Ante la ventana de la antecámara, el viejo La Garde decía en aquel momento:

—Señor almirante, si queréis creerme apresurad los últimos preparativos. He guerreado contra vos en Jarnac y en Moncontour e hice lo que pude. Estoy al servicio de la Iglesia Romana y vos al de una congregación enemiga de la mía, pero tengo para vos el afecto que se debe a un jefe ilustre. Permitid que insista, sería necesario que dentro de un mes, cuando más, estuvierais en campaña.

—¡Dentro de un mes, mi querido barón! Decid dentro de diez días y estaréis en lo cierto.

—¡Ah! Tanto mejor —dijo el viejo La Garde con un suspiro de alivio.

Los dos jefes se estrecharon la mano y La Garde bajó al juego de pelota para

cumplimentar al rey, cuyos gritos de alegría se oían a cada pelotazo bueno que daba.

Coligny, tras de haber enrollado sus papeles, se los puso bajo el brazo, y haciendo seña a sus amigos, bajó a su vez y salió del Louvre, contestando con una sonrisa a los saludos respetuosos y con alegre gesto a los centinelas del puente levadizo que le rendían los honores.

Maurevert, sin apresurarse, llegó al claustro de Saint-Germain-L'Auxerrois y penetró en una casita, cuyas ventanas de la planta baja estaban enrejadas.

Allí vivía el canónigo Villemur, el cual, desde hacía tres días, abandonó ostensiblemente la casa para ir, según dijo, a la de una parienta que habitaba en Picardía.

La casa pasaba, pues, por deshabitada y el canónigo había despedido por un mes a su criado.

Maurevert entró en ella por una puertecilla que desde dentro abrió una mano misteriosa y llegó muy pronto al comedor que estaba en la planta baja.

—Es la ocasión oportuna —dijo al hombre que le había abierto, que no era otro que el canónigo Villemur.

—Ya lo sabía —dijo éste—. Venid.

Maurevert siguió a su huésped, que le hizo atravesar tres piezas y lo introdujo por fin en un patio que daba a la parte posterior de la casa, rodeado de muros bastante elevados y una puerta que permitía la salida. Villemur la abrió y mostró a Maurevert un camino desierto que iba a parar al Sena.

—Huiréis por ahí —dijo— en ese caballo que está aquí atado.

Y con el dedo señalaba a un vigoroso caballo ensillado y sujeto por la brida a una anilla.

—Monseñor Enrique de Guisa se ha ocupado en vuestra seguridad. Este caballo pertenece a sus cuadras. Tomaréis este sendero, luego iréis hacia la izquierda y bordearéis el Sena. En la puerta de San Antonio os dejarán pasar y entonces os marcharéis a Reims, en donde podréis esperar.

—Bueno, bueno —dijo Maurevert con irónica sonrisa—. ¿Creéis necesario el que huya?

—Creo que en ello va vuestra cabeza —dijo el canónigo con sinceridad.

—Bueno, pues huiré —contestó Maurevert, decidido, sin embargo, a no hacerlo.

Regresaron entonces al comedor y Villemur descolgó de la pared un arcabuz cargado y lo presentó a Maurevert, el cual lo examinó atentamente.

—Buen arma —dijo luego.

—Ahí llega —dijo Villemur no sin alguna emoción.

Maurevert acercóse a la ventana mientras el canónigo retrocedía, pero procurando apostarse en lugar conveniente para observar la escena que iba a tener lugar.

Maurevert había apoyado el cañón del arcabuz en uno de los barrotes de la reja. A su izquierda aparecía un grupo de cinco o seis caballeros y, precediéndolos, iba

Coligny conversando con Clermont conde de Piles, gentilhombre del rey de Navarra: El conde de Piles iba a la izquierda del almirante de modo que éste presentaba a la ventana la parte derecha de su cuerpo.

En aquel momento Maurevert hizo fuego. Hubo en el claustro de Saint-Germain-L'Auxerrois un segundo de estupefacción. Coligny agitaba la mano derecha hacia la ventana. Aquella mano estaba ensangrentada, pues la bala le había llevado el dedo índice.

—¡Asesino! —exclamaron los caballeros hugonotes precipitándose hacia Coligny.

En el mismo instante se oyó otro disparo y aquella vez el almirante resultó con el hombro izquierdo atravesado.

Entonces resonaron gritos en el claustro y las gentes empezaron a hacer corro, pero en cuanto supieron que el almirante Coligny había sido herido, retrocedieron enseguida profiriendo amenazas contra los hugonotes.

Después de su primer disparo, Maurevert dejó a un lado el arma, diciendo:

—¡Torpe de mí! No lo he tocado.

—¡Volved! —dijo Villemur.

—¿Con qué? —preguntó irónicamente Maurevert.

El canónigo, entonces, le presentó otro arcabuz cargado y Maurevert, sin emoción aparente, apuntó con cuidado y lo disparó.

Entonces el almirante cayó.

—Está muerto —dijo el canónigo.

—Creo que sí —contestó el asesino.

—Huid.

—¿Y vos?

—Huid, ¡por Nuestra Señora!

Maurevert obedeció sin apresurarse, a pesar de que en el mismo instante resonaron furiosos golpes en la puerta. Llegó al patio, desató el caballo, montó y se alejó al trote.

Entonces el canónigo descendió rápidamente a la bodega de la casa, levantó una trampa, se hundió en un corredor y subiendo luego una escalera de piedra, llegó a la sacristía de Saint-Germain-L'Auxerrois, en donde estaban reunidos algunos sacerdotes.

Entre ellos reconoció enseguida al obispo Sorbin de Sainte Foi, al cual hizo una seña.

Entonces el obispo levantó los brazos al cielo y todos penetraron en la iglesia, en donde, después de haberse arrodillado, entonaron un Te Deum.

En el claustro reinaba terrible confusión. Los caballeros hugonotes habíanse precipitado contra la ventana, pero la reja era sólida; entonces, mientras unos trataban de hundir la puerta, otros, espada en mano, rodearon nuevamente a Coligny como

para hacer frente a un nuevo ataque.

—Avisad al rey —dijo tranquilamente Coligny.

Uno de los caballeros, el barón de Pont, echó a correr hacia el Louvre atravesando los grupos silenciosos y hostiles.

—¡Bien hecho! —gritó una mujer.

Entre tanto, ayudado de sus amigos, Coligny habíase incorporado, pero no podía tenerse en pie y parecía estar a punto de desmayarse.

—¡Una silla! —gritó el conde de Piles—. ¡Por Dios, una silla, un sillón, cualquier cosa!

Las gentes oían tales palabras con aire burlón y nadie se movió. Los hugonotes miráronse atónitos, sintiendo que la ira se apoderaba de ellos.

Entonces dos caballeros unieron sus manos formando una especie de silla en la que sentaron al herido que pasó los brazos por el cuello de los que lo transportaban.

El resto de los hugonotes rodearon aquel grupo en silencio y espada en mano. Los que trataron de hundir la puerta, fueron a reunirse al cortejo que se puso en marcha. Cuando estuvieron a cierta distancia, la multitud se desbandó, riendo, aplaudiendo y gritando:

—¡Mueran los hugonotes!

—¡Tened calma! —decía Coligny, que no se había desvanecido.

Pero sus amigos no lo escuchaban. El conde de Pites lloraba más bien de rabia que de dolor, mientras los otros gritaban:

—¡Han matado al almirante! ¡Han matado a nuestro padre! ¡Venganza!

A cada paso hallaban hugonotes que se reunían al cortejo y viendo al almirante mal herido, desenvainaban su espada, gritando:

—¡Venganza!

Al llegar a la calle de Bethisy, eran doscientos agitando sus espadas, llorando y amenazando a los grupos del pueblo que los miraban pasar.

La nueva del atentado cundió con inaudita rapidez; en menos de una hora, reinó en París gran efervescencia: los burgueses se armaron, organizáronse bailes en todos los barrios, y en otros sitios, algunos sacerdotes encaramados en los guarda-cantones, dijeron que Dios acababa de herir a un enemigo de la Iglesia y que tal cosa era un indicio de su protección; el pueblo los aclamaba y los llevaba en triunfo, gritando al mismo tiempo:

—¡Viva la misa!

En el hotel de Bethisy y en las cercanías habíanse reunido más de mil hugonotes, no dudando que intentarían matar al almirante y decididos a defenderlo tanto como les fuera posible.

Aquella multitud de hidalgos exasperados llenaba el patio del palacio y refluyendo por las puertas abiertas, ocupaba toda la calle. Así transcurrieron dos horas entre gritos, exclamaciones y rumores entrecortados por algunos silencios.

No obstante la calma se restableció paulatinamente y las espadas volvieron a las vainas en cuanto cundió el rumor de que el asesino del almirante era un vulgar malhechor y no un criminal pagado por el canónigo Villemur, como, de pronto, se figuraba la gente, y la calma se convirtió en tranquilidad al saberse que las heridas que el almirante recibiera no eran mortales.

A pesar de aquella calma y tranquilidad, buen número de hugonotes alquilaron en el acto todos los locales vacíos de la calle de Bethisy, para estar dispuestos noche y día a socorrer a su jefe.

Hacia las dos hubo un remolino entre la multitud que continuaba estacionada en la calle, a cuyo extremo acababa de aparecer una litera precedida y seguida por media compañía de arcabuceros.

—¡El rey, el rey!

Todas las cabezas se descubrieron, pero sobreponiéndose a la etiqueta y al respeto, algunos gritaron:

—¡Venganza!

La litera se detuvo un instante antes de entrar en el palacio, y entonces las gentes pudieron ver que en ella iban el rey, Catalina y el duque de Anjou, Carlos IX, pálido, sombrío y agitado, se inclinó hacia el grupo de nobles que tenía más cercano:

—Señores —dijo—, deseo venganza, tanto, como vosotros, por lo menos. Además, estoy obligado a ello, porque el almirante es mi huésped. Tranquilizaos, por lo tanto, porque el criminal será preso y castigado de un modo ejemplar.

Entonces resonaron gritos de «Viva el rey»; las palabras de Carlos IX, transmitidas de boca en boca, entusiasmaron a todos los que ocupaban la calle.

Veamos ahora de qué manera Carlos IX recibió la noticia del atentado.

Estaba en el juego de pelota y dirigía el partido contra el bando opuesto, a la cabeza del cual estaba el señor de Taligny, yerno del almirante, cuando el señor de Pont llegó corriendo muy trastornado y con los ojos llenos de lágrimas.

Olvidando la etiqueta y sin esperar que el rey le interrogara, el barón de Pont exclamó:

—¡Señor! Acaban de asesinar al señor almirante.

Carlos IX, que se preparaba a devolver la pelota, se quedó mudo de estupor.

Al oírlo Taligny, Condé, Enrique de Bearn y algunos otros hugonotes, dirigiéronse inmediatamente al palacio de la calle de Bethisy.

—¡Por Dios! —exclamó el rey al cabo de unos instantes—. ¿Qué nos decís, caballero?

—La verdad, señor, la triste verdad. —Y relató la escena ocurrida ante Saint-Germain-L'Auxerrois.

Carlos arrojó con furia la raqueta al suelo. Luego se puso muy pálido y se echó a reír nerviosamente.

Los cortesanos que lo rodeaban pusiéronse a temblar, porque aquellas extrañas carcajadas significaban siempre, en el rey, una próxima crisis de su mal o, por lo

menos, de un acceso de cólera. Aquella vez no se presentó el ataque, pero sí se desencadenó el furor del soberano.

—¡Esto ya es demasiado! —gritó—. No pasa día sin que se mate a alguien. ¡Ah, señores parisienses! ¡Queréis hacer lo que os da la gana y yo, que soy el rey, quiero que se cumpla mi voluntad! He aquí que me matan ahora a los jefes del ejército. ¡Por Dios! Haré un escarmiento tal, que los partidarios de la misa y de Guisa no tendrán más ganas de comer carne de hugonote.

Se detuvo entonces, temiendo haber dicho demasiado, recordando las advertencias de su madre, y regresó precipitadamente al Louvre, ordenando:

—Que vengan enseguida el señor Birague y el señor gran preboste.

Éste último, se hallaba en el Louvre y se presentó inmediatamente al rey, mientras iban en busca del canciller Birague.

—¡Caballero! —dijo Carlos IX al gran preboste—. Os doy tres días de tiempo para prender al asesino del señor almirante Coligny.

—Pero, señor ...

—Idos, señor —vociferó el rey—. Tres días, ¿lo oís? Y si no lo halláis, os consideraré cómplice y os procesaré.

El gran preboste se retiró muy asustado.

El canciller Birague llegó al cabo de una hora, durante la cual Carlos IX se paseó febrilmente por su gabinete.

—¡Caballero! —díjole el rey—. ¿Qué penas hemos dictado contra los burgueses que lleven armas?

—Primero, una multa proporcionada a la riqueza del culpable, señor, y luego la prisión.

—Pues bien, caballero. Quiero que hoy mismo publicuéis un edicto que os voy a dictar.

El canciller, inclinado, esperaba y por fin el rey dijo:

Todo portador de armas visibles, como arcabuces, espadas, dagas, pistolas, ballestas, alabardas o picas, será preso y sin formación de causa, encarcelado en la Bastilla por diez años y sus bienes, si los tiene serán confiscados. Todo el que lleve armas bajo la capa, será conducido a las horcas patibularias de su jurisdicción y ahorcado doce horas más tarde, para que pueda hacer penitencia y reconciliarse con Dios si se halla en pecado mortal.

—Señor —dijo Birague—, el edicto será publicado hoy mismo. Pero ¿quiere Vuestra Majestad permitirme una observación?

—Decid, caballero.

—¿Debe comprender el edicto a todos los parisienses sin excepción?

—Sí, caballero, excepción hecha de la nobleza.

—Muy bien, señor, pero debo hacer observar a Vuestra Majestad, que desde hace

algún tiempo, no hay parisiense que salga a la calle sin armas.

—¡He aquí lo que prueba el respeto que merecen nuestros mandatos reales! ¿Y vos me lo decís con esa tranquilidad? Por Dios, que es necesario acabar con este estado de cosas. ¿Qué queréis decir, que será difícil detener a todos los parisienses? Pues los prenderemos a todos si es necesario.

Carlos IX añadió con cruel sonrisa:

—Además, no tengáis cuidado, señor caballero. Algunos ejemplos bastarán; dos docenas de ahorcados inspirarán respeto a nuestro mandato. Ahora, idos.

Birague se inclinó y salió.

—Señores —dijo el rey volviéndose hacia sus cortesanos—. Quiero que se ponga buena cara a los hugonotes y que si se desenvaina la espada, sea por nuestro servicio o en bien del reino y no para continuar guerras intestinas. Quiero que todo el mundo sepa que los hugonotes son amigos nuestros. Luego el rey hizo una seña y los cortesanos se apresuraron a salir.

En cuanto se quedó solo, Carlos IX se sentó en un sillón, diciéndose:

—¡Así la peste devorara al que tiró sobre el almirante! He aquí la campaña diferida y mi salvación está en esta guerra que arrastrará lejos del reino a todos los hugonotes de Francia y de Navarra. En cuanto se vayan a guerrear a los Países Bajos, mi tranquilidad estará asegurada y si acaso Coligny me hace traición, como mi madre asegura, el mejor medio de desembarazarme de él y de sus acólitos, es mandarlo lejos del reino. En cuanto se haya marchado, no deberé temer a Enrique de Bearn, que está sujeto por mi hermana, que me quiere, y sólo me quedará Enrique de Guisa, al cual podré anular fácilmente. He aquí mi política, que vale tanto como la del Papa, o sea la de mi madre.

Quedóse algunos instantes pensativo, y luego añadió con amargura:

—Sí, ya no tendría que habérmelas más que con Guisa..., con Guisa y con mi hermano..., el preferido de mi madre ...

Carlos IX estuvo dos horas encerrado en su gabinete demostrando con ello el disgusto que le causara el atentado contra Coligny.

Luego, después de comer apresuradamente, hizo decir a su madre y de su hermano de Anjou que se prepararan para acompañarlo a visitar al almirante.

Pocos momentos después la litera se puso en marcha, escoltada por una compañía mandada por Cosseins, el capitán de guardias del rey. Durante todo el trayecto el duque de Anjou y Catalina hablaron con insistencia de un milagro que había tenido lugar en la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois.

Tres días antes, el martes, por la mañana, el sacristán entró en la iglesia y vio la pila del agua bendita llena de sangre, cuando la víspera lo estaba de agua.

Nadie hubiera podido penetrar en la iglesia durante la noche y, además, ¿quién hubiera sido el sacrílego que se atreviera a echar sangre dentro de la pila de agua bendita? No había duda de que se trataba de un milagro. Y toda aquella sangre fue

cuidadosamente recogida en botellitas que se llevaron a la iglesia de Nuestra Señora.

Aquel milagro era consecuencia natural del que tuvo lugar en el convento en que Dios fue hervido.

Allí también el caldero maravilloso apareció lleno de sangre y con tan repetidas manifestaciones era imposible no adivinar la voluntad divina Dios quería sangre.

—No puede ser más claro —dijo el duque de Anjou.

Carlos IX, sombrío y silencioso escucho la conversación preguntándose, tal vez, si no estaba equivocado y si realmente era llegada la ocasión de cumplir los deseos de Dios.

No obstante, cuando la litera llegó ante el palacio de Coligny, el rey dejó a un lado su vacilación e inclinándose pronunció las palabras que hemos citado y que fueron acogidas con frenéticos gritos de «¡Viva el rey!».

Coligny estaba acostado cuando Carlos IX, Enrique de Anjou y Catalina entraron en la estancia. El pálido rostro del herido brilló de alegría. El rey corrió hacia él y abrazándolo, le dijo:

—Espero que el miserable asesino se balanceará muy pronto al extremo de una cuerda y que vuestra preciosa vida no corre peligro.

—Señor —dijo Ambrosio Paré, que estaba cerca de la cama—, respondo de la vida del señor almirante. Dentro de quince días podrá levantarse.

—Señor —dijo a su vez Coligny, la alegría que me causa la prueba de interés que me da mi rey, contribuirá mucho a mi curación.

—Señor almirante —dijo el duque de Anjou—, podéis imaginaros cuánto siento lo sucedido.

—Dios nos conserve al jefe ilustre y al leal servidor en quien hemos puesto toda nuestra confianza —dijo Catalina enjugándose las lágrimas.

Al oír estas palabras hubo en la habitación, llena de hidalgos, Un gran murmullo de satisfacción, y a pesar de las recomendaciones de Ambrosio Paré, gritaron:

—¡Viva el rey! ¡Viva la reina! ¡Viva el duque de Anjou!

Por fin desocuparon la habitación del herido y alrededor de la cama quedaron solamente los tres augustos visitantes, el rey de Navarra, Teligny y su mujer Luisa de Coligny.

La visita se prolongó una hora, al cabo de la cual, el rey se retiró diciendo que volvería el domingo Próximo, o sea dos días después. Las mismas aclamaciones acogieron a Carlos IX cuando apareció en el patio.

—Señor de Cosseins —dijo en voz bastante alta para que todos pudieran oírlo.

—Señor —dijo el capitán de guardias acercándose en el momento en que el rey entraba en la litera con su madre y hermano.

—¿Cuántos hombres tenéis con vos?

—Una compañía, señor.

—Bueno, ¿os bastan para defender el palacio, en caso de ataque?

—Señor, con mi compañía resistiría a tres mil hombres bien organizados.

—Bueno, quedaos aquí a guardar el palacio y me respondéis de la vida del almirante con la vuestra.

—¿Pero quién os acompañará al Louvre, señor?

Carlos entonces señaló con la mano los hugonotes que llenaban el patio.

—Estos dignos caballeros no tendrán inconveniente, según espero, en escoltarme y puedo afirmar que nunca habré ido tan bien acompañado.

Oyéronse entonces entusiastas vivas y aclamaciones. Carlos IX estaba radiante de alegría. Catalina cambió rápida mirada con el duque de Anjou y disimulando su alegría, murmuró:

—Ésta es una inspiración divina.

—¿No es verdad, madre? —exclamó Carlos IX—. ¿No es verdad que es buena idea que el rey de Francia deje sus guardias al almirante herido?

—Es admirable, hijo mío —contestó Catalina con sinceridad, pues en efecto, el palacio de Coligny quedaba así vacío de hugonotes y ocupado, en cambio, por Cosseins, a quien la reina se jactaba de hacer obedecer a la menor señal.

Los hugonotes se organizaron enseguida para escoltar al rey. Desenvainaron la espada y se pusieron en fila como los soldados en la parada.

Y así fue cómo rodeado de un millar de hugonotes y vitoreado con entusiasmo, el rey entró en el Louvre.

Por la noche, hubo en el palacio una gran fiesta para celebrar el resultado del atentado que estuvo a punto de ser fatal al almirante. El rey, verdaderamente alegre, anunció que la campaña proyectada empezaría en cuanto Coligny estuviera restablecido, es decir, al cabo de diez días. Luego quiso jugar a un nuevo juego de naipes que se acababa de inventar y perdió contra el Bearnés doscientos escudos, que pagó riendo con toda su alma.

El rey de Navarra los embolsó satisfecho, diciendo a su mujer:

—Si esto continúa, amiga mía, seremos ricos, cosa que me cambiará bastante.

Margarita miró a su alrededor con inquietud y murmuró:

—Señor, tened cuidado.

—¿De qué? Carlos me quiere, estoy seguro.

—Tal vez sí, pero mirad a la reina. Nunca la vi tan sonriente. Tened cuidado, señor.

Catalina de Médicis estaba, en efecto, muy contenta. A las diez se retiró a sus habitaciones diciendo en voz alta:

—¡Buenas noches, señores de la Reforma! Voy a rogar por vosotros.

Y a las doce todo parecía dormir en el Louvre.

XXVI - La noche terrible

EL REY SE HABÍA ACOSTADO. Su ayuda de cámara lo desnudó, lo cubrió con una larga camisa de noche y luego lo ayudó a meterse en cama; entonces, apagando las antorchas y no dejando más que una mariposa encendida, se retiró de puntillas.

Hacía una hora que el rey estaba acostado, pero aún no se dormía. Meditaba. Y en aquel ser enfermizo, nervioso en extremo, la meditación tomaba naturalmente la forma más poética y tal vez la más fecunda, es decir, la forma imaginativa.

A su espíritu no se presentaban razonamientos, sino imágenes. Contemplaba la multitud tumultuosa de los hugonotes, aquellos rostros transformados por el furor, aquellas espadas que se agitaban en la calle de Bethisy, y luego la calma en cuanto prometió vengar al almirante. Oía de nuevo el gran entusiasmo de los caballeros de la Reforma, cuando lo acompañaron al Louvre. Nunca había oído Carlos vítores tan sinceros y vibrantes, pues, desde hacía algunos meses, únicamente oía gritar:

«¡Viva la misa!».

«¡Viva Guisa!».

Y la ovación del día le inspiraba tanto agradecimiento como orgullo. Luego veía nuevamente a Coligny pálido, en la cama, y rechazaba la idea de que aquel rostro severo, pero leal, pudiera ser traidor. Casi enseguida, llamadas unas imágenes por las otras, se le apareció a la imaginación su propia madre. Y si se había sentido tranquilizado por la imagen de Guisa, se estremecía ante la de su madre, evitando el preguntarse por qué.

Guisa se le aparecía luego, lleno de orgullo, viril, magnífico, sonriente y vigoroso, en tanto que él, pobre rey, era de corta estatura, débil y enfermizo.

«*Ciertamente, Guisa sería mejor rey que yo*», —y lleno de furor al contemplar la imagen que su imaginación evocaba, se incorporó con los puños apretados de rabia.

«*¡Cómo! ¿Enrique de Guisa en la catedral de Reims a punto de ser consagrado?*».

Luego se tranquilizaba llamando en su ayuda el cuadro del ejército que partía hacia la guerra desfilaba ante él, Coligny, los hugonotes, y Conde, Guisa, y todos, todos los que temía, hasta su hermano Anjou íbanse a lejanos países, de los que tal vez no volverían. Ésta era su política. Y. Entonces, a su alrededor, reinaría la paz, la tranquilidad y el amor de María Touchet.

Carlos cerró los ojos y sonrió dulcemente. A la sazón se le aparecía un apacible rincón de París, una casa tranquila de la calle de los listados y la joven que le rodeaba el cuello con sus brazos, mirándolo con ternura y besando dulcemente sus ojos, murmurando:

«*Mi querido Carlos*».

Entonces lo invadió el sueño.

Así sucedía todas las noches; los ensueños que preceden al sueño de todo hombre

que se duerme, conducen fatalmente al punto central de sus inquietudes diarias. En Carlos, después de varias sinuosidades, el ensueño concluía siempre en María Touchet.

Carlos estaba, pues, a punto de dormirse, cuando un ruido semejante a un gato que arañara una puerta, lo despertó e incorporándose escuchó atentamente.

Había tres puertas. Una grande de dos batientes por la que entraban los cortesanos en el momento de levantarse el rey y luego otras dos pequeñas. Una de éstas daba a un gabinete particular, por donde el rey podía llegar a su comedor. La otra daba a un corredor largo y estrecho, por el que podían transitar solamente dos personas; su madre y él. A esta última es a la que estaban arañando.

La misma seña se hizo oír de nuevo, mucho más fuerte y casi imperiosa. Carlos saltó de su cama, fue hacia la puerta y preguntó:

—¿Sois vos, señora?

—Sí, señor; es preciso que os hable ahora mismo.

El rey no se había engañado: era, en efecto, la reina Catalina de Médicis que lo había despertado.

Hizo un gesto de impaciencia y miró a la cama, pero pensó que tal vez lo amenazaba algún peligro. Entonces se vistió de prisa, se armó con una daga y abrió.

Catalina de Médicis entró, diciendo:

—Hijo mío, en este momento el señor canciller Birague, el señor Gondi, el señor duque de Nevers, el mariscal de Tavannes y vuestro hermano Enrique de Anjou, se han reunido en mi oratorio, para tomar las decisiones conducentes a vuestra salvación y a la del Estado, y ahora esperan al rey para someterle el resultado de su deliberación.

Carlos IX se quedó un instante estupefacto.

—Señora —dijo por fin—, si no conociera toda vuestra fortaleza de alma y firmeza de espíritu me figuraría que una visión ha turbado vuestra sangre fría y que no gozáis de vuestro buen sentido. ¡Cómo señora! ¿Venís a decirme que estos señores deliberan? ¿Con qué derecho? ¿Quién les ha convocado? ¿Qué peligro amenaza al Estado y a mí mismo? ¿Acaso los españoles han invadido Francia, sabedores de que quiero atacarles en Flandes con un ejército, al mando de mi amigo el señor almirante? ¿Acaso la peste ha entrado en París?

»¿De modo que el señor Gondi delibera? ¡El hijo del mayordomo de mi padre, el hijo de un faquín, que se quiere inmiscuir en lo que no le importa! ¡Qué se meta en la cocina! ¿Nevers delibera? Hermosa bestia que ha perjudicado más al reino con su banda de soldados, so pretexto de ayudarnos, que un ejército enemigo a copia de devastaciones. ¿El señor de Birague delibera? Un ambicioso que sólo sueña matanzas esperando pescar en la sangre algún nuevo título. ¿Tavannes delibera? Un soldado violento que a veces me lanza extrañas miradas y de quien sospecho que... pero no quiero decir más. Nada digo tampoco de mi hermano, y no porque no tenga mucho que decir, señora. ¿De modo que estos señores deliberan? Pues bien; que lo hagan y

me dejen dormir en paz. ¡Buenas noches, señora!

Y Carlos IX, volviendo la espalda a su madre, empezó a soltar las agujetas de su jubón negro.

—¡Carlos! —dijo fríamente Catalina—. No os desnudéis, porque de hacerlo, sería la última vez.

El rey se volvió a ella con viveza, Sus ojos tomaron la expresión de terror y sus mejillas la palidez extraña que lo invadía antes de darle un ataque. Catalina comprendió que su hijo estaba en su poder.

Como siempre, el espanto era el que se lo entregaba cuando discutían.

—¿Qué pasa, pues? —balbució Carlos IX.

—Que, afortunadamente, tenéis amigos que velan por vos. Pasa que, dentro de cuarenta y ocho horas, el Louvre será invadido, el rey asesinado y yo desterrada. Pasa que los valientes servidores que acabo de nombraros han venido a advertirme lo que a mi vez os advierto. Ahora, señor, acostaos si os place. Voy a decir a esos amigos leales que su deliberación es inútil y que el rey quiere dormir en paz.

—¡El Louvre invadido! ¡El rey asesinado! —repetía Carlos pasándose las manos por la frente—. ¡Yo sueño! ¡Es una pesadilla!

Catalina lo cogió por un brazo y le dijo con voz sombría:

—Carlos, lo que es un sueño es que desconfiéis de vuestra madre, de vuestro hermano y de todos los que os aman y cuyo interés, a falta de cariño, os garantizaría su fidelidad. La pesadilla está en que os entreguéis atado de pies y manos a esos malditos herejes que tienen horror por nuestra religión y que han jurado hacer triunfar sus detestables doctrinas y que, para conseguir sus fines, se verán obligados a matar al hijo mayor de la Iglesia. ¿Qué habéis hecho, Carlos? Habéis colmado a esas gentes de pruebas de vuestro afecto, hasta el punto de que la cristiandad católica del reino está reducida a la desesperación; hasta el punto de que tres mil señores católicos, al mando de Guisa, han tomado la resolución de salvar el reino y la Iglesia a pesar vuestro.

»Heos aquí, pues, entre esas dos fuerzas igualmente temibles. Los hugonotes llenos de orgullo y extraordinariamente audaces, no tienen freno y están resueltos a imponernos la Reforma; los católicos, desesperados y acorralados, están dispuestos a rebelarse. El momento es grave, señor, tanto, que considerando posible el perder el honor y la corona, me pregunto si no haríamos mejor en salvar nuestra vida huyendo. Vuestra actitud de hoy, ha sido una chispa en un barril de pólvora. Jurando públicamente y en plena calle vengar un desgraciado arcabuzazo que ha herido al almirante, habéis irritado a un pueblo entero, advertido por dos milagros sucesivos de la voluntad divina.

»El preboste Le Charron ha venido a decirme que ya no es dueño de los de barrio y que, por todas partes, la multitud se aglomera alrededor de las iglesias. Al publicar el edicto desarmando a los burgueses habéis dado la razón al rumor que corre, de que queréis hacer matar a los parisienses por los hugonotes. Haciéndoos escoltar por los

herejes, habéis significado a los caballeros católicos que no les teníais ningún aprecio y que, en breve, les sería necesario dejar el paso franco a los hugonotes. He aquí lo que habéis hecho, señor. Yo ya sé perfectamente que sólo queréis la paz y que tenéis intención de deshaceros de los hugonotes mandándolos a los Países Bajos y que seguís siendo el rey católico y amado de Roma.

»¿Pero quién querrá creer a una madre cuyo cariño es sobrado conocido y que, por lo tanto, es sospechosa de parcialidad? Os lo repito, Carlos, apenas nos quedan algunas horas para tomar una resolución suprema. ¡Oh, Dios mío! —añadió de pronto elevando los brazos—. Iluminad al rey y decidle, ya que desconfía de su madre, decidle que ha llegado la hora de morir o de matar.

—¡Matar! —exclamó Carlos—. ¡Siempre matar!

¿A quién se ha de matar? Veamos.

—A Coligny.

—¡Nunca!

Carlos se irguió lívido como un cadáver. Las palabras de su madre le daban vértigo y extraordinario temor habíase apoderado de él al pensar en el proceso en que sería necesario envolver al almirante pues así se figuraba que su madre pretendía obrar y la idea de condenar a muerte a aquel hombre que era su huésped y a quien había acabado por amar, le horrorizaba.

Era cierto que hubo una ocasión en que creyó a su madre, figurándose que el almirante conspiraba contra él, pero las pruebas de inocencia del anciano jefe habían se acumulado en tal número y con tal evidencia en el espíritu del rey, que se vio obligado a rendirse a la evidencia.

—Me habías dicho —continuó— que tendría pruebas de la traición de Coligny y de los hugonotes. ¿Dónde están esas pruebas?

—¿Pruebas queréis? —dijo Catalina—. Las tendréis.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana. Escuchad, he conseguido hacer detener a dos aventureros que sorprendieron muchos secretos y que saben muchas cosas sobre Guisa Montmorency y Coligny, Uno de ellos es aquel joven: el caballero Pardaillán, que vino al Louvre en compañía del mariscal y tuvo tan extraña conducta. El otro es su padre, y tengo a los dos en mi poder. Mañana por la mañana serán interrogados en el Temple, en donde se hallan prisioneros. Os traeré el acta del interrogatorio y ya veréis como Coligny ha venido a París con malas intenciones respecto a vos.

La reina hablaba con tal fuerza de convicción, que Carlos aterrorizado, se sintió convencido. No obstante, no quiso demostrar que cedía y dijo con firmeza aparente:

—Perfectamente, señora, mañana leeré el interrogatorio de los Pardaillán.

—Esto no es todo —continuó Catalina con mayor energía—. Ya os he dicho que Tavannes está en mi oratorio y vos parece que desconfiáis del mariscal. Pues bien; a mí tampoco me inspira confianza, pero yo no me contento con suponer, sino que trato de saber la verdad y ya la conozco.

—¿De modo que hay algo de verdad en lo de Tavannes? —exclamó Carlos dejándose caer sobre un sillón.

—Una verdad horrible. ¿Sabéis por qué el mariscal de Tavannes está en el Louvre? Enrique de Guisa lo ha mandado. Así, este hombre que manda en las tres cuartas partes de la guarnición de París y que, con un gesto, puede hacer marchar cuatro mil soldados contra el Louvre, este hombre pertenece a Guisa. ¿Y qué viene a hacer en nuestro consejo?... Asegurarse que vos sois verdaderamente el rey y que vais a tomar las medidas necesarias para salvar el trono, vuestra vida y la Iglesia. Si no lo hacéis, Guisa tomará sus medidas, pero no salvará más que a la Iglesia. En cuanto a vuestro trono y a vuestra vida, tendréis que pedirselos. ¡Ah, Carlos, hijo y rey mío! ¡Tened valor, por la sangre de Cristo! ¡Ved los hugonotes que se preparan para un golpe decisivo; ved a Guisa que espera un momento de debilidad de vos para hacerse elegir capitán general y marchar contra el Louvre, contra el rey amigo de los herejes!

—¡Por el infierno! —exclamó Carlos levantándose—. No vacilaré acerca de ellos dos. Tenía ya sospechas de su traición y quiero que ahora mismo se prenda a Guisa en su palacio y a Tavannes en vuestro oratorio. ¡Hola!

—¡Señor, señor! —gritó Catalina tratando de tapar con su mano la boca del rey para que no diera la orden.

—¡Eh, señora! ¿Sois su cómplice? —preguntó Carlos desembarazándose de su madre.

—Carlos, ¿qué vais a hacer? ¿Dónde están vuestros guardias para detener a Guisa? ¿No sabéis que París entero se levantará para defenderlo? No tan sólo son necesarios el valor y la energía, sino también la prudencia. Dejad que Guisa duerma tranquilo y, tarde o temprano, nos apoderaremos de él.

Lo esencial es que no pueda hacer nada esta noche y mañana y, para eso, es preciso que sepa por medio de Tavannes, que estáis decidido a salvar la Iglesia.

Venid, Carlos, venid, hijo mío. Vamos a jugar juntos la partida suprema que ha de afirmar sobre vuestra cabeza esta corona vacilante que tantas miradas curiosas ven próxima a caer.

La reina parecía transfigurada por el entusiasmo. Nunca la había visto el rey tan fuerte, tan valiente y tan decidida, y él a su lado, débil y enfermizo, lleno de espanto, se sentía pequeño como un niño. Ella lo cogió por la mano y lo arrastró con irresistible vigor. Llegó a su oratorio, abrió repentinamente la puerta, y cedió el paso a Carlos IX.

—¡El rey! —exclamó Tavannes.

Los demás se levantaron, y permanecieron inclinados.

Carlos había conseguido dominarse para aparecer tranquilo. Cubrió su rostro con aquella falsa dignidad que sirve a los grandes para ocultar sus pensamientos, y dijo:

—Señores, sentaos y deliberaremos sobre las cuestiones presentes. Hablad, señor canciller.

—Señor —contestó Birague; hoy he hecho pregonar el edicto que prohíbe a los parisienses salir armados a la calle. A medida que ha sido conocido, las calles de París se han visto llenas de gentes armadas, Los capitanes de barrio han reunido sus hombres y a la hora actual, hay en todas las casas soldados prontos a ocupar las encrucijadas. Estimo, señor, que nos es imposible resistir a semejante fuerza. Las circunstancias son tales, que espero que Vuestra Majestad me perdone por hablar sin ambages. Si el señor de Coligny vive todavía veinticuatro horas, no quedará en París piedra sobre piedra.

—¿Opináis, pues, que debemos prender al señor almirante e instruirle un proceso?

—Mi opinión es que se debe ejecutar al señor de Coligny, inmediatamente y sin formación de causa.

El rey no demostró ninguna sorpresa. Únicamente se puso pálido y sus ojos parecieron más vidriosos que de costumbre.

—¿Y vos, señor de Nevers?

—Yo —contestó el interpelado— he visto esta noche bandas de hugonotes que en voz alta acusaban a Vuestra Majestad de jugar con dos barajas. He visto que los hugonotes, pálidos y asustados al saber que habían atentado contra la vida del almirante, se preparaban a huir. Luego, cuando han sabido la verdad, más insolentes que nunca han decidido exterminar a los católicos, temiendo ser exterminados por ellos; si se mata al señor de Coligny, se habrá conjurado el peligro, pero si el almirante vive todavía mañana por la noche, pienso como el señor canciller, que estamos perdidos.

Al ser interrogado Tavannes, contestó de un modo semejante.

El duque de Anjou aseguró que el mariscal de Montmorency a la cabeza de los «políticos», iba a reunirse a los hugonotes para apoderarse del rey y de París.

Gondi, encolerizado, dijo que estaba dispuesto a estrangular al almirante con sus propias manos.

Catalina no decía nada, limitándose a escuchar y sonreír. Cuando todos hubieron hablado y vio a Carlos pálido como un espectro, se volvió a él, diciendo:

—Señor, todos los aquí presentes y la cristiandad entera, esperamos la palabra que debe salvarnos.

—¿Queréis, pues, que el almirante muera? —murmuró Carlos.

—¡Qué muera! —dijeron todos.

El rey se levantó y empezó a recorrer nerviosamente el oratorio.

Catalina lo seguía con la mirada. Su mano, todavía hermosa, se crispó en el mango de la daga que siempre llevaba en la cintura.

¿Quién podría adivinar los pensamientos que atravesaban su cerebro?

¿Quién sabe si no soñó el asesinato de aquel hijo indigno de ella?

Carlos IX iba y venía murmurando palabras inconexas. La reina lo vio detenerse al pie del gran Cristo de plata maciza sobre la cruz de ébano. El rey levantó los ojos y

Catalina, dando tres rápidos pasos, levantó los brazos hacia la cruz y con voz ronca, exclamó:

—¡Maldíceme, Señor, maldíceme por haber llevado en mi vientre a un hijo que desprecia tu ley, desobedece tus órdenes y bajo tu divina mirada, piensa en derribar tu templo!

Carlos, con los cabellos erizados, retrocedió diciendo:

—¡Blasfemáis, señora!

—Maldíceme, Señor —continuo Catalina fanatizada—. Maldíceme por no hallar palabras que convenzan al rey de Francia. ¡Ojalá me devoren los perros antes de ver cómo triunfa la herejía, gracias a la debilidad de mi hijo!

—¡Basta, señora! ¿Qué queréis?

—La muerte del Anticristo.

—¿La muerte de Coligny? —murmuró Carlos.

—Vos mismo lo nombráis —exclamó Catalina—. Sí, señor, sabéis, como todos nosotros, que el Anticristo es el hipócrita que nos ha matado más de seis mil valientes en tantas batallas, que nos ha hecho encarnizada guerra Y que, en París mismo, exalta el orgullo de sus demonios y fomenta la destrucción de la Santa Iglesia.

—Es mi huésped, señora. Señores, fijaos bien; es mi huésped y, si lo mato, quedo deshonrado.

—Y, en cambio, la destrucción nos espera si vive —rugió Catalina.

—Yo me vuelvo a Italia —dijo Gondi—. La salvación de mi alma ante todo.

—Señor —dijo el canciller Birague—, dígnese Vuestra Majestad permitirme que me retire a mis tierras.

—¡Rayos y truenos! —vociferó Tavannes haciendo caso omiso del respeto debido al soberano—. Voy a ofrecer mi espada al duque de Alba.

—Idos —dijo Catalina—, idos todos y que empiece el éxodo de los franceses. ¡Desgraciados de nosotros! Carlos, tu madre se quedará a tu lado y morirá ante ti cubriéndote con su cuerpo, antes de que te hieran los herejes.

Y acercándose a él, le dijo al oído.

—Antes de que Enrique de Guisa sea proclamado rey de Francia por haber librado el reino de hugonotes.

—¿Lo queréis, pues? —preguntó Carlos IX— ¿lo queréis todos? Pues bien, matadlo, matad al almirante, matad a mi huésped, matad al que he llamado padre, pero ¡por el diablo!, matad también a todos los hugonotes de Francia para que no quede uno que pueda reprocharme mi felonía; matadlos a todos, matad. ¡Ja, ja, ja!

Su rostro se puso convulso y aquella risa fúnebre, fantástica y terrible que a veces acudía a sus labios le sacudió con estremecimientos convulsivos.

—¡Por fin! —dijo Catalina con alegría.

—¡Por fin!, repitió el mariscal de Tavannes con cierta contrariedad.

Catalina hizo entonces una seña y los arrastró a todos al gabinete contiguo al oratorio mientras el rey caía sobre un sillón luchando desesperadamente contra el

ataque.

—¡Señor mariscal! —dijo entonces Catalina mirando fijamente a Tavannes—, os encargo advertir al señor de Guisa, que el rey está decidido a salvar la Iglesia y el reino. Contamos con él.

Tavannes se inclinó.

—Id, señores —continuó la reina— están dando las tres. Mañana venid a las ocho. Traedme al señor de Guisa, al señor de Aumale, al señor de Montpensier y al señor de Damville y no olvidéis tampoco al preboste Le Charron. Es preciso estar reunidos a las ocho en punto. Y aun el día nos resultará corto para preparar la batalla suprema que debe salvar la religión. Id, señores, y que Dios os asista.

—Dios proteja a la reina —dijeron al retirarse.

El duque de Anjou se quedó solo con su madre, la cual le cogió las manos, lo miró con profunda ternura y con voz muy dulce murmuró:

—Serás rey, hijo mío. Vete a dormir.

—A fe mía —dijo el futuro Enrique III bostezando—, lo necesito mucho, señora.

Y se retiró sin contestar al beso de su madre, cuyos brazos cayeron lentamente, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

La indiferencia del hijo preferido y adorado, era el tormento, el dolor secreto de aquel corazón de granito, tal vez el castigo.

Después de algunos minutos de ensimismamiento, Catalina abrió una puerta que dio paso a Ruggieri. Éste en tres días había envejecido diez años. Su espalda estaba encorvada y sus cabellos se habían vuelto grises.

—Ha llegado la ocasión —dijo la reina—. Avisa a Crucé, Kervier y Pezou.

—Sí, señora. —Contestó Ruggieri.

—Es para la noche próxima. Encárgate de la señal. A las tres de la madrugada. Es buena hora, porque entonces es cuando todo el mundo está sumido en profundo sueño. Es necesario que pongas a alguien en el campanario de Saint-Germain L'Auxerrois.

Ruggieri hizo un gesto de horror.

—¿Estás loco? —dijo Catalina encogiéndose de hombros.

—Iré yo mismo —contestó Ruggieri—. Las campanas no han doblado aún por mi hijo muerto, y lo haré yo.

La reina hízose la desentendida y preguntó secamente:

—¿Qué has hecho de Laura?

—Ha muerto.

—¿Y Panigarola?

—No lo sé.

—Será necesario averiguarlo. Este hombre puede ser peligroso si sobrevive a su amante. Ahora, vete; he de trabajar.

Ruggieri desapareció silenciosamente y pálido como un fantasma.

La reina se sentó ante su mesa y, aun cuando fueran las tres de la madrugada, no

tenía sueño. Cogió la pluma y empezó a escribir, pero pronto se detuvo y la pluma cayó de sus manos. Su frente se inclinó y con voz apenas perceptible, murmuró suspirando:

«¡Era mi hijo!».

Carlos IX, presa de fiebre, salió del oratorio por el corredor reservado y regresó a su dormitorio. Se echó vestido en su cama, pero a los pocos minutos se levantó y empezó a pasear nerviosamente, mirando de vez en cuando a través de la ventana para ver si llegaba el día. Sus dos lebreles favoritos, «Nysus» y «Euryalus», lo seguían en sus evoluciones.

—¿Qué podré hacer para no pensar en esto? —se preguntaba.

Encendió todos los candelabros de la habitación y acercándose al mueblecito, sacó un manuscrito.

—Voy a trabajar un poco en mi libro.

Éste era de puño y letra del rey y llevaba el título:

«Las cacerías reales».

El rey lo hojeó maquinalmente con sus manos temblorosas y llegó a las últimas líneas fijándose en la última frase que empezaba así:

«Cuando la res está próxima a caer...».

—¡Oh, el halalí! —exclamó el rey—. ¡Oh, el infernal halalí que se prepara!

Tiró furiosamente el manuscrito al fondo del mueble de que lo había sacado y oyó entonces un gemido.

—¿Quién va? —dijo Carlos volviéndose repentinamente.

Era «Nysus», uno de los dos perros, que solicitaba una caricia. Los dos animales estaban allí mirando al rey como interrogándolo.

—¡Ah! —dijo Carlos mirándolos y dando un suspiro—. Sois vosotros, ¿qué queréis? ¿Sois perros de caza? ¿Queréis acaso el encarne? ¡Atrás, atrás! ¡Es demasiada sangre!

Carlos vaciló sobre sus piernas, sus manos se extendieron para buscar un apoyo y cayó. Sus uñas se clavaron en la alfombra, puso los ojos en blanco; tenía la boca llena de espuma y sus crispados labios dejaron escapar confusas palabras que querían ser gritos, sin llegar a otra cosa que a un murmullo apenas perceptible.

—¡Socorro! ¡Guisa me asesina! ¡Asesino! ¿Quién va tras él? ¡Coligny! ¡Los hugonotes! ¡Matadlos, matadlos! ¡Ponedme a ese Pardaillán en el potro! ¡Contesta! ¿Qué sabes? ¡Coligny y Guisa quieren asesinarme! ¿Verdad? ¡Ya están aquí! ¡Socorro! ¡Cosseins, prended a mi madre! ¡Me muero! Permaneció algunos minutos jadeante y luego, incorporándose a medias, exclamó:

—¡Cuánta sangre...! ¡Señor! ¡Ahora yo sudo sangre! ¡Maese Ambrosio, salvadme...! ¡Horror!, ¡es sangre...!, ¡un mar de sangre...!, ¡me ahogo...!, ¡socorro!

¡Oh! ¡Me dejarán ahogar en sangre! ¡Cada vez sube más...! ¡La hay en todas partes! ¡Huyamos, María, huyamos...! ¡Vamos a las torres de Nuestra Señora...! ¡Huyamos, María...!... ¡La sangre sigue subiendo...! ¡Más alto!... ¡Hasta la torre...! ¡Oh!, ¡las campanas...! ¡Misericordia! ¡La sangre sube...! ¿Dónde está París...? ¡Ya no existe...! ¡Está sumergido en la sangre! Durante una hora, el rey fue víctima del ataque y tuvo horribles pesadillas. Luego fue apaciguándose por momentos y se durmió. Al despertarse era ya de día. Enorme fatiga le impedía levantarse de la alfombra sobre la que se había echado. Vio a sus dos perros tendidos a su lado, lamiéndole las manos. Los acarició lentamente y al cabo de algunos minutos consiguió levantarse.

Sus brazos se elevaron al cielo y con extraordinaria alegría, balbució:

—¡Señor, dulce Jesús mío, no era más que un sueño!

XXVII - La cámara de tortura

MIENTRAS EN EL LOUVRE se desarrollaban los trágicos incidentes de aquel conciliábulo supremo que hemos relatado, los dos Pardaillán, en su calabozo del Temple, dormían uno al lado del otro echados sobre el montón de paja, a pesar de ser aquélla su última noche, porque al día siguiente, o sea el sábado 23 de agosto, debían sufrir los dos el tormento ordinario y extraordinario, cosa que equivalía a una pena de muerte. ¡Y qué muerte! Con los huesos rotos, las carnes arrancadas con las tenazas puestas al rojo blanco, las piernas oprimidas, hasta que las venas estallaran y la sangre saliera a chorros.

He aquí lo que esperaba a los dos aventureros a las diez de la mañana siguiente, pero entre tanto dormían.

Hacía seis días que el caballero había sido preso en el convento en que Dios fue hervido y se reunió con su padre en aquel calabozo, y desde entonces los dos prisioneros no habían tenido ninguna noticia del exterior. Montluc no fue a verlos. Tal vez el borracho los había olvidado. No veían tampoco al carcelero, porque éste les daba las provisiones a través de una especie de gatera practicada en la parte exterior de la puerta. El único ruido que a ellos llegaba era el paso monótono y sonoro de un centinela o bien el que hacía la culata de un mosquete al ser apoyado en el suelo.

Durante los tres primeros días, y a pesar de lo que dijo su padre, el caballero había estado buscando el medio de evadirse. Sondeó el espesor de los muros, hallando que medían tal vez cinco o seis pies y que, por lo tanto, desafiaban toda tentativa, ya que hubiera sido preciso por lo menos un año para perforarlos y llegar, por fin, probablemente a otro calabozo.

En cuanto al tragaluz por el que se filtraba un débil rayo de claridad, no había medio de romper los barrotes.

La puerta era de roble macizo, reforzada por barras de hierro y clavos enormes.

Siendo inútil el empleo de la fuerza, Pardaillán pensó en la astucia. Una noche se echó al suelo con la cabeza junto a la gatera, llamo al centinela y le ofreció quinientos escudos de oro si querrá ayudarlo a fugarse, no dudando que el mariscal de Montmorency pagaría con gusto la deuda. El centinela, contestó que el señor Montluc, el gobernador, tema tal desconfianza que guardaba en su poder Las llaves De los calabozos en que se hallaban los prisioneros más importantes; que aun cuando tuviera aquellas llaves, él, el centinela, no abriría el calabozo por todo el oro del reino, pues prefería su cabeza al dinero; y, por fin, que si el prisionero le dirigía nuevamente la palabra, cualquiera que fuese el motivo, se vería obligado a avisar al gobernador, que no dejaría de encerrar al tentador en una de las mazmorras de los sótanos. Y dicho esto, el centinela continuó su monótono paseo.

—¿Lo ves? —dijo el viejo Pardaillán—. Todo lo que ganarías con nuevas tentativas, es hacernos separar, y ya que no tenemos más que dos o tres días de vida,

procuremos pasarlos Juntos. ¡Ah, sí me hubieras escuchado, caballero! Otro gallo nos cantara de haber seguido mis consejos. Los hombres son malos y las mujeres perversas. Siempre te recomendé desconfiar de todo el mundo. Pero ¿por qué suspiras? ¿Acaso sientes morir?

—¡A fe mía, sí, señor! Amo la vida, lo confieso.

Hablando así, los dos Pardaillán llegaron a la noche del viernes, la última que les quedaba de vida, y, como todas las noches, se durmieron tranquilamente.

Como de costumbre, a la mañana siguiente, a las seis, el viejo Pardaillán fue el primero en despertarse. Un débil rayo de luz iba a caer sobre el rostro del caballero que sonreía, sin duda soñando en Luisa. El aventurero lo contempló con ternura y tristeza, al comprender que había llegado la hora terrible. Entonces hizo un movimiento que despertó al joven, el cual, abriendo los ojos, vio a su padre inclinado sobre él.

Entonces los dos se estremecieron, pero ambos se esforzaron en conservar la serenidad. Nada se dijeron en aquel momento supremo. Cogiéronse únicamente las manos y mirándose fijamente y a veces sonriendo esperaron el instante supremo.

Por fin, después de transcurrir algunas horas que les parecieron minutos, oyeron en el corredor ruido de pasos numerosos y enseguida se pusieron los dos en pie.

Diéronse un silencioso abrazo de despedida, porque en aquel momento nada hubieran podido decirse.

Cada uno de ellos tenía una idea: la de no hacer sufrir al otro con el espectáculo de su propio dolor.

Abrióse la puerta y compareció Montluc acompañado de veinte arcabuceros. Los dos prisioneros estaban cogidos de la mano con tal fuerza que hubiera sido muy difícil separarlos. Entonces Montluc hizo una seña y los soldados rodearon a los dos Pardaillán, que se miraron alegremente viendo que hasta el último momento no serían separados. Todos se pusieron entonces en marcha. El caballero observó que al extremo del corredor había otros guardias que esperaban. Toda la guarnición del Temple; sesenta soldados estaban dispuestos.

Bajaron una escalera de piedra, y se hundieron en las entrañas de la vieja prisión.

Por fin, penetraron en una gran estancia embaldosada con piedras. Era la cámara de tortura. El verdugo estaba allí. A su lado se hallaba un hombre a quien el caballero reconoció enseguida a la luz de las antorchas. Era Maurevert. El caballero miró a su padre sonriendo. Maurevert estaba impaciente, lívido y tembloroso.

Treinta arcabuceros se pusieron en fila alrededor de la sala abovedada. De seis en seis hombres, había una antorcha. Los Pardaillán vieron todo eso en una sola mirada. Vieron el potro de tortura, con sus tableros, sus cuerdas, las cuñas de madera y el mazo sobre una mesa de piedra. Vieron un brasero en el que se calentaban varios hierros y además unas tenazas. Vieron el verdugo que daba instrucciones a dos hombres, ayudantes suyos, y a Montluc que hablaba con Maurevert.

—¿Por cuál empezamos? —preguntó Montluc.

—¡Caballero! —dijo el joven Pardaillán avanzando un paso.

Inmediatamente fue cogido, sin duda temiendo que hiciera alguna tentativa desesperada.

—¿Qué queréis? —exclamó Montluc.

—Un favor —dijo el caballero con firme voz.

—Hablad.

—Haced que yo sea el primero en sufrir el tormento.

—Lo que pides es injusto —exclamó el viejo Pardaillán—. Has de honrar las canas, ¡qué diablo!

—Me es igual —dijo Montluc interrogando a Maurevert con una mirada.

Éste miró al caballero, y viéndolo vuelto a su padre dirigiéndole suprema mirada de despedida, exclamó con acento de odio implacable:

—Primero el viejo.

Había adivinado todo lo que iba a sufrir el caballero. Al mismo tiempo retrocedió vivamente hacia una puerta que daba a una habitación contigua que servía de depósito a diversos instrumentos. Allí, en la sombra una mujer vestida de negro y con la cara cubierta por largo velo, esperaba, parecida al genio familiar de aquel infierno.

Hizo una seña a Maurevert, que exclamó:

—Verdugo, haz tu oficio.

—¿Primero el viejo? —preguntó el verdugo con acento de indiferencia.

—Sí, apresúrate —contestó Maurevert.

Los ayudantes, el verdugo y algunos soldados cogieron al aventurero.

—¡Padre, padre! —rugió el caballero con acento desgarrador.

La desesperación lo galvanizó, y como sacudido por una descarga eléctrica, se encorvó y se agitó de tal modo, que a duras penas los ocho guardias pudieron contenerlo. Hubo un momento de tumulto y desorden. Montluc sacó la daga y Maurevert gritó:

—¡Las cadenas! ¡Las cadenas!

De pronto se abrió la puerta de la cámara del tormento, y una voz de mujer dominó el tumulto de la espantosa tortura.

—¡En nombre del rey! ¡Se aplaza la tortura!

Al oír las palabras «¡En nombre del rey!», todos se quedaron inmóviles, y hasta el verdugo dejó caer las cadenas con que empezaba a atar las piernas del caballero. Maurevert se mordió los puños lleno de rabia, y hasta Catalina, dentro de su escondrijo, se estremeció. Entonces todos vieron a una mujer joven y elegante, modestamente vestida, que dirigía miradas compasivas y emocionadas a los dos condenados, mientras con las manos juntas exclamaba:

—¡Bendita sea la Virgen que me ha permitido llegar a tiempo!

—¡María Touchet! —murmuró el caballero inclinándose hacia la joven.

—¿Quién sois, señora? —preguntó Montluc avanzando hacia la recién llegada.

—Una mensajera del rey de Francia, y esto debe bastaros —contestó María

Touchet.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Por toda contestación la joven tendió a Montluc un papel que el gobernador fue a leer a la luz de una antorcha. Contenía las siguientes palabras:

Orden al gobernador, porteros y carceleros del Temple, de dejar pasar al portador de la presente, hasta la misma cámara de tortura.

Carlos, rey.

—Y ahora leed eso —continuó María Touchet entregando otro papel.

Montluc, estupefacto, leyó el segundo documento que el rey por su propia mano había redactado, como sigue:

Orden de suspender el interrogatorio de los señores de Pardaillán, padre e hijo.

Carlos, rey.

Montluc, después de haber leído, se volvió al sargento que mandaba la fuerza y le dijo:

—Llevad a su calabozo a los prisioneros. Verdugo, ya volverás cuando plazca al rey.

—Un momento —exclamó Maurevert—, no está dicho todo.

—¡Todo está dicho cuando el rey lo manda! —contestó Montluc—. ¡Guardias, llevaos a los presos!

El caballero y el aventurero, mientras se cruzaban las palabras que acabamos de reseña, dirigían elocuentes miradas a María Touchet, dándole las gracias por su intervención. Salieron rodeados por los guardias que los trataban ya con más respeto; estaban aturridos por esa alegría delirante que pocos condenados pueden soportar sin desfallecer.

Entonces María Touchet se alejó a su vez y no quedaron en la lúgubre sala más que Maurevert y Montluc.

—Confíadme esos papeles —dijo Maurevert— el rey estará muy satisfecho por vuestra presteza en obedecer, pero si por azar no fueran firmados de su mano...

—A fe mía —contestó Montluc—, tanto me importa que lo sean como no. ¿No hay un sello en esos papeles? Sí, ¿verdad? ¿Acaso este sello no lleva las armas del rey? Sin duda alguna. Pues el resto tanto me importa. Interrogad, si queréis a la joven que ha traído la orden o mejor tal vez a la vieja doncella que ha llegado aquí en nombre de la reina.

Maurevert sonrió con malicia al oír expresarse a Montluc con tan poco respeto por la soberana, pues aquella vieja doncella no era otra que la reina en persona, que

sin duda lo había oído todo.

Tomó entonces los papeles, cogió una antorcha y entró en el gabinete.

—Lo he oído todo —dijo la reina mirando de soslayo los papeles— y conozco también a la persona que ha venido.

—¿Entonces es realmente el rey el que ha firmado? ¿Qué hacer entonces?

—Ante todo, obedecer. Ahora iré al Louvre y arreglaré este asunto. Quedaos tranquilo; lo prometido es deuda. Esos dos hombres serán vuestros.

Dentro de ocho días id a mi palacio. Hasta entonces viajad, no os quedéis en París. Habéis cometido una torpeza no matando al almirante. Si cometierais otra, dejándoos detener —porque se busca al asesino— estaríais perdido sin remedio.

Maurevert estaba pálido de ira. Creía comprender que los Pardaillán se le escapaban y resuelto a arriesgar su vida para satisfacer su venganza y convencido, por otra parte, de que Catalina lo necesitaba, le dijo:

—Señora, creo que mi interés exige que me quede en París. Dentro de ocho días no se tendrá tanto empeño como ahora en hallar al autor del arcabuzazo.

—No lo creo —dijo Catalina sonriendo.

Y cogiendo del brazo a Maurevert, añadió:

—Os protejo, ¿comprendéis? Vuestra gran falta no es el haber atentado contra la vida del almirante, sino el haber errado el tiro. Pero, al cabo, tal vez es preferible lo sucedido. Vuestra torpeza puede convertirse en una habilidad extraordinaria. Por esta razón os perdono, Maurevert, el no haber matado a Coligny. Por otra parte, os destino a trabajos más importantes. Obedeced; volved dentro de ocho días y entonces conoceréis mis intenciones. En cuanto, a esos dos hombres, nada temáis. Os respondo de ellos.

—Obedeceré, señora —dijo Maurevert inclinándose profundamente, y salió diciéndose:

—Tomaré una habitación en los alrededores del Temple y no me moveré de ella en ocho días. Quiero estar al corriente de lo que suceda. La reina se alejó a su vez escoltada por un sargento de guardias que la condujo hacia una puertecilla, porque todos en el Temple ignoraban quién era la dama cubierta con un velo.

—¿Por qué la manceba del rey se interesa por esos dos aventureros? —se preguntaba Catalina—. ¿Cómo habrá obtenido la orden de aplazamiento?

Lo sabré dentro de pocos días. Los Pardaillán no pueden escaparse; así, dejemos pues, por hoy este pequeño cuidado y pensemos en el gran asunto.

¿De qué modo María Touchet había obtenido la orden? Esto es lo que vamos a explicar rápidamente.

El ayuda de cámara del rey, entró a las siete en la habitación de Carlos IX y lo halló desnudándose.

—Ya lo ves —dijo Carlos—, he pasado la noche trabajando.

—Vuestra Majestad está muy pálido —observó familiarmente el criado.

—Ahora pondremos remedio —contestó Carlos— quiero dormir hasta las once. Cuida de que nadie entre. Dirás a mis gentilhombres que los espero en el juego de pelota a las doce. Ahora vete, quiero estar solo.

Una vez que el criado se hubo marchado, el rey acabó de desnudarse, pero para ponerse un traje de paño de apariencia burguesa. Atravesando corredores y escaleras reservados, llegó a un patio desierto y luego a una puertecita y habiéndola abierto con una llave que nadie más poseía se halló bajo una bóveda.

Aquella especie de poterna, estaba cerrada por una pesada puerta de hierro. El camino que tenía rápida pendiente iba a dar al foso.

Una pasarela de tablones de madera, estaba tendida sobre el agua corriente.

Después de la pasarela, algunos escalones practicados en el otro borde, permitían al rey remontar la parte exterior del foso. Por allí pasaba cuando quería que sus cortesanos se figuraran que estaba en el Louvre, mientras se paseaba por su buena ciudad como un estudiante, feliz de escapar por algunas horas a la sujeción de sus preceptores.

Una vez que estuvo fuera, respiró a plenos pulmones el aire fresco del Sena. Su estrecho pecho se dilató, un poco de color animó sus mejillas y sus ojos se reposaron un momento en el hermoso panorama del río, en sus puentes, en las casas de agudos techos, en los campanarios y en las veletas que se divisaban a lo lejos.

Nadie hubiera reconocido en aquel burgués sonriente y feliz, al hombre que acababa de sufrir un horroroso ataque y que había tenido espantosas visiones, ni tampoco al rey que acababa de decretar la matanza de los hugonotes.

Remontó el curso del río y luego, volviendo a la derecha, entró en la calle de los Listados y por fin, en la casa de María Touchet.

Allí era donde, después de los ataques que lo dejaban medio muerto, iba a buscar el reposo reparador; allí era donde iba a respirar en libertad. Allí hallaba la calma y la dulzura, cuando alguna escena con su madre lo había puesto fuera de sí.

En cuanto hubo entrado en la casa, se detuvo maravillado a contemplar el espectáculo que se ofrecía a sus ojos. María Touchet, sentada al lado de una ventana, estaba en traje de mañana. Su seno estaba desnudo y a él suspendido un niño de color de rosa, mofletudo y entregándose a una gimnasia de satisfacción, se frotaba los pies como los mayores lo hacen con las manos. María lo contemplaba sonriendo y en extremo dichosa.

Por fin el niño, satisfecho, sin duda, se durmió de pronto con una gota de leche en la comisura de sus labios. Entonces María Touchet se levantó poniéndolo delicadamente en la cuna y se quedó contemplándolo llena de admiración.

En aquel momento Carlos avanzó sin hacer ruido, la cogió por detrás y le puso las manos sobre los ojos, riéndose como un niño.

María lo reconoció enseguida, pero, prestándose de buena gana al juego de su amante, exclamó riéndose:

—¿Quién es? ¿Quién es el feo que me impide ver a mi señor hijo? Esto es

demasiado y me quejaré al rey.

—¡Quéjate! —dijo Carlos retirándose—, porque aquí está el rey.

María se echó en sus brazos y le presentó sus labios, diciendo:

—Mi querido señor, el primer beso para mí y el segundo para vuestro hijo.

El rey se inclinó sobre la cuna con María a su lado. Los dos rostros expresaban el mismo asombro al contemplar la belleza del niño y especialmente el rey parecía preguntarse si verdaderamente aquella hermosa criatura tan fuerte y tan sana, era su hijo. Buscaba un lugar para besar al pequeño sin despertarlo y finalmente, no resolviéndose a hacerlo, dio un beso a María, diciéndole:

—Toma, dale este beso. Yo podría hacerle daño sin querer.

Entonces María Touchet posó ligeramente sus labios sobre la frente de su hijo y luego Carlos y ella fueron de puntillas hacia el comedor, en donde el rey se echó sobre un sillón, diciendo:

—Me estoy cayendo de sueño.

María Touchet se había sentado en sus rodillas y acariciaba los cabellos de Carlos.

—Cuéntame tus penas —dijo—; ¡qué pálido estás! ¿Quién te ha atormentado? Espero que no habrás tenido ningún ataque. MI buen Carlos, cuéntalo todo a tu amiga.

—Pues, bien, sí, María, he tenido un nuevo ataque y lo terrible es que en mi mal hay algo nuevo.

Antes, como recordarás, los ataques eran cortos. Sufría mucho, es verdad, pero una vez pasado el ataque, volvía a ser el mismo de siempre. Ahora siento que el mal ataca mi espíritu y cuando empieza la crisis, siento en mí odio furioso contra la humanidad. En aquellos momentos quisiera destruir todo lo que me rodea, incendiar la ciudad, como hizo aquel emperador de Roma, herir, matar. ¡Ah, María! Me han repetido tantas veces que los reyes son fuertes cuando se hacen temer, que por fin esta idea ha entrado en mí.

—Vamos, todo eso pasará. Necesitas descanso.

—Sí, tranquilidad y descanso. ¿Pero dónde hallarlos fuera de aquí? Estoy rodeado de conspiradores.

—No pienses en ellos. Tranquilízate por lo menos aquí. Dime todo lo que hayas sufrido, pero no me des cuenta de tus temores. Tranquilízate, piensa que eres rey y que nadie se atrevería a tocarte.

La joven habló así largo rato consolando a su amante, pero el rey no quería consuelos, pues cuidados demasiado terribles invadían su mente, y como no se atrevía a hablar de ellos, empezó a contar que los Guisas conspiraban contra él, que su madre había descubierto la prueba de su traición y que aquella misma mañana iban a torturar a dos acólitos de Guisa.

—Ya son las nueve —dijo—. Dentro de una hora esos malditos Pardaillán lo habrán confesado todo y sabré por fin la verdad.

—¿Dices que van a torturar a dos hombres llamados Pardaillán?

—Sí; son servidores de Guisa y es seguro que están al corriente de sus secretos.

—Señor —exclamó María Touchet—, os pido perdón para esos dos hombres.

—¡Cómo! ¿Estás loca?

—No, no, mi buen Carlos. ¿No te dije que había sido salvada por dos desconocidos que me dijeron llamarse Brisard y La Rochette? Pues bien, son ellos mismos. Ramus descubrió sus verdaderos nombres.

—Pues ya ves cómo conspiran, toda vez que ocultan sus nombres. Escucha, María, ¿quieres que me maten?

—Carlos, mi buen Carlos, te juro que no pueden ser culpables. ¡Oh, los buscaste para colmarlos de honores y he aquí que los van a torturar! ¡Es horroroso, señor! Esos dos hombres me han salvado y si estoy viva a ellos lo debo.

—¡María!

—No, Carlos, sería una infame si dejara entregados al verdugo a esos dos valientes que arriesgaron su vida para salvar la mía. ¿No puedes hacerlos ir al Louvre y allí interrogarlos personalmente sin ayuda del verdugo? Te lo dirían todo, No tengo inconveniente en hacerme responsable de ello.

—Tienes razón. ¿Por qué no?, los interrogaré yo mismo.

Entonces María, temblorosa, condujo al rey a un *secrétaire*.

—Escribe, escribe una orden aplazando la tortura.

No se perderá nada, toda vez que están presos.

Carlos escribió la orden de aplazamiento.

—¿Dónde están? —preguntó María Touchet.

—En el Temple. Voy a mandar...

—No, no, ya voy yo misma. Dame un salvoconducto, Carlos lo extendió. Selló los dos papeles y los entregó a María Touchet que lo estrechó entre sus brazos.

—¡Oh, Carlos mío! ¡Qué bueno eres! ¡Cuánto te amo!

Y se lanzó a la calle dejando al rey extrañado y complacido. Ya se conoce el resto. El rey se quedó algunos minutos en la tranquila morada, fue a ver a su hijo que dormía en la cuna y luego calmado, con el alma purificada y los ojos brillantes, regresó al Louvre.

XXVIII - El mesías de la Santa Inquisición

LA REINA, AL SALIR DEL TEMPLO, entró secretamente en el Louvre donde la esperaban algunos señores a quienes ella misma citara para las ocho. La orden de suspender el interrogatorio de los Pardaillán fue para ella una gran contrariedad, pues había esperado sorprender por fin la prueba de la traición de Guisa y de antemano había preparado un golpe teatral que debía poner a este último a su entera disposición.

Aplazando para más tarde los proyectos y apartando de su espíritu metódico toda preocupación de este género, llegó al Louvre sin que nada en su rostro, o en su actitud, revelara que acababa de experimentar terrible contrariedad. Pasando por el corredor secreto llegó a su oratorio, en donde la esperaba su camarera florentina.

—¿Quién está ahí? —preguntó la reina señalando la puerta de su gabinete.

—Monseñor el duque de Anjou, el duque de Guisa, el duque de Aumale, el señor Birague, el señor Gondi, el mariscal Tavannes, el mariscal Damville el duque de Nevers y el duque de Montpensier.

—¿Dónde está Nancey?

—En su puesto, con los cien guardias.

—¿Qué hace el rey?

—Su Majestad ha salido esta mañana temprano. Lo he sabido por Lorient, que vigila la poterna, pero todo el mundo en el Louvre cree que el rey duerme.

Catalina levantó una colgadura y vio a Nancey, su capitán, empuñando la espada desnuda. Hizo un gesto de satisfacción y sentándose ante la mesita que soportaba un pesado misal, se aseguró de que su puñal estaba al alcance de su mano y dijo:

—Avisad al señor duque de Guisa que lo espero.

Dos minutos más tarde entraba el duque suntuosamente vestido, como de costumbre, y se inclinaba ante la reina con aquella gracia altanera y algo burlona que afectaba ante Catalina de Médicis.

La reina se armó con su sonrisa más encantadora y designó una silla al duque, el cual, sin hacerse rogar más, se sentó, apoyó un puño en el costado y miró fijamente a la reina, como de igual a igual.

Transcurrió un minuto de silencio durante el cual la reina trató de hacer bajar los ojos al duque, más no pudo conseguirlo.

«*Seguramente ya se cree rey*» —pensó.

Enrique era un hombre muy hermoso, el verdadero retrato de su madre Ana d'Este, duquesa de Nemours. Era muy joven aún para ser malo, pero ya la astucia brillaba a veces en su mirada, destruyendo la armonía de fuerza y violencia que a la sazón parecía ser la base de su carácter. Vestía magníficamente y sostenía una casa más fastuosa que la del rey, llevaba triple collar de perlas de inestimable valor y la guarda de su espada estaba llena de brillantes. Su vestido componíase de sedas y terciopelos de elegantísimos colores. Inclinaba la cabeza atrás, cerrando a medias los

ojos, cuando hablaba a las gentes, como si hubiera querido dejar caer sus palabras desde mayor altura. Todas sus actitudes respiraban confianza, fuerza y orgullo, y para decirlo todo, tenía en aquella época la certeza absoluta de subir al trono de Francia. Viendo la reina que no podía hacer bajar la mirada a su interlocutor, resolvió, por lo menos enfriar sus esperanzas.

—Señor duque —dijo con voz glacial—, sin duda os habéis ya enterado de que el rey, vuestro señor, está decidido a limpiar el reino de los herejes que por él pululan.

—En efecto, señora, conozco esta resolución, que me contenta mucho, aun cuando sea un poco tardía.

—El rey es dueño de escoger la hora que mejor le plazca, pues con mejores títulos que los intrigantes y conspiradores, conoce la hora propicia para herir a los enemigos de la Iglesia y del trono.

Guisa no pestañeó y continuó sonriendo.

—Ahora, decidme —continuó la reina—. ¿Puede el rey contar con vuestro concurso?

—Ya lo sabéis, señora. Mi padre y yo hemos hecho bastantes sacrificios por la Religión para que no se pueda sospechar que voy a retroceder en el último instante.

—Bien, caballero. ¿De qué queréis encargarnos?

—De Coligny —dijo fríamente Guisa—. Quiero mandar su cabeza a mi hermano el cardenal.

Catalina palideció. Ella había prometido enviarla a los inquisidores y Guisa se la quitaba. No obstante, no dejó traslucir ninguna de sus impresiones y contestó:

—Sea. Obraréis al oír la señal convenida. El toque de rebato de Saint-Germain-L'Auxerrois.

—¿Esto es todo, señora?

—Sí —contestó Catalina—. No obstante, como vos sois uno de los apoyos del trono y el hijo amado de la Iglesia, quiero daros cuenta de las precauciones que he tomado para el caso de que el Louvre sea atacado... por los condenados hugonotes. ¡Nancy!

En el acto compareció el capitán de guardias de la reina.

—Nancy —preguntó la reina—. ¿Cuántos arcabuceros tenemos actualmente en el Louvre?

—Mil doscientos, señora.

Guisa sonrió.

—¿Y además...? —preguntó Catalina mirando al duque de soslayo.

—Luego —continuó Nancy—, tenemos dos mil suizos, cuatrocientos ballesteros y mil caballeros alojados como nos ha sido posible.

Al, oírlo, el rostro de Guisa expresó cierta preocupación.

—¿Y además...? —continuó la reina—. Ya podéis decirlo todo ante el señor duque, que es un fiel servidor del rey.

—Además —continuó Nancy—, tenemos doce cañones.

—¿Las bombardas para las salvas? —insistió Catalina.

—No, señora. Doce cañones de batalla que han entrado secretamente en el Louvre la noche última.

Guisa palideció. Ya no sonreía. Instintivamente se levantó y tomó una actitud en la que no hubiera sido difícil advertir una sombra de respeto.

—Acabad de tranquilizar al duque —exclamó Catalina—. ¿Qué nos han anunciado los mensajeros llegados hace tres días?

—Sencillamente —dijo Nancey asombrado— que las órdenes del rey se están cumpliendo y que todos los gobernadores mandan tropas a París.

—¿De modo que...?

—De modo que la llegada de seis mil jinetes ha sido señalada para hoy. Esta noche o mañana deben llegar de ocho a diez mil infantes y, en una palabra, dentro de tres días habrá en París o en sus alrededores, un ejército de veinticinco mil combatientes.

Aquella vez Enrique de Guisa quedó aterrado.

«*He perdido la partida*» —se dijo.

Y se inclinó ante la reina con un respeto que nunca le había testimoniado.

—Ya que hablamos de esas cosas, señora —continuó Nancey— ¿queréis tener la bondad de decirme quién debe tomar el mando de las tropas del Louvre? ¿El señor de Cosseins acaso?

El duque de Guisa se estremeció lleno de esperanza, pues Cosseins le pertenecía en cuerpo y alma.

—El señor de Cosseins —dijo Catalina— ha obtenido del rey la misión de guardar la casa del almirante. Que se quede allí. Vos tomaréis el mando de las fuerzas. Ya sé que sois fiel.

Nancey dobló una rodilla y contestó:

—Hasta la muerte, Majestad.

—Lo sé. Haced, pues, al caer la noche, cargar los arcabuces y distribuid vuestros hombres en las puertas. Haced cargar los cañones y apuntarlos en todas direcciones. Los jinetes, que estén montados en el gran patio, prestos a dar una carga. Poned cuatrocientos suizos alrededor del rey, y si veis que van contra el Louvre, haced fuego, Nancey. Disparad los arcabuces y los cañones contra quien sea, villanos, burgueses, sacerdotes, nobles, hugonotes o católicos. Matad a todos los que se os pongan por delante.

—Así lo haré —exclamó Nancey levantándose—, pero, señora, y para guardaros ¿qué fuerza debo destinar?

Catalina se levantó, tendió su brazo hacia el Cristo de plata y con voz firme contestó:

—¿Para guardarme? Nadie. Tengo a Dios.

—Señora —dijo Guisa con alterada voz cuando Nancey hubo salido—. Vuestra Majestad ya sabe que puede emplear mis servicios en defensa del rey y de la

Religión.

—Lo sé, señor duque. Por lo tanto, tened la certeza de que si no hubierais elegido vos mismo vuestro cometido en la gran obra que se prepara, os hubiera rogado tomar el mando de las fuerzas del Louvre.

Guisa se mordió los labios comprendiendo que él mismo se había metido en la trampa.

—Señora —continuó—, no me queda más que pedir os un favor; el de recibir al hombre a quien he dado órdenes para la noche próxima, el cual tiene ciertos escrúpulos y sólo quiere obrar por orden expresa de Vuestra Majestad.

—¡Qué venga! —dijo Catalina.

Guisa fue a abrir la puerta de un corredor e hizo una seña. Entró entonces una especie de coloso de torpe rostro, con manos enormes, ojos redondos a flor de cabeza y con la frente baja.

Aquel hombre se llamaba Dianowitz, pero como era de origen bohemio, el duque de Guisa, siguiendo la costumbre que tenía de llamar a los criados por el nombre de su provincia, lo llamaba Bohemia y por contracción, Bemia.

La reina miró al gigante con exagerada admiración y éste, sonriendo, se acarició el mostacho.

—¿Te han encargado algo para esta noche?

—Sí, matar al Anticristo. Si Vuestra Majestad quiere, le corto la cabeza.

—Lo quiero —dijo la reina—. Ve y obedece a tu amo.

El gigante se balanceó sobre sus piernas, pero no se marchó.

—¿No has oído, Bemia? —dijo el duque.

—Sí, pero quiero poder salir tranquilamente de París con dos o tres buenos compañeros que me escoltarán hasta Roma. Ya sabéis, monseñor, que todas las puertas de París están cerradas.

Catalina se sentó y trazó rápidamente algunas líneas sobre un papel que firmó, sellándolo luego.

Bemia leyó atentamente. Contenía estas palabras:

Salvoconducto para cualquier puerta de París, valedero desde hoy 23 de agosto hasta dentro de tres días.

Permítase el paso del portador de la presente y personas que lo acompañan.

Servicio del Rey.

El gigante dobló el papel y se lo guardó en su jubón. Luego dio dos pasos hacia la puerta.

—¡Olvidas esto! —Dijo Catalina.

Y al mismo tiempo echó al suelo una bolsa llena de oro.

El gigante se inclinó y la cogió, saliendo convencido de que había producido

sobre la reina extraordinaria impresión.

—¡Qué magnífica bestia! —exclamó la reina—. Os felicito, señor duque, por tener servidores semejantes. Ahora vamos a conferenciar con nuestros amigos.

La conferencia duró hasta las siete de la tarde.

Entre tanto hubo en el Louvre misteriosas idas y venidas. En diversas ocasiones, la reina mandó buscar al rey, pero éste jugaba a la pelota con los hugonotes y se negó siempre a acudir a la llamada de su madre. Tal vez esperaba que sin él no se atreverían a tomar decisiones terminantes o quizá quería aturdirse, pero lo cierto es que nunca, como aquella tarde, estuvo tan amable con sus huéspedes.

A las ocho de la noche, hubo en el palacio del duque de Guisa una reunión de todos aquéllos que habían depositado en él todas sus esperanzas y que ya lo consideraban como rey de Francia.

—Señores —les dijo Guisa—; esta noche salvamos la religión de la misa. Todos sabéis ya lo que debéis hacer.

Profundo silencio acogió tales palabras, sin duda porque se esperaban otras.

—En cuanto a nuestros proyectos —continuó Guisa— han sido aplazados. La reina sospecha. Señores, demostraremos esta noche que somos fieles súbditos y para el resto esperaremos. Id, señores.

Así fue cómo Enrique de Guisa dio contraorden a los conjurados. Parecía turbado, inquieto y furioso. Nadie se atrevió a pedirle cuenta de aquel inesperado cambio que aplazaba para fecha desconocida la realización de tantas ambiciones. A partir de las nueve y hasta las once, el duque recibió a los curas de diversas parroquias y a los capitanes de barrio que se presentaron en grupos de ocho o diez. A cada grupo dirigió en breves términos el mismo discurso:

—Señores, la res ha caído en la trampa. Es necesario emborracharse con su sangre. El rey lo quiere.

—¡A muerte! —contestaban sacerdotes y capitanes.

Y a medida que cada grupo se retiraba les daba las últimas instrucciones. La señal sería dada por el toque de rebato de todas las iglesias. Los fieles servidores de la Iglesia llevarían un brazal blanco y los que no tuvieran tiempo de hacerlo se arrollarían al brazo un pañuelo.

—¡El rey lo quiere! —les repetía Guisa al despedirse, pues ya que se veía obligado a someterse y viendo que se le escapaba la realeza que había creído tener ya en sus manos, quería, por lo menos, que una parte de la responsabilidad de lo que iba a suceder, cayera sobre Carlos IX.

A medianoche profundo silencio pesaba sobre la ciudad, la noche era clara y en el cielo brillaban las constelaciones. La inmensidad apacible, serena y sembrada de diamantes, daba la profunda y conmovedora impresión de la inmutable belleza del Infinito.

XXIX - Asombro de Montluc. Continuación de los amores de «Pipeau» y nueva ruina de Catho

EN AQUELLA NOCHE, se desarrollaron en diversos puntos de París tres escenas muy diferentes, pero igualmente extrañas, La primera ocurrió en el Temple, la segunda en el retiro de Damville, en la calle de Fossés-Montmartre, y la tercera en la hostería «Los dos Muertos que Hablan».

Hacia las nueve dos mujeres cubiertas por amplios mantos fueron introducidas misteriosamente en la prisión del Temple y conducidas a las habitaciones del gobernador. Eran Paquita y «La Roja».

Montluc las esperaba ante una mesa cargada de manjares y vinos. Y para gozar de completa libertad en la orgía que se preparaba, había dado permiso a sus tres criados y a la camarera, los cuales, contentos con esa ganga que tenían cada vez que su amo quería divertirse, habíanse apresurado a respirar otros aires que los de la prisión.

—¡Hola pichoncitas! —exclamó Marcos de Montluc echándose a reír—. Venid, que quiero daros un abrazo.

Pero Paquita y «La Roja», en vez de obedecer, desabrocharon sus mantos y los dejaron caer.

Montluc abrió extraordinariamente los ojos y se quedó con la boca abierta. Las dos rameras iban vestidas con un traje de satén, con el cuello hundido en grandes gorgueras y el talle adelgazado y terminado en punta por delante. Eran trajes, no de burguesas, sino de princesas. Iban cargadas de Joyas en el cuello, en las orejas, en las muñecas y en los dedos y, por fin, pintadas como grandes damas. Catho, llena de buena voluntad y muy ingenuamente creyó deber hacer las cosas en grande y había llegado casi a la magnificencia. ¿Dónde se había procurado aquellos trajes? ¿En que ropavejería de la Corte de los Milagros? Pero poco importa.

Era innegable que había convertido a las dos rameras en princesas, pero no obstante, había algunos detalles que revelaban la perfecta ignorancia de Catho en materia de trajes de corte. En efecto, si los trajes eran de seda auténtica, estaban bastante arrugados y manchados. Las joyas eran de vidrio y cobre. Las dos rameras se habían pintado, pero muy exageradamente, y el bermellón sobrado vivo de los labios el negro demasiado negro de los ojos, el encarnado brillante de las mejillas y el blanco del cuello y del seno, se descubrían a mil leguas. Sus pobres zapatos de trotacalles, llenos de remiendos, acababan de formar aquel conjunto grotesco y macabro a la vez. Hubiérase dicho que eran dos muñecas pintadas por un aprendiz.

Tal como estaban, se admiraron inocentemente y apenas hubieron caído sus mantos, cuando se contemplaron un momento deslumbradas. Luego, adelantándose hacia Montluc, hicieron las tres reverencias que Catho les había enseñado.

Montluc, ya borracho, porque mientras las esperaba habíase bebido la cuarta botella, se levantó asustado, subyugado, preguntándose si era presa de alguna

pesadilla, y si en vez de las dos rameras a las que esperaba, recibía la visita de dos reinas. Los detalles que acabamos de mencionar, desaparecían a sus ojos, así es que contestó a la triple reverencia con un saludo que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Las rameras, viendo que las tomaban en serio, se quedaron petrificadas.

—¡Eh! —dijo Montluc al verlo—. ¿Qué significa esto?

—Pues que —dijo «La Roja»— nos hemos vestido para la fiesta de mañana por la mañana.

—¿Qué fiesta? —preguntó Montluc tratando de recordar.

—Sí —dijo Paquita—, los dos truhanes a quienes se va a dar tormento.

Montluc soltó una carcajada que hizo temblar los cristales y exclamó:

—¡Ah, sí! Ahora me acuerdo. ¿Y para ver el tormento os habéis vestido de princesas? Bueno ahora dejaos de cuentos. Tú —dijo a «La Roja»— lléname el vaso, y tú, Paquita, ven a sentarte en mis rodillas.

No queremos molestar al lector con el relato de la orgía, pues nuestro ánimo sólo es el de indicar la entrada de las dos rameras en el Temple. Por la noche, Montluc estaba completamente ebrio, pero no obstante, se debatía aun para, conservar la lucidez de su espíritu. A las dos rodó por el suelo estrechando en sus brazos a las dos rameras, cuyos trajes de gala estaban hechos jirones, mientras los cabellos se habían despeinado y los colores mezclados unos con otros tiñendo de extraños modos sus rostros respectivos.

Pronto no se oyeron más que los ronquidos del borracho. Entonces Paquita y «La Roja» se levantaron prestando oído. Y bajo los colores que ocultaban su semblante, estaban lívidas y llenas de espanto.

Transportémonos ahora a la casa de los Fossés-Montmartre. Son las once de la noche. El mariscal de Damville acaba de entrar. Está sombrío, pues el jefe de la conspiración le ha dado la orden de no intentar nada contra el Louvre, cosa que significa el aplazamiento de los grandes proyectos formados.

Pero al mismo tiempo alegría extraordinaria lo domina, porque le han entregado a su hermano. Está encargado de atacar el palacio de Montmorency y de dar muerte al llamado jefe de los «Políticos».

Muerto su hermano, Juana caía de nuevo en su poder y ¿quién podría entonces salvarla?

El mariscal atravesaba los vastos salones de su casa. La mayor parte de las habitaciones estaban llenas de soldados; unos afilaban sus dagas sobre piedras; otros repasaban sus pistolas o cargaban sus arcabuces. Encima de las mesas había enormes cántaros de vino que, muy a menudo, visitaban los soldados. La embriaguez hacía progresos entre ellos y a veces estallaban sonoras risotadas que, instantáneamente, reprimía un sargento dando orden de guardar silencio.

Damville hizo seña a una docena de gentilhombres que lo esperaban y fue a encerrarse con ellos para dar a cada uno las órdenes necesarias. Pero antes de entrar,

preguntó dónde estaba su favorito el vizconde de Aspremont. Y le fue contestado que Orthés estaba con sus perros. Damville fue a verlo y lo halló en un patio alumbrado por dos antorchas.

—¿Y qué? —le preguntó—. ¿No preparas tus armas?

Sin contestar, Orthés le enseñó sus dos perros de guarda y Damville sonrió.

En aquel patio estrecho que las luces de las antorchas teñían de rojo, el vizconde de Aspremont se entregaba a un trabajo singular. Iba y venía lentamente con las manos en la espalda que sostenían un látigo. A sus talones andaban gravemente con la boca entreabierta y los ojos inyectados en sangre los perros «Plutón» y «Proserpina».

Y detrás de ésta un mastín de rojo pelo hacía cabriolas. Era «Pipeau».

«Pipeau» era el comensal de «Proserpina». Orthés quiso echarlo, pero la perra le enseñó los dientes.

En cuanto a «Plutón», lo había admitido en su compañía sea por indiferencia o agradecimiento a los huesos de pollo.

«Pipeau» loco de amor por la hermosa «Proserpina»: comía muy poco. Olvidábase de comer y beber y solo pensaba en dirigir indecentes flores a su amante.

«Plutón» y «Proserpina», pues, seguían paso a paso a su amo, el cual dirigiase a un extremo del patio; allí esperaba en pie un hombre rígido e inmóvil.

Entonces Orthés se volvía repentinamente hacia los dos perros de guarda y hacía restallar el látigo. A esta seña, los dos monstruosos animales saltaban sobre el hombre inmóvil y le hundían los dientes en el cuello. Luego el vizconde de Aspremont levantaba el hombre, lo ponía en pie y arreglaba su traje y su máscara, pues no era más que un maniquí. Recomenzaba entonces su paseo y al dar nuevamente la seña, los perros repetían el ataque.

Entonces Orthés de Aspremont, se volvió hacia el mariscal, que contemplaba aquella escena y con terrible tranquilidad le dijo:

—He aquí mis armas, monseñor.

En la hostería de «Los Dos Muertos que Hablan», hacia las doce de la noche, hacía ya bastante rato que Catho despidiera a sus clientes ordinarios y por excepción única en su vida de hostelera, cerró su puerta en el momento de oír el toque de queda.

Pero después de las once entreabrió la puerta.

Muy pronto apareció una mujer miserablemente vestida. Luego siguieron dos viejas, especie de brujas que se cubrían con capuchones negros. Luego una mujer tuerta que, al entrar se quitó un parche que llevaba sobre un ojo. Más tarde una manca con cabeza de furia que, después de haberse sentado, desató algunos cordeles y halló el brazo que le faltaba.

También cinco o seis cojas que se arrastraban penosamente y que abandonaron sus muletas al entrar en la taberna. Sobre las doce, la posada estaba llena, todas las salas ocupadas y todas las mesas tomadas y allí se removía un mundo fantástico; una multitud en extremo pintoresca, compuesta de seres extraños, sórdidos, cubiertos de

andrajos, rostros avejentados, semblantes terribles, pero todas mujeres, toda la población femenina de la Corte de los Milagros. Truhanas, echadoras de cartas, acróbatas, mendigas, unas hermosas bajo sus andrajos y las otras asquerosas y cubiertas de miserables trapos.

Catho servía a todas comida y bebida, ayudada por dos o tres mujeres. Lo mejor de su despensa fue consumido aquella noche; hablaba con viveza con algunas, deslizando a ésta un ducado y a aquélla un escudo de oro.

Luego, de pronto, en cuanto Catho hubo dicho algunas palabras, desaparecieron todos aquellos seres, las cojas volvieron a tomar sus muletas, las jorobadas su joroba, las tuertas sus parches y en pocos minutos se vació la hostería.

Catho fue a un armario y sacó de él tres talegos llenos de monedas de oro y plata.

—Los últimos —murmuró haciendo una mueca y esperó prestando atento oído.

Dada la una, la taberna volvió a llenarse y aquella vez también de mujeres, cuya miseria era más decente que la de las anteriores, pues iba cubierta de oropeles. Había algunas muy lindas y otras bastante feas. La mayor parte eran jóvenes y casi todas llevaban el vestido flojo adornado con cinturones bordados.

Eran las rameras que comerciaban con su cuerpo y que Catho había ganado a su causa tres días antes.

Reían, cantaban, unas con voz dulce e indolente y otras con voz ronca. Todas bebían y sus miradas eran cada vez más brillantes.

Catho empezó a distribuir sus escudos con lo que se vaciaron los tres talegos. Entonces las rameras marcháronse en pequeños grupos y la posada quedó de nuevo vacía.

Catho tomó una linterna y bajó a la bodega. Allí vio que no le quedaba ni una sola botella de vino ni de licor. Subió a la taberna, penetró en la alacena y observó que no había ni un jamón, ni un trozo de pan ni un ave. Subió a su habitación, abrió los armarios que estaban vacíos, pues había vendido todo lo que poseía para convertirlo en dinero y registrando el armario en que lo tenía, vio que no le quedaba ni un sueldo.

«¡Bah!», —se dijo—. «¡No importa!».

Entonces tomó una fuerte daga que se guardó en la cintura, cerró la puerta de la taberna devastada, echó las llaves por debajo de la puerta y se alejó a su vez.

Y como iba sin prisa hacia un punto misterioso, observó que reinaba en París extraño silencio en aquella clara y serena noche de estío.

SUDOR DE SANGRE

XXX - Siniestros preparativos

LA NOCHE ERA CLARA, es decir, que el cielo, lleno de estrellas desde el cénit hasta el horizonte, estaba alumbrado por esa claridad indecisa y suave de las últimas horas de la noche; pero la aurora estaba lejos todavía. Había en el firmamento tal profusión de astros, que a pesar de la ausencia de la luna, el negro océano de los tejados de París estaba vagamente iluminado. Pero bajo aquellos tejados, que se tocaban casi de un extremo a otro de la calle, las calles estaban llenas de tinieblas.

El calor no era tan grande como en las tempestuosas noches de estío; pero una temperatura vaporosa mantenía inmóviles los árboles en los numerosos jardines, que exhalaban aromas de rosas.

Catho estaba asombrada de aquella majestuosa serenidad, aunque su espíritu inculto y rudo fuera poco apto para mirar cara a cara insondables bellezas. A veces levantaba la cabeza hacia el cénit lleno de diamantes y luego, tal vez no comprendiendo enteramente la emoción que originaba aquélla armonía de belleza y serenidad, bajaba la cabeza, pensando:

—¡Qué hermosa noche!

Y mientras tal pensamiento atravesaba su espíritu, se asombró de no encontrar las parejas amorosas que buscan noches hermosas, como si el amor sintiera la necesidad de tomar el cielo por testigo.

De pronto vio cómo se abría la puerta de una hermosa casa, sin duda de algún noble o rico burgués. Una quincena de hombres salieron armados de arcabuces, pistolas, partesanas, alabardas, y, en fin, de todas las armas que les había sido posible lograr. Uno de ellos llevaba una linterna sorda, otro un papel y todos un brazal blanco, y aun algunos, a mayor abundamiento, una cruz blanca en el jubón.

Aquella pequeña tropa se puso en marcha, yendo a la cabeza los dos hombres que llevaban la linterna y el papel. No hacían el menor ruido y mantenían cuidadosamente cogidas sus armas, de modo que no pudieran chocar unas con otras.

—¿Adónde irán? —se preguntaba Catho prosiguiendo su camino.

La patrulla se detuvo de pronto y el hombre que iba a la cabeza consultó el papel y acercándose a una casa trazó sobre la puerta un signo. Luego se alejaron, y Catho, llegando ante la puerta de la casa en que se habían detenido, observó que el signo era una cruz blanca trazada con yeso.

Se detuvieron entonces en otras dos casas que el mismo hombre señaló de igual modo y luego siguieron su camino por otra calle, mientras Catho proseguía la marcha.

Pero entonces, a veinte pasos de distancia, apareció otro destacamento y en todas las calles que fue atravesando vio iguales grupos armados que iban señalando puertas con cruces blancas. Todos caminaban silenciosamente. Cuando dos de aquellas tropas se hallaban, cambiaban en voz baja el santo y seña, y luego cada una continuaba su camino sin prisa.

Catho contó primero aquellas pequeñas linternas sordas que se paseaban de un sitio a otro; luego las puertas marcadas que hallaba en su camino, pero renunció a continuar, porque eran demasiadas.

Y como tocaran las dos a lo lejos, en el solemne silencio de la noche, apresuró el paso, diciéndose:

—¡En qué cosas me entretengo! Ha llegado la hora y me esperan.

* * * * *

Acababan de dar las dos y oyóse por toda la ciudad sordo rumor semejante a una ráfaga de viento que, de pronto, troncha varios arbustos de un bosque. Pareció que detrás de cada puerta cerrada hubiéranse agitado hojas, pero hojas de acero. Luego el silencio se hizo más profundo.

El duque de Guisa estaba a caballo en el patio de su palacio, lleno de hombres de armas.

El duque de Aumale habíase apostado con cien arcabuceros no lejos del palacio de Coligny, bajo un cobertizo.

El marqués canciller de Birague hallábase ante Saint-Germain-L'Auxerrois y daba órdenes a un capitán de barrio que mandaba cincuenta hombres.

El mariscal de Damville esperaba fuera de su casa lleno de impaciencia. Estaba montado a caballo acompañado de trescientos jinetes parecidos a estatuas ecuestres.

Crucé estaba emboscado cerca del palacio del duque, de La Force, anciano hugonote que, a raíz de la muerte de su esposa, vivía consagrado a la educación de su hijo. Crucé tenía a sus órdenes una veintena de hombres, si tal nombre puede darse a los seres patibularios que le acompañaban.

Treinta carniceros con los brazos desnudos y cuchillo en mano rodeaban a Pezou, que se había escondido en el patio de la casa de un católico y desde el cual se podía caer fácilmente sobre el palacio del duque de la Rochefaucauld, protestante notable y hombre muy rico, según se suponía.

El librero Kervier, acompañado de un tal Charpentier, mandaba una banda de truhanes ya borrachos de vino, esperando emborracharse de sangre. Este Charpentier era un doctor más o menos sabio, pero rival encarnizado del anciano Ramus, y como éste habíase negado siempre a imprimir sus libros en casa de Kervier, el librero, el doctor y sus truhanes esperaban ante el colegio Presles, en donde Ramus pasaba a veces la noche, pues tenía allí una habitación preparada.

El mariscal de Tavannes, apostado junto al Puente Grande, escuchaba inclinado

sobre el cuello de su caballo. Doscientos infantes, pica en mano, tenían la mirada fija en su alta silueta negra.

En cada puente había también una compañía de infantes. Por el lado de la Universidad habían sido tendidas algunas cadenas a fin de que las tropas no pudieran ser atacadas por retaguardia.

En cada encrucijada de la ciudad había un capitán de barrio acompañado por cincuenta burgueses armados.

Detrás de las puertas cerradas de todas las casas católicas había gente dispuesta a salir en cuanto se diera la señal.

Con gran silencio y rapidez, iban de grupo en grupo, transmitiendo órdenes, algunos emisarios. Todos estaban impacientes porque la señal se hacía esperar demasiado.

El silencio era enorme; cada uno estaba en su sitio y la sombra de la Inquisición católica se extendía sobre París.

XXXI - Los misterios de la reencarnacion

EN AQUELLOS MOMENTOS, es decir, entre las dos y las tres de la madrugada, se desarrollaba en el Temple una escena espantosa, teniendo por personajes únicos al viejo Pardaillán y su hijo.

Pero, para presentar esta escena al lector con su horror extraordinario, deberemos fijarnos por algunos momentos en los hechos y gestos de un personaje sobre el cual nos será preciso concentrar toda nuestra atención.

Ese personaje era Ruggieri, el astrólogo de la reina.

Ruggieri era, sin duda, el hombre más convencido de la corte de Francia. Tenía fe. Creía profunda y sinceramente en la posibilidad de lo Absoluto. ¿Era un loco? Es posible, pero sin darlo como cierto. ¿Qué hombre, por otra parte, no ha sido tentado por la idea de lo Absoluto? En nuestros días, Ruggieri hubiera sido uno de esos sabios apacibles que se apasionan por los descubrimientos de las ciencias naturales. Ruggieri llevaba en él, el misterio de la Edad Media que agonizaba. Nacido en Florencia, era tal vez hijo de alguna maga siria o egipcia que le había transmitido el amor hacia los estudios esotéricos.

La alquimia y la astrología eran la doble e incesante preocupación de aquel hombre. Buscando la piedra filosofal y mariposeando y combinando cuerpos químicos, Ruggieri había hallado temibles venenos, deliciosos perfumes y cosméticos maravillosos. Pero tales descubrimientos eran insignificantes para él.

Por medio de la astrología, buscaba en las estrellas lo que la noche de los tiempos oculta con sus velos. Más es necesario hacer notar que, para Ruggieri, la piedra filosofal y el conocimiento de lo porvenir, por mediación de los astros, no eran más que dos formas de lo Absoluto. Sus estudios esotéricos comprendían otra forma, y era el descubrimiento de la inmortalidad del hombre.

De modo que el ensueño fabuloso que obsesionaba aquel cerebro era la omnipotencia por la riqueza infinita; la ciencia absoluta por el conocimiento de lo porvenir y el perfecto goce de la vida por la inmortalidad.

Aquel hombre que temblaba ante Catalina, la cual, después de todo, no era más que alumna suya, aquel hombre desmayado y tímido ante los grandes, habíase entregado a abominables tareas para complacer a la vieja reina, pero, en cambio, en su laboratorio se convertía en gigante. Entonces, bien porque el exceso del trabajo lo condujera a las puertas de la locura, o porque el orgullo de sus precedentes descubrimientos lo cegara, lo cierto es que su espíritu desplegaba poderosas alas y se lanzaba a los abismos de lo insondable.

Cuando estaba fatigado de mirar al cielo, se dedicaba de nuevo a la química, y si, por fin, se cansaba de mirar los crisoles, se las había con la Muerte.

E inclinado sobre el cadáver de algún ajusticiado que había comprado al verdugo, buscaba el medio de resucitarlo.

—¿Qué es el corazón? —pensaba—. Un péndulo. ¿Qué la sangre? La que lleva la vida de una parte a otra. He aquí un cuerpo. La sangre está en él, es decir, el vehículo de la vida, así como el corazón regulador necesario de los movimientos de la vida. Nervios, músculos, carne, cerebro, todo está igual. Este cuerpo, tal como está ahora, vivía esta mañana. Ha bastado que una cuerda le haya oprimido el cuello, para convertirlo en cadáver. Por lo demás, se halla en el mismo estado que antes de ser ahorcado. ¿Qué materia falta a este cuerpo? Evidentemente, el cuerpo astral que ponía en movimiento al péndulo y transportaba la vida a través de las venas. Lo que yo llamo muerte no es más que la separación del cuerpo astral y del cuerpo material. He aquí el cuerpo material inerte y a punto de descomponerse, pero el cuerpo astral que lo ha abandonado vive en alguna parte y cerca de aquí sin duda. ¿De qué se trata, pues? De obligar a este cuerpo astral a reencarnarse en este cuerpo material. Esto es todo. Si encuentro el conjuro o el encanto que fuerce al cuerpo astral a entrar de nuevo en esta envoltura, este hombre será resucitado. Y una vez hallado esto, ¿no hallaré igualmente, al mismo tiempo, el medio de obligar al cuerpo astral a no abandonar nunca el cuerpo material? Y esto sería la inmortalidad.

Soñando así, Ruggieri modelaba una estatuilla de cera, que representaba a sus ojos el cuerpo astral del cadáver, y sobre aquel simulacro ensayaba sus conjuros.

Algunas veces le pareció ver estremecerse el cadáver como pronto a despertarse, pero la ilusión desaparecía enseguida. En fuerza de examinar el problema en todas sus fases, un día se dio un golpe en la frente, exclamando:

—¡Qué error! Digo que la sangre está en el cadáver y está, en efecto, pero no líquida, sino coagulada y, por lo tanto, ya no puede distribuir la vida. Será necesario, pues, que al primer cadáver que compre, le transfunda la sangre de un cuerpo vivo, antes de empezar ningún conjuro.

Ahora que hemos completado el retrato de Ruggieri, rogaremos al lector transportarse a cinco días antes, al momento en que el grupo de hombres que hemos señalado en su tiempo oportuno, penetró en la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois y se llevó el cadáver.

Catalina habíase mostrado generosa. A Panigarola le dejó el cadáver de Alicia y a Ruggieri le mandó el de su hijo. Ruggieri esperaba, en efecto, fuera de la iglesia, y cuando vio a los hombres que se llevaban a Marillac muerto, se acercó y pronunció algunas palabras. Luego hizo un signo y empezaron a seguirlo.

Una vez hubo llegado a la calle de la Hache, Ruggieri se detuvo no lejos de la casa en que habitara Alicia de Lux, y habiendo depositado el cadáver en el suelo, mandó a los que lo llevaban que se retirasen. Seguro de que aquellos hombres se habían marchado y no lo espiaban para saber dónde estaba, fue a abrir una puertecita baja practicada en la torré expresamente para él. Hecho esto, volvió al cadáver y con dificultad lo levantó y lo transportó, o mejor dicho, lo arrastró hasta los jardines. Cerró entonces la puerta, cargó el lúgubre fardo sobre sus hombros, y llegó, por fin, a

la casita que ya hemos descrito, en que estaban sus laboratorios.

Cuando el cuerpo estuvo extendido sobre una gran mesa de mármol, cuando Ruggieri lo hubo desnudado y lavado cuidadosamente, su primer cuidado fue Inyectarle algunos líquidos destinados a impedir toda descomposición, por lo menos durante algunos días, cosa muy sencilla para aquel creador de venenos. Una vez concluidas estas manipulaciones, observó que era ya de día, pero no apagó las luces que había encendido, sino que, por el contrario, corrió herméticamente las cortinas a fin de crear una noche ficticia en su laboratorio.

Fue entonces a sentarse al lado de la mesa de mármol, en la que se apoyó de codos y examinó el cuerpo de su hijo. Estaba acribillado de puñaladas, algunas de las cuales habían atravesado órganos vitales; el pecho, los hombros y el cuello estaban llenos de heridas entreabiertas. La cabeza conservaba notable serenidad. Evidentemente, Marillac no se había dado cuenta de que lo mataban. La primera puñalada que le había sido asestada en el momento en que se dirigía a Alicia, lo había matado repentinamente. Los párpados estaban entreabiertos. Ruggieri intentó inútilmente cerrarlos, y en vista de que no podía, cubrió el rostro del cadáver con un pañuelo de fina batista perfumada que halló en el jubón del muerto y que llevaba la cifra de Alicia. Probablemente era uno de esos recuerdos que los amantes gustan de poner sobre el corazón en recuerdo de la persona amada.

Ruggieri no sentía ninguna emoción, porque el dolor del padre desaparecía ante el esfuerzo cerebral del sabio, que debía de ser enorme, porque durante muchas horas seguidas el mago permaneció inmóvil, como petrificado. Estaba, además, tan pálido como el cadáver que estudiaba, pero sus ojos brillaban ardientemente. En un momento de aquella siniestra meditación, murmuró algunas palabras.

—Se ha desangrado, cosa que simplifica la operación. Coseré todas estas heridas, exceptuando una, la que ha abierto la carótida. Por ahí haré la transfusión.

Al cabo de un rato de meditación, continuó:

—¿No fue Nostradamus el que me afirmó que había obligado al cuerpo astral de uno de sus hijos a permanecer a su lado durante más de un mes? ¿Y yo mismo no he visto en varias ocasiones estremecerse los cadáveres que quería reanimar? Tal vez el cuerpo astral estaba allí y trataba de reintegrarse a su vivienda camal. ¿Qué habrá impedido que la resurrección se llevara a cabo y la reencarnación fuera completa? Sin duda muy poca cosa, una palabra del conjuro que no habré pronunciado o, tal vez, un desfallecimiento de mi energía. Ahora mi voluntad será firme, y en cuanto mi hijo resucite, huiremos.

Hacia la tarde, cuando la noche empezaba a reinar en el exterior, Ruggieri se levantó de pronto, corrió hacia un gran armario lleno de libros y manuscritos y se puso a buscar febrilmente, lleno de emoción.

—¡Oh! ¡Ya lo encontré, ya lo encontré! —exclamaba.

Al cabo de dos horas y después de haber sembrado el suelo de volúmenes, acabó por hallar el que buscaba: era un libro que no contenía más allá de unas cincuenta

páginas. Tenía tapas de madera y cierre de hierro. El papel estaba enmohecido y los caracteres de la escritura eran hebraicos.

Ruggieri dio un grito al poner mano sobre aquel volumen y, tembloroso, lo llevó a la mesa de mármol, cerca del cadáver. Empezó a hojearlo lentamente, recorriendo con rapidez cada una de las páginas.

A la vigésimo nona, dio un sordo rugido y su dedo señaló una línea.

—¡La fórmula del encanto! —exclamó.

Eran, en aquel momento, las diez de la noche y reinaba profundo silencio en el exterior. El vasto laboratorio estaba sumido en la sombra. La inmensa campana de la chimenea, encima del montón de hornos, crisoles y retortas, parecía un monumento funerario. En los anaqueles, máscaras de vidrio, redomas y bicales brillaban confusamente. En el centro, brillaba la viva luz de dos candelabros y sobre la mesa de mármol, el rígido cadáver de Marillac, a cuyo lado, inclinado sobre el libro cabalístico, estaba el mago Ruggieri, inmóvil.

Hacia las doce de la noche encendió otros cinco candelabros, lo que hacía un total de siete. Los puso en el suelo, en el ángulo Este del laboratorio. Los candelabros estaban dispuestos en forma de herradura, cuya abertura se dirigía al Oeste formando un semicírculo al Este. En este semicírculo de luz, se colocó Ruggieri en pie mirando al Oeste, que es el lugar de las tinieblas con relación al Este, de donde viene la luz. Con la mano trazó en el aire un círculo como para encerrarse en él. Luego, ante sí, a sus pies y entre los dos extremos de la herradura formada por los candelabros, hundió profundamente su puñal cuya guarda formaba una cruz.

Entonces, sacando un rosario de su jubón, soltó doce granos que colocó en círculo alrededor del puñal clavado a guisa de cruz. Los siete candelabros figuraban, sin duda alguna, los siete días de la semana y los doce granos los meses del año.

Por fin, con el libro en la mano izquierda y tendida la derecha ante él, el mago esperó.

Las doce empezaban a dar lentamente con sonoras campanadas. A la sexta, Ruggieri pronunció la fórmula con voz tranquila, fuerte y grave.

Las vibraciones de la última campanada resonaban todavía en el aire, cuando vio en el otro extremo del laboratorio una forma blanca, al principio indecisa y que se precisó rápidamente hasta dibujar una silueta humana.

No decimos que aquella especie de vapor blanco apareciera en el laboratorio, sino tan sólo que Ruggieri lo vio.

Sus facciones se habían petrificado. Su mano izquierda, perfectamente inmóvil, soportaba, sin la menor apariencia de fatiga, el libro de tapas de madera y pesado cierre de hierro. Su brazo derecho estaba tendido hacia el mismo punto sin que se inclinara lo más mínimo, cuando es casi imposible que un hombre permanezca en tal posición más de unos cuatro minutos. Sus ojos, por fin, adquirieron extraña fijeza, como cuando en la torre y al lado de Catalina vio el cuerpo astral de su hijo balancearse en el espacio.

Entonces, con pasos rígidos, Ruggieri salió del círculo formado por los candelabros y la cruz, y avanzó hacia la forma blanca que veía.

Andaba muy lentamente y al cabo de doce pasos se detuvo, preguntando:

—¿Eres tú, hijo mío?

No vio que se movieran los labios de la aparición y ningún sonido llegó a sus oídos, pero en su interior oyó muy claramente la respuesta.

—¿Por qué me habéis llamado, padre?

Ruggieri continuó su marcha; su brazo derecho no había cambiado de la posición que tomara quince minutos antes. Entonces, a medida que avanzaba, vio retroceder a la aparición; el cuerpo astral huía de él al verse perseguido, de modo que, a consecuencia de una evolución, Ruggieri se vio en el sitio que ocupara al principio la forma blanca, mientras que ésta se había acercado al círculo de los candelabros.

Ruggieri continuó avanzando hacia el círculo.

La aparición se hallaba cerca del puñal y entre los dos extremos de la herradura luminosa.

Entonces Ruggieri habló de nuevo, diciendo:

—Hijo mío, es necesario entrar.

Vio cómo la forma blanca se agitaba con violencia y entonces oyó otra vez la respuesta en el interior de su cerebro.

—¿Por qué no me dejáis en el reposo eterno?

—¡Entrarás! ¡Lo quiero! —dijo Ruggieri—. Perdóname, hijo mío, por encerrarte aquí. ¡Entra! ¡Lo quiero!

Vio cómo la forma blanca vacilaba, retrocedía y luego, tomando impulso, fue a colocarse en el centro de las luces y en el mismo lugar que ocupara antes el astrólogo.

Immensa satisfacción se pintó en las facciones de éste. Al cabo de algunos minutos, los músculos de su rostro se distendieron, los ojos adquirieron su habitual expresión, su brazo derecho cayó pesadamente, el libro cayó al suelo soltado por su mano.

Mirando hacia el círculo de luz, Ruggieri ya no vio nada. La forma blanca había desaparecido.

Pero sonrió, murmurando:

—Ya no estoy en estado de vidente, y, por lo tanto, no lo veo, pero está allí. Ya no saldrá hasta que yo quiera. ¡Oh, hijo mío, perdóname! No esperarás mucho tiempo.

Ruggieri sufrió entonces de un modo repentino la reacción del estado mórbido en que se había sumido a consecuencia de un fenómeno de voluntad conocido y descrito por todos los autores antiguos de ciencias esotéricas, pero que la medicina moderna ha inventado dándole el nombre nuevecito y flamante de autosugestión.

Los manicomios están llenos de gentes que ven y oyen como Ruggieri vio y oyó.

Durante algunos minutos, se quedó tembloroso, vacilante, agitado por febriles estremecimientos, y con los cabellos erizados. Pero muy pronto se repuso y corriendo a los volúmenes que había echado al suelo cogió uno de ellos y salió rápidamente del

laboratorio.

El cadáver se quedó solo sobre la mesa de mármol, alumbrado por los siete candelabros.

Ruggieri entró en su dormitorio y encendiendo una lámpara, empezó a leer un volumen, escrito por Nostradamus y publicado en Lyon en el año 1552.

Hacia la mitad del volumen había cinco páginas manuscritas.

—He aquí lo que me dejó al morir mi buen maestro Nostradamus —murmuró Ruggieri—. ¡Cuántas veces he leído y releído estas líneas trazadas por su mano algunas horas antes de morir! ¡Cuántas noches he pasado leyendo estas cinco páginas que, sin duda, me legó para que intentara su reencarnación! Así lo hice. Por tres veces entré en su tumba, allí en la iglesia de Salón... más no tenía sangre que transfundirle. Pero volvamos a leerlo, probemos.

El manuscrito estaba dividido en tres partes muy cortas, escritas apresuradamente y muchas frases no estaban acabadas. La primera parte empezaba por estas palabras:

La reencarnación puede obtenerse mediante el llamamiento del cuerpo astral.

La segunda parte llevaba el siguiente título:

Relaciones que puede haber entre el cuerpo astral y el cuerpo material, después de su separación.

Por fin, la tercera parte estaba igualmente resumida en algunas palabras escritas al principio de la página:

¿Qué clase de sangre es necesario transfundir al cadáver?

Esta fue la parte que Ruggieri se puso a leer atentamente, con la cabeza apoyada en las manos.

Por fin se levantó, fue a un armario de hierro empotrado en el muro y disimulado por un tapiz. Una vez abierto sacó, de entre otros papeles, un rollo de pergamino que extendió sobre la mesa para examinarlo.

Era una gran hoja sobre la cual estaban trazados signos geométricos con notas explicativas marginales. En la cabecera estaban escritas las siguientes palabras:

Horóscopo de mi hijo Diosdado, conde de Marillac, y diversas constelaciones en conjunción con la suya.

Entonces el astrólogo empezó una serie de cálculos geométricos, cada uno de los cuales era seguido por otro cifrado. Cuando había terminado una de sus operaciones, dirigía ardiente mirada a los signos del horóscopo y luego, moviendo su cabeza, reanudaba su tarea, que duró varias horas.

Por último, escribía ya con una especie de fiebre delirante, e intensa alegría brillaba en su rostro.

—«¡Ya está!», —se dijo de pronto—. «*He aquí la constelación del hombre que necesito. ¿Quién es? ¡Oh! Ya lo encontraré. Aunque tenga que pasar todas mis noches en lo alto de la torre y los días enteros trabajando. ¡Lo encontraré y...!*».

Y se desvaneció a impulsos de la alegría o de la fatiga, o tal vez por ambas cosas.

Al recobrar el sentido, al cabo de pocos minutos, se dijo:

«*El día no tardará en aparecer. Pues bien, esperaré la noche*».

Levantóse entonces, arregló sus papeles en el armario de hierro y sacó de él una cajita que abrió. Contenía cierto número de píldoras. Tomó una, y después de tragarla, un inmediato bienestar sucedió a la enorme fatiga que sentía. Sus ojos se fijaron entonces en la esfera del reloj.

—¡Las nueve! —dijo—. Ya es de noche.

Corrió las cortinas de la ventana, y vio que era de noche. Comprendió entonces que había pasado el día entero estudiando el horóscopo después de haber empleado la noche anterior en evocar el cuerpo astral de su hijo. Entonces era miércoles por la noche, y cómo el cadáver de Marillac había entrado en el laboratorio en la noche del lunes a martes, hacia las tres de la madrugada, hacía, por lo menos, cuarenta y dos horas que Ruggieri no había comido, dormido ni bebido.

La píldora que absorbiera contendría una substancia reconstituyente de extraordinaria energía, porque ni sintió hambre, ni sueño y se contentó con beber un gran vaso de agua.

La noche siguiente Ruggieri la pasó en lo alto de la torre con la mirada pegada a un poderoso telescopio que había perfeccionado para su uso personal.

El viernes por la noche fue distraído del trabajo brutal a que se entregaba por un enviado de la reina, que lo llamaba. Al volver del Louvre, continuó estudiando la constelación del hombre cuya sangre era necesaria a la reencarnación de su hijo.

Hacia las tres, cuando ya los astros palidecían y se disponía a dejar para la noche siguiente la constelación de su estudio, dio un grito de alegría.

—¡Ya lo tengo, es él! ¡Es imposible que no sea él!

Corrió a su cuarto, sacó del armario de hierro una hoja de pergamino parecida a la que contenía el horóscopo de su hijo. Era también otro horóscopo.

Aquel día, que era el del sábado, Ruggieri estudió y comparó los dos horóscopos.

Temblaba de tal modo de alegría, que escribía con gran dificultad. Extraño brillo se veía en su mirada y murmuraba después de cada cálculo:

—Sí, sí, es él. Todos los datos coinciden. Otra prueba y estará listo.

Y reanudaba su tarea. A las seis de la tarde dio un largo suspiro y se desvaneció de nuevo, pronunciando un nombre:

—¡Pardaillán!

He aquí lo que Ruggieri había encontrado. El nombre del ser cuya sangre era necesaria a la reencarnación de su hijo. La comparación de horóscopos, las

conjunciones de los astros y sus cálculos, todo le probaba que para resucitar a su hijo necesitaba la sangre de aquel hombre y no la de otro.

Y aquel hombre era el caballero de Pardaillán, sobre el cual iba a hacerse el horrible experimento.

¿De qué modo el siniestro astrólogo había podido llegar a esta conclusión? Es probable que en su aberración, en el estado de delirio en que vivía desde el asesinato del infortunado Marillac, en el desarreglo final de aquel cerebro que había recibido tantas sacudidas, es probable, repetimos, que el nombre de Pardaillán se presentase a él por casualidad.

Había formado su horóscopo a raíz de la visita que le hizo al caballero en la hostería «La Adivinadora», en la que, como ya recordará el lector, creyó reconocer en la escalera a su hijo Diosdado. Sospechando entonces que su hijo y el caballero hubieran estado unidos por invisibles lazos, hizo el horóscopo de los dos, que vino a confirmar su creencia.

Ruggieri estaba seguro de que los astros le señalaban a Pardaillán y, sin duda, obsesionado por la idea de que éste estaba unido a los destinos de su hijo, llegó a la conclusión de que su sangre era la necesaria para la resurrección de Marillac.

Ruggieri recobró rápidamente la sangre fría, y abriendo el armario de hierro, sacó tres o cuatro papeles blancos, pero a cuyo pie respectivo estaban la firma de Carlos IX y el sello real.

¿De qué modo Ruggieri se había procurado aquellas órdenes en blanco, armas temibles que ponían en sus manos extraordinario poder? ¿Los habría obtenido de Catalina? ¿Eran perfectas imitaciones? Poco importa.

Llenó dos, y luego, bajando a su laboratorio, renovó los candelabros del círculo luminoso que estaban a punto de apagarse, operación que repitió varias veces después del conjuro, porque las luces no debían apagarse, pues una sola que lo hiciera sería una puerta por la que el cuerpo astral podría huir.

—¡Oh, hijo mío! —exclamó—. Tranquilízate; esta noche transfundiré a tu cuerpo la sangre necesaria; y a fin de ahuyentar a los espíritus malos, para trastornar prodigiosamente el aire en la tierra y para que, en este cataclismo, podamos escapar a la vigilancia de los espíritus que quisieran retenerte, doblaré a muerto que será señal de millares de muertes, a fin de que igual número de cuerpos astrales llenen la atmósfera.

Así habló el loco, y decimos loco porque, en efecto, Ruggieri estaba, en aquel momento, fuera de sí y sumido en el más alto grado de hiperestesia.

En cuanto a sus prácticas de astrología y magia, no constituían precisamente una locura. En todo caso no hubiera sido el único, porque los cronistas más moderados evalúan en veinte mil el número de magos, brujos y astrólogos que se dedicaban a tales estudios, allá por el año 1542 en una población como París, que contenía doscientas mil almas.

Tras de hablar al cuerpo astral, como acabamos de decir, Ruggieri salió de su

laboratorio sin mirar el cadáver rígido y lívido, extendido sobre la mesa de mármol, y montando en su mula, se dirigió al Temple. Una vez en presencia de Montluc, exhibió los papeles que había llenado y, al leerlos, el gobernador dirigió al astrólogo una mirada de estupor y casi de espanto.

—No sé —dijo por fin aterrado— si la Mecánica funciona todavía, pues hace mucho tiempo que no ha servido. Hoy día tenemos mejores sistemas y sobre todo más expeditivos.

—No os preocupéis por ello. Ponedme solamente en presencia del hombre.

—Bueno, venid.

Montluc y Ruggieri descendieron y llegaron a un patio estrecho, en el fondo del cual había una cabaña, construida con tablones de madera.

—Allí está —dijo Montluc—. Habladle, yo haré bajar a los dos condenados. ¿Es preciso que asista a la operación?

—De ningún modo.

Montluc saludó y se retiró con apresuramiento motivado sin duda por un sentimiento de horror o, tal vez, por el deseo de llegar a su habitación, en donde debía esperar a las dos rameras que le habían prometido su visita para aquella misma noche.

Ruggieri vio, al entrar en la cabaña, un hombre ocupado en arreglar un par de sandalias.

Aquel hombre, de piernas cortas y torcidas, tenía enorme cabeza, hombros enormes y debía de estar dotado de hercúlea fuerza. Era un antiguo condenado a galeras, a quien se había perdonado, con la condición de desempeñar en el Temple ciertas funciones de carácter particular.

Ruggieri le mostró uno de sus papeles. El hombre dijo que obedecería. Y entonces el astrólogo le dio algunas órdenes en voz baja, a lo cual su interlocutor contestó:

—Voy allá.

—No —dijo el astrólogo—. Ahora no.

—¿Cuándo, pues?

—Esta noche. No podré venir hasta las tres y media y yo mismo quiero recoger la cosa.

—¿A las tres y media? Bueno. Entonces empezaré a dar vueltas a la manivela a las tres.

Ruggieri asintió con un movimiento de cabeza y salió, pero en el momento en que iba a franquear la puerta del Temple, se detuvo de pronto, murmurando.

Es preciso que lo vea y que lea en su mano.

XXXII - La mecánica

DESPUÉS DE LA REPENTINA y afortunada intervención de María Touchet en la cámara de tortura, los dos Pardaillán fueron reintegrados a su calabozo. A la sazón la esperanza llenaba sus corazones, si bien aquellos dos hombres de temple excepcional evitaron demostrarse mutuamente la alegría que sentían. Tan sólo el aventurero exclamó cuando, de nuevo, se vieron encerrados:

—He de convenir, caballero, aunque sólo sea por una vez, en que no hiciste mal en salvar a tan agradecida mujer. ¡Por Barrabás! ¿Será posible que por fin haya visto una mujer con buenos sentimientos?

—Podéis añadir un hombre —observó el caballero.

—¿Quién? ¿Montmorency, que nos deja morir en este sepulcro, cuando debiera haber incendiado París para libertarnos?

—En tal caso, habríamos muerto achicharrados también —exclamó burlonamente el caballero—. Pero no quería hablar de él, sino de Ramus. ¿No recordáis que el digno sabio nos sacó de un mal paso en la calle de Montmartre?

—¡Es verdad, *pardiez!* ¿A ver si, al fin, tendré que reconciliarme con la humanidad?

Los dos intrépidos aventureros bromeaban y hablaban alegremente una hora después de haber escapado a la muerte. Poco a poco su conversación versó sobre aquella hermosa y valiente mujer que se les apareciera en la cámara de tortura como ángel de salvación y acabaron diciéndose que su situación había mejorado notablemente y que, sin duda, María Touchet los haría poner en libertad.

Así pasó el día, y ya la noche había invadido su calabozo cuando en el exterior era aún de día, y de pronto se abrió la puerta.

Debemos confesar que sus corazones latieron con violencia. ¿Acaso aquello era la libertad?

Era Ruggieri. Entró solo, linterna en mano, mientras los arcabuceros que lo habían acompañado se alineaban en el corredor, dispuestos a hacer fuego a la menor tentativa de evasión.

Ruggieri levantó la linterna para examinar a los prisioneros y se dirigió en línea recta hacia el caballero.

—¿Me reconocéis? —preguntó.

—«¿Quién será este pájaro de mal agüero?» —pensó el viejo Pardaillán al observar su aparición.

El caballero examinó un momento al astrólogo, mientras su semblante tomaba aquella expresión insolente y burlona que le era peculiar.

—Os reconozco —dijo—, aunque estáis muy cambiado. Fuisteis a verme a mi alojamiento, que se sintió muy honrado con vuestra visita. Vos sois quien me dirigió preguntas extrañas, tales como en qué año nací y sí era libre. Vos sois el que me

disteis aquel hermoso talego que contenía doscientos escudos de seis libras parisíes. Vos sois el que me abristeis la puerta de la casa del Puente de Madera, a la que me habíais citado.

»Padre mío —añadió dirigiéndose al aventurero—, saludad a este hombre. Es uno de los más odiosos bribones con que se pueda topar. Saludad a éste admirable tipo de traidor y de felón. ¿Sabéis por qué me dio doscientos ducados que, entre paréntesis, me bebí hasta el último dinero? ¿Sabéis por qué me llevó ante la ilustre y generosa Catalina de todos los diablos? Para rogarme que asesinara a mi amigo y huésped el conde de Marillac.

El astrólogo oyó estas palabras enfurecido. Por primera vez, desde que se apoderara del cadáver de su hijo, un sentimiento humano hizo vibrar las fibras de su alma, turbada por la tenebrosa y devorante rebusca de lo imposible. Sus ojos se hincharon como si fuera a llorar, pero, soltando, por el contrario, una carcajada aguda y estridente, exclamó:

—¡Yo, yo! ¿Matar a Diosdado? ¡Loco, loco! ¡Oh! ¡Así Diosdado no estuviera muerto y yo no hubiera podido encerrar su cuerpo astral en el círculo mágico!...

Y no pudo terminar porque, el caballero cogiéndole por un brazo, lo sacudió violentamente.

—¿Decís —exclamó— que el conde ha muerto?

—¡Muerto! —exclamó Ruggieri animado por cierta expresión de locura—. ¡Muerto! Felizmente tengo en mi poder los dos cuerpos, el material y el astral, y por esto he venido, joven. Mostradme vuestra mano, os lo ruego.

El caballero había cruzado los brazos y tenía la cabeza inclinada.

—¡Tan leal! —murmuraba—. ¡Tan valiente, tan joven y tan bueno! ¡Oh, pobre amigo mío! ¡Se han cumplido tus presentimientos! ¡Muerto! Sin duda te, han matado por aquella mujer. Padre mío, tenéis razón, el mundo está lleno de lobos.

—¡Pardiez! —exclamó el aventurero, que, lleno de curiosidad, daba vueltas alrededor de Ruggieri—. ¡Cuándo te lo digo, caballero! Hay muchos lobos, es verdad, y también muchos búhos, precisamente como este caballero. ¡Marchaos!

—Caballero —dijo Ruggieri tímidamente—, ¿queréis mostrarme vuestra mano?

Dijo estas palabras con tristeza tal, que el caballero desplegó los brazos y dijo:

—Quienquiera que seáis, creo que habéis llorado a mi amigo. He aquí mi mano.

Y Ruggieri la tomó con avidez, mientras que el aventurero se encogía de hombros y murmuraba:

«Siempre será el mismo. Nunca se corregirá. Lo que es yo le hubiera dado un par de patadas en la boca del estómago. ¿Para qué querrá la mano? ¿Para decir la buenaventura?».

En efecto, Ruggieri había cogido la mano del caballero, y proyectando sobre la palma la luz de la linterna, la estudiaba cuidadosamente. De pronto dio un grito de feroz alegría.

—¡He aquí la prueba! —gritó—. He aquí la línea de vida que va a perderse en

una línea que he hallado en la mano de Diosdado. ¡Mirad, fijaos!...

Y sin duda habría revelado su monstruoso proyecto de reencarnación, pero el viejo Pardaillán, irritado, lo cogió por el cuello, y de un empujón lo mandó rodando a la puerta del calabozo.

Ruggieri se levantó lentamente y dirigió a Pardaillán una mirada tan extraña, que éste se estremeció; luego, abriendo la puerta, desapareció haciendo un gesto incomprensible, tal vez un conjuro.

—¿Has visto esa mirada? —preguntó el aventurero—. ¡Vaya una lechuza!

El caballero, violentamente emocionado por la nueva que acababa de saber, iba y venía por el calabozo con creciente cólera. Su padre nunca lo había visto en igual estado, y sin duda su irritación iba a estallar de algún modo, cuando se abrió la puerta de nuevo y aparecieron los mismos arcabuceros que habían conducido a Ruggieri. Entonces el sargento que los mandaba dijo sencillamente:

—Señores, servíos seguirme.

El aventurero sintió gran alegría, porque en aquel incidente veía la intervención de María Touchet. Si no los ponían inmediatamente en libertad, por lo menos los llevarían a un calabozo de mejores condiciones y se verían tratados, por fin, con ciertas consideraciones. Cogió el brazo del caballero y le dijo:

—Ven. En cuanto salgamos, ya pensaremos en vengar a tu amigo.

—Sí —contestó el caballero—. Por suerte, sé de dónde habrá venido el golpe.

Y se pusieron en marcha rodeados de los arcabuceros.

—Caballero —dijo el viejo Pardaillán al sargento—. ¿Nos conducís acaso a otra celda?

—Sí, señor.

—Perfectamente.

El sargento lo miró con expresión de asombro. Llegaron al extremo del corredor y empezaron a bajar por una escalera de caracol, semejante a la que habían bajado aquella mañana, si bien no era la misma.

—¡Caramba! —exclamó el aventurero—. Paréceme que hubiéramos debido subir.

El sargento sonrió. Pardaillán creyó que subirían luego otra escalera, porque ¡había tales laberintos en aquella prisión!

Contra lo que se figuraba, cada vez bajaban más. El aire era ya mefítico y las paredes estaban llenas de humedad. De vez en cuando, advertíanse fangosidades en el suelo. En otros lugares, las losas estaban cubiertas de minúsculos cristales. Era el salitre.

Llegaron así a un corredor cuyo largo sería unos veinte pasos.

—¡Diablo! —exclamó Pardaillán padre.

Pero se tranquilizó enseguida viendo al extremo del corredor una escalerilla que subía, y como no había otro camino que aquél, se dijo que iban a ascender por ella al camino que los conduciría al aire libre.

Así fue. Los dos Pardaillán subieron por aquella escalerilla que giraba alrededor

de sí misma y, lo que fue mejor, los arcabuceros hicieron alto en el corredor. Los prisioneros fueron invitados a tomar la delantera, cosa que hicieron seguidos por el sargento y los soldados.

El viejo Pardaillán que, lleno de esperanza, iba a la cabeza de todos, contó ocho escalones. Al noveno terminaba la escalera que conducía a una especie de puerta baja y estrecha. La atravesó maquinalmente y el caballero lo siguió: en el mismo instante oyeron a su espalda un ruido sonoro y metálico como el de una puerta de hierro que se cierra.

Halláronse entonces en un recinto en el que la oscuridad y el silencio eran absolutos.

—¿Estás ahí? —preguntó el viejo Pardaillán lleno de angustia.

—Sí —contestó el caballero.

Y no se dijeron nada más, sintiéndose sobrecogidos de ese asombro que es el primer indicio de terror. Efectivamente, sus voces resonaban de extraño modo despertando sonoros ecos.

Los dos hombres habían tendido instintivamente sus manos hacia adelante, y encontrándose, se las estrecharon mutuamente dando, al mismo tiempo, un paso para acercarse uno a otro. De pronto se detuvieron y la misma sensación de asombro los inmovilizó. Pero, a la sazón, el asombro se convirtió en terror porque al querer andar, observaron que el suelo no era horizontal, sino bastante inclinado.

El viejo Pardaillán se inclinó al suelo y lo tocó. La superficie era dura y ligeramente rugosa.

—¡Hierro! —exclamó levantándose.

Entonces los dos hombres retrocedieron remontando la pendiente de aquel pavimento de hierro. A los tres pasos fueron detenidos por el muro y, al tocarlo, observaron que era también de hierro.

Estaban en una habitación de ese metal. Contra el muro sus pies sentían la horizontalidad, pues el declive empezaba a medio paso de la pared.

—No te muevas de ahí —dijo el viejo Pardaillán—. No sé en qué trampa hemos caído, pero debe de ser espantosa. A pesar de todo, quiero darme cuenta exacta.

Entonces empezó a andar siguiendo el muro contando los pasos en voz alta a fin de permanecer en comunicación con el caballero. Iba alrededor de la extraña estancia siguiendo el sendero que bordeaba al pie de la pared, y una vez hubo dado la vuelta a la jaula, al reunirse con su hijo, había contado veinticuatro pasos; ocho por cada lado en el sentido de la anchura y cuatro de largo.

La jaula era, pues, de proporciones bastante grandes. El aventurero no había encontrado ni banco ni silla de ninguna clase, así como tampoco ninguno de los utensilios que, habitualmente, hay en un calabozo. Por todas partes las paredes estaban unidas y tenían la misma superficie ligeramente rugosa del hierro oxidado por la humedad.

Entonces recordaron las espantosas mazmorras de que, a veces, habían oído

hablar. Creyeron, por consiguiente, que se les había encerrado allí, para hacerlos morir de hambre y sed.

Los dos se estremecieron de espanto, pero muy pronto cada uno de ellos pensó que no debía con su flaqueza aumentar los sufrimientos del otro y se cogieron las manos.

—Me parece —exclamó Pardaillán padre— que ha llegado el final de nuestra carrera.

—¡Quién sabe! —dijo el caballero con frialdad.

—¡Oh! No tengo el menor inconveniente en seguir viviendo, ¡pardiez!, pero quisiera saber por qué no hay nada en esta jaula de hierro y también la razón de que el suelo esté inclinado por todos los lados y en dirección al centro.

—Tal vez se habrá hundido por su propio peso.

—Tal vez sí. Esperemos.

—Esperemos, señor. En resumidas cuentas, ¿qué podemos temer? Morir de hambre. Convengo en que es un suplicio bastante desagradable, pero podemos substraernos a él en cuanto estemos convencidos de que debemos morir.

—Substraemos, ¿y cómo?

—Matándonos —dijo sencillamente el caballero.

—Claro, pero ¿de qué manera? No tenemos daga ni espada y no creo que quieras matarte arrojándote de cabeza contra la pared.

—No seríamos los primeros en hacerlo —dijo el caballero—, pero, en fin, tenemos un medio mejor.

—¿Cuál?

—Mis espuelas, que no tienen estrella y que podrían pasar por puñales bastante presentables.

—¡Por Barrabás! Has tenido una buena idea, caballero.

Inmediatamente Pardaillán quitóse las espuelas, que consistían sencillamente en una barrita de acero bastante larga y puntiaguda. Dio una al aventurero y se guardó la otra para sí.

Cada uno de ellos empuñó aquella arma extraordinaria y a partir de entonces guardaron silencio. Adosados a la muralla de hierro estaban con los ojos abiertos y el oído atento, tratando de ver u oír algo, pero nada vino a impresionar sus sentidos. ¿Qué espacio de tiempo transcurrió así? No hubieran podido decirlo. De pronto el viejo Pardaillán murmuró:

—¿Has oído?

—Sí. No nos movamos. Callémonos.

Un ligero ruido como el de una máquina que se pone en marcha, acababa de herir sus oídos. Aquel ruido procedía del techo y, en aquel mismo instante, una luz pálida invadió la estancia o, mejor dicho, la jaula de hierro. Luego aquella luz se reforzó como si se hubiera encendido otra luz misteriosa y fue aumentando en intensidad hasta el punto de alumbrar perfectamente todos los detalles de la espantosa

mazmorra, porque los desgraciados figurábanse todavía que su encierro no era otra cosa que una mazmorra.

Primero, los dos Pardaillán no se vieron más que a sí mismos con los rostros llenos de terror ante lo desconocido.

—Van a atacarnos —exclamó el viejo.

—Así me lo figuro —prosiguió el joven—. Mantengámonos firmes.

—Así no nos van a matar por hambre, porque, de lo contrario, estas luces no tendrían razón de ser.

—Vamos a batimos.

—¡Viva la lucha! Porque la lucha es vida.

Y los dos respiraron profundamente.

No obstante, el ataque no llegaba. Con mirada rápida los dos presos examinaron su encierro y aquel asombro que antes señalamos convirtióse en terror al observar algunas particularidades de la jaula.

Por instinto habían buscado la puerta, el agujero por el cual entrarán, y no les fue posible hallarlo; aquella puerta se cerraba sin duda herméticamente, pues en el muro no pudieron descubrir ninguna línea o solución de continuidad. Por todas partes veíase el muro de hierro unido y ningún utensilio ni objeto cualquiera.

Examinaron entonces aquel pavimento extraño que les pareciera inclinado y vieron que no se habían engañado. Alrededor de los muros corría un espacio horizontal a modo de reborde, de dos pies de ancho, y a partir del ángulo de aquel sendero, empezaba el declive bastante pronunciado. El suelo estaba así dividido en cuatro plafones, cada uno de los cuales descendía hacia el centro, lo que formaba una pirámide truncada e invertida perfectamente regular, y decimos truncada, porque los cuatro plafones, en vez de converger a una punta central, estaban cortados formando al extremo de aquella cubeta cuadrangular un rectángulo perfecto. Aquel rectángulo no era ni una placa de hierro, ni una losa, ni nada. Era el vacío.

No había nada. Aquel rectángulo era un agujero, algo como el orificio superior de una chimenea. Si en la noche se hubieran dejado deslizar por una de las cuatro pendientes, habrían llegado y caído en él.

¿Qué abismo sería? ¿Qué era aquel pozo?

Quisieron saberlo a toda costa y apoyándose uno en otro para no resbalar por la lisa pendiente, llegaron hasta el borde del agujero.

Entonces se estremecieron lívidos de espanto y el viejo Pardaillán exclamó:

—Tengo miedo, ¿y tú?

—Alejémonos dijo el caballero sin contestar a la terrible pregunta.

Y regresaron al reborde horizontal.

¿Qué cosa terrible habían visto? ¿Era acaso un pozo sin fondo?

No, una cosa mucho más sencilla, pero precisamente por eso, horrorosa.

Aquel agujero no era más que una fosa de hierro, cuyo fondo era del mismo metal y aparecía a cinco pies de la boca.

Sí, era una fosa, pero con extrañas particularidades. De un extremo a otro del fondo corría un canalito, el cual iba a salir por un orificio lateral que no se sabía adonde podía conducir.

¿Para qué servirían la fosa y el canalito? ¿Para qué, también, las cuatro pendientes rápidas?

Los dos Pardaillán, mudos y adosados contra la pared, miraban la fosa que se hallaba en el centro de la jaula. Hubieran sido capaces de luchar contra la misma muerte, pero el desconocido terror que les producía la extraña cárcel en que se hallaban, los tenía paralizados de horror.

Hemos dicho que la jaula estaba alumbrada gracias a cuatro lámparas que se hallaban en unas depresiones de la muralla al nivel del borde horizontal. Las lámparas estaban protegidas por tela metálica, y, sin duda alguna, alrededor de la jaula de hierro había un corredor, pues de otro modo, no hubieran podido encenderse las luces que estaban dispuestas de modo que pudieran iluminar al mismo tiempo el suelo y el techo, el cual era también de hierro.

Los Pardaillán levantaron hacia él sus ojos y lo examinaron. Y entonces sintieron mayor asombro, por no decir mayor terror.

Aquel techo en nada se parecía a un techo corriente. Estaba dispuesto también en forma de pirámide truncada y cada uno de sus plafones correspondía exactamente a los de la pirámide inferior, de modo que si hubiera caído aquel techo, habríase adaptado perfectamente al suelo, el cual era vaciado en tanto que el techo era en relieve.

En el centro de aquel techo, y precisamente encima de la fosa, sobresalía una masa de hierro perfectamente rectangular y de un largo de cinco pies, de modo que siguiendo la hipótesis de que el techo se cayera, dicha masa de hierro habría encajado exactamente en la fosa.

Todo ello formaba un conjunto aterrador, dejando presagiar a los pobres prisioneros monstruoso refinamiento de angustias.

El caballero de Pardaillán lo inspeccionó todo y confrontando lo que veía con el recuerdo de cosas que se contaban en voz baja, aunque sin creer mucho en ellas, comprendió en dónde se hallaba- Y moviendo apenas los labios exclamó:

—¡La Mecánica!

—¿Y qué, es esto? —preguntó su padre, que no sabía de lo que se trataba.

El caballero no tuvo tiempo de contestar, pues el ligero ruido que oyeran poco antes de encenderse las lámparas, se reprodujo en el silencio absoluto.

Casi al mismo tiempo oyeron a un lado de la jaula de hierro y en el exterior un rechinar de rueda mal engrasada que se pone en movimiento. En seguida un ruido sordo, comparable al que producen al bajarse las puertas de hierro ondulado de nuestros almacenes modernos, les hizo levantar los ojos al techo.

Entonces sus cabellos se erizaron al observar que el techo empezaba a descender. Bajaba todo de una vez con movimiento lento, pero continuo.

Pronto iban a sentir sobre sus cabezas la masa de metal formidable, y alocados tratarían de conseguir un minuto más de vida. ¿Cómo podrían conseguirlo? Descendiendo al foso. Pero entonces encajaría la masa rectangular, y serían aplastados por la espantosa presión.

El canalito serviría para recoger su sangre extravasada hasta la última gota.

El ruido de la máquina continuaba y el techo iba descendiendo.

Muy pronto se halló a un pie de distancia de la cabeza del viejo Pardaillán, que era algo más alto que su hijo. Paulatinamente fue bajando hasta hallarse a una pulgada, luego a una línea, y, por fin, le tocó los cabellos y el cráneo, obligando al aventurero a bajar la cabeza. Era necesario descender, descender cada vez más.

Con los ojos extraviados, las venas de sus sienes hinchadas con peligro de reventar, el viejo afirmó sus pies en el reborde de hierro e irguiéndose; con titánico esfuerzo, intentó lo imposible, lo absurdo, y quiso, con sus hombros, detener el descenso del techo de hierro.

Y lo imposible se realizó, pues el techo se detuvo.

Pero sólo duró algunos segundos; el viejo, derrengado por el esfuerzo, cayó de rodillas y el techo continuó bajando a los hombros del caballero, éste se apuntaló a su vez y detuvo también por algunos momentos el camino de la masa de hierro.

Mientras la detenía, dijo a su padre con voz ahogada por el esfuerzo:

—Padre, tenemos las espuelas y cuando caiga a vuestro lado, habrá llegado la ocasión.

Un segundo después la fuerza irresistible lo encorvó y lo hizo caer al lado de su padre.

Había llegado el instante supremo y los dos a la vez levantaron sus manos armadas para herirse.

XXXIII - Dos rostros asomados a las tinieblas

HACIA LAS DOS DE LA MADRUGADA, Ruggieri salió del nuevo palacio de la reina y con tranquilo paso tomó el camino de la iglesia de Saint-Germain-L'Auxerrois, adonde no tardó en llegar. Dirigióse a la puertecita por la que habían entrado el lunes anterior Marillac y Alicia de Lux y ante ella halló un hombre que lo esperaba. Era el campanero que, entregando a Ruggieri la llave del campanario, le dijo:

—¿No queréis que os ayude?

Ruggieri movió negativamente la cabeza.

—Es que la «Guisarda» es pesada de mover. A mí mismo me cuesta mucho.

—¿La «Guisarda»? —preguntó Ruggieri.

—Sí, o, lo que es igual, la partidaria de Guisa. Es el nombre que he dado a la campana mayor.

—Bueno, retírate, y silencio.

El hombre hizo un gesto de indiferencia y se marchó. Ruggieri entró en la iglesia, cerró la puerta y empezó a subir la escalera del campanario. Llegó así a una especie de estancia abierta por todos lados, cuyo techo estaba lleno de agujeros por los que descendían las cuerdas de las campanas. Una de estas cuerdas era un verdadero cable. Correspondía a la campana mayor, que raras veces tocaba. Cuando se hacía, el campanero, a pesar de ser vigoroso, se veía obligado a pedir ayuda, pues de lo contrario, érale imposible balancearla.

Ruggieri cogió el cable y lo sacudió levantando la cabeza. Una docena de búhos espantados empezaron a revolotear de un sitio a otro.

—¿Quiénes sois? —exclamó el astrólogo dirigiéndoles la palabra—. ¿Sois las almas de los reyes cuyas estatuas he visto en los pórticos de la iglesia? ¿Por qué venís del fondo de las regiones tenebrosas? ¿Venís a ayudarme? Sí; es necesario que esta noche el aire esté lleno de espíritus y que innumerable multitud de cuerpos astrales hagan imposible la fuga del de mi hijo.

Apoyóse en el muro de piedra y dirigió una mirada a los tejados de las viejas casas que habían crecido alrededor de la iglesia. Frente a él elevábase la pesada masa del Louvre, mudo y sombrío. Todo estaba silencioso y rodeado de tinieblas.

No obstante, el astrólogo parecía ver y oír cosas misteriosas. Glacial sudor corría por su semblante, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, despedían llamas.

—Ha llegado la hora —dijo con voz temblorosa—. Ha llegado la hora en que voy a congregar los espíritus diseminados. Voy a doblar a muerto por el conde de Marillac.

Dirigióse entonces hacia la cuerda gruesa y exclamó:

—Dobla, bronce enorme. Dobla a muerto. Dobla millares de muertos y la reencarnación del hijo de la reina.

Profiriendo estas insensatas palabras, se colgó de la cuerda de la campana, la cual

empezó a balancearse cada vez con más fuerza, hasta que, por último, el badajo golpeó el bronce y la primera campanada vibró en el silencio de la noche como prolongado mugido.

* * * * *

En la fachada del Louvre que miraba a Saint-Germain-L'Auxerrois, habíase abierto un balcón, el de una vasta sala sumida en la oscuridad. Cerca del balcón dos sombras algo inclinadas hacia delante, sin atreverse a mostrarse, esperaban angustiosamente.

Eran Catalina de Médicis, vestida de negro, y su amado hijo, Enrique, duque de Anjou.

Habíanse cogido de la mano y los dos estaban pálidos. El duque de Anjou temblaba y los ojos de ambos estaban fijos en la iglesia.

Esa especie de sobreexcitación nerviosa que se experimenta cuando se espera la explosión, una vez los mineros han encendido la mecha, dejábales apenas la facultad de respirar.

De pronto ante ellos, la voz grave, profunda y mugiente del bronce dio la primera campanada.

El duque de Anjou se desprendió de pronto de su madre y retrocedió hasta que, encontrando a su espalda un sillón, se dejó caer en él tapándose los oídos y cerrando los ojos.

Catalina, como atraída por invencible fuerza, salió al balcón y se inclinó sobre la barandilla mientras la campana de Saint-Germain-L'Auxerrois resonaba sonoramente, con precipitadas campanadas.

Cerca de Saint-Germain, otra campana empezó a doblar y luego, a lo lejos, todas las campanas de París llenaron el aire de la ciudad con sus vibraciones.

Por las calles, numerosas sombras corrían, tropezaban y vociferaban; brillaban los fulgores de los aceros alumbrados por centenares y millares de antorchas, hasta el punto de semejar un incendio.

En el Louvre resonó entonces un pistoletazo que en breve fue seguido por otros en gran número y de pronto se hubiera dicho que disparaban un castillo de fuegos artificiales, si los gemidos que los acompañaban no hubieran dado a entender su verdadera naturaleza.

La gran carnicería hugonote, la gran hecatombe humana, había empezado.

* * * * *

Al primer toque de rebato estallaron rumores en todos los puntos de París, y masas de sombras alumbradas por antorchas se pusieron en movimiento.

El duque de Guisa gritó al oírlo:

—¡Por fin!

Y por todas partes, en todas las iglesias los sacerdotes, los monjes y los obispos, y, en una palabra, todos los que iban a salvar la Iglesia Católica, exclamaron:

—¡Por fin!

Y todos empezaron a moverse.

Guisa hizo una señal y al frente de sus caballeros se precipitó hacia el palacio de Coligny.

Crucé, Pezou, Kervier, Tavannes, Aumale, Montpensier, Nevers y todos los asesinos se lanzaron al ataque desde todos los puntos de París.

Damville, con un rugido de alegría y de odio profundos, levantó su espada gritando:

—¡A casa de Montmorency! ¡Sus, sus! La res es nuestra.

XXXIV - El rey ríe

CARLOS IX SE HALLABA en su dormitorio y no se había desnudado, pero estaba sentado en un gran sillón en donde parecía más pequeño y pálido que nunca. Sus dos lebreles favoritos, «Nysus» y «Euryalus», estaban echados a sus pies y dormían con sueño inquieto, levantando la cabeza y enderezando sus orejas, para dormirse luego al ver a su amo inmóvil y con los ojos cerrados. Carlos IX no dormía. Esperaba.

Al primer toque de rebato, se estremeció y abrió los ojos con cierto terror, pero no se movió. La campana de Saint-Germain-L'Auxerrois empezó entonces a doblar y a mugir, y como una fiera enjaulada saltaba de una a otra parte. Las sonoras campanadas parecían saltar por el aire tan pronto graves y solemnes como precipitadas y salvajes.

«Nysus» y «Euryalus» se pusieron en pie y dieron un gruñido de miedo y de cólera. Carlos IX los llamó y entonces saltaron sobre el sillón cada uno por un lado. El rey cogió sus cabezas finas y sedosas, las oprimió contra su pecho para sentir el contacto de algo vivo y amigo.

Todas las campanas de París empezaron a contestar al toque de rebato de Ruggieri, cosa que ocasionaba un ruido enorme y como si en los aires se librara terrible batalla. Todas aquellas lenguas de bronce se llamaban, se contestaban, se excitaban y se injuriaban. Las unas con voz cascada y rabiosa, otras con voz potente y colérica, pero todas sonaban con el mismo brío y todas parecían amenazar de muerte a la ciudad.

El rey, inmóvil en su sillón, con los ojos desmesuradamente abiertos y el rostro de color de ceniza, creyó que las campanas iban a callarse muy pronto, pero no fue así. Continuaban doblando furiosamente de oriente a occidente y de norte a sur.

El rey se levantó lentamente y se puso en pie. Corrió a hundir la cabeza bajo las almohadas de su cama, pero el campaneó era más fuerte, pues sus vibraciones hacían retemblar los ventanales, las paredes y los muebles. Viendo que no conseguía librarse de ellas, quiso desafiarlas; su crispada boca dejó escapar sordas maldiciones; luego gritó más fuerte y, por fin, empezó a vociferar coreado por los perros. El rey gritaba:

—¡Malditas! ¿Os callaréis? ¡Basta, basta, campanas del diablo! Quiero que las hagan callar. ¡Oh, qué campanas! ¡No quiero oírlas! ¿En dónde me ocultaré? ¿Adónde huir?

Pero no, las campanas no se callaron. Durante cuatro días con sus noches debían continuar sin descanso y parecía a Carlos que no eran solamente las campanas de París las que sonaban, sino todas las de Francia.

Carlos corrió a la ventana, arrancó la cortinilla, abrió un batiente y retrocedió asustado.

El día había llegado ya, pero a pesar de ello las antorchas continuaban corriendo de una a otra parte en persecución de gentes que huían profiriendo gritos de terror.

Carlos, arañándose el pecho con una mano, exclamó:

—¡Pobre de mí! ¿Qué he hecho? Esto se hace por orden mía. ¡Oh, no quiero verlo ni oírlo! ¿Adónde huiré?

Abrió la puerta de su habitación y sin hacer ruido, se deslizó a lo largo de un corredor y entró en una galería en donde sus cabellos se erizaron al contemplar varios cadáveres que, en diversas posiciones, yacían en el suelo. En un ángulo de la galería, un joven se defendía contra una docena de católicos, pero de pronto cayó. Era Clermont de Piles. En el centro de la galería dos mujeres arrodilladas levantaron las manos al cielo y cayeron con el cuello abierto por siete u ocho puñaladas. Allí los gritos de los hombres resonaban más feroces aún que el tañido de las campanas, y a cada puñalada seguía un innoble insulto. Carlos IX creyó ver abrirse el cielo y retrocedió balbuciendo:

—Soy yo, yo, el que mato a esas mujeres. Yo, el que asesino a esos hombres. ¡Oh! ¿Quién es el que en mi interior pide perdón? ¿Dónde huiré para no ver ni oír nada?

Alejóse de la galería y quiso descender una escalera, pero allí en la meseta halló un montón de quince cadáveres con los puños crispados y los ojos convulsos. Allí también se oían arcabuzazos, pistoletazos e insultos soeces.

Todo el corredor estaba lleno de cadáveres. A través del humo espeso, Carlos tuvo la visión de una quincena de asesinos cubiertos de sangre que corrían vociferando: «¡Alto! ¡Sus, sus!» El hombre perseguido tropezó, cayó, y un instante después, su cuerpo estuvo cubierto de sangre. Desaparecieron aquellos demonios hacia el extremo del corredor en donde los hugonotes, casi desnudos, trataban de huir. La banda desapareció y el corredor quedó libre. Carlos avanzó y al hallarse junto al cadáver del hombre a quien acababan de asesinar, vio que era el barón de Pont, que la víspera le había ganado una partida al juego de pelota. Carlos hizo un esfuerzo y saltó como si quisiera atravesar un ancho foso, y así pasó por encima del cadáver, pero se quedó petrificado, porque sus pies fueron a posarse sobre un charco de sangre.

¿Adónde huir? Echó a correr saltando por encima de los cadáveres de hombres apenas vestidos y los de las mujeres completamente desnudos; cadáveres torcidos con bocas convulsas por la última maldición, ojos terribles o suplicantes y también extraordinariamente asombrados.

¿Adónde huir? Tropezaba con bandas que pasaban corriendo. Por un momento entreveía un hombre perseguido que saltaba; luego se oía un golpe y un sordo ruido como de animal al que degüellan.

El Louvre entero no era más que humo, sangre, aullidos, quejas y detonaciones.

El rey golpeóse el cráneo. Reconocía todos aquellos cadáveres y al pasar los nombraba. A la sazón pisaba ya sin reparo los charcos de sangre. Cogióse la cabeza entre las manos y corría, subía y bajaba empujado a veces por gentes desbocadas que no se cuidaban de saludarlo, ocupadas en matar y asesinar.

Halló una ventana y abrió el batiente. Sin duda el horror centuplicaba sus fuerzas,

porque el cristal cayó roto al patio. La ventana estaba en el primer piso y Carlos, para respirar, se asomó.

—¡Perdón! —gritaron algunas voces.

—¡Señor, señor! ¡Éramos vuestros huéspedes!

—¡Fuimos vuestros amigos!

—¡Señor, hemos comido y reído juntos!

—¡Señor, perdón!

Había allí una veintena de caballeros hugonotes que tendían sus brazos hacia el rey. Sin armas y apenas vestidos, habían sido acorralados en un rincón del patio. Cien fieras con rostro humano los rodeaban apuntando los arcabuces. Carlos, asomado, oyó todavía:

—¡Señor, señor!

Entonces estalló en los labios del monarca aquella carcajada terrible que daba frío a los que la oían. Con la cabeza hacia atrás y las manos crispadas en el antepecho de la ventana, reía sin poderlo evitar. Instantáneamente una espantosa descarga dominó la risa del rey. Y de los pobres hugonotes sólo quedaron veinte cadáveres acribillados a balazos con los ojos vueltos hacia el rey y los brazos también levantados en dirección a él.

Carlos IX continuó su fuga. Atravesó corriendo un ala del palacio, cogiéndose la cabeza con las manos y agitado, a su pesar, por la risa que continuaba saliendo de sus labios.

Halló una puerta abierta, la atravesó y fue a caer en un sillón.

Observó que se hallaba en su gabinete particular. Aquél en que había amontonado armas e instrumentos de caza, trompas, hierros labrados y una colección de arcabuces, entre los cuales estaba el que recientemente le regalara Crucé y que era el más perfeccionado que entonces se conocía.

Aquel arcabuz estaba en un rincón rodeado por diez o doce más, pues el rey, como ya hemos dicho, se interesaba, en general, por todas las obras de mecánica y, en particular, en lo que se relacionaba con la armería.

Aquel gabinete, que ya hemos descrito en otra ocasión, se hallaba en la planta baja del Louvre. Ya se recordará, sin duda, que el caballero Pardaillán había sido llevado allí por el mariscal de Montmorency y de qué manera salió por la ventana, franqueando el foso, que se hallaba precisamente debajo.

Más allá se elevaban algunos chopos en el ribazo del río y, por fin, inmediatamente, venía la orilla del Sena.

Carlos, al verse en su gabinete, se sintió tranquilizado y respiró satisfecho. A lo lejos oíase el horroroso tumulto de la matanza.

De pronto, oyéronse pasos a la otra parte de la puerta, que se abrió con violencia, dando paso a dos hombres de mirada extraviada, con los vestidos desgarrados y perseguidos por más de cincuenta asesinos.

Carlos se incorporó al observar que aquellos dos hombres a quienes se quería

matar eran los dos jefes de los hugonotes.

Uno era el rey de Navarra y el otro el joven príncipe de Condé.

—¡Fuego, fuego! —gritó una voz.

Instintivamente Carlos dio un salto yendo a colocarse entre los perseguidos y los perseguidores. La jauría se detuvo en el umbral del gabinete gruñendo y oliendo a pólvora.

—¡Atrás! —dijo Carlos IX.

—¡Pero si son hugonotes! ¿Acaso el rey protege a los herejes?

—¿Quién se atreve a hablarme de esta suerte? —gritó Carlos IX.

Por un momento el rey tuvo la majestad que siempre le faltaba. El hombre que había protestado, se calló ocultándose en las filas, mientras sus compañeros procuraban cubrirlo con sus cuerpos.

El rey, después de haber hecho retroceder a los asesinos, cerró la puerta del gabinete temblando de furor.

—¿De modo —dijo dando un puñetazo sobre la mesa— que hay en el reino una autoridad casi tan fuerte como la del rey?

—Sí, señor —dijo Condé— la autoridad de...

—¡Cállate, cállate! —le dijo el Bearnés al oído, pálido como un cadáver.

Pero el joven príncipe, que no temblaba, dirigió al rey intrépida mirada, y cruzándose de brazos, continuó:

—No he venido aquí para implorar perdón. Rey de Navarra, os he traído a presencia del rey de Francia para que le pidáis cuenta de la sangre de nuestros hermanos. Hablad, señor o por Dios vivo que lo haré yo.

—¡Mala cabeza! —exclamó el Bearnés, que consiguió sonreír—. Da las gracias a mi primo Carlos que nos ha salvado.

Condé le volvió la espalda.

Carlos los miraba con vidriosos ojos, retorciendo en sus manos un pañuelo con el que, de vez en cuando, se secaba el sudor de la frente. Estaba temblando y aquel ataque de locura que lo hiciera huir a través de su palacio, hacía nuevamente presa de él, pero en distinta forma. El contagio asqueroso del asesinato invadía su débil cerebro y siniestros resplandores brillaron en sus ojos.

En el Louvre continuaban oyéndose los disparos, los ayes desgarradores e imprecaciones horribles. De la ciudad llegaba un rumor inmenso del doblar de las campanas, los gritos de los asesinos y los aullidos de las víctimas.

—Señor, señor —gritó Condé retorciéndose las manos—. ¿Acaso no tenéis corazón? Recordad que nos hicisteis venir y que somos vuestros huéspedes. ¡Oh, escuchad! Es horrible.

—¡Callaos! —rugió Carlos rechinando los dientes—. Se mata a los que querían matarme y esto es culpa vuestra. ¡Traidores e hipócritas que despreciáis la religión de vuestros padres y queréis destruir la tradición francesa! Es la misa la que nos salva. ¿Comprendéis?

—¡La misa! —vociferó Condé—. ¡Es una comedia infame!

—¿Qué dice? —exclamó Carlos—. ¿Qué dice? ¿Ahora blasfema? Espera, espera. Y se precipitó hacia el arcabuz que le regalara Crucé. Estaba cargado.

—¡Nos has perdido! —murmuró el Bearnés apoyándose en un mueble para no caer.

—¡Retráctate! —gritó el rey apuntando a Condé.

Y fuera de sí apuntaba alternativamente a Condé y a Enrique de Bearn.

—¡Retráctate! —repitió.

—¡Eh, *pardiez*! —exclamó el Bearnés exagerando el acento gascón que la víspera hacía reír a Carlos—. No tengo ganas de morir, amigo mío, pues me sería forzoso renunciar a la caza.

—¡Quiero que vayas a misa! ¡Es preciso acabar de una vez! ¡Todo el mundo a misa y no hablemos más!

—¡A misa! —repitió Enrique de Bearn.

—¡Sí, a misa! ¡Esto o la muerte!

—Vamos, primo, vamos enseguida. ¿Dónde dicen misa ahora? Quiero oírla enseguida.

—¿Y tú? —continuó Carlos volviéndose rápido hacia Condé.

—Yo, señor, prefiero la muerte.

El rey hizo fuego, y Enrique de Bearn profirió un grito de angustia.

Pero a través del humo vióse a Condé cruzado tranquilamente de brazos. La mano de Carlos temblaba de tal modo, que la bala del arma pasó a dos pies de la cabeza del joven.

—Señor —gritó el Bearnés—, ¡respondo de él! Dentro de tres días estará convertido.

Pero Carlos no lo oía. Tal vez tampoco los veía, pues el espantoso tumulto que reinaba en el Louvre y en París le daba una especie de vértigo. El rey estaba animado por un acceso de locura. Profirió una espantosa imprecación y cogiendo el arcabuz por el cañón empezó a dar culatazos contra una ventana para romper los cristales, que cayeron hechos añicos.

Carlos soltó su arma, asomóse a la ventana y miró con avidez. La horrible caza de hombres tenía lugar a orillas del Sena como en todo París. Pasó un sacerdote blandiendo un arma, gritando:

—¡Matad, matad!

Casi enseguida dos monjes gigantescos, con las sandalias llenas de sangre, aparecieron persiguiendo a un grupo de mujeres.

Una de ellas fue derribada por un golpe de crucifijo; otra cogida de los cabellos por el segundo monje, que la echó al suelo.

Los dos energúmenos, seguidos de una veintena de curiosos, desaparecieron por la esquina, gritando:

—¡Viva Jesús! ¡Viva la misa!

Hombres y niños pasaban saltando, con la agilidad de ciervos. Un arcabuzazo derribaba tan pronto a uno como a otro. Algunos caían de rodillas con las manos levantadas hacia sus verdugos, pero los sacerdotes corrían como endiablados, gritando:

—¡Matad, matad!

Y las turbas obedecían tales instigaciones.

—¡Matad! —murmuraba Carlos—. Es necesario matar. ¿Y por qué? ¡Ah, sí, los Guisa... la misa!...

Y la terrible palabra resonaba más fuertemente en su cabeza.

—¡Matad, matad! ¡Sangre, sangre!

Estaba completamente loco y saltando hacia atrás cogió uno de los arcabuces. Había una quincena y estaban todos cargados. ¿Quién lo habría hecho?... Y tiró. Luego cogió otro arcabuz y lo disparó también al azar. Nada le importaba el blanco, pues disparaba contra hombres, mujeres y niños; sobre todo el que pasaba ante su ventana.

En cuanto hubo descargado todos los arcabuces se inclinó, loco, furioso, espantoso de ver, con la boca llena de espuma, los ojos fuera de las órbitas, los cabellos erizados, gritando:

—¡Matad, matad, matad!

De pronto cayó hacia atrás, se retorció en el suelo con el pecho hinchado y las uñas clavadas en la alfombra. Entonces el rey de Navarra y Condé pudieron contemplar un espectáculo trágico y horroroso.

Sobre aquella alfombra, un hombre agitado por frenéticos sollozos se revolcaba golpeándose la cabeza, clavándose las uñas en el pecho, más profiriendo a pesar de todo, con ronca voz, un grito rápido siempre igual y entremezclado de risotadas más asustables que los sollozos.

—¡Matad, matad, matad!

Aquel ser miserable era el rey de Francia.

Condé levantó sus dos puños crispados hacia el cielo como para implorar una maldición suprema. De pronto salió del gabinete y echó a andar en línea recta, al azar, sin tratar de evitar los lugares en que se oían los disparos de arcabuz. Tal vez buscaba la muerte. Por una casualidad llegó a una escalera desierta que subió y enfiló un corredor en que reinaba silencio relativo.

El pobre príncipe lloraba amargamente. Hacia la mitad del corredor, comprendiendo que, a impulsos de la angustia y el horror, iba a desvanecerse, abrió la primera ventana que se le presentó para respirar un poco de aire.

La ventana en cuestión daba al patio de honor y sin duda lo que entonces vio Conde le pareció más horrible todavía y trató de retroceder para substraerse a la horrible visión, pero las piernas se negaron a obedecerlo y se quedó allí como petrificado e hipnotizado, con los ojos fijos en lo que veía.

Era espantoso y sobrepasaba ya los límites de las concepciones del horror.

En aquel patio había más de doscientos cadáveres diseminados al azar, unos en montones y otros aislados en todas las posiciones macabras que puede tomar la muerte. La mayor parte de aquellos cadáveres estaban semidesnudos, porque los desgraciados caballeros fueron sorprendidos durante el sueño y no habían tenido tiempo de vestirse para huir.

De aquel patio siniestro, convertido en horrible carnicería, procedían risotadas frescas, y sonoras proferidas por femeninas bocas. Jóvenes mujeres iban de uno a otro cadáver vestidas con ligeros tocados de estío, de alegres colores.

Iban riendo, y cuando una de ellas exclamaba: «¡Oh! ¡Mirad que ridículo está éste!», todas acudían.

Una de ellas, de pronto, dio un ligero grito, exclamando:

—He tenido una buena idea.

He aquí cuál. Con la punta de su bastón, adornado con lazos, reventó los ojos de un cadáver. Entonces todas ellas, alegres en extremo, sonrientes, perfumadas y encantadoras, pero también horribles, iban de uno a otro cadáver dando gritos de alegría cuando acertaban a reventar un ojo del primer golpe y repitiendo la operación hasta conseguirlo cuando no daban en el blanco la vez primera.

Una vez habían pasado aquellas horribles mujeres, los cadáveres quedaban con dos agujeros negros y sanguinolentos en el lugar que antes ocuparan los ojos:

XXXV - Entrada de Catho en la gloria

HACIA LA HORA EN QUE CATALINA esperaba oír la primera campanada del toque de rebato, Catho, como ya se ha visto, transitaba por las oscuras calles de París, topando de vez en cuando con algún grupo de gentes que iban marcando puertas. Estaba tranquila porque su alma primitiva no podía prever obstáculos ni peligros. Su empresa era muy sencilla y al mismo tiempo formidable.

Cuando hubo Llegado a cierta calle más oscura y silenciosa que las vecinas, se detuvo en un portal y a media voz empezó a entonar una canción en boga. Inmediatamente prodújose en la callejuela un rumor confuso de voces, pronto ahogado, y gran número de sombras se pusieron en movimiento siguiendo a Catho.

Eran más de trescientas mujeres, todas aquéllas a quienes citara en su taberna. Mendigas y ramera, jóvenes y viejas, tuertas, cojas, patizambas, asquerosas mendigas de la Corte de los Milagros, o hermosas profesionales del amor que marchaban en apretados grupos como si fueran un rebaño. Catho iba al frente como extraño general de aquel ejército fantástico. Andaban a buen paso y todas iban armadas, unas con viejas pistolas, otras con espadas enmohecidas, algunas con barras de hierro, garrotes, y otras sin más armas que sus uñas. Iban tranquilamente, pues estaban acostumbradas a transitar por las calles durante la noche, y también a ver cómo, de vez en cuando, ahorcaban a alguna de ellas. Por otra parte, no tenían mucho apego a su miserable existencia y no creían gran cosa en el peligro. Como a Catho, les parecía que su empresa era muy sencilla.

En varias ocasiones el fantástico rebaño que seguía a Catho fue detenido por las patrullas que iban marcando las puertas. El jefe de una de ellas quiso interrogar a Catho e interceptarle el camino, pero ésta y sus guerreras lo miraron con tal aire de amenaza, que el hombre retrocedió. Por otra parte, supuso que tal vez aquellas mujeres tenían una misión encargada en la gran tragedia.

Catho llegó ante el Temple y se detuvo. Su séquito hizo lo mismo y oyéronse entonces risas ahogadas y blasfemias a media voz; la impaciencia dominaba a las guerreras. Había una jovencita de dieciséis años que, blandiendo un arcabuz, decía:

—¡Qué lo toquen y se las verán conmigo! Un día, cuando mamá estaba enferma, entró en nuestra casa con una botella de buen vino, un pollo y tres escudos.

—A mí me libertó de caer en manos de los guardas del preboste —dijo una voz ronca.

—¡Un caballero tan guapo! —dijo una ramera blandiendo la espada.

—¿Queréis callaros? —exclamó Catho.

Y las mujeres, al oírla, obedecieron. Jamás se vio compañía de veteranos tan disciplinada. Se callaron, pues, pero temblando de impaciencia.

Las que conocían a Pardaillán relataban en voz baja sus hazañas. Las blasfemias corrían constantemente de boca en boca.

Catho, entonces, arregló su ejército. En la primera fila todas aquéllas que pudieron procurarse un arma de fuego. Seguían luego las que poseían armas blancas y, por fin, quedaban detrás las que iban armadas de garrote y las que no tenían nada.

En cuanto a ella, empuñaba en su diestra un sólido puñal.

—¡Atención! —dijo—. En cuanto la puerta esté abierta, seguidme.

Reinó entonces profundo silencio. Ante ellas se elevaba el Temple sombrío y terrible. De pronto, a la lejos, una campana empezó a tocar y luego otra.

—¡El rebato! —dijo una mendiga.

—¿Qué es esto? —murmuró Catho—. ¿Será para nosotras?

—¡Atención! ¡Quieren matarnos! —exclamó una ramera.

Catho se dirigió hacia ella y, puñal en mano, le dijo:

—Si no cierras el pico, mi daga te mata.

El tumulto era cada vez mayor. Las campanas de París tocaban desesperadamente. Oíanse a lo lejos arcabuzazos y pistoletazos que causaron cierta alarma en el ejército de Catho. Por un momento el pánico amenazó hacer presa de todas ellas, pero, de pronto, aquel principio de miedo se convirtió en furor. A los aullidos, a los gritos, a las campanadas y a las sordas detonaciones, ellas contestaron con insultos; blandieron las armas y durante algunos minutos reinó allí el más completo desorden.

De pronto se abrió una puerta baja y comparecieron «La Roja» y Paquita.

—¡Adelante! —gritó Catho.

—¡Adelante! —contestaron las trescientas voces.

—¡Por aquí! —gritó «La Roja».

Toda la compañía atravesó la puerta que las dos ramera acababan de abrir.

—Tengo las llaves —exclamó Paquita.

—Hemos de encerrar a los hombres de armas —añadió «La Roja».

—¡Aprisa, aprisa, al calabozo! —mandó Catho—. ¿Dónde está?

—Por aquí.

—¡Adelante!

Desembocaron a un pequeño patio que llenaron con sus voces.

—¡Hola! —exclamó una voz—. ¿Qué significa esto? ¿Quiénes sois, brujas?
¡Atrás!

—¡Adelante! —vociferó Catho.

—¡Fuego! —mandó la voz.

Disparáronse doce arcabuces y cinco guerreras de Catho cayeron muertas o heridas. Entonces, en aquel reducido patio, eleváronse vociferaciones inimaginables.

He aquí lo que había sucedido:

Había en el Temple una guarnición de sesenta soldados dividida en dos grupos que ocupaban otros tantos puestos. «La Roja» y Paquita, después de haber atado sólidamente al gobernador Montluc, le quitaron dos manojos de llaves y bajaron sin pérdida de tiempo. En uno de los patios en que se abría la gran puerta del Temple, había un puesto de guardia en la cual dormían cuarenta soldados. «La Roja» se acercó

a la maciza puerta y la cerró con dos vueltas de llave, cosa que impedía que los soldados pudieran salir, porque las ventanas estaban enrejadas.

Entonces corrieron a abrir la puerta baja por donde Catho debía entrar.

Desgraciadamente había un segundo puesto de guardia y, además, carceleros y centinelas.

Al oír las descargas y el ruido del combate, los soldados del segundo cuerpo de guardia acudieron. Los carceleros se vistieron apresuradamente para bajar a tomar parte en la pelea. Los centinelas se replegaron sobre el campo de batalla y al ver al Temple invadido por aquella legión de mendigas que aullaban y vociferaban, creyeron de pronto ser víctimas de una pesadilla, pero los golpes llovían, pues la mayor parte de las veces conseguían inferir heridas a sus adversarios.

Durante algunos minutos hubo en el patio un ruido espantoso que dominaba el tumulto que se desencadenaba en París. Una veintena de mujeres yacían en el suelo, pero había caído igual número de soldados.

Saltaban profiriendo gritos ensordecedores, rojas de sangre, con los cabellos sueltos, parecidas a brujas. Los soldados se retiraban, se desbandaban y sólo se oían quejas sordas, roncadas imprecaciones y, finalmente, se oyó un gran aullido de triunfo.

Los últimos soldados o carceleros sobrevivientes habíanse precipitado a un corredor, cuya puerta abrieron alocados y aterrados por aquella irrupción inaudita de mujeres endiabladas. Únicamente un oficial, un sargento y un soldado se quedaron prisioneros en un rincón.

—¡Adelante! —rugió Catho.

Había recibido tres puñaladas y jadeante parecía una pantera herida que buscaba a un enemigo para arrojarle sobre él. Buscó con la mirada a «La Roja» y a Paquita y vio que acababan de caer heridas, tal vez mortalmente.

Entonces Catho profirió una maldición, y cogiendo las llaves que una de ellas tenía en su mano crispada, se dirigió al grupo de los tres prisioneros.

—¿Dónde está el caballero de Pardaillán? —preguntó al soldado.

—No lo sé —contestó éste.

Catho levantó la daga y la dejó caer sobre el soldado, que quedó muerto en el acto.

—Guíame —dijo dirigiéndose al oficial.

—¡Ramera! ¿Te figuras acaso que?...

No pudo acabar la frase, porque Catho lo derribó de un golpe como al soldado.

—Ahora, tú —dijo al sargento.

—Obedezco —exclamó éste, pálido como un muerto.

—Echa a andar.

—Venid.

El sargento empezó a andar y Catho siguió taponándose sus heridas con tiras de un pañuelo, pero dispuesta a hacer uso nuevamente de su puñal. Detrás de ella iba el rebaño, del que salían blasfemias, carcajadas y voces destempladas que expresaban la

alegría y el triunfo de las mujeres sobre los soldados.

Y a lo lejos, en París, proseguía el rumor enorme de las campanadas y los gritos de mil víctimas desesperadas.

El sargento, atravesando una puerta, pasó a un segundo patio, en cuyo fondo había una bóveda, por la que se hundió. Allí empezaba una escalera de caracol y Catho, al verla, detuvo al sargento poniéndole una mano en el hombro y le dijo:

—SI me engañas, eres hombre muerto.

—Venid —dijo el sargento.

—¿Faltan luces? —gritó una voz.

—No —contestó el sargento—. La Mecánica está iluminada.

—¿La Mecánica? —exclamó Catho.

—Sí, allí hallaréis lo que buscáis.

—¡Adelante!

El sargento empezó a bajar la escalera de caracol, y para sí exclamaba, burlonamente:

«Sí, ya los encontrará. Total, una pinta o dos de sangre».

El grupo iba a lo largo del estrecho corredor. Por medida de prudencia habíanse quedado una treintena de mujeres de las que estaban mejor armadas vigilando la entrada.

En el extremo de aquel corredor, adonde los tumultos no llegaban más que como lejano zumbido, Catho contempló extraño espectáculo. A la luz humeante de una antorcha y al pie de una escalera de caracol, estaba un hombre de cortas patas, cabeza enorme y brazos desnudos y musculosos.

Aquel extraño ser hacía girar con gran esfuerzo una manivela de hierro.

—¿Qué es eso? —preguntó Catho.

—La Mecánica —dijo el sargento.

—¿En dónde están? —preguntó Catho presa de terrible presentimiento.

—Allí, a punto de ser aplastados.

Catho dio un rugido. Su puño cerrado se levantó yendo a caer sobre el cráneo del sargento, que extendió los brazos, giró sobre sí mismo y cayó de cara sobre las losas.

Estaba muerto.

Catho saltó por encima del cadáver y en dos saltos llegó hacia el hombrecillo que, ocupado en su tarea, no veía ni oía nada.

Los diez dedos de Catho se incrustaron en su nuca y lo separó de la manivela.

El chirrido de la máquina se detuvo instantáneamente. El verdugo miró embobado a Catho, que, después de haberlo cogido por la nuca, le hizo dar la vuelta y lo sujetó contra la pared. Sus dedos, a la sazón, se incrustaban en la garganta del hombrecillo, que exclamó, asustado, al ver tantos rostros de mujeres:

—¡Perdón!

—¿Dónde están? —preguntó Catho.

—Allí —contestó el verdugo.

—Abre si no quieres morir.

El monstruo extendió el brazo y mostró un botón de metal que a cinco pies de altura, sobre la manivela, alteraba la superficie plana de la pared.

Catho lo soltó y encaramándose empezó a dar fuertes golpes sobre el botón, pero al primero, oyóse un ruido y la puerta de hierro se abrió.

Y entonces dos hombres, dos fantasmas, lívidos, con los ojos expresando infinito asombro, se presentaron ante Catho, la cual, con alegría delirante, exclamó:

—¡Salvados!

Casi enseguida empezó a sollozar y apoyándose en el muro, repetía extasiada:

—¡Salvados!

—¡Catho!

Este nombre fue pronunciado a coro por los dos Pardaillán.

Por un momento se quedaron como petrificados en el corredor, lleno de mujeres que reían, aplaudían, se felicitaban, bromeaban y lloraban.

Entonces comprendieron. Su pronta imaginación reconstituyó la epopeya; Catho había amotinado a las rameras y mendigas para invadir el Temple; comprendieron por qué en el momento de querer herirse, habían oído sordos rumores y la razón de que se detuviera el techo en su marcha descendente.

De un salto se hallaron al lado de Catho. Cayeron de rodillas ante ella, y cogiendo cada cual una mano de su salvadora, la besaron cariñosamente.

El verdugo aprovechó aquellos momentos para huir lleno de terror y de asombro.

Habíase restablecido el silencio en el estrecho corredor, al cual apenas llegaban los ruidos de la calle.

El viejo Pardaillán fue el primero que se levantó con el ceño fruncido y el mostacho erizado, exclamando:

—¡Partamos! ¡Desgraciados de ellos!

Ellos, en el espíritu del aventurero, eran los verdugos que habían imaginado para él y para su hijo el horror del suplicio sin nombre.

—Sí —dijo el caballero levantándose—. ¡Partamos, tenemos bastante que hacer!

—Vamos, ven, Catho —exclamó entonces el viejo Pardaillán.

Catho quiso dar un paso, pero se cayó al suelo.

—¡Por Dios! —exclamó el caballero—. Está herida.

Catho sonrió señalando con su dedo su seno derecho ensangrentado. El viejo Pardaillán desgarró rápidamente el corpiño ya roto y apareció el seno con una ancha y profunda herida de la que la sangre se escapaba ya gota a gota.

—¡Marchaos! —exclamó Catho con gran dificultad.

—Sin ti, no.

Ella sonrió de nuevo. Sus bondadosos ojos se fijaron en el aventurero y luego en el caballero.

—No; os volverían a coger —murmuró con entrecortadas palabras—. Ahora, marchaos. ¡Adiós!

—¡Catho, Catho!

Los dos Pardaillán habíanse arrodillado sosteniendo en sus brazos uno los hombros y el otro la cabeza de la herida, que continuaba sonriendo.

Comprendía perfectamente que iba a morir. Dé pronto, sus ojos, fijos en el caballero, se pusieron vidriosos y se estremeció ligeramente. Y así sonriendo y mirando al caballero de Pardaillán, murió la buena Catho.

—¡Muerta! —exclamó el viejo Pardaillán profiriendo una blasfemia.

—¡Muerta! —repitió el caballero en extremo conmovido.

—¡Aquí están, aquí! —gritó en aquel momento en la entrada del corredor una voz feroz y temblorosa.

Y entró un hombre jadeante seguido de una veintena de soldados.

Y aquel hombre era Ruggieri, que buscaba su presa y la sangre necesaria para la reencarnación de su hijo.

XXXVI - Leones desencadenados

LOS DOS PARDAILLÁN SALTARON precipitándose a la entrada del corredor. Instintivamente las mujeres que lo obstruían les dejaron libre el paso, pero en cuanto ellos lo hubieron hecho, empezaron a gritar:

—¡Catho ha muerto, Catho ha muerto!

—¡A vengarla!

—¡Mueran los soldados!

—¡Adelante!

En un momento los Pardaillán se hallaron en contacto con el grupo de soldados que aparecían. Los dos primeros cayeron mortalmente heridos por las extrañas armas que llevaban, parecidas a punzones.

Ante aquel ataque furioso, y al observar los rostros de las mujeres que gritaban tras los dos hombres, los soldados se detuvieron. El aventurero y su hijo recogieron las picas de los caídos y de nuevo atacaron a sus enemigos.

En el corredor no había sitio más que para dos hombres en fondo. El nuevo ataque de los Pardaillán derribó a los dos soldados más avanzados. Al mismo tiempo la banda de mujeres agitaba sus armas, dagas, pistolas y espadas, y proferían gritos terribles. Entonces, completamente desordenados, los soldados remontaron de prisa la escalera.

Sin decir una palabra, lívidos y con los cabellos erizados, Los Pardaillán los persiguieron. De vez en cuando hundían su pica en el grupo y a cada uno de sus golpes caía un hombre.

Ello duró algunos segundos. De pronto los Pardaillán se vieron al aire libre, en un patio. Respiraron profundamente y, por instinto, levantaron sus ojos al cielo como para darse cuenta de que no soñaban y de que realmente se hallaban bajo cielo estrellado. Entonces oyeron el gran ruido de las campanadas, de los disparos de las armas de fuego y los gritos de las víctimas, cosa que los hizo estremecer.

—¡Fuego! —gritó la voz de un oficial.

Los dos Pardaillán se dejaron caer al suelo y las balas pasaron por encima de ellos. Luego se levantaron de un salto.

El oficial había formado a sus hombres en una sola fila al fondo del patio, y en cuanto los arcabuces estuvieron descargados, gritó:

¡Adelante!

Entonces en aquel estrecho espacio que alumbraban las primeras claridades del alba, hubo un combate encarnizado. En efecto, los soldados, creyendo que los Pardaillán eran los jefes de aquella banda de furias, los habían rodeado. El aventurero y el caballero se habían adosado uno a otro; a su alrededor estaban los hombres de armas y en tomo de éstos, profiriendo gritos estridentes, las mujeres.

Entre tanto Ruggieri corría como un insensato, arrancándose los cabellos y

vociferando maldiciones.

—¡Socorro, socorro! ¡Se escapan! ¡Oh! ¿No hay nadie aquí? ¡Socorro!

Llegó a la puerta principal y la abrió maquinalmente sin saber lo que hacía.

Pasaban algunos grupos de católicos llevando el pañuelo blanco alrededor del brazo.

—¡Aquí, aquí! —gritaba Ruggieri—. ¡Miserables! ¡No me oyen!

Ante él estaban saqueando una casa, de la que salían desgarradores gritos de las víctimas.

—Por aquí —gritaba Ruggieri—. Aquí hay dos hugonotes. ¡Malditos seáis!

Pero nadie le hacía caso, porque los asesinos estaban ocupados en saquear.

Entonces, sollozando y chocando contra los muros, entró de nuevo en el Temple, que recorrió al azar llamando, vociferando y deteniéndose por fin en el patio en que había la guardia encerrada por Paquita y «La Roja».

Dio un grito de alegría al descubrir a los hombres de armas detrás de los barrotes de las ventanas. Despertados por el tumulto y al principio alarmados al ver la sólida puerta cerrada, los soldados intentaban a la sazón arrancar las rejas de las ventanas.

—Esperad, voy a ayudaros. ¡Aprisa, aprisa!

—¡En nombre del cielo! —gritó el sargento—. ¿Qué sucede?

—¡Aprisa, aprisa! ¡Se escapan! ¡Necesito su sangre! ¡Ah! Ya se doblan los barrotes.

En aquel momento oyó gran griterío y se volvió viendo que el patio se llenaba de mujeres que con alegría delirante exclamaban:

—¡Victoria, victoria!

Y pasaron corriendo en dirección a la puerta del Temple.

Los soldados del cuerpo de guardia trataban de destruir las rejas y por fin sacaron dos barrotes.

En aquel momento pasaron las últimas combatientes desmelenadas y tras ellas los dos Pardaillán cubiertos de sangre, pero sin apresuramiento.

Ruggieri, sin voz y lleno de desesperación, quiso impedirles el paso, pero el caballero lo apartó con una mano sin esfuerzo aparente, si bien debió hacer gran fuerza, pues Ruggieri rodó por el suelo hasta llegar a la muralla, en donde se desvaneció profiriendo una maldición.

Cinco o seis soldados saltaron al patio por la abertura practicada y se echaron en persecución de los Pardaillán, que iban huyendo; pero éstos se volvieron con tal aire de amenaza, que los reitres se detuvieron asustados. Entonces apuntaron sus armas y sonaron dos disparos que no dieron en el blanco.

Los cuarenta soldados de guardia, que por fin habían podido saltar al patio, se lanzaron en persecución de los fugitivos, a los que vieron franquear la puerta que Ruggieri había abierto y desaparecer entre el humo y el tumulto que remaba en la ciudad. El oficial estupefacto al contemplar el extraño aspecto de la calle, no pensó más que en guarecerse y luego, yendo en busca del gobernador Montluc, lo halló

atado y roncando bajo la mesa de su comedor.

En aquel momento eran las tres de la madrugada y el día apuntaba, a pesar de lo cual los asesinos que circulaban por las calles no apagaron sus antorchas, pues se servían de ellas para incendiar las casas marcadas con una cruz blanca.

Una vez fuera del Temple, los Pardaillán tomaron al azar la primera calle que encontraron. Estaba llena de humo y de gritos; humo producido por los incendios y por los disparos de las armas de fuego que iban a herir a las pobres víctimas que proferían gritos de agonía.

—¡Libres! —exclamó el aventurero mirando a su alrededor.

—¡Pobre Catho! —exclamó el caballero.

Cada uno de ellos habíase apoderado de una buena espada y una daga, ambas rojas de sangre. Los vestidos de ambos estaban rotos y desgarrados y en su cara advertíase todavía la expresión de espanto ante el suplicio de que habían estado a punto de ser víctimas.

—¿No estás herido? —preguntó el viejo.

—Tengo algún arañazo, pero no es nada. ¿Y vos?

—Nada absolutamente. Pero veamos, ¿qué hay en París? ¡Cuánta sangre! ¡Cuánto humo! ¡Qué gritos! ¡Vaya una batalla!

—No, padre, es un degüello. Vamos aprisa.

—¿A dónde? ¿A casa de Montmorency?

—Luego; no creo que quieran atacar al mariscal, porque es católico. Venid, aprisa.

—¿Dónde?

—Al palacio de Coligny, padre. Están matando a los hugonotes y allí debe de haber gran carnicería. ¡Ah pobre amigo mío!

—¿Marillac? Pero si ya está muerto. ¿No recuerdas que te lo dijo aquel brujo?

—Tal vez mintió. Vamos.

Hablando así, avanzaban a buen paso. Varias veces algunos grupos los miraron con desconfianza, al observar que no llevaban cruces ni brazales, pero la mayor parte se apartaban prudentemente, pues los dos tenían traza de saber defenderse bien.

En todos los tiempos se ha observado que nadie es tan cobarde como los asesinos.

A medida que iban entrando en París, su marcha se hacía más difícil.

—Gritad ¡viva la misa! —exclamó de pronto una voz ante ellos.

Una especie de animal salvaje, con las mangas recogidas y los brazos rojos de sangre, les interceptaba el paso acompañado de cinco o seis hombres.

Los Pardaillán se detuvieron.

—Gritad ¡viva el Papa! —dijo otro.

El caballero levantó el puño sin decir palabra y lo descargó en la sien del hombre, que cayó como una masa inerte.

—Llévale eso al Papa —dijo el viejo Pardaillán.

La patrulla, pasado el primer instante de asombro, empezó a perseguirlos

amenazándolos furiosamente.

—Carguemos —dijo el viejo.

Precipitáronse entonces sobre los que gritaban y muy pronto cayeron dos de ellos, mientras los demás echaban a correr gritando:

—¡Socorro! ¡Allí hay dos hugonotes!

Cuando regresaron, los dos Pardaillán estaban lejos. Corrían sin detenerse saltando los cadáveres y dando, de vez en cuando, algún rodeo para evitar un grupo ocupado en incendiar una casa; corrían asombrados en extremo y casi doliéndoles la cabeza a fuerza de oír el incesante y ruidoso campaneó y las numerosas detonaciones de las armas de fuego. Corrían daga en mano atacando todo lo que les impedía el paso, y sin decir una palabra.

Y así fue como llegaron al palacio de Coligny a las cuatro de la mañana.

Enorme multitud llenaba la calle de Bethisy. Precipitáronse hacia ella y consiguieron franquear el paso. Tal vez los tomaron por católicos furiosos. La puerta del palacio estaba abierta de par en par y el patio lleno de gentes de armas que gritaban:

—¡A saco, a saco!

Entraron y, por fin, no sin grandes esfuerzos, llegaron al centro del patio horrorizados y llenos de furiosa indignación. Cuando miraban a su alrededor, encolerizados, una voz de hombre que dominaba el tumulto gritó:

—Bemia, Bemia, ¿estás listo?

Y reconocieron al duque de Guisa que levantaba la cabeza hacia las ventanas del palacio.

XXXVII - «Aquí se mata».

GUISA NO HABÍA PERDIDO TIEMPO. Saliendo a las tres de su palacio, acababa de llegar al de Coligny. Dio varios rodeos; de vez en cuando, se detenía para escuchar y parecía esperar. Por el camino, y a fin de entretener a sus hombres, hacía matar a todos aquéllos que no gritaban «¡Viva la misa!» y que no llevaban una cruz blanca en el sombrero. ¿Qué esperaba? Tal vez se figuraba poder marchar contra el Louvre. Una de las veces que se detuvo, llegó un hombre al galope de su caballo, fue a colocarse a su lado y le dijo en voz baja:

—No hay nada que hacer, monseñor. El preboste ocupa la Casa de la Villa con importantes fuerzas y las tropas de la reina están en camino.

Guisa exclamó a media voz y con sorda irritación:

—¡Maldición! A ver si habré sacado las castañas del fuego para ese miserable Carlos. Vamos, continuemos.

E hizo tomar el trote a su caballo. Seguido de sus caballeros, pasó como una exhalación, mientras a su alrededor se oían gritos, diciendo:

—¡Viva Guisa! ¡Viva el sostén de la Iglesia!

En la calle de Bethisy estaban llenas de hugonotes las casas vecinas del palacio de Coligny, pero allí el trabajo estaba ya hecho, porque tres de aquéllas ardían ya y doscientos cadáveres estaban diseminados por el arroyo. Guisa y sus soldados llegaron al trote y, por fin, se detuvieron en la puerta del palacio, sobre la cual alguien había trazado con yeso:

«Aquí se mata».

—¿Ves? —dijo Guisa dirigiéndose a un coloso que estaba a su lado, que no era otro que Bemia.

—Sí —contestó éste.

En aquel momento llegó el duque de Aumale, escoltado por Sarlabous, gobernador del Havre, y cien caballeros más.

—¿Está ya? —preguntó Aumale.

—Va a hacerse —contestó Guisa.

Todos echaron pie a tierra y el duque de Guisa, con el pomo de su espada, llamó a la puerta, que se abrió enseguida. Cosseins apareció rodeado por sus guardias que el rey dejara para proteger a Coligny.

—Monseñor —dijo Cosseins—. ¿Es preciso empezar?

—Sí —contestó Guisa.

Inmediatamente los guardias, confundidos con los hombres de Guisa, se lanzaron al palacio llevando la espada desnuda en una mano y una antorcha encendida en la otra. Bemia, seguido por unos diez guardias, dirigióse a las habitaciones del almirante.

Entonces se oyeron los gritos de los servidores a quienes se daba muerte. Durante algunos minutos resonaron en el palacio gritos de agonía, más luego reinó un extraordinario silencio. Bemia y los suyos, entre los cuales estaba Attin, de la casa de Aumale, llegaron ante la cámara del almirante. Tras ellos iba Cosseins, el capitán de guardias del rey. La tropa se detuvo un momento, pues ante la puerta, y espada en mano, los esperaba Teligny, yerno de Coligny.

—¿A quién buscáis? —preguntó con tranquila voz.

—Al Anticristo —contestó Bemia.

Teligny se precipitó sobre él, pero antes que pudiera dar dos pasos, cayó herido por diez puñaladas.

—¡Está muerto! —dijo Cosseins inclinándose sobre él.

Teligny no estaba muerto, pero agonizaba. Abriéronse sus ojos y fijándose en Cosseins, que lo miraba, hizo un esfuerzo para exclamar:

—¡Traidor!

Y al mismo tiempo escupió a la cara del capitán y luego expiró. Cosseins se incorporó y retrocediendo se limpió el rostro.

Entre tanto, Bemia abrió la puerta de un empujón y entró.

Coligny estaba en la cama y la habitación en que se hallaba la iluminaban dos grandes candelabros.

Medio incorporado sobre la almohada, el almirante estaba tan tranquilo y majestuoso, que los asesinos sintieron cierta vacilación. A su lado, el pastor Merlin leía un libro de oraciones y Coligny, a pesar de que hacía ya una hora que oía el espantoso tumulto y había comprendido la terrible verdad, a pesar de ello, repetimos, no trató de huir, pues Cosseins había apostado guardias en todas partes.

Cuando vio entrar a Bemia, volvióse hacia el pastor y le dijo con voz en extremo tranquila:

—Creo que ya es tiempo de recitar las preces por los difuntos.

Merlin hizo un signo de aprobación y volvió algunas páginas de su libro. En el mismo momento Attin le hundió el puñal en el cuello y el pastor cayó muerto sin proferir una queja.

Bemia se acercó riendo ferozmente al lecho del almirante. Tenía una daga en su mano izquierda y una jabalina^[5] de caza en la derecha.

—Quien a hierro mata, a hierro muere —dijo Coligny mirando a Attin, que acababa de matar al pastor.

Entonces Bemia levantó la jabalina, y como pareciera vacilar en herir al anciano, cuyo aspecto era tan tranquilo y majestuoso, éste le dijo:

—Hiere, verdugo. No me quitas mucha vida.

—¡Mata, mata! —gritaron los asesinos que estaban en la habitación.

Bemia arrojó su arma y la jabalina atravesó el cuello del almirante. Salió un chorro de sangre y entonces el miserable, ya ebrio, empezó a herir el cadáver repetidas veces, mientras sus compañeros pillaban lo que podían.

—¡Bemia! —gritó desde abajo la voz de Guisa—. ¿Has terminado?

Bemia se encarnizaba con el cadáver, cuya cabeza estaba casi desprendida del tronco.

—¡Bemia, Bemia! —repitió Enrique de Guisa—. ¿Está ya hecho?

Bemia entonces se detuvo y su rostro bestial expresó satisfacción al contemplar su obra. Cogió el cadáver de aquel hombre justo y bueno que acababa de ser su víctima, lo sacó de su cama y lo llevó precipitadamente a la ventana, cuya vidriera había sido destrozada.

—Ya está —gritó Bemia asomándose.

Y apareció a la confusa luz de las antorchas, al nacer el día, en aquella mezcla de extraña luz diurna, de luz roja y de humo, con el cadáver ensangrentado en sus brazos.

Salvaje aclamación proferida por las gentes del patio saludó su aparición. Durante algunos minutos no se oyeron más que los alaridos furiosos de las gentes allí congregadas.

Con los cabellos erizados de horror y figurándose sufrir una pesadilla, el caballero de Pardaillán y el viejo aventurero oyeron gritar:

—¡Viva la misa! ¡Viva el defensor de la Iglesia!

Cuando el silencio se hubo restablecido, oyóse la voz del noble Enrique de Lorena, duque de Guisa, que gritaba a Bemia:

—Está bien. Échalo para que lo veamos.

Bemia obedeció. El cadáver cayó sobre las losas del patio. Guisa, Aumale, Montpensier y otros veinte se inclinaron.

—Es él —dijo Guisa—. Ya sabía que un día u otro mí linaje pondría su pie sobre tu cabeza. ¡Toma, toma!

El tacón dio dos golpes sobre la frente del cadáver.

—¡Miserable! —exclamó una voz.

Y en el segundo de silencio y estupefacción que siguió a tal apostrofe, Pardaillán avanzó hacia el duque y añadió:

—Tu padre se llamaba «el Acuchillado». Tú te llamarás «el Abofeteado».

Su mano se levantó y cayó con fuerza sobre la mejilla de Guisa, y el bofetón resonó como un trueno.

Inmediatamente se oyeron terribles gritos y centenares de puñales y espadas se levantaron para castigar al agresor.

Pardaillán se había puesto en guardia dispuesto a morir, pero no tuvo tiempo de dar el primer golpe y los brazos levantados contra él no pudieron herirlo. El caballero, en el preciso instante en que resonaba el bofetón, se sintió llevado hacia un agujero negro y oyó un choque violento y sonoro.

Aquel agujero era una puerta abierta y la fuerza que cogiera al caballero, como la ráfaga puede coger a una hoja, era el aventurero. El choque sonoro era una puerta que el viejo Pardaillán empujó con el pie en el instante en que los perseguidores,

tropezando unos con otros, iban a apoderarse de los dos Pardaillán.

Inmediatamente, los perseguidores asestaron terribles golpes contra la puerta, que no podría resistir más de dos minutos.

—Siempre serás el mismo —dijo el aventurero subiendo los escalones que se presentaban ante él y obligando a su hijo a que lo siguiera.

En el patio, Enrique de Guisa gritó:

—Cincuenta hombres para registrar el palacio. Quiero tener las cabezas de esos dos hugonotes dentro de una hora. Los demás, que me sigan a Montfaucon.

XXXVIII - Hacia la horca

—**P**ERDONADME, MONSEÑOR —dijo una voz al duque.

Guisa se inclinó ferozmente con el puñal levantado.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo reconociendo a Bemia—. ¿Qué quieres?

—¿Queréis ahorcar al Anticristo?

—Sí. ¿Qué quieres? ¡Aprisa!

—Quiero la cabeza, *pardiez*. Me pertenece, como ya sabéis. Vale mil escudos de oro.

—Es justo —contestó Guisa riéndose—. Ahorcaremos el cadáver por los pies.

Bemia se inclinó y con el puñal acabó de separar la cabeza del tronco.

El cuerpo fue cogido por los pies. Dos hombres lo arrastraban tirando cada uno de una pierna, mientras el torso ensangrentado se arrastraba por el barro.

Inmediatamente se organizó una procesión infernal hacia la horca, seguida por veinte mil parisienses que conducía Guisa.

—¡Mata, mata, mata!

—¡Emborrachaos de sangre! —rugía Guisa.

—¡Viva el sostén de la Iglesia! —gritaba la multitud.

Durante el camino mataban, reían y cantaban. El cadáver de Coligny arrastraba por el suelo y así fue como llegaron a las horcas de Montfaucon, en donde muy pronto el cadáver se balanceó por los pies al extremo de una cuerda. Y entonces se elevó en el aire un clamor inmenso que se oyó por todo París.

XXXIX - Memorables palabras de Bemia

BEMIA HABÍASE QUEDADO en el patio del palacio de Coligny con los hombres de armas que Guisa dejó para hallar a los locos y audaces que lo habían insultado. En algunos minutos hundieron la puerta que habían cerrado y los soldados penetraron en la misma escalera que antes habían subido los Pardaillán. Bemia oyó gritos en el piso alto.

—«*Ya los tienen*», —pensó riendo—. «*He aquí dos hombres cuya piel no vale un ducado, en tanto que esta cabeza vale mil ducados de oro. Hermosa cabeza, a fe mía. Será necesario limpiarla*».

Entró en una habitación de la planta baja que había debido servir de cuerpo de guardia y pronto salió de ella provisto de un cubo lleno de agua. Tranquilamente dio principio a su horrible tarea, entonando una alegre canción.

A su alrededor el palacio, cuyas puertas estaban desmanteladas, con el patio lleno de muebles preciosos que habían arrojado de lo alto, parecía una fortaleza saqueada por los asaltantes. A lo alto, oía las voces furiosas de las gentes lanzadas en persecución de los Pardaillán. En París oíanse grandes gritos y en los aires vibraba rumor enorme.

Bemia ocupábase tranquilamente en limpiar la cabeza de Coligny. De pronto vio entrar en el patio un hombre, que con gran ansiedad empezó a mirar a su alrededor.

—«*¡Caramba! El señor de Maurevert*», —se dijo.

El recién llegado se volvió hacia el rincón en que estaba ocupado el siniestro personaje.

—Parece que buscáis un tesoro —exclamó Bemia riendo—. Vaya una carnicería de hugonotes, ¿eh?

—Busco —contestó Maurevert con la voz ronca y los ojos inyectados de sangre—, busco precisamente a dos hugonotes. Los he visto salir del Temple y he perdido su pista, pero estoy seguro de que han venido aquí.

—¡Ah, ya! Uno viejo, delgado, con bigote y ojos grises.

—Sí, sí.

—Y el otro más joven, pero muy parecido al viejo.

—Precisamente.

—Están allí. Ahora los cazan. Tenéis buen olfato.

Maurevert se lanzó a la escalera que le señalaba Bemia y desapareció dando un grito de alegría. Bemia se echó a reír, repitiendo:

—¡Qué carnicería, Dios mío!

Mientras estas cosas pasaban en el patio, los dos Pardaillán habían subido la escalera. El edificio en el cual se hallaban, formaba el ala derecha del palacio y estaba aislado de las otras dos, cuyo conjunto trazaba el rectángulo del patio.

De piso en piso, los Pardaillán fueron convenciéndose de que no había salida

posible.

Al llegar al granero oyeron gritos abajo. La puerta acababa de ceder y los soldados penetraban en la escalera.

—¡Ah, caramba! —dijo el aventurero—. ¡Van a cogernos como zorros!

—Fijaos, padre —contestó el caballero—, en que hace menos de dos horas estábamos en una jaula de hierro en que íbamos a morir aplastados y ahora, en comparación, estamos en el paraíso.

Hablando así, corrieron a la única ventana del granero, enfrente de la cual se abría otra que pertenecía al edificio central, es decir, al palacio propiamente dicho. La vivienda del almirante estaba compuesta como sigue: El patio, y en el fondo de éste el edificio; a derecha y a izquierda, avanzando hacia la calle, dos pabellones separados del central por un paso estrecho que permitía ganar los jardines situados en la parte posterior. Resultaba de esta disposición que las últimas ventanas de cada edificio estaban enfrente de la cara izquierda y de la cara derecha, respectivamente, del edificio central.

Los Pardaillán se hallaban en el pabellón de la izquierda.

—He aquí el camino —exclamó el aventurero divisando la ventana que hemos señalado.

—Un tablón. De prisa, un tablón.

Buscáronlo con la mirada. No había en el granero ni el menor tablón, ni mueble capaz de formar un puente o una cuerda que tal vez se hubiera podido utilizar.

Bajar era imposible, porque los hombres de armas subían registrando todos los pisos.

Entonces los Pardaillán se miraron con el rostro cubierto de palidez. De pronto oyeron gritos inmediatamente debajo de donde estaban y comprendieron que pocos minutos después el granero sería invadido.

—Saltemos —dijo el caballero—. Hay menos de seis pies de una ventana a otra.

—Es imposible —contestó el aventurero mirando a su hijo.

En efecto, saltar era imposible, pues faltaba el punto de apoyo para tomar impulso; la ventana del edificio de enfrente era estrecha y hubiera sido un prodigio lanzarse al vacío e ir a caer precisamente en aquel estrecho espacio.

Saltar era, pues, suicidarse, pero más valía correr aquel riesgo que caer en manos de los cincuenta soldados que subían llenos de rabia. La muerte no importaba nada a nuestros dos héroes, sino los suplicios de que los harían víctimas.

—Saltemos —dijo el viejo Pardaillán—. Espera, yo pasaré primero.

Y enseguida se puso en pie sobre el antepecho de la ventana.

En aquel mismo instante el caballero, con angustia extraordinaria y la frente llena de sudor, vio cómo su padre se dejaba caer hacia delante.

El aventurero no saltaba, sino que se dejaba caer: La tentativa era prodigiosa, inaudita, una de aquellas ideas que sólo ocurren en los momentos de desesperación.

Con el cuerpo envarado y rígido, los brazos musculosos y tendidos con esfuerzo

formidable y los pies en el antepecho de la ventana, el viejo Pardaillán se dejó caer hacia delante como si fuera de una sola pieza, sin doblar las rodillas ni los codos. Su cuerpo describió un arco de círculo en el vacío.

El caballero dio un grito, al cual contestó la voz de su padre:

—He aquí el tablón. Pasa, caballero.

La loca tentativa había tenido éxito. Las manos del viejo Pardaillán habíanse agarrado al reborde de la ventana de enfrente, mientras que los pies estaban apoyados en la ventana del granero. Y así quedó suspendido sobre el vacío formando un puente vivo de una a otra ventana.

Pronto, como un relámpago, el caballero saltó, puso el pie en el centro del puente vivo y fue a caer en el centro de la pieza de la casa contigua.

Inmediatamente el aventurero, que se había cogido cuidadosamente con las manos, dejó caer los pies y se izó a fuerza de puños adonde estaba su hijo.

Tal había sido su esfuerzo, que durante algunos momentos permanecieron mudos. El granero que acababan de dejar, se llenó de gritos de furor y luego reinó un silencio relativo.

Los dos Pardaillán, echados al suelo, escuchaban atentamente prestos a saltar.

—Ya sé por dónde han huido —exclamó una voz—. Ved, capitán. Han saltado al pasaje por la ventana del primer piso, mientras subíamos.

—Y ahora ya estarán lejos —contestó otra voz—. Vamos, en marcha. Vamos a reunimos con monseñor.

Los Pardaillán oyeron cómo se alejaban los soldados y entonces el caballero se acercó a una ventana que daba al patio. Vio cómo los soldados daban algunas explicaciones a Bemia, que se encogió de hombros, y luego se marcharon corriendo, deseosos tal vez de tomar parte en la matanza.

Bemia se quedó solo en el patio, ocupado en su fúnebre tarea. A la sazón envolvía en un trapo la cabeza del almirante.

Luego, silbando, fue a buscar agua para lavarse las manos, y, una vez que hubo terminado este tocado, volvió al patio. Restábale tan sólo tomar la cabeza y llevarla a casa de un embalsamador que ya estaba avisado y lo esperaba. Luego, con cinco o seis compañeros, montaría a caballo y se dirigiría corriendo la posta hacia Roma.

—¡Caramba! —exclamó Bemia volviendo al patio—. La puerta principal está cerrada. ¿Quién habrá sido el guasón?

Mientras se hacía estas preguntas con cierta inquietud, divisó de pronto a los Pardaillán, que se dirigían hacia él.

El caballero le dijo:

—¿Has sido tú el que echó por la ventana el cuerpo del señor de Coligny?

La voz del caballero parecía perfectamente tranquila y aun en sus ojos parecía advertirse cierto brillo de alegría. Es verdad que sus labios estaban blancos y el bigote tembloroso, pero tales detalles escaparon a la observación de Bemia, que contestó con altanería:

—Yo soy, joven hugonote. ¿Y qué?

—¿Has sido tú el asesino del almirante?

—Yo. ¿Y qué más?

—¿Y con qué lo asesinaste?

—Con esto —dijo el coloso mostrando su jabalina llena de sangre que había echado en un rincón del patio.

Y riendo, añadió:

—Tengo otra para ti, perro hereje... ¡Socorro! ¡Aquí hay un hugonote!

Al mismo tiempo Bemia quiso acercarse a la puerta del palacio para abrir y llamar a una patrulla que se oía pasar por la calle, pero no se movió del sitio, porque el viejo Pardaillán le saltó al cuello diciendo:

—No te muevas, amigo, porque hemos de arreglar una pequeña cuenta.

Bemia se debatió con violencia, pero la tenaza viviente no soltaba su presa. Por fin el coloso, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, hizo seña de que se estaría quieto y entonces el aventurero lo soltó. El coloso respiró profundamente mirando asombrado a los dos Pardaillán.

—¿Qué queréis? —preguntó empezando a sentir miedo.

—Nada —contestó el caballero—. Sencillamente librar la tierra de un monstruo.

—¿Queréis asesinarme?

—¿Sabes batirte? —preguntó el caballero con desdeñoso acento.

Bemia saltó hacia atrás y desenvainando su espada la empuñó con la mano derecha, mientras con la izquierda sostenía la daga y se puso en guardia.

El caballero se desciñó la espada y la echó al suelo.

—¿Qué haces? —le preguntó su padre.

—He aquí el arma que conviene —dijo el caballero tomando la jabalina que sirviera para dar muerte a Coligny.

Bemia sonrió; su espada tenía doble largo que la jabalina. Estaba seguro de ensartar a aquel loco.

El caballero fue a su encuentro y, al ver su aspecto, Bemia palideció.

Dio dos o tres estocadas que fueron paradas con gran facilidad por la jabalina, que, de pronto, hallóse a una pulgada de su pecho. El coloso retrocedió primero lentamente y luego con mayor prisa; rugía, saltaba, multiplicaba los golpes, asombrado de ver que ninguno lograba herir a su adversario. Después de haber dirigido una estocada al caballero, veía siempre la jabalina a una pulgada de su pecho y entonces huía de aquella punta roja que parecía empujarlo a un sitio determinado.

De pronto se vio acorralado contra la puerta principal del patio. Su corazón latió apresuradamente, mientras sus ojos se fijaban en la punta de la jabalina teñida en sangre del almirante.

Quiso hacer una tentativa para huir a derecha o a izquierda, pero inexorablemente, la jabalina lo llevó adonde el caballero quería acorralarlo.

Bemia comprendió que estaba perdido.

—¡Voy a morir! —tartamudeó—. ¿Acaso Dios?...

Esta fue su última palabra, pues mientras levantaba su daga con desesperación, el caballero le lanzó la jabalina, que le atravesó el pecho y lo clavó en la madera de la puerta. Bemia, clavado allí como una mariposa en un cartón de naturalista, murió instantáneamente.

El caballero fue a coger su espada, se la ciñó de nuevo y tomando el brazo de su padre, que había asistido al duelo sin decir una palabra ni hacer un movimiento, salieron los dos por una puerta de servicio.

No habían transcurrido dos minutos cuando apareció Maurevert en el patio.

Había seguido a los soldados de Guisa de piso en piso y buscando con apasionado ardor y cuando se alejaron los soldados tuvo un momento de desesperación. ¿Por dónde habrían huido? No; no era posible que se hubieran escapado. Sin duda buscaron mal. Y entonces, por su cuenta, volvió a empezar las pesquisas.

—Se me han escapado. ¡Oh, malditos! Pero ya los encontraré.

Decía estas palabras al entrar en el patio y dirigiendo a su alrededor feroces miradas. De pronto se detuvo petrificado y mudo de espanto al ver a un cadáver clavado a la puerta principal. El de Bemia.

Al cabo de un instante, Maurevert se repuso de su estupor y empezó a pasear por el patio, exclamando:

—Han huido por aquí. He aquí las huellas de su paso. Son ellos. ¡Ah, ya los encontraré!

Pero pronto pudo convencerse de que en el palacio no quedaban sino cadáveres. Entonces se calmó por un esfuerzo de voluntad tratando de descubrir la pista.

Su mirada cayó entonces sobre un envoltorio de trapos y, deshaciéndolo, vio que contenía la cabeza de Coligny, que cogió por los cabellos.

—«Vale la pena de cogerla», —se dijo entre dientes—. «¿A quién la llevaré? ¿A Guisa o a la reina? ¡Bah! Guisa ha sido derrotado esta vez y, por tanto, la llevaré a Catalina».

Y se lanzó a la calle. A la derecha, a cincuenta pasos de distancia, había una multitud que bailaba alrededor de una hoguera en la cual se asaban una docena de cadáveres. Hacia la izquierda la calle estaba libre. Maurevert siguió esta última dirección, convencido de que era la que los Pardaillán habían tomado.

—Ahora es preciso que tratemos de salir de París —dijo el viejo Pardaillán en cuanto estuvo en la calle.

—Por el contrario. Ahora nos iremos al palacio de Montmorency —exclamó el aventurero.

—¿Pero no has dicho tú mismo que, en su calidad de católico, no corre ningún peligro?

—¡Quién sabe! Vamos.

—Hombre, di la verdad —exclamó el aventurero malhumorado—. Confiesa que

tienes ganas de ver a Luisa.

El caballero palideció al oír la observación de su padre, y se contentó con responder:

—No importa, vayamos, padre. Si atacaban el palacio, nuestra ayuda no sería innecesaria.

Y al pensar que los asesinos pudieran amenazar la vivienda de Luisa, el caballero se estremeció y apresuró el paso.

—Pero oye. ¿No podría suceder también que el mariscal formara parte de los que matan? ¿No es buen católico?

—¡Oh! —exclamó el caballero—. Sería horrible..., pero estoy seguro de que Luisa no es hija de uno de aquéllos que matan en nombre de Dios. Vamos, vamos al palacio de Montmorency.

—Dificilillo lo veo.

XL - El domingo 24 de agosto de 1572, día de San Bartolome

SÍ, ERA DIFÍCIL. Desde que salieron de la calle de Betsisy pudieron convencerse de que cada uno de sus pasos iba a exponerlos a un nuevo peligro. París era ya un gran campo de batalla imposible de atravesar sin chocar con enemigos furiosos ni arriesgar la vida a cada momento. Sin embargo, no había batalla; pero sí carnicería y matanza. Todos los hugonotes; que hubieran sido capaces de organizar una defensa más o menos eficaz, habían sido muertos antes que los otros y a la sazón se mataba a los burgueses, a las gentes del pueblo, mujeres, ancianos, niños y seres indefensos.

En cada barrio y en todas las calles, cualquier persona sospechosa a los ojos de la vecindad o que hubiera manifestado alguna simpatía por la Reforma, tanto si eran protestantes como si no, eran degollados; igual escena terrible se reproducía en todos los barrios de París. La víctima, hombre o mujer, veía entrar en su casa una patrulla de veinte o treinta asesinos que empezaban a perseguirla.

El pobre diablo se escapaba saltando a veces por la ventana y entonces empezaba la terrible caza hasta el momento en que caía o se veía acorralado. Inmediatamente lo acribillaban a puñaladas y luego su cuerpo era arrastrado hacia la hoguera más cercana o bien al Sena.

Al día siguiente, la matanza tomó espantosas proporciones. Tal estado de cosas duró seis días. En provincias, en las grandes ciudades, se reproducían iguales escenas de horror, y casi un mes más tarde, aún había matanzas en ciertas localidades lejanas.

En aquella mañana de agosto, tan bella y luminosa, los parisienses se habían convertido en animales carniceros. Vióse a algunas mujeres beber sangre de las víctimas. Y en todas partes se oía el grito de:

«¡Viva Jesús! ¡Mueran los hugonotes!».

El ruido era indescriptible. Todas las campanas doblaban a la vez sin descanso. Únicamente la campana mayor de Saint-Germain-L'Auxerrois habíase callado después de haber dado la señal. Pero ya no se tenía necesidad de ella.

El enorme tumulto de las campanas, los aullidos de los asesinos, las quejas desgarradoras de las víctimas, los disparos de las pistolas, las sordas detonaciones de los arcabuces, todo ello no formaba más que una sola voz que parecía el fragor del trueno, los mugidos de las aguas, el crepitar de la lluvia y el silbido del huracán, como si los elementos se hubieran trastornado. Aspirábase un olor acre de carne asada, de sangre, y no se veía más que fuego, humo y entre éste rostros asquerosos, risotadas feroces, ojos terribles, y sombras que corrían con un puñal ensangrentado en las manos. Veíase sangre por todas partes, a lo largo de las paredes, coagulada en el suelo y mezclada en los baches llenos de agua de la calle, y por singular fenómeno había barrios que estaban tranquilos y calles en que tardaron en enterarse de la matanza que tenía lugar en París.

A cien pasos del Sena y no lejos de la Bastilla, algunos viejos jugaban a los bolos

o se calentaban tomando el sol. Había también algunos rincones tranquilos alrededor de los cuales tenía lugar la gran carnicería. Cerca de la puerta de Bussy, que daba al arrabal Saint-Germain, una banda de chiquillos jugaba tranquilamente. Dos hugonotes perseguidos hicieron irrupción entre ellos y cayeron heridos por varios puñales, y uno de los niños murió del susto.

Exceptuando, pues, los pocos barrios tranquilos que había en París, todo lo demás ofrecía la imagen de una ciudad devastada por algún gran cataclismo. Centenares de casas ardían; millares de cadáveres obstruían las calles. En las encrucijadas ardían hogueras en que se consumían los cuerpos de los herejes; procesiones de sacerdotes cantando el «*Te Deum*», atravesaban a veces las calles, gritando:

«¡Viva la misa! ¡Mueran los hugonotes!».

He aquí lo que los Pardaillán vieron aquella mañana del domingo, día de San Bartolomé.

Obstinadamente trataban de ir en línea recta hacia el palacio de Montmorency, pero veíanse arrastrados a su pesar en direcciones distintas, más ellos, incansables, volvían a la carga para conseguir su objeto.

XLI - Perfiles de gargolas

¿QUÉ HORA ERA? No lo sabían. ¿Dónde estaban? Tampoco hubieran podido decirlo. Hallábanse adosados a un guarda-cantón adonde los había arrastrado un violento reflujo del pueblo.

A diez pasos de distancia estaban saqueando un edificio, ante el cual elevábase una pira formada por los muebles que iban amontonando los saqueadores.

Entonces uno de ellos les prendió fuego. Apareció un hombre llevando en brazos un cadáver.

—¡Viva Pezou! —gritó la multitud que estaba al lado de la hoguera.

El cadáver era el del duque de La Rochefoucauld y el hombre que lo llevaba, Pezou. El caballero de Pardaillán lo distinguió claramente a través de los torbellinos de humo. Pezou llevaba los brazos al descubierto y rojos de sangre. Su rostro era espantoso; los ojos desorbitados, los labios crispados y respiraba ruidosamente como aspirando con delicia el olor de la sangre que flotaba en el ambiente.

—Con éste ya son cuarenta —gritó uno de ellos—. ¡Bravo, Pezou!

El aludido sonrió. Dirigióse a la hoguera llevando en brazos el cadáver, que tenía el cuello abierto por una gran cuchillada, y levantándolo con extraordinaria fuerza, lo echó al fuego, exclamando:

—¡Voy en busca de otro! Necesito cien. Esta noche quiero haber matado un centenar.

—¡Huyamos, huyamos! —dijo el viejo Pardaillán lleno de horror y cogiendo a su hijo para impedir que se arrojara sobre Pezou.

—¡Oh! —dijo el caballero—. ¡Cuánto me gustaría poder aniquilar a todos esos tigres!

—¡Huyamos! —repitió el padre.

Se orientaron y continuaron su camino hacia el palacio de Montmorency.

Y cuando ya habían ganado bastante terreno y estaban cerca del Sena, fueron cogidos en otro torbellino y arrastrados hasta la entrada de la calle de San Dionisio. Mirando a su alrededor, se vieron en el patio de una hermosa casa; las ventanas caían destrozadas; los muebles eran arrojados al patio y mientras en el interior se oían gritos de agonía, la multitud aplaudía y vociferaba.

—¡Bravo, Crucé! ¡Mata a La Force!

Era, en efecto la casa del viejo hugonote La Force. El crimen estuvo pronto perpetrado. Al cabo de tres minutos ya no se oyeron más gemidos y todos, tanto los amos como los criados, habían sido asesinados.

La multitud se marchó arrastrada por los lugartenientes de Crucé en busca de nuevas víctimas y el patio quedó libre.

—¡Huyamos! —repitió el viejo Pardaillán.

—Por el contrario, entremos —dijo el caballero—. Quiero ver dónde está Crucé.

El aventurero hizo un movimiento de aprobación con la cabeza y subiendo una hermosa escalera se hallaron pronto en una gran sala desmantelada en parte. A la primera mirada el caballero vio que sólo echaron por la ventana los muebles malos, pero que los armarios habían sido respetados.

En el centro de la sala había cinco cadáveres amontonados. Dos hombres con asombrosa tranquilidad, se ocupaban de fracturar un armario. Eran Crucé y uno de sus acólitos.

—Aprisa —decía Crucé—, el dinero debe de estar ahí. ¡Ah! Ya lo tengo.

Desfondaron los cajones y empezaron a llenarse los bolsillos. Luego corrieron donde estaban los cadáveres y tomaron un collar de gran precio que el viejo La Force llevaba aún.

Crucé lo cogió en tanto que su compañero arrancaba las orejas de una mujer para apoderarse de los diamantes de los pendientes.

—Ahora, vámonos —dijo Crucé.

Y cuando iban a incorporarse, cayeron los dos, al mismo tiempo, de cabeza contra los cadáveres. El caballero derribó a Crucé de un puñetazo en la sien y el viejo Pardaillán destrozó la cabeza del otro con un culatazo de su pistola.

Los dos bandidos no dieron ni un grito. Estremeciéronse algunos instantes en los espasmos de la agonía y, por fin, quedaron inmóviles para siempre.

En el momento de caer Crucé escapáronse de su jubón y de sus bolsillos repletos joyas y monedas de oro que fueron a rodar entre la sangre.

Entonces el caballero examinó los cadáveres de las cinco víctimas y trató de

colocarlos decentemente extendidos en el suelo, con el objeto además de separarlos de los cadáveres de los bandidos.

—¡Perdón! —gritó una voz infantil—. ¡No me matéis, perdón!

Un niño de doce años surgía de entre los cadáveres arrastrándose de rodillas y con las manos unidas: era el hijo menor de La Force, que estaba en brazos de su padre cuando lo mataron. Cayó lleno de la sangre de su progenitor y lo habían creído muerto.

El caballero quiso coger la mano del niño y tranquilizarlo, pero éste, lleno de miedo, dio un grito de espanto y huyó.

Entonces bajaron y en la calle continuaron su carrera, tratando de evitar las hogueras o las patrullas de asesinos. No sabían ni en el lugar en que se hallaban, ni qué hora era. En el cielo brillaba el sol tranquilamente, oculto a medias por los torbellinos de humo.

Al volver una calle, los Pardaillán se detuvieron petrificados. Hubieran querido huir de la horrorosa aparición, pero no pudieron. Todo lo que consiguieron hacer fue retirarse a la entrada de un pasadizo que se hundía en una casa. No sabían dónde estaban.

Ante ellos, a veinte pasos de distancia, acababa de aparecer una patrulla compuesta de unos cincuenta asesinos que marchaban en apretadas filas. Detrás iba una multitud enorme armada de espadas viejas, garrotes y picas ensangrentadas. Todos se agitaban como si un ataque epiléptico los hubiera sumido en el mismo delirio.

Los cincuenta que iban delante estaban perfectamente armados de puñales rojos de sangre. Llevaban la cruz blanca y quince de ellos montaban a caballo.

Abriendo la marcha, iban tres hombres de asquerosos rostros y voces enronquecidas a fuerza de gritar. Los tres llevaban una pica cada uno y al extremo de ellas, otras tantas cabezas.

—¡Viva Kervier! ¡Viva Kervier! —vociferaba frenética la multitud.

Los dos Pardaillán reconocieron enseguida la cabeza que estaba clavada en la pica del librero y se estremecieron al observar que era la de Ramus. En efecto, era la cabeza del pobre e inofensivo sabio.

Kervier la había cortado con su mano y a la sazón paseaba el sangriento trofeo en medio de otras dos cabezas, probablemente amigos de Ramus a quienes habrían hallado en su casa.

La manada de lobos llegó a la altura de aquel pasadizo estrecho a cuya entrada se habían adosado los Pardaillán para dejar pasar la horda. Los ojos del caballero quedaron fijos en la cabeza que al extremo de la pica producía la espantosa ilusión de una cabeza sin cuerpo que anduviera por el espacio.

Luego bajó los ojos hasta aquél que llevaba la pica, o sea Kervier, y el caballero tembló de indignación. Quiso gritar un insulto, pero de su garganta salió tan sólo un ronco gemido, mientras su puño cerrado se tendía hacia el librero, no sabiendo qué

hacer para vengar al pobre sabio.

Kervier vio aquella cara convulsa que lo miraba, leyó en ella el desprecio, y molesto al observarlo, hizo un gesto para designar a los dos Pardaillán, pero en el mismo instante cayó muerto, gritando:

—¡Maldición!

Y expiró. Una bala de pistola acababa de herirlo en medio de la frente y aquel disparo fue hecho por el caballero. Éste había visto pasar un hombre armado de una pistola cargada y de un puñetazo lo hizo caer en el suelo y arrebatándosela disparó con ella.

En el mismo instante precipitáronse los asesinos contra los Pardaillán, todos vociferando y algunos disparando contra ellos sus armas de fuego. Todos quisieron entrar a la vez por el pasadizo en que se hundían los dos supuestos herejes, pero, con mayor prontitud, se adelantó un caballero vestido de rojo que pertenecía, sin duda, a la casa de Damville, porque llevaba sus armas bordadas en el jubón. Hizo avanzar su caballo y preparó la espada para herir.

—¡Salvados! —exclamó el aventurero.

Y mientras el caballero se preguntaba de qué modo, su padre, dando un salto prodigioso, se precipitó a la brida del caballo, cuya cabeza penetraba ya en el pasadizo. Dio un tirón a las riendas e hizo entrar completamente al animal, que, con su cuerpo, obstruyó la entrada.

El aventurero soltó una carcajada homérica. Detrás de la grupa del caballo agitábanse los lobos profiriendo gritos de rabia; el caballo coceaba y el jinete, vestido de rojo, atónito por aquella maniobra, trataba de hacer retroceder al animal; más, de pronto, presa de loco terror, se dejó deslizar por la grupa a fin de huir, pero una coz lo mandó rodando entre los asaltantes en el momento en que tocaba con los pies en el suelo.

Aprovechando la confusión, el caballero de Pardaillán ató las patas delanteras del caballo, que era un magnífico ruano, y ya el aventurero se preparaba a dar una puñalada al bruto para que el obstáculo permaneciera más tiempo, cuando su hijo lo detuvo exclamando:

—«Galaor».

El viejo examinó al animal y contestó:

—En efecto, es él.

«Galaor», a pesar de tener las patas trabadas, coceaba con más furia si cabe. Cada uno de sus flancos tocaba a una y a otra pared. El pasadizo estaba obstruido por una barricada viviente que, al mismo tiempo, era una catapulta.

Entonces, mientras sonaban apocalípticas amenazas y horrorosas blasfemias, los Pardaillán penetraron en el fondo del corredor, seguros de que transcurrirían algunos minutos antes de que sus enemigos pudieran invadirlo; pero antes de marcharse, el caballero besó el humeante hocico del caballo diciendo:

—Gracias, amigo.

—¡Caramba! —exclamó el viejo—. Estamos en una ratonera, no hay salida. Pero ¡el diablo me lleve sí no he pasado ya por aquí!

Abrióse entonces una puerta en el extremo del pasadizo y apareció una mujer.

—¡Rosa! —exclamaron los dos hombres al verla.

Era ella, efectivamente; se hallaban en el pasadizo de la posada de «La Adivinadora». ¿Cómo no la habían reconocido? Sin duda debíase al aturdimiento que su carrera les había ocasionado. La casualidad los había llevado a la calle de San Dionisio en el momento en que trataban de dirigirse al Sena. Y los detuvo ante aquel pasadizo que les ofreció un refugio en el momento en que la calle fue invadida por los lobos de Kervier.

Entraron en la posada y luego en aquella habitación en que el caballero sorprendió la reunión de conjurados de Guisa. Rosa, temblando, los condujo entonces a la sala vecina, en que se hallaban tres hombres: Landry Gregoire, pálido como un muerto, y, cosa extraña en aquel momento, dos poetas que bebían y escribían: Dorat y Pontus de Thyard.

—Por ahí —dijo Rosa a los dos Pardaillán mostrándoles una escalera—. Arriba podréis pasar a la casa vecina, bajar y salir por la parte posterior. Huid, huid de prisa.

—Por el cielo —decía Dorat—. Quiero escribir en honor de la destrucción de los herejes una oda que inmortalizará mi nombre.

—Moja tu pluma en la sangre —dijo Pontus.

—¡Pobre de mí! —gimió maese Landry tratando inútilmente de arrancarse algunos cabellos, pues, como se recordará, estaba completamente calvo—. ¡Desgraciado de mí! ¡Van a saquear mi posada si saben que han huido por aquí!

—Seguramente lo sabrán —contestó Rosa con firmeza—. Maese Landry, id a buscar las cosas de más valor y huyamos también.

El hostelero se levantó gimiendo tristemente.

—Maese Landry —le gritó el viejo Pardaillán— añadid a mi nota la posada, la vajilla rota y el incendio. ¡Os juro que todo será pagado! —añadió el caballero.

—¡Huid, huid! —repitió Rosa.

El viejo Pardaillán la besó en las dos mejillas y el caballero la cogió en sus brazos pálido de emoción, le besó tiernamente los ojos y murmuró:

—¡Querida Rosa, nunca te olvidaré!

Era la primera vez que la tuteaba, cosa que hizo estremecer de júbilo a la hermosa hostelera. Luego subieron la escalera y desaparecieron por ella.

En el mismo instante reapareció el posadero llevando en brazos un saco en que había puesto todo su oro y las joyas de su mujer.

—¡Huyamos! —dijo Rosa—. Los asesinos han invadido el pasadizo y ahora tratan de hundir la puerta.

—¡Huyamos! —repitió Landry temblando convulsivamente.

—Señora Landry —gritó el poeta Dorat—. Sois una mala católica y os denunciaré. No os mováis de aquí.

Pontus de Thyord desenvainó la espada y dijo tranquilamente:

—Marchaos, Rosa, y vos también, maese Landry, y si esta víbora trata de silbar, la parto en dos.

Dorat entonces se acoquinó.

Algunos instantes más tarde la manada de lobos penetraba por la puerta del pasadizo y, no hallando a nadie, incendió la posada.

Prefacio

XLII - Visiones trágicas

LOS PARDAILLÁN, después de haber seguido el camino que les indicara Rosa, se hallaron en una callejuela desierta y echando a correr llegaron a la calle de Montmartre. Pero tampoco pudieron pasar adelante, porque había allí grandísima multitud que se dirigía al Sena. Una vez más el horror se apoderó de aquellos dos hombres. En el momento en que jadeantes se detenían en la esquina de la calle de Montmartre, pasaba una procesión femenina rodeada de hombres enfurecidos. Aquellas mujeres llevaban la cruz blanca cosida en sus pechos, y en la espalda una canasta de trapero en la que se veían uno o dos niños degollados. Eran los hijos de los hugonotes que aquellas mujeres llevaban al Sena. Era un espectáculo horroroso que hacía avergonzar de pertenecer a la raza humana.

Con los cabellos erizados y los ojos dilatados por el horror, los dos Pardaillán vieron pasar aquella pesadilla infernal. De pronto, apareció otra visión.

Una cabalgata de trescientos hombres a caballo, cubiertos de hierro y teñidos en sangre, pasaron como un relámpago, apartando al pueblo a derecha e izquierda, entre las aclamaciones que cubrían las voces de las campanas. Era Guisa que volvía de Montfaucon. Detrás de los caballeros de Guisa, iba el mariscal de Tavannes con trescientos jinetes más. Luego seguía un coche, vehículo de invención reciente, y en él, un grupo alegre y risueño. Eran el duque de Anjou y sus cortesanos pintados, peinados y perfumados: Maugiron, Quelus, Saint-Megrin y otros, que aplaudían a cada arcabuzazo que mataba a un hombre y a cada antorcha que incendiaba una casa. Guisa, Tavannes y Anjou pasaron rodeados de furiosos vivas y lanzando a derecha e izquierda un grito ronco, siempre el mismo:

—¡Saciaos de sangre humana! —gritaba Guisa.

—¡Matad, matad! —decía Anjou.

Entonces, detrás de la cabalgata infernal aparecieron diez o doce carros cargados de cadáveres. La sangre salía a través de los tabloncillos cayendo a lo largo de las calles, en las que dejaba una estela roja.

En aquel remolino los Pardaillán fueron arrastrados sin que pudieran darse cuenta del lugar donde iban.

Estaban aturcidos y sentían náuseas con el espectáculo que contemplaban. De pronto, se asombraron de que ninguno de los asesinos que los rodeaba se echara sobre ellos, pero pronto comprendieron la causa al descubrir que los dos llevaban un brazal blanco en el brazo derecho.

Fue Rosa, que, rápidamente, y sin que ellos lo notaran, sujetó a sus brazos el signo de la protección. El caballero desprendió el brazal con colérico gesto, pues en realidad no era católico ni hugonote. Quiso tirarlo, pero el viejo Pardaillán lo cogió al vuelo y lo guardó en su bolsillo, diciendo:

—¡Por Barrabás! Consérvalo al menos como recuerdo de la hermosa Rosa.

Contaba con decidir a su hijo a que se guardara el brazal que constituía preciosa salvaguardia, y en cuanto a él, poco delicado y nada dado a esas arrogancias que conceptuaba intempestivas, conservó el suyo puesto sin ninguna clase de remordimiento.

El caballero se encogió de hombros y el aventurero, al meterse en el bolsillo el brazal, sintió el roce de un papel que antes se había guardado.

—¡Qué será eso! —exclamó.

—¿Qué?

—Nada, me acordaba de una cosa. Sigamos.

No era nada, en efecto, o, a lo menos, no gran cosa, según pensaba el aventurero. En el momento en que salieron del patio del palacio de Coligny, Pardaillán, padre, divisó aquel papel a los pies de Bemia clavado en la puerta por la jabalina. Maquinalmente recogió el papel y se lo guardó siguiendo una antigua costumbre.

Continuaron siguiendo la oleada humana que los llevaba hacia el Sena, que debían atravesar para llegar al palacio de Montmorency, pero a la entrada del puente, tuvieron que detenerse. Allí, una multitud de ocho a diez mil furiosos asistía, dando grandes carcajadas, a un espectáculo horrible. En efecto, cada una de las mujeres que antes hemos señalado, vaciaba en el río su cesto lleno de cadáveres infantiles. Luego llegó el turno de los carros que, asimismo, echaron al agua su fúnebre carga. La multitud, al verlo, aplaudía y su alegría se convertía en delirio cuando, entre los cadáveres, había alguno que no estaba muerto, sino tan sólo herido y al verse en el agua trataba de ganar la orilla pidiendo perdón. Entonces lo rechazaban con largas pértigas para que fuera arrastrado por la corriente.

Los Pardaillán quisieron alejarse de aquella terrible visión y con la cabeza ardorosa y el corazón lleno de lástima trataron de franquear el puente.

XLIII - En que los perros de presa se pelearon entre si

NO LO CONSIGUIERON porque, de nuevo, un remolino de gente los mandó en dirección al Louvre, en donde, entre otras escenas macabras, pudieron ver un asesino que bailaba con un cadáver de mujer. Retrocedieron entonces horrorizados por semejante visión y se vieron cogidos por una banda de gente que corría dando terribles alaridos. De pronto, los dos Pardaillán encontráronse a la entrada del Puente de Madera y, por fin, en la orilla izquierda del río.

Así fue como pasaron el Sena.

Entonces se hundieron en el dédalo de callejuelas que conducían al palacio de Montmorency. Iban guiados solamente por el instinto, pues el horror de la matanza, del incendio, el ruido de las armas y los gemidos de las víctimas, los habían aturdido completamente.

De pronto, el viejo Pardaillán cogió a su hijo por el brazo, lo obligó a detenerse y le mostró algo que debía ser espantoso, porque el caballero se estremeció. El viejo, con voz ronca, exclamó:

—Orthés d'Aspremont. Damville debe de estar por aquí.

En aquel mismo momento una mujer hugonote saltó desde una casa vecina, alocada, y casi desnuda, gritando con delirante voz:

—¡Perdón, perdón!

Una docena de asesinos la perseguían.

La mujer, joven y hermosa, fue a parar junto a Orthés, a cuyos pies cayó arrodillada, exclamando con las manos tendidas:

—¡Perdón, perdón! ¡No me matéis!

Espantosa sonrisa contrajo los labios de Orthés. Alzó el látigo y lo descargó sobre la mujer y luego, con voz descompuesta, gritó:

—«Plutón», «Proserpina». ¡Sus, sus!

En el mismo instante dos perros enormes, con la boca llena de sangre, se echaron sobre la mujer; ésta dio un grito de espanto y cayó de espaldas derribada por los dos perros.

Un mordisco de «Plutón» le destrozó el cuello, mientras «Proserpina» arrancó uno de sus senos. Durante algunos segundos los Pardaillán, petrificados de horror, no vieron más que un cuerpo desangrándose por los mordiscos, ni oyeron otra cosa que los sordos gruñidos de los dos perros ocupados en su siniestra tarea. Entonces el caballero, pálido como un muerto y con terrible mirada, avanzó contra Orthés.

Éste divisó a los dos Pardaillán y dio un rugido de alegría: Iba a hacer un gesto, pero no pudo terminarlo porque el caballero lo cogió por la muñeca, la correspondiente a la mano que sostenía el látigo, y Orthés dio entonces un grito de terror; el caballero le arrancó el látigo y continuó sujetando al hombre por la muñeca.

Entonces levantóse el látigo, silbó en el aire y fue a caer sobre Orthés,

marcándole la cara con una línea roja.

Levantóse el látigo otra vez y luego otra, ensangrentando a cada golpe la cara del vizconde que, además del dolor, expresaba terrible e impotente rabia.

Con desesperado esfuerzo se substrajo, por fin, a la presión de la mano del caballero, y con los ojos inyectados en sangre, vociferó a los perros:

—¡Sus, sus! ¡«Plutón», «Proserpina»! ¡Sus!

Los dos perros dejaron los restos sangrientos de la mujer y se levantaron sobre sus patas traseras, dispuestos a precipitarse contra los Pardaillán. De pronto Orthés, profiriendo una blasfemia, cayó al suelo derribado por un perro pastor de pelo rojo y de delgado cuerpo. Era «Pipeau», el amante de «Proserpina», que había seguido a ésta de etapa en etapa.

De un golpe, los dientes de hierro de «Pipeau» penetraron en el cuello de Orthés, que quedó muerto en el acto, al lado de los ensangrentados restos de la mujer.

Los dos Pardaillán no se dieron cuenta de su muerte, pues a la sazón «Proserpina» y «Plutón» habíanse precipitado contra ellos tratando de agarrar la garganta de nuestros dos héroes.

En el mismo instante, «Plutón» cayó hacia atrás con el vientre abierto por la daga del aventurero, y «Proserpina», que se había lanzado contra el caballero, fue cogida por éste y estrangulada en pocos momentos.

Dirigieron entonces a su alrededor terribles miradas sin ver a «Pipeau», que saltaba a su alrededor loco de alegría, pero divisando, en cambio, a los compañeros de Orthés que gritaban contra ellos, pero sin osar aproximarse.

—En marcha —dijo entonces el caballero.

Y en compañía de su padre se internó por una callejuela desierta.

XLIV - Entre el cielo y la tierra

ENTRARON POR LA CALLEJUELA perseguidos por los acólitos de Orthés y la multitud, pero los Pardaillán, iban con la espada desenvainada, blandiéndola en todas direcciones y de vez en cuando, de entre los perseguidores, salía un grito de dolor.

Los Pardaillán iban, pues, avanzando de espaldas y de pronto, a veinte pasos de distancia, oyeron una detonación sorda, seguida por un ruido de una casa que se desplomaba. El aventurero dirigió rápida mirada hacia el lugar de donde partía la explosión y vio que la callejuela desembocaba en una calle más ancha, en la cual había otro grupo numerosísimo rodeando algo que parecía una fortaleza sitiada, la cual había saltado en parte por la fuerza de la explosión.

Ante ellos tenían, pues, la horda furiosa cuyo avance contenían paso a paso, y detrás otra multitud contra la cual iba a ser arrojados.

De pronto se produjo el choque. Los dos grupos se reunieron y los Pardaillán viéronse en medio de las gentes que asaltaban la fortaleza; la calle estaba llena de humo acre, de polvo, de vociferaciones y de disparos de arcabuz; hubo espantosa confusión de jinetes y peatones y se produjo un remolino vertiginoso que arrastró de una parte a otra a los Pardaillán. Repentinamente se abrió ante ellos una gran puerta y se hallaron en una escalera ancha, desmantelada, con las barandillas rotas y algunos escalones destrozados; en una palabra, una escalera que se sostenía por milagro. Empezaron a subir por ella sin saber adónde iban y sin que ninguno de los asaltantes se atreviera a ir en su persecución, porque la insegura escalera estaba a punto de caer.

Llegaron así al extremo superior, que era una estrecha plataforma que debía de ser el último tramo. No había allí nada más que una pared alta, a la cual se adosaba la escalera; un muro que la explosión no había demolido. De un salto, los Pardaillán se encaramaron en la cresta de la pared, que era gruesa, como entonces se construían. Sujetáronse allí sólidamente y en el mismo instante se oyó gran ruido detrás de ellos y los envolvió espesa nube de polvo. Era la escalera que acababa de derrumbarse.

Agarrados allí halláronse entonces aislados entre el cielo, por el que rodaban espesas columnas de humo, y la tierra, de donde subían inmensos clamores de muerte.

El caballero se inclinó mirando hacia abajo, no por la parte de la escalera derrumbada, sino por la otra vertiente del muro. Miró a través de los torbellinos de humo rojo tratando de ver lo que sucedía en el tumulto que a sus pies oía.

De pronto se echó a temblar. ¿Qué había visto? El patio de un palacio. Un patio lleno de escombros y cadáveres. Entre los escombros algunos hombres de armas que trataban de penetrar a través de la puerta desmantelada y en los escalones que conducían a la puerta del palacio tres hombres, espada en mano, que se defendían aún. A la cabeza de los asaltantes había uno más furioso y ardiente que los demás, y entre los tres defensores, un hombre de alta estatura que dirigía al cielo una suprema

mirada, llena de imprecaciones. Pardaillán reconoció a los sitiadores y a los sitiados.

Enrique de Damville mandaba a los primeros, y Francisco iba a sucumbir.

Por fin los dos hermanos se hallaron cara a cara. Aquél era el epílogo del drama de Margency.

—¡Maldición! —rugió el caballero.

Y el viejo Pardaillán, divisando a Luisa desmelenada, al lado de su padre, recordó el rapto, y pensando en que lo que sucedía era por culpa suya, repitió:

—¡Maldición!

XLV - Como en Thérrouanne

ENRIQUE DE MONTMORENCY, mariscal de Damville, habíase echado a la calle al primer toque de rebato de Saint-Germain-L'Auxerrois. Su gente marchaba ordenadamente y sin prisa. Era casi un ejército el que llevaba consigo, porque esperaba que opondrían desesperada resistencia. Habíalo previsto y organizado todo para el ataque del palacio de Montmorency, como si, en vez de éste, hubiérase tratado de una fortaleza.

Había, ante todo, los gentilhombres de su casa en número de veinticinco. Luego trescientos soldados a caballo; detrás de éstos iban tres carros cargados de barriles de pólvora y cerraban la marcha doscientos reitres armados de arcabuces.

Aquella tropa habíase apostado por la noche alrededor de la casa de la calle de Fossés-Montmartre.

Apenas se puso en marcha, cuando el mariscal confió el mando a uno de sus gentilhombres y se alejó acompañado tan sólo por treinta caballeros.

Damville estaba sombrío, no manifestaba la furiosa alegría de otras compañías de asesinos; no daba ningún grito, ni prestaba atención a los arcabuzazos, a las antorchas que iban de una parte a otra, a los aullidos de los asesinos católicos; a los gemidos de las víctimas ni a los tañidos de las campanas, es decir, que toda la visión infernal de la carnicería no lo conmovió.

Su caballo, al avanzar, derribaba todo lo que se oponía a su paso y marchaba en línea recta pisando cadáveres y cuantos obstáculos hallaba.

El pequeño ejército llegó rápidamente al palacio de Mesmes, allí Damville se apeó, se acercó a la puerta de su palacio, y gritó:

—Francisco de Montmorency. ¿Eres tú quien hizo clavar este guante?

Al mismo tiempo señalaba el que estaba clavado en la puerta.

En los alrededores, el tumulto era cada vez mayor. Las antorchas iban de una parte a otra y los gritos eran cada vez más fuertes y temibles. Los treinta caballeros, inmóviles como estatuas, no volvían siquiera la cabeza a todo lo que les rodeaba, atentos en mirar a su jefe. Damville sacó el guante y con voz colérica exclamó:

—¿Dónde estás, Francisco de Montmorency? ¿Por qué no estás aquí cuando alzo tu guante?

En seguida lo arrancó y fue a atarlo al arzón de la silla. Esperó un minuto con los brazos cruzados y por vez última, gritó:

—¡Cobarde! Ya que no estás aquí para sostener tu desafío, yo iré a encontrarte.

Dichas estas palabras montó a caballo y, lanzándose al galope, reunióse a su ejército en el momento en que acababa de franquear el Puente Grande.

* * * * *

El mariscal de Montmorency, apartado de la corte, como ya hemos visto, sospechoso a Guisa, y odiado por la reina madre, ignoraba lo que iba a suceder, y aun cuando lo hubiera sabido, le habría parecido increíble que se atrevieran a atacar a un Montmorency.

En efecto, el mariscal no sólo era el hijo mayor y el heredero directo de su nombre glorioso, el sucesor de aquel condestable Anne que tan buenos servicios había prestado a la monarquía de los Valois y a la Iglesia; no solamente era el jefe del poderoso y más noble señorío que entonces existía, sino que, además, era católico y a las órdenes de su padre había hecho las guerras de religión.

Es verdad que más de una vez levantó su voz en favor de los hugonotes, pero su fidelidad a los Valois fue siempre inquebrantable y ya vimos la actitud que tomó ante Enrique de Navarra.

Cierto era, también, que todos los moderados del reino, aquéllos que querían dejar a los hugonotes libertad de conciencia, lo consideraban como su jefe natural, pero nada había hecho que no pudiera parecer justo y legítimo al mismo rey de Francia.

Francisco de Montmorency, pues, sabía que era sospechoso, pero no se figuraba haber sido señalado a los asesinos.

No obstante, el hecho de haberle cerrado las puertas de París parecía una amenaza directa y le había advertido de que contra él se tramaba alguna cosa, sin que pudiera precisar cuál.

A todo evento, puso su palacio en estado de defensa. Vivían en él una docena de gentilhombres, unos católicos y otros hugonotes; todos buenos servidores de la monarquía, pero que, como él, tenían horror por tantas guerras, y formaban parte de su casa o, si se quiere, de su corte.

El mariscal aumentó hasta cuarenta el número de hombres de armas que tenía y, además, armó a los lacayos, que eran en número de veinte.

Todo ello formaba un total de casi ochenta combatientes. El palacio fue abundantemente provisto de pólvora, balas, mosquetes, pistolas y armas de todas clases, así como las provisiones de boca necesarias para un mes.

Cuando todo estuvo hecho, el mariscal se sintió contento, pero creyendo haber exagerado las precauciones.

La sucesiva desaparición de los dos Pardaillán avivó sus inquietudes y, desde entonces, todas las noches se cerraba las puertas con el mayor cuidado y se establecía guardia permanente.

Durante aquella temporada, la dulce locura de Juana de Piennes fue invariable. Continuaba creyéndose en Margency en los tiempos de su juventud. En cuanto a Luisa, si sufrió por la inexplicable desaparición del caballero, fue imposible adivinarlo, pues su rostro no se alteró; parecía ocuparse únicamente de su madre.

Juana de Piennes sonreía, y Luisa, en cambio, al lado de la pobre loca, dejaba correr sus lágrimas pensando en el caballero desaparecido.

Hacia las dos de la madrugada de la noche del sábado, todo dormía en el palacio, exceptuando los hombres de armas del cuerpo de guardia. El silencio era profundo. Juana de Piennes y Luisa dormían en la misma habitación.

Hacia las diez, el mariscal se había retirado a sus habitaciones, como de costumbre.

Los primeros tañidos de las campanas lo despertaron. Se vistió, púsose una coraza de piel de búfalo, ciñó su espada de guerra, se armó con una daga y abrió una ventana. En el cielo brillaban aun débilmente algunas estrellas. Extraño rumor llegaba de la ciudad acercándose rápidamente a las inmediaciones del palacio. Oíanse también sordas detonaciones, el tañido de las campanas, gritos de furor y quejas desgarradoras.

Durante algunos minutos el mariscal escuchó aquel rumor. Su rostro se puso sombrío y entonces corrió a la habitación en que dormían Juana de Piennes y su hija.

Luisa, desde que oyera la primera campanada, habíase vestido y a la sazón ayudaba a su madre a que hiciera lo propio.

—¿No tienes miedo, hija mía? —preguntó el mariscal.

—No —contestó la joven—. Pero ¿qué sucede? ¿Por qué suenan las campanas y se oyen esos clamores?

—Voy a enterarme. Ponte tu traje de viaje, hija mía, y prepárate a todo.

Francisco estrechó a las dos mujeres entre sus brazos y se lanzó al exterior. Al atravesar la gran sala de la planta baja, oyó, cómo el reloj daba las tres y media.

En el patio halló a sus gentilhombres armados, escuchando el terrible tumulto que crecía cada vez más. Los hombres de armas estaban en su puesto.

—¡Monseñor! —exclamó uno de los gentilhombres, el joven La Tremoille, a quien el viejo duque, su padre, Colocó al lado de Montmorency para que aprendiera, según dijo, a practicar el honor, la valentía y la virtud—. Monseñor, estoy seguro de que los guisardos atacan el Louvre, Es preciso ir a socorrer al rey. ¡Escuchad!, ¡escuchad!, en el Louvre se batan.

El mariscal meneó la cabeza con aire de duda, pues estaba seguro de que si Guisa hubiera intentado algo contra el rey, habría procedido con mayor rapidez y silencio.

—La Tremoille —dijo—, y vos, Saint-Martin, llegaos hasta el Sena.

Los dos jóvenes se lanzaron a la calle. Eran casi las cuatro cuando regresaron, y sin duda lo que habían visto debía ser horrible, porque estaban lívidos y llenos de espanto. Además, habían tenido necesidad de defenderse, sin duda, porque en sus vestidos se veían algunas cuchilladas y Saint-Martin perdía sangre por dos heridas.

—¡Mariscal! —exclamó Saint-Martin—, están asesinando a los hugonotes en masa... están...

Y cayó desvanecido.

—¡Monseñor! —rugió La Tremoille, que era hugonote—. ¡Están matando a mis hermanos en todas partes, en el Louvre, en las casas y en las calles! No distinguen de sexos ni edades, y hombres, mujeres y niños caen muertos por los asesinos. ¡Socorro, Monseñor!

—A ello vamos —dijo Montmorency con terrible acento.

Y mandó, como antaño, cuando partía para Théroouanne, con voz fuerte y potente:

—¡A caballo, señores! ¡Hola! Mi corcel de guerra.

Hubo en el patio rápido tumulto de armas y de caballos.

—Señores —dijo Francisco—. Vamos a intentar lo imposible, llegar al Louvre, penetrar hasta donde está el rey, hablarle y pedirle que mande cesar la matanza. Y si rehúsa... guerra.

—¡Guerra! —rugieron los gentilhombres.

—¡Abrid la puerta! —mandó el mariscal.

El portero corrió hacia ella para obedecer, pero, en aquel momento, extraordinario tumulto invadió la calle: tumulto de reitres, que llegaban corriendo, caballos golpeando con sus cascos las piedras de la calle, choque de armas, blasfemias, relinchos; y todo ello se detuvo ante el palacio, a cuya puerta gritó una voz terrible:

—¡Al asalto!

—¡Demasiado tarde! —exclamó La Tremoille arrancándose los cabellos.

—¡Mi hermano! —exclamó Francisco de Montmorency reconociendo la voz—.

Por fin vamos a encontrarnos cara a cara, como en el bosque de Margency.

Y con voz terrible, que dominó el griterío, exclamó:

—¡Enrique, Enrique! ¡Desgraciado de ti!

Un formidable golpe hizo estremecer la gran puerta maciza.

—¡Pie a tierra! —mandó Montmorency.

Se cumplió la orden y los caballos fueron llevados a las cuadras.

En algunas segundos Francisco dispuso a su gente en orden de batalla. Ante la cerrada puerta los cuarenta hombres de armas en filas de diez en fondo: la primera fila dispuesta a disparar, y las otras tres con las armas preparadas. A izquierda de la puerta se colocaron un grupo de picas, y a la derecha otro grupo. Montmorency vigilaba el conjunto, terciado en mano, desde la entrada del palacio.

Otro golpe terrible resonó fuertemente en la puerta.

—¡Miserable! —aulló la voz de Damville—. Acepto tu desafío. ¿Dónde estás? ¡Quiero abofetearte con mi guante!

—¡Abrid la puerta! —exclamó Montmorency.

A derecha e izquierda los dos grupos de gentilhombres corrieron los pesados cerrojos, atrajeron los macizos batientes de roble de la puerta, y ésta quedó abierta.

Aquella fue una maniobra audaz y sublime, pero también admirablemente razonada, porque los asaltantes, que se esforzaban en hundir la puerta, se quedaron estupefactos al ver que se abría y, al mismo tiempo, inquietos y llenos de temor. Hubo en la calle un retroceso desordenado ante aquella puerta que se abría.

A la sazón, la tranquila voz de Francisco exclamó:

—Primera fila. ¡Fuego!

Los diez arcabuces dispararon y se oyeron, espantosos gritos de dolor. Entre tanto, los diez hombres volvían a cargar sus armas.

—¡Adelante! —gritó Damville.

—Segunda fila. ¡Fuego!

Oyóse de nuevo un trueno, gritos, vociferaciones, insultos y hubo un nuevo retroceso.

—Tercera fila. ¡Fuego!

—Cuarta fila. ¡Fuego!

Las tropas de Damville huían por la callejuela a que habían desembocado los Pardaillán; treinta cadáveres estaban a derecha e izquierda de la puerta y una multitud enorme de reitres, caballeros y gente del pueblo, en gran confusión, gesticulaban y gritaban. Damville echó pie a tierra lívido de rabia, loco de furor y tendiendo el puño cerrado hacia la fortaleza.

—¡Cerrad la puerta! —mandó tranquilamente Montmorency.

Entre tanto, Damville recobró la sangre fría necesaria para organizar el asalto.

Empezó por reorganizar a sus reitres y caballeros, a los que mandó echar pie a tierra; los caballos fueron conducidos a orillas del Sena, cerca del lugar en que atracaba el barco que pasaba de una a otra orilla.

Luego hizo retroceder a izquierda y derecha la gente del pueblo y celebró consejo ante el palacio con algunos de sus gentilhombres. Todo ello duró una hora.

El sol estaba ya bastante alto cuando Damville dio fin a sus disposiciones para un nuevo ataque.

En París, el ruido inmenso del degüello se confundía con el campaneó de las iglesias. Por todos lados Damville oía los gritos de las víctimas perseguidas y asesinadas y las vociferaciones de los asesinos que pasaban como rápidas visiones infernales. A lo lejos, veíase el resplandor de multitud de hogueras, y por todas partes se mataba, se incendiaba y él era el único que no podía hacer ni una cosa ni otra.

Con los labios blancos, el bigote tembloroso y la voz ronca, dio sus órdenes. Persistía en el mismo plan de ataque, es decir, hundir la puerta, pero esta vez, tratando de sorprender a su hermano por la impetuosidad. Observó que el madero de que se había servido era insuficiente.

Entonces construyeron rápidamente una especie de catapulta ante la puerta misma del palacio. Al ariete fueron fijados por medio de una cadena tres enormes yunques que tomaron de una herrería vecina.

Entonces Damville colocó a sus reitres a derecha e izquierda con orden de precipitarse al patio en cuanto estuviera franco el paso.

A la sazón, eran ya más de las doce de la mañana, porque la instalación de la catapulta requirió algunas horas. Reinó entonces relativo silencio en la calle, y Damville, dirigiendo una mirada a su alrededor, vio que todos estaban en su puesto.

Dio entonces la señal de ataque levantando el brazo. Diez hombre cogieron el ariete suspendido por dos cadenas de lo alto de la catapulta, lo alejaron tanto como les fue posible de la puerta y de pronto, dando un violento empujón, lo soltaron.

La maza de hierro y madera se lanzó con violencia contra la puerta. Los reitres hicieron un movimiento como para penetrar en la casa y se oyó un enorme chasquido.

Pero los gentilhombres y los reitres profirieron una maldición al observar que la puerta había resistido.

Habíase rajado y dislocado, pero no hundido. La sorpresa, combinada con tanto trabajo, abortaba miserablemente. Damville mordíase los puños de rabia y comprendió que en el interior habían levantado una barricada, mientras él estaba combinando el ataque.

—¡Oh! —exclamó—. Venceré aun cuando deba pasarme un mes ante esta casa, y aunque me sea preciso incendiar la calle entera.

De pronto, una idea cruzó su cerebro y gritó:

—¡Orthés!

—El vizconde pasea sus perros, porque tenían hambre —contestó uno de sus hombres.

La sonrisa de Damville probó que había comprendido la broma.

—¡Sauval! —llamó entonces.

El hombre así nombrado acudió. Era el que tenía a su cuidado las pólvoras.

—Aquí —dijo el mariscal— un barril. Y allí otro.

La maniobra fue ejecutada enseguida, y encendieron la mecha de los barriles.

Luego se retiraron todos a cierta distancia.

Veinte segundos más tarde resonó la explosión; una doble llamarada se elevó hacia el cielo, la puerta se hundió, se dislocaron las barricadas que la apuntalaban y el paso estuvo libre. Los reitres, dando gritos de alegría, se precipitaron al patio del palacio de Montmorency.

Entraron como una banda de lobos. Algunos arcabuzazos los acogieron, pero como a la sazón tenían ya el impulso, nada pudo detenerlos.

En el patio empezó entonces el combate cuerpo a cuerpo. Calláronse los arcabuces y las pistolas descargadas empezaron a batirse con las dagas, espadas y picas.

Los hombres de Montmorency, apiñados en compacto grupo, resistían a los asaltantes guardando feroz silencio; los de Damville, en cambio, vociferaban; en la calle, las gentes procedentes de todas partes, querían entrar y matar.

Los soldados de Damville, ebrios de furor y profiriendo blasfemias, insultos e imprecaciones, giraban alrededor del pelotón que se defendía ferozmente.

Montmorency buscaba con los ojos a Damville, pero no le veía, pues éste esperaba el momento propicio.

El terciado de Francisco agitábase sin cesar y cada vez que la hoja silbaba en el

aire, caía un hombre.

Alrededor de Montmorency había una quincena de cuerpos amontonados, muertos o heridos, que constituían una trinchera de carne humana, de la que corrían arroyuelos de sangre.

Vióse entonces como en Théroouanne. Como allí hería sin descanso, casi solo, ante los enemigos que se multiplicaban.

Y tuvo la intuición de que como en la barricada de Théroouanne, iba a caer también. Y la ilusión fue tan fuerte que, como lo hiciera entonces, exclamó:

—¡Adiós, Juana, adiós!

En. aquel momento dio un grito, pues, dirigiendo una rápida mirada a su alrededor, desvaneciósese la ilusión y vio que se hallaba en el palacio de Montmorency.

Y he aquí lo que vio.

Sus gentes, reducidas a la mitad, habíanse refugiado al pie de los escalones que daban acceso al edificio.

Mientras los reitres atacaban a aquel puñado de hombres, Damville reunió cien de sus caballeros en la parte izquierda del patio del palacio y los lanzó como ariete viviente sobre el grupo, de defensores.

Su masa llegó allí con la consistencia de un bloque. Entonces las gentes de Montmorency fueron arrojadas hacia el edificio de la derecha y Francisco vióse rodeado tan sólo por unos diez combatientes.

En compañía de ellos, subió los escalones que conducían a su palacio y todos los restantes, en número de treinta, viéronse acorralados contra la parte derecha del patio.

Transcurrieron algunos segundos. De pronto, resonó clamor inmenso y Montmorency vio que a su alrededor sólo quedaban siete u ocho hombres. El patio entero estaba ya en manos de la gente de Damville; los desgraciados que fueron acorralados hacia el edificio de la derecha, habíanse precipitado por las dos puertas que se abrían sobre el patio y formaron una barricada en su interior.

En aquel mismo momento resonó una detonación formidable; el edificio de la derecha se desmoronó casi por entero, enterrando bajo sus escombros a sus defensores.

Un teniente de Damville había hecho saltar el edificio. Ya no quedaba más que el muro que rodeaba el patio y éste resquebrajado por muchos lados y en otros, desmoronado.

—Es necesario morir aquí —dijo Montmorency con tranquilidad asombrosa.

Y cuando dirigió hacia atrás una rápida mirada, vio a su hija corriendo con una daga en la mano.

—¡Padre! —exclamó—. ¡Vais a ver cómo sabe morir una Montmorency!

—¡Tu madre! —gritó Francisco dando un terrible mandoble que hizo retroceder a sus enemigos.

Luisa se quedó indecisa. ¡Su madre! ¡Era necesario vivir para ella!

En aquel instante, Francisco de Montmorency, lívido cubierto de sangre y

espantoso de ver, dio un grito de alegría terrible.

—¡Tú! ¡Tú, por fin!

Ante él estaba Damville.

XLVI - Los titanes

EN UNA DE AQUELLAS RÁPIDAS MIRADAS de la duración de un relámpago, he aquí lo que vio Francisco de Montmorency.

Él se hallaba en el umbral de la puerta principal con el terciado en las manos. Detrás su hija y en el fondo de la sala, y en un sillón, Juana de Piennes, sonriendo al contemplar aquellas horrorosas escenas. Al lado de Francisco, dos hombres vivos aún.

A pocos pasos, Damville, su hermano, dirigiéndole una mirada de odio y acercándose espada en mano, gritando:

—¡Paso, paso, éste es para mí!

Detrás de Damville, gran número de hombres de armas, cuatrocientos tigres, exclamaban:

—¡A muerte, a muerte!

En medio de aquella muchedumbre, un carro cargado de barriles de pólvora que acababa de entrar, y más allá estaba la puerta del palacio desmantelada y abierta de par en par.

Por ella se veía que la calle estaba llena de gente que también gritaba salvajemente:

—¡A muerte! ¡A muerte!

He aquí lo que Montmorency vio y oyó en aquel inapreciable espacio de tiempo, durante el cual, Damville, apartando sus hombres de armas, decía:

—¡Paso! ¡Éste es para mí!

En el mismo instante los dos hermanos se hallaron uno ante otro. Los dos hombres, que habían sobrevivido a la matanza y que estaban al lado de Montmorency, cayeron. Damville hizo un gesto que detuvo las armas levantadas sobre Francisco y gritó:

—¡Vivo! ¡Quiero cogerlo vivo!

Francisco levantó su terciado y con furia lo dejó caer con intento de herir a Damville, pero éste dio un salto atrás y el arma chocó con una grada de mármol y se rompió.

—¡Maldición! —exclamó Montmorency dirigiendo al cielo una mirada de cólera.

—¡Francisco, vas a morir a mis manos! —exclamó Damville—. ¡Adiós, recuerda que me confiaste a Juana de Piennes! ¡Muere tranquilo, que cuidaré de ella!

Y al mismo tiempo precipitóse contra Francisco, que estaba desarmado.

Éste, con un trozo del terciado que aún tenía en la mano, paró el golpe que su hermano le dirigía. En el mismo instante, entró en la sala de honor, y abrazando frenéticamente a su mujer, exclamó:

—¡Ni Juana, ni Luisa, ni yo! ¡No podrás apoderarte de ninguno de nosotros!

Arrancó la daga de las manos de su hija y la levantó sobre Juana de Piennes.

—¡Muramos, muramos juntos! ¡Adiós!

En aquel instante, oyóse un clamor espantoso de maldiciones y ayes desgarradores mezclado con el ruido sordo de alguna cosa que se desploma.

El brazo de Montmorency que se disponía a herir a Juana y a Luisa, quedó inmóvil. Miró hacia la puerta y vio que Damville no había entrado en la sala de honor, sino que por el contrario, habíase alejado profiriendo un grito de rabia y huía hacia la calle.

Los reitres escapaban también apresuradamente, tropezando unos con otros para salir más pronto.

¿Qué sucedía?

Rápidamente y sintiendo que la esperanza renacía en su corazón, Montmorency salió al patio.

He aquí lo que pasaba:

Desde lo alto del muro, que permanecía aún en pie, resto del edificio que había volado, desde lo alto de aquel muro, repetimos, había caído un bloque de piedra aplastando a tres o cuatro hombres. ¿Era un accidente? De ningún modo, pues al levantar la cabeza, todos descubrieron, a través de los torbellinos de humo, a dos seres extraños que estaban instalados tranquilamente en la cresta de la pared, ocupados en descalzar las piedras y dejarlas caer sobre los hombres de armas que llenaban el patio. Las piedras caían sin cesar y lanzadas con tal tino, que siempre hacían una o más víctimas.

Tal peligro originó un tumulto indescriptible, pues nadie podía luchar contra aquel muro convertido en catapulta y todos los hombres de armas precipitáronse alocados hacia la puerta para salir lo antes posible. A su espalda quedaban los heridos y muertos por aquellas nuevas armas. Y en lo alto, sobre el maldito muro, dos hombres rodeados de humo y de polvo, negros, con los vestidos desgarrados y terribles, los dos Pardaillán, estaban riéndose con toda su alma.

El muro sobre el cual se hallaban dominaba el edificio central, es decir, que se hallaban a mayor altura que la del tejado que cobijaba en aquel momento al mariscal de Montmorency, a Juana de Piennes y a Luisa. Hubiérales sido fácil saltar sobre aquel tejado, atravesar el primer tragaluz y entrar en el granero, y ésta fue la idea del aventurero en cuanto se dieron cuenta de que se hallaban en el palacio de Montmorency.

El caballero por toda respuesta mostró a su padre al mariscal que estaba entonces defendiéndose de sus enemigos, con sólo dos hombres más, y detrás de él estaba Luisa. Entonces dijo:

—¡Si ella muere, me echaré al patio de cabeza!

—¡Maldición! —exclamó el viejo—. Después de haber resistido a París entero, después de haber escapado de tantos peligros y a los demonios que recorren la ciudad, es una lástima venir a matarte aquí.

Y cruzándose de brazos, dio una fuerte patada.

Entonces acabó de desprenderse una piedra que se sostenía en equilibrio y cayó al patio. Abajo se oyó un grito de asombro, de rabia y de terror.

—¡Caramba! —exclamó el aventurero—. Parece que esto aplasta.

—¡Manos a la obra! —dijo el caballero.

E inclinándose, los dos atacaron con sus dagas otro bloque de piedra. Apalancaron con ellas y con un empujón echaron el bloque abajo, en donde aplastó a tres hombres.

Entonces cada uno empezó a trabajar por su lado. La lluvia de piedras empezó a caer y los dos hombres iban derribando, paulatinamente, el muro. Empezaban uno por un extremo y otro por el opuesto, y a medida que lanzaban un bloque al espacio, avanzaban. Andaban por la cresta de la pared con tanta seguridad como en terreno llano, a pesar de que el menor paso en falso los hubiera hecho caer, pero no se fijaban en tal detalle. Al reunirse, miraron hacia abajo y vieron que no había nadie en el patio.

—¡Vaya un modo de bajar, caballero! —exclamó el viejo.

—¡Y muy cómodo!

—¡Vaya! Descalcemos algunas piedrecitas más.

Se reían; estaban negros de humo y de polvo. Sus ojos brillaban y las manos estaban llenas de sangre.

Sonó un arcabuzazo y la bala hizo caer el birrete del caballero.

—¡Conste que no os saludo! —gritó éste.

Los arcabuzazos se sucedían sin cesar; las balas silbaban alrededor de nuestros dos héroes; en la calle les apuntaban, tal vez doscientos reitres, mientras la muchedumbre profería amenazas de muerte.

Entonces el aventurero, andando por la cresta del muro se acercó a la calle.

—¡Poned en fila las cabezas! —gritó.

Levantó en sus brazos una piedra de respetable tamaño y la lanzó con todo su vigor.

—¡Paso, señor! —dijo el caballero.

Y a su vez avanzó, mientras el viejo se echaba sobre la cresta para dejarlo pasar.

La piedra del caballero trazó una curva en el espacio, cayó y saltó entre la gente que gritaba asustada.

—Me parece que he aplastado a una docena —dijo fríamente el caballero.

—¡Cuatro más que yo! Quiero tomar mi desquite —gritó el aventurero.

En efecto, mientras su hijo lanzaba una piedra, él había descalzado otra, y luego levantándose a su vez, la arrojó contra los asaltantes produciendo gran mortandad entre ellos.

Durante tres minutos prosiguieron el ataque y, como antes hicieran con el patio, desalojaron la calle.

Damville, antes de marcharse cogióse la cabeza con las manos, y los que le

rodeaban vieron que lloraba de rabia y desesperación.

Entonces los dos Pardaillán, viendo la calle y el patio libres, saltaron sobre el tejado de la casa del portero, y de allí al patio; miráronse y no se reconocieron, pues sus rostros estaban negros y ensangrentados.

Saltando por encima de los cadáveres y escombros, atravesaron el patio y subiendo los escalones de la entrada, llegaron a la gran sala de honor del palacio de Montmorency.

El caballero, que iba delante, se sintió cogido por dos vigorosos brazos y oprimido sobre un ancho pecho; y el mariscal de Montmorency, besándole cariñosamente, decía:

—¡Hijo mío!

Pardaillán, entonces, miró a su alrededor y vio a Juana de Piennes que, indiferente, sonreía; vio a Francisco de Montmorency que lloraba y a Luisa, pálida en extremo, que lo miraba enamorada y expresando al mismo tiempo admiración sin límites.

El caballero, conmovido en extremo, balbució:

—¡Vuestro hijo! ¡Oh! No quisiera equivocarme con el sentido de esta palabra. Mariscal de Montmorency, ¿vos me llamáis vuestro hijo? ¿A mí?

El mariscal comprendió la angustia que llenaba el corazón del joven y, volviéndose a su hija, le dijo:

—Contesta, Luisa.

La joven se puso muy pálida y sus ojos se llenaron de lágrimas. Luego abrió los labios y, con voz que temblaba ligeramente, le dijo:

—¡Esposo mío! Sé bienvenido a la casa de mis padres y, por lo tanto, a la tuya.

El caballero se tambaleó; cayó de rodillas e inclinándose tomó una de las manos de Luisa y se echó a llorar.

—¡Pardiez! —exclamó el aventurero—. Ya te lo, dije que sería tuya. La has conquistado con tu espada.

Pero Luisa movió negativamente la cabeza y murmuró:

—No, ya lo amaba antes. Cuando lo vi a través de la ventanita del granero, conquistó mi corazón.

¡Cuán lentas son las palabras! ¿De qué sirven las descripciones en tales momentos?

En la intensa emoción que los hacía palpar, aquella escena no duró más que algunos segundos. Fue una explosión de amor con el marco trágico del palacio humeante, en ruinas y con el sordo rumor de muerte que llenaba París. Entonces celebróse la reunión de aquellas dos almas que desde tiempo atrás estaban destinadas una a otra.

Luisa, separándose del caballero, fue hacia el aventurero, le rodeó el cuello con los brazos y exclamó:

—¡Padre!

El aventurero sintióse sobrecogido por extraño temblor, y conteniendo a duras penas sus sollozos, cogió a Luisa en sus brazos y la levantó gritando:

—¡Vive Dios! ¡Qué hermosa hija tengo! ¿No sabéis, querida mía, que en vuestra infancia os llevé en mis brazos y que durante dos horas dormisteis en la misma cama que...?

Un ruido procedente de la calle le impidió continuar.

Los dos Pardaillán dirigiéronse alarmados hacia la puerta.

—¡Alerta! —gritó el viejo.

—¡Oh! —exclamó el caballero—. Lo que es ahora nadie me da miedo.

Junto a la puerta desmantelada del palacio, veíase a los tigres de Damville sintiendo odio y miedo por sus defensores.

—¡Vete! —dijo el aventurero a su hijo—. Me encargo de entretenerlos durante algunos minutos. ¡Vete, por Cristo vivo!

El caballero se acercó al mariscal, mientras su padre íbase hacia la puerta.

—Mariscal ¿qué hay por esta parte? —preguntó.

—Los jardines, hijo mío.

—¿Y más allá?

—Algunas callejuelas que dan al Sena.

—¿Podemos disponer de algún carruaje?

—De una silla de postas.

—¡En marcha! —gritó entonces el caballero.

—Id, que yo ya me reuniré con vosotros —exclamó el aventurero.

Él mariscal cogió a Juana Piennes en sus brazos y el caballero hizo lo propio con Luisa, que apoyó su linda cabeza en el hombro de su prometido. Un instante después estaban en los jardines. Penetrar en la cochera, arrastrar un coche cerrado que había en ella y enganchar dos caballos, fue para los dos hombres cuestión de un par de minutos. Juana de Piennes y su hija fueron echadas sobre las banquetas.

—¡Guiad, señor mariscal! —ordenó Pardaillán.

El mariscal saltó sobre uno de los caballos, en tanto que el caballero iba a la cuadra, sacaba un caballo, al que no se tomó la molestia de ensillar, pues se limitó a ponerle el bocado y la brida, entregando ésta última al mariscal, al que dijo:

—Abrid la puerta y esperadnos.

El caballero, el pobre paria, daba órdenes que Francisco de Montmorency, mariscal de Francia, obedecía.

El carruaje atravesó el jardín y luego la puerta que el mariscal había abierto.

Entre tanto el caballero se precipitó a la sala de honor y desde allí vio que en el patio del palacio estaban las gentes de Damville disponiéndose a volver a la carga profiriendo espantosas amenazas y encolerizadas voces.

—¡Padre, padre! —gritó el caballero al entrar.

En el instante en que iba a poner el pie en la sala que debía atravesar para llegar al patio interior del palacio, prodújose una explosión terrible que, por un momento,

ahogó las campanadas y disparos de la ciudad.

La tierra se estremeció, una llama de color escarlata subió a grandísima altura y luego se replegó sobre sí misma como un telón que cae. Una nube de humo opaco cubrió aquella espantosa escena. El palacio de Montmorency vaciló, se rajó y, por fin, se desplomó con fragor horroroso.

La violenta sacudida del aire lanzó al caballero a diez pasos de distancia, pero éste, con extraordinario esfuerzo, consiguió no caer.

Y este retroceso fue el que lo salvó, a su pesar, pues la lluvia de piedras no lo alcanzó.

En aquel terrible segundo, en que luchó contra el huracán desencadenado por la explosión, se abrió ante sus ojos un estrecho paso erizado de vigas calcinadas, piedras, trozos de estuco, de pared destruida, y, en fin, todo lo que quedaba del viejo palacio de Montmorency.

Entonces el incendio, originado por la explosión, acabó la obra devastadora.

—¡Padre, padre! —exclamó el aventurero—. ¿Dónde está mi padre?

¿Dónde estaría el aventurero? ¿Qué hacía? ¿Acaso sus miembros calcinados estaban enterrados bajo los escombros del palacio?

He aquí lo sucedido:

Mientras el caballero arrastraba a Montmorency, a Juana de Piennes y a su hija hacia los jardines, el viejo Pardaillán había salido al patio, gritando:

—Voy a entretenerlos durante un par de minutos.

El aventurero estaba, a la sazón, muy tranquilo, tal vez por haber llegado a los últimos límites de la exaltación, y con la mayor sangre fría dijo:

—Parece mentira lo que me intriga este papel.

Y no queriendo pasar ya más tiempo sin mirarlo, sacó del bolsillo el que recogiera a los pies del cadáver de Bemia. Lo desdobló y leyó rápidamente:

Salvoconducto para cualquier puerta de París, valedero hoy 23 de agosto y los tres días siguientes.

Dejad pasar al portador de la presente y a las personas que lo acompañen.

Servicio del Rey

Firmaba Carlos, rey. El sello con las armas de Francia formaba una mancha roja en la esquina.

El aventurero dio un suspiro de alegría. Por fin se había enterado del contenido del papel y guardándolo en su bolsillo, murmuró:

—¡Caramba! Aquel buen señor cuyo nombre ignoro y que murió atravesado por la jabalina, era un hombre precioso.

Bajó despacio los escalones que conducían al patio y, él parecer, sin fijarse en las gentes de Damville. Dirigióse al carro cargado de pólvora que habían dejado en el

patio y que contenía unos veinte barriles y empezó a descargarlos.

En aquel momento resonó un arcabuzazo; uno de los reitres acababa de disparar sobre él, pero sin tocarlo.

—Es una lástima no haber leído antes este papel —murmuró el aventurero sin hacer caso de la detonación—. ¿Cómo lo haré llegar ahora a manos de mi hijo?

Y continuó su tarea sin apresuramiento y aparentemente sin gran empleo de fuerza.

Uno después de otro iba transportando los barriles a la sala de honor. Por momentos aumentaba el número de enemigos, pero los reitres no se atrevían a entrar en el patio, preguntándose qué nueva catástrofe se abatiría sobre ellos en cuanto pusieran allí los pies; sólo cada vez que el aventurero se mostraba, le disparaban algunos arcabuzazos. Por fin, como el patio estaba lleno de cadáveres, para evitar los efectos de las descargas de sus enemigos, cogió un reitre muerto y se cubrió con él para acercarse al carro.

El viejo Pardaillán había transportado su décimo- sexto barril. Colocábalos metódicamente en la sala de honor después de haber desfondado uno y derramado la pólvora en el largo de unos quince pasos.

Inundado de sudor, reapareció a la puerta del palacio para ir en busca del barril decimoséptimo. Y entonces vio el patio lleno de gentes que se precipitaban hacia él.

—Es lástima que queden aún cuatro barriles —exclamó—. Pero en fin, ya bastarán los dieciséis que tengo. ¡Adiós Luisa, adiós hijo mío! ¡Pensad en mí alguna vez!

Sacó la pistola que llevaba en el cinto y en el momento en que sus enemigos invadían la sala de honor, murmuró:

—Creo, amigos, que entre vosotros y el caballero voy a levantar una barricada excelente.

E hizo fuego sobre el reguero de pólvora.

En el mismo instante oyó la voz de su hijo que lo llamaba.

—¡Animal! —gritó el aventurero—. Nunca quiere hacer caso de mis consejos. ¡Atrás! ¡Huye, por Cristo vivo!

Las gentes de Damville, al ver los barriles de pólvora y el reguero que prendía fuego rápidamente, trataron de huir profiriendo salvajes imprecaciones, pero ya era demasiado tarde.

Resonó la explosión y el palacio se hundió con espantoso fragor, enterrando doscientos asaltantes bajo sus escombros humeantes.

Damville tuvo tiempo de huir y ya en la calle, loco de rabia y lívido de espanto, observó la completa destrucción del resto de su ejército de quinientos reitres, gentilhombres y guardias, que habían sido derrotados, en suma, solamente por dos hombres.

Cuando ya del palacio sólo quedaron ruinas humeantes y cadáveres aplastados, la muchedumbre de gentes furiosas que rodeaban a Damville oyeron cómo éste soltaba

una blasfemia. Luego se desvaneció.

Al volver en sí, Damville contempló aquellas ruinas con la desesperación de la venganza no lograda, pero, no obstante, servíale de consuelo el pensar que, sin duda alguna, todos habían perecido en la explosión: su hermano, los dos Pardaillán y Juana de Piennes. Lamentaba esta última muerte, pero la prefería a ver a Juana en brazos de Francisco.

A su alrededor estaban una quincena de caballeros que acababan de llegar: era Maurevert, escoltado por algunos sicarios. En la calle había enorme multitud y a lo lejos se extendía París, terrible y humeante, y convertido en la ciudad del horror y del espanto.

Damville y los suyos, así como las gentes que los rodeaban, profirieron, de pronto, un rugido de rabia al observar que entre las ruinas humeantes, saltando de uno a otro escombros, aparecía un hombre con los cabellos medio quemados, el vestido destrozado y los ojos abiertos desmesuradamente. Aquel hombre era el caballero de Pardaillán, que exclamaba:

—¡Padre! ¡Señor de Pardaillán! ¿Dónde estáis?

—¡Aquí, por los cuernos del diablo!

El caballero, al oírlo, precipitóse al lugar de donde había salido la voz, y bajo un montón de vigas vio entonces a su padre que, haciendo sobrehumano esfuerzo, sostenía con sus miembros el peso enorme de los escombros que sobre él gravitaban. Estaba lívido y su respiración corta parecía más bien el estertor de la agonía. Al ver a su hijo, sonrió.

—Heme aquí, padre. No será nada. ¡Valor! Bueno; ahora ya no queda más que esta viga. ¡Oh! Tenéis la pierna rota. ¡Valor, valor!

Delirante y con la voz temblorosa, el caballero iba apartando los escombros.

—Nunca... has querido... escucharme... Te ordené... huir...

El caballero cogió a su padre entre sus brazos y lo levantó.

—¡Padre! ¿Sólo tenéis la pierna rota? Sí, ya veo que no tenéis ninguna otra herida.

—Tengo... dos o tres costillas rotas, según creo. Pero déjame... vete..., obedéceme una vez.

El aventurero tenía el pecho aplastado.

Al decir las últimas palabras perdió el conocimiento y un sollozo salió del pecho del caballero, que, cogiendo el viejo entre sus brazos, se puso en marcha.

Entonces, entre los escombros, apareció a la multitud tal como debió ser Eneas al llevar en hombros a su padre Anquises, a través de las ruinas humeantes de Troya vencida.

La muchedumbre, llena de furor, invadió los escombros de lo que había sido el patio de honor.

El caballero de Pardaillán se volvió llevando a su padre en brazos y tal vez el rostro de aquel hijo que se llevaba a su padre, tenía algo de sobrehumano o apareció a

sus enemigos como uno de aquellos seres fabulosos cuya mirada petrificaba a los hombres, porque la multitud se detuvo, retrocedió y algunos de ellos llegaron a descubrirse respetuosamente.

Un momento después el caballero, llevando a su padre, acabó de franquear las ruinas, llegó a los jardines y, haciendo un último esfuerzo, dejó al aventurero agonizante en la silla de posta entre Juana de Piennes y su hija.

Entonces cogió una espada, montó en el caballo sin silla, cuya brida sostenía el mariscal, y precediendo al carruaje, dirigióse a la vecina puerta de París.

Una vez en el coche, el aventurero, sacudido por el traqueteo, recobró el sentido, y entonces buscó en uno de sus bolsillos y sacó un papel arrugado que tendió a Luisa.

XLVII - La última etapa

SERÍAN LAS SIETE DE LA TARDE. El sol descendía hacia el horizonte y sus rayos oblicuos teñían de púrpura el humo que invadía la ciudad. En las calles, en las encrucijadas y también en las casas, seguía matando. La espantosa carnicería tomaba las proporciones trágicas de algún cataclismo causado por un meteoro. El deseo de matar era ya salvaje. Después de los hugonotes, empezaron a matar judíos. Luego a los católicos sospechosos y, por fin, a los que no querían matar. Empezó por todas partes un pillaje desenfrenado. En la mayoría de las casas oíanse los clamores de las mujeres y las jóvenes violadas, los gritos de los niños pidiendo perdón y los aullidos de los asesinos ebrios de sangre. En las calles, grupos delirantes pasaban corriendo entrechocándose, disgregándose y uniéndose de nuevo, pero siempre gritando:

—¡Viva la misa! ¡Mueran los hugonotes!

Esto duraba desde las tres de la madrugada de aquel domingo de agosto y debía durar aún varios días más.

Pardaillán, espada en mano, atravesó a caballo todos aquellos horrores sin ver ni oír nada, ocupada su mente con una sola idea: llegar a una puerta de París y salir de aquel Infierno. ¿Cómo lo lograría? No lo sabía aún.

Todas aquellas hordas sangrientas, aquellas víctimas que saltaban, aquellas hogueras e incendios, aquellas oleadas humanas que promovían tan gran ruido, se le aparecían como envueltas en una niebla roja, como las sombras de una fantasmagoría.

Únicamente cuando un grupo se formaba ante él, se precipitaba al galope con la espada levantada y los ojos despidiendo llamas, atravesaba el obstáculo como una bala, seguido siempre por la silla de posta y dejando a su espalda un reguero de maldiciones y amenazas.

Corrieron algún rato perseguidos por algunos disparos de arcabuz y, por fin, llegaron a un puente interceptado por los cadáveres. Pasáronlo a costa de grandes esfuerzos, seguidos por algunos rabiosos que querían atacarlos.

Al salir del puente, el trote de los caballos se convirtió en galope, y Pardaillán, identificado con su caballo, pasó como una racha de huracán, y enfiló la primera calle que se le presentó, siempre acompañado por terribles amenazas. No sabía dónde estaban ni adónde iban, pero seguía en línea recta. Hundía el océano humano y ante él retrocedían, a derecha e izquierda, como si la multitud hubiera visto el caballo del Apocalipsis.

De pronto se detuvo ante una puerta guardada por veinte soldados al mando de un oficial. Pardaillán precipitóse hacia este último, exclamando:

—¡Abrid!

—¡No se sale!

—¡Maldición! ¡Abre, o...!

Entonces saltó Luisa del interior del coche, presentó un papel al oficial y volvió a la silla de posta.

El oficial miró asombrado a Pardaillán y luego dijo:

—¡Abrid la puerta! ¡Mensajeros del rey! ¡Guardias, haced retroceder al pueblo!

Y entre el coche y las gentes que se precipitaban a él para destrozarlo, se interpusieron los guardias apuntando sus arcabuces.

—¡Atrás! —gritó el sargento—. ¡Son mensajeros del rey!

Al oírlo, las gentes retrocedieron.

—¡Mensajeros del rey! —repitió burlonamente el aventurero incorporándose débilmente en el coche.

—¡Mensajeros del rey! —murmuró Pardaillán sin comprenderlo.

De pronto la puerta fue abierta y bajado el puente, y el caballero, seguido por el coche, lo atravesó y se hallaron fuera de París.

Y cuando acababan de franquear la puerta y ésta empezaba a cerrarse, llegaba una quincena de caballeros llenos de furor montados en caballos llenos de espuma, con los ijares destrozados por las espuelas.

Eran Damville y Maurevert que acudían jadeantes.

—¡Abrid, abrid! ¡Son hugonotes! —exclamó el mariscal.

—Son mensajeros del rey —contestó el oficial—. He aquí la orden.

—¡Abre! —rugió Damville—. Abre, o por la sangre de Cristo...

—¡Preparen! —gritó el oficial a sus guardias.

Damville retrocedió. Entonces adelantóse Maurevert con un papel en la mano.

—¡Mensajero de la reina! —gritó—. ¡Abrid, oficial!

—Pasad, caballero, pero vos solo. ¡Atrás los demás!

Y Maurevert franqueó la puerta, mientras Damville levantaba los puños al cielo profiriendo una blasfemia.

* * * * *

Maurevert no había mentido. Era, en efecto, mensajero de la reina Catalina de Médicis. Después de haber buscado a los Pardaillán por todas partes en que creía poder hallarlos, marchó al Louvre y fue introducido enseguida en el oratorio, en donde halló a la reina arrodillada al pie del Cristo de plata.

—Ya veis —dijo Catalina levantándose—. Estoy rezando por el alma de todos los que mueren hoy.

—¿También rogáis por éste, señora? —contestó Maurevert olvidando la jerarquía y la etiqueta.

Y echó sobre la mesa la cabeza de Coligny.

Catalina miró tranquilamente la cabeza del almirante y sonrió. Luego preguntó:

—¿Y Bemía?

—Ha muerto.

—Maurevert, llevad esta cabeza a Roma y relatad lo que hacemos aquí.

—Parto al instante.

—He aquí la orden para que podáis salir. Aquí tenéis oro. Corred, no os entretengáis. Corred, pues no hay un instante que perder.

Maurevert partió. Ató la cabeza de Coligny al arzón de la silla del caballo. Partió soñando con hacer fortuna en Roma y luego volver a Francia y matar a los Pardaillán. Atravesó el Sena y cuando llegaba a la puerta del arrabal de Grenelle, pasaron por su lado algunos hombres de armas, como si huyeran. Los reconoció enseguida. Eran los de Damville.

Dirigióse entonces hacia el palacio de Montmorency e impotente y ebrio de furor asistió a la épica retirada de Pardaillán. Luego reunió algunos caballeros, y reanimando a Damville, dio vuelta a aquella fortaleza y siguieron las huellas de la silla de posta que corría velozmente.

Maurevert, por fin, franqueó la misma puerta que Pardaillán y, al mismo tiempo que el primero, salió un ser que nadie pensó en detener, pues no era más que un perro.

Fuera de la puerta, Maurevert se detuvo un instante. ¿Por dónde habrían huido? ¡Oh! Ya los encontraría, pues estaba dispuesto a seguirlos hasta el infierno.

De pronto, observó al perro que, con su olfato, iba siguiendo las huellas de su amo y echó tras él, convencido de que, finalmente, alcanzaría a los fugitivos.

* * * * *

Una vez fuera de París, Pardaillán dirigió su caballo en línea recta. La silla de posta lo seguía. Atravesaron una llanura, subieron una colina y luego cruzaron campos ya segados. En uno de ellos, un hombre, apoyado en la guadaña, interrumpió su trabajo para contemplar con asombro la ciudad que aparecía a lo lejos envuelta en un crepúsculo rojo.

Pardaillán pasó al lado del campesino sin verlo.

—¡Eh, señor! —gritó éste, cuando Maurevert paso a su lado—. ¿Qué sucede en la ciudad? ¡Dios mío! ¡Qué gritos! ¡Qué campanadas! ¡Cuántos fuegos! ¿Se celebra alguna fiesta?

—¡La fiesta de San Bartolomé! —exclamó burlonamente Maurevert.

En lo alto de la colina, Pardaillán se detuvo y echó pie a tierra, y Montmorency hizo lo propio.

¿En dónde estaban? En lo alto de la colina de Montmartre. ¿Qué hora sería? El sol hundíase entonces en el horizonte rodeado de nubes rojas y encima de sus cabezas se extendía la inmensidad de un hermoso cielo límpido por el que transcurrían mansamente algunas nubes rosadas.

Dirigieron una mirada hacia la ciudad y a través del humo que de ella salía, veíase el resplandor de las llamaradas. Llegaba a ellos un ruido sordo, inextinguible, de

centenares y millares de gritos, gemidos, vociferaciones, amenazas, súplicas, aullidos y cuantas exclamaciones es capaz de proferir la garganta humana, cuando el hombre es presa del terror o del furor. Oíase también el incesante doblar de las campanas, y sobreponiéndose a todos estos ruidos, el de las explosiones y disparos de armas de fuego.

He aquí lo que vieron y oyeron Pardaillán y Montmorency desde lo alto de la colina. Viéronlo con una mirada que tuvo la duración de un relámpago, más aún cuando hubieran debido vivir mil años, nunca habrían dejado de recordar tan horrible espectáculo, como nunca podrá olvidar la humanidad tan espantosos horrores.

* * * * *

Una vez que Pardaillán se hubo convencido de que ya no eran perseguidos, abrió la portezuela de la silla de posta y Luisa bajó. Juana de Piennes permaneció quieta, sonriendo e indiferente a todos los horrores que acababa de atravesar.

El caballero tomó entonces a su padre en brazos, y con infinitas precauciones lo extendió sobre la hierba. Estaba persuadido aún que el aventurero sólo tenía heridas las piernas. Inclínose sobre su rostro cubierto de contusiones, cruzado de arañazos sangrientos y lleno de polvo.

El señor de Pardaillán se desmayó después de haber sonreído a su hijo.

—¡Agua! —exclamó el caballero asustado.

Mirando en todas direcciones, vio a poca distancia un arroyuelo, y cuando se disponía a ir a él, salió de pronto de entre un macizo un hombre: Maurevert.

Éste había seguido a «Pipeau», el cual, a la sazón, se revolcaba sobre la hierba, saltaba y gemía para demostrar el júbilo que experimentaba al ver de nuevo a su amo.

Maurevert habíase emboscado a trescientos pasos del carruaje y avanzó arrastrándose por el suelo. Vio cómo el caballero bajaba a su padre al suelo y pensó que había llegado el momento de herirlo, mientras éste se inclinaba sobre el herido.

El caballero, entonces, se incorporó y los dos hombres se hallaron cara a cara. El caballero estaba desarmado y, en cambio, Maurevert empuñaba una daga.

—¡Muere! —exclamó éste levantando el arma—. He aquí mi respuesta a tu insulto.

Oyóse entonces un grito de mujer y Luisa, interponiéndose entre el caballero y Maurevert, recibió en el pecho la puñalada destinada a su prometido.

Maurevert dio un salto atrás y corrió hacia su caballo, que había dejado atado a poca distancia.

Pardaillán dejó a Luisa sobre la hierba, y, rugiendo de dolor, dio un salto terrible por la rápida pendiente de la colina, pero en vano, porque Maurevert, a caballo, estaba ya a gran distancia.

Antes de desaparecer, gritó al caballero:

—¡Hasta la vista! ¡Pronto te llegará la vez! ¡Entre tanto sufre en tu amor lo que

luego sufrirás en tu cuerpo!

Pero tales palabras se perdieron en el aire y no llegaron a oídos de Pardaillán.

Entonces éste, inundado de angustioso sudor, volvióse hacia el grupo de Luisa y Montmorency sin, atreverse a dar un paso.

—¡Tal vez ha muerto! ¡Oh! ¡En tal caso no sobreviviré!

—¡No es nada! —exclamó de pronto Montmorency con gran alegría—. No es nada, caballero. Un ligerísimo rasguño.

Entonces vio como Luisa se levantaba y le sonreía. El caballero, con temblorosos pasos, se acercó a su prometida, que le tendía las dos manos. Cerca del cuello, vio la herida, que sólo era un ligero arañazo. Sin duda alguna, el rápido movimiento de Luisa hizo desviar el golpe del arma.

No era nada, no. Al cabo de pocas horas aquella insignificante herida estaría cicatrizada.

El caballero, dejando a Luisa confiada a los cuidados del marisca, volvióse hacia su padre. En pocos momentos habíase operado gran cambio en las facciones del herido y Pardaillán, con inmensa pena, comprendió que su padre iba a morir.

Las facciones del aventurero, antes tan vivas y burlonas, transformábanse rápidamente y tenía ya el rostro hipocrático.

Abrió los ojos para mirar a su hijo.

—¿Cómo estáis, señor? —preguntó su hijo—. ¿Os duelen las piernas, verdad? No tengáis miedo, vamos a instalarnos en una casa de este pueblo y yo mismo os curaré.

Y al decir esto sonreía heroicamente; su voz y sus manos no temblaron, mientras lavaba con su pañuelo mojado el rostro del herido.

De pronto se detuvo asustado: a medida que la cara quedaba al descubierto, podíase observar que tenía la lividez de la muerte. Únicamente vivían los ojos, que miraban tiernamente a su hijo.

«Pipeau», echado al lado de la fuente, gemía dulcemente moviendo el muñón de su cola y lamiendo, de vez en cuando, las manos del herido.

El viejo levantó un poco la cabeza. Hizo una caricia al perro y dijo:

—¡Ah! ¿Te despides de mí, verdad? Caballero, siempre he creído... que el perro es un buen amigo... ¿Dónde están... el mariscal... y Luisa?

—Aquí, señor —dijo Francisco de Montmorency inclinándose.

—Heme aquí, padre —dijo Luisa cayendo de rodillas.

—Mariscal —dijo el herido—. ¿Vais... a casar... a nuestros hijos...?, decídmelo y me iré... tranquilo.

—Os lo juro —contestó Montmorency.

—Bueno, caballero..., te felicito..., pero, decidme, mariscal... ¿No me habíais hablado... del conde de Margency?

—... A quien destinaba a mi hija, porque no conozco a nadie que sea más digno

de ella.

—¿Y bien?

—Aquí está el conde de Margency —dijo el mariscal señalando al caballero—. Tal condado me pertenece y lo doy al caballero de Pardaillán. Es el dote de Luisa.

El aventurero sonrió débilmente y, con acento de admiración, dijo.

—Tu mano..., caballero.

Éste, ya sin fuerzas, cayó de rodillas, cogió la mano de su padre y la llevó a sus labios sollozando.

—¿Lloras? Niño... ya eres... conde... de Margency. Pues... te felicito... Serás feliz... Y tú también... hija mía... Acercaos... nunca me figuré... tener... una muerte... tan feliz.

—¡No morirás! —exclamó el caballero—. ¡Padre, padre mío!

—Esta... es mi última... etapa del reposo... eterno. Adiós, mariscal... Adiós, hija mía... Te bendigo... Adiós, caballero...

Las manos del aventurero empezaron a enfriarse. Abrió los ojos, dirigió una mirada a su alrededor, y dijo:

—Caballero... quiero... reposar... aquí... Bajo este... roble... Yo que he... corrido... tantas... posadas... esta será... la última en que... descanse. Y a propósito... no olvides... pagar... nuestra... deuda a Rosa...

Casi enseguida levantó los ojos al cielo, estrechó débilmente las manos de su hijo y de Luisa, lo agitó un ligero estremecimiento y se quedó inmóvil con una sonrisa en los labios.

El señor de Pardaillán, a quien varios historiadores han llamado el heroico Pardaillán, había muerto.

* * * * *

El caballero de Pardaillán hallóse, hacia las doce de la noche, en brazos del mariscal de Montmorency; Luisa lloraba y «Pipeau» gemía a sus pies.

—Hijo mío —dijo el mariscal—. Sed hombre, pensad que Luisa no estará en seguridad mientras no hayamos llegado a Montmorency. Pensad que el asesino que la ha herido podría volver con refuerzos.

—¡Ah! —exclamó el joven—. He perdido lo mejor de mí mismo.

Cayó de rodillas al lado del cuerpo de su padre y, con la cabeza en las manos, empezó a llorar. Cuando volvió de su ensimismamiento, vio algunos campesinos que habían acudido con algunas antorchas y azadones. Sin duda el mariscal los había llamado durante la explosión de su dolor.

Pegó sus labios a la helada frente del cadáver y murmuró un adiós supremo.

Entonces se levantó, y como los campesinos empezaran a cavar una fosa bajo el roble y cerca de la fuente, el caballero los apartó con suavidad y, derramando abundantes lágrimas, empezó a cavar por sí mismo la fosa de su padre, la última

posada del aventurero.

Uno de los campesinos alumbraba con una antorcha, mientras los demás, gorra en mano, observaban silenciosamente la escena.

A lo lejos, París estaba rodeado de una aurora roja y todas las campanas, redoblando sin cesar, parecían tocar a muerto por el heroico Pardaillán.

Hacia las dos de la madrugada, la fosa fue bastante profunda.

El caballero de Pardaillán no lloró más, pero, en cambio, estaba sumamente pálido. Cogió a su padre en brazos y le colocó cuidadosamente en el fondo de la tumba. A su lado puso la espada rota que el aventurero no había abandonado. Luego lo tapó cuidadosamente, echó en la fosa hierbas y follaje, y encima tierra. Al cabo de media hora estaba listo.

El mariscal y los campesinos se aproximaron a la tumba y se inclinaron respetuosamente.

Luisa y el caballero se arrodillaron con las manos cogidas.

Entonces Luisa exclamó candorosamente:

—¡Oh, padre mío! Te juro amar siempre al que tú tanto amabas.

Luego se levantaron, y Luisa, con dos ramas cortadas por un campesino, hizo una cruz y la colocó en la tierra recientemente removida.

Luego subió a la silla de posta. El mariscal montó en su caballo e imitando su ejemplo el caballero, emprendieron el camino de Montmorency, y al salir el sol penetraban en el antiguo castillo feudal.

En cuanto a la fosa excavada por el caballero, he aquí su historia: la cruz plantada por Luisa fue reemplazada por los campesinos que asistieron al entierro por otra mejor construida. Más tarde, en la aldea cercana, llegaron a olvidar el por qué había allí una cruz, pero a pesar de haber desaparecido el roble y la fuente, la cruz fue renovada de generación en generación. Por fin la humilde cruz campesina fue sustituida por un crucifijo inmenso que se llamó el Calvario, y el recuerdo de estas cosas se ha perpetuado hasta nuestros días, pues hoy el lugar en que fue enterrado el aventurero se conoce con el nombre de *Calvario de Montmartre*.

XLVIII - En que se da cuenta del fin de varios personajes de esta historia

AQUÍ TERMINA EL EPISODIO cuyo relato hemos intentado. Quisimos dar a conocer la vida social del siglo XVI y de qué modo, en una época en que predominaban la violencia y las pasiones, un joven pudo conquistar con el hierro y con el amor un lugar preeminente. En la lucha por la vida y por la felicidad en nuestros días, nuestro héroe habría obrado de un modo distinto, pero en todo caso la juventud, la rectitud y la firmeza, son siempre factores indispensables para la conquista de la vida. Esperamos también haber logrado dar una idea ligera de la existencia de los aventureros que recorrían el mundo en aquellas edades violentas y, por fin, nos figuramos haber cumplido nuestra misión de novelistas, demostrando cómo pueden despertarse en el hombre instintos de fiera bajo la influencia de las pasiones políticas y religiosas.

No obstante, si nuestro relato ha terminado, hemos de satisfacer la curiosidad que en los lectores pueda haber despertado alguno de nuestros personajes.

Trataremos, principalmente, de lo que fue de Juana de Piennes, Luisa, el caballero de Pardaillán y Francisco de Montmorency, una vez hubieron llegado al castillo en que se desarrolló la primera parte de esta historia.

Pero antes de volver al castillo de Montmorency, dirijamos una última mirada hacia alguno de los restantes actores de este drama.

Maurevert fue a Roma a llevar la nueva de la destrucción de los herejes. Atravesando Francia, pudo observar que la matanza se extendía por todo el reino. En cuanto se supieron en Roma las noticias que llevaba Maurevert, cantaron varios *Te Deum* en todas las iglesias, las campanas repicaron como si fuera Pascua y se dispararon salvas. Hubo extraordinaria alegría.

El cardenal de Lorena regaló mil escudos de oro al siniestro mensajero que le llevaba la cabeza de Coligny.

Maurevert permaneció un año en Roma, aun cuando su intención era sólo de quedarse algunos días. Probablemente preparó su fortuna y celebró entrevistas con varios personajes. El día en que se puso en camino hacia París, o sea el 1º de septiembre de 1573, se pintaba gran satisfacción en su rostro y murmuró tocándose la mejilla herida por el caballero:

—Ahora, Pardaillán, nos veremos las caras.

Rosa y su marido pudieron permanecer ocultos en la bodega de uno de sus parientes, y cuando se restableció la calma, la mujer quiso volver a su hostería, pero su tímido marido le hizo observar que París era muy peligroso para ellos, pues aún había muchas algaradas y sin duda podría verse comprometido por haber facilitado la fuga de los dos Pardaillán, cosa que disgustaría a Rosa.

Ésta, sin prestar mucha fe en la última parte del discurso de su marido, se avino,

no obstante, a sus razones y fueron a vivir al pueblo de ella, en donde permanecieron tres años, hasta que, por fin, su marido empezó a persuadirse de que lo habían olvidado, y el 18 de junio de 1575 abrieron de nuevo la posada «La Adivinadora», así bautizada por Rabelais, y hemos de añadir que, en breve, ganó tanto dinero como antes, cosa que hizo engordar de satisfacción a maese Landry, que había perdido buena parte de su grasa.

En cuanto a Rosa, siempre bonita y amable, continuó siendo el principal adorno de la posada, pero se podía observar en su semblante una nube de tristeza. Pasábase muchos ratos en la puerta, mirando a lo lejos, como si esperara un misterioso viajero que no llegaba nunca.

El hermano Teobaldo murió el tercer domingo después de San Bartolomé, a causa de una insolación, al acompañar al pequeño Jacobo Clemente a la tumba de su madre.

Lleváronlo al convento, en donde le prestaron toda clase de auxilios para curarlo, pero inútilmente, porque murió sin haber recobrado el sentido.

Jacobo Clemente continuó educándose en el convento hasta la edad de trece años, a cuya edad pasó al convento de los Franciscanos por motivos que ignoramos.

En cuanto al hermano Lubin continuó viviendo como un santo en el convento, en donde estaba vigilado.

Por otra parte, no tenía deseos de salir, pues llevaba una vida muy regalada y siempre estaba provisto de abundantes y suculentos manjares, así como de vinos excelentes.

Le hallaron muerto el año 1579 en su celda, rodeado de una docena de botellas vacías; en su crispada mano tenía una que contenía aún un poco de vino.

Cundió entonces por París el rumor de que el famoso fraile Lubin, que había operado el milagro del caldero, acababa de morir en olor de santidad. Todo París desfiló por la capilla ardiente en que fue expuesto su cadáver, y como oración fúnebre merece citarse la frase de un pilluelo que exclamó al ver la extraordinaria corpulencia del fraile:

—¿Éste es el santo? ¡Pobre silla del Paraíso en que se siente!

Ruggieri permaneció encerrado en su laboratorio durante la matanza de hugonotes, empeñado en resucitar a su hijo, el desgraciado conde de Marillac. El fracaso de su tentativa de reencarnación estuvo a punto de volverle loco de dolor. Al cabo de quince días decidió hacer enterrar el cuerpo, que, por azar, y no por voluntad del astrólogo, fue sepultado en el cementerio de los Inocentes, a tres pasos de la tumba de Alicia de Lux.

Ruggieri hizo venir de Italia un gran bloque de mármol que fue tallado convenientemente, pero con gran sencillez, y sobre éste hizo grabar en grandes letras el nombre de su desgraciado hijo.

Desde entonces, Ruggieri vivió miserablemente, matándose a fuerza de querer descubrir el insoluble problema. Parece que Catalina tuvo en cierta ocasión miedo de él, porque lo complicó en el proceso instruido por brujería a La Môle y al conde de

Coconas. Pero luego, tal vez tuvo miedo de las revelaciones que podía hacer Ruggieri, porque después de haberle mostrado el cadalso, por decirlo así, lo salvó y lo conservó a su lado recibiendo de él, sin duda, más de un servicio.

Después de las matanzas de San Bartolomé, el duque de Guisa marchó a su gobierno de Champagne y el duque de Damville al de Guyena. Enrique de Guisa comprendió que Catalina de Médicis triunfaba entonces, pues tenía el apoyo de Roma y España, pero, probablemente, no renunció a sus proyectos, porque al alejarse de París mostró el puño al Louvre, exclamando:

—¡Nos veremos!

En cuanto a Damville, al saber que su hermano y Juana de Piennes habían podido llegar a Montmorency, cayó en un estado de postración que estuvo a punto de costarle la vida, pero su constitución robusta y el deseo de venganza fueron más fuertes que la misma muerte. Salió de París, exclamando también:

—¡Ya volveré y nos veremos, hermano!

XLIX - SUDOR DE SANGRE

ROGAMOS AL LECTOR que se transporte con nosotros al castillo de Vincennes, residencia y prisión real a un tiempo. Estamos en una magnífica mañana de verano, en el 30 de mayo de 1574, es decir, exactamente veintiún meses y seis días después del domingo de San Bartolomé, en que el rey Carlos IX, no sólo permitió la matanza de sus huéspedes, sino que contribuyó a ella personalmente. Habían, pues, transcurrido dos años, desde la fecha en que se cometieron tan horribles crímenes.

Durante este tiempo, ¿cómo vivió el miserable loco, pues fue más loco que criminal?

La responsabilidad de sus crímenes debe caer más bien en su madre Catalina, en Enrique de Guisa y en la Inquisición Romana.

Rodeado de intrigantes que acechaban su muerte y la descontaban de antemano, Carlos vivió retirado dejando el gobierno a su madre, pues a medida que pasaba el tiempo se veía aquejado con más frecuencia de sus ataques, cuya intensidad crecía también.

Comprendía perfectamente que todos los que estaban a su alrededor, tanto su madre como sus hermanos y sus cortesanos, sentían impaciencia por su muerte, a pesar que sólo tenía veintitrés años. Multiplicábanse las conspiraciones en la corte, que estaba transformada en un miserable campo de batalla. Los partidos se combatían con saña, pero, por fin, se ponían todos de acuerdo contra el rey.

En Vincennes, bajo la sombra de los hermosos árboles del bosque, halló alguna tranquilidad, pero sus noches eran terribles. Así que se dormía, veíase rodeado de espectros, a los cuales pedía perdón. Únicamente lograba conciliar tranquilo sueño cuando su nodriza, sentada al lado de su cama, le relataba antiguas historias de caballerías, como se hace con los niños miedosos para que se duerman.

Pasaba el tiempo en terminar su libro sobre la Caza real. Por la noche escribía también poesías, algunas de las cuales son de extraordinario mérito y demuestran que tenía gran inteligencia.

Ocupábase también en la música y, muy a menudo, hacía venir músicos con los que distraía febrilmente horas y más horas. Pero, de pronto, a lo mejor de la discusión, o bien cuando estaba sentado ante su mesa de trabajo, se detenía, palidecía y empezaba a temblar. Y entonces los que, como su nodriza, podían acercarse a él, oíanle murmurar:

—¡Cuánta sangre! ¡Cuántas muertes! ¡Ah! ¿Por qué me habrán dado tan malos consejos? ¡Oh, Dios mío! Perdónalos y ten misericordia de mí.

Luego se echaba a llorar y, generalmente, sufría entonces un ataque que lo dejaba abatido y en extremo triste.

María Touchet iba a verlo varias veces por semana, y entraba en el castillo gracias a la complicidad de un servidor leal.

El 29 de mayo, Carlos IX pasó un día muy malo, seguido por una noche de delirio, durante la cual, a pesar de los cuidados de su nodriza, tuvo horribles visiones. Lloró, pidió perdón a los espectros y no se tranquilizó hasta el día siguiente, 30 de mayo.

Éste es el día en que introducimos al lector en la habitación del rey.

Carlos se paseaba lentamente, encorvado, con las mejillas y los ojos hundidos; aquel joven parecía un viejo agobiado por la edad. ¿Pero qué son quince o veinte años de vida, al lado de veinte meses de remordimientos? ¿Qué las enfermedades del cuerpo, al lado de aquel mal espantoso que martiriza el cerebro, roe el corazón y gangrena el alma? ¿Hay mayor suplicio que oír noche y día, en el fondo de la conciencia, voces que piden perdón?, y exclaman:

«¡Señor, señor! Éramos vuestros huéspedes y amigos».

Carlos iba a cada momento a la ventana, levantaba la cortinilla y decía:

—¡Oh! ¡Ella no viene! ¡No viene, nodriza!

—Señor, el caballero partió a las siete y apenas son las ocho y media. Nada temáis, ya vendrá.

—¿Y Entraigues? ¿Lo has mandado buscar? ¿Ha venido?

—Aquí está, señor. En la habitación contigua. ¿Queréis que lo llame?

—No, no, luego.

Francisco de Balzac de Entraigues era un joven gentilhomme muy adicto a Carlos. El rey, dos días antes de esta escena, lo había nombrado gobernador de Orleáns, y es preciso notar que esta comarca era el país natal de María Touchet.

A las nueve se abrió la puerta de la habitación y María Touchet apareció llevando en brazos a su hijo. Intensa alegría brilló en los ojos del rey. María dejó el niño a la anciana nodriza de Carlos y avanzó hacia éste. Estaba más delgada y pálida, pero continuaba siendo bella.

Al observar los progresos que el mal había hecho en el rostro de Carlos desde que le hiciera la última visita, no pudo retener sus lágrimas. Sentóse a su lado como hacía en su casa de la calle de los Listados y lo abrazó, incapaz de pronunciar una sola palabra. La nodriza acercó el niño, que Carlos tomó cariñosamente, y durante algunos minutos no se oyeron más que sollozos y besos.

A la sazón, Carlos se esforzó en consolar a María y, por un momento, pareció gozar de un poco de energía.

—María, escúchame, estoy condenado y voy a morir, tal vez hoy mismo, mañana o dentro de pocos días.

—¡Carlos, mi buen Carlos, no morirás! Los pesares te dan esas tristes ideas. ¡Malditos sean los que te han aconsejado y que la sangre vertida caiga sobre su cabeza!

—No, María, estoy perdido y lo sé. Tal vez en tu próxima visita no me encuentres. No llores, escúchame. Tú has sido el ángel de mi pobre vida y quiero que después de mi muerte seas feliz. Quiero que vivas, aun cuando sólo sea para que

enseñes a mi hijo a no execrar mi memoria como lo hará todo el mundo.

—¡Carlos, me desgarras el corazón!

—Ya lo sé, querida mía, pero es necesario. Te he llamado esta mañana para darte mis últimas instrucciones: mis órdenes. Si fuera necesario, serían las órdenes de tu rey. Esta será la primera y última vez que te habré hablado así. Perdóname.

—¡Carlos, amado mío! ¡Rey mío! ¡Tu voluntad es sagrada para mí! Pero ¿por qué te inquietas?

—Para tranquilidad de mis últimos días —interrumpió el rey—. Por ti, querida María, y también por este querido niño. Vas a jurarme obedecer mi voluntad aun después de muerto.

Hablaba febrilmente, cosa que entristeció aún más a María Touchet. Y con el objeto de calmarlo, contestó sollozando:

—Te lo juro, mi buen señor.

—Muy bien —dijo el rey—. Sé que eres mujer capaz de cumplir tu palabra, aun después de saber lo que voy a pedirte. Escucha, María. Si después de mi muerte estás sola, si no se extiende sobre ti una protección fuerte y leal, serás el blanco de mis enemigos, que querrán hacerte pagar la única felicidad que he conocido en este mundo.

—¡Qué importa! —exclamó la joven alarmada por lo que adivinaba—. Prefiero sufrir, pero estar sola. Y, además, ¿quién va a perseguir a una pobre mujer que no desea más que vivir y cuidar a su hijo?

—¡Ah, María! No los conoces. Tal vez a ti te perdonarían. Pero temerán las pretensiones de este pobre niño de sangre real y querrán desembarazarse de él, y para ello lo matarán.

María Touchet dio un grito de terror y se echó a temblar.

—¡Hijo mío! —exclamó.

—Lo matarán, María —dijo el rey—, y por lejos que vayas y por bien que te ocultes, lo envenenarán o lo degollarán.

—¡Oh! ¡Calla, cállate!

—El único medio de salvarlo, es poner a tu lado un hombre fiel, valiente y bueno, que velará sobre vosotros, porque le dará derecho a ello su título de esposo. Entre tantos traidores que me rodean, hay un gentilhombre a quien amo y que tú estimas en su justo valor. Es Entraigues. Este será tu esposo.

—¡Señor! ¡Carlos!

—Es mi deseo supremo —dijo el rey.

—¡Oh, querido Carlos! —exclamó María con quebrantada voz.

—Es mi voluntad real.

—¡Señor!

—¡Lo quiero!

—Obedeceré —contestó María resignada—. Obedeceré por tu hijo.

El rey hizo una seña a la nodriza y ésta abrió una puerta.

Entonces apareció Entraigues.

—Acércate, amigo —dijo Carlos IX—. Quiero preguntarte si estás dispuesto a cumplir el juramento que me hiciste de obedecerme cuando haya muerto.

—Lo he jurado, señor, y no soy de los que juran dos veces.

—Me prometiste casarte con la mujer que te señalara y adoptar su hijo como si fuera tuyo.

—Señor —contestó Entraigues—. En seguida comprendí que deseabais que velara sobre la vida de vuestro hijo convirtiéndome a los ojos del mundo, ya que no en realidad, en esposo de la señora María Touchet. ¿No es así, señor?

—Sí, amigo mío.

—Lo he jurado, señor, y cumpliré mi palabra. Daré mi nombre a la mujer que habéis amado; la cubriré con el blasón de mi familia; emplearé mi fuerza y mi inteligencia en protegerla contra todos, así como también el niño real que se me confía.

Entraigues hablaba con solemnidad y muy conmovido. María Touchet sollozaba amargamente.

Entonces volvióse hacia ella y añadió:

—Nada temáis, señora. Nunca querré hacer valer mi título de esposo, el cual sólo me dará un derecho: el de haceros feliz y convertirme en protector vuestro.

Carlos IX, lleno de alegría, cogió la mano de María Touchet y la puso en la de Entraigues.

—Hijos míos —dijo (y tal tratamiento no estaba fuera de lugar en boca de un moribundo)—. ¡Hijos míos, que Dios os bendiga!

Entonces tomó en brazos a su hijo, lo estrechó sobre su débil pecho, lo besó varias veces y, por último, lo devolvió a María Touchet.

—María —dijo entonces—. Siento que mis días están contados. Hija mía, te ruego que, a partir de hoy, vengas a verme todos los días.

—Así lo haré, mi buen Carlos. ¡Oh! Si yo pudiera quedarme en este castillo y cuidarte, te curaría prontamente.

El rey movió la cabeza con aire de duda.

—Entraigues —dijo—. Acompáñala. Ya es tiempo de que se retire, porque a esta hora viene a verme mi madre.

María se echó en brazos del rey y los dos se despidieron cariñosamente.

—Hasta mañana —dijo Carlos IX.

—Hasta mañana —contestó María Touchet.

Y dando un último beso a su amante, María salió acompañada de Entraigues y, guiados por aquel servidor, que antes hemos citado, pudieron salir del castillo sin haber sido observados.

En cuanto María Touchet hubo subido a su coche cerrado y emprendió la marcha escoltada por Entraigues, vio venir a lo lejos un grupo de caballeros al galope.

El coche de María Touchet hízose a un lado para dejar paso libre y Entraigues se

detuvo para ver quiénes eran aquellos caballeros que iban rodeados de una nube de polvo.

A la cabeza de todos ellos y a más de cincuenta pasos del resto de la comitiva, cabalgaba un hombre a quien Entraigues reconoció enseguida y palideció murmurando:

—¡El rey de Polonia aquí! (hecho histórico). ¡Ah! Ahora ya veo que Carlos va a morir, pues los cuervos acuden.

Entonces, trotando rápidamente, se reunió al coche de María Touchet y entró con ella en París.

Carlos IX se quedó solo con la nodriza. Después de la salida de María Touchet y de Entraigues, se acercó a la ventana, desde la cual se divisaban hermosos sicomoros y pareció complacerse en contemplar aquella vegetación y el hermoso cielo azul atravesado por algunas nubes blancas.

—¡Cuán agradable sería vivir! —murmuró—. ¡Oh! ¡Quién pudiera vivir en la paz de los campos, sin ser rey, sin llevar la vida miserable que ha amargado mis días! No debería temer entonces ni el puñal del asesino, ni el veneno hasta en el aire que respiro. Sería un modesto burgués o un campesino. Tendría una casita en el fondo de un jardín, cerca de un bosque, y viviría acompañado de mi hijo y de mi amada. La casa sería blanca y el jardín estaría lleno de rosas. ¡Oh, pobre de mí! ¡Cuánto me gustaría vivir aún! ¡Señor, un poco de paz, por piedad!

Dos lágrimas corrieron a lo largo de sus hundidas mejillas. Dejó caer la cortina y encorvado se dirigió nuevamente a su sillón, en el que se dejó caer.

—¿No viene mi madre? —preguntó.

No, Catalina de Médicis no iba aquella mañana. Sin duda debía de estar muy ocupada desde que el caballero entrevistado por Entraigues entrara al castillo.

—Acuéstame, nodriza —dijo Carlos al cabo de un momento.

La buena mujer obedeció y en breve el rey estuvo instalado en su gran cama. La anciana le arregló maternalmente el embozo y el joven rey cerró los ojos y pareció dormirse profundamente.

—«*Está mejor*», —pensó la nodriza alejándose de puntillas—. «¡*Pobre rey!*».

Cuando comprendió que estaba solo, Carlos IX abrió los ojos.

—¡Solo! —murmuró—. ¡Solo completamente! A mi alrededor, silencio y abandono. Ya no hay cortesanos ni guardias. Saben que voy a morir y me dejan como un perro en la calle.

La soledad era, en efecto, profunda en torno del rey. Era, realmente, el silencio del abandono. Únicamente la vieja nodriza iba, de vez en cuando, a inclinarse sobre su lecho.

No obstante, prestando atento oído, pareció a Carlos oír en el castillo inusitados ruidos, un movimiento de idas y venidas de gentes apresuradas, un rumor lejano por el lado de las habitaciones de su madre, parecido al de una multitud de cortesanos que rodearan a un monarca.

¿Cuál sería aquella Majestad así saludada, mientras él estaba solo en presencia de la muerte?

Esta fue la pregunta que se hizo Carlos, pero luego dejó de pensar en ella.

Transcurrieron lentamente las horas, y la misma nodriza ya no se acercaba a la habitación del rey. Tal vez la habían alejado con cualquier pretexto, para que no pudiera informar a Carlos acerca de la causa de aquel inusitado movimiento que turbaba su agonía.

Por la tarde, Carlos quiso levantarse. Golpeó un timbre y llamó, pero no acudió nadie.

Entonces quiso levantarse, sin ayuda ajena, pero cayó de nuevo sobre su lecho y observó con espanto que las fuerzas le habían abandonado.

Estaba débil, bañado de sudor frío y era presa de terrible angustia. Quiso gritar, pero sus labios no exhalaban más que un ronco gemido apenas inteligible.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Acaso voy a morir? ¡Dios mío! ¡Perdóname toda la sangre que se ha vertido! ¡A Ti entrego mi alma, rogándote que tengas misericordia!

Entonces se levantó rápidamente con los ojos llenos de espanto y castañeteándole los dientes. El ataque, el terrible ataque, le sobrecogía.

Las sombras del crepúsculo invadían la habitación. Carlos, sentado sobre la cama y con los pies colgando, rechazaba con la mano derecha los espectros que poco a poco llenaban la habitación, mientras con la mano izquierda trataba de subir la sábana como para ocultarse.

—¡Sangre! —exclamó—. ¿Quién ha vertido tanta sangre? ¡Perdón! ¿Quiénes sois? ¿Eres tú, Coligny? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Qué queréis? ¿Por qué entráis aquí? ¡Oh! ¡La habitación está llena! ¡Y el castillo también! ¿Quiénes sois? ¿Qué queréis? ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Me queréis matar? ¡Oh! ¿Por qué me pedís perdón? ¡Callaos! Estas voces me desgarran el corazón. ¡No gritéis así! ¡Ahora las mujeres! ¿Por qué lloráis? ¡No lloréis más! ¡Prefiero que me matéis! ¡Cómo! ¿También niños? ¡Pobrecitos! Todos están ensangrentados. ¡Oh! ¡No me toquéis! Pero ¡cómo gritan todos! ¡Calla! ¿Qué es esto? ¡Oh! ¡Las campanas! ¡Oh! ¡Qué se callen! ¡Basta ya! ¡Perdón!

Carlos se calló de pronto y su voz, que poco a poco había crecido, terminó sollozando.

Las lágrimas se deslizaban ardientes por sus mejillas lívidas y murmuró:

—¡Dios mío, perdonadme!

De pronto tendió sus brazos hacia la multitud de fantasmas que le rodeaban.

—¡Perdón! ¡Oh, perdón! ¡Tened piedad! ¡Oh! ¡No me maldigáis!

Y cayó sobre la cama loco y lleno de espanto y de terror.

Envolvióse en el cobertor tratando de ocultar su cabeza y castañeteándole los dientes.

La habitación quedó silenciosa. A la sazón era ya de noche en el exterior, pero de pronto se encendieron algunos candelabros en la estancia. Luego algunas personas se

acercaron hacia aquella cama en que agonizaba el rey. Eran el duque de Anjou, Catalina de Médicis y algunos cortesanos.

La reina se inclinó sobre la cama y murmuró:

—¡Hijo mío!

Y con su helada mano, tocó al rey en la frente.

Carlos dio un grito de espanto, tratando de rechazar aquella mano. Se incorporó en su cama mirando a su alrededor, loco de miedo y remordimientos. Entonces miró fijamente a las ropas de la cama y, con expresión de angustia, exclamó:

—¡Sangre!

Y entonces no era ninguna ilusión, porque, realmente, había sangre en la cama. Las sábanas tenían numerosas manchitas rojas y era sangre. Extraño y terrible sudor cubría el cuerpo del rey. Carlos IX sudaba sangre (hecho histórico). Su pecho estaba desnudo. Con sus uñas había desgarrado la camisa.

Todos los que estaban allí, se miraron con expresión de espanto al observar que el pecho y los brazos del rey estaban rojos de sangre.

Catalina retrocedió cerrando los ojos.

—¡Sangre, sangre! —exclamó Carlos IX—. ¡Sangre por todas partes! ¡Cada vez sube más! ¡Ya me cubre! ¡Sangre! ¡Nada más que sangre!

Y se calló. Al cabo de algunos segundos de absoluto silencio, con voz más ronca, Carlos repitió:

—¡Sangre!

Oyóse durante un minuto su respiración breve, y sus ojos, fuera de las órbitas, miraron a su alrededor, expresando terror extraordinario. Por tercera vez oyósele exclamar:

—¡Sangre!

De pronto su boca se crispó, se echó a reír siniestramente y luego cayó sobre la almohada.

Estaba muerto.

La reina se inclinó y puso su mano sobre el pecho de Carlos tiñendosela de rojo.

Luego se incorporó lentamente, volvióse hacia el duque de Anjou, que estaba lívido, y le estrechó la mano llena de la sangre de Carlos.

Y mientras, impresionados por aquella muerte, los cortesanos retrocedían llenos de espanto, Catalina de Médicis, mostrando a su hijo Enrique, exclamó con aire de triunfo:

—Señores: ¡viva el rey!

L - La primavera en montmorency

TAL FUE LA MUERTE DE CARLOS IX. Aquel fin terrible, aquel sudor sangriento, aquel mal extraño y aquella alma atormentada por los remordimientos, ¿no constituye un epílogo a la matanza de San Bartolomé?

No hay nada de maravilloso en el fin trágico de Carlos IX, pero fue una verdadera expiación de sus crímenes.

Retrocediendo a veintiún meses antes de la muerte del rey Carlos IX, nos reuniremos con nuestros héroes en el mismo momento en que los dejamos, es decir, entrando en el castillo de Montmorency en el alba del 25 de agosto de 1572.

No se habrá olvidado que, después de su visita a Margency, en que pudo convencerse de la inocencia de Juana, el mariscal mandó a su intendente disponer un ala de su castillo para dos princesas que irían a alojarse en él. Sus órdenes fueron ejecutadas. Una parte del viejo castillo fue decorada y adornada con preciosos muebles. Una docena de criadas y camareras esperaban a las ilustres visitantes. Los armarios estaban llenos de ropa blanca y, en fin, todo había sido preparado para que las desconocidas princesas guardasen buen recuerdo de una hospitalidad suntuosa, tal como podía ofrecerla un Montmorency.

Juana de Piennes y Luisa fueron instaladas en aquella parte del castillo y allí pudieron, por fin, tomar el descanso de que tan necesitadas estaban las dos.

El mariscal se proponía devolver la razón a su adorada esposa, y para ello impresionar el espíritu de la pobre loca, llevándola un día a Margency.

Pero un deber más inmediato solicitó su atención. Aplazando, pues, para más tarde esta tentativa, organizó inmediatamente la resistencia a las órdenes salvajes llegadas de la corte. Apenas Juana y su hija estuvieron instaladas, hizo tocar a rebato la campana del castillo. Ordenó a su capitán de armas cerrar las puertas y los puentes levadizos e inundar de agua los fosos, precaución que no se tomaba en tiempo de paz. Ordenó, asimismo, hacer cargar los veinticuatro cañones; armar en pie de guerra a los cuatrocientos hombres de la guarnición y, en fin, prepararlo todo para sostener, en caso necesario, un largo sitio. Al mismo tiempo mandó correos a varios puntos.

Debemos decir aquí que desde que se tuvo la noticia de lo que pasaba en París, algunos señores del partido de los políticos se unieron a Montmorency con sus hombres de armas, suponiendo que el mariscal intentaría detener la matanza en la provincia.

Al mediodía Francisco de Montmorency celebró una conferencia con el caballero de Pardaillán y, de acuerdo con él, tomó las últimas resoluciones.

Sobre las tres había en el castillo casi dos mil cuatrocientos caballeros bien montados, bien armados y formados en aquella misma explanada desde la que Francisco partió hacia Théroouanne.

Aquel cuerpo de caballería fue dividido en dos brigadas de mil doscientos

hombres cada una.

El mariscal tomó el mando de una y Pardaillán el de la otra. Luego cada uno de aquellos hombres emprendió diferente dirección. Y aun cuando dejaban tras sí todo lo que amaban en el mundo, después de haber escapado a tantos peligros, partieron sin pesar aparente, para cumplir un deber de humanidad.

El mariscal se lanzó hacia Pontoise. Recorrió toda la comarca, y por donde pasaba reunía a los que se hallaban en estado de empuñar las armas, les hablaba virilmente y, después de haberles referido los horrores de París, los decidía a oponerse con las armas en la mano a toda tentativa de asesinato.

Allí donde las órdenes de Catalina habían llegado ya y donde se procedía a la matanza, se echaba sobre los asesinos, encarcelaba a los más furiosos y decretaba que todo hombre sorprendido violentando, saqueando o matando, sería ahorcado sin formación de causa. Durante un mes recorrió la provincia pasando por ciudades, pueblos y aldeas, inspirando por todas partes saludable terror a los católicos demasiado fervientes.

Pardaillán obraba por su lado, pero con más fuego y rapidez. Durante casi dos meses no dejó un punto inexplorado en las comarcas que atravesó. Renunciamos a pintar la alegría delirante, las aclamaciones y lágrimas de gratitud de los desgraciados que temían ser víctimas de la matanza y que, de pronto, veían llegar el socorro libertador.

Gracias, pues, al mariscal de Montmorency y al caballero de Pardaillán, aquella provincia se vio exenta de los horrores que asolaron casi todo el resto del reino, pues muy pocos gobernadores siguieron tan noble ejemplo, oponiéndose, por la fuerza, a la ejecución de las órdenes llegadas de París.

Al cabo de tres meses habíase restablecido la tranquilidad, pero el mariscal continuó recorriendo el país con su ejército durante el mes siguiente para intimidar a los más exaltados.

Así, pues, hasta la tarde del 29 de diciembre no regresó a su castillo, el cual no había sido objeto de ningún ataque.

Únicamente, a fines de agosto, apareció un numeroso grupo de caballeros realistas y católicos. Pero dos o tres cañonazos disparados desde el castillo, bastaron para demostrarles que sus habitantes estaban preparados para la defensa.

El 6 de enero el mariscal licenció a su ejército después de haber reunido a sus capitanes en un banquete que se celebró en la gran sala de honor.

Por indicación de Francisco, habíase fijado la boda de Pardaillán y Luisa para el mes de abril próximo.

Durante la campaña del mariscal y del caballero, acabó de restablecerse la salud de Juana de Piennes. Había recobrado completamente el esplendor de su belleza y en sus ojos y en sus labios brillaba una sonrisa de felicidad.

De todos modos, era muy triste observar aquella sonrisa dirigida a un Francisco imaginario, cuando el verdadero la contemplaba con lágrimas en los ojos tratando, en

vano, de despertar su atención.

En cuanto a Luisa, tenía ya cicatrizada la herida que recibiera de Maurevert y no quedó más rastro de ella que una manchita roja en la piel. También su salud había mejorado notablemente. Y aún tenía mejor semblante que en ninguna época de su vida.

Los colores de su rostro asombraron al mariscal y aun al mismo Pardaillán, que la había conocido antes.

También sé transformó el carácter de la joven, pues así como antes era un poco melancólica, habíase tomado alegre en extremo. Siempre reía o cantaba. Hablaba con animación y se exaltaba de un modo extraño, relatando los altos hechos de su prometido. Por la noche, durante la velada, en el gran comedor, referíalos en calurosos términos y los servidores que, según la costumbre de la época, tomaban asiento alrededor del hogar, creían oír un antiguo trovador recitando algún poema fabuloso de los tiempos de Carlomagno.

Únicamente cuando estaba sola cruzaba a veces sus manos sobre el pecho y murmuraba:

—Siento un fuego que me quema y consume lentamente.

El 25 de abril, ante todos los señores de la provincia, y mientras repicaban alegremente las campanas de Montmorency y los cañones disparaban salvas, se firmó el contrato de matrimonio en la gran sala de honor del castillo.

—Mi querido hijo —dijo el mariscal el día anterior a Pardaillán—. He aquí las cartas y documentos que os hacen dueño y señor del condado de Margency. Tomadlo como prenda de mi afecto y gratitud.

Pardaillán quedóse un momento pensativo y luego, fijando su clara mirada en el mariscal, contestó:

—Monseñor, os ruego que, de momento, me permitáis seguir llamándome el caballero de Pardaillán, en recuerdo del que me lo legó y fue mi maestro. Más tarde, monseñor, convendrá, tal vez, que tome el título de conde de Margency.

Esto fue dicho con tal dignidad y gracia, que el mariscal, que tenía gran corazón, comprendió los sentimientos del caballero. Lo estrechó en sus brazos y sin insistir guardó los pergaminos en el cofre.

Por esta razón, ante el baile que redactó el contrato y los señores que asistieron a la ceremonia, el joven fue denominado por su verdadero nombre: El caballero de Pardaillán.

A la ceremonia siguió uno de aquellos festines suntuosos que solamente podía ofrecer un Montmorency.

Por la noche los invitados se marcharon, porque el casamiento debía celebrarse en la capilla y en familia, a causa del luto del novio. Esta fue, por lo menos, la explicación que dio el mariscal a sus amigos y que éstos aceptaron como buena.

Llegó por fin el día 26 de abril, que pasó como un dulce ensueño de amor.

El mariscal, no obstante, pareció ser presa durante todo el día de tristes recuerdos.

Aquella fecha, 26 de abril, estaba grabada para siempre jamás en su corazón. Veinte años antes, en la noche de tal día, habíase casado en la capilla de Margency con Juana de Piennes. Y aquella misma noche, también, partió para Théroouanne, para la guerra y para la desdicha.

Por último dieron las once de la noche.

El mariscal púsose un vestido parecido al que llevaba el 26 de abril de 1553. Dio la señal de partida porque la boda debía celebrarse en la capilla de Margency. Luisa y Juana subieron a un carruaje, en tanto que el mariscal y Pardaillán montaban a caballo. Partieron, siguiendo el camino a la luz de la luna y, por fin, se detuvieron ante una humilde capilla.

Ibase a celebrar una boda como veinte años antes.

Asistían casi los mismos personajes: algunos campesinos, y cerca del altar, una mujer muy vieja que lloraba: la nodriza de Juana.

El sacerdote dio principio a la ceremonia. Pardaillán y Luisa, uno al lado de otro, se daban la mano mirándose extasiados.

El mariscal, con intensa angustia, observaba en el rostro de Juana el efecto de aquella escena. ¿Recobraría la memoria?

Cambiáronse las sortijas y el sacerdote pronunció las palabras sacramentales.

Luisa y Pardaillán estaban unidos.

Entonces, del mismo modo como antaño Juana y Francisco se volvieron al señor de Piennes para pedirle su bendición, los jóvenes esposos volviéronse hacia la pobre loca y doblaron la rodilla ante ella.

Durante el trayecto de Montmorency a Margency, Juana de Piennes había permanecido indiferente, lejos de este mundo; distraída por los pensamientos oscuros que atravesaban su perturbado espíritu.

Ante la vieja iglesia de Margency, ante los castaños seculares, a cuya sombra había transcurrido su feliz infancia, ante la antigua vivienda de su padre, entrevista a la pálida claridad de la luna, dirigió a su alrededor miradas de asombro, pero luego volvió a su indiferencia, y Francisco, cuyo corazón había palpitado de esperanza, la condujo tristemente a la iglesia.

Durante la ceremonia, Juana miraba tan pronto al sacerdote como a la anciana nodriza, que lloraba no lejos de ella. De pronto se pasó la mano por la frente... En su pobre cerebro operábase un trabajo prodigioso y ella, entre tanto, se esforzaba en recordar...

De pronto vio a Luisa y al caballero que se arrodillaban ante ella.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—¡Juana, Juana! —exclamó Francisco con ardiente voz.

—¡Madre! —gritó Luisa fijando en ella su hermosa mirada llena de lágrimas.

La loca se levantó. Durante dos segundos, que fueron largos como otras tantas horas, en el silencio que reinaba en la iglesia, contempló todo lo que la rodeaba.

Entonces exclamó con voz clara y firme:

—¡La iglesia de Margency!... ¡el altar!... ¿Quién está ahí? ¿Mi hija?... ¡Oh!... ¿Eres tú Francisco?... ¿No sueño?... Pero no... estoy muerta y veo estas cosas desde el fondo de la tumba.

—¡Juana!

—¡Madre!

Estos gritos sonaron en la iglesia desgarradores, terribles y llenos de espanto.

Juana repitió:

—¡Muerta!

Y al mismo tiempo que lo decía, cayó de espaldas en su sillón como el señor de Piennes veinte años atrás. Por un instante, sus brazos se movieron como para bendecir a sus hijos que lloraban a sus pies. Luego sus ojos se dirigieron amorosamente hacia Francisco... Y esto fue todo.

Francisco, sollozando terriblemente, la cogió en sus brazos, pero la cabeza de Juana cayó con suavidad sobre el hombro del mariscal...

Entonces la voz grave del anciano sacerdote que acababa de santificar la unión de Luisa y Pardaillán, se elevó solemne y temblorosa:

—¡Dios mío! ¡Recibid en vuestro seno a la que llega a Vos muerta de amor!

* * * * *

Una hermosa tarde de mayo, Francisco de Montmorency, vestido de luto y lleno de tristeza, se paseaba por el jardín del castillo. Se sentó en un banco de piedra al que daba sombra un arbusto.

Por una avenida lejana vio pasar lentamente una pareja entre las flores, rodeada de los perfumes de la tarde en la augusta serenidad de aquel hermoso crepúsculo.

Pardaillán y Luisa se detuvieron abrazados. Cambiaron un largo beso y su amor parecía infinito, suave y perfumado, como la radiante y serena naturaleza que los rodeaba con sus caricias.

Los ojos del mariscal se llenaron de lágrimas. Apoyó la cabeza entre sus manos y murmuró:

—¡Oh, hijos míos! ¡Amaos! ¡Sed felices! ¿Por qué Luisa estará febril desde hace algunos días? ¿Por qué sus ojos tendrán tan extraño brillo? ¿Acaso no me ha perseguido bastante la desgracia? ¿Me estarán reservados más sufrimientos? ¡Oh no, no! ¡Queridos hijos míos! Después de tanto infortunio y tristeza, sed felices, para que el exceso de vuestra dicha dé, siquiera, un poco de consuelo al pobre corazón que late todavía en mi pecho.

Levantó la cabeza y vio a lo lejos a los dos enamorados que proseguían su camino. Luego desaparecieron tras un macizo de rosas y entonces una sonrisa consoladora se dibujó en los labios de Francisco de Montmorency.

Levantóse para verlos de nuevo, y murmuró las palabras que resumen toda la duda y la esperanza de los hombres:

—¿Quién sabe? ¡Tal vez!

FIN

Las aventuras de Pardaillán continúan en el siguiente libro:

El tomo titulado: FAUSTA

Episodio 8 - «La sala de las ejecuciones».

«Los Pardaillán». La serie.

Nunca el interés fue mantenido a lo largo de una extensa narración de una manera tan viva y creciente como en *Los Pardaillán* —la obra cumbre de Miguel Zévaco—, donde la intriga, hábilmente llevada, se prolonga en una refulgente cadena de recios eslabones que cautivan y a la vez encantan al lector.

Quien se sumerge en el torbellino de *Los Pardaillán* se convierte inmediatamente en un devoto de esa literatura sublime que subyuga el pensamiento y acelera los latidos del corazón. Zévaco, el famoso novelista francés, autor de más de 60 narraciones históricas, con una agilidad asombrosa, con un dominio de las situaciones dramáticas difícilmente igualado por escritor alguno, arrebatada y conmueve hasta el extremo al lector, siempre ávido por desentrañar el fin de la alucinante aventura que se desarrolla ante sus ojos.

El espectáculo de las Cortes fastuosas, de los lúgubres pasadizos de los palacios, de las alegres y bulliciosas ciudades, de un pueblo que alborota, ríe o se pasma al paso de las regias carrozas o al conocer los contrarios pensamientos, las envidias, los celos, las más turbulentas pasiones que agitan el pecho de los reyes y príncipes que le gobiernan, constituye por sí solo un aliciente bastante para estimular el interés del lector.

Pero además quien tiene entre sus manos uno de los episodios que integran la serie de *Los Pardaillán* no se conformará con darle cima, sino que, enseguida, vasallo de su propia pasión, de su particular desasosiego, se lanzará en el vértigo del episodio siguiente, y así, no se hallará satisfecho hasta dar remate al último volumen, hasta recorrer hasta su término esa senda incitante e infinitamente variada que ha dibujado Zévaco con mano maestra en *Los Pardaillán* y que se extiende ante él como una tentación sin cesar renovada.

Y luego, los recuerdos quedan en el alma impresionada tan a lo vivo y los más relevantes episodios permanecen grabados con tanta fuerza en la memoria del lector, que éste adquiere inmediatamente el convencimiento de que las vidas ajenas han enriquecido la vida propia y de que jamás su tiempo estuvo tan bien aprovechado como cuando se contaminó del frenesí que agita y acongoja a cuantos personajes cruzan por las páginas incendiadas —de amor o de odio— de *Los Pardaillán*.

La serie consta de 27 episodios cuya publicación original es como sigue:

Parte 1 - Publicada en: 1907 / (en 1902 por entregas).

Época en que transcurre: 1553-1572, (el reinado de Carlos IX).

Tomo 1 - Los Pardaillán.

Incluye los episodios 01-04: En las garras del monstruo, La espía de la Médicis, Horrible revelación y El círculo de la muerte.

Tomo 2 - Una epopeya de amor (este libro).

Incluye los episodios 05-07: El cofre envenenado, La cámara del tormento y Sudor de sangre.

Parte 2 - Publicada en: 1908 / (en 1903 por entregas).

Época en que transcurre: 1588-1589, (el reinado de Enrique III).

Tomo 3 - Fausta.

Incluye los episodios 08-10: La sala de las ejecuciones, La venganza de Fausta y Una tragedia en La Bastilla.

Tomo 4 - La derrota de Fausta.

Incluye los episodios 11-13: Vida por vida, La crucificada y El vengador de su madre.

Parte 3 - Publicada en: 1913.

Época en que transcurre: 1590, (el reinado de Enrique IV de Francia y Felipe II de España)].

Tomo 5 - Pardaillán y Fausta.

Incluye los episodios 14-16: Juan el Bravo, La hija del rey hugonote y El tesoro de Fausta.

Tomo 6 - Los Amores de Chico.

Incluye los episodios 17-19: La prisionera, La casa misteriosa y El día de la justicia.

Parte 4 - Publicada en: 1914 / 1916).

Época en que transcurre: 1610, (el reinado de Enrique IV).

Tomo 7 - El hijo de Pardaillán.

Incluye los episodios 20-21: El Santo Oficio y Ante el Cesar.

Tomo 8 - El tesoro de Fausta.

Incluye los episodios 22-23: Fausta la diabólica y Pardaillán y Fausta.

Parte 5 - Publicada póstumamente en: 1926 .

Época en que transcurre: 1614, (la regencia de María de Médicis).

Tomo 9 - El fin de Pardaillán.

Incluye los episodios 24-25: Tallo de lirio y La abandonada.

Tomo 10 - El fin de Fausta.

Incluye los episodios 26-27: La dama blanca y El fin de los Pardaillán.



MIGUEL ZÉVACO (Ajaccio, Francia, 1860 - Eaubonne, Francia, 1918). Después de una breve experiencia como maestro a los 20 años, ingresó en el ejército, donde permaneció cuatro años (teniente de dragones en 1886). Fue en esta fecha que se trasladó a París.

Atraído por las letras y la política Miguel Zévaco se convirtió en columnista y subeditor en «*Le Égalité*», que dirigía entonces el revolucionario socialista Jules Roques.

Activista político, se postuló (sin éxito) en las elecciones legislativas de 1889 para la Liga Socialista Roques. En esa época, conoció a Louise Michel, Aristide Bruant, Séverine y otros socialistas notables.

En una época en que no existía la libertad de expresión; debido a lo intenso de sus discursos y la virulencia de sus palabras en medio de los atentados anarquistas de la época, Zévaco fue etiquetado de anarquista y en varias ocasiones encerrado en prisión: ya sea por hablar en contra de personajes públicos, o por defender sus convicciones y la libre expresión, o por elogiar a socialistas declarados. Como un ejemplo: el 06 de octubre 1892, fue condenado por el Tribunal de lo Penal del Sena por haber dicho en una reunión pública en París:

«A Los ciudadanos nos están matando de hambre... Robar, matar, dinamitar; todos los medios son válidos para deshacerse de esta infame opresión».

En 1900, Miguel Zévaco abandonó el periodismo político para dedicarse a escribir

novelas por entregas. Comenzó esta nueva carrera con la novela: *Borgia*, publicada en el diario: *Le Petite République* de Jean Jaurès, logrando un éxito sin precedentes. El enorme éxito de esta narración explica porqué el autor continuó escribiendo novelas históricas. Tras el éxito de su primera obra, Zévaco sigue escribiendo, lo que se convertiría en una larga cadena de obras como: *Triboulet* (1900-1901), *El Puente de los Suspiros* (1901), *Los Pardaillán* (1902... 1918), *Flores de París* (1904), *Los Misterios de la Torre de Nesle* (1905), *Le Capitán* (1906), *Nostradamus* (1907), *La Heroína* (1908), o *El Hotel Saint-Pol* (1909), etc.

Zévaco continuó con gran éxito su carrera como escritor hasta su muerte en 1918, y es considerado **uno de los más brillantes exponentes de la novela de capa y espada de todos los tiempos**.

Fuera de Francia Miguel Zévaco no es muy conocido, y esto se atribuye a dos cosas: a que fue etiquetado de anarquista por el gobierno de su época, y al boicot promovido por las autoridades eclesiásticas a quienes no gustaba que las cosas fueran dichas claramente, en lugar de presentarlas en un ángulo siempre favorable a la iglesia católica. Sin embargo los documentos históricos avalan completamente **los acontecimientos** tal como son presentados por Zévaco, a pesar de que éste los presenta, solo como escenario de sus novelas.

Durante la Primera Guerra Mundial, Miguel Zévaco dejó Pierrefonds donde residió desde el final del siglo y se instaló en Eaubonne (Val-d'Oise), donde murió en agosto de 1918, probablemente de cáncer.

Notas

[1] Léase en las obras de Zévaco. (N. del E.) <<

[2] *hamadriadas*.- Ninfas de los árboles, Nacen con el árbol que protegen y comparten su destino. (N. del ED). <<

[3] *Reitre*.- Soldado. En el Francés del original. (N. del E.D) <<

[4] Estos despachos llevaban el sello real y estaban provistos de la firma de Carlos IX. ¿Era que la reina había obtenido cierto número de firmas en blanco o llevó su audacia hasta el punto de firmar en nombre de su hijo? Lo cierto es que aquellos despachos fatales fueron considerados por la mayor parte de los gobernadores como una orden de exterminio en masa. <<

[5] Jabalina.- Arma arrojadiza enastada, a modo de dardo o de pequeña lanza o venablo (diferente a la lanza larga con ambos extremos puntiagudos utilizado en competencias hoy en día). (N. del E.D) <<